

TRILOGÍA DEL CRISTO CLONADO  
LIBRO PRIMERO

# A SU IMAGEN

James BeauSeigneur

Lectulandia

Decker Hawthorne, un intrépido editor de un modesto periódico local, y Harry Goodman, un escéptico profesor universitario, se unieron veinte años atrás para participar en un fascinante y comprometedor proyecto de investigación que, sin ellos saberlo, cambiaría sus vidas: verificar la autenticidad de la Sábana Santa. Ahora, transcurridos los años, los protagonistas vuelven a encontrarse. Goodman le revelará un secreto sobrecogedor que podría modificar el curso de la historia de la humanidad: la Sábana contenía restos de piel humana, células de ADN vivas e incorruptibles. Este hecho desencadenarán de forma incontrolable, y como si de un efecto dominó se tratase, una serie de investigaciones científicas que pondrán en peligro el orden mundial y que traerán funestas consecuencias.

Lectulandia

James BeauSeigneur

# A su imagen

Trilogía del Cristo clonado - 1

ePub r1.0

Dermus 07.01.15

Título original: *In His Image*

James BeauSeigneur, 1988

Traducción: Alicia Frieyro Gutiérrez

Las siglas KJV que acompañan a algunos pasajes corresponden a *King James Version of the Bible*

Editor digital: Dermus

Primer editor: Dermus (r1.0)

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Gerilyne, Faith y Abigail, que tanto han sacrificado para que esta trilogía fuera posible.

Y sobre todo para Shiloh, cuyo sacrificio fue aún mayor.

Espero que de algo haya servido.

## NOTA IMPORTANTE DEL AUTOR

Como es habitual en cualquier novela de suspense, no todo es lo que parece en la *Trilogía del Cristo clonado*, de forma que el lector no debe dar nada por sentado hasta haber concluido la lectura de la trilogía completa. No obstante, soy consciente de que una historia sobre la clonación de Cristo puede ser contemplada con recelo por algunos cristianos. Durante la lectura, por tanto, se ha de tener presente en todo momento lo siguiente: primero, que ninguno de los personajes, ninguno, habla por boca del autor. Segundo, que he adoptado el punto de vista de un narrador objetivo, que cuenta la historia y transcribe los diálogos según se van desarrollando, y que se resiste a juzgar o comentar la veracidad de los personajes de la historia. Al lector cristiano le pido paciencia y le recuerdo las palabras de Eclesiastés 7, 8: «Mejor es el remate de una cosa que su comienzo»<sup>[1]</sup>.

Así pues, invito al lector a disfrutar de la *Trilogía del Cristo clonado*, sean cuales sean sus convicciones religiosas.

«¿Son éstas las sombras de las cosas que han de suceder, o solamente de las  
que es posible que sucedan?»

CHARLES DICKENS, *Canción de Navidad*

## EN EL SITIO ADECUADO, EN EL MOMENTO OPORTUNO

VEINTE AÑOS ATRÁS, KNOXVILLE, TENNESSEE

Decker Hawthorne. Escribió su nombre y dejó que sus manos descansaran sobre el teclado. Echó un último vistazo al editorial por si hubiera algún error ortográfico y se aseguró de que la expresión y la sintaxis no eran mejorables. Al final decidió que tendría que pasar como estaba. La hora límite de entrega había pasado, el periódico esperaba para empezar el cierre y Decker tenía que coger un avión.

Al salir de las oficinas del *Knoxville Enterprise*, se detuvo un momento para ajustar el cartel escrito a mano que colgaba junto a la puerta. El *Enterprise* era un periódico semanal relativamente pequeño, pero estaba creciendo. Decker lo había fundado con poco dinero y mucha ingenuidad, y todavía había que luchar a diario para mantenerlo a flote. Lo bueno era que, gracias al estilo agresivo de Decker, el *Enterprise* a menudo superaba a los dos diarios locales, en una ocasión incluso con una noticia de repercusión nacional. Decker había sido siempre un hombre emprendedor que no temía asumir riesgos, y aunque las más de las veces salía perdiendo, le gustaba creer que tenía cierto don para encontrarse en el sitio adecuado, en el momento oportuno. En aquel momento habría tenido que estar en el aeropuerto, pero no lo estaba.

—¡Vas a perder el avión! —gritó Elizabeth, su esposa.

—¡Ya voy! —contestó él—. Ve arrancando el coche.

—Ya está en marcha. Te conozco demasiado bien.

Llegaron a la puerta de embarque con tres minutos de sobra, pero Decker no quería malgastar ni un segundo en el asiento del avión cuando podía pasarlo con Elizabeth. Después de sólo tres meses de casados, no le apetecía separarse dos semanas de su mujer, pero al final no tendría más remedio que subir al avión si no quería quedarse en tierra.

Mientras el avión se elevaba sobre la pista de despegue, Decker contempló la ciudad de Alcoa, en los suburbios del sur de Knoxville. Allí abajo pudo distinguir su pequeña casa en el linde de uno de los parques de Alcoa. Un tropel de inquietantes sentimientos le embargó al verla desvanecerse en el paisaje. Decker había pasado buena parte de su vida viajando. De niño lo hizo con su familia, que se trasladaba de un cuartel militar a otro. Más tarde pasó un año y medio haciendo autoestop por todo Estados Unidos y Canadá y luego cuatro años en el ejército. Se sentía estafado y con suerte al mismo tiempo. Nunca había tenido un hogar y detestaba hacer maletas, pero le entusiasmaba viajar.

\* \* \*



El vuelo llegó a Nueva York con retraso y tuvo que echar una carrera para llegar a tiempo de coger el vuelo de conexión a Milán. Al acercarse a la puerta de embarque buscó algún rostro familiar, aunque infructuosamente. Para ser más exactos, allí no había nadie. Decker se asomó al ventanal. El avión seguía allí, pero en ese instante pudo escuchar como empezaban a rugir los motores. Recorrió con enorme estruendo la alfombra roja que cubría el suelo inclinado de la pasarela y allí casi se choca con una de las azafatas de tierra.

—¡Tengo que coger ese avión! —le dijo a la mujer con el gesto de súplica más dulce que pudo conseguir.

—¿Lleva el pasaporte? —preguntó la azafata.

—Sí, aquí mismo —contestó Decker al tiempo que le entregaba el pasaporte y el billete.

—¿Y el equipaje?

—Es éste —contestó alzando ligeramente una bolsa de mano más grande y llena de lo aceptable.

El avión aún no se había movido y una vez avisado el piloto, sólo hubo que volver a encajar la pasarela. Con un «gracias» escueto pero sentido, Decker subió al avión y se dirigió a su asiento. Ahora pudo ver ante sí un mar de caras familiares y amigas. A su derecha iba John Jackson, jefe de la expedición. Unos asientos más atrás viajaba Eric Jumper. Ambos habían estudiado en la academia del ejército del aire de Colorado Springs. Jackson era doctor en Física y había profundizado en el campo de los rayos láser y los haces de partículas. Jumper también doctorado, era ingeniero y se había especializado en termodinámica, aerodinámica y permutación térmica. De hecho, prácticamente todos los que formaban aquel mar de rostros estaban doctorados en alguna materia. En total había más de cuarenta personas, entre científicos, técnicos y personal de apoyo. Aunque sólo conocía a la mayoría de vista, muchos interrumpieron la conversación lo justo para ofrecerle una sonrisa de bienvenida o para expresarle su alegría por que no hubiese perdido el avión.

Decker encontró su plaza y tomó asiento. Allí estaba para recibirle el profesor Harry Goodman, un hombre pequeño de atuendo desgarrado, con el pelo canoso, las gafas de cerca caídas a media nariz y unas pobladas cejas que invadían ceño y frente como las llamas de un fuego de campaña.

—Ya pensaba que me habías dado plantón —dijo el profesor Goodman.

—No me perdería esto por nada del mundo —contestó Decker—. Sólo quería hacer una entrada triunfal.

El profesor Goodman era el vínculo de Decker con el resto del equipo. Goodman había sido profesor de bioquímica en la Universidad de Tennessee (UT) cuando Decker realizaba el curso preuniversitario de medicina. En su segundo año de carrera, Decker había trabajado con Goodman como ayudante de laboratorio. Habían conversado mucho y aunque Goodman no era de los que intiman con nadie, Decker

lo consideraba un amigo. Pero algo más tarde, aquel mismo año, Goodman se mostró muy deprimido por un asunto sobre el que se negaba a hablar. Decker pudo descubrir a través de rumores que a Goodman le iban a rescindir el contrato. Esto se podía deber a aquella política suya del «Hazlo primero y pregunta después» que le había costado más de un disgusto con el rector. El curso siguiente, Goodman aceptó un puesto en la Universidad de Los Ángeles, California (UCLA), y Decker no lo había vuelto a ver desde entonces.

Decker, que por razones diferentes dejó la medicina para pasar al periodismo, no había dejado por ello de leer con avidez algunas de las mejores publicaciones científicas. Fue así como se cruzó con el artículo de la revista *Science*<sup>[2]</sup> sobre un grupo de científicos norteamericanos que iba a examinar la Sábana Santa, reliquia religiosa que muchos identifican con el Sudario de Jesucristo. Decker había oído hablar de la Sábana, pero siempre había desechado el asunto como otro fraude religioso más destinado a vaciar los bolsillos de creyentes ingenuos. Pero aquélla era una de las revistas de divulgación científica más leídas y los científicos estadounidenses que iban a dedicar su tiempo a estudiar aquello gozaban de toda credibilidad.

Al principio le pareció increíble, risible incluso, pero entre los científicos involucrados, Decker topó con el nombre del doctor Harry Goodman. Aquello no tenía ningún sentido. Decker sabía muy bien que Goodman era un ateo declarado. Bueno, no exactamente ateo. A Goodman le gustaba hablar sobre lo incierto de todas las cosas. En el despacho de la universidad tenía dos carteles clavados a la pared. El primero estaba escrito a mano y decía así: «Primera ley del éxito de Goodman: la distancia más corta entre dos puntos es la que se salta las normas» (filosofía que, obviamente, no encajó del todo con el rector). El segundo cartel era una impresión psicodélica, muy del estilo de finales de los años sesenta, en el que se podía leer: «Pienso, luego existo. Eso pienso». Esta mezcla de incertidumbre acerca de su propia existencia y su ausencia de fe en Dios habían llevado a Goodman a definirse como «ateo de pensamiento pero agnóstico en la práctica». Así las cosas, ¿qué hacía un hombre como Goodman uniéndose a una ridícula expedición para estudiar el Sudario de Turín?

Decker archivó la información en algún lugar de su memoria y es posible que no la hubiese rescatado de allí nunca más si no llega a ser por la llamada telefónica de un viejo amigo, Tom Donafin. Tom era reportero del *Courier de Waltham*, en Massachussets, y llamaba para hacerle una consulta sobre una noticia en la que estaba trabajando, la corrupción en la banca; asunto sobre el que había mucho material en Knoxville por aquel entonces. Una vez zanjado aquel tema, Tom preguntó a Decker si había visto el artículo de *Science*.

—Sí —contestó Decker—. ¿Por qué?

—Por nada, pensaba que te interesaría saber en qué anda metido el viejo Cejas Pobladas —comentó Tom con una carcajada.

—¿Estás seguro de que se trata de la misma persona? No lo vi en ninguna de las fotografías.

—Al principio me pareció imposible, pero hice unas cuantas averiguaciones y, sí, efectivamente, se trata de él.

—¿Sabes qué? —dijo Decker pensando en voz alta—. Puede que aquí haya una buena historia. La religión vende.

—Si te refieres a cubrir la expedición, creo que tienes razón, pero las medidas de seguridad son excepcionales. Intenté indagar un poco en los detalles de la expedición y fue como chocar contra un muro. Han limitado la cobertura de la expedición a un único reportero, un tipo de *National Geographic*<sup>[3]</sup>.

—Eso me suena a reto —dijo Decker.

—Bueno, no digo que no pueda hacerse, pero no va a ser fácil.

Decker empezó a cavilar sobre cómo hacer para conseguir la historia, si acaso le llegaba a interesar. Podía tomar la vía directa e intentar razonar con quien fuera el que mandara en la expedición. Después de todo, ¿por qué iban a contar sólo con un periodista? Por otro lado, ¿qué argumento iba a esgrimir para convencerles de que incluyeran en la expedición a un tipo de un pequeño y desconocido semanario de Knoxville, Tennessee? Estaba claro que su mejor baza pasaba por hablar con Goodman.

Durante las tres semanas siguientes, Decker hizo varios intentos por ponerse en contacto con su viejo profesor, pero fue inútil. Goodman estaba de viaje académico en algún lugar de Japón y ni siquiera su mujer, Martha, sabía con exactitud dónde se encontraba. Sin más armas que la suerte y la determinación, Decker consiguió billete para volar a Norwich, en Connecticut, y reservó habitación en el hotel donde el equipo de la Sábana debía reunirse el fin de semana del Día del Trabajo<sup>[4]</sup>. Llegó con un día de antelación para examinar el terreno.

A la mañana siguiente, Decker se enteró de que en el hotel había un comedor privado reservado para unas cincuenta personas. Tras interrogar a un camarero, pudo confirmar rápidamente que era allí donde iba a reunirse el equipo de la Sábana. Pocos minutos después empezaban a entrar en él los primeros miembros del equipo. Aquellas cejas eran inconfundibles.

—Profesor Goodman —dijo Decker aproximándose con la mano tendida.

Goodman le miró desconcertado.

—Hawthorne —socorrió Decker. Era evidente que Goodman intentaba situar la cara, así que añadió—: De la Universidad de Tennessee.

Bajo las pobladas cejas, pudo distinguir un destello de reconocimiento en los ojos verde pálido del profesor.

—¡Pues, claro, Hawthorne! Pero... ¡qué diablos! ¿Cómo te va? ¿Qué haces en Connecticut?

Antes de que Decker pudiera contestar, entró en la sala otra persona que se dirigió a ellos con una exclamación.

—¡Harry Goodman! ¿Dónde te metiste anoche? Te llamé a la habitación con la idea de que cenáramos juntos.

En lugar de contestar, Goodman procedió a hacer las presentaciones pertinentes.

—Profesor Don Stanley, permíteme que te presente a Decker Hawthorne, uno de mis antiguos estudiantes y asistente de laboratorio en la Universidad de Tennessee, en Knoxville.

El profesor Stanley apretó la mano de Decker, le inspeccionó rápidamente y se giró de nuevo hacia Goodman.

—Así que Hawthorne debe de ser el ayudante de investigación al que he oído has conseguido engañar para que eche una mano. Qué desperdicio —añadió Stanley haciendo una pausa y volviéndose para mirar a Decker—, me has parecido demasiado inteligente para eso.

—Lo es —contestó Goodman—, y por desgracia, parece que también lo es el joven al que te refieres.

—Ya veo, así que te ha dejado tirado, ¿eh? —dijo Stanley con una risita.

—Bueno —dijo Goodman encogiéndose de hombros—, después de todo, sí que es esperar demasiado de un joven que se pague el billete a Turín, para ir tras una quimera.

Decker era todo oídos. La posibilidad de sustituir al asistente desertor se presentaba como una oportunidad mucho más plausible para entrar a formar parte del equipo que el intento de convencerles de que aceptaran la presencia de un segundo reportero. Ahora sólo había que esperar a que se abriera la puerta adecuada.

—Si estás tan seguro de que se trata de una quimera, ¿por qué entonces insistes en acompañarnos? —preguntó Stanley.

—Alguien tiene que velar por que seáis del todo científicos —dijo Goodman con media sonrisa.

Mientras tanto, el comedor se había ido llenando de miembros del equipo que ahora charlaban en pequeños grupos. Uno de ellos reclamó con un gesto al profesor Stanley, que se alejó para saludar al recién llegado. Decker aprovechó el momento para preguntar al profesor Goodman sobre el asistente fugado.

—¿Qué es exactamente lo que iba a hacer su asistente en este viaje? —preguntó Decker.

—Ah, pues de todo un poco; desde recoger datos a hacer recados de todo tipo. Tenemos proyectada la realización de cientos de experimentos diferentes y es posible que se nos concedan solamente doce horas para realizarlos todos. Es el tipo de situación en el que un par de manos expertas resultarían de gran ayuda.

—Supongo que no estará interesado en un sustituto —preguntó Decker. Contaba con que Goodman no estaría al tanto de que después de abandonar la UT él había dejado el curso preparatorio de medicina y se había pasado a periodismo. Decker sintió una punzada de culpabilidad, pero no era la primera vez que omitía información para conseguir una noticia, y esta vez tampoco eran demasiados datos.

Además estaba convencido de que se acordaba de lo suficiente para manejarse. Y para trabajar de recadero tenía calificaciones de sobra.

—¿Cómo? —respondió Goodman—. ¿Después de decirle al profesor Stanley que eras demasiado listo para algo así?

—En serio, me gustaría ir —insistió Decker—. De hecho, es la razón por la que estoy aquí. A lo mejor estoy algo oxidado, pero leí el artículo de *Science* y tengo experiencia con casi todo el material con el que van a trabajar.

—Lo que leíste no es más que el principio —Goodman se tomó el tiempo de fruncir el ceño y continuó—: Bueno, no voy a rechazar una oferta de ayuda, pero ya sabes que los gastos corren de tu cuenta; billete, hotel, comida y transporte.

—Sí, ya lo sé —contestó Decker.

—Pero ¿por qué? —preguntó Goodman—. ¿No te habrás convertido en un beato, no?

—No, nada de eso. Sólo es que suena interesante.

Aquella no era una respuesta muy convincente, así que Decker cogió la sartén por el mango.

—Y ¿por qué va usted? —preguntó—. Usted sí que no cree en nada de estas cosas.

—¡Por supuesto que no! Sólo quiero aprovechar la oportunidad de acabar con esta historia.

Decker reenfocó la conversación.

—Entonces, ¿puedo acompañarles o no?

—Sí, bueno... Supongo que sí; si estás completamente seguro. Pero déjame hablar antes con Eric —dijo refiriéndose a Eric Jumper, uno de los jefes del equipo—. Tendremos que añadir tu nombre a la lista de miembros del equipo. No sabes cómo es lo de la seguridad en este asunto.

En un abrir y cerrar de ojos Decker había pasado a formar parte del grupo.

—En el sitio adecuado, en el momento oportuno —murmuró para sí.

Habrían de pasar cuarenta y ocho años para darse cuenta de que había sido mucho más que eso.

\* \* \*

Después del desayuno, el equipo se trasladó a una sala de conferencias. Decker no se separó de Goodman, y cuando pasaron el control de seguridad, éste se aseguró de que incluyeran el nombre de Decker en la lista de personas autorizadas a entrar en la sala.

Una vez dentro, el jefe de la expedición, John Jackson, puso orden en la sala.

—A fin de obtener la autorización necesaria para trabajar con la Sábana —comenzó—, hemos tenido que prometer a las autoridades de Turín que mantendremos la máxima seguridad. Como es obvio, nuestro mayor problema va a ser la prensa.

Decker se esforzó por no sonreír.

—Lo mejor es no hablar sobre la Sábana a personas ajenas al equipo. Ahí afuera piensan que todavía estamos esperando la autorización para hacer la prueba<sup>[5]</sup>.

Eric Jumper tomó la palabra cuando Jackson hubo terminado.

—Damas y caballeros, gracias por su presencia. Es verdaderamente emocionante poder trabajar con tan distinguido grupo de científicos. Bien, hasta el momento me han sido entregados casi todos los protocolos para los experimentos propuestos, pero los que no he recibido todavía necesito que estén listos para el domingo.

Jumper se volvió hacia un proyector de diapositivas situado en el centro de la habitación. La primera diapositiva mostraba una copia a escala de la Sábana, realizada por Tom D'Muhala, uno de los científicos del grupo. Superpuesta a la sábana falsa había una retícula.

—Cada uno de ustedes recibirá una copia de esta ilustración —dijo Jumper—. La retícula nos ayudará a organizar nuestra tarea. Debido a lo limitado del tiempo, tendremos que simultanear el mayor número posible de experimentos. Lo que hemos intentado hacer es distribuir el trabajo para aprovechar al máximo la Sábana, teniendo en cuenta los parámetros ambientales, de tiempo y de espacio que requiere cada experimento<sup>[6]</sup>.

En el resto de diapositivas se detallaban los experimentos a realizar. La mayoría habían sido concebidas para determinar si la Sábana era un fraude o, posiblemente, el resultado de algún tipo de fenómeno natural. Todas las pruebas no nocivas que Decker hubiese podido imaginar estaban allí incluidas. Uno de los experimentos rechazados era la datación por carbono 14, ya que el método que se empleaba por entonces hubiese requerido la destrucción de una parte importante de la Sábana para conseguir un resultado preciso.

Una vez finalizada su exposición, Jumper presentó al padre Peter Rinaldi, que acababa de regresar de Turín. Rinaldi, como aclaró Jumper, estaba allí para explicar la trascendencia política del estudio de la Sábana. A Decker no le quedó del todo claro a qué se refería exactamente, pero enseguida resultó evidente que eran muchas las manos que se aferraban al viejo lienzo.

Rinaldi formaba parte del llamado Gremio de la Sábana Santa, que se constituyó en 1959 para propagar el conocimiento de la Sábana y financiar su investigación científica. Comenzó con una breve exposición histórica. Según contó Rinaldi, el primer propietario de la Sábana del que se tenía noticia había sido un caballero francés llamado Geoffrey de Charney, en cuyo poder estuvo en algún momento anterior a 1356. Por razones que se desconocen, la familia Charney entregó la Sábana a la Casa de Saboya, que la conservó durante los cuatrocientos años siguientes. A finales del siglo XVI, la Casa de Saboya se convirtió en la dinastía monárquica de Italia, y en 1578 la Sábana fue trasladada a Turín, donde ha permanecido en la catedral de San Giovanni Battista desde entonces.

Además, continuaría explicando Rinaldi, había un grupo denominado Centro di

Sindonología o Centro de Estudio de la Sábana Santa, que a su vez formaba parte de otra organización, la Fraternidad de la Sábana Santa, de cuatrocientos años de antigüedad. Ninguno de estos grupos había reclamado para sí oficialmente la propiedad de la Sábana, y en realidad era muy poco lo que hacían. Pero después de tantos años, y con los nombres de tanto obispo y sacerdote a sus espaldas, nadie se atrevía a cuestionar su derecho a existir.

Lo que apuntaba el padre Rinaldi era que serían muchas las personalidades pagadas de sí mismas a las que habría que tener en cuenta y muchos los egos que adular para poder acceder a la Sábana.

Una vez hubo concluido Rinaldi, Tom D'Muhala, artífice de la copia de la Sábana, repasó los detalles logísticos. Tan pronto concluyese la reunión, se procedería a realizar un ensayo general de los experimentos proyectados en un almacén de la fábrica de D'Muhala, en la población vecina de Amston. Los dos días siguientes se dedicarían a ensayar toda la secuencia de experimentos. Había que sacar todo el material, probarlo y volver a embalarlo para su envío a Italia. Se trataba de un intento a gran escala de optimizar los procedimientos científicos antes de viajar a Turín.

\* \* \*

Una docena de reporteros asaltó a los miembros del equipo cuando abandonaban la sala de conferencias. Ignorando las preguntas que les lanzaban a gritos, el equipo se dirigió presuroso hacia el autobús que les esperaba para trasladarlos hasta la fábrica de D'Muhala. Uno de los periodistas —un joven barbudo de unos veinticinco años, con una protuberante y nada agraciada frente— recorrió el lateral del autobús en lo que parecía un intento por ver más de cerca a uno de los pasajeros. Decker observó a sus colegas de la prensa. Era consciente de que su presencia en el equipo no se debía a otra cosa que a un golpe de suerte. Aun así, no pudo evitar sentir cierta satisfacción personal.

La mirada escrutadora del hombre de la barba captó su atención. Al cruzarse sus miradas, Decker reconoció a su amigo Tom Donafin, del *Waltham Courier*. El breve gesto de asombro que se dibujó en el rostro de Tom se tornó rápidamente en una sonrisa amistosa y de reconocimiento. Visiblemente impresionado, sacudió la cabeza con exagerada incredulidad al tiempo que Decker le devolvía la sonrisa del gato que se acaba de zampar al canario.

\* \* \*

Al entrar en el almacén de la fábrica de D'Muhala donde iba a trabajar el equipo, Decker se quedó impresionado y algo sorprendido ante la planificación, trabajo y

gasto invertidos en el proyecto. Contra las paredes del recinto se apilaban embalajes de madera repletos de material científico de última tecnología por valor de millones de dólares y que había sido cedido por institutos de investigación de todo el país. En el centro, la Sábana de imitación estaba extendida sobre una mesa de quirófano de acero que los ingenieros de D'Muhala habían diseñado y fabricado a propósito, para que la Sábana pudiera extenderse sobre ella sin riesgo alguno. La superficie de la mesa estaba compuesta por más de una docena de paneles extraíbles destinados a facilitar la inspección de las dos caras de la Sábana al mismo tiempo. Cada panel estaba recubierto por una lámina de Mylar bañada en oro de un milímetro de espesor, cuya finalidad era evitar que ni la partícula más diminuta pasara de la mesa a la Sábana y la contaminara. Durante un momento todos permanecieron en silencio. Todas las miradas escudriñaban el material y la sábana falsa. Por fin, Don Devan, informático científico de Oceanographic Services, Inc., especializado en el tratamiento de imágenes, rompió el silencio.

—¡No está mal! —dijo—. ¡Esto parece muy científico<sup>[7]</sup>!

El equipo se desperdigó en dirección a los embalajes, y cada miembro se puso a buscar el material que necesitaría para su experimento. A Decker no le faltaron oportunidades para echar una mano. Después de varias horas de trabajo y mientras ayudaba a devolver un enorme microscopio a su caja, Decker pudo escuchar a dos de los científicos —Ray Rogers y John Heller— discutir junto a un embalaje próximo sobre uno de los experimentos. El suyo iba a ser el único en el que se iban a tomar muestras directamente de la Sábana, y lo harían por el procedimiento de colocar tiras de papel adhesivo en el viejo lienzo. Al retirar las tiras, quedarían adheridas al papel pequeñas fibras de la Sábana.

Decker escuchó a Ray Rogers explicar el experimento a Heller.

—Para obtener muestras para las pruebas químicas, incluidos tus análisis de sangre, emplearemos una cinta Mylar especial con un adhesivo químicamente inerte desarrollado por 3M Corporation. Se lo aplicaremos a la Sábana con una presión determinada<sup>[8]</sup>...

—Y ¿cómo lo harás?

—Bueno —dijo Rogers mientras rebuscaba en uno de los embalajes de madera—, nuestros amigos de Los Álamos han diseñado un ingenioso aparatito que mide la presión que se aplica.

Desempaquetó el aparato y procedió a hacerle una demostración a Heller.

—Muy bonito, pero ¿cómo vas a saber cuánta fuerza aplicar? —preguntó Heller.

—Precisamente para eso estamos aquí —contestó Rogers.

Decker siguió a los dos hombres mientras se apretujaban entre los que ya rodeaban la concurrida mesa. Tras los preparativos pertinentes, Rogers hizo varias estimaciones.

—Sabemos que la Sábana tiene al menos seiscientos años de antigüedad, así que probablemente es bastante más frágil que ésta. Yo calculo que para estar, seguros



deberíamos emplear, pues, aproximadamente el diez por ciento de la presión que vamos a aplicar aquí.

Era evidente que se trataba de una mera suposición, pero llegados a este punto, Decker no estaba dispuesto a ser la voz desalentadora del grupo.

—Luego retiraré la cinta de la Sábana —siguió explicando Rogers—, y montaré cada pieza en un portaobjetos, cada uno de los cuales será numerado y fotografiado antes de quedar sellado en una urna de plástico para evitar que se contamine.

\* \* \*

El equipo prosiguió con los trabajos y el ensayo de los procedimientos durante los dos días siguientes. Decker intentó hacerse valer como miembro útil del equipo y en ocasiones olvidó su condición de periodista. Incluso llegó a preguntarse si, después de todo, no había sido un error abandonar la medicina.

## LA SÁBANA

### NORTE DE ITALIA

Como estrellas caídas del firmamento se distinguían tímidas desde la ventanilla las luces de Milán, al sobrevolar el avión el norte de Italia. Decker estudió el contorno de aquella constelación terrestre mientras reflexionaba sobre las consecuencias del proyecto. Al igual que el profesor Goodman, estaba convencido de que con su estudio el equipo demostraría que la Sábana no era más que una burda falsificación medieval. El problema era que había muchas personas que no iban a agradecer precisamente que alguien reventara con la verdad su burbuja de fe, entre ellas la madre de Elizabeth, devota católica. La relación con ella hasta el momento había sido bastante buena. ¿Cómo se tomaría todo aquello? «Supongo que tendremos que pasar las Navidades con mi madre durante unos cuantos años», pensó.

El padre Rinaldi, que había viajado directamente a Turín después de la reunión de Connecticut, se había encargado de alquilar un autobús que trasladara al equipo los ciento veinticinco kilómetros que separaban Milán de Turín. Cuando el autobús llegó al hotel era ya medianoche y aunque sólo eran las siete de la tarde en Nueva York y las cuatro de la tarde en la costa oeste de Estados Unidos, decidieron todos retirarse a sus habitaciones e intentar conciliar algo de sueño.

A la mañana siguiente, Decker, al que siempre le costaba lo suyo adaptarse a los diferentes husos horarios, se levantó antes del amanecer. La diferencia horaria iba en su desventaja y lo lógico es que hubiese querido dormir hasta tarde, pero no le importó; estaba listo para levantarse y contra ello no había lógica que valiese. Se asomó a la ventana del hotel y mientras clareaba el cielo matinal, observó allá abajo las Calles largas y rectas de Turín formando ángulos rectos casi perfectos en las intersecciones. Junto a las aceras había casas y pequeños comercios alojados en edificios de una y dos plantas, ninguno de los cuales aparentaba tener menos de doscientos años de antigüedad. Más allá de los límites de la ciudad, al norte, al este y al oeste, los Alpes rasgaban la atmósfera y las nubes en su ascenso hacia el cielo. «A Elizabeth le encantaría esto», pensó.

Decker salió del hotel para hacer algunas visitas turísticas mañaneras. A pesar de la proximidad de las montañas, encontró pocas cuestas a lo largo del paseo. A algo menos de medio kilómetro del hotel llegó a Porta Palatina, la inmensa puerta por la que en el 215 a. C., después de tres días de asedio, Aníbal hizo entrada con sus soldados y elefantes en la ciudad romana de Augusta Taurinorum, la antigua Turín. Mientras paseaba, los maravillosos aromas de la mañana empezaron a emanar de las ventanas abiertas de las casas que flanqueaban su camino. A ellos les siguieron las voces de niños jugando. Y luego, la ciudad atemporal se vio repentinamente

sumergida en el presente por el parloteo del televisor en la cocina de algún vecino. Era hora de regresar al hotel.

\* \* \*

Al entrar en el vestíbulo, Decker oyó las voces de los del equipo. La reunión matinal con desayuno incluido ya había empezado y la conversación giraba en torno a un problema con el material que había traído desde Estados Unidos. Decker intentó recomponer el rompecabezas de lo que ocurría sin interrumpir. Al parecer, el material había sido enviado a nombre del padre Rinaldi a fin de evitar precisamente los problemas que ahora tenían con la aduana. Rinaldi era ciudadano italiano pero, por desgracia, el tiempo de permanencia en Estados Unidos había sido demasiado largo y muy breve el de estancia en Turín, por lo que no tenía derecho a introducir material en el país sin que éste fuera retenido durante sesenta días. Rinaldi y Tom D'Muhala ya habían viajado a la aduana de Milán para negociar y presionar a las autoridades cara a cara.

\* \* \*

Concluido el desayuno, varios miembros del equipo decidieron recorrer a pie los ochocientos metros que separaban el hotel del palacio real de la Casa de Saboya. Allí se habían facilitado varias dependencias para que el equipo pudiera realizar su estudio de la Sábana. Cuando llegaron al palacio, se quedaron boquiabiertos ante las decenas de miles de personas que allí se concentraban, formando colas que se extendían a lo largo de casi dos kilómetros hacia el este y el oeste. Las filas convergían en la catedral de San Giovanni Battista, situada junto al palacio. En ella descansa en el interior de una urna de plata fina, alojada a su vez en otra urna más grande de cristal antibalas llena de gases inertes, la Sábana Santa. Dos o tres veces cada siglo se exhibe la Sábana al público, ocasión que atrae a peregrinos de todos los rincones del mundo. La multitud que allí había aquel día no era más que una pequeña fracción de los tres millones de personas que durante las tres últimas semanas habían viajado hasta aquí desde distintas partes del planeta para ver la que creían era la mortaja de Cristo.

El grupo fue escoltado a través de un patio hasta una zona de acceso restringido del palacio. En todas las esquinas había apostados guardas armados con pequeñas metralletas de fabricación europea. A su entrada, el grupo se detuvo asombrado ante la escala y grandeza de lo que les rodeaba. Había oro por todas partes, en los candelabros, los marcos de los cuadros, en los jarrones, incrustado en los relieves de las puertas y en otras obras de ebanistería. Incluso el papel de las paredes lucía un revestimiento de pan de oro. Y en todos los espacios había cuadros y estatuas de

mármol.

Al fondo de un largo salón opulentamente decorado se abría la entrada a los apartamentos del príncipe, donde el equipo realizaría los experimentos. Las puertas, de tres metros de alto, daban paso a un salón de baile de quince por quince, la primera de las siete estancias que conformaban los apartamentos. La segunda sala, en la cual iba a colocarse la Sábana para su examen, era tan majestuosa como la primera. De los techos pintados al fresco con ángeles, cisnes y escenas bíblicas, colgaban arañas de cristal.

Llega un momento en la vida de todo edificio antiguo que permanece en funcionamiento en el que no se puede seguir ignorando el paso del tiempo y el progreso. Sea una cochera convertida en garaje o un aseo transformado en cabina de teléfono, existen ciertos elementos estéticos que acaban por sucumbir a las necesidades de la vida moderna. En los apartamentos del príncipe evidenciaban esta claudicación la existencia de un baño y de luz eléctrica. El primero, una curiosa combinación de dos aseos y cinco lavabos, haría las veces de sala de revelado fotográfico. La única toma eléctrica la proporcionaba un cable muy poco más grueso que el de un prolongador corriente y que conducía hasta un único enchufe situado a dos centímetros del rodapié. Los aparatos del equipo iban a necesitar mucha más potencia que aquello.

—Tendremos que tirar cables desde el sótano hasta aquí arriba —dijo Rudy Dichtl, la más entendida en electricidad—. Voy a ver si encuentro una ferretería.

Decker comentó a Dichtl que había visto una durante su paseo matinal y, aunque no estaba seguro de la dirección exacta, se ofreció a intentar dar con ella de nuevo.

—Genial —dijo Dichtl—. Si tienen lo que necesitamos, me vendrá bien un poco de ayuda para traerlo todo hasta aquí.

\* \* \*

Los dos días que siguieron no se pudieron dedicar a otra cosa que a hacer turismo. A pesar de los desvelos del padre Rinaldi, la aduana de Milán se negó a liberar el equipo. Decker aprovechó el paréntesis para conocer a otros miembros del grupo. Su intención era mostrarse simpático y recopilar información para la serie de artículos que tenía planeado escribir. Todos hablaban con franqueza sobre la Sábana y sobre cómo habían acabado formando parte de la expedición. Decker confiaba en poder vender la historia a las agencias de noticias. Ésta era una exclusiva que impulsaría su carrera como ninguna otra.

Pero todo dependía de que la aduana les devolviera el equipo, y ya habían esperado suficiente. Si Milán no liberaba pronto el equipo, la expedición sí que iba a resultar inútil del todo. Cuando el miércoles por la mañana llegó el padre Rinaldi para informar sobre sus progresos, Decker le estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Ha habido suerte, padre? —le preguntó Decker.

—No —contestó el cura.

—Bueno —dijo Decker—, me parece que sé cómo salir del atolladero.

—Adelante, adelante —le animó Rinaldi.

—Bien, puede que no sea la forma que tienen ustedes de hacer las cosas pero, como sabe, Turín está ahora mismo repleto de periodistas cubriendo la exposición de la Sábana. Si celebrara una conferencia de prensa para anunciar que no podemos realizar la investigación porque un puñado de estúpidos burócratas se niega a entregarnos el equipo, estoy convencido de que pondría en un serio aprieto a nuestros amigos de la aduana.

En ese momento se unieron a ellos en el vestíbulo del hotel Eric Jumper y John Jackson.

—Hágase como se haga —continuó Decker—, me apuesto lo que quiera a que esa gente le entrega el equipo si les saca un poco los colores.

Después de discutirlo, Rinaldi, Jackson y Jumper reconocieron el mérito de la idea pero optaron por una vía menos agresiva. Rinaldi telefoneó al ministro de Comercio en Roma y le explicó con todo lujo de detalles cómo iba a resultar imposible a los científicos americanos realizar la investigación si no se solucionaba el problema y se procedía a la inmediata devolución del equipo. No había duda de que la noticia iba a interesar mucho a la prensa internacional, que con toda probabilidad acusaría al ministro de Comercio como último responsable del fracaso del examen científico del Sudario de Turín. El ministro dejó a Rinaldi esperando al teléfono durante unos cinco minutos; era evidente que la amenaza había surtido su efecto. Cuando regresó, aceptaba que el equipo fuera transportado a Turín.

\* \* \*

El camión con el equipo llegó por fin al palacio la tarde del viernes, cinco días más tarde de lo previsto. No había carretillas elevadoras, así que hubo que recurrir a la fuerza bruta del grupo para descargar del camión las casi ocho toneladas de equipo distribuidas en ochenta grandes cajas y subirlas los dos largos tramos de escalera hasta los apartamentos del príncipe. Recuperado el aliento, se pusieron manos a la obra abriendo cajones y desembalando el equipo. La exhibición al público de la Sábana pronto llegaría a su fin y ésta pasaría a la sala de examen a última hora del domingo. Los siete días de preparativos se habían visto reducidos a dos, por lo que el equipo tuvo que trabajar sin descanso durante las siguientes cincuenta y seis horas.

Mientras que para algunas pruebas se iba a necesitar mucha luz, otras debían practicarse en absoluta oscuridad. Lo primero era sencillo, pero para lo segundo tendrían que sellar las ventanas de tres por dos metros con gruesas láminas de plástico. Para las puertas había que fabricar tramas como laberintos de plástico negro que impidiesen que la luz se colara por las ranuras. La mesa de examen se montó en la sala de la Sábana y las estancias anejas se emplearon para probar y calibrar el

material científico. El aseo, la única habitación con agua, fue transformado en sala oscura para el revelado de rayos X y otras fotografías. El material dañado en el traslado hubo que repararlo allí mismo con piezas de repuesto traídas desde EE UU o se sustituyó por material conseguido en la zona y adaptado a las necesidades de los experimentos. En los días que siguieron, el grupo tuvo que arreglárselas como pudo en más de una ocasión.

Por fin, hacia la medianoche del domingo, alguien en la sala dijo: «Ahí viene».

Monseñor Cottino, el representante del cardenal arzobispo de Turín, entró en la sala de examen con un séquito de doce hombres que portaban una plancha de madera contrachapada de dos centímetros de grosor, un metro de ancho y cinco de largo. Sobre el contrachapado, una pieza de preciosa seda roja cubría y protegía la Sábana. Acompañaban a aquellos hombres siete monjas clarisas, la más mayor de las cuales comenzó a retirar muy lentamente la seda mientras ellos se colocaban la plancha a la altura de la cintura. La mesa de examen, que se podía girar noventa grados a la derecha o a la izquierda, descansaba paralela al suelo a la espera del traspaso de la Sábana.

En la sala se hizo un profundo silencio cuando se procedió a retirar con sumo cuidado la seda y empezó a aparecer debajo un lienzo de lino amarillento tejido en espiga. Decker esperaba el momento en que se retirara esta segunda tela protectora, pero poco a poco se dio cuenta de que aquello no era un lienzo protector. Era la Sábana. Forzó la vista y observó con detenimiento la tela, sin apenas distinguir en ella nada parecido a la imagen de un hombre crucificado. Uno de los rasgos más curiosos de la Sábana es que cuando se observa de cerca, la imagen parece fundirse con el fondo. Lo mismo ocurre si el observador se aparta unos metros. La distancia óptima para contemplar la imagen es de unos dos metros, y Decker estaba mucho más cerca. También había esperado que la imagen se pareciera a las fotografías de la Sábana. Pero la mayoría de estas fotografías son negativos que, al ser la propia Sábana una especie de negativo fotográfico, proporcionan una imagen mucho más clara que la que se advierte a simple vista.

Decker se sintió desfallecer. La decepción y el peso de muchas horas sin dormir se le vinieron encima como un jarro de agua fría. Semejante desilusión también le cogió por sorpresa. Aun cuando estaba convencido de que la Sábana era un fraude, descubrió que desde el punto de vista emocional había esperado sentir algo especial; cierta proximidad a Dios, reverencia, puede que incluso un poco de aquella extraña emoción religiosa que le invadía a menudo al contemplar una vidriera. Pero en vez de todo aquello, acababa de confundir la Sábana con un trapo protector.

Se apartó de la Sábana. Para su sorpresa, la imagen se tornó mucho más clara. Por un momento se meció hacia delante y hacia detrás, observando aquel extraño fenómeno que hacía aparecer y desaparecer ante sus ojos la imagen de la Sábana. Aquello disparó su curiosidad. Era extraño que el pintor de la imagen hubiese querido que costara tanto verla. Es más, le resultaba una hazaña casi imposible si no era con

un pincel de dos metros que le permitiera ver lo que estaba pintando.

Si había algo por lo que Decker era capaz de sacar fuerzas de flaqueza, era por curiosidad. La falta de sueño pasó a un segundo plano y le invadió una necesidad urgente de comprender aquel rompecabezas. Observó cómo monseñor Cottino caminaba alrededor de la Sábana y se detenía casi a cada paso para retirar las chinchetas que aseguraban la Sábana al contrachapado. Chinchetas oxidadas y viejas que habían dejado una huella herrumbrosa en el lienzo. Tantos cálculos y esfuerzos destinados a que ni la más mínima partícula pudiera contaminar la Sábana, y ahora parecía que los siglos, tal vez milenios, que les habían precedido habían sido mucho menos considerados.

\* \* \*

Durante las ciento veinte horas que se les concedieron, el grupo norteamericano trabajó simultáneamente en tres grupos, dos a los extremos de la Sábana y otro en el centro. El chasquido de los obturadores de las cámaras componía una música de fondo constante al inmortalizarse cada una de las intervenciones con la toma de fotografías y grabaciones de audio. A pesar de las horas de sueño perdidas, muy pocos durmieron más de dos o tres horas diarias durante los cinco días siguientes. Los que no estaban participando en un proyecto en particular permanecían cerca para echar una mano o simplemente para observar.

\* \* \*

Cuando llevaban treinta y seis horas de trabajo y el equipo compuesto por el matrimonio Gilbert estaba practicando sobre la Sábana una espectroscopia de reflexión —método por el que la luz reflejada revela la estructura química—, ocurrió algo insólito. Roger y Mary habían empezado por los pies y avanzaban cuerpo arriba obteniendo espectros sucesivos. Al pasar del pie al tobillo, el espectro saltó drásticamente.

—¿Cómo puede la misma imagen dar espectros diferentes? —preguntó Eric Jumper a los Gilbert. Ninguno parecía tener respuesta, así que prosiguieron con la prueba. Al mover el espectroscopio sobre las piernas, la lectura permaneció constante. Todo era igual excepto la imagen de los pies, y en particular la de los talones.

Jumper abandonó la sala de la Sábana y encontró a Sam Pellicori en una sala contigua, donde intentaba dormir en un catre.

—¡Sam! ¡Despierta! —le dijo—. Os necesito a ti y a tu microscopio de gran aumento en la sala de la Sábana de inmediato.

Pellicori y Jumper colocaron el microscopio sobre la Sábana y lo deslizaron hacia

abajo hasta que estuvo justo sobre el talón. Pellicori enfocó, cambió la lente, enfocó de nuevo y observó el talón de la imagen de la Sábana sin decir palabra.

—Suciedad —dijo secamente tras una larga pausa.

—¿Suciedad? —preguntó Jumper—. Déjame echar un vistazo.

Jumper miró por el objetivo y volvió a enfocar.

—Pues sí que es suciedad —dijo—. Pero ¿por qué?

Decker observaba mientras el profesor Goodman examinaba el talón y llegaba a la misma conclusión.

Ninguno encontraba explicación para aquello.

\* \* \*

Cuando entró el siguiente turno de científicos, se celebró una reunión de puesta en común para repasar lo hecho hasta entonces, establecer prioridades y decidir qué dirección seguir durante la siguiente tanda de experimentos.

—Bien —empezó Jumper—. He aquí lo que sabemos hasta ahora. Las imágenes del cuerpo son de color amarillo paja y no de color sepia, como indicaban las descripciones hechas hasta ahora. El color sólo está presente en la corona de las microfibras de los hilos y no varía de manera relevante en ningún punto de la Sábana, ni en tonalidad ni en intensidad. Allí donde se entrecruzan las fibras, la fibra inferior no se ve afectada por el color.

»Las microfibras amarillas no muestran señales de capilaridad o de manchado, lo que indica que no se empleó líquido alguno para crear la imagen; esto descarta la pintura. Es más, no se aprecia adherencia, efecto menisco o enmarañado entre las fibras, lo que también elimina cualquier clase de pintura líquida. En las zonas aparentemente manchadas de sangre, las fibras están claramente enmarañadas y hay señales de capilaridad, como ocurriría ante la presencia de sangre.

—¿Y qué hay de los pies? —preguntó uno de los científicos.

Jumper explicó a los que acababan de entrar en el nuevo turno lo ocurrido con la prueba de la espectroscopia de reflexión.

—Pues claro que hay suciedad —dijo una de las mujeres del equipo una vez Jumper hubo concluido la explicación—. ¿Qué otra cosa iba a haber en la planta de los pies?

—Exacto —dijo Jumper—, pero eso significa admitir que se trata de la imagen auténtica de un hombre crucificado que de alguna manera se ha transferido al lienzo.

Personalmente, Jumper no descartaba aquella posibilidad, pero sabía que no era muy ortodoxo comenzar una investigación científica dando algo por sentado.

Con todo, cada vez era más difícil negar la obviedad, puesto que no sólo había suciedad en el talón, sino que la cantidad de suciedad era tan minúscula que era imperceptible a primera vista. Por tanto, si la Sábana era un fraude, resultaba cuando menos curioso que el falsificador se hubiese molestado en añadir a la imagen una



suciedad que nadie podía ver. La cuestión permanecería sin resolver.

Cuando se deshizo la reunión, Goodman, todavía el más escéptico del grupo, comentó: «Bueno, si se trata de una falsificación, es buena de verdad». A Decker le asombró la tremenda concesión que con aquel *si* hacía el profesor.

\* \* \*

Decker llevaba tres días y medio sin dormir y decidió que era hora de regresar al hotel, pero antes de retirarse se sentó en el vestíbulo con Roger Harris, Susan Chon y Joshua Rosen para relajarse ante una taza de café bien cargada de licor de crema irlandés que removió con lentitud. Decker apenas contemplaba ya la posibilidad de entrevistar a nadie. Durante los últimos tres días el periodista había dejado que el miembro del equipo le comiera terreno en su interior, pero, como siempre, seguía elaborando pequeñas reseñas mentales.

Uno de sus compañeros, el doctor Joshua Rosen, era físico nuclear del Lawrence Livermore National Laboratory, donde trabajaba para el Pentágono realizando investigaciones sobre tecnología láser y haces de partículas. Rosen era uno de los cuatro miembros judíos del equipo y Decker no se pudo resistir a la tentación de preguntarle sobre lo que sentía al examinar una reliquia cristiana.

Rosen sonrió.

—Si no estuviera tan cansado, me explayaría durante un buen rato —dijo—. Pero si de verdad buscas una respuesta, tendrás que preguntarle a cualquiera de los otros miembros judíos del equipo.

—¿No tiene una opinión? —insistió Decker.

—La tengo, pero no estoy cualificado para contestar a tu pregunta —Rosen hizo una pausa y Decker arrugó la frente perplejo—. Soy mesiánico —aclaró Rosen, pero Decker seguía sin comprender—. Judío cristiano —explicó Rosen.

—Ah —dijo Decker—, no es cosa de hace un par de días, ¿no?

Rosen se rió entre dientes.

Roger Harris, demasiado cansado para hablar, apenas logró tragar un sorbo de café antes de unirse a Rosen con una carcajada. El comentario de Decker no había sido tan gracioso, pero el gesto de dolor en el rostro de Roger provocó una risilla entrecortada en Susan Chon, y pronto los cuatro miembros del equipo, agotados y aturridos como estaban, reían sin control, avivando la risa en los otros ante la incapacidad de detenerse.

En el otro extremo del comedor, sentada a una mesa donde descansaban los restos de una taza de té con aspecto de llevar vacía un tiempo y de un bollo sin terminar, había una mujer; llevaba allí desde antes de que Decker y los otros hicieran su entrada. Sus manos estiraban de un lado a otro una servilleta roja del hotel. Todo el rato había estado observando a Decker y los otros miembros del equipo, intentando reunir el valor necesario para acercarse a la mesa. Aquella risa les tornó en seres más

accesibles y humanos y la naturaleza contagiosa de ésta pareció aliviarla de su desazón. Se levantó y con pasos lentos pero decisivos se acercó hasta ellos.

—¿Son ustedes los americanos? —preguntó cuando la risa amainaba.

—Sí —contestó Joshua Rosen.

—¿Van con los científicos que están examinando la Sábana?

Decker pudo leer en el rostro de la mujer las huellas de la preocupación; en sus ojos pudo adivinar la presencia de lágrimas contenidas.

—Así es —contestó—. Estamos examinando la Sábana. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Mi hijo, tiene cuatro años, está muy enfermo. Los médicos dicen que no vivirá más de unos meses. Sólo les pido que me dejen llevar unas flores a la Sábana como ofrenda a Jesús.

Ninguno de los que estaban sentados a la mesa había conciliado doce horas de sueño en los últimos cuatro días y Decker sintió que a las lágrimas de risa se unían las de la compasión por la desdicha de aquella mujer y su modesta petición. Todos estuvieron de acuerdo en ayudarla, pero Rosen fue el primero que ofreció un plan. Era imposible que la mujer llevara personalmente las flores a la Sábana. Pero se ofreció a llevarlas él personalmente ante la Sábana si las traía al palacio hacia la una.

\* \* \*

Una vez en su habitación, Decker se durmió enseguida. Despertó totalmente descansado después de catorce horas de sueño, a mediodía del día siguiente. Cuando llegó al palacio una hora después, encontró a Rosen hablando con la mujer del hotel. Decker pudo apreciar que el velo de angustia que había cubierto su rostro la noche antes había sido reemplazado por una apacible mirada de esperanza. Al irse, sonrió a Decker agradecida.

Rosen había empezado a subir las escaleras con el jarrón de flores recién cortadas, pero al ver a Decker se volvió para esperarle.

—Bonito, ¿eh? —comentó Rosen.

—Bonito, sí —contestó Decker. Pero no pudo evitar preguntarse qué ocurriría con la mujer si moría su hijo.

## EL CUERPO DE CRISTO

DIEZ AÑOS DESPUÉS, KNOXVILLE, TENNESSEE

Fuera hacía frío. La habitual calidez otoñal del este de Tennessee había dado paso a una ola de frío que hizo que los vecinos corrieran a sus pilas de troncos en busca de calor y abrigo. Decker y su mujer, Elizabeth, yacían muy juntos y adormilados delante del fuego agonizante, soñando con el crepitar de las ascuas de fondo. El calor y el fulgor del fuego invitaban a no levantarse cuando sonó el teléfono. La pequeña Hope Hawthorne, de un año de edad, dormía profundamente en la cuna de su dormitorio. Aunque sabía que era poco probable que se despertara, al tercer timbrado Decker se levantó lentamente del suelo y se dirigió hacia el odioso aparato. Al octavo timbrado contestó.

—¿Diga?

—¿Decker Hawthorne? —preguntó la voz al otro lado del auricular.

—Sí —contestó Decker.

—Soy Harry Goodman. Tengo algo que te va a interesar —la voz de Goodman sonaba excitada y controlada a la vez—. Es una historia para tu periódico. ¿Puedes venir a Los Ángeles de inmediato?

—¿Profesor? —dijo Decker algo perplejo y no despierto del todo aún—. Menuda sorpresa. Han pasado... —Decker hizo una pausa mientras hacía recuento—. Han pasado siete u ocho años, ¿cómo está?

—Bien, bien —contestó Goodman apresuradamente, sin el más mínimo interés en prolegómenos triviales—. ¿Puedes venir a Los Ángeles? —volvió a preguntar con insistencia.

—No lo sé, profesor. ¿De qué se trata exactamente?

—Si te lo cuento por teléfono, vas a pensar que estoy loco.

—A lo mejor no. Póngame a prueba.

—No puedo. No por teléfono. Sólo te puedo decir que tiene que ver con la Sábana.

—¿La Sábana? —preguntó Decker sorprendido—. ¿La de Turín?

—Pues claro que la Sábana de Turín.

—Verá, profesor, siento sacar esto a colación, pero me temo que lo de la Sábana ya es historia. Le hicieron la prueba de datación del carbono 14 y se descubrió que no era lo suficientemente antigua para ser el sudario de Cristo. ¿Acaso no lo leyó en los periódicos el mes pasado? Salió en primera página en *The New York Times*.

—¿Pero crees que vivo en un caparazón o qué? Ya sé lo del carbono 14 —dijo Goodman. Era obvio que no le gustaba nada tener que dar explicaciones.

—Ya, entonces, ¿qué queda por contar?

—De verdad, no creo que deba hablar de esto por teléfono. Decker, puede tratarse del descubrimiento más importante de la historia desde que Colón descubrió América. Por favor, confía en lo que te digo. Te prometo que no te decepcionaré.

Decker sabía que Goodman no era dado a exagerar. Era evidente que, fuera lo que fuera, tenía que ser algo bastante importante. Hizo un fugaz repaso mental a su agenda y quedó en viajar a Los Ángeles dos días después.

—¿Quién era? —preguntó Elizabeth.

—El profesor Goodman —contestó Decker.

Elizabeth le miró extrañada.

—¿Goodman? —preguntó—. ¿Henry Goodman? ¿Tu antiguo profesor? ¿El mismo con el que estuviste en Italia?

—Sí —dijo Decker sin demasiado entusiasmo—. Aunque es Harry, no Henry. Me temo que me voy a tener que perder la excursión a Cade's Cove el sábado. Tengo que volar a Los Ángeles para verle a propósito de una noticia.

Elizabeth no pudo evitar que la desilusión se dibujara en su rostro, pero no dijo nada.

\* \* \*

Ya acostados, Decker y Elizabeth charlaron aquella noche sobre lo que Goodman podía haber descubierto. Decker no había hablado con él desde el otoño tres años después de que el equipo de la Sábana hiciera públicos los resultados de sus ciento cuarenta mil horas de trabajo en un informe oficial. En resumen, el informe afirmaba con toda seguridad que la imagen de la Sábana no era el resultado de una imprimación u otro método conocido de reproducir una imagen. A partir de los resultados de trece pruebas y procedimientos diferentes, se había comprobado que las marcas de la flagelación y la sangre que rodeaba los agujeros de los clavos y la herida lateral correspondían, sin lugar a dudas, a sangre humana. Las fibras debajo de la sangre no presentaban signos de oxidación, indicio de que la sangre manchó el tejido antes de cualquiera que fuera el proceso que creó la imagen. El informe concluía que aunque el lienzo podía ser lo suficientemente antiguo para ser el sudario de Jesús de Nazaret, era imposible intentar adivinar su antigüedad sin una datación con carbono 14, una prueba que no podría realizarse sin destruir un gran fragmento del lienzo.

Pero aquello había sido entonces. El avance de la ciencia había hecho posible que se pudiese realizar con toda precisión una prueba de datación con carbono 14 a partir de una muestra del tamaño de un sello. Al poco tiempo la Iglesia católica anunció que el papa Juan Pablo II iba a permitir que tres laboratorios diferentes realizaran la prueba del carbono 14 a la Sábana. La Iglesia hizo públicos los resultados algo más tarde aquel mismo año. Los laboratorios habían descubierto, con un grado de certeza del noventa y cinco por ciento, que la Sábana se había confeccionado con lino cultivado en algún momento entre 1260 y 1390, por lo que el lienzo no era lo

suficientemente antiguo como para haber sido el sudario de Cristo.

—¿Qué te ha dicho el profesor Goodman? —preguntó Elizabeth—. ¿Que iba a ser el descubrimiento más importante de la historia desde que Colón descubrió América?

—Así es —contestó Decker negando con la cabeza.

—Y si se ha demostrado que la Sábana era un fraude, ¿a qué se puede estar refiriendo?

—No lo sé —dijo Decker encogiéndose de hombros—. Lo único que se me ocurre es que Goodman haya descubierto cómo se hizo la imagen. Después de todo, sabemos que se trata de una falsificación, pero no tenemos ni idea de cómo se reprodujo la imagen en el lienzo —explicó—. Pero si eso es todo lo que ha descubierto, está sacando las cosas de quicio. No es algo que pueda compararse ni mucho menos al descubrimiento de América.

—Pues entonces tiene que haber descubierto la forma de demostrar que es auténtica —concluyó Elizabeth.

Decker negó con la cabeza.

—No, eso es una locura —remató—. La datación con carbono 14 fue concluyente. Además es axiomático que no se puede probar la existencia de Dios en el laboratorio. Aun cuando la datación fuese errónea, ¿cómo iba Goodman a probar la autenticidad de la Sábana? La ciencia puede demostrar que la Sábana es un fraude, pero intentar probar que es auténtica sería de locos —Decker hizo una pausa antes de continuar—. Por no decir que sería algo del todo increíble en una persona que, como Goodman, ni siquiera está segura de su propia existencia, y mucho menos de la de Dios.

Rieron, se besaron y pusieron punto final a la conversación por aquella noche.

## LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

Harry Goodman recibió a Decker en el aeropuerto de Los Ángeles. Tan pronto hubieron subido al coche, Goodman abordó el asunto.

—Seguro que recuerdas —dijo Goodman— cuánto me afectó el descubrimiento de aquellas diminutas partículas de suciedad en la zona del talón de la imagen de la Sábana.

Goodman suponía demasiado —habían pasado diez años desde lo de Turín—, pero Decker asintió educadamente.

—No tenía sentido —continuó Goodman—. Ningún falsificador medieval se habría molestado en ensuciar la Sábana si la mancha no iba a poder apreciarse a simple vista. Fue entonces cuando empecé a cuestionar mi suposición de que la Sábana era un fraude.

Decker sacudió la cabeza, tenía que haber algún malentendido. ¿Estaba Goodman sugiriendo de verdad que pensaba que la Sábana era auténtica?

—Recuerdas, estoy seguro, que algunas de las pruebas más concluyentes fueron las obtenidas por el doctor John Heller a partir de las muestras recogidas con las tiras de cinta adhesiva Mylar.

Aquello sí que lo recordaba. Heller y el doctor Allan Adler habían demostrado que las manchas eran de sangre humana y también que las imágenes se habían creado por oxidación<sup>[9]</sup>.

—Claro —contestó Decker—. Pero ¿qué puede importar todo eso ahora que sabemos que la Sábana no es lo suficientemente antigua para ser auténtica?

—Quise examinar con más detenimiento las muestras obtenidas en la zona del talón y el pie —continuó Goodman, haciendo caso omiso a la pregunta de Decker—, así que dispuse lo necesario para que me las enviaran aquí. Es posible que recuerdes que las muestras se guardaron en una maleta especialmente diseñada para ello, y que se tomaron todas las medidas necesarias para garantizar que ningún material extraño las contaminara. Cada una de ellas se catalogó conforme a la zona de la que se había extraído y luego la maleta se selló herméticamente para su transporte. Por desgracia, aquello fue como cerrar la cerca después de escapados los caballos.

»En Turín pude contabilizar más de una docena de artículos contaminados que entraron en contacto con la Sábana. Por lo menos dos miembros del equipo y tres curas la besaron. Por lo que sé, parece que la Sábana ha estado expuesta a que se la bese y toque desde que apareció. Y no olvides las manchas de óxido de aquellas viejas chinchetas. Incluso los procedimientos que empleamos para no contaminarla introdujeron algunos contaminantes. Los guantes de algodón que usamos seguro que tenían polen norteamericano, que, sin duda, pasó al tejido de la Sábana. Y ya que hablamos de otros materiales, no podemos olvidar el contrachapado ni la superficie de apoyo ni el cobertor de seda rojo.

»A lo que voy es a que en las muestras recogidas con cinta adhesiva había toda suerte de impurezas que nada tenían que ver con el origen de la Sábana o la creación de la imagen. En el informe que publicó sobre la Sábana, el doctor Heller señalaba que se habían hallado fibras naturales y sintéticas, ceniza en suspensión, pelo animal, fragmentos de insectos, cera de abeja de cirios de iglesia y un par de docenas más de otro tipo de partículas, por no mencionar esporas y polen<sup>[10]</sup>. Este caos llevó a Heller a emplear en buena parte de su examen un índice de magnificación lo suficientemente grande para examinar las sustancias que pudieran haberse empleado para crear una imagen visible e ignorar el material más pequeño e irrelevante.

»El procedimiento seguido por Heller, el más apropiado para sus propósitos, pasaría por alto el tipo de restos que yo estaba buscando. Eso fue lo que me decidió a realizar un segundo examen. Me interesaba lo que podía haber pasado desapercibido entre toda aquella maraña microscópica.

»Estoy convencido de que lo que descubrí puede explicar el misterio de la Sábana —dijo Goodman haciendo una pausa—. Pero aún hay más.

—Y bien, ¿de qué se trata? —preguntó Decker.

—¿Qué hay de tu sentido del suspense? —le preguntó Goodman—. Pronto lo verás.

\* \* \*

Una vez en la universidad, Goodman condujo el vehículo hasta el edificio William G. Young de la Facultad de Ciencias, en el lado este del campus de la UCLA, y estacionó en el aparcamiento de profesores. Su despacho, en la cuarta planta, estaba orientado hacia el oeste, y daba a un patio y a la Facultad de Ingeniería. La disposición era muy parecida a la que tuvo en la UT, incluido el deslucido aunque ya enmarcado cartel de «Pienso, luego existo. Eso pienso» y la última versión en impresión láser de la *Primera ley del éxito de Goodman*.

—Antes de nada —empezó Goodman mientras se acomodaban en el despacho—, he de confesar que te he traído hasta aquí un poco engañado.

A Decker aquello no le sonó nada bien, pero dejó proseguir a Goodman.

—Lo que vas a ver no debes contárselo a nadie. Por lo menos no todavía.

—¿Por qué entonces tanta urgencia en que viniera? —preguntó Decker desconcertado y algo molesto.

—Verás —contestó Goodman—, necesito un testigo y creo que me lo debes. Me podías haber metido en un buen lío con mis colegas cuando publicaste la historia sobre el proyecto de Turín. El único periodista que se suponía podía estar allí era Weaver, del *National Geographic*. Ni siquiera estábamos autorizados a hablar con la prensa. Y justo a la semana de regresar, saltan los teletipos de medio mundo con la noticia, publicada en un periódico de Knoxville por un seudoperiodista que ha conseguido hacerse pasar por miembro del equipo. Y para colmo, ese seudoperiodista no es otro que el que se hizo pasar por pseudoayudante mío.

»Me investigaron a fondo, pero pudo haber sido mucho peor. Podía haberme costado la confianza de muchos de mis colegas. Por fortuna, resultaste de ayuda mientras estuvimos allí y los demás miembros del equipo se llevaron una buena impresión de ti. Si alguien llega a pensar que había ayudado a un reportero a meterse en el equipo a sabiendas, habría saltado la alarma y me habrían excluido de todo tipo de proyectos futuros. Así que en lo que a mí respecta, me lo debes y mucho.

—Un momento, yo sólo estaba siguiendo la *Primera ley del éxito de Goodman*: «La distancia más corta entre dos puntos es la que se salta las normas» —contestó Decker.

Pero Goodman tenía razón y Decker lo sabía. Desde aquello le remordía un poco la conciencia por la forma en la que se había colado en el equipo de la Sábana.

—Está bien —dijo por fin—, he de reconocer que fue una mala pasada. Se lo debo. Así que ¿qué es eso que quiere enseñarme y que no puedo contarle a nadie?

—Puedes contárselo a quien quieras, pero sólo cuando te diga que lo hagas. Es más, cuando llegue el momento te pediré que des la noticia. Pero no todavía. Ahora

necesito un testigo y sabes bien que no aguanto a la mayoría de los periodistas. Para ser sincero, a ti te aguanto lo justo —añadió Goodman con una sonrisa intentando quitar hierro al asunto—. Necesito a alguien en quien confiar que mantenga la noticia en secreto hasta que yo esté preparado para hacerla pública. Tú cubriste la noticia sobre la Sábana desde el principio. La gente te creerá cuando hagas público lo que te voy a enseñar, pero si la historia sale a la luz demasiado pronto, podría arruinar todo el proyecto.

—Pero, profesor, si se trata de alguna investigación, ¿por qué no la publica personalmente en alguna revista especializada?

—Por supuesto que publicaré mi trabajo más adelante con todo detalle. Pero, bueno... Me temo que tendré que romper el hielo con el público antes de revelar a mis colegas la naturaleza exacta de mi investigación.

Decker, confuso, frunció el ceño.

—El caso es que me temo que yo también he llevado a la práctica la *Primera ley de Goodman*. En la comunidad científica hay gente estrecha de miras que es posible que critique mis métodos. Confío en que una vez divulgados los beneficios de mi trabajo, la opinión pública sea demasiado poderosa para que mis colegas censuren esos métodos. Así, a cambio de confidencialidad ahora, obtendrás exclusividad más tarde. Según vaya evolucionando la historia, tú serás el único periodista con acceso a la noticia. Por supuesto que una vez publicada, tendré que hablar con otros periodistas, pero me aseguraré de que tú tengas la noticia una o dos semanas antes que el resto.

—¿Qué es eso de *según vaya evolucionando la historia*? —preguntó Decker.

—Lo que te voy a enseñar hoy es sólo el principio. Habrá varias entregas antes de la publicación de la noticia completa.

Decker no tenía ni idea de qué era lo que había descubierto Goodman, pero no por ello dejaba de intrigarle.

—En definitiva, se puede resumir todo en cinco puntos —concluyó Goodman—. Primero, necesito un testigo en quien confiar. Segundo, me lo debes por lo de Turín. Tercero, has cubierto la historia de la Sábana desde el principio. Cuarto, si me prometes confidencialidad, yo te daré exclusividad.

—¿Y quinto? —preguntó Decker.

—Quinto —contestó Goodman—, si haces pública la noticia antes de que yo lo autorice, pienso negarlo todo y vas a quedar en el peor de los ridículos. Jamás podrás probar nada.

—Me ha parecido entender que la gente iba a creer mi historia.

—Sí, si yo te respaldo y tú me respaldas a mí. Pero si vas por tu cuenta y yo te desmiento, la gente creerá que estás mal de la cabeza. Decker, te estoy ofreciendo la mayor exclusiva sobre el más importante de los descubrimientos científicos y no científicos de los últimos quinientos años. Y en cierta forma también el más insólito de todos.



—De acuerdo —dijo Decker—. Veamos de qué se trata.

—¿Trato hecho? —preguntó Goodman extendiéndole la mano para sellar el acuerdo.

—Hecho —dijo Decker inclinándose sobre la mesa para apretar la mano de Goodman—. Bueno, ¿cuál es ese bombazo sobre la Sábana?

Goodman se arrellanó en su asiento, juntó las puntas de los dedos, apoyó los codos en los brazos de su butaca y miró hacia el infinito, pareciendo calcular sus palabras.

—Considera la siguiente hipótesis —empezó Goodman—. La imagen del hombre de la Sábana de Turín es el resultado de una liberación repentina de calor y energía luminosa procedente del cuerpo de un hombre crucificado en el momento en que éste experimentó una regeneración instantánea o *resurrección*, si se quiere.

Decker se quedó boquiabierto. Se hizo el silencio durante un buen rato y luego se echó a reír.

—¿Me toma el pelo, verdad? Es su venganza por lo de Turín, ¿no?

—Te aseguro que hablo completamente en serio —respondió Goodman mientras Decker seguía riendo.

—Pero es ridículo —dijo Decker. Había dejado de reír y buscaba en el rostro de Goodman algo que, a pesar de la negativa, le revelase que aquello no era más que una broma. Al no hallar indicio alguno prosiguió—: Profesor, eso no es una hipótesis científica; es una profesión de fe. Y puesto que la Sábana no es lo suficientemente antigua como para ser el sudario de Cristo, ni siquiera es fe ciega, es pura ignorancia.

—¡No es ninguna profesión de fe! Está basada en hechos y razonamientos estrictamente científicos. Es más, existe una forma de probar mi hipótesis y confirmar su veracidad.

En la mirada de Decker podía leerse su confusión.

—Está bien, morderé el anzuelo —dijo con reticencia—. ¿Cómo puede demostrarlo?

—A modo de explicación —contestó Goodman—, permíteme que te pregunte qué sabes de Francis Crick.

A Decker no le gustó el cambio de tema, pero decidió que daría una oportunidad a su viejo profesor y no hizo más preguntas.

—Sé que ganó el Premio Nobel de medicina en el sesenta y tantos...

—En el sesenta y dos —le interrumpió Goodman.

—... por descubrir junto con James Watson la estructura en doble hélice del ADN. Y sé que publicó hace unos años... —Decker intentaba por todos los medios recordar el título del libro.

—Se titulaba *Life itself*<sup>[11]</sup> —dijo Goodman completando la frase de Decker.

—Sí, eso es. *Life itself*.

—¡Bien! —dijo Goodman—. Entonces conoces el libro.

—Lo he leído, sí —Decker intentó dejar claro por medio de la entonación que no

era un libro que le mereciera demasiado respeto, pero Goodman pareció no darse cuenta.

—¡Mejor todavía! Recuerda que, en su libro, Crick examina los orígenes posibles de la vida en nuestro planeta. Plantea la cuestión de por qué, a excepción de la mitocondria, el código genético básico de todos los seres vivos de la Tierra es idéntico. Incluso en el caso de la mitocondria, las diferencias son mínimas. Por lo que sabemos de la evolución de la Tierra, no existe una razón estructural obvia para que la codificación sea idéntica en los detalles. Crick no descarta del todo la posibilidad de que la vida se originara y evolucionara de forma natural en la Tierra, pero ofrece una segunda teoría: la de que la vida fue introducida en este planeta por una civilización muy avanzada de otro lugar. Si toda forma de vida en la Tierra tuvo un origen común, ello explicaría el aparente atasco en la evolución genética.

»Crick llama a su teoría “panspermia dirigida” y no dista mucho de la que formuló el astrónomo sir Fred Hoyle<sup>[12]</sup>. Crick señala que el lapso de tiempo transcurrido desde el *big bang* hace posible el desarrollo de la vida y la evolución de seres inteligentes en otros planetas nada menos que hace cuatro mil millones de años. Y eso si aceptamos la estimación bastante conservadora que fecha la creación del universo hace diez o doce mil millones de años. ¡Eso significa que en uno o más planetas de nuestra galaxia puede haber vida inteligente cuatro mil millones de años más avanzada que la vida en la Tierra!

»El profesor Crick sugiere a continuación que si esos seres inteligentes quisieran colonizar otros planetas no empezarían enviando seres de su propia especie. Para colonizar un planeta, primero hay que hacerlo habitable. Sin vida vegetal no habría oxígeno suficiente para el desarrollo de la vida inteligente, tal y como nosotros la conocemos. Y es evidente que los colonos tampoco tendrían con qué alimentarse. A fin de establecer la vegetación necesaria, no tendrían más que introducir en el planeta algún tipo sencillo de bacteria, como el alga azul-verdosa, y dejar que la evolución y los eones de tiempo hicieran su trabajo.

—Profesor —interrumpió Decker—, ya he leído el libro. Pero ¿qué tiene que ver con todo esto?

—Pues que ¿y si Crick tuviera razón? ¿Y si la vida hubiera sido introducida en la Tierra por antiguos seres de otro planeta? ¿Dónde están ahora? Bueno —continuó Goodman en respuestas sus propias preguntas—, Crick sugiere varias posibilidades. Tal vez murieran todos. Tal vez perdieran el interés en los viajes espaciales. Tal vez descubrieran que la Tierra no era adecuada para sus necesidades.

»Pero existe otra posibilidad que Crick nunca mencionó —Goodman hizo aquí una pausa para conseguir un golpe de efecto—. Es seguro que la Tierra no fue el único planeta en el que introdujeron la vida. Seguramente plantaron semillas en miles de planetas a lo largo y ancho de la galaxia, de forma que cuando finalmente regresaron a este planeta en particular, descubrieron que ya estaba poblado, y no sólo por plantas y animales. ¿Y si, debido a una insólita serie de giros paralelos en la

evolución, descubrieron que estaba poblado por seres no muy diferentes a ellos mismos? ¿Lo invadirían y colonizarían de todas maneras o acaso decidirían observarlo y permitir que continuase su evolución natural?

—Profesor —volvió a interrumpirle Decker—, ¿qué tiene todo eso que ver con la Sábana de Turín?

—Piénsalo, Decker. Es posible que en algún lugar de la galaxia haya una civilización de seres miles de millones de años más avanzada que la nuestra y que haya diseminado la vida por toda la galaxia, incluida la Tierra. Creo que el hombre cuya regeneración creó la imagen en la Sábana de Turín era un miembro de esa estirpe progenitora enviado aquí como observador: un ser vivo de especie similar a la humana, pero tan superior a la nuestra que es capaz de regenerarse, y es posible que hasta hayan alcanzado la inmortalidad. No son dioses de verdad —por lo menos no en el sentido estricto del término—, pero sí algo muy parecido.

—Pero ¿es que no escucha lo que le digo? —interrumpió Decker—. ¡La Sábana de Turín no es tan antigua como para ser el sudario de Cristo! —Decker cerró los ojos y tomó aire para recuperar la compostura—. Mire, profesor —dijo pausadamente—, todo esto es completamente ridículo. Si se para a pensarlo un momento, verá lo disparatado que suena. Usted es un científico, un buen científico. Sabe diferenciar perfectamente una hipótesis razonable de una...

—¡No estoy loco! —espetó Goodman—. ¡Así que deja de tratarme como un niño y espera a que termine!

Decker se levantó dispuesto a irse.

—Lo siento, profesor. No es a mí a quien busca. ¡Lo que necesita es a alguien del *National Enquirer*<sup>[13]</sup>!

Goodman abandonó su asiento y se interpuso entre Decker y la puerta.

—No estoy chiflado. Esperaba esta reacción, pero te repito que puedo probar y demostrar estas hipótesis. Sé que parece una locura, pero cuando veas lo que he descubierto en la Sábana lo entenderás.

Por fin podía la curiosidad de Decker agarrarse a algo tangible. Ya no esperaba dar con la noticia del milenio, pero tal vez descubriría qué era lo que había hecho trizas el conservadurismo científico de Goodman. Aceptó ir al laboratorio. De camino se relajó pensando en el lado cómico del asunto. ¿Qué te apuestas a que ha encontrado una mancha de mostaza —se dijo intentando no reír ante lo absurdo de la situación—. Elizabeth no se lo va a creer.»

\* \* \*

Cuando llegaron al laboratorio, Goodman procedió a abrir un casillero cerrado con llave y sacó de su interior un estuche de plástico transparente con varias docenas de láminas portaobjetos en su interior. Decker lo reconoció como el estuche de muestras obtenidas con cinta adhesiva de la Sábana de Turín.

—Como te decía antes —comenzó Goodman—, tomé prestadas las láminas portaobjetos para examinar detalladamente las partículas de suciedad halladas en la zona del talón izquierdo de la imagen. No había vuelto a pensar en la Sábana durante los últimos años, pero cuando anunciaron que iban a hacerle la prueba del carbono 14, me acordé de algo. Me pregunté si sería posible determinar la composición específica de las partículas de suciedad halladas en la Sábana para determinar o descartar posibles orígenes de procedencia a partir de algún rasgo peculiar. En otras palabras, investigar si algo en la suciedad indicaba que ésta procedía de Oriente Próximo o si, al contrario, había algún indicio de que la suciedad procedía de Francia, de Italia o tal vez de otro lugar.

»Que procediese de Oriente Próximo o de Jerusalén mismo, incluso, no tenía por qué demostrar nada acerca del misterio de la Sábana. Si el falsificador se había molestado lo suficiente como para imprimir suciedad en la Sábana en cantidades tan diminutas que sólo un microscopio de alta definición del siglo xx pudiese detectar, entonces bien podría haber pensado también en importar la suciedad de Jerusalén. De tan lógico que es, resulta absurdo. Sólo quería echar otro vistazo.

Goodman se sentó ante un microscopio, encendió la lámpara y colocó un portaobjetos en la platina.

—En el coche te he contado que, por la naturaleza de lo que buscaba, el doctor Heller evitó emplear objetivos de gran aumento —hizo una pausa, miró a través del ocular, y ajustó los objetivos y el foco—. En mi caso —continuó levantando la vista y mirando de nuevo a Decker—, empleé objetivos de seiscientos y mil aumentos —Goodman se levantó y se retiró para permitir que Decker observara la preparación—. Esta primera muestra es la que se obtuvo directamente del talón izquierdo.

Decker movió el portaobjetos sobre la pletina y volvió a enfocar el microscopio.

—No hay mucho que ver —dijo sin apartar la vista del portaobjetos.

—Exacto —dijo Goodman—. Al principio me desilusionó bastante. Comprobé el estuche, pero las únicas muestras que había de los pies eran las pertenecientes a las heridas de clavo del pie derecho —Goodman retiró el portaobjetos cuidadosamente y volvió a colocarlo en la ranura correspondiente.

—Recuerda que el pie derecho tenía dos heridas de salida, lo que indicaba que el pie izquierdo había sido clavado sobre el derecho. El pie derecho se clavó primero, y la salida de este clavo se encontraba en el arco del pie. A continuación se clavó el izquierdo sobre el derecho, atravesando el clavo ambos pies y dejando una herida de salida en el arco del pie izquierdo y en el talón del derecho. Con todo, ninguna de las muestras parecía demasiado prometedora, porque cualquier partícula de suciedad que hubiese habido en la zona de las heridas probablemente habría quedado adherida al tejido con la sangre.

Goodman cogió un segundo portaobjetos del estuche de plástico.

—Esta muestra corresponde a la mancha de sangre del talón derecho. No es que esperara encontrar suciedad aquí, pero lo examiné de todas formas.

Goodman hizo una pausa.

—Fue entonces cuando lo descubrí.

Goodman sorteó a Decker, apagó la lámpara del microscopio y le entregó el portaobjetos. Decker tomó el portaobjetos y lo colocó sobre la pletina. Ajustó el espejo para compensar la pérdida de luz y enfocó la lente. Goodman giró el revólver y lo fijó en el objetivo de ochocientos aumentos. Decker observó como la preparación mostraba un cúmulo de partículas que le resultaban vagamente familiares; de apariencia cilíndrica, parecían incrustadas o amalgamadas en una sustancia costrosa, de coloración marrón oscuro, que supuso debía de corresponder a una gota de sangre.

Dejó pasar un instante y alzó la mirada hacia Goodman. Sus ojos estaban abiertos de par en par y su mente se debatía entre la incredulidad y la confusión.

—¿Es esto posible? —preguntó por fin.

Goodman abrió un grueso libro de texto de medicina por una página bien marcada y señaló una ilustración en la esquina superior izquierda. Lo que Decker vio era el dibujo de algo muy parecido a lo que acababa de ver a través del microscopio de Goodman. En el pie de foto se podía leer: «Células de piel humana».

Decker volvió a mirar por el microscopio para estar seguro. Inexplicablemente, a pesar de haber pasado cientos o incluso miles de años, parecían perfectamente conservadas. Notó cómo Goodman le sorteaba de nuevo, esta vez para encender la lámpara. La luminosidad hizo que los pequeños discos se volvieran transparentes y Decker pudo ver con claridad el núcleo de cada una de las células. A los pocos segundos, la lámpara empezó a calentar ligeramente el portaobjetos. Decker se separó del ocular para restregarse los ojos y volvió a mirar.

\* \* \*

Al calor de la luz artificial, los núcleos empezaron a moverse.

## MADRE DE DIOS

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

Decker sentía un gran peso en el pecho y la cabeza le flotaba. Se esforzó por recuperar el aliento. En silencio observó los núcleos de las células en su movimiento ondulatorio. Era como si su mente flotara en aquel cálido mar de citoplasma sin otra referencia que las propias células. Le asaltaron miles de preguntas que no lograron captar su atención; tan concentrado estaba en lo que veía que ni siquiera era consciente de su propia confusión. Hasta que no cejó en su intento por abarcar el alcance de lo que estaba viendo no pudieron sus sentidos empezar a emerger de aquella marisma. Poco a poco sus oídos captaron la voz de Goodman.

—Decker... Decker... —Goodman le tocó en el hombro y él finalmente levantó la vista—. ¿Qué tal ese apetito?

Decker no había comido nada desde el desayuno, pero en aquel momento la pregunta de Goodman le pareció completamente disparatada.

—Créeme —dijo Goodman—, sé cómo te sientes. A mí me pasó lo mismo. Buscaba suciedad y me encuentro con células de piel vivas. ¡Fue casi como una revelación! Es entonces cuando me acordé de la teoría del profesor Crick —Goodman retiró el portaobjetos del microscopio y lo colocó cuidadosamente en el estuche de plástico.

—¿De qué se trata? —preguntó Decker al fin.

—Ya lo has visto —dijo Goodman—. Son células de la piel, células de justo debajo de la superficie de la piel. Ah, y como obviamente habrás notado, están vivas —Goodman ocultaba la emoción de poder compartir su descubrimiento, y aquella respuesta tranquila y comedida no hizo más que acentuar la confusión de Decker.

—Pero ¿qué...? ¿Cómo...? —rogó Decker.

—Las células quedaron prendidas de la cinta adhesiva Mylar junto con algunas pequeñas costras de sangre. Parece ser que al tender la Sábana sobre el hombre crucificado, parte de la piel expuesta de la herida se desprendió junto con la sangre. Al regenerarse el hombre y serle retirada la Sábana, quedó prendida en ella una pequeña parte de material cutáneo. Lo mismo puede ocurrir cuando se retira el vendaje de una herida. Sospecho que el peso del talón sobre la tela también ayudó lo suyo. Lo que acabas de ver son células de por lo menos seiscientos años de antigüedad sin signos de degeneración. Resumiendo, están vivas.

—¿Seiscientos años? —preguntó Decker, sorprendido de que el profesor Goodman no hubiese dicho dos mil.

—Bueno, si la datación del carbono 14 es correcta, así es. Por otro lado, creo que es más que improbable que nadie fuese crucificado en los siglos XIII o XIV. No tengo

ninguna prueba con la que rebatir los resultados del carbono 14, pero me atrevo a pensar que, con toda probabilidad, la Sábana sí que data del siglo primero y fue, de hecho, el sudario de Cristo. La evidencia histórica sobre la existencia de Jesús es bastante concluyente. Nunca lo he puesto en duda, como tampoco he puesto en duda la evidencia histórica sobre Alejandro Magno o Julio César. De hecho, todo encaja perfectamente en mi hipótesis.

—Profesor, ¿por qué no están vivas las células de la sangre? —preguntó Decker.

—Una pregunta interesante. Supongo que porque la sangre procede del cuerpo que murió. Sin embargo, las células de la piel proceden del cuerpo una vez regenerado.

Goodman apoyó una mano en el hombro de Decker para, con suavidad, dirigirle hacia la puerta.

—No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre y mi asistenta nos espera hace media hora con el almuerzo. Mi mujer se ha ido a Kansas City a ver a su madre.

\* \* \*

La casa de Goodman era de estilo Tudor inglés, con entramado marrón y piedra, situada en una tranquila calle sin salida a unos veinte minutos del campus. Les abrió la puerta la asistenta, una joven de origen hispano.

—María, le presento a mi invitado, el señor Hawthorne —Goodman hablaba despacio, articulando cada palabra—. Almorzaremos ahora.

Decker echó un vistazo a la casa. Prácticamente todas las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros. Junto a algunas librerías se amontonaban también ordenadas pilas de libros. Decker no conocía a Martha, la mujer de Goodman, pero seguro que era muy tolerante con la profesión de su marido.

—Profesor, tenemos que hablar —dijo Decker cuando se sentaban a la mesa del comedor.

—Sí, lo sé —contestó Goodman.

Decker miró a la asistenta y de nuevo a Goodman.

—Ah, no te preocupes por ella —dijo Goodman—. Apenas habla nuestro idioma. Sólo lleva en el país unos seis meses.

—Esto no puede quedar entre nosotros —empezó Decker.

—No es mi intención mantenerlo en secreto para siempre, pero si hacemos pública la noticia ahora, no acabaremos nunca con los periodistas. Por no mencionar a los miles de fanáticos religiosos majaderos. ¿Te acuerdas de la multitud que hacía cola en Turín para ver la Sábana? ¿Qué crees que ocurriría si se filtrara la noticia de la existencia de células vivas del cuerpo de Cristo en un laboratorio de Los Ángeles? A la mañana siguiente tendríamos aquí a todos los enfermos y moribundos de Norteamérica esperando poder tocar las células y curarse. Yo he tocado las células y no me ha pasado nada. Es posible que hasta tú las hayas tocado cuando manipulabas

la Sábana en Turín y por lo que veo, no ha evitado que cada vez tengas más entradas —bromeó Goodman con característica impasibilidad—. Si damos la noticia ahora sólo conseguiremos herir la sensibilidad de mucha gente. Sin embargo, si esperamos hasta que haya terminado mi investigación, es posible que podamos ofrecer una esperanza real de curación.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso de «una esperanza real de curación»?

—Pero ¿no te das cuenta? Has visto las células, ¿de qué crees que hemos estado hablando todo este rato?

—Pues me parece que ya no estoy seguro.

—Esas células tienen cientos o puede que incluso miles de años de antigüedad. Han sobrevivido a temperaturas extremas. Por lo que sabemos, son inmortales. Pero en muchos aspectos son humanas. Con el tiempo es posible que descubramos qué es lo que las hace inmortales. Tal vez descubramos lo suficiente para crear nuevas vacunas, fabricar medicamentos infalibles, alargar la vida; ¡puede que hasta alcanzar la inmortalidad!

Decker alzó las cejas estupefacto.

—No se me había pasado por la cabeza nada semejante —dijo.

—Lo cierto es que ya estoy investigando las células a fondo. Empecé por inducir la mitosis celular en el laboratorio. Las células son tremendamente resistentes y se multiplican rápidamente. He conseguido un cultivo importante. No obstante, hay otro campo de investigación que también merece atención —Goodman hizo una pausa para elegir las palabras—. Decker, ¿qué sabes sobre la clonación?

En un instante Decker supo a qué apuntaba Goodman. Él no era una persona religiosa, pero la idea le horrorizó.

—¡Un momento! No estará pensando... ¡Está hablando de clonar a Jesucristo!

María, sobresaltada por el nivel sonoro del arrebató, dejó caer un plato en la cocina.

Goodman no había contado con la oposición de Decker.

—Espera un momento —contestó controlando los decibelios—. Para empezar, no podemos estar seguros al cien por cien de que estas células sean de Jesucristo.

—¡Pues tienen todas las papeletas! —le espetó Decker incrédulo.

—De acuerdo, aunque lo fueran —Goodman continuó—, sigo creyendo que mi hipótesis sobre su origen es más razonable que cualquiera de esas nociones religiosas bobaliconas que puedes tener.

Fue entonces cuando Decker pudo encajar todas las piezas.

—¡Es de eso de lo que hablaba antes! ¡Así es como piensa probar la hipótesis de que Jesús pertenecía a una raza alienígena avanzada! ¡Le va a intentar clonar!

—Mira, Decker, no hace falta hablar a voces. De todas formas, estás sacando conclusiones precipitadas. Todo lo que quería decir es que tal vez algún día puedas probar de esa forma mi hipótesis sobre el origen del hombre.

La aclaración de Goodman no resultó nada convincente.



—Verá, profesor —dijo Decker—, una cosa es investigar en el laboratorio o cultivar células en una placa de Petri, y otra muy diferente, ir por ahí queriendo clonar a la gente; ¡sobre todo si el individuo en cuestión podría ser nada menos que el hijo de Dios!

—Decker, piensa un poco. Si la imagen de la Sábana perteneciera al hijo de Dios, entonces, ¿por qué iba a dejar un creador omnisciente y omnipotente que las células se pegaran a la Sábana?

—Quién sabe. A lo mejor a modo de señal o algo así.

—¿Y por qué iba a permitir que un hombre como yo, que ni siquiera cree en él, encontrara las células? Si fuera alguna señal, ¿acaso no habría escogido Dios a alguien que por lo menos creyera en él?

Decker no tenía respuesta a aquello.

—Es más —continuó Goodman—, aun examinando la cuestión desde un punto de vista religioso, cabe preguntarse ¿cómo iba a clonar al hijo de Dios un simple mortal? ¿Tendría el clon el «alma» de Jesús? —Goodman se esforzó por ocultar el sarcasmo de su voz—. ¿De verdad crees que Dios se iba a dejar manipular tan fácilmente por los hombres?

Decker escuchaba. Aunque le hacía sentirse incómodo, lo que decía Goodman tenía sentido.

—Decker, esperaba de ti una actitud más abierta en este tema. ¿Qué hay de tu curiosidad científica? En el fondo sabes que conseguir clonar al hombre de la Sábana constituiría la mejor prueba para demostrar que no era el hijo de Dios. Si, repito, *si* fuera posible clonar a ese hombre, es posible que nunca llegásemos a conocer su origen porque él no tendría la memoria del original. Lo que sabríamos a ciencia cierta es que el de la Sábana no era hijo de Dios, porque si lo fuera, y creo que en esto estarás de acuerdo conmigo, seguro que Dios no iba a permitir que clonaran a su hijo.

Decker no tenía argumentos contra la lógica de Goodman. Era poco probable que un Dios omnisciente y omnipotente se dejara por ahí tirado un puñado de células de su hijo. Aparte, era obvio que Goodman había dado por concluida la discusión.

Durante la conversación apenas habían probado bocado. Goodman se centró ahora en su plato, y Decker pensó que no le vendría mal hacer lo mismo. Después de comer, la charla emprendió derroteros más afables, pero era evidente que Goodman estaba de mal humor y en todo momento evitó hablar sobre la Sábana, salvo para comunicar a Decker que le llamaría cuando diese el siguiente paso en su investigación de las células.

\* \* \*

Cuando se levantaron para salir hacia el aeropuerto, María retiró los platos y la cubertería, estirándose sobre la amplia mesa para alcanzar la taza y el platillo de Goodman. Mientras regresaba a la cocina, se atusó el delantal y de un tironcito se

ajustó el vestido de embarazada.

**CHRISTOPHER**

DOCE AÑOS DESPUÉS. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

—¿Falta mucho? —preguntó Hope Hawthorne a su padre mientras bajaban por la rampa de la salida I-605 en el norte de Los Ángeles.

—No, cielo, sólo unos kilómetros más —contestó Decker.

Hope encendió la radio a tiempo de escuchar al locutor, que informaba sobre la temperatura ambiente: «La temperatura es de veinticinco grados, otro bonito día en el sur de California».

—¡Veinticinco grados! Pero ¿qué es esto? ¿El paraíso o qué? Hacía tres grados cuando hemos salido de D.C. —comentó Decker mientras Hope intentaba sintonizar algo de música.

Esa misma mañana habían volado desde Washington, D.C., para visitar al profesor Harry Goodman, que estaba a punto de hacer público un importantísimo avance que podría convertirse en cura para varios tipos de cáncer. El descubrimiento era el resultado de la investigación con las células C (así había bautizado Goodman a las células de la Sábana) y, de acuerdo con lo pactado doce años atrás, Decker tendría acceso a la exclusiva dos semanas antes del anuncio oficial y la conferencia de prensa. Hasta ahora la investigación no había resultado tan fructífera como Goodman esperaba.

Decker sólo había visto a Goodman una vez después de la primera discusión sobre el origen de las células. Había sido en verano, cuatro años antes; Goodman había creído estar a punto de desarrollar una vacuna contra el sida, pero todo acabó en agua de borrajas. Lo más humillante fue que Goodman detectó el fallo en la investigación dos días después de que el artículo de Decker hubiese llegado a los quioscos. El trabajo de Goodman y el periódico de Decker quedaron en entredicho a los pocos días de haber captado la atención de medio país.

Decker giró por la estrecha calle y condujo el coche de alquiler hasta delante de la casa. La señora Goodman les recibió en la entrada. Decker volvió a presentarse educadamente a la mujer que había conocido cuatro años antes y que ahora les sonreía con cariño.

—Le recuerdo, sí —dijo animada—. Y ésta debe de ser Hope —dijo mientras daba un paso adelante y estrechaba a Hope en un abrazo maternal—. Harry me comentó que venía su hija. ¡Qué niña más mona! ¿Cuántos años tienes, cariño?

—Trece —contestó Hope.

—Vamos a mezclar placer y negocios —dijo Decker—. Esta tarde seguiremos viaje hasta San Francisco, allí pasaremos unos días en casa de mi cuñada. Elizabeth y nuestra otra hija, Louisa, llevan allí tres días.

—Sí, pero yo he tenido que quedarme en Washington para hacer un examen de mates —agregó Hope.

—Esto del periodismo es impredecible y como no había manera de que salieran las vacaciones como las planeábamos, ahora intentamos cogernos unos días siempre que podemos. Eso significa que en ocasiones las niñas tienen que perder unos días de colegio —explicó Decker.

La señora Goodman miró a Decker con desconcierto y desaprobación.

—¿La niña va al colegio en Washington? Pensaba que vivían en Tennessee. ¿Está seguro de que un internado es lo mejor para una chica de la edad de Hope? Y más tan lejos de...

—Hope no está en ningún internado —interrumpió Decker—. Nos mudamos a Washington hace un par de años, cuando vendí el periódico de Knoxville y empecé a trabajar en la revista *News World*.

—Ah, discúlpeme, por favor. No lo sabía. Verá, es que... Bueno, mis padres me mandaron a un internado a los doce años y lo odiaba. No importa —dijo cambiando de tema y dirigiéndose de nuevo a Hope—: Me alegro de que hayas podido venir, cariño. Harry está en el patio de atrás jugando con Christopher. Seguro que no les ha oído llegar. Me temo que el profesor ya no tiene el oído de antes. Le diré que están aquí.

Decker y Hope aguardaron mientras la señora Goodman avisaba a su marido.

—Ya viene, señor Hawthorne —dijo antes de excusarse y entrar en la cocina.

Un momento después apareció el profesor Goodman.

—¿Qué tal, Decker? ¿Cómo va todo? —dijo, y sin esperar a que le contestara, añadió—: Veo que te has echado unos kilitos y que has perdido más pelo.

Decker se encogió ligeramente ante la constatación de un hecho que al parecer resultaba evidente para todos menos para él mismo.

—Y tú debes de ser Hope —dijo el profesor volviéndose hacia ella—. Seguro que te apetece conocer a mi sobrino nieto, Christopher.

Goodman se giró hacia la puerta trasera, donde un niño miraba hacia el interior con la nariz pegada a la rejilla.

—Christopher, ven a conocer al señor Hawthorne y a su hija Hope.

Decker nunca había visto a Goodman tan animado y de tan buen humor.

—Es un placer conocerle, señor Hawthorne —dijo Christopher mientras entraba y le tendía la mano derecha.

—También es un placer conocerte —contestó Decker—, pero lo cierto es que ya nos conocimos hace cuatro años, cuando tenías siete. Has crecido mucho desde entonces.

Martha Goodman surgió de la cocina con una fuente a rebosar de galletas con trocitos de chocolate.

—¡Qué bien! ¡Me encantan con chocolate! —dijo el profesor Goodman.

—No son para ti —le regañó Martha—. Son para los chicos. Hope, ¿qué te parece

si salimos al patio trasero con Christopher y tomamos unas galletas y un vaso de leche?

A Hope no le gustaba que la trataran como a una niña, pero lo de las galletas con chocolate era otra cosa, así que asintió con la cabeza y acompañó a Christopher y a la señora Goodman al patio trasero.

Decker y Goodman se acomodaron dispuestos a conversar largo y tendido.

—Profesor, tiene usted un aspecto fabuloso —empezó Decker—. Lo juro. Parece haber rejuvenecido diez años desde la última vez que le vi.

—Me encuentro fenomenal —contestó Goodman—. He perdido once kilos. Tengo la tensión baja. Incluso mi intestino es regular la mayor parte de las veces —añadió con una risita.

—Sí, pero aparte de eso —dijo Decker—. Parece, bueno, casi exultante. ¿Qué ocurre?

Goodman lanzó una mirada a la puerta trasera. Christopher estaba allí de pie, ante la puerta de rejilla entreabierta, observando cómo Hope y la señora Goodman inspeccionaban unas flores. Una vez estuvo seguro de que no le echarían de menos, Christopher echó una carrera hasta su tío abuelo. Del bolsillo de la camisa sacó dos galletas con trocitos de chocolate. Goodman cogió las galletas y aceptó el abrazo que las acompañó. Christopher se llevó el dedo índice a los labios para establecer un pacto de silencio; se acercó a Decker y volvió a echar mano al bolsillo de la camisa. Al hacerlo, advirtió el resultado que el abrazo había tenido en las dos galletas restantes. Miró las migajas de galleta deshecha y se las ofreció a Decker con un gesto de disculpa. Decker aceptó con una sonrisa cuando Christopher le hizo la misma señal de pacto de silencio y salió corriendo por la puerta de atrás antes de que le echaran de menos.

—¿Que qué ocurre? —dijo Goodman, retomando la última pregunta de Decker—. Eso es lo que ocurre.

Goodman señaló con la cabeza hacia la puerta por la que acababa de salir Christopher.

—Parecerá que he rejuvenecido diez años, pero yo me siento como si tuviera cuarenta otra vez.

En su última visita a Goodman, Decker se había enterado de que los padres de Christopher habían muerto en un accidente de coche. Su pariente más cercano era su abuelo, el hermano de Goodman, pero su delicado estado de salud le había impedido hacerse cargo del niño. Ése había sido el motivo de que Christopher se fuera a vivir con Harry y Martha.

—Al principio pensé que éramos demasiado mayores para hacernos cargo de un niño, pero Martha insistió —continuó Goodman—. Nunca hemos tenido hijos propios, ya lo sabes. Christopher ha sido lo mejor que nos ha pasado jamás. Pero, yo tenía razón, somos demasiado viejos. Así que hemos rejuvenecido.

Decker sonrió.

—Pero, bueno, vayamos a lo nuestro —dijo Goodman—. Esta vez creo que tengo algo bueno de verdad. Espera, voy a coger mis anotaciones.

Goodman salió de la habitación un momento y regresó con tres cuadernos a punto de estallar. Dos horas después, Decker tenía claro que Goodman estaba en lo cierto. Había desarrollado una vacuna para tratar muchos de los virus causantes del cáncer, como el del sarcoma de Rous y el Epstein-Barr. Era necesario realizar más estudios para determinar si el proceso de desarrollo de la vacuna era universal, y tendrían que probarse en humanos, pero todas las pruebas realizadas hasta la fecha habían dado unos resultados notables, con una efectividad de hasta el noventa y tres por ciento en animales de laboratorio.

—Entonces, lo que ha hecho ha sido cultivar células C a gran escala para luego introducir el virus cancerígeno in vitro —dijo Decker—. En esas condiciones, el virus ataca las células C y éstas generan anticuerpos que contrarrestan y, finalmente, eliminan, el virus.

—En resumen sí, así es —concluyó Goodman—. Y si el proceso de desarrollo de la vacuna funciona, es probable que sirva contra cualquier otro virus, incluido el causante del sida o el de un resfriado común. Es verdad que éstos presentarán mayor resistencia debido a las numerosas mutaciones del virus del sida y a las variedades diferentes de virus del resfriado.

—¡Es extraordinario! Creo que le puedo garantizar una noticia de trascendencia mundial. Me extrañaría que mi editor no exhibiese su foto en la portada de la edición de la semana que viene. En cuanto a las células C, ¿mantenemos la misma versión sobre su origen que hasta ahora?

—No hay razón para cambiarla, que yo sepa. Diré que he desarrollado las células C por ingeniería genética y que no puedo dar más explicaciones sin desvelar el proceso.

—Perfecto —respondió Decker—. Me gustaría dedicar un poco más de tiempo a examinar sus notas, pero le he prometido a Elizabeth que no llegaríamos tarde.

—Está todo previsto —interrumpió Goodman—. Ya tengo las copias preparadas. Tan sólo asegúrate de guardarlas bajo llave y no dejes de llamar si te surge alguna duda.

Goodman recogió sus papeles, y la conversación pronto derivó en una charla amena y distendida. Decker le contó a Goodman que, después de pasar unos días con la hermana de Elizabeth, tenía un viaje a Israel de seis semanas, con objeto de relevar al corresponsal del *News World* que en este momento cubría las últimas protestas palestinas.

—Por cierto, ¿recuerda al doctor Rosen? Participó en la expedición de Turín —preguntó Decker.

—¿Joshua Rosen? —preguntó Goodman—. Por supuesto. Creo recordar haber leído algo sobre él en algún sitio hace un par de años.

—Sería en el artículo que publiqué en *News World* —apuntó Decker—. Le envié

una copia.

—Sí, ahora lo recuerdo. Al parecer, abandonaba Estados Unidos y regresaba a Israel después de que su programa quedara excluido del presupuesto de Defensa.

—Así es. Pues bien, sigue allí. Al final le concedieron la nacionalidad. Me alojé en su casa un par de días.

—Es verdad, lo había olvidado. Quería la nacionalidad israelí pero le rechazaban —dijo Goodman haciendo memoria.

En ese instante, Martha Goodman, Hope y Christopher entraron por la puerta principal de regreso de un largo paseo.

—¿Se quedan a cenar? —preguntó la señora Goodman dirigiéndose a Decker.

—No podemos, lo siento de veras —contestó Decker.

—¿Seguro? Estoy segura de que a Christopher le encantaría disfrutar un rato más de la compañía de Hope.

—Gracias, pero Elizabeth y Louisa nos esperan —explicó Decker.

Al rato se despidieron y Decker y Hope se pusieron en camino.

\* \* \*

Según fueron dejando kilómetros atrás, el paisaje que atravesaba la autovía se fue haciendo más y más monótono, circunstancia que Hope aprovechó para contarle a su padre el rato que había pasado con Christopher y Martha Goodman.

—Lo hemos pasado fenomenal —dijo—. Es un chico fantástico, de verdad. Qué pena que vaya a cumplir trece en un par de años.

—¿Y eso por qué? —preguntó Decker.

—Pues porque los chicos de trece son odiosos —contestó ella.

—¿Odiosos? —dijo Decker—. Creía que ese adjetivo se lo reservabas a tu hermana pequeña.

Hope no contestó, pero el comentario de su padre le recordó algo.

—La señora Goodman dice que es muy duro para Christopher no tener hermanos ni hermanas con los que jugar, y además no hay nadie de su edad en el barrio. Dice que ella y el profesor Goodman también son hijos únicos y que yo tengo mucha suerte de tener una hermana pequeña. Le he dicho que no opinaba lo mismo y que, bueno, que si estáis de acuerdo tú y mamá, pues le he dicho que puede quedarse con Louisa para que le haga compañía a Christopher.

Decker puso los ojos en blanco.

—Muy graciosa.

—Sí, la señora Goodman también ha pensado que no te haría gracia.

Durante el resto del viaje, Decker no pudo evitar que sus pensamientos saltaran una y otra vez de su conversación con Goodman a su viaje a Israel. Tenía muchas ganas de visitar a los Rosen, y sobre todo tenía ganas de pasar un rato con su viejo amigo Tom Donafin, que había fichado por la revista *News World* algunas semanas

antes. Lo que no le apetecía era separarse de Elizabeth, Hope y Louisa durante tanto tiempo, aunque iban a reunirse con él en Israel para Navidad.

Estaban ya a unos ciento noventa kilómetros de Los Ángeles. La temperatura era casi perfecta. El sol no tardaría en ponerse. De repente Decker levantó el pie del acelerador y dejó que el coche continuara por inercia hasta que se detuvo en el arcén.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Hope.

Pero Decker no contestó. Permaneció un largo rato absorto, como en estado de choque.

—Pero ¿cómo se me ha podido pasar? —se preguntó en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Hope.

—Nos volvemos —dijo finalmente.

Hope intentó oponerse, aunque sin éxito. Decker olvidó que había prometido a Elizabeth no retrasarse. Dos horas después volvían a estar en el punto de partida, en casa de Goodman, con Hope, que todavía no se había acostumbrado al cambio horario, durmiendo en el asiento de atrás. Decker se acercó hasta la puerta principal y llamó.

Goodman y Christopher abrieron juntos la puerta. Durante un momento ninguno habló; Goodman miraba a Decker confuso, con Christopher a su lado, en pijama, el pelo todavía húmedo y recién peinado después del baño.

—¿Has olvidado algo? —preguntó Goodman por fin.

Pero Decker ya se había colocado al nivel de Christopher y examinaba con detenimiento sus rasgos faciales.

—Hola, señor Hawthorne —dijo Christopher—. Qué alegría volver a verle. ¿Puede entrar Hope a jugar un poco más?

La intensidad de la mirada de Decker empezó a desaparecer lentamente y finalmente se alzó para mirar a Goodman, que le observaba fijamente desde arriba.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Goodman.

Decker volvió a incorporarse.

—Lo ha hecho, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? —dijo Goodman mientras aparentaba estar tranquilo y bajo control.

—¡Sabe muy bien de lo que estoy hablando! —saltó Decker sin vacilar.

Goodman se sintió atrapado. «¿Podía haber querido Decker decir otra cosa?», se preguntó.

—¡La clonación! —espetó Decker.

—Christopher —dijo Goodman intentando mantener la calma—, el señor Hawthorne y yo tenemos que charlar un rato. Entra en casa y dile a la tía Martha que estoy en el porche.

Decker aguardó a que Christopher hubiese cerrado la puerta antes de hablar de nuevo.

—Ha clonado las células de la Sábana —dijo Decker en un susurro tan alto y



enfático que casi era un grito—. ¡Christopher no es el nieto de su hermano! ¡Jamás ha tenido hermanos! ¡Usted es hijo único! —le soltó, obviando cualquier intento de discreción.

Era una noche cálida y la luz de la luna iluminaba las flores de la señora Goodman; la fragancia impregnaba el aire, pero pasó totalmente desapercibida a los dos hombres. Goodman miró a Decker directamente a los ojos, examinó su rostro en busca de alguna señal que le indicase que Decker faroleaba, pero no encontró ninguna.

—Decker, no se lo puedes decir a nadie. No puedes —le rogó Goodman—. Harán de él una rata de laboratorio. ¡No es más que un niño!

Decker negó con la cabeza, estupefacto ante la evidencia de que estaba en lo cierto.

—Por eso le llamó Christopher, ¿no es así?

—Sí —contestó Goodman, consciente de que el daño ya estaba hecho y que sólo le quedaba la esperanza de inspirar en Decker confianza y cooperación.

—¡En honor a Cristo!

Goodman no supo durante un momento a qué se refería Decker, luego cayó en la cuenta.

—¿Cristo? ¡No seas ridículo! —dijo indignado—. ¡Fue por Colón! En honor a Cristóbal Colón.

—¿Y por qué razón le iba a poner el nombre de Colón?

La pregunta sorprendió a Goodman, que creía que la respuesta era obvia.

—Te conté que había hecho el descubrimiento más importante de la historia desde que Colón descubrió el Nuevo Mundo. No hablaba solamente del hallazgo de las células o de las posibles ventajas médicas. Te hablaba de Christopher. Había conseguido implantar con éxito el embrión clonado en la madre de alquiler, y ella llevaba varios meses de embarazo sin ninguna complicación. Nunca pensé que funcionaría. ¡No tenía que haber funcionado! Clonar un ser humano es mucho más complicado de lo que puedas imaginar. Pero las células C resultaron tan resistentes que la transferencia de material genético al óvulo de la madre de alquiler tuvo éxito en el primer intento. Te lo iba a contar, pero reaccionaste tan mal cuando mencioné la clonación que no me atreví a seguir.

»¿No te das cuenta, Decker? ¡He demostrado que ahí afuera, en algún lugar de la galaxia, hay vida! El hombre de la Sábana pudo haber pertenecido a la misma raza que introdujo la vida en el planeta hace cuatro mil millones de años. Pensé que, si clonaba al hombre de la Sábana, podría saber algo más de esos seres. Tenía la esperanza de que nos condujera a la raza primigenia. Esperaba que, como Colón, Christopher nos guiara hacia un nuevo mundo, un mundo mejor.

»Cuando nació Christopher lo estudié. Lo observé. Le hice pruebas. ¿Y qué descubrí? Pues no un alienígena; tampoco un dios. Descubrí un niño pequeño.

»Y sin embargo, no es sólo un niño pequeño. Es el clon de un hombre que vivió

hace casi dos mil años.

»Pero él no recuerda nada de aquello. Que él sepa, no es más que un niño normal de once años.

—¿Y me está contando que no hay diferencia entre Christopher y otro niño cualquiera? —preguntó Decker incrédulo.

—Bueno, está bien, sí que hay algunas diferencias. Nunca ha estado enfermo y cuando se hace un corte o un arañazo, la herida se le cura enseguida. Pero eso es todo.

—A mí me parece extraordinariamente inteligente —contrarrestó Decker.

—Es inteligente, sí —concedió Goodman—, pero nada excepcional. Además, la señora Goodman y yo hemos trabajado mucho con él en casa para complementar los estudios del colegio.

—¿La señora Goodman? —preguntó Decker—. ¿Sabe lo de Christopher?

—Por supuesto que no. Cuando nació, pagué a la madre de alquiler y la despaché de inmediato a México para evitar futuros problemas de amor materno. Alquilé un apartamento y contraté a una enfermera para que cuidara de él. Sé que ahora suena de lo más irresponsable, pero no tenía planeado qué hacer con él cuando creciera. Estaba tan inmerso en el proyecto científico que no pensé en el niño como persona. Cuando fui consciente de las responsabilidades que había contraído, el niño casi tenía un año. No podía dejarle a la puerta de un orfanato sin más, así que le dejé en la puerta de mi casa. Lo coloqué en una cesta y dejé una nota. Martha siempre ha querido tener hijos, así que después de cuidar de él unos días mientras «tomábamos una decisión», no me costó convencerla de que nos lo quedásemos por si la madre regresaba algún día a recogerlo. Más tarde nos inventamos la historia de que era nuestro sobrino nieto y yo conseguí que me falsificaran un certificado de nacimiento y otros papeles para cubrirnos las espaldas.

»Decker tal vez fuera un error lo de la clonación. Puedes decir que me lo advertiste. Pero no me arrepiento. Es como si fuera mi propio hijo. Si denuncias que Christopher es un clon, destruirás tres vidas: la suya, la mía y la de Martha. Christopher no volverá a vivir un día normal en toda su vida. No puedes hacerle eso. Tienes hijos. No creo que una noticia en una estúpida revista merezca tanto sacrificio, ¿tú qué opinas?

Goodman esperaba una respuesta, pero a Decker no le gustó la contestación que se le vino a la mente. No, no quería arruinar la vida de Christopher, pero tenía que haber alguna manera de contar la historia y proteger a sus protagonistas al mismo tiempo. La promesa de anonimato acostumbrada no valdría. La noticia era demasiado importante. Al final alguien los descubriría. Y si no daba nombres ni explicaba las circunstancias de la noticia, nadie le creería. Tenía que haber alguna forma de hacerlo. Necesitaba tiempo para pensar.

Goodman dio con la solución. Llevaba tanto tiempo esperando la respuesta de Decker que empezó a temerse que no iba a obtener la respuesta que buscaba.

—Mira —dijo—, ¿por qué no vuelves la semana que viene y dedicas algo de tiempo a conocer a Christopher más a fondo?

Goodman tenía la esperanza de que, al intimar con él, Decker sacrificaría la noticia por muy espectacular que fuera para así proteger a Christopher. A Decker le pareció una buena sugerencia, pero por otras razones. Dispondría de tiempo para pensar; y si conseguía dar con la manera de hacer pública la noticia, entonces tendría mucha más información para el artículo.

El sí de Decker fue implícito.

—No podrá ser la semana que viene. Me voy a Israel, ¿recuerda?

Entonces se le ocurrió una idea. Era una apuesta arriesgada, pero Decker debía su posición a las apuestas arriesgadas y a estar en el sitio adecuado, en el momento oportuno.

—¿Y si me llevo a Christopher conmigo a Israel? ¿Quién sabe? A lo mejor le ayuda a hacer memoria.

Goodman enrojeció de ira.

—¡Estás loco! ¡De ninguna manera! ¿Cómo se lo iba a explicar a Martha?

—¡Está bien, está bien! Pensaba que era una buena idea.

—¡Pues no lo es! —espetó Goodman.

—Mire —dijo Decker conciliador—, mantendré la boca cerrada por el momento. En enero regreso de Israel, así que calcule tenerme aquí por esas fechas durante una semana aproximadamente.

Goodman tragó con esfuerzo. Él había pensado en unas pocas horas, un día a lo sumo. Con todo, aceptó con la idea de negociar más adelante.

\* \* \*

Decker y Hope volvieron a ponerse en camino casi seis horas más tarde de lo planeado. Decker se preguntó cómo le iba a explicar a Elizabeth aquel retraso.

## SECRETOS DEL ARCA PERDIDA

NABLUS, ISRAEL

—Tom, ¿cómo lo quieres? —preguntó Joshua Rosen mientras servía café para él, su mujer y sus dos invitados norteamericanos.

Tom Donafin lo pidió solo. Decker iba a contestar, pero Joshua lo interrumpió.

—A ti no hace falta que te pregunte. Me acuerdo. Te gusta con demasiada leche y demasiado azúcar, igual que a un niño.

Decker y Tom intentaban hacerse a la hora israelí, para abordar cuanto antes la cobertura de los recientes disturbios, y el café era una buena ayuda.

—Bueno, Tom, cuéntanos algo sobre ti —preguntó Ilana Rosen—. ¿De qué conoces a nuestro querido Decker?

—Oh, bueno, somos amigos desde hace mucho tiempo —Tom se rascó la barbilla, oculta bajo una espesa barba oscura—. Nos conocimos en un café de Tullahoma, en Tennessee. A los dos nos gusta escribir, así que hicimos buenas migas enseguida —la mirada de Tom pareció perderse en el tiempo—. Por aquel entonces nuestro aspecto era de lo más extravagante. Ya saben, pelo largo, collares de cuentas y flores y toda esa historia.

Ilana Rosen miró a Decker, sentado a la mesa frente a ella. Tenía cuarenta y siete años, por lo que no pudo más que reír cuando intentó imaginárselo de hippie.

—El caso es —continuó Tom— que perdimos el contacto. Decker entró en el ejército y yo empecé a trabajar con una cuadrilla en la construcción. Después de varios años de ganarme la vida con el sudor de mi frente, me harté y me inscribí en la universidad. Un día estaba sentado en una clase de microbiología a la que había sido asignado erróneamente por el ordenador de la facultad cuando miro hacia la puerta y entra Decker, con los párpados tan caídos como le veis ahora.

Decker había aprovechado el relato de Tom para «descansar los ojos», pero al oírle se sacudió y tomó un buen sorbo de café para intentar recobrar la conciencia.

—Me temo que debería intentar permanecer más alerta durante los relatos de Tom —dijo—. Nunca se sabe lo que puede ser capaz de inventarse sobre mí mientras duermo.

Satisfecho de saber que su amigo lo escuchaba, Tom continuó con su historia.

—Durante los cuatro años que siguieron permanecimos en estrecho contacto en la universidad. Cuando terminé la carrera, conseguí trabajo en un periódico de Massachussets, y pensé que Decker seguiría con sus estudios de posgrado. Pero lo siguiente que supe de él fue que estaba editando un periódico semanal en Knoxville. A los pocos años me fui de Massachussets y entré a trabajar en la sede de Chicago de la UPI<sup>[14]</sup>. Luego, hace como unos dos meses y medio, Decker me consiguió una

entrevista para la revista *News World*.

A pesar de todos sus esfuerzos, Decker se estaba quedando dormido otra vez, pero cuando Tom terminó de hablar sintió como tres pares de ojos le miraban fijamente. Con una pequeña sacudida y un movimiento rotatorio de cabeza, quiso aparentar que había estado escuchando con atención. Tom ignoró esta última infracción del código de la buena educación y preguntó a los Rosen sobre ellos.

—Decker ya me contó algo durante el viaje, pero todavía hay mucho que no sé.

—Muy brevemente —empezó Joshua Rosen—, Ilana y yo nacimos en Austria pocos años antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Cuando yo tenía seis años, mi familia decidió abandonar Austria una vez se hizo evidente que no había cabida para los judíos en el mundo de Hitler. Por fortuna, toda la familia fue autorizada a abandonar el país. La familia de Ilana lo intentó sólo dos semanas después y le fue denegado el pasaporte. Así que tuvieron que salir clandestinamente con la ayuda de unos misioneros luteranos.

»En Norteamérica, mi padre fue uno entre los más de treinta científicos judíos que participaron en el proyecto Manhattan sobre energía atómica. En casa era muy estricto e insistía en que mis hermanas y yo sobresaliésemos en las tareas del colegio. Yo acabé estudiando física nuclear y luego me dediqué a la investigación en rayos láser y haces de partículas.

Rosen hizo una pausa para dar un sorbo a su café.

—Fue así como acabó trabajando para la iniciativa de defensa estratégica —dijo Tom llenando aquel breve silencio.

—En efecto —concedió Rosen—. Luego, hace unos años, el presidente decidió recortar el presupuesto de prácticamente todos los proyectos de investigación sobre energía dirigida.

—Y entonces decidió venirse a Israel.

—Bueno, no de inmediato, pero sí poco después. Mi padre colaboró en la construcción de la primera bomba atómica para poner fin a la Segunda Guerra Mundial; yo quería ayudar a crear un sistema defensivo contra misiles con carga atómica para evitar el estallido de una tercera guerra mundial. Cuando supe que Estados Unidos había abandonado toda intención de construir ese escudo, decidí venir a Israel para continuar aquí mi trabajo.

—Decker comentó algo sobre su hijo; al parecer, les delató a las autoridades israelíes de inmigración para que no pudiesen conseguir la nacionalidad —dijo Tom a modo de tanteo.

La señora Rosen salió en defensa de su hijo.

—Scott es un buen chico. Lo único que le pasa es que está algo confuso.

—Sí —dijo Joshua—. Hace tiempo que Scott y yo no coincidimos en casi nada. Nuestra familia nunca fue ortodoxa en la práctica del judaísmo: guardábamos las fiestas, pero sólo por costumbre. No es que estuvieran cargadas de sentido, precisamente. Entonces, Ilana y yo empezamos a estudiar las Escrituras para poder

comprender mejor nuestras raíces judías. Después de aproximadamente un año y medio de estudio, empezamos a frecuentar a unos amigos mesiánicos y, al final, Ilana y yo acabamos aceptando a Yeshua como Mesías de los judíos.

»Tres meses después murió mi padre. Scott se tomó muy mal la muerte de su abuelo —Ilana le dio unas palmaditas en la mano y le miró comprensiva—. Hubo un momento en el que Scott llegó a acusarnos de su muerte. Creía que la muerte de mi padre era un castigo divino por haber aceptado Ilana y yo a Yeshua y haber “abandonado nuestra religión”.

Tom asintió comprensivamente a pesar de no entender del todo lo que Joshua le estaba contando.

—Como resultado —tal vez pensara que era una forma de castigarnos—, Scott abandonó Estados Unidos y se vino a Israel, donde empezó a frecuentar algunos de los grupos más ortodoxos y combativos. Por entonces no tenía más que dieciocho años.

»Cuando llegamos a Israel hace tres años, llevábamos más de quince sin saber nada de Scott. Pero cuando fuimos a tramitar los papeles necesarios para conseguir la nacionalidad israelí —que se concede a la mayoría de los judíos de forma casi automática por el derecho a la *aliyá*—, ésta nos fue denegada. Nos enteramos tiempo después de que Scott había informado a las autoridades de que habíamos renunciado a nuestra fe, e insistió en que se nos denegara la ciudadanía.

»Lo hablamos durante unos días y, al final, Ilana y yo decidimos recurrir la sentencia. ¡Nosotros jamás habíamos renunciado a nuestra fe! —el tono de Rosen se hizo más defensivo y dogmático—. Muchos judíos son agnósticos o ateos, y aun así Israel les concede la ciudadanía. ¡Pero por creer en las profecías del Mesías judío prometido, somos nosotros los que hemos renunciado a nuestra fe! ¡Aceptar a Yeshua significa completar nuestra fe, no renunciar a ella! ¿Sabías que durante siglos ha habido más de cuarenta hombres que han dicho ser el Mesías? Bien, pues nadie ha acusado nunca a los seguidores de aquellos hombres de haber renunciado a su fe.

Era evidente que Rosen había esgrimido aquella defensa más de una vez y que sus convicciones habían ganado firmeza en cada ocasión. Ilana posó su mano sobre la de él, como si le quisiera recordar que estaba entre amigos. Joshua hizo una pausa y sonrió para distender el ánimo y ofrecer una disculpa muda por cualquier salida de tono.

—Ya había hablado con varios funcionarios del Ministerio de Defensa israelí —dijo Rosen retomando la historia—. Estaban muy interesados en que entrara a trabajar en el programa israelí de defensa estratégica. Fue entonces cuando Decker me llamó desde Estados Unidos.

Las miradas se desviaron hacia Decker, que dormía ya profundamente. Ilana le pasó suavemente los dedos por el pelo. Joshua continuó, aunque bajó la voz para no perturbar a su invitado.

—Estaba escribiendo un artículo sobre el declive del programa de investigación

para la Iniciativa de Defensa Estratégica norteamericana y le habían contado mi decisión de mudarme a Israel. Cuando me llamó, acepté hablar con él sobre el tema, y le sugerí que comparase las capacidades y metas de la política de defensa estratégica estadounidense con la israelí.

—Entonces, ya conocía a Decker de antes.

—Sí, claro —contestó Rosen—. Nos conocimos en la expedición de la Sábana de Turín, en Italia.

—¿En serio? No sabía que hubiese participado usted en aquel proyecto —dijo Tom—. Me gustaría hablar sobre eso algún día.

—Por favor —rogó Ilana—, no le animes.

Joshua pretendió no haber oído el comentario de su mujer y siguió con la historia.

—Pero, bueno, ¿por dónde iba? —dijo—. Ah, sí. Cuando Decker llegó le convencí de que en realidad eran dos las historias que había que contar. Primero estaba la historia sobre la decisión de Estados Unidos de dejar de lado los rayos láser y los haces de partículas, que era la razón por la que me había llamado; y luego estaba la política israelí de denegar la ciudadanía a los judíos mesiánicos.

—Decker escribió sobre lo ocurrido y cómo nos habían denegado la ciudadanía —agregó Ilana—. No pudo poner más empeño en aquella noticia. Pero, al final, los editores de vuestra revista recortaron el artículo y lo publicaron en un pequeño recuadro.

—Mientras Decker preparaba el artículo, entrevistó a varios miembros de la Kneset, todos partidarios incondicionales de una defensa antimisiles israelí —añadió Joshua recuperando el control de la conversación—. Cuando conocieron nuestra situación, exigieron a los burócratas que nos concedieran la nacionalidad de inmediato. La vista que se celebró dos semanas después fue tan rápida que ni siquiera se nos dio la oportunidad de hablar. Antes de que nos enteráramos de lo que allí pasaba, el juez falló a favor nuestro y al poco se nos concedió la ciudadanía. Verás —explicó Rosen—, sin la nacionalidad israelí no me habrían autorizado a trabajar en programas de defensa clasificados. Intentábamos denunciar la ley contra los judíos mesiánicos, pero de repente nos convertimos en la excepción a dicha ley y nos quedamos sin argumento.

—¿Y han visto a su hijo desde entonces? —preguntó Tom.

—Sí, en la vista —contestó Ilana—. Le enojó muchísimo la rapidez con que todo ocurrió. Pero parece ser que vernos allí, con quince años más, le hizo reflexionar. Nos llamó dos días después de la vista para preguntar si nos podíamos ver. No es que se haya disculpado, pero ha aprendido a aceptarnos. Y lo cierto es que, cosas de la vida, ha acabado siguiendo los pasos de su padre, por lo menos en parte.

—Sí —dijo Joshua recogiendo el testigo a Ilana—. Scott ha resultado ser un físico de primera. Por eso se enteró de que estábamos en Israel y que queríamos la nacionalidad; él también está metido en proyectos de investigación sobre defensa estratégica.

—Ahora le vemos cada pocas semanas —agregó Ilana.

—Incluso hemos trabajado juntos en un par de proyectos —añadió Joshua.

Hicieron una pausa para dar un sorbo al café, indicando así que daban por concluido el tema. A Tom todavía le quedaba algo en el tintero que quería le aclararan, así que aprovechó el silencio.

—Joshua, Ilana, han nombrado ustedes a «Yeshua» varias veces, pero me temo que no sé a qué o a quién se refieren exactamente.

—*Yeshua ha Mashiach* —contestó Joshua Rosen en hebreo—. Es probable que te suene más el nombre tomado del griego, Jesús, el Mesías.

Tom levantó una ceja asombrado.

—¿Me está diciendo que Yeshua es Jesús en la lengua judía?

Joshua e Ilana asintieron al unísono.

—¿Pero cómo pueden ser judíos y cristianos a la vez?

—Bueno, hay mucha gente aquí en Israel que haría la misma pregunta —contestó Joshua—. Pero seguro que sabes que los primeros cristianos eran judíos. Durante la mayor parte del siglo primero, a los cristianos se les conocía como «seguidores del camino», siguieron viviendo como iguales entre sus hermanos judíos y formaron una secta bastante importante dentro del judaísmo. Es más, la primera discrepancia entre los seguidores de Yeshua tuvo que ver con si los gentiles debían convertirse o no al judaísmo antes de hacerse cristianos.

—Supongo que no lo había pensado hasta ahora —dijo Tom—. Entonces, la razón del rechazo de su hijo es porque son cristianos.

—Preferimos que nos llamen «judíos mesiánicos» —contestó Joshua—. Pero la respuesta a tu pregunta es sí.

Tom asintió pensativo mientras valoraba la historia de los Rosen. La conversación parecía haber llegado a su fin, se habían bebido el café y comido las rosquillas. Tom se acercó a Decker y le despertó con una pequeña sacudida. Joshua se había tomado el día libre para poder acompañar a Tom y Decker a Jerusalén y hacer algo de turismo. Decker apuró el café, ya prácticamente helado, y los tres hombres partieron rumbo a la ciudad.

\* \* \*

Joshua guió a sus invitados en una visita relámpago por algunos de los lugares más turísticos, todos con un rasgo común, la presencia de la policía y del ejército israelí. Jerusalén es una ciudad donde la gente ha acabado por acostumbrarse a cosas así.

Tom Donafin estaba especialmente interesado en el Muro de las Lamentaciones, el muro occidental —y todo lo que se conserva— del antiguo Templo judío. Al acercarse al muro, les fueron entregadas *kipás* negras de papel para que se las colocaran en la cabeza. El gobierno israelí permite a los turistas visitar el muro pero



exige a los hombres que lleven puesto el tradicional casquete. Cerca del muro, docenas de hombres vestidos de oscuro formaban una masa en constante movimiento que se mecía de delante atrás mientras rezaban o leían sus libros de oración. Algunos llevaban correas o cordones enrollados en los brazos y lucían atadas a la frente pequeñas cajitas llamadas filacterias. Joshua les explicó que en el interior de aquellas cajitas se guardaban algunas páginas de la Torá, el primero de los cinco libros del Antiguo Testamento.

Al igual que en las paradas turísticas anteriores, Joshua les contó brevemente la historia del lugar.

—El Templo original —empezó Joshua— fue erigido por el rey Salomón y destruido bajo el yugo babilónico. La reconstrucción se inició en el 521 a. C. y luego sufrió importantes reformas bajo el reinado de Herodes. Hacia el año 27 a. C., Yeshua profetizó que el Templo sería destruido de nuevo antes de que muriese el último de los que en ese momento le escuchaban. Pero, como veis, esta parte del muro sigue en pie. Algunos dicen que sólo se refería a las estructuras del interior de las murallas del Templo. Otros dicen que el muro occidental sólo formaba parte de los cimientos y que, por tanto, no entraba dentro de la profecía. Pero según Josefo, que estuvo presente en el asedio romano de Jerusalén, Tito ordenó que algunas partes de la ciudad fueran conservadas como monumento a sus logros<sup>[15]</sup>. Quiso que todo el mundo fuera testigo del tipo de fortificación que tuvo que superar para derrotar a los judíos.

—Y ¿con qué interpretación se queda usted? —preguntó Tom.

—Aunque con reservas, no puedo más que ponerme del lado de quienes dicen que la profecía sólo se refería a los edificios del Templo y no necesariamente a las murallas.

—¿Por qué con *reservas*? —preguntó Tom.

—Porque creo que Yeshua en su profecía dejó claramente dicho que lo incluía todo, él dijo «no quedará ahí piedra sobre piedra que no sea derruida<sup>[16]</sup>». Puesto que el muro sigue en pie, sólo puedo pensar en dos explicaciones posibles. O bien Yeshua se equivocó, hipótesis esta que me niego a aceptar, o bien —Joshua concluyó con una risita apagada—, por lo menos, uno de los que estaban con Yeshua cuando hizo su profecía sobre el Templo hace dos mil años sigue vivo.

—Joshua, disculpe mi ignorancia —dijo Tom—, pero éste es el Templo donde se guardaba el Arca de la Alianza, ¿no es así?

—Estás en lo cierto —dijo Rosen—. Claro, que este muro está a cierta distancia del lugar donde se encontraba el Arca. ¿Por qué lo dices?

—Oh, por nada. Es sólo que he debido de ver la película *En busca del arca perdida*<sup>[17]</sup> como una media docena de veces en estos años y me preguntaba si alguien sabe lo que ocurrió con ella en realidad.

—Bueno, hay varias teorías. La Biblia no menciona la localización del Arca después de que el Templo fuera destruido durante la invasión babilónica. Se supone

que cuando los invasores saquearon el Templo se llevaron el Arca con ellos. Pero la Biblia dice que cuando Esdras regresó de Babilonia para reconstruir el Templo, lo hizo con todo lo que se habían llevado<sup>[18]</sup>. Se ha especulado sobre la posibilidad de que el Arca hubiese sido robada del Templo cuando éste fue destruido por Tito en el año 70 y que a continuación fuera fundida o puede que ocultada y más tarde encerrada en alguna sala secreta del tesoro del Vaticano. No obstante, hay evidencias que rebaten esa teoría. En Roma hay un arca que fue dedicada a Tito en honor a su asedio victorioso sobre Jerusalén. En el arca hay talladas varias escenas de la destrucción y saqueo de Jerusalén por parte de los romanos, entre ellas una muy detallada donde aparecen en relieve los tesoros siendo sacados del Templo. El Arca no se encuentra entre los tesoros reproducidos, a pesar de que, siendo como era la pieza más valiosa, tendría que figurar si es que Tito se la llevó.

»Algunos piensan que el Arca está en Etiopía, aunque es una teoría difícil de sostener. Otra hipótesis se basa en los apócrifos de la Biblia y defiende que para evitar que los babilonios hallaran el Arca, el profeta Jeremías la ocultó en una cueva en el monte Nebo, en Jordania<sup>[19]</sup>.

—¿Apócrifos? —preguntó Tom.

—Bueno, seguro que sabes lo que son el Antiguo y el Nuevo Testamento o, como preferimos llamarlos nosotros los judíos mesiánicos, la Antigua y la Nueva Alianza.

Tom asintió con la cabeza.

—Pues bien, no todos los escritos religiosos fueron considerados dignos de ser incluidos en la Biblia. Esos otros se conocen como los apócrifos. Algunos no son más que pura fantasía, otros son fraudes evidentes escritos cientos de años después de lo que sus textos pretenden hacer creer. Pero hay un puñado de ellos cuya autenticidad no está tan clara. Hay varios apócrifos que aparecen en la versión católica del Antiguo Testamento. Pero se trata de libros que ni los judíos ni los protestantes consideran de inspiración divina. La Biblia ortodoxa también incluye los apócrifos, pero la Iglesia griega no los considera de inspiración. En la actualidad, incluso la Iglesia católica les resta importancia.

—Entonces, ¿dónde cree usted que está el Arca? —preguntó Tom.

—La verdad es que tengo mi propia teoría —contestó Joshua—. Ya fuera escondida en el monte Nebo o trasladada a Babilonia, creo que es probable que el Arca fuera devuelta cuando se reconstruyó el nuevo Templo.

—Pero ¿dónde está ahora?

—Creo que puede estar en algún lugar del sur de Francia.

—¿Francia? ¿Por qué?

—Bueno —empezó Joshua—, como decía, esto no es más que una teoría. Nunca había pensado demasiado en ello hasta hace unos pocos años, cuando anunciaron los resultados de la datación de la Sábana de Turín por medio de la prueba del carbono 14.

Decker lo miró extrañado.

—¿Qué tiene todo esto que ver con la Sábana? —dijo.

—Decker, recordarás lo mucho que nos impresionó a todos la Sábana —dijo Joshua—. Para mi fe tampoco es tan importante que sea auténtica o no, pero desde un punto de vista científico es demasiado buena para ser una falsificación. Sin embargo, hasta muy recientemente la prueba del carbono 14 parecía concluyente. Entonces, un día, estoy leyendo unos escritos de san Jerónimo, que vivió entre los siglos cuarto y quinto y fue el primero en traducir el Antiguo Testamento directamente del hebreo al latín, y me encuentro con una cita de un libro llamado el Evangelio según los Hebreos, que por desgracia ya no existe o se ha perdido. San Jerónimo recoge sólo una pequeña cita, pero ésta revela una información importantísima sobre la Sábana. Por supuesto que no hay forma de comprobar la autenticidad de este Evangelio. Podría haber sido tan falso como algunos de los otros apócrifos, pero lo que dice es que después de resucitar de entre los muertos, Yeshua cogió su sudario y se lo entregó al siervo del sumo sacerdote<sup>[20]</sup>. No es mucho que digamos, pero es el único dato que tenemos sobre lo que ocurrió con la Sábana inmediatamente después de la resurrección.

—¿Quién era el siervo del sumo sacerdote? —preguntó Tom.

—Lo mismo me pregunté yo —continuó Joshua—. ¿Quién era y por qué le daría Yeshua la Sábana a él? Bueno, después de darle unas cuantas vueltas recordé que sí que hay una mención al esclavo del sumo sacerdote en el Evangelio<sup>[21]</sup>. La Biblia cuenta que el esclavo del sumo sacerdote, un hombre llamado Maleo, se contaba entre los que fueron a arrestar a Yeshua la noche antes de su crucifixión. El apóstol Pedro intentó ahuyentarlos con una espada y en la escaramuza le cortó la oreja a Maleo. Yeshua pidió entonces a Pedro que dejara la espada, recogió la oreja, la colocó de nuevo en la cabeza de Maleo y se la curó al instante.

»Este Maleo habría acudido al Templo a diario y debió de ser testigo de cómo el velo que separaba a la gente del sanctasanctórum se rasgó inexplicablemente en dos tras la crucifixión de Yeshua<sup>[22]</sup>. El sanctasanctórum era el recinto más sagrado del Templo. Cuando Yeshua murió, Dios en persona rasgó el velo de arriba abajo, permitiendo que la gente corriente y no sólo los sumos sacerdotes tuvieran acceso a su sagrada presencia. Y es probable que Maleo, como el resto de las gentes de Israel de aquel tiempo, estuviera muy al tanto de los milagros de Yeshua y de la evidencia de su resurrección. Me parece razonable suponer que Maleo, habiendo presenciado todo esto, sobre todo la curación de su oreja, bien pudo haberse convertido en seguidor de Yeshua. Si así fuere, se entendería ese contacto entre Maleo y Yeshua después de la resurrección; la Biblia dice que Yeshua se apareció a más de quinientas personas en Jerusalén y sus alrededores después de resucitado<sup>[23]</sup>.

»Pero esta teoría no explicaba el porqué de entregar la Sábana a Maleo. Era la cuestión más espinosa. Entonces, cuando menos lo esperaba, las piezas encajaron de repente y ¡me di cuenta de que lo tuvo que hacer para que conservara la Sábana como prueba de la resurrección! Sospecho que Yeshua pidió a Maleo que guardara la

Sábana en el Arca de la Alianza.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Tom.

—Es algo complicado —continuó Rosen—. Como decía, estamos bastante seguros de que el Arca no estaba en el Templo cuando éste fue saqueado por los romanos en el año 70. ¿Dónde estaba, entonces? Creo que el Arca desapareció una segunda vez, aunque en esta ocasión es seguro que no fue robada. La ocultó el sumo sacerdote.

»Entre la era de los babilonios y la incursión romana hubo varios intentos de robar en el Templo por parte de bandidos. Yo creo que es posible que los sacerdotes idearan un plan de evacuación para ocultar el Arca en caso de que el Templo se viera amenazado. Así que cuando los romanos conquistaron Israel, es muy probable que los sacerdotes consideraran que el Templo volvía a convertirse en un objetivo tremendamente atractivo para los buscadores de fortunas.

»Mi teoría es que el Arca fue ocultada en algún lugar de los túneles que había bajo el Templo, para protegerla de los romanos. Si así fue, muy pocos lo habrían sabido, pero es seguro que el sumo sacerdote lo sabría. Y si el sumo sacerdote lo sabía, es muy posible que su esclavo, Maleo, también lo supiera.

Decker y Tom asintieron con vacilación.

Rosen continuó.

—Muy bien, ahora avancemos unos mil cien años hasta tiempos de la primera cruzada. Muy pocos saben que los cruzados, en su mayoría franceses, tuvieron bastante éxito en sus primeros intentos por arrebatar Tierra Santa a los musulmanes. Llegaron incluso a tomar Jerusalén, donde se hicieron fuertes e instauraron un rey de origen francés. Poco después se estableció en la misma ciudad la que se conocería como orden de los Caballeros Templarios.

—He oído hablar de ellos —comentó Decker—. Si no me equivoco, fueron muy poderosos.

—Lo fueron, pero no al principio. Los caballeros del Temple hicieron votos de proteger Jerusalén y auxiliar a los peregrinos europeos que viajaban a Tierra Santa. Un propósito muy poco realista, teniendo en cuenta que en sus orígenes la orden no contaba con más de seis o siete miembros. Y eran todos muy pobres. Irónicamente, uno de los votos era de pobreza. Y digo que irónicamente porque, de una manera u otra en el transcurso de cien años, aquel pequeño grupo de caballeros no sólo se multiplicó en número, sino que se hizo inmensamente rico. Es más, aquellos hombres se convirtieron en los primeros banqueros internacionales, prestando dinero a reyes y nobles a lo largo y ancho de Europa. Cómo amasaron tan inmensa fortuna ha sido y es objeto de mucha especulación.

—Y usted cree tener la respuesta, ¿no es así? —le urgió Decker.

—Eso creo, y si es así, es mucho lo que explica. Veréis, la sede de los caballeros del Temple estaba en la mezquita de Omar —es decir, la cúpula de la Roca—, que ocupa el emplazamiento del antiguo Templo. Se ha llegado a sugerir que los

caballeros excavaron los túneles de debajo de la mezquita y allí hallaron los tesoros del Templo de Salomón, de ahí sus riquezas.

—Pero ¿dónde encaja la Sábana en todo esto? —preguntó Tom.

—Dios ordenó a Moisés que construyera el Arca —continuó Joshua— para guardar en su interior determinados objetos sagrados: las Tablas de la Ley en las que Dios escribió los diez mandamientos; el primero de los cinco libros de la Biblia escrito por Moisés; la urna con el maná que Dios hacía caer del cielo cada mañana para que se alimentaran los hebreos mientras permanecieron en el desierto; y la vara de Aarón, que Dios hizo que brotara milagrosamente y diera almendras de fruto<sup>[24]</sup>. Todo ello se guardó en el Arca como prueba para las generaciones venideras del poder de Dios y de su alianza con Israel.

»Pero siempre ha habido algo en esa lista que no me cuadraba. Las tablas de piedra pueden durar para siempre. El pergamino en el que Moisés escribió los primeros cinco libros de la Biblia podría conservarse durante años al abrigo del Arca. Pero la urna con el maná en condiciones normales quedaría reducida a polvo en pocos meses. Y la vara de Aarón, por mucho que sobreviviese durante siglos en forma de una simple vara de madera, sin los brotes y las almendras, poca prueba sería del poder de Dios. Entonces se me ocurrió que es posible que el poder del Arca sea mucho mayor y muy diferente de lo que creemos. Tomad la vara, por ejemplo, ¿cómo de alta pensáis que podía ser la vara de Aarón?

—Uf, no sé —dijo Tom—, detesto hacer gala de mi ignorancia, pero en lo único que se me ocurre pensar es en otra película, *Los diez mandamientos*<sup>[25]</sup>. En ella, la vara de Moisés podría medir unos dos metros.

—Bueno, no es que tus fuentes sean demasiado fidedignas, pero creo que no andas desencaminado —dijo Joshua—. El pastoreo no ha cambiado mucho con los siglos, y todos los cayados de pastor que he visto tienen más o menos esa medida. Así que cuando se piensa en la vara de Aarón, con sus ramas y brotes y almendras, ésta debía de tener un diámetro importante. Pero —dijo Joshua a punto de llegar al meollo de la cuestión— si nos basamos en un cúbito medio de cuarenta y seis centímetros, lo máximo que podía haber medido la vara para caber en el Arca es un metro cuarenta y tres centímetros, y eso sin ramas.

Aunque lo intentaba, Tom no entendía a lo que apuntaba Joshua.

—¿Y?

—Piénsalo. Para que un cayado de unos dos metros encajara dentro del Arca, las dimensiones del interior no podrían estar limitadas por las del exterior.

Tom lo miró atónito.

—Ya entiendo. Una especie de truco a lo *Mary Poppins*<sup>[26]</sup> —dijo echando mano a otra película—. Como cuando Mary Poppins podía meter en su maleta toda clase de objetos más grandes que ella.

Decker y Joshua soltaron una carcajada.

—Exacto —contestó Joshua—. Si la urna del maná y la vara de Aarón debían

atestiguar a las generaciones futuras el poder de Dios, el Arca tiene que tener alguna capacidad milagrosa para preservar las cosas. Supongo que ya sabréis que el tiempo es para muchos la cuarta dimensión; longitud, anchura y altura son las tres primeras. Lo que sugiero es que tal vez no existan esas dimensiones en el interior del Arca: ni longitud, ni anchura, ni altura; lo que explicaría que la vara de Aarón encajara; y que tampoco exista el tiempo, lo que explica que se hayan conservado el maná y la vara.

Decker comprendió de repente a lo que Joshua pretendía llegar.

—Así que cree que el esclavo del sumo sacerdote metió la Sábana en el Arca, y ésta permaneció allí hasta que los caballeros del Temple la sacaron cuando descubrieron los tesoros del Templo más de mil años después.

—¡Exacto! —exclamó Joshua—. Claro que no es más que una conjetura, pero por lo menos ofrece una teoría única que da respuesta racional a unos cuantos interrogantes. Además, es cuando menos lógico que la Sábana, la única prueba física de la resurrección de Yeshua y de la consumación de la nueva alianza entre Dios y su pueblo, permaneciera depositada en el Arca de la Alianza junto con las pruebas de la vieja alianza con Dios.

—Un momento, un momento —dijo Tom, que intentaba a duras penas seguir el argumento.

—¿No lo entiendes? —dijo Decker—. Ésa es la razón de que la Sábana no pasara la prueba del carbono 14. Durante los más de mil años que estuvo dentro del Arca, la Sábana se salvó de todo deterioro o envejecimiento.

—Madre de... —Tom se contuvo, pero con el entusiasmo elevó tanto la voz que muchos de los turistas y fieles que les rodeaban se giraron para lanzarle miradas de desaprobación—. ¡Es increíble! —dijo controlando la voz esta vez—. ¿Y qué hay de los templarios? ¿Están relacionados de alguna forma con la Sábana de Turín?

—Bueno —dijo Joshua—, si nos remontamos en el tiempo, la primera persona que se puede probar tuvo la Sábana en su posesión fue un francés llamado Geoffrey de Charney. Pasados unos años, su familia entregó la Sábana a la Casa de Saboya, quien la trasladó más tarde a Turín, en Italia.

—Pero ¿hay alguna conexión entre De Charney y los templarios? —preguntó Decker.

—Pues ya que lo preguntas —el rostro de Joshua se iluminó al escuchar la pregunta que esperaba—, sí, sí que la hay.

—Bueno, ¿cuál es? —preguntó Decker cuando consideró que la pausa de Joshua se alargaba demasiado.

—Veréis. Como decíamos, los caballeros templarios llegaron a tener una enorme influencia en Europa, pero llegó el día en que el rey de Francia decidió que no los quería más por allí. Acusó a los miembros de la orden de pecados y atrocidades espantosos, y fueron arrestados y torturados para que se confesaran autores de aquellos falsos delitos. A los que confesaron se les encerró en prisión; los que negaron los cargos fueron torturados hasta la muerte o quemados en la hoguera. Dos

de los últimos en ser ejecutados fueron Jacques de Molay, maestro de la orden del Templo, y Geoffrey de Charney, preceptor de Normandía. Parece ser que este último era tío del otro Geoffrey de Charney, la primera persona que podemos estar seguros tuvo en su posesión la Sábana.

—¡Increíble! —dijo Tom.

—A ello se suma —continuó Joshua— que a los caballeros se les acusara, entre otras cosas, de adorar la imagen de un hombre.

—¡La Sábana de Turín! —concluyó Decker.

—¿Es por eso por lo que cree que el Arca está en Francia? —preguntó Tom.

—Así es —contestó Joshua—. Opino que la Sábana, el Arca y el resto de los tesoros del Templo fueron sacados de Israel y ocultados en el sur de Francia por los templarios. Si así fuera, es posible que muchos de los tesoros y el Arca sigan allí escondidos. Es más, existe en Francia una sociedad secreta llamada Priorato de Sión, que tiene sus orígenes en la orden del Templo. Del jefe de la sociedad se cuenta que ha llegado a decir textualmente que sabe dónde están los tesoros del Templo y que les serán devueltos a Jerusalén «en el momento oportuno»<sup>[27]</sup>.

—¿Es cierto que bajo el Templo hay túneles y pasadizos secretos donde pudo permanecer oculta el Arca hasta que los templarios la encontraron? —preguntó Decker.

—Oh, sí, desde luego. Es más, no sólo hay túneles, hay grandes estancias abovedadas. La mayoría están sin excavar, pero se han localizado por radar<sup>[28]</sup> —Rosen señaló hacia un par de arcos bajos que quedaban a la izquierda del muro y perpendiculares a éste—. Ahí, al *otro* lado de esos arcos se encuentra la entrada a uno de los túneles excavados. Discurre hacia el sur por el interior del muro y luego hacia el norte más de noventa metros a lo largo del que fuera el límite oeste del Templo. Cuando el túnel fue abierto al público en 1996 hubo muchos problemas. Existe un túnel lateral que conduce en dirección este hacia la que hoy es la cúpula de la Roca, pero que hace dos mil años fue el sanctasanctórum, el lugar donde descansaba el Arca. Algunos rabinos empezaron a excavar también ese túnel, pero el gobierno los detuvo y lo selló.

—¿Por qué? —preguntó Tom.

—Cuando Israel tomó Jerusalén durante la guerra de los Seis Días en 1967, nos comprometimos a permitir que los musulmanes siguieran controlando la zona de la cúpula de la Roca. Cuando les llegó noticia de las excavaciones, protestaron de inmediato y el túnel fue sellado. Hay quienes opinan que es posible que el Arca siga enterrada bajo la cúpula de la Roca y que los musulmanes lo saben y no quieren que los judíos se hagan con ella.

»No obstante, existe una razón más probable para denegar el permiso a excavar, que no es otra que el temor de los musulmanes a que los zelotes judíos entren en el túnel y vuelen la mezquita para poder reconstruir el Templo judío. No sería la primera vez que los israelíes intentan hacer volar la Cúpula. Un grupo de zelotes, en su

mayoría seguidores de Meir Kahane, lo intentó en 1969. Kahane fue asesinado durante una visita a Nueva York a comienzos de los noventa, pero Moshe Greenberg, uno de sus seguidores, es ahora el ministro israelí de Asuntos Religiosos.



## LAS LÁGRIMAS DE LOS PERROS

NABLUS, ISRAEL

Decker y Tom durmieron aquella noche en casa de los Rosen. Estaban invitados a quedarse las seis semanas de su estancia en Israel, pero consideraron que aquello sería un abuso. Además, *News World* se había ocupado ya del alojamiento y, como dijeron, no convenía que la empresa perdiera la costumbre de correr con los gastos.

Decker no podía conciliar el sueño. Durante el día había aprovechado la menor ocasión para echar una cabezada y ahora el sueño parecía haber perdido prioridad. Pensó en su casa. Era casi medianoche en Israel. No estaba seguro de la hora que sería en Washington, pero pensó que, fuera tarde o temprano, Elizabeth agradecería la llamada. Con sigilo, se dirigió hacia la cocina para llamar desde allí, pero hubo de detenerse en seco al escuchar unos susurros y ver una luz encendida. Al principio pensó que eran meras imaginaciones suyas, pero enseguida le asaltaron la duda y el temor ante la posibilidad de que hubiera intrusos en la casa. Se quedó quieto, escuchando, y pudo reconocer entre las voces las de Joshua Rosen e Ilana, pero había otras, las de dos o tres hombres más. Al instante se esfumó el temor y le dominó su instinto de reportero. Sabía que espiar a sus anfitriones le acarrearía algún remordimiento después, pero en aquel momento le pudo la curiosidad.

—¿Pero no lo entiendes? —decía uno de los hombres—. No podemos permitir que los costes nos detengan. Dios proveerá lo que nosotros no podamos.

—Lo sé —contestó Joshua Rosen—, pero no es algo que debemos abordar precipitadamente sin los preparativos necesarios. Si ésta es la tarea que Dios nos ha encomendado, debemos abordarla, pero no descuidadamente. Cuando Dios ordenó a Noé que construyera el Arca, concedió el tiempo necesario para su terminación. Si tenemos fe, Dios no permitirá que surja la necesidad sin antes proveer la solución.

—¡Lo sé! —contestó el primer hombre con la misma vehemencia—. ¡Pero Petra debe ser protegida!

—Sí, sí —dijo Rosen—, tanto Ilana como yo estamos de acuerdo, Petra *debe* ser protegida. Lo único que decimos es que hay que tener en cuenta los costes; no tanto para decidir si actuar o no, como para saber *cómo* proceder y cuánto debemos reunir. No somos muchos, lo sabes.

—¡Y que lo digas! —contestó el hombre.

—¿Cómo va lo de los permisos para conseguir el material de Estados Unidos? —preguntó Rosen.

Esta vez contestó un hombre diferente.

—Me están dando algún que otro problema algunos de mis compañeros de la Kneset. La mayoría confía plenamente en mí para estos asuntos, pero algunos

diputados de la oposición no acaban de fiarse y están retrasándolo todo un poco.

—Pero lo conseguirás, ¿verdad? —preguntó el primer hombre.

—Sí —contestó el segundo—. Creo que sí.

—Muy bien. Entonces, si no hay más novedades —dijo un tercer hombre con una voz llamativamente resonante y templada—, acordemos reunimos de nuevo dentro de dos semanas, después del Sabbat. —Aquella parecía, sin duda alguna, la voz del líder del grupo—. Hasta entonces tú, Joshua, sigue con el proyecto; James, tú continúa con el papeleo para conseguir los permisos; y Elías, por favor, trabaja con Joshua para establecer los gastos. Yo seguiré hablando con todos los compañeros repartidos por el mundo que estén de acuerdo, como nosotros, en la necesidad de proteger Petra, así reuniremos los fondos necesarios.

—Cómo no, rabí —contestaron con todo respeto al menos dos de los presentes.

Mientras se disolvía la reunión, Decker regresó lenta y sigilosamente al dormitorio. Llamaría a Elizabeth más tarde.

#### JERUSALÉN, ISRAEL

A la mañana siguiente, Decker y Tom se acercaron al hotel Ramada Renaissance de Jerusalén, donde la revista *News World* había instalado su sede temporal en Oriente Próximo. La oficina no era más que una habitación de hotel con vistas a la zona sur de la ciudad antigua y un dormitorio contiguo donde dormían los corresponsales. La habitación apestaba a las colillas que colmaban media docena de ceniceros. Era evidente que por allí no había pasado ningún empleado de la limpieza hacía tiempo. Un ordenador portátil y una pequeña impresora descansaban sobre el tablero de una mesa junto con varias hojas arrugadas de papel y una taza de café del día anterior.

—Pues sí que está bien esto —dijo Decker secamente mientras inspeccionaba el estado de la habitación—, ¿qué pasa, no hay servicio de habitaciones o qué?

—Ya te puedes ir acostumbrando —contestó el reportero jefe Hank Asher.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—En Israel, casi todo el personal del sector servicios es palestino —contestó Bill Dean, el otro reportero de *News World*—, así que, cuando empezaron las protestas hace cuatro meses, se negaron a seguir trabajando y éste es el resultado.

—Lo han estado haciendo a cada nuevo episodio de esta interminable batalla —continuó Asher antes de darle otra calada al cigarrillo.

En ese momento sonó el teléfono. Asher contestó la llamada.

—¿Cuándo? —preguntó un momento después—. ¿Estás seguro?

Escuchó la respuesta, colgó y agarró la bolsa con la cámara, mientras los otros tres hombres se precipitaban instintivamente hacia la puerta.

—Bueno, chicos, espero que hayáis desayunado bien esta mañana —dijo Asher—. Ésta va a ser de las buenas.

Los cuatro hombres se embutieron en un pequeño automóvil y partieron a toda velocidad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Decker.

—Petah Tiqwa —contestó Asher—. Hay importantes disturbios en marcha. Si mi fuente está en lo cierto, puede haber varios miles de palestinos implicados. Las fuerzas de seguridad israelíes han estado empleando pelotas de goma hasta ahora, pero con toda esa gente tirando piedras y cócteles molotov, puede ocurrir cualquier cosa.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Tom—. ¿Por qué tanta gente?

—No lo sé —contestó Asher—. Hasta ahora, los disturbios han sido dispersos y se habían limitado a unas pocas docenas de palestinos cada vez. Lo de hoy es muy raro.

Cerca del lugar de los disturbios, las fuerzas de seguridad israelíes habían cortado la calle. Asher acercó el coche hasta el puesto de vigilancia y mostró al soldado su acreditación de prensa. Al rato aparcaron el coche a unos cien metros del lugar donde se desarrollaban los disturbios y Asher y Dean colocaron grandes carteles con la palabra PRENSA en el parabrisas y las ventanillas laterales y trasera.

—Suelen respetar a los vehículos de la prensa —explicó Dean, al ver cómo les observaban Tom y Decker.

Al acercarse al núcleo del conflicto comprobaron enseguida de cuánta gente se trataba. La fuente de Asher había acertado en los números. Las fuerzas de seguridad israelíes habían dividido a la muchedumbre de palestinos en media docena de grupos más pequeños, a cuyos gritos y consignas se superponía el ruido de cristales al romperse y el estallido de los lanzapelotas de goma de la policía israelí. Decker y Tom se separaron de Dean y Asher para cubrir así una zona más amplia. Se acercaron tanto como pudieron a uno de los grupos y decidieron intentar rodearlo por detrás, lo que suponía desviarse cinco manzanas y acercarse desde el lado de la contienda.

A dos manzanas del enfrentamiento, Decker sintió como el pulso se le aceleraba repentinamente cuando el sonido de los disparos de pelotas de goma fue sustituido por otro más familiar y mortal, el estallido de munición real que ya había escuchado durante su servicio en el ejército. Al principio sólo se oyeron disparos aislados, pero pronto se hicieron más repetidos. Decker creyó que escuchaba el eco de los disparos en la distancia. Pero enseguida supo que se equivocaba. Desde las calles adyacentes se hacían cientos de disparos en todas direcciones. Su primera reacción fue la de ponerse a cubierto, pero la curiosidad periodística que en otras ocasiones le llevó a hacer cosas de las que no se sentía orgulloso le impulsó a acercarse al conflicto. Tom preparó la cámara para inmortalizar la escena que les esperaba.

De repente cesaron los disparos y las calles se llenaron de llantos y gritos de dolor. Algo más adelante, más de cincuenta palestinos yacían heridos o muertos. Por encima de los gemidos, se escuchó por dos veces la orden de sustituir la munición real por pelotas de goma. Soldados israelíes corrían de portal en portal sacando a

punta de fusil a los palestinos que se acurrucaban pegados a las fachadas. Mostrando algo de clemencia, ignoraron a los que se afanaban por ayudar a los heridos.

Cerca de Decker había un chico de unos once o doce años que, arrodillado en el suelo, sujetaba entre sus brazos el cuerpo de un hombre muerto. Mientras Decker observaba la escena, se acercó al chico un soldado israelí. Se tambaleaba y sangraba profusamente de una pedrada sobre el ojo derecho. Rabioso y dolorido, el chico, ignorando todo riesgo, alargó el brazo en busca de algo que poder arrojar y lo encontró; un ladrillo, partido por la mitad, con las esquinas romas de tantas veces como había sido arrojado ya.

El soldado parecía aturdido y no se apercibió de la presencia del chico hasta que no estaba a escasos metros de él. Con los ojos inundados de lágrimas, el chico lanzó el ladrillo sin apuntar y golpeó en la espinilla derecha al soldado, que lanzó un grito de dolor y se llevó instintivamente la mano a la pierna, pero al ver al chico echar a correr, se soltó y levantó el arma. Con la visión nublada de sangre, el soldado apuntó hacia su objetivo. Mientras tanto, el chico casi había alcanzado la esquina del edificio desde la que Decker observaba la escena. Decker se estiró hacia el chico y lo atrajo hacia sí, apartándolo de la fatal trayectoria justo en el momento en que la bala pasaba silbando. Por el sonido del disparo, Decker y el soldado supieron que la munición había sido real. En su aturdimiento, el soldado había olvidado ejecutar la orden de volver a cargar su arma con munición de goma.

Decker abrazó con fuerza al chico, que forcejeó un momento y luego dejó de luchar. El soldado no persiguió al chico. Pronto los disturbios cesaron. Sólo quedaba contar las bajas y limpiar para volver a empezar.

Decker y Tom preguntaron al chico, que entendía algo de inglés, dónde vivía y éste contestó que era de Jenin, un pueblo situado a varios kilómetros de Petah Tiqwa. Se había tratado, al parecer, de un disturbio organizado al que se había convocado a palestinos de todos los rincones de Israel. Decker dijo al chico que se encargarían de llevarle a casa.

De vuelta al coche, atravesaron el mismo camino donde se habían producido los disturbios; Tom, haciendo fotografías de los destrozos y Decker, con el muchacho a la espalda. Cuando llegaron al coche ya les esperaban Dean y Asher.

—¿Qué traéis ahí? —preguntó Asher.

—Un testigo —contestó Decker—. Vive en Jenin. Lo reclutaron para acudir hoy al disturbio. Es así como han conseguido reunir a tanta gente. Han reclutado extras de fuera. Si llevamos al chico a casa, es posible que consigamos alguna pista que nos lleve hasta los cabecillas.

Era una apuesta arriesgada, pero Decker no quería tener que depender de la generosidad de Asher para que les ayudara a llevar al chico a su casa.

Si ya habían ido antes apretados en el coche, ahora aquello parecía el metro de Washington en hora punta. El chico hizo todo lo que pudo para indicarles el camino y después de cuarenta minutos dando vueltas, se detuvieron por fin ante una fachada de

planchas de hormigón. Decker y Tom acercaron al chico hasta la puerta y lo entregaron a su madre. El chico la abrazó por la cintura y empezó a hablarle. Al ver las lágrimas de ella, Decker adivinó que el hombre que había yacido en los brazos del chico era probablemente su hermano mayor. Apenas podía hablar por el llanto, pero intuyeron, aunque su inglés resultara muy pobre, que sabía que habían ayudado a su hijo.

—Si queremos que salga algo de todo esto en la edición del lunes, tenemos que regresar a la oficina ahora mismo —les gritó Bill Dean desde el coche—. Ya seguiréis con esto más adelante.

\* \* \*

De regreso al hotel, Decker y Hank Asher contrastaron sus notas mientras Bill Dean y Tom telefoneaban a las autoridades israelíes para recoger la reacción oficial a los disturbios y la muerte de palestinos. Una vez completada, enviaron la noticia por correo electrónico a Estados Unidos.

A las seis de esa misma tarde, Decker y Tom acercaron a Asher y Dean al aeropuerto internacional Ben Gurion, en Tel Aviv, de donde salía su avión de regreso a Estados Unidos. Habían pasado varios meses de corresponsales en Oriente Próximo y estaban deseando pasar unas semanas en casa. Antes de que embarcaran, Decker tomó a Dean en un aparte.

—Bill, deja que te pregunte algo peculiar —empezó—. Tú que llevas aquí ya bastante tiempo, si escucharas por casualidad una conversación en la que se hablase de «proteger Petra», ¿de qué pensarías que están hablando?

—Hmm... —murmuró pensativo Dean—. Se oyen tantas cosas raras por aquí. Supongo que depende de quién lo dijera. Petra en griego significa *roca*, así que podrían haber estado hablando de muchas cosas. Se podían haber estado refiriendo al Peñón de Gibraltar. Últimamente preocupa bastante la actividad terrorista en la zona. Si los que hablaban eran musulmanes, supongo que estarían hablando de la cúpula de la Roca. Pero en ambos casos se trataría de referencias demasiado crípticas. Hay una antigua ciudad de Petra en Jordania, pero lleva siglos abandonada. Ahora no es más que una atracción turística. También hay un pasaje de la Biblia en el que Jesús habla de la piedra sobre la que edificará su iglesia. Así que supongo que podrían haber sido zelotes cristianos hablando de proteger la Iglesia de algún demonio o alguna falsa doctrina o algo por el estilo. Es todo lo que se me ocurre a bote pronto. Pero ¿de qué se trata?

Decker sacudió la cabeza.

—Pues ahora mismo no lo sé, la verdad. Ya te contaré cuando vuelvas de vacaciones, si es que saco algo en claro.

\* \* \*

La semana siguiente les pareció insólitamente tranquila, comparado con el primer día de trabajo. Israel tomó posiciones ante el temor a una represalia palestina, pero ésta se hacía esperar. Hubo unos cuantos disturbios menores, y la huelga de trabajadores y comerciantes palestinos continuó; nada que las autoridades israelíes no pudiesen controlar. En el marco internacional, Naciones Unidas había aprobado una resolución de condena por sobrada mayoría con la abstención de Estados Unidos. Decker y Tom tuvieron tiempo de sobra para ocuparse de tareas como limpiar y airear las habitaciones.

Tom, más interesado en hacer turismo que Decker, reunió folletos sobre todos los lugares de interés histórico y religioso que se habían saltado en la visita relámpago con Joshua Rosen. Decker echó un vistazo a algunos para luego poder llevar de turismo a Elizabeth y las niñas cuando llegaran la semana antes de Navidad. Iba a quedarse hasta bien entrado enero y Elizabeth había pensado que era una buena oportunidad para sacar provecho de una situación adversa y poder pasar la Navidad con él en Tierra Santa.

\* \* \*

Hacia las cuatro de la tarde de su octavo día en Israel, Tom acababa de regresar de la visita a uno de los numerosos templos de Jerusalén y nada más sentarse sonó el teléfono. Al descolgar escuchó la voz de un hombre cuyo acento le delataba como palestino.

—Necesito hablar con el americano Asher.

—Lo siento, no está —contestó Tom—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Diga al americano: «Muchos perros llorarán esta noche, pero no tendrán donde derramar sus lágrimas».

—¿Cómo dice? —preguntó Tom—. ¿De qué está hablando? ¿Qué quiere usted decir con eso?

Pero el hombre había colgado el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Decker ante la expresión de confusa intriga de Tom.

—Pues no lo sé con exactitud —contestó Tom—. Me parece que era uno de los informadores de Hank. O eso o un chiflado.

Decker esperó un momento a que Tom continuara, pero como pareciera que fuera a guardarse el misterio para sí, se decidió a preguntar.

—¿Y bien? ¿Qué quería?

—Ha dicho que le diga a Asher que muchos perros llorarán esta noche, pero no tendrán donde derramar sus lágrimas.

—¿Alguna idea de lo que puede significar? —preguntó Decker.

—Ni idea, pero sé de alguien que quizá sepa algo —dijo Tom descolgando el auricular y empezando a marcar un número.

Estaba llamando a Hank Asher a Estados Unidos. Le costó cuatro llamadas dar con él y cuando por fin lo consiguió, éste tampoco tenía ni idea de lo que podía significar el mensaje.

—Lo único que se me ocurre —dijo Asher— es que hay veces en las que uno o más grupos palestinos llaman para atribuirse un secuestro o la colocación de una bomba. Hay mucha rivalidad entre las diferentes facciones palestinas. A lo mejor el tipo que ha llamado intentaba atribuirse algo antes de que ocurra para que luego se haga responsable a su grupo. Si es así, es seguro que llamará después del suceso. Os sugiero que llaméis a la policía israelí y les informéis sobre la llamada. En cualquier caso, no parece que vayáis a tener que esperar mucho para enteraros. Sea lo sea, sucederá esta noche.

—De acuerdo —dijo Tom—. Escucha, llámanos al hotel si se te ocurre algo.

—Cuenta con ello —dijo Asher—. Ah, otra cosa. Cuando llaméis a la policía, no les digáis que el tipo preguntó por mí. Estoy intentando disfrutar de unas vacaciones.

Tom llamó a la policía, que no tardó ni un segundo en atender la llamada. Otra cosa era decidir cómo actuar. El teniente inspector de policía Freij dijo que puesto que les había parecido que quien llamaba era un palestino, el empleo de la palabra *perros* no podía sino hacer referencia a los israelíes.

—Nosotros les llamamos perros y ellos nos lo llaman a nosotros. Es obvio que las palabras «llorar» y «lágrimas» hacen referencia a algo que va a suceder y que causará mucho dolor a Israel. Si ha dicho «esta noche», es evidente que lo que sea sucederá esta noche. A partir de aquí, todo lo demás son elucubraciones.

El teniente Freij también sugirió que podía tratarse de una falsa amenaza, algo que ocurría también con frecuencia.

—No obstante, y por si acaso —dijo—, daré orden de que se tomen todas las precauciones habituales en estos casos y me ocuparé de alertar a las autoridades pertinentes sobre la posibilidad de que se produzca un atentado terrorista.

\* \* \*

Tom y Decker estuvieron un rato más elucubrando sobre lo que podía significar el mensaje, aunque sin llegar a una conclusión. Algo pasadas las once de la noche, Tom decidió irse a dormir y Decker subió a la azotea del edificio para tomar un poco de aire fresco.

Al sentarse en el ancho pretil grisáceo recordó la discusión que había mantenido con Goodman sobre el pequeño Christopher. En realidad siempre tenía el asunto presente. «Tiene que haber algún modo de que pueda publicar esa noticia sin hacer daño a nadie», pensó. Por su mente desfilaron una docena de soluciones posibles,

pero en todas llegó a la misma conclusión, había un riesgo muy elevado de que los protagonistas fueran identificados. Al final alguien lo descubriría todo.

Decker se asomó al hermoso paisaje que ofrecía el viejo Jerusalén. La ciudad yacía casi en silencio bajo el oscuro manto de la noche recién caída. Sólo aquí y allá desafiaba a la noche sin luna el brillo de algún punto de luz. La cúpula de la Roca, revestida de oro, rutilaba bajo las estrellas cerca del Muro de las Lamentaciones.

Y entonces lo comprendió.

—¡Eso es!

Decker corrió lo más rápido que pudo desde la azotea hasta la habitación del hotel.

—¡Tom! —gritó al irrumpir en la habitación.

Tom no se había acostado y veía en la televisión una vieja película de John Wayne y James Stewart.

—¡Cálzate, rápido!

Tom agarró cámara, abrigo y zapatos y corrió hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡La llamada! —dijo Decker en un intento por abreviar—. ¡Van a volar el Muro de las Lamentaciones!

—¡Claro! —exclamó Tom mientras se dirigían a toda prisa hacia el ascensor—. «Llorarán» pero «no tendrán donde derramar sus lágrimas».

Tom llamó al teniente Freij desde su teléfono móvil mientras Decker se ponía al volante y recorría la escasa distancia que separaba el hotel de la puerta de Jaffa, bajaba por la calle de David y entraba en la ciudad antigua. Estaban a sólo un kilómetro y medio del Muro de las Lamentaciones, pero el asfalto estaba muy deteriorado y Tom pensó que a la velocidad a la que iban, el coche se caería a trozos antes de llegar. Era tarde y la calle, de dirección única, estaba prácticamente desierta, por lo que Decker no tuvo ninguna dificultad para torcer bruscamente a la derecha por la calle del Patriarca armenio, dejar a la derecha la puerta de Sión y luego continuar por la calle Batei Makhase. Casi habían llegado.

Decker estacionó el coche en el aparcamiento del Muro de las Lamentaciones y cerró la puerta de un portazo antes de que él y Tom se precipitaran a todo correr hacia el muro. Todo estaba en silencio y desierto en la fría y oscura noche. Incluso los turistas se habían ido a la cama. Decker y Tom se detuvieron y miraron a su alrededor en busca de alguna señal de actividad, sin resultado. Lo único que se oía era el viento y el murmullo nocturno apenas audible de la ciudad nueva que se extendía al otro lado de las murallas. Se miraron.

Decker fue el primero en hablar.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo—. De un momento a otro va a aparecer el teniente Freij con sirenas y luces a todo meter y nosotros aquí como dos pasmarotes.

Suspiraron a la vez.

—No podemos llamar y decir que no venga, ¿verdad? —bromeó Tom angustiado.



—No serviría de nada —contestó Decker—, tiene que estar al caer.

Fue entonces cuando se dieron cuenta. Dejaron de hablar al instante y miraron a su alrededor.

—Aquí hay algo que no me cuadra —dijo Decker con perspicacia mientras examinaba la escena con detenimiento.

—No hay policía —contestó Tom secamente.

No había ni rastro de las omnipresentes fuerzas de seguridad israelíes.

Al instante les sobresaltó un chico que salía de la entrada al túnel que Joshua Rosen les había señalado unos días antes. A los pocos segundos salieron detrás de él unos ocho hombres, para los que al parecer había estado montando guardia. En su carrera, el chico pasó lo suficientemente cerca para que Decker y Tom pudieran verle la cara. Era el chico palestino de Jenin.

Decker y Tom corrieron hacia la entrada del túnel y allí se toparon con los cuerpos de cuatro miembros de las fuerzas de seguridad israelíes que yacían en charcos de sangre, degollados. Decker se agachó buscando en vano algún signo de vida. Tom apartó la mirada del sangriento espectáculo. Al hacerlo le llegó el inconfundible olor a mecha ardiendo.

—¡Decker! ¡Corre! —gritó mientras cogía a Decker del brazo.

Los dos hombres abandonaron precipitadamente el túnel y corrieron tan rápido como les fue posible. A unos sesenta metros aflojaron el paso y se detuvieron convencidos de que se encontraban a una distancia segura. En la lejanía pudieron escuchar el ulular de las sirenas del teniente Freij. Al girarse hacia los coches de policía, el suelo tembló y el estallido de una gigantesca explosión tronó en sus cabezas. Al instante, cayeron al suelo mientras polvo y piedras volaban a su alrededor. Casi de inmediato, siguieron una segunda y una tercera detonaciones que llenaron el aire con una nube pesada y opaca de suciedad, humo y piedra pulverizada, que oscureció las luces de la ciudad. Por un instante se hizo el silencio, luego el suelo volvió a temblar una y otra vez mientras cientos de enormes rocas caían del muro con pesado estruendo, demoliendo el pavimento de la plaza y despedazando las piedras que acababan de caer.

Decker estaba tendido sobre el suelo. Intentó protegerse con su camisa, pero una polvareda densa y asfixiante se infiltraba por su boca y su nariz. Se ahogaba y no dejaba de toser. Ignoraba qué le había ocurrido a Tom, aunque tampoco le importó demasiado en ese instante. Sólo sabía que necesitaba respirar. Creyó morir y sólo su respiración entrecortada y el dolor en los pulmones le convencieron de que seguía vivo. No podía oír más que un pitido en los oídos.

Entonces aparecieron en la oscuridad las luces de la policía. Pasaron unos minutos hasta que, casi inconsciente, sintió que le cogían y le sacaban a rastras. La nube no tardó en descender y pudo ver el rostro del teniente Freij observándole desde arriba.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Freij.

—Decker intentó contestar pero empezó a toser y a escupir una mucosidad llena de polvo. Por el rabillo del ojo vio a Tom, que yacía en el suelo cerca de él. Sin parar de toser, Decker se arrastró hasta su amigo y consiguió pronunciar su nombre.

Al igual que él, Tom estaba cubierto de pies a cabeza por una espesa capa de polvo gris. Su respiración era entrecortada y forzada. Al oír a Decker, abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Decker tratando de entender el inesperado buen humor de Tom.

—Tengo la foto —consiguió decir Tom levantando la cámara cual trofeo antes de sufrir un ataque de tos.

Mientras recorría de un vistazo la zona donde antes se levantaba el Muro de las Lamentaciones, pensó un instante en lo que le alegraba seguir vivo. Y aunque detestaba la destrucción de tan soberbio monumento histórico, no pudo evitar imaginar la fotografía de Tom en la portada de la edición del lunes del *News World* junto con su artículo de cabecera.

Una vez despejados los pulmones, Decker y Tom explicaron al teniente Freij lo sucedido y señalaron hacia el lugar aproximado dónde buscar los cuerpos de los guardas enterrados por los cascotes. Sin embargo, no le dijeron nada del chico. Hablarían con él por la mañana y así conseguirían tal vez una segunda exclusiva.

Cuando abandonaron el lugar, cientos de israelíes y de turistas de la zona se agolpaban junto al perímetro establecido por la policía para observar sobrecogidos y horrorizados lo que había sido el último vestigio del antiguo Templo.

\* \* \*

Quien llamó por teléfono no se equivocaba, fue mucho lo que se lloró aquella noche. Los palestinos habían colocado explosivos más que suficientes para conseguir su objetivo. Por todas partes había restos de piedra pulverizada. La tierra del monte del Templo que se elevaba detrás del muro se había derrumbado sobre los escombros. Del muro no quedaba piedra sobre piedra.

## QUIEN EN LOS BOSQUES ENCUENTRA BESTIAS FEROCES

JERUSALÉN, ISRAEL

A la mañana siguiente, Decker y Tom se levantaron temprano y viajaron en coche hasta Jenin para hablar con el chico palestino. De camino se les ocurrió que ni siquiera tenían un plan.

—Muy bien, llegamos allí, y luego ¿qué? —preguntó Tom.

—Pues hablamos con él y le pedimos que le diga a la gente con la que estaba anoche que hay unos periodistas americanos que quieren hablar con ellos. No somos enemigos. Les gustan los medios de comunicación. Es la única forma que tienen de hacerse publicidad. Además, si no quisieran cobertura no habrían llamado por teléfono para avisarnos de lo que iba a ocurrir. El mayor problema va a ser el teniente Freij, que querrá que revelemos nuestras fuentes tan pronto se publique la noticia.

Cuando llegaron a casa del chico, Tom decidió dejar la cámara en el coche para asegurarse de que nadie se ponía nervioso. Recorrieron el corto camino de acceso a la casa y Decker llamó a la puerta.

—¿Crees que habrá alguien? —preguntó Tom pasados unos instantes. Pero aún no había terminado su pregunta cuando la puerta se abrió y la madre del chico les invitó a entrar con un gesto—. Fantástico —dijo Tom—. A lo mejor tenía que haber cogido la cámara después de todo.

Al cerrarse la puerta Decker oyó un sonoro chasquido y sintió que un fortísimo dolor estallaba en su cabeza nada más recibir el impacto de un contundente garrotazo.

EN ALGÚN LUGAR DE ISRAEL

Notó cómo el dolor descendía lentamente por el cuello y los hombros hasta detenerse en la boca de su estómago vacío. Estaba atado de pies y manos. Las cuerdas estaban lo suficientemente flojas como para permitir el riego sanguíneo aunque no el movimiento. Recostado de lado con la mejilla pegada al suelo, se preguntó dónde estaba y cuánto tiempo podía llevar allí. El aire estaba cargado y por el olor y la ligera humedad de los pantalones dedujo que mientras había estado inconsciente se había orinado encima. Calculó que había permanecido inconsciente menos de un día; la evacuación de fluidos se produce durante las primeras veinticuatro horas. A partir de ese momento el cuerpo pasa a retener todos los fluidos para evitar la deshidratación.

Podía oír a dos hombres hablar. Pensó que por el momento lo mejor era no dar señales de que había despertado. Muy lentamente abrió el ojo más próximo al suelo. Una vez hubo comprobado que nadie se había percatado, Decker se esforzó por observar todo lo que permitía aquella postura, torciéndosele el gesto con una mueca

de dolor cada vez que movía los ojos. Lo que veía no le dio demasiadas pistas. Estaba en un cuarto con un ventanuco tapiado con tablas. Aproximadamente a metro y medio de él, en el suelo, yacía Tom en un estado muy similar y de cara al lado opuesto al suyo. Dos hombres echaban una partida de cartas en una mesa improvisada, prestando muy poca atención a sus prisioneros. Decker cerró el ojo y descansó para aliviar el dolor. Los hombres hablaban un dialecto árabe que Decker no comprendía. Con todo y mientras intentaba soportar el dolor, estimó razonable seguir allí inmóvil escuchando a los hombres por si pudiera enterarse de algo acerca de su situación.

\* \* \*

Unas horas después, Decker se dio cuenta de que se había quedado dormido. Las náuseas habían desaparecido y el dolor de cabeza no era tan intenso como recordaba. Le había despertado el sonido de un portazo y de hombres hablando, lo que interpretó como un cambio de guardia. Con los ojos todavía cerrados, sentía a los hombres desplazándose por el cuarto, cómo se acercaban a echarle un vistazo y luego se apartaban. Cauteloso, abrió un ojo y los vio de pie junto a Tom.

—Despierta, judío —dijo uno de ellos en un inglés con fuerte acento extranjero. Decker observó como echaba el pie hacia atrás para luego lanzarlo hacia delante con todo el peso de su cuerpo y golpear a Tom con su bota militar en plena espalda. La fuerza del golpe hizo que Tom se desplazara por el suelo más de un metro. Arqueó la espalda por el dolor al tiempo que soltaba un aullido ahogado por la falta de aire.

—¡Basta! —gritó Decker.

Los cuatro hombres se volvieron hacia Decker, que había conseguido incorporarse y ahora estaba sentado en el suelo. El hombre que había pateado a Tom se acercó y le miró. Decker sintió que le estaba inspeccionando, que aquel hombre buscaba algo. Al no encontrarlo, le empujó con el pie para que volviera a quedar tumbado en el suelo y regresó a donde estaba Tom.

Tom no podía respirar y un profundo gemido cargado de angustia le traspasó sus labios. El hombre le había hecho mucho daño y se disponía a golpearle otra vez.

—¡Basta! —gritó Decker de nuevo.

Esta vez el hombre volvió a acercarse a Decker y le dio una patada en el hombro derecho. Le dolió mucho, pero Decker sabía que no le había golpeado con la misma saña que a Tom.

—Cierra la boca o acabarás recibiendo lo mismo que el judío —le advirtió el hombre antes de regresar con Tom.

—¡Espere! —dijo Decker sentándose de nuevo y olvidando la advertencia. El hombre se volvió hacia él—. ¡No es judío!

Por un instante pudo leer un asomo de duda en la mirada del hombre, que se detuvo un momento para al instante volver a concentrarse en Tom, ignorando la

insubordinación de Decker.

Decker insistió.

—No es judío, se lo aseguro. Es americano, como yo. Compruebe su pasaporte. Lo lleva en el bolsillo.

Por la mente de Decker empezaron a desfilar imágenes de la sangrienta muerte del periodista del *Wall Street Journal*, Daniel Pearl. Pearl era judío y sus secuestradores islámicos le habían grabado en vídeo mientras le obligaban a repetir «Yo soy judío. Mi madre es judía». Luego, sin dejar de grabar, lo habían asesinado brutalmente<sup>[29]</sup>.

—Ya hemos visto vuestros pasaportes —contestó el hombre. Decker le había conseguido algo de tiempo a Tom; por lo menos, el hombre había empezado a hablar—. Me da lo mismo que sea judío israelí o judío americano.

—¡Pero es que no es judío! —dijo Decker. Decker recordó también el secuestro en 1994 de tres turistas británicos por Ahmed Omar Saeed Sheikh, el mismo hombre que había planeado el secuestro y asesinato de Pearl. Tras varias semanas en cautiverio, los británicos habían sido liberados ilesos. La gran diferencia entre Daniel Pearl y los turistas británicos había sido la descendencia judía del primero. Decker sabía que era imprescindible convencer a los secuestradores de que Tom no era judío.

—Pues a mí me parece judío —dijo el hombre, como si aquello cerrara la cuestión.

—Se lo estoy diciendo, es americano y es gentil —insistió Decker poniéndose al nivel argumentativo del hombre.

Decker sabía que si estaba convencido, el palestino no iba a perder el tiempo discutiendo, tuviera o no razón. Pero allí había algo más en juego, algo tan sencillo y tan poderoso a la vez como era ganarse el respeto de sus iguales. Los otros hombres observaban a su compañero, a la espera de cuál sería su decisión. El americano estaba desafiando su criterio y tenía que responder.

Tom había dejado de gemir y yacía prácticamente inmóvil en el suelo, respirando con dificultad. El palestino hizo caso omiso de Decker y volvió a concentrar su atención en Tom.

Decker le espetó lo primero que se le ocurrió. Era arriesgado, pero ni Tom ni él tenían nada que perder, otra patada más con aquella bota podía romperle la espalda a Tom.

—Si no me cree —dijo Decker captando de nuevo la atención del secuestrador—, bájele el pantalón.

Los palestinos se miraron entre sí, como dudando de si le habían entendido bien. Luego se echaron a reír conscientes de lo que Decker pretendía. Si Tom era judío estaría circuncidado.

La idea no pareció que le gustara demasiado al que había pateado a Tom. No quería arriesgarse a quedar en ridículo. Pero los otros tres ya habían empezado a desabrocharle el pantalón a Tom sin dejar de reír. Estaban disfrutando de lo lindo con

aquel duelo entre su líder y el americano. Además, parecía una forma muy divertida de resolver una discusión en la que estaba en juego la vida de un hombre.

Sólo había un problema, y en él residía el riesgo: Decker no sabía si Tom estaba circuncidado o no. Pero con la vida de Tom pendiente de un hilo, Decker no había tenido otra elección que establecer aquello como criterio. Y los tres lacayos lo estaban aceptando al acceder a bajarle el pantalón para comprobarlo. Decker sabía que muchos americanos, judíos o no, están circuncidados, así que era consciente de que bien podía estar condenando a muerte a su amigo.

Lo que vio decepcionó al líder.

Los tres palestinos volvieron a tirar del pantalón de Tom para casi subírselo hasta arriba. Volvían a reír, aunque esta vez, y por lo menos en parte, lo hacían de su líder. Una mirada furibunda cortó de golpe su regocijo. El cabecilla cambió rápidamente de tema y, después de tumbar de nuevo a Decker en el suelo con un empujón de su bota, hizo una señal a los otros para que salieran con él del cuarto. Tan pronto se hubieron ido, Decker intentó como pudo verificar el estado de su amigo. Le ayudó a terminar de subirse el pantalón, pero con las manos atadas a la espalda fue imposible abrocharle el botón o subirle la cremallera.

\* \* \*

Aquella noche uno de los hombres les trajo comida y agua. Por la mañana volvieron a alimentarlos y se les permitió asearse un poco, uno cada vez. Ahora que parecía haber menos probabilidades de que los mataran sin más, Decker recordó a Elizabeth, Hope y Louisa. El temor a la tortura y la muerte, y el dolor físico que ya había soportado se le antojaban lejanos y sin importancia comparados con la dolorosa empatía que sentía hacia la angustia que sabía estaría pasando su familia.

Por la noche entraron dos de los guardas, quienes les vendaron los ojos y los amordazaron después de embutirles pedazos de tela en la boca. Decker supuso que iban a trasladarles a otro lugar. Permanecieron tumbados así durante unos veinte minutos, tosiendo de vez en cuando a causa de los trapos, y luego les desataron los pies y fueron conducidos al exterior.

Una vez afuera, los secuestradores hicieron algo que extrañó mucho a Decker. Dos de los hombres le cogieron y le tumbaron boca arriba sobre algo que creyó podía ser una carretilla de mecánico, de las que se usan para trabajar en los bajos de los coches. Entonces le ataron los pies de nuevo. Sólo se le podía ocurrir que le estuviesen preparando para alguna especie de macabra tortura que requería introducirle debajo de un coche o un camión. Pero si así era, ¿por qué vendarle los ojos? Si el sadismo era su principal objetivo, era más lógico que quisieran que viera lo que le esperaba. Desde luego, no le habrían llenado la boca de retales. Querrían escuchar sus gritos.

Decker sintió como recorría rodando unos dos metros y medio; luego la carretilla

se detuvo y de un empujón rodó hasta quedar boca abajo en el suelo. Le pareció que estaba debajo de algo muy grande. Cuatro pares de manos le asieron a continuación del cuerpo para levantarlo aproximadamente medio metro hasta que su espalda chocó contra lo que quiera que había sobre él y le ataron firmemente en esta posición. Lo siguiente que pudo escuchar fue el chirrido de una puerta de metal al cerrarse.

Estaba en lo que creyó era una especie de ataúd, aunque podía sentir el aire circular a su alrededor, así que no pensó que se fuera a asfixiar. Mientras permaneció esperando así, atado y boca abajo, pudo oír de nuevo el ruido de las ruedas de la carretilla, seguido del resoplar de los hombres al manejar un peso y finalmente el de otra puerta de metal al cerrarse. Decker supuso que los secuestradores habían hecho lo mismo con Tom. El sonido de las voces de los palestinos era ahora un murmullo casi indistinguible, pero ninguno hablaba en inglés, así que tampoco le importó demasiado no poder entender lo que decían.

A los cinco minutos oyó un portazo seguido de la explosión del motor al arrancar el vehículo. Entonces lo entendió todo. Él y Tom estaban atados a los bajos de un camión. Los habían introducido en cajas metálicas que se encajaban bajo el camión y en las que se transportaban armas, y en ocasiones personas, ilegalmente a uno y otro lado de los controles y puestos fronterizos.

#### TEL AVIV, ISRAEL

Elizabeth Hawthorne y sus dos hijas atravesaron el vestíbulo del aeropuerto internacional David Ben Gurion de Tel Aviv. Hacía sólo unos días, Elizabeth estaba sentada en su oficina pensando en lo aburrido que era el trabajo y en lo mucho que echaba de menos a Decker. En plena crisis había decidido tomarse unos días más de vacaciones, sacar a las niñas del colegio y volar a Israel una semana antes de lo previsto. Las sorpresas siempre habían sido el fuerte de Decker, pero Elizabeth decidió que esta vez sería él el sorprendido.

De ninguna manera podía imaginar la noticia que le esperaba.

Ella y las niñas se dirigían con el equipaje hacia la salida cuando les abordó una pareja de unos sesenta años y aspecto sombrío.

—¿La señora Hawthorne? —preguntó el hombre.

—Sí, soy yo —contestó ella algo sorprendida.

—Mi nombre es Joshua Rosen. Ésta es mi mujer, Ilana. Somos amigos de su marido.

—Sí, lo sé —respondió Elizabeth—. Decker me ha hablado de ustedes. ¿Les envía él? ¿Cómo ha sabido que le iba a dar una sorpresa? —preguntó sin advertir la gravedad de la situación.

—¿Podemos hablar un momento en privado? —preguntó Joshua.

Elizabeth supo entonces que algo no iba bien. Quería saber qué ocurría y no quería esperar.

—¿Le ha ocurrido algo a Decker? —le preguntó ansiosa.

Joshua Rosen prefería no hablar delante de Hope y Louisa, pero Elizabeth insistió.

—Señora Hawthorne —empezó—, según el recepcionista del Ramada Renaissance, Decker y Tom Donafin salieron hace cinco días del hotel donde se alojaban en Jerusalén. La noche pasada me llamó Bill Dean, del *News World*, para preguntarme si sabía dónde estaban. Me dijo que su editor lleva tres días intentando localizarlos. Al parecer intentó llamarla a la oficina, pero le dijeron que estaba usted de vacaciones. Tampoco pudo localizarla en casa.

Aquella explicación estaba impacientando a Elizabeth, que quería llegar al fondo del asunto.

—Se lo ruego, señor Rosen, si le ha ocurrido algo a mi marido, ¡dígame!

Joshua entendía su angustia pero detestaba tener que decírselo así, a secas, sin ninguna explicación.

—Me temo que han secuestrado a Decker y Tom en el Líbano.

Elizabeth no podía creer lo que escuchaba.

—¿Cómo? Es imposible. No puede ser —dijo sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera tenían que ir al Líbano. ¡Están en Israel! ¡Tiene que haber algún error! —exclamó protegiéndose con aquel tono imperativo del desfallecimiento que ya sentía en el corazón, como si al hacerlo pudiera cambiar lo que era incapaz de afrontar.

Joshua e Ilana la miraban con tristeza.

—Lo siento —dijo él—. Hezbollah, un grupo de militantes seguidores del ayatolá Oma Obeji, ha anunciado esta mañana que retenía secuestrados a Decker y a Tom. Han enviado a un periódico libanés una nota donde se atribuyen el secuestro y en la que incluyen fotografías de Decker y Tom.

Hope y Louisa ya habían roto a llorar. Elizabeth buscó algún sitio donde poder sentarse y, al no encontrar ninguno, aceptó apoyarse en Ilana Rosen, que la abrazó mientras estallaba en sollozos.

#### EN ALGÚN LUGAR DEL NORTE DEL LÍBANO

Al detenerse el camión, Decker intentó respirar hondo y relajar los músculos después de un agotador y agitado trayecto de varias horas sobre carreteras repletas de socavones. Con ayuda de la lengua y los dientes había conseguido sacarse parte de la mordaza y así poder respirar con más facilidad. Sólo rezaba por que Tom también lo hubiese conseguido. Le dolía la cabeza por el constante golpeteo contra el interior de aquel ataúd de acero y por el dolor que le subía desde los músculos de la espalda y del cuello. Deseó desesperadamente que aquel fuera el final de viaje, aunque le aterrorizaba pensar en lo que les esperaba.

El conductor hizo sonar la bocina del camión y bajó de la cabina para esperar a sus compatriotas. Era obvio que no le preocupaba que alguien pudiera verle a él o a



su cargamento humano. La posibilidad de que se debiera a que no había nadie en los alrededores o a que a nadie de los que por allí había le importaba entretuvo brevemente la curiosidad de Decker, aunque pronto lo olvidó. Un instante después escuchó cómo se acercaban al camino otros hombres. Volvió a sonar el herrumbroso chirrido de la puerta, esta vez al abrirse, y sintió como unas manos aflojaban las correas que le mantenían sujeto. El hombre encargado de desatarle las correas de los pies iba más lento que los otros y éstos no lo sujetaron al quedar liberado de sus ataduras, así que cayó de cabeza contra el asfalto, los pies atados todavía a los bajos del camión. Decker, convaleciente todavía del golpe que recibiera en la parte de atrás de la cabeza días atrás, emitió un grito apagado que le hizo aspirar el trapo hasta la garganta.

Mientras se debatía en busca de aire le sacaron a rastras de debajo del camión. Una vez liberado de la cuerda que llevaba atada a los pies, uno de los hombres le ladró una orden y Decker dedujo que quería que se pusiera de pie. La cabeza le daba vueltas de dolor y la sangre empapaba la venda de los ojos y le goteaba por el rostro y el cuello; tenía ganas de vomitar. No había músculo que no le doliera o estuviera agarrotado, pero se esforzó y consiguió levantarse.

Uno de los hombres le dio la vuelta y lo empujó para que empezara a andar. Avanzó a trompicones mientras el secuestrador le gritaba órdenes que no podía entender. Al llegar al portal de un edificio, Decker dio un paso hacia el interior y una vez allí sintió que estaba en el hueco de una escalera. Iba a ser complicado subir con los ojos vendados; y podía resultar mortal si las escaleras bajaban.

A pesar del dolor hizo un esfuerzo por mantener los sentidos bien alerta y tanteó lentamente con el pie en busca de un escalón que subiera o de una caída. El secuestrador, impacientado por su lentitud, le hizo avanzar de un empujón. Decker se abalanzó hacia delante esperando lo peor, pero su pie golpeó en la contrahuella de un escalón. Recuperado el equilibrio, levantó el pie y empezó a ascender las escaleras.

Tres tramos más arriba fue conducido por un pasillo y a través de dos puertas hasta una pequeña estancia. Allí, el secuestrador le colocó de espaldas a la pared y de un empujón lo sentó en el suelo. A continuación le quitó la mordaza y le entregó un vaso de agua. Entonces el hombre abandonó la estancia y cerró la puerta con llave. Decker bebió el agua y se recostó de lado.

Pensó que era buena señal que los otros se hubiesen quedado esperando en el camión. Tal vez estuvieran sacando a Tom y fueran a trasladarle a la misma habitación de un momento a otro. Permaneció allí tumbado esperando a escuchar el ruido de la puerta y a que trajeran a Tom, pero no ocurrió nada. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero cuando despertó un rato después, descubrió que ya no llevaba los ojos vendados y que habían vuelto a atarle los pies.

SEIS MESES Y MEDIO DESPUÉS

Según sus cálculos era veinticuatro de junio, el día de su aniversario de boda. Veintitrés años. Intentó recordar si en alguna ocasión le habían contado qué se regalaba tradicionalmente para el vigésimo tercer aniversario. Nadie lo había hecho. Intentó imaginar qué haría Elizabeth ese día. A duras penas sobrellevaba la separación, pero el aislamiento y la incertidumbre de si aquello acabaría alguna vez eran más de lo que él podía soportar. La sensación de absoluta impotencia hizo que le embargara un sentimiento de autocompasión y de odio a sus secuestradores a la vez. Sólo quería poder decirle a Elizabeth que la amaba y que estaba vivo. La necesidad de acercarse y consolarla era lo más doloroso de todo. Sabía que tal vez no regresaría a casa jamás. Que no volvería a ver a su mujer o a sus hijas. En su cólera y frustración tiró de las cuerdas que le ataban manos y pies. Aunque ni en plena forma hubiese podido arrancarse aquellas ataduras, intentarlo en su estado debilitado en parte por la inanición fue doblemente inútil y sólo agravó su desesperación.

Decker había repasado una y otra vez lo ocurrido el día que Tom y él fueron secuestrados y todo lo que siguió. No sabía por qué, pero su instinto le decía que estaba en el Líbano. Buscó alguna pista que pudiera probar su corazonada. Si sólo los secuestradores le trajeran por una vez la comida envuelta en papel de periódico o si pudiera divisar o escuchar el grito de una gaviota del Mediterráneo... Pero lo único a lo que se podía aferrar era al uso ocasional que de la palabra *Al-Lubnan*<sup>[30]</sup> hacían los secuestradores. Rehusaba dar por muerto a Tom Donafin, pero no había visto a su amigo desde la noche que les habían vendado los ojos y amordazado en Israel. Lo cierto era que, en realidad, no había visto a nadie más desde entonces. Los hombres que le retenían entraban en el cuarto con máscaras y casi nunca le hablaban.

No había visto nada de lo que había al otro lado de la puerta de su cuarto, pero se percató de que se encontraba en un viejo edificio de pisos. Las ataduras de los pies formaban una especie de esposas, con unos treinta centímetros de cuerda entre los tobillos, lo que le permitía dar pequeños pasos. Para que no pudiera desatarse, logro que le hubiera merecido un duro castigo, las cuerdas que le ataban las muñecas estaban tan apretadas que apenas podía moverlas. Sin embargo, podía sostener el cuenco de comida y ocuparse de sus necesidades fisiológicas. Llevar una higiene personal era casi imposible, y sólo le proporcionaban un cubo con agua para lavarse de vez en cuando.

Al principio, cuando llevaba unos cuatro meses de cautiverio, uno de los secuestradores le había entregado una copia del Corán en inglés. Su primer deseo fue hacerlo trizas, pero sabía que con ello sólo conseguiría la muerte. Sabía que, para los musulmanes, el Corán es más que un libro con la palabra de Alá; el libro es en sí un objeto sagrado. Dañar ese objeto es mucho peor que un insulto a Alá, se interpreta como un ataque directo al dios, que sólo puede provocar su ira y la ira de sus seguidores. Además, sin nada más qué hacer o leer, le proporcionó a Decker cierto entretenimiento. Había escuchado a quienes afirman que el islam es una religión pacífica; que quienes asesinan y secuestran y cometen atentados en nombre de Alá no

representan al «verdadero islam»; pero costaba creerlo sentado en el suelo, atado de pies y manos.

Se consolaba pensando que las cosas podían haber sido mucho peores. Los secuestradores no le habían vuelto a torturar desde muy al principio de su cautiverio. Las quemaduras de cigarrillo ya se le habían curado. Sólo de las más graves le habían quedado cicatrices.

Al principio parecía que les divertía amenazarle con navajas y cuchillas. Aunque la diversión no siempre se reducía a meras amenazas. En una ocasión, uno de los hombres había llevado su sadismo a cotas extraordinarias. Mientras le ataba para que no pudiera moverse, le contó cómo le iba a cortar las orejas como trofeo. Si se movía lo más mínimo, le había dicho el hombre a Decker chapurreando en inglés, le rajaría el pescuezo. Empezando por el punto más alto de la oreja izquierda, el hombre le hizo un corte profundo y sangriento, retiró la cuchilla y estalló en una risa descontrolada al ver el dolor en los ojos de Decker, que apretaba los dientes para no moverse. El hombre todavía reía bajo la máscara cuando salió del cuarto y cerró la puerta. Decker había pasado la noche atado en aquella posición. Con esfuerzo había conseguido cambiar el peso de lado, rodar hasta quedar tumbado sobre el estómago y girar la cabeza para apoyarla en el suelo y que el peso recayera sobre su oreja seccionada. La presión era atroz pero necesaria para detener la hemorragia.

A pesar del miedo y del dolor que sufrió en aquella ocasión, Decker descubrió lo increíblemente fácil que le había resultado no gritar. La sorpresa y curiosidad que le provocó esta reacción le proporcionó una distracción extraordinariamente eficaz contra el dolor. Mientras yacía en el suelo recordó un breve poema de Nguyen Chi Thien que había leído años atrás, en el que el poeta explicaba su silencio cuando había estado sometido a tortura. Nguyen, prisionero del régimen comunista vietnamita durante veintiséis años, había escrito un libro de poesía autobiográfico titulado *Flores del Infierno*. Decker recordaba uno en especial.

*Permanezco en silencio mientras me torturan,  
y aun me enloquece el dolor bajo el hierro candente.  
Contad a los niños cuentos de heroica fortaleza.  
Yo sigo en silencio y pienso:  
«Quien en los bosques encuentra bestias salvajes,  
¿acaso osa gritar implorando su gracia?»<sup>[31]</sup>*

Algunas horas después, Decker se despertó en un charco de sangre coagulada al que había quedado pegado por la oreja. Al intentar liberarse sintió como la costra empezaba a rasgarse. Sabía que no podía quedarse allí tumbado. Si no se movía, lo harían por él los secuestradores, y ellos no iban a andarse con delicadezas. Durante las tres horas que siguieron, Decker dejó que su saliva se deslizase por la mejilla y de

ahí al suelo a fin de fluidificar la sangre seca. Cuidadosamente liberó su oreja, aunque no sin derramar algo de sangre fresca.

\* \* \*

Ahora, después de tantos meses, los mayores problemas de Decker eran el aburrimiento y la depresión que le causaban tanta impotencia, desesperación e ira. Hacía mucho tiempo había leído algo sobre un prisionero de guerra norteamericano en Vietnam que había combatido el aburrimiento y mantenido la cordura jugando de memoria cada día una partida completa de golf, pero Decker no había tenido nunca tiempo para practicar deporte. Era como si durante los últimos veintitrés años no hubiese hecho otra cosa que escribir y leer.

Durante un tiempo intentó recordar todos los artículos que había escrito en su vida. Luego se le ocurrió releer novelas de memoria. Cuando no recordaba cómo seguía el argumento se lo inventaba.

Un buen día empezó, como Nguyen Chi Thien, a componer poemas. En silencio recitaba cada verso una y otra vez para asegurarse de que no lo olvidaría. En su mayoría eran poemas para Elizabeth.

*Momentos perdidos que creí duraderos;  
promesas rotas, irremediables;  
sueños de días de un pasado malgastado;  
días de sueños que no acaban jamás.  
Noches y días, infinitos y desdibujados,  
muros cenicientos y gris el color,  
dolor y pérdida apenas sobrellevo,  
mi cuerpo de sucios andrajos cubierto.  
He malgastado tanto tiempo ajeno,  
tantas palabras hermosas sin pronunciar, mi tesoro.  
Y ahora camino sobre las olas de este lago infinito  
de lágrimas no derramadas por lo que quedó sin hacer.*

Muchos son los pensamientos que asaltan a un hombre aislado durante tanto tiempo y Decker creía que ya los había agotado. A menudo pensaba en su hogar, en Elizabeth y las dos niñas. Era tanto lo que se había perdido por anteponer siempre el trabajo a todo lo demás. Y ahora cabía la posibilidad de que, de nuevo por culpa del trabajo, no volviera a verlas nunca más. Tantas ocasiones y oportunidades perdidas.

Tumbado sobre la alfombrilla del cuarto, iluminado sólo por la luz que se filtraba a través de las grietas de la ventana tapiada, le pareció extraño y casi dolorosamente divertido que siempre hubiese llamado a su mujer Elizabeth y no Liz o Lizzy o Beth.

No es que fuera demasiado seria para llamarla con un diminutivo. Es que le pareció que no habían pasado juntos tiempo suficiente para alcanzar esa familiaridad.

## SUEÑA CONMIGO

DOS AÑOS Y TRES MESES DESPUÉS. EN ALGÚN LUGAR DEL NORTE DEL LÍBANO

—Señor Hawthorne.

—Señor Hawthorne.

—Despierte, señor Hawthorne, es hora de irse.

Decker abrió los ojos y miró a su alrededor. Al retorcerse para cambiar el peso de lado y poder incorporarse, las cuerdas que le araban manos y pies se le deslizaron como un par de guantes y de zapatos demasiado grandes.

—Es hora de irse, señor Hawthorne —oyó que decía de nuevo la voz de un joven.

Decker se frotó los ojos y se volvió hacia el lugar de donde procedía la voz. Allí, en el vano de la puerta ahora abierta de su cuarto estaba Christopher Goodman. Había cumplido ya los catorce y era mucho lo que había crecido desde la última vez que le vio.

—¿Christopher? —preguntó Decker totalmente desconcertado ante tan inesperado giro de los acontecimientos.

—Sí, soy yo, señor Hawthorne —respondió Christopher.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Decker incrédulo y confuso.

—Es hora de irse, señor Hawthorne. He venido a buscarle —dijo Christopher sin intención aparente de ofrecerle más explicaciones.

Christopher salió del cuarto y le hizo una señal para que le siguiera. Decker levantó los cincuenta y dos kilos en los que se había quedado y siguió a Christopher fuera de la habitación en dirección a la puerta principal. A mitad de camino vaciló. Intentó recordar, se olvidaba de algo muy importante, algo que no podía dejar atrás.

—¡Tom! —dijo de repente—. ¿Dónde está Tom? —se preguntó recordando al amigo que no había vuelto a ver desde que los trasladaran al Líbano.

Christopher vaciló y luego levantó el brazo lentamente y señaló hacia otra puerta. Decker la abrió con sigilo, atento a cualquier señal que le advirtiera de la presencia de los secuestradores. No había ni rastro de ellos. En el interior, Tom estaba tumbado sobre una alfombrilla idéntica a la que él había usado durante casi tres años para dormir, sentarse, comer... vivir, en definitiva. Tom yacía de cara a la pared. Decker entró y empezó a desatar las cuerdas que ataban los pies de su amigo.

—Tom, despierta. Nos vamos de aquí —le susurró.

Tom se incorporó y miró a su libertador. Durante un instante se quedaron los dos allí quietos, mirándose fijamente a los ojos. Por fin, Decker consiguió desviar la mirada y se puso a desatar las manos de Tom. No se había visto en un espejo durante todo este tiempo de cautiverio, y aunque sí podía ver su cuerpo descarnado, no se había vuelto a ver el rostro, allí donde más evidentes eran los efectos del cautiverio.

Ahora el rostro de Tom le reveló el estado tan lamentable en el que estaban ambos y fue tanto el dolor y la compasión que sintió por su amigo que tuvo que apartar la vista para no llorar.

Una vez fuera del piso, Decker y Tom recorrieron el pasillo con cautela deseando no ser descubiertos. Christopher, en cambio, marchaba delante de ellos en lo que les pareció una actitud despreocupada y ajena a la gravedad de la situación. Bajaron tres tramos de escaleras, en cuyos escalones se apilaban basura y restos de escayola y de cristales rotos. Seguía sin haber ni rastro de los secuestradores. Al salir al exterior, la brillante luz del sol golpeó el rostro de Decker, que cerró los ojos ante su calidez y resplandor.

Cuando los volvió a abrir, seguía en su cuarto vacío. El sol de la mañana dibujaba en su rostro las grietas de la ventana tapiada por las que penetraba al interior. Había estado soñando.

Decker solía soñar con su familia. Al despertar, cerraba de nuevo los ojos para aferrarse un momento más a los vestigios de la ilusión. Era todo lo que tenía. Pero este sueño había sido una curiosa evasión.

Decker volteó el cuerpo y apoyó la espalda. Al retorcerse para cambiar el peso de lado y poder incorporarse, las cuerdas que le ataban manos y pies se le deslizaron como un par de guantes y de zapatos demasiado grandes.

Sacudió la cabeza; ¿seguía soñando? Sin perder un minuto en pensar más en ello, se puso de pie de un salto. La puerta no estaba cerrada con llave, así que abrió sigilosamente una rendija para echar un vistazo al piso. Todo era como en el sueño. Allí no había nadie más. Se acercó con cautela hasta la habitación donde en el sueño había encontrado a Tom. Decker había ignorado hasta entonces dónde estaba Tom; ni siquiera sabía si estaba vivo, pero miró en el interior y allí estaba su amigo.

Unos instantes después, Decker y Tom recorrían el pasillo y bajaban las mismas sucias escaleras. Cuando salieron del edificio, Decker protegió sus ojos con la mano anticipándose al sol. Nada de aquello tenía sentido, pero si era un sueño, esta vez no quería despertar.

Los dos hombres se alejaron de portal en portal, de edificio en edificio, ocultándose de la vista allí donde era posible. Avanzaron por la calle sin ver a nadie; era como una ciudad fantasma. Decidieron alejarse de sus secuestradores lo máximo posible y luego esperar a que cayera la noche para continuar. Sólo estaban seguros de que tenían que dirigirse hacia el sur, esperaban que allí estuviera Israel. Desconocían qué distancia les separaba de la frontera, pero bastó una mirada cómplice y callada para jurarse que era mejor morir antes que caer presos de nuevo.

Cuando estuvieron a una distancia segura, Decker contó a Tom el extraño sueño que había tenido, aunque no le habló del peculiar origen de Christopher. Luego se arrepintió y obligó a Tom a prometer que no se lo contaría a nadie.

\* \* \*

Durante las tres noches siguientes, Decker y Tom se abrieron camino hacia el sur. Siempre que les era posible, abandonaban las carreteras y se alejaban de las zonas pobladas. Aquella noche habían partido temprano, aproximadamente una hora antes de la puesta de sol. Decker sabía que se les agotaba el tiempo. No pasaría mucho tiempo antes de que la debilidad les impidiera continuar el viaje. Su dieta se limitaba a lo que conseguían cazar, en su mayor parte insectos. El primer día de huida habían encontrado un pequeño perro salvaje, al parecer muerto por otro animal, pero lo habían tenido que abandonar a regañadientes pensando que llevaba demasiado tiempo muerto para servirles de alimento. Ahora se arrepentían de la decisión.

Justo antes de que cayera la noche, Tom y Decker llegaron a una carretera muy transitada, situación por lo que decidieron ocultarse entre los matorrales de una pradera hasta avanzada la noche, momento en que esperaban disminuyera el tráfico y poder cruzar sin ser vistos. Caída la noche, el tráfico apenas había aflojado, aunque ocasionalmente el paso entre uno y otro vehículo se espaciaba varios minutos. La carretera era recta y llana, de manera que podían ver varios kilómetros de trazado en ambas direcciones. Pasaron varios camiones y luego pareció abrirse un hueco. Los vehículos más próximos se acercaban por el este, a unos cuatro kilómetros.

Decker y Tom se pusieron en marcha rápidamente. Al alcanzar el pequeño talud sobre el que descansaba la carretera, les pareció que cruzar iba a ser coser y cantar. Luego, inesperadamente, a media subida, Decker sintió un tirón en la pierna. Miró hacia abajo y vio que se le había enganchado el pantalón en una alambrada. Al tirar para liberarse, los pinchos se le clavaron en la pierna, cayó y metió la otra pierna en la alambrada.

Tom ya había salido a la carretera cuando oyó que Decker le llamaba. Acudió de inmediato a ayudarlo, pero los segundos pasaban y no había más remedio que reconsiderar la situación. La siguiente tanda de vehículos estaba ya muy cerca. Parecía que la única elección que les quedaba era tumbarse contra el suelo lo más quietos posibles y esperar que la ligera pendiente de la carretera les ocultara de los faros de los vehículos que pasaban.

Tom se tumbó boca abajo junto a Decker y contuvieron la respiración. Tenían a los vehículos casi encima, pero iban mucho más lentos de lo que Decker había pensado. Al pasar el primer camión, Tom hizo un brusco movimiento y antes de que Decker pudiera detenerle, había invadido la carretera corriendo agitando los brazos. «Se acabó», pensó Decker.

El siguiente camión se detuvo a escasos metros de Tom. De la parte de atrás bajaron varios hombres de uniforme, los rifles calados, que rodearon y apuntaron a Tom. Otro grupo rodeó a Decker, que seguía tirado en el suelo. Decker se puso lentamente boca arriba y miró a los hombres. Llevaban un casco de color azul claro con un emblema de hojas de olivo abrazando un globo terráqueo. Era el mismo emblema que lucían las banderitas de las antenas y que aparecía pintado en las



puertas de cada uno de los vehículos; el emblema que Tom había visto en el primer camión. Decker lo reconoció de inmediato. Aquellos eran hombres de la FPNUL, la Fuerza Provisional de Naciones Unidas en el Líbano.

\* \* \*

Aquella noche, Tom y Decker pudieron darse una ducha, vestir ropa limpia y dormir en camas de verdad. Sus estómagos no podían aceptar mucha comida, pero antes de quedarse dormidos en las dependencias de la base de la ONU, se tomaron cada uno dos rebanadas de pan y media taza de caldo de carne.

A la mañana siguiente les invitaron a desayunar con el comandante sueco del destacamento.

—He leído el informe del convoy que les recogió anoche —dijo el comandante mientras atravesaban la base a pie en dirección al comedor de campaña—. Ese convoy que detuvieron transportaba a un invitado muy especial. De ahí que mis hombres reaccionaran como lo hicieron, pensaron que ustedes podrían pertenecer a Hezbollah. A ese grupo de tarados le encantaría ponerle las manos encima a alguien como el embajador Hansen.

Durante el desayuno les fue presentado el invitado especial del comandante, el embajador británico ante la ONU, Jon Hansen. Éste se mostró muy interesado en el relato de su captura y huida, que ellos contaron con gusto, aunque ninguno de los dos mencionó el sueño con Christopher. Concluido el desayuno, se les trasladó al edificio de comunicaciones de la base. La base de la ONU disponía de una línea telefónica directa vía satélite con Estados Unidos que se utilizaba principalmente para comunicar con la sede central de Naciones Unidas en Nueva York. Tom no tenía familiares próximos, así que insistió en que Decker fuera el primero en llamar.

Apenas pasaban unos minutos de la una de la madrugada en Washington cuando sonó el teléfono. Decker lo escuchó sonar dos veces más. Medio sumida en un profundo sueño, Elizabeth Hawthorne descolgó el teléfono.

—¿Diga? —musitó todavía con los ojos cerrados.

Decker escuchó el dulce sonido de su voz adormilada.

—Hola, cariño. Soy yo —dijo al tiempo que le empezaban a correr lágrimas por las mejillas.

Elizabeth se sentó de un salto en la cama.

—¡Decker! ¿Eres tú?

El amor que percibió en su voz volvió a llenarle los ojos de lágrimas y apenas podía respirar cuando contestó.

—Sí, soy yo.

—¿Dónde estás? —preguntó precipitadamente—. ¿Estás bien?

—Estoy en el Líbano, en la base de Naciones Unidas. Tom está conmigo. Estamos bien. Hemos conseguido escapar.

—¡Gracias a Dios! —dijo ella—. ¡Gracias a Dios!

—Nos van a llevar a un hospital de Israel para hacernos un chequeo y tenernos en observación. ¿Por qué no cogéis un avión y os venís a Israel ya mismo?

—¡Sí! ¡Claro! —dijo Elizabeth enjugándose las lágrimas.

—¿Cómo están Hope y Louisa? —preguntó.

—Están bien, están bien. No se lo van a creer cuando les diga que has llamado. Dirán que estaba soñando. ¿No estoy soñando, verdad?

—No —contestó Decker con voz tranquilizadora—. No estás soñando.

—¿Quieres hablar con ellas? —preguntó. Su voz denotaba excitación y nerviosismo. Su cabeza iba a cien por hora. Quería preguntarlo todo, decirlo todo, hacerlo todo a la vez.

—No, ahora no. Tenemos que irnos dentro de poco y no voy a tener tiempo de hablar mucho con ellas, además Tom quiere llamar a un primo o a un tío suyo, no estoy seguro.

—¿Cómo está Tom?

—Está bien. Estamos bien. Sólo dile a Hope y a Louisa que las quiero y que tengo muchas ganas de verlas. ¿Lo harás?

—¡Pues claro! —dijo ella. Entonces se le ocurrió que no sabía a qué parte de Israel los llevaban—. ¿Dónde estarás? ¿En qué hospital?

—Lo siento, Elizabeth. No conozco los detalles, pero no quería esperar a llamarte.

—No pasa nada. Está bien —dijo antes de pararse a pensar un momento—. Las niñas y yo cogemos el próximo vuelo que salga para Israel. Cuando estés en el hospital, llama a Joshua e Ilana y diles dónde estás. Cuando llegue les llamaré para que me den el recado.

—¿Joshua e Ilana? —preguntó Decker sorprendido ante la aparente familiaridad—. ¿Te refieres a los Rosen?

—Pues claro, Decker. Me han ayudado y apoyado mucho mientras no estabas. Son maravillosos. Apunta su número de teléfono.

Decker lo anotó.

—Ahora tengo que dejarte —dijo, y a continuación hizo una pausa para asegurarse de que ella le oía bien—: Te quiero —dijo suavemente pero con toda claridad.

—¡Te quiero! —contestó ella.

\* \* \*

El comandante sueco dispuso que dos camiones y una patrulla de hombres armados escoltaran a Decker y Tom los ciento veinte kilómetros que les separaban de la frontera con Israel. Desde allí serían las fuerzas de seguridad israelíes las encargadas de trasladarlos a un hospital en Tel Aviv. Pero el embajador Hansen tenía

otros planes. Hansen era un buen político e intuyó una oportunidad perfecta para hacerse buena publicidad. Después de todo, había sido su convoy el que los había rescatado.

A su llegada a Israel, los recibió un grupo formado por periodistas de cuatro agencias internacionales de noticias que habían sido convocados por el ayudante del embajador Hansen desde el Líbano. Había más periodistas en el hospital de Tel-Hashomer en Tel Aviv. Hansen contestó personalmente a las preguntas de la prensa «para desahogar un poco a los chicos», había dicho. Permitted que la prensa tomara unas cuantas fotografías de Tom y Decker, en las que curiosamente consiguió salir en una posición destacada. A Tom y a Decker no les importó demasiado. Habían hablado y bromeado con él durante el viaje desde el Líbano hasta Tel Aviv. Les caía bien Hansen, era «un tipo simpático». Además era político, y hacerse publicidad era parte de su trabajo. No podían más que estar felices por ser libres de nuevo.

Una vez hubieron ingresado en el hospital, Decker telefoneó a los Rosen. Se sentía más recuperado, así que decidió bromear un poco.

—Joshua —dijo como si nada extraordinario hubiese ocurrido—, soy Decker. ¿Qué ha sido de tu vida últimamente? No se te ha visto el pelo.

—Eso no te va a servir de nada, Decker Hawthorne —contestó Rosen—. Ya me he enterado de todo. Elizabeth nos llamó para darnos la buena noticia tan pronto consiguió los billetes de avión. Además, llevas en la tele toda la tarde.

Decker rió con ganas.

—¿Cuándo llega?

—Espera un segundo. ¡Ilana! —dijo Rosen llamando a su mujer—. Tengo a Decker al teléfono, ¿a qué hora dijo Elizabeth que llegaba su avión?

Hubo una pausa. Ilana aprovechó la mala memoria que tenía su marido para estas cosas y le arrebató el teléfono.

—Hola, Decker —dijo—. ¡Bienvenido a casa!

—Gracias, Ilana. Es agradable volver a casa —contestó refiriéndose a estar en cualquier lugar lejos del Líbano.

—Te he visto en la tele —dijo ella—. Estás en los huesos.

—Sí, bueno, no me gustaba el menú.

—Pues ya sabes, yo preparo uno de los mejores caldos de pollo del mundo.

—Venga, dile a qué hora llega Elizabeth —oyó Decker que decía Joshua de fondo.

—Ah, sí. El avión llega mañana a las once y treinta y seis. No te preocupes por nada. Joshua y yo las recogeremos a ella y a las niñas en el aeropuerto y las llevaremos al hospital. Y si quieres —dijo haciendo un aparte—, te llevo un poco de mi caldo de pollo. Me han dicho que la comida del hospital es horrorosa.

Decker agradeció tanta amabilidad.

—Claro que sí, Ilana. Seguro que está buenísima.

A continuación llamó a la oficina del *News World* en Washington, donde eran las

nueve de la mañana, y pidió que le pasaran con su editor, Tom Wattenburg. Estaba preparado para decir «qué pasa, Tom, aquí Decker. ¿Alguna llamada para mí?», cuando la operadora le comunicó que Tom Wattenburg se había jubilado y que le había sustituido Hank Asher.

—Hank —dijo Decker cuando Asher se puso al teléfono—, no me digas que te han promocionado antes que a mí.

—Bueno, si aparecieras por la oficina de vez en cuando —contestó Asher con una risita—. Y, por cierto, tengo que echarte la bronca. Me levanto esta mañana y ¿con qué me encuentro? Pues con tu feo careto en el *Today Show*. ¿Así que llamáis a la NBC y ni se os ocurre avisar a vuestra propia revista? Y otra cosa, cuando te fuiste te llevaste la llave del hotel y tuve que pagar la copia de mi bolsillo: me debes cuatro pavos.

—Oye, que nosotros no llamamos a la NBC —alegó Decker en su defensa—. Ahora en serio, ¿el *Today Show*?

—Sí. Me parece que salís en todas partes —contestó Asher intentando sonar molesto—. Bueno, por lo menos mencionaron que trabajáis para *News World*.

Lo cierto era que aquello era una magnífica publicidad para *News World*; la revista iba a batir todos los récords de ventas con la edición que Asher tenía proyectado dedicar al artículo en primera persona que Tom y Decker iban a escribir sobre su secuestro.

#### TEL AVIV, ISRAEL

A la mañana siguiente, mientras se afeitaba y se cepillaba los dientes ante el espejo, Decker examinó su rostro. Se estaba acostumbrando a aquel aspecto esquelético, pero ahora pensaba en Elizabeth. ¿Cómo reaccionaría? Lo importante era que estaba a salvo; en unos meses habría recuperado su estado físico. Lo mejor era concentrarse en lo bueno. Lo que ya nunca volvería a ser lo mismo era lo que sentía por ella. La amarga verdad era que su aislamiento le había llevado a amarla como nunca lo habría hecho si nada hubiera ocurrido.

Era posible que debido a su vuelo Elizabeth no lo hubiese visto en la televisión, así que cuando entrara por la puerta del hospital dentro de unas pocas horas, le estaría viendo por primera vez. Al terminar de cepillarse los dientes, Decker se fijó en una caja de algodones estériles que le inspiraron una de aquellas locas ocurrencias que solía tener. Se rellenó los carrillos con algunas bolas de algodón y observó el efecto en el espejo. Parecía que tenía paperas, y a punto estuvo de tragarse una bola de algodón de la risa que le entró. Era una suerte que aquellas ideas sólo se le ocurrieran cuando estaba solo.

No obstante, había algo de lo que estaba seguro: no quería que cuando llegara Elizabeth le viera con el pijama del hospital. Intentó engatusar a una enfermera para que le hiciera unas compras, pero fue inútil. Entonces se acordó de Hansen. Les debía

un favor por tanta publicidad, así que telefoneó a la embajada británica. Esta vez tuvo más suerte que con la enfermera. Hansen le envió dos asistentes y un sastre de la zona, que se encargó de tomarles las medidas a él y a Tom. Después de encargarse de realizar unas compras rápidas en Polgat's en Ramat Alenby, una elegante tienda de ropa de caballero, los asistentes regresaron al hospital con los trajes, el sastre y una máquina de coser, y el sastre se los arregló allí mismo.

Cuando llegó Elizabeth, Decker y Tom estaban sentados en el vestíbulo del hospital tomando un té y leyendo la edición inglesa del *Jerusalem Post*. Parecían salidos de un exclusivo club inglés, y su actuación no desmereció en absoluto su aspecto de caballeros. La broma funcionó hasta que las miradas de Elizabeth y Decker se encontraron. Entonces todo fueron abrazos, besos y lágrimas. A pesar del traje, Elizabeth se percató nada más abrazarlo de la gravedad del estado de Decker. Los huesos de la espalda se le notaban a través de la chaqueta. Instintivamente se dio cuenta de lo que Decker intentaba hacer e hizo un esfuerzo por parecer despreocupada.

Ilana Rosen dejó el termo de caldo y abrazó a Tom. Hope y Louisa abrazaron a la vez a su padre. De alguna forma se fueron fundiendo todos los abrazos hasta convertirse en un gigantesco abrazo. Incluso se unió a ellos Scott Rosen, que había venido acompañando a sus padres.

Al rato se sentaron todos a charlar. Elizabeth junto a Decker, los dos cogidos de la mano y hablando de lo ocurrido durante los tres últimos años. Al otro lado de Decker, Hope y Louisa se turnaban para sentarse junto a su padre. A Decker le impresionó el cambio que habían dado sus hijas. Hope tenía ya dieciséis años y Louisa, once. Nunca hasta entonces se había fijado en lo mucho que las dos se parecían a su madre. Era tanto lo que se había perdido... Decker intentó dejar las lamentaciones a un lado.

Joshua e Ilana presentaron a Tom y Decker a su hijo, Scott, un fornido judío ortodoxo de unos ciento veinte kilos, metro noventa, barba y una espesa pelambreira de pelo negro rizado. La familia Rosen había limado muchas diferencias durante los últimos tres años.

Todos querían saber cómo Tom y Decker habían escapado y cómo había sido su cautiverio. Tampoco esta vez mencionaron el sueño. La conversación derivó un poco después al asunto de qué hacían en el Líbano cuando los secuestraron. Hasta ese momento, nadie sabía que habían sido secuestrados en Israel y trasladados a escondidas al otro lado de la frontera. Todos daban por sentado que habían entrado en el Líbano tras alguna noticia y que los habían secuestrado mientras estaban allí.

Al conocer la verdad, Scott Rosen les preguntó si habían comunicado los detalles a las autoridades israelíes. No lo habían hecho, pero estuvieron de acuerdo en llamar a la policía algo más tarde ese mismo día. Scott no quería que esperaran. Insistió en que llamaran a la policía de inmediato y cuando le dijeron que la cosa podía esperar, Scott se puso furioso.

—Muy bien, pues les llamaré yo de vuestra parte —dijo indignado mientras se

levantaba y salía en busca de un teléfono.

Ilana Rosen, cada vez más avergonzada, se disculpó.

—Lo siento de veras, Decker, Tom —dijo—. Es que es tan fiel a sus creencias que no hay nada que pueda interponerse entre Dios e Israel.

—¿O acaso va primero Israel y luego Dios? —interrumpió su marido.

Ilana comprendía la exasperación de su marido.

—Cuando los palestinos volaron el muro occidental, Scott se puso como loco —dijo ella—. Quería que juzgaran a todos y cada uno de los palestinos de Israel.

—Quería hacer cosas mucho peores y lo sabes —la interrumpió Joshua de nuevo, ganándose esta vez un buen pellizco de Ilana en la pierna. A pesar del pellizco, o más bien por él, continuó—: Si no llega a estar con nosotros cuando ocurrió, pensaría que fue uno de los que atacaron la cúpula de la Roca después.

—¿Qué?! —saltaron Decker y Tom al unísono.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —añadió Tom.

—¿Tenía *News World* algún equipo aquí para cubrir la noticia? —preguntó Decker.

—¡Oh, vamos, papá! —dijo Hope resaltando lo absurdo de la pregunta.

—Justo una semana después de que el muro fuera destruido —explicó Joshua—, un grupo de unos cuarenta israelíes atacó la cúpula de la Roca. Mataron a dieciséis guardas musulmanes y sacaron a toda la gente de la mezquita antes de colocar los explosivos. La destruyeron por completo. Hay quienes acusan a la policía de haber participado en la conspiración, porque cuando llegaron, los terroristas israelíes habían huido.

Con su inflexión en la palabra «terroristas», Rosen expresaba claramente su repugnancia. No le gustaban los terroristas, fueran del bando que fueran.

—Pasamos unos meses terribles —dijo Ilana—. En Israel estamos acostumbrados a todo, pero no podéis imaginar la cantidad de coches bomba y atentados suicidas. Las medidas de seguridad eran increíbles. Yo no podía ir de casa al mercado sin atravesar varios controles.

Joshua tomó el relevo.

—Hubo protestas multitudinarias, y los países árabes amenazaron con declarar la guerra a Israel. No han llegado a tanto, por lo menos no todavía, pero ese atentado ha hecho más por la unidad de los países árabes que ninguna otra cosa en los últimos sesenta años. Incluso Siria e Irak han reanudado sus relaciones diplomáticas.

El tono con el que Joshua pronunció aquel «por lo menos no todavía» le sonó siniestro y Decker no quiso pasarlo por alto.

—¿Ha ocurrido algo últimamente? —preguntó.

—Las aguas volvieron a su cauce algo después —empezó Joshua—. Los árabes querían reconstruir la mezquita, y en Israel muchos deseaban que se volviera a levantar el Templo. Durante dos años y medio la zona ha permanecido vallada y la entrada, prohibida a judíos y a árabes, pero hace tres meses, después del

nombramiento de Moshe Greenberg como primer ministro...

—¿Primer ministro? —le interrumpió Decker—. ¿Quién, ese radical?

—Que Scott no te oiga decir eso —le dijo Rosen—. El caso es que Greenberg ya no parece tan radical como nos podía haber parecido en el pasado. Ahora se le considera casi moderado. No tanto porque haya cambiado, sino porque el país ha dado un giro a la derecha como consecuencia de las continuas amenazas de nuestros vecinos árabes. Pero como os decía, hace tres meses, nada más ser elegido primer ministro, Greenberg anunció que Israel comenzaría de inmediato la reconstrucción del Templo.

—¡Vaya! Me sorprende que los árabes no os hayan declarado todavía la guerra.

—Los árabes nunca han dejado de estar en guerra con nosotros —contestó Rosen—. Pero sí, tienes razón. Están indignados. Pero puesto que nunca han derrotado a Israel en una guerra abierta, los países árabes prefieren los atentados terroristas. Uno de los efectos de los años de la Guerra contra el Terrorismo es que mientras Estados Unidos se ocupaba de controlar y someter a quienes apoyan al terrorismo, políticamente le ha dado alas a Israel para detectar y destruir a sus propias células terroristas. Así que mientras los países árabes no estén dispuestos a declarar la guerra abierta, es poco lo que pueden hacer. Incluso los sirios tienen tropas concentradas cerca de la frontera con Israel, y siempre hay rumores sobre un gran ataque terrorista aquí o en algún otro lugar del mundo.

—¿Y qué hay del Templo? —preguntó Tom.

—Bueno, se trata de una empresa ciclópea, como podrás imaginar. Se retiraron todas las piedras de los restos del muro occidental y de los viejos escalones que se habían excavado. Aprovecharán lo que puedan y el resto se exhibirá en un museo o algo así. Excavaron los túneles, pero no encontraron más que algunas piezas sin relevancia —contestó Rosen.

—Supongo que eso respalda su teoría de que los templarios se lo llevaron todo y el Arca de la Alianza está en Francia —dijo Tom—. Entonces, ¿cuánto falta para que se complete el Templo?

—Está previsto que se termine dentro de cuatro años. Eso siempre que no estalle la guerra...

—Bueno, ya está bien de tantas noticias y tanta política —interrumpió Ilana Rosen mientras pellizcaba de nuevo a su marido en la pierna—. A lo mejor le apetece a Elizabeth hablar un rato.

Joshua se quedó pensando un instante.

—Ah, sí, claro, por supuesto —dijo Joshua como si de repente se hubiera acordado de su parte en alguna trama con Ilana y Elizabeth—. Sí, bueno, a lo mejor Elizabeth tiene... esto... algo que contar.

—Vamos, querida —dijo Ilana animándola.

Decker concentró toda su atención en lo que Elizabeth tenía que decir.

—Decker, mientras no estabas, bueno, ya sabes que Hope, Louisa y yo hemos

pasado mucho tiempo con Joshua e Ilana. Nos han prestado todo su apoyo. No creo que hubiésemos podido soportar esto sin ellos. Y, bueno, sólo te quería decir que mientras no estabas, pues que yo, bueno, que las niñas y yo...

En este momento regresó Scott Rosen flanqueado por dos detectives de paisano. Querían la dirección de la casa donde Tom y Decker habían sido secuestrados y la querían ya. También querían las descripciones de los secuestradores, y todos los detalles que Tom y Decker pudieran recordar. El anuncio de Elizabeth tendría que esperar.

\* \* \*

La policía se fue dos horas después. Scott Rosen les siguió en un taxi hasta la estación para indicarles cómo tenían que hacer su trabajo. Joshua e Ilana se habían llevado a Hope y Louisa a comer algo, y Tom dormía profundamente en un sillón. Decker y Elizabeth estaban por fin solos.

—Te he echado de menos —susurró Decker mientras abrazaba a su esposa.

—Te he echado de menos —respondió ella.

—No sabía lo mucho que significas para mí hasta que he dejado de tenerte. Pensaba en ti a todas horas. Constantemente. Cuando volvamos a casa, le voy a decir a Hank Asher que no pienso aceptar ni un solo trabajo que requiera estar lejos de casa más de tres días.

Al caer la noche, salieron y se sentaron bajo las estrellas. Elizabeth escuchaba en silencio, estrechando contra el suyo el cuerpo consumido de su marido mientras él le recitaba la poesía que había compuesto para ella aquellos tres últimos años.

\* \* \*

Dos días después informaron a Decker de que le darían el alta a la mañana siguiente. Se acercaba Rosh Hashaná, el año nuevo judío, y el hospital quería reducir su ocupación lo máximo posible antes de los diez días sagrados del Tishrei. Sin embargo, Tom había desarrollado varios problemas de espalda y de riñón durante el cautiverio y debía permanecer en observación y realizarse más pruebas. Esa noche Decker pudo salir del hospital para cenar, y él y Elizabeth compartieron una cena romántica a la luz de las velas en la antigua Jaffa.

—Elizabeth —dijo Decker aprovechando un silencio durante la cena—, estoy seguro de que te acuerdas de todas las ocasiones en las que he repetido que nunca he llegado a sentir un lugar como mi hogar. Supongo que será porque he vivido en muchos sitios diferentes.

Elizabeth permaneció en silencio y asintió con la cabeza. Decker alargó el brazo sobre la pequeña mesa y colocó su mano sobre la de ella. Con la mano derecha



acarició lentamente la suave curva de su rostro.

—En estos tres años decidí que si alguna vez regresaba a casa contigo, ése sería mi hogar. Cuando volvamos a Maryland, vamos a convertir ése en nuestro hogar, con todo lo que ello significa y cueste lo que cueste.

De los ojos de Elizabeth brotó una única lágrima. Desde que la telefoneó desde la base de Naciones Unidas y supiera que había vuelto, Elizabeth había tenido los sentimientos a flor de piel. Llevaba días conteniendo las lágrimas. Ahora, la inexplicable intensidad de los sentimientos de Decker fue la gota que colmó el vaso y rompió a llorar.

\* \* \*

Después de cenar permanecieron un rato sentados a la mesa charlando. No hablaron del tiempo que habían estado separados, sino de los buenos tiempos que habían pasado juntos años atrás. Mientras hablaba Elizabeth, Decker la contemplaba con admiración, atento a cada uno de sus movimientos. Elizabeth observó divertida tanta atención.

—Decker —le susurró con fingido embarazo—, es como si me desnudases con la mirada.

—Oh —contestó él con una sonrisa y los ojos brillantes—, de eso hace rato.

Decker se sentía mucho mejor.

#### DERWOOD, MARYLAND

La familia Hawthorne aterrizó temprano en el aeropuerto de Dulles, a las afueras de Washington, y les sorprendió encontrar una limusina esperando; todo cortesía de Hank Asher. Durante los tres días que siguieron, Decker, Elizabeth, Hope y Louisa dedicaron el tiempo a conocerse de nuevo. Compraron cangrejos en Vinnie's Seafood y se fueron a comer a un pequeño parque que conocían en las esclusas del canal Chesapeake-Ohio. Otro día se quedaron en casa de charla y prepararon bistecs en la barbacoa. También salieron de compras y dieron una vuelta en coche por la ciudad para que Decker volviera a familiarizarse con todo. Hicieron cuanto les apetecía.

Hacia las doce del tercer día sonó el teléfono y Decker contestó. Era el profesor Goodman.

—Decker, tenemos que hablar —dijo Goodman con una urgencia que a Decker le pareció algo exagerada.

—Claro, profesor. Además me interesaría seguir con la noticia esa de la que hablamos. ¿Qué tal dentro de un mes o así? Después de pasar tres años secuestrado, incluso «la noticia más importante desde que Colón descubrió América» puede esperar unas semanas más.

—Tiene que ser antes —la voz de Goodman no revelaba que éste estuviera al

tanto del tiempo que Decker había pasado secuestrado.

—Bueno, no estoy en forma para hacer un viaje tan largo —contestó Decker—. Acabo de regresar después de pasar tres años en un cuartucho en el Líbano y creo que me lo voy a tomar con calma un tiempo.

—Sí, ya me he enterado de todo —dijo Goodman—. De hecho, *leo* los periódicos, ya lo sabes. Pero no tienes que ir a ninguna parte. Martha y yo estamos en Washington. Es más, estamos en Derwood, en el restaurante alemán que hay a dos manzanas de tu casa.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Decker sorprendido.

—He venido a dar una conferencia en un congreso científico. Martha no había estado nunca en Washington e insistió en acompañarme. Christopher en casa de un amigo del colegio. Bueno, entonces, ¿podemos pasarnos por ahí o no?

Decker consultó a Elizabeth un momento y finalmente aceptó que los Goodman se pasaran por allí, aunque Decker insistió al profesor que prometiera que el asunto no iba a ocuparles más de una hora. Harry y Martha Goodman llegaron a los pocos minutos. Elizabeth no conocía a Martha Goodman y ambas se sentían algo incómodas: la señora Goodman, por imponer su presencia y Elizabeth, por que se la impusieran. El profesor Goodman dejó claro que el asunto que le traía sólo atañía a Decker, así que Elizabeth invitó a la señora Goodman a salir a dar un paseo con ella y las niñas.

Tan pronto se hubieron ido, Goodman empezó a hablar.

—Te ruego disculpes esta intrusión pero no es por mí por lo que estoy aquí. Hay miles de periodistas más ahí afuera a los que les encantaría conseguir una exclusiva sobre lo que te voy a contar.

—Claro —dijo Decker—. Es sólo que de verdad necesito pasar algún tiempo con mi familia.

—Lo comprendo. Pero lo que estás a punto de saber cambiará el mundo para siempre. Te ruego que me disculpes, pensaba que te interesaría —añadió Goodman con melifluo sarcasmo.

Decker sintió como su irrefrenable curiosidad, en letargo durante tres años, se agitaba en lo más profundo de su ser.

—No quiero molestarte más de lo estrictamente necesario —dijo Goodman—, así que te dejaré una copia de mis anotaciones para que las examines más tarde. Ahora te haré sólo un breve resumen.

Decker rescató un cuaderno de hojas amarillas sin estrenar y Goodman empezó.

—Antes de nada. La última vez que hablamos discutimos sobre la metodología que empleé para crear los anticuerpos contra el cáncer de origen vírico, ¿recuerdas que te dije que era probable que funcionara también con el sida y otras enfermedades víricas? Pues bien, he continuado investigando en esa línea y he conseguido resultados sorprendentes. Pero siendo esta investigación importante, a lo máximo a lo que podía aspirar con esa metodología era a emplear las células C como agentes para

la producción de anticuerpos. Vamos, poco más que montar una fábrica de pastillas. Y claro, yo no quería sólo fabricar pastillas. Aunque éstas curaran el cáncer o el sida, me pareció que era desperdiciar el potencial de las células. Lo que yo quería era hallar la manera de alterar las células de personas vivas para mejorar su sistema inmunológico.

»La idea me consumió durante bastante tiempo. ¿Cómo iba a alterar nunca la estructura genética de cada una de las células del cuerpo humano? En el laboratorio se pueden realizar cambios en unas pocas células. Con las células C, como sabemos, se puede incluso crear un individuo totalmente inmune como Christopher. Pero ¿cómo confieres esa inmunidad a una persona como tú o como yo? El asunto me tuvo totalmente desconcertado durante un tiempo.

Decker escuchaba en silencio, asintiendo cuando era necesario. Goodman le iba a contar su historia a su manera, y lo mejor que podía hacer era escucharle.

—Entonces tuve una idea. Decker, ¿sabes cómo actúa el virus del sida? —Decker pensó que lo sabía de sobra, pero antes de poder contestar, Goodman continuó—: El virus del sida está rodeado de diminutas espigas formadas por glicoproteínas. Estas espigas están insertadas en un envoltorio graso que conforma la membrana exterior del virus. En el interior de este envoltorio están las cadenas de ARN, cada una con una cantidad determinada de enzima transcriptasa inversa. Las espigas permiten a las células del virus unirse a las células sanas del sistema inmunológico, llamadas células T; las primeras interactúan con ciertas moléculas receptoras que existen en la superficie de las células T sanas. La infección se produce cuando el virus es absorbido al interior de la célula sana. Una vez dentro de la célula T, la enzima transcriptasa inversa transforma cada copia de ARN monocatenario del virus en una cadena complementaria de ADN. Las enzimas de la célula duplican la cadena de ADN, y ésta penetra en el núcleo de la célula. ¡Esa cadena se convierte entonces en parte permanente de la estructura genética hereditaria de la célula! —Goodman hizo una pausa esperando la reacción de Decker.

—Muy bien, ¿y qué? —Decker había entendido casi toda la explicación de Goodman pero no acababa de percibir su alcance.

—¿No lo ves? ¡El virus del sida puede alterar la estructura genética de las células vivas y lo hace dentro del cuerpo humano!

De repente, Decker entendió a lo que apuntaba Goodman.

—Me está diciendo que podría retirar el material genético nocivo del núcleo del virus del sida...

—... y reemplazarlo con las cadenas de ADN de las células C que transmiten la inmunidad —dijo Goodman completando la frase de Decker—. Sí, tienes razón, excepto en que las células de los virus no tienen núcleo; sólo tienen centro —Goodman, el eterno profesor, no podía pasar por alto un error sin corregirlo, por poco que éste afectara al asunto central—. De esa forma no es necesario alterar cada una de las células del cuerpo. Podemos conseguir casi el mismo resultado nada más que

con la alteración de las células T.

—Y eso significa... —le urgió Decker.

—¡La inmunidad total! ¡Puede que incluso la inversión del proceso de envejecimiento! ¡Una esperanza de vida de dos, tres, cuatrocientos años, incluso puede que más! —la voz de Goodman revelaba toda la excitación que su reserva de científico le permitía exhibir.

—Entonces, ¿cuándo podrá pasar de la teoría a la práctica?

—Ya lo he hecho —contestó Goodman—. Empecé con ello hace dos años y medio. Durante los seis primeros meses concentré mis esfuerzos en un virus del resfriado. Sentía que era mucho lo que arriesgaba si empleaba el virus del sida, y he de reconocer que los problemas que experimenté con ese virus en mis investigaciones anteriores me desanimaron a volver a tener nada que ver con ello.

—Y el virus del resfriado ¿actúa igual que el virus del sida? —preguntó Decker.

—De forma parecida, sí, aunque el virus del sida es un retrovirus por albergar la enzima transcriptasa inversa que transforma la cadena de ARN en una de ADN. Existen otras diferencias más, pero éstas carecían de relevancia en la primera fase de la investigación. Todo lo que necesitaba era un portador; el medio de llevar la información genética deseada hasta las células T del sistema inmunológico. Llegué a crear una cepa de prueba del virus de segunda generación extremadamente resistente. Claro que, por entonces, seguía experimentando para conseguir aislar las cadenas específicas de ADN de las células C necesarias para ser trasplantadas al virus portador.

»Al avanzar en mis investigaciones, se hizo cada vez más evidente que el virus del sida era el que mejor podía servirme como portador, así que no sin algo de recelo varié el rumbo de la investigación en esa dirección. Fue entonces cuando empecé a hacer auténticos progresos. Piénsalo, Decker. Hace quince años, el sida iba a ser la nueva Peste Negra. ¡Y ahora, en algún momento de la próxima década, es posible que, combinado con las células C, se convierta virtualmente en fuente de inmortalidad!

\* \* \*

Cuando Decker y Goodman concluyeron su charla, Elizabeth, la señora Goodman, Hope y Louisa ya habían regresado del paseo y se habían retirado al patio a tomar un té con hielo. Habían hablado lo suficiente para descubrir que congeniaban. Después de irse los Goodman, Elizabeth le contó a Decker lo mucho que había disfrutado charlando con Martha, cómo ella le había sugerido que acompañara a Decker cuando volviera a Los Ángeles.

—Bueno —dijo Decker satisfecho de que su mujer estuviera tan encantada—, me alegro de que hayas congeniado. Es una persona muy agradable. En cuanto a lo de acompañarme, nada me gustaría más. ¿Y de qué habéis hablado?

—Lo cierto es que más que nada sobre ti y lo maravilloso que es tenerte de vuelta. Pero vamos a ver... Hemos hablado del profesor Goodman. ¿Sabías que le han comunicado que en diciembre le entregarán el Premio Nobel de medicina por sus investigaciones en el campo del cáncer?

—¡Venga ya! —dijo Decker—. ¡Pero si no me ha dicho nada!

—Por eso estaban en Washington. Le han invitado a pronunciar una conferencia en el congreso anual de la American Cancer Society.

—Ya veo que me tengo que poner al día en muchas cosas —dijo Decker—. ¿Y de qué más habéis hablado?

—Bueno, me ha estado contando cosas de su sobrino nieto, Christopher. Está muy orgullosa de él. Al parecer es un chico muy precoz. ¡Ah! Y me ha contado una cosa curiosa. Martha dice que hace dos semanas, ella y el profesor Goodman estuvieron hablando sobre ti. Él tenía que hacer pública una importante noticia —supongo que era eso lo que te ha venido a contar hoy—, pero no quería dársela a ningún otro periodista que no fueras tú, y eso que por entonces seguías secuestrado. Pero, y aquí viene la parte más curiosa, mientras discutían sobre el asunto, Christopher entró y, como quien no quiere la cosa, le dijo al profesor Goodman que esperara porque tú ibas a ser liberado muy pronto. Ella me ha contado que le preguntó al chico sobre esto después y que él le dijo que no sabía cómo lo había sabido; que sólo había sido un presentimiento.

## DESASTRE

Había empezado a llover suavemente y Decker se abría paso con dificultad a través de la alta hierba, intentando evitar en su carrera los cardos y las zarzas silvestres que le salían al paso. Su casa, refugio de la tormenta inminente, quedaba al otro lado de la loma. En su obstinación no cayó en la cuenta de la extraña sensación de estar en el cuerpo menudo de un niño que aún no había cumplido los ocho años.

Por un momento pareciera que los negros nubarrones se disolverían con la misma rapidez con que se habían agrupado. Pero así cayeron las primeras gotas, el estallido de un trueno en la lejanía anunció que aquél iba a ser un diluvio de proporciones bíblicas.

Mientras corría, Decker sintió cómo se le agarrotaba el cuerpo de miedo ante el inevitable giro de los acontecimientos que sabía le iba a sobrevenir. Era como si ya hubiese vivido aquello antes. Había algo en su camino, algo que temer. Pero no podía recordar el qué.

De repente la tierra desapareció bajo sus pies. Las manos batían la nada por encima de su cabeza en un intento desesperado, instintivo, por asirse al espeso y húmedo aire y frenar la caída. Entonces volvió a sentir el contacto con la tierra al golpear con el estómago y el pecho contra un muro de arena. Su cuerpo empezó a deslizarse por una abrupta pendiente que amenazaba con tragárselo. El impacto le había cortado la respiración y no había recuperado todavía el aliento cuando un repentino dolor agudo le recorrió de arriba abajo al rozar su cuerpo contra una serie de salientes irregulares que le rasgaron la camisa lanzándosela sobre la cabeza en su precipitada caída pendiente abajo. Sus manos, frenéticas, consiguieron aferrarse a una maraña de pequeñas raíces que se le escurrió de inmediato pero a la que substituyó otra más sólida y firme. Se quedó agarrado, sobrecogido, inmóvil.

Pasados unos instantes, Decker comenzó a tirar de su cuerpo cuidadosamente hacia arriba, deseando que su asidero resistiera. Tras salvar unos centímetros de pendiente, consiguió colocarse la camisa de nuevo en su sitio. Con la cabeza despejada pudo examinar su situación. Estaba agarrado a una raíz de árbol de aproximadamente tres centímetros de diámetro. A punto de llorar, se giró lentamente y miró hacia abajo. Horrorizado, comprobó que su imaginación no había exagerado el peligro. A sus pies la sima continuaba en su caída unos nueve metros y luego se estrechaba y desaparecía en otra dirección.

Cerró los ojos y pensó en el verano del año anterior cuando había oído hablar por primera vez de aquellos agujeros. Él y su primo Bobby habían estado paseando con las mulas de su tío por el prado que había al norte de la vaquería. Bobby le llevó hasta un lugar donde había un viejo carro de heno abandonado allí desde hacía tanto tiempo

que ya crecían hierba y cardos de flor morada sobre él. Bobby levantó la pierna y se deslizó por el lomo sin montura de la mula hasta el suelo.

—Vamos —dijo atando las rústicas riendas a una argolla de hierro del carro. Su voz prometía aventuras y Decker le siguió sin pensárselo dos veces.

—Ahora ve con cuidado —le advirtió Bobby mientras avanzaba muy lentamente hacia el borde de un agujero que se abría en el suelo al otro lado del carro.

Decker le siguió y pronto estuvo junto al borde mirando hacia abajo.

—Jo, tío, esto sí que es hondo —dijo Decker—. ¿Qué es?

—Una sima —contestó Bobby.

—¿Una qué?

—Una sima. Continúa hasta el infinito —dijo Bobby con autoridad.

—Ya, te lo estás inventando —respondió Decker—. Estoy viendo el fondo.

—Eso no es el fondo, sólo es donde cambia de dirección. —Bobby tiró levemente de la camisa de Decker y los dos se movieron hacia el otro lado del agujero.

—Mira ahí abajo —dijo Bobby señalando hacia lo que parecía ser el fondo del pozo.

Decker no hubiera podido decir hasta dónde descendía, pero comprobó que el pozo continuaba en la otra dirección. Se puso en cuclillas para ver mejor, pero no había luz suficiente para distinguir lo que había más allá.

—¿De dónde ha salido? —pregunto Decker.

—¿Cómo que de dónde ha salido? Crees que lo hemos cavado nosotros, ¿o qué? —Decker le lanzó una mirada furibunda. Bobby decidió que aquél no era el lugar más adecuado para empezar una pelea, así que continuó—: Aparecen de repente. Un día el suelo está plano y al día siguiente hay una sima.

Decker intentó mirar más de cerca y de repente se le ocurrió una idea.

—¡Vamos a coger una cuerda y bajamos a explorar!

—¡¿Estás loco?!

—¡Vamos! Podemos coger una cuerda muy larga. O mejor, podemos buscar unas linternas y coger el rollo de cuerda trenzada del granero. Atamos la cuerda a una de las mulas y nos dejamos caer. Lo he visto hacer en la tele un montón de veces.

—¡Tío, tú estás como una cabra! Mi padre me ha contado que tres tipos del condado de Moore que bajaron a una sima no volvieron a subir, ¡y dos meses más tarde encontraron sus cuerpos en el río Duck!

Decker miró a Bobby intentando discernir si se lo estaba inventando. Bobby continuó.

—Ya te lo he dicho, ¡estas cosas no tienen fondo!

Justo en ese momento divisaron al padre de Bobby, que se acercaba hacia ellos a grandes zancadas por la alta hierba. Estaba como loco.

—¡Bobby! —llamó—. ¡Por todos los santos! ¿Se puede saber qué hacéis ahí? ¿Queréis caer y mataros? ¡Apartaos de ese agujero ahora mismo u os doy una paliza que os mato a los dos!

Los niños corrieron tan rápido como pudieron hasta las mulas. Por el alboroto, Decker supo que Bobby no bromeaba acerca del peligro.

\* \* \*

La lluvia era ahora más intensa y la tierra contra la que apoyaba su cara se había convertido en barro. Tenía las manos cerradas sobre la raíz, la ropa mojada, el vientre arañado y sangrando, y empezaba a hacer frío. Gritó pidiendo ayuda, pero cesó tan pronto empezó a quedarse ronco. La superficie estaba sólo unos metros más arriba, pero no había manera de escalar por la pendiente. Intentó convencerse de que aquello era una aventura, de que de una manera u otra conseguiría salir al final y que luego podría contarlo todo en la escuela. A lo mejor les daba a todos pena y su madre le dejaba saltarse las clases al día siguiente. Pensó en quitarse el cinturón y utilizarlo como cuerda para salir de allí. «¡Chico! ¡Ésa sí que sería una buena aventura que contar!», pensó. Pero no había nada adonde atarlo. Y de todas formas, no tenía intención de soltarse de una mano para intentar sacarse el cinturón.

Pasó una hora o más allí tumbado sobre la pendiente de barro, sin soltar la raíz. Casi había escampado, pero empezó a oscurecer con la caída de la noche. Fue entonces cuando oyó las voces de su madre y de Nathan, su hermano mayor. Le llamaban y se acercaban cada vez más. Gritó, pero no para pedir ayuda, sino para advertirles.

—¡Atrás, mamá! ¡Hay una sima!

Pero por supuesto que ella no se quedó atrás, y al instante Decker vio su aterrorizado rostro asomarse sobre el borde del pozo. Se había acercado gateando hasta allí y contenía las lágrimas mientras lo miraba allí abajo, asido a la raíz, a unos tres metros de la superficie. Intentó pensar con claridad. Le miró los dedos, agarrados a la raíz. Parecían tan pequeños. Hacía tiempo que se habían quedado sin riego, y estaban blancos y arrugados por la lluvia. Se tumbó sobre el vientre y empezó a estirarse hacia él, deslizándose un poco más, un poco más, a sabiendas de que el terreno podía ceder en cualquier momento y enviarlos a ambos a una cenagosa tumba. En el último intento por ganar los escasos centímetros que necesitaban, contuvo la respiración, se aplastó contra el suelo y clavó las puntas de sus zapatos en el barro para evitar resbalar y caer al interior.

—Aguanta un poco, cariño. Te sacaré de ahí en un minuto —dijo en el tono de voz más resuelto y tranquilizador que pudo.

Decker observaba esperanzado mientras los dedos de ella le agarraron de la muñeca derecha. Tan entumecida estaba que no sintió su agarre. Una vez segura de que le tenía bien sujeto, empezó a tirar de él hacia arriba. Le izó unos centímetros al tiempo que Decker hacía cuánto podía con los pies para escalar por la embarrada pendiente.

—Ya puedes soltar la raíz, cariño —le dijo—, te tengo.



Pero Decker no podía soltarse.

Las manos que tan tenazmente lo habían salvado de las fauces de la muerte se negaban a abrirse. Las tenía entumecidas, pegadas una a la otra, los dedos cruzados, y no las podía mover. Su madre tiró de él con más fuerza.

—¡No me puedo soltar! ¡Mamá, no puedo abrir las manos! —dijo mientras rompía a llorar por primera vez.

—No pasa nada, mamá te sujeta y no te va a soltar.

Tiró de él. Tiró con toda su fuerza y su amor. Y de repente, se detuvo.

\* \* \*

Decker se sentó de un salto en la cama.

Estaba soñando.

Aquello sí que había ocurrido, exactamente igual, pero hacía muchos años.

Inexplicablemente, sentía todavía la mano de su madre asiéndole con fuerza del antebrazo derecho. Intentó moverlo, pero le dolía y le pesaba. Bajo la luz del amanecer que empezaba a clarear miró y descubrió lo que le ocurría.

—¡Elizabeth, despierta, suéltame el brazo! —dijo—. Vamos, cariño. Has debido de tener algún sueño raro o algo. —Decker meditó brevemente en lo irónico que resultaba que fuera él quien le decía a ella que estaba sufriendo una pesadilla—: Vamos, Elizabeth, me haces daño. ¡Despierta! ¡Suéltame el brazo! —Decker cogió su mano y le soltó los dedos del brazo.

Una vez libre, sacudió el brazo para que volviera a circular la sangre y se tumbó para seguir durmiendo. Pero algo no iba bien. Elizabeth tenía el sueño ligero y se despertaba con nada.

—¡Elizabeth! —la llamó abruptamente, pero no obtuvo respuesta. Se volvió en la cama y la agitó infructuosamente. No despertaba. La sacudió de nuevo, pero ella seguía sin reaccionar. Un horrible pensamiento le cruzó la mente y la agarró de la muñeca.

No tenía pulso.

Comprobó si tenía pulso en la arteria carótida. Tampoco. Buscó escuchar los latidos de su corazón, pero tampoco pudo oír nada. Su propia presión sanguínea aumentó al empezar a latir su corazón con terror. Apretó la mandíbula y empezó a sentir punzadas en la cabeza mientras intentaba comprender qué es lo que había ocurrido.

«RCP —pensó de repente—. Su cuerpo sigue caliente. Tiene que haber pasado ahora mismo. Tengo que intentar una RCP.» Retiró las sábanas que cubrían el cuerpo exánime. Hacía años que había seguido un cursillo de Reanimación Cardiopulmonar; rezó por acordarse de todos los pasos.

«Veamos —pensó—, pon una mano sobre la otra en medio del pecho. ¡Un momento! ¿Era justo encima de donde se juntan las costillas o justo debajo? ¡Justo

encima!» Empezó a presionar, pero el cuerpo se hundía con el colchón. Tenía que colocarla sobre una superficie sólida. La cogió de los brazos y la llevó hasta el suelo.

Lo intentó de nuevo.

—¡Oh, Dios! —gritó—. He olvidado comprobar la boca.

Decker abrió la boca de su mujer y miró en el interior por si hubiera algo obstruyendo la vía aérea. Estaba demasiado oscuro para ver nada.

Se encaramó a la cama para dar la luz, pero perdió aún más tiempo hasta que sus ojos se acostumbraron a la repentina luminosidad. Volvió a mirar, pero no podía ver nada. Le introdujo los dedos en la boca. Allí no había nada.

—¡Dios mío, ayúdame! —dijo con lágrimas de desesperación en los ojos. «Eso era lo primero que tenía que haber hecho.» Había perdido unos segundos preciosos.

Rápidamente sopló dos veces para llenar sus pulmones y recuperó la posición sobre ella, presionando las palmas contra el centro de su caja torácica.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco —murmuró antes de volver a soplar aire en sus pulmones—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco —repitió el proceso. Y otra vez. Y otra vez—. No te mueras. Elizabeth, por favor, no te mueras —sollozó. Otra vez, y otra vez. Cinco minutos—. Por favor, cariño. ¡Por favor, despierta! Dios, por favor, haz que despierte —pero no ocurría nada.

«Llama a una ambulancia. Sólo un par de veces más.»

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Decker agarró el teléfono de la mesilla de noche. Le temblaban las manos y apenas acertó a marcar el 911 mientras tiraba del cable del teléfono hasta donde yacía Elizabeth. Sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja y continuó con la reanimación. Comunicaba. Colgó y volvió a marcar. Comunicaba. «¿Cómo es posible que comunique?»

—¡Dios, ayúdame! —repitió en alto. Marcó el cero para comunicar con la operadora. También comunicaba. Lo volvió a intentar, pero seguía comunicando.

Decker dejó caer el teléfono. Continuó con la RCP durante otros treinta minutos, deteniéndose cada cinco para volver a marcar. Por fin dio señal de llamada. Se puso el auricular al oído, sujetándolo con el hombro al tiempo que continuaba con la RCP y escuchaba el tono sonar una y otra vez. Pasaron los minutos y no dejaba de sonar. ¿Habría marcado mal el número? ¿Ahora que por fin sonaba iba a colgar? ¡No, no! ¿Cómo iba a haber marcado mal el 911? Si hubiese marcado mal no daría señal. A no ser, a no ser que hubiese marcado accidentalmente el 411, el número de información. Era poco probable, pero en su estado de pánico, todo era posible.

Colgó y volvió a marcar. Comunicaba.

No le llevó nada de tiempo volver a marcar, pero al reanudar la reanimación se percató de algo que se le había escapado antes. Había pasado casi una hora y el cuerpo de Elizabeth se estaba enfriando. Estaba muerta. No había nada que él pudiera hacer. Estaba muerta.

Decker se sentó en el suelo junto a ella y lloró. La idea de perderla ahora, ahora

que había aprendido lo que significaba amarla de verdad, era más de lo que su corazón podía soportar. Le dolían los músculos de practicarle la reanimación. En el exterior el sol comenzaba a despuntar como cada mañana. A Elizabeth siempre le había gustado el amanecer. La radio despertador se puso en marcha y cogió al locutor en medio de una frase, pero Decker no escuchaba. Oía el ruido, nada más. Las lágrimas surcaban su rostro, pero él no se enjugó los ojos. Si todo lo que tenía para ofrecer a Elizabeth eran sus lágrimas, era mejor dejarlas estar.

Hope y Louisa no tardarían en despertar. ¿Cómo iba a decirles lo que había ocurrido? Aunque sólo fuera por ellas, sabía que tenía que ser fuerte. Sin dejar de llorar, recogió el cuerpo de Elizabeth y volvió a tumbarla sobre la cama. Estiró las sábanas y remitió la colcha suavemente a su alrededor. Sólo entonces comenzaron las palabras del locutor de radio a abrirse paso a través del cerco de dolor que le rodeaba.

«Nos siguen llegando noticias de todos los rincones del mundo —la voz del locutor se quebró angustiada—. Miles de personas, cientos de miles o puede que más, han muerto en el que sin lugar a dudas se perfila como el peor desastre en la historia de la humanidad. Las muertes parecen haberse producido de forma casi simultánea en todo el mundo. Por el momento se desconoce la causa.»

¡Qué! ¿Qué estaba diciendo?

Los pensamientos retumbaban como truenos en la mente de Decker. ¿Miles de muertos? ¿Era eso lo que había matado a Elizabeth? ¿Cómo era posible? ¿Radiación? ¿Gas venenoso? ¿Un atentado terrorista? Pero ¿por qué matar a unos y no a otros?

Como si escuchara los pensamientos de Decker, el locutor prosiguió: «Las muertes no siguen un patrón aparente: negros, blancos, indios, japoneses, chinos; hombres, mujeres, niños...».

—¿Niños? —dijo Decker en voz alta—. ¡Oh, no!

Decker salió corriendo del dormitorio. Un momento después ascendió por el hueco de la escalera un grito de angustia que atravesó las paredes e hizo temblar las diminutas partículas de polvo que flotaban en los rayos del sol matinal. Aquel desgarrado alarido no era de este mundo. Pero nadie lo oyó. Estaban todos muertos. Decker estaba solo.

\* \* \*

Al borde de la locura, Decker subió a tropezones los escalones hasta el salón y se sentó en una silla. Arriba en el dormitorio, sonaba todavía la voz del locutor.

«En todas partes se ha instalado el terror, en todas partes hay dolor. Jamás se había enfrentado la Tierra a una pérdida tan devastadora. Ninguna guerra, ninguna plaga, ningún episodio de la historia puede compararse con la magnitud de este desastre. Y nadie puede asegurar que las muertes hayan cesado. Lo que quiera que sea que se ha cobrado la vida de tantos, ¿cómo puede golpear con tanta rapidez y con la misma celeridad desaparecer?»

»En nuestro estudio han muerto tres de mis compañeros locutores, uno de ellos mientras hablaba conmigo hace algo más de una hora. Sin previo aviso. Para el resto de mi vida quedará grabada en mi memoria la escena de mi amigo deteniéndose a media frase y desplomándose en el suelo. Y mientras rememoro el momento en el que la muerte nos azotaba aquí y en el resto del mundo, no dejo de preguntarme: ¿se habrá acabado ya? ¿Nos golpeará de nuevo? ¿Será esta frase, esta palabra, éste mi último aliento? ¿Lo que a tantos les ha ocurrido les ocurrirá a otros, a mí, tal vez?

»¿Es esto el fin del mundo? No es ilógico hacerse esta pregunta.

»¿Es esto un acto de terror y barbarismo nunca vistos? ¿Un insidioso colofón a la infinita maldad del hombre contra el hombre?

»Decenas de millones yacen muertos en el mundo sin razón aparente. Se tiene noticia de que por lo menos treinta aviones comerciales se han estrellado contra montañas, campos o ciudades. En Brasil y Argentina, donde ya es mediodía, las carreteras son escenarios de una auténtica masacre. Los coches conducidos por víctimas del desastre han perdido el control y a toda velocidad han atropellado a otros vehículos, a peatones por doquier. En algunas plantas nucleares se ha rozado el desastre mientras los técnicos supervivientes se apresuraban a reemplazar a los que habían muerto. Algunos de los que han sobrevivido al primer desastre han tenido que dejar atrás a sus muertos mientras evacúan barrios afectados por el vertido tóxico de trenes descarrilados cargados de sustancias químicas.

»Los Gobiernos llaman a la calma. Se pide a la población que permanezca en sus hogares. Se ha interrumpido el servicio de todos los medios de transporte público; todos los aviones han recibido la orden de aterrizar en el aeropuerto más cercano disponible. Aun cuando las muertes se han producido de forma generalizada en todo el mundo, los Gobiernos de muchos países están reaccionando ante el desastre como si de un ataque a la soberanía nacional se tratara, situando en alerta máxima a sus ejércitos y restringiendo el espacio aéreo al uso exclusivo de las fuerzas armadas del país. La OTAN también está en alerta máxima.

»Nadie sabe lo que ha ocurrido, pero es inevitable hacerse una pregunta: ¿es ésta la venganza contra el mundo civilizado de todos estos años de Guerra contra el Terrorismo? Tal vez sea un ataque que se viene preparando desde hace años. O tal vez es la respuesta de los radicales islamistas a la decisión de Israel de erigir en Jerusalén un nuevo Templo sobre el emplazamiento donde hasta hace poco se elevaba su mezquita. Lo que es evidente es que si este desastre es el resultado de un atentado terrorista, sus agentes han ido más allá de la destrucción de unos cuantos edificios o del asesinato de unos cuantos en un puñado de ciudades, y ahora estamos en una guerra mundial.» El locutor se detuvo, incapaz de reprimir las lágrimas.

«En este momento, a lo largo de toda la costa este de Estados Unidos y de Canadá, hay hombres y mujeres que despiertan para encontrar a sus seres queridos muertos. Es tan duro de entender, tan difícil de imaginar. Más al oeste, donde todavía no ha amanecido, muchos duermen profundamente, ajenos a lo acaecido en nuestro

planeta. Algunos todavía tardarán algunas horas en despertar y descubrir muerto, junto a ellos, al ser amado.»

#### SUR DE HANOI, VIETNAM

Inclinada sobre el manillar de su cargada bicicleta, Le Thi Dao pedaleaba con fuerza hacia los mercados de Hanoi, veinte kilómetros más al norte, por la carretera sin nombre conocido que discurre por la cresta de una presa en la llanura de inundación del delta del río Rojo. Su cargamento de cestas artesanales de mimbre, apiladas y firmemente atadas, formaba dos anillos a cada lado de la bicicleta como dos enormes rosquillas. Guiñó los ojos para ver mejor, dejó de pedalear y se dejó llevar. Más adelante, junto a un buey que pastaba en la cuneta, un pequeño parche de intenso azul y rojo adquirió una forma familiar. Allí tirada, con la gorra de los New York Yankees, estaba Vu Le Thanh Hoa, una amiga del colegio; sus dedos, cada vez más rígidos, se aferraban todavía a la cuerda del buey.

#### NORTE DE AKEK ROT, SUDÁN

Ahmed Mufti sujetó el rifle contra su pecho mientras esperaba impaciente y en silencio la señal. Con sólo catorce años iba a ser la primera vez que el muchacho participara en un saqueo de verdad.

Había viajado al sur con su padre, su tío y otros hombres desde su casa en Matarak para saquear los pueblos dinka y nuba del sur de Sudán y conseguir un botín y esclavos. Hasta ahora su padre siempre le había obligado a quedarse en el campamento durante los saqueos. El gobierno de Sudán en Jartum se oponía oficialmente a los saqueos y toma de esclavos, pero lo cierto era que los fomentaba con su política de islamización.

El traslado del botín de ganado, ovejas, cabras y esclavos hacia el norte era insoportablemente lento y a cada kilómetro Ahmed se lamentaba por no haber participado en un saqueo de verdad. Siempre había la posibilidad de topar con el Ejército Popular de Liberación de Sudán (EPLS), guerrilleros de la tribu dinka, pero los dinka estaban pobremente armados y era poco probable que atacaran a una partida de saqueadores tan numerosa como la de Ahmed. Parecía que iba a tener que esperar hasta el año siguiente para poder participar en alguna refriega.

Entonces llegaron noticias de los batidores de la partida, que iban por delante para comprobar que el camino estaba libre de peligro. Después de seguir un sendero por el que había pasado recientemente un grupo numeroso de personas, los batidores habían dado con un grupo de unos doscientos esclavos cerca de un enorme caobo. Transportados al sur por tratantes de esclavos a fin de venderlos de nuevo a sus familias y tribus o a alguna organización humanitaria que intentaba liberarlos, el grupo de mujeres y niños estaba escoltado por no más de diez hombres armados. Ya era mucho que el padre de Ahmed hubiese accedido a que los acompañara. Ahora,

mientras esperaba la señal de atacar, permaneció aplastado contra el suelo e intentó calcular cuántas libras sudanesas le tocarían a él de la venta de doscientos esclavos.

Cuando menos la esperaba, llegó la señal. Ahmed, que tenía instrucciones de seguir a los hombres, empezó a avanzar lentamente. Enseguida alcanzó el lugar donde su tío y otros tres de la partida se habían detenido ante los cuerpos sin vida de dos soldados de la EPLS que yacían en el suelo. No había oído tiros ni ruidos de lucha, y allí no había sangre. Antes de que pudiese preguntar escucharon otra llamada proveniente del campamento de los esclavos. Cuando llegaron al claro se detuvieron. No había señales de lucha. Sin saber qué hacer, Ahmed se colocó entre su padre y su tío. No entendía lo que estaba viendo, pero por el gesto en el rostro de los demás, tampoco parecía que ellos lo supieran. A la sombra del gigantesco caobo, tal y como les habían contado los batidores, había doscientos esclavos, la mayoría muertos.

#### LAVAU, FRANCIA

Albert Faure tiró de las riendas, detuvo el caballo y contestó a la llamada de su teléfono móvil.

—Faure —contestó secamente. El semental andaluz sacudió su abundante melena blanca y aprovechó la pausa para pastar de los tréboles que crecían bajo sus cascos.

—Ha ocurrido algo —dijo la voz. Era el secretario de Faure en su oficina del Conseil Régional, la asamblea regional del departamento francés de Midi-Pyrénées. Faure era el miembro más joven del Conseil, y a juicio de muchos, uno de los más ambiciosos.

Gerard Poupardin no sabía cómo explicar a su jefe lo ocurrido.

—¡No me tengas en ascuas, Gerard! —le exigió Faure—. ¿Qué pasa?

—Verá, señor, es difícil de... Hace poco más de noventa minutos, millones de personas en todo el mundo han muerto de repente, sin previo aviso ni causa conocida.

Faure no alcanzaba a comprender a pesar de intentarlo. Quería creer que no había entendido bien a su secretario.

—¿Y Francia? —preguntó por fin, sin saber de qué otra manera empezar a hacer preguntas.

—Lo cierto es que disponemos de muy poca información hasta ahora. He oído que se estima que han muerto aproximadamente doscientas cincuenta mil personas, pero no sé cómo pueden hacer una estimación de algo semejante. —Faure lanzó un grito apagado—. Lo que sí parece —continuó Poupardin con un hilillo de voz— es que en Francia y buena parte de Europa occidental se han perdido a muchos menos que en otras partes del mundo. Del Reino Unido llegan estimaciones que hablan de más de un millón de muertos.

—¿Y Estados Unidos?

—Allí todavía es temprano, señor. Por lo que se sabe de la costa este, parece que lo de ellos es mucho peor que lo nuestro.

—¿Qué es esto, una guerra biológica? ¿Terroristas árabes? —preguntó Faure. Era una pregunta obvia para la que Poupardin, evidentemente, no tenía respuesta.

—Francia ha cerrado las fronteras, igual que otros muchos países, y se está llamando a filas a la reserva —informó Poupardin.

—¿Es seguro regresar a la ciudad? —preguntó Faure.

—No lo sé, señor. Nadie está seguro de nada. Nada de esto tiene sentido.

Faure pensó un momento.

—Hay otra cosa, señor —Poupardin hizo una pausa—. El presidente de la Asamblea es uno de los fallecidos.

Faure recapacitó sobre este último dato y especuló rápidamente sobre la manera de utilizarlo en su provecho. Mientras acariciaba el cuello del caballo, recorrió con la vista el perfil de los Pirineos, que marcaban la frontera sur con España.

—Voy para la oficina —dijo finalmente, y colgó.

#### PUSAN, COREA DEL SUR

Con la pierna rota por dos partes, DaiSik Kim consiguió liberarse y con dificultad empezó a arrastrarse para salir de debajo de los aplastados restos de su puesto en el mercado Chagalchi de pescado de Pusan. La impresión de ver cómo la mitad de los que esperaban ante su puesto se habían desplomado muertos ante sus ojos le había impedido percatarse a tiempo del autobús que había invadido la acera y se dirigía a toda velocidad hacia él. Dos horas había permanecido bajo el montón de hierros y basura, pero nadie había acudido a sus llamadas de auxilio. Ahora emergió del amasijo de hierros esperando encontrar a la policía y una ambulancia muy cerca, pero ante él se desplegó un escenario de inexplicable destrucción. Había cadáveres por todas partes. Los vivos lloraban sentados en el suelo, otros vagaban confusos y aturcidos entre los muertos. La calle que discurría delante del puesto y por la que escasas horas antes circulaban vehículos de todo tipo ofrecía ahora una imagen de absoluta devastación.

#### BRISBANE, AUSTRALIA

Patrick McClure trabajaba en el último turno de una librería de la histórica Brisbane Arcade cuando acaeció el desastre. Entre gritos y exclamaciones de ayuda, su jefe llamó a la policía y al hospital, pero las líneas ya estaban ocupadas. Cuando tuvieron noticia de la catastrófica magnitud del desastre, Patrick llamó inmediatamente a su madre a casa. Tras asegurarse de que la familia estaba bien, pasó a hacer lo que podía por ayudar a los demás. La larga galería de tiendas que unía Queen Street Mal y Adelaide Street estaba sembrada de cuerpos. A algunas de las víctimas las atendían los amigos o familiares que les acompañaban en el momento fatal. Muchas otras estaban solas. En algunos casos habían muerto también los acompañantes. Era difícil saber qué hacer y allí no había policía ni ninguna otra

autoridad para echar una mano. Casi todos los supervivientes habían huido, y sin otra forma de ayudar a los que habían perecido, Patrick fue colocando los cuerpos entre los que se movía en posturas más dignas que los retorcidos ovillos en los habían quedado al desplomarse. Más tarde llevó comida y bebida de un restaurante de la galería comercial a los pocos supervivientes que allí permanecían. Habían pasado dos horas y, mientras sacaba ropa de una tienda para proporcionar un asiento mullido a una anciana, Patrick observó cómo una pareja cargada de bolsas de compras merodeaba entre los muertos, recogiendo carteras, monederos y joyas.

#### KERALA, INDIA

El doctor Jossy Sharma estaba sentado en el capó de su Mercedes, con el ordenador portátil sobre las rodillas, tecleando unas notas para el artículo que preparaba para el *Indian Journal of Ophthalmology*. Le gustaba venir al Santuario de Aves Thattekkadu para concentrarse. Al abrigo de un bosque de árboles de hoja perenne, hogar de aves indígenas y migratorias, incluidas algunas especies raras, el santuario le ofrecía un tranquilo refugio de su ajetreada consulta en el Hospital Joseph de Kothamangalam, a veinte kilómetros de allí. Después de unas horas de paz, Sharma se dio por satisfecho con el progreso del artículo y decidió poner rumbo a casa para cenar.

Al subir al coche advirtió que tenía un mensaje urgente del hospital en el busca. Le necesitaban de inmediato. Hacía tres horas de aquello, así que llamó, pero no obtuvo respuesta. Salió del santuario con el coche en dirección a Kothamangalam y no había recorrido ni un kilómetro cuando se cruzó con el primero de los numerosos accidentes de tráfico que iba a encontrar en su trayecto. Detuvo el coche en la cuneta y al acercarse a socorrer a los accidentados se encontró con una extraña escena. Además de los dos conductores, había tres mujeres y cinco niños. Aunque los pasajeros de ambos coches llevaban puesto el cinturón de seguridad y los airbags habían funcionado bien, estaban todos muertos, y era probable que llevaran así unas horas. Los vehículos presentaban graves daños pero los habitáculos estaban prácticamente intactos.

—Esta gente no tendría que estar muerta —se dijo a sí mismo—. Y ¿por qué nadie se ha detenido a socorrerles? —Entonces se dio cuenta de otra cosa. Aunque las víctimas tenían heridas, había muy poca sangre. Era como si el accidente hubiese ocurrido cuando ya estaban muertos.

De nuevo intentó llamar al hospital y de nuevo sin resultado. Se detuvo en dos accidentes más antes de encontrar a alguien vivo. Una mujer de mediana edad, superviviente del desastre y del accidente posterior, había sacado a rastras del coche el cuerpo de su marido y se encontraba ahora sentada junto a él en el arcén. No tenía heridas de importancia.

Tras dejar atrás seis accidentes más, el doctor Sharma aceleró hasta lo alto de una



colina justo a las afueras de la ciudad. Ante sí, pudo ver en la carretera más vehículos accidentados de los que le hubiese gustado contar. Abandonó el coche cuando las carreteras dejaron de ser practicables y continuó a pie. Cuando por fin llegó al hospital, después de pasar en la calle junto a tantos cuerpos de personas muertas, algunas conocidas, se enteró de que treinta y seis de los cuarenta y dos médicos de la plantilla habían perecido.

#### CUATRO DÍAS DESPUÉS. DERWOOD, MARYLAND

Hank Asher cruzó los dedos y ahuecó las manos para que su joven becaria de periodismo pudiera apoyar el pie. Sheryl Stanford escaló sin esfuerzo hasta la ventana de la cocina que acababan de forzar y se introdujo en el interior. Al dirigirse hacia la entrada para abrir la puerta principal, distinguió el pálido e inmóvil bulto de Decker, tirado de mala manera en una silla del salón. Hank Asher entró en la casa y reconoció el hedor de cuerpos en descomposición ya tan familiar. Al principio pensó que Decker había sido uno de los desafortunados que habían muerto cuatro días antes en el que ya todos conocían como el «Desastre», pero Sheryl comprobó enseguida que seguía vivo.

—Parece estar en estado de choque —le dijo a Asher mientras trataba que Decker bebiera algo de agua. A pesar de seguir con la mirada perdida, Decker tragó ansioso al acercarle ella el vaso a la boca.

Asher estudió la situación y decidió que Sheryl lo tenía todo bastante controlado.

—Quédate aquí con el señor Hawthorne. Yo registraré la casa para ver si hay alguien más vivo.

Sheryl no necesitaba que la convencieran para quedarse entre los vivos. El hedor de la casa dejaba pocas dudas acerca de lo que Asher iba a encontrar. Hank no conocía a Elizabeth ni a las niñas, pero sufría por su amigo.

Cuando regresó de las habitaciones unos instantes después, le pidió a Sheryl que abriera las ventanas del resto de la casa.

—Hay que sacar la muerte de esta casa como sea. Voy a ver si encuentro una pala para enterrar los cuerpos.

Asher no hizo ningún intento por reanimar a Decker. Aunque hubiese podido hacerlo, le pareció más humano dejar que su compañero pasara «dormido» la espantosa tarea que quedaba por hacer.

Sheryl abrió cuantas ventanas pudo y regresó al salón, en parte para sentarse junto a Decker, pero sobre todo para encender el televisor. Sin nada que explicara las causas del Desastre y la angustiada necesidad de saber que no iba a repetirse, el estado de ansiedad era demoledor. Los únicos a los que parecía no afectar era a los saqueadores y los oportunistas que robaban en las casas y negocios de las víctimas. La única razón por la que Sheryl había salido era porque Hank Asher la había ido a buscar. Casi todas las empresas seguían cerradas, pero como le aclaró Hank, ellos no

eran una empresa, eran un medio de comunicación y había trabajo por hacer. En cierta forma, respetaba su actitud de seguir adelante, aunque habría deseado que aquello no la incluyera a ella también. Casi todo el personal de *News World* asignado a la oficina de Washington D.C. había sobrevivido al Desastre, pero había quienes no habían vuelto a dar señales de vida; a éstos se encargaba de llamarles Hank. Decker había sido el único con el que no había podido contactar y cuya muerte no había podido confirmar, así que había ido a averiguarlo personalmente.

Se habían propuesto todas las hipótesis imaginables, y también muchas inimaginables, para explicar el Desastre. Con muy pocas excepciones fuera de la población árabe, lo primero que se le venía a la boca a la gente era la sentencia «terroristas árabes», y hasta la fecha no había ninguna explicación razonable que disuadiera a quienes mantenían esa teoría. El sentido común hacía pensar que había sido algún nuevo tipo de virus desarrollado por los terroristas o, para ser más concretos, que había descubierto Estados Unidos, Rusia o China y luego había sido robado o vendido a los terroristas.

La gente había empezado a comprar o a robar en las tiendas que permanecían cerradas todo tipo de máscaras antigás, respiradores e incluso mascarillas desechables de quirófano. Las tiendas del ejército habían agotado sus provisiones de máscaras y las tiendas en Internet aceptaban cientos de miles de pedidos que no podían cubrir. En algunos comercios se habían producido encarnizadas luchas entre los clientes por las mascarillas de papel, aun cuando era evidente que éstas no podían filtrar el virus mortal.

Con cada nueva explicación se producía una nueva situación de pánico. Tantos eran los que temían que hubiera algo en el aire como los que tenían miedo de beber agua, o de comer alimentos transgénicos. La mayoría no sabía qué temer, así que tenían miedo de todo.

Fuera cual fuera la causa, estuviera ésta en el aire, el agua o cualquier otro sitio del medioambiente, tenía que llevar allí semanas o meses o puede que incluso años, como una bomba de relojería esperando a estallar. Los barcos en alta mar habían notificado muertes, también los submarinos que llevaban semanas sumergidos. Dos astronautas a bordo de la Estación Espacial Internacional desde hacía seis meses habían muerto también.

\* \* \*

En el jardín Asher encontró una pala y empezó a cavar un gran hoyo para enterrar a Elizabeth, Hope y Louisa. No era la tumba que uno hubiese deseado antes del Desastre, pero era mejor que las fosas comunes que se habían habilitado en las afueras de la ciudad. Aquí Decker podría, por lo menos colocar, una lápida algún día.

Asher echó un vistazo al jardín para asegurarse de que no iba a dañar ninguna red de suministro y se entregó al trabajo. Mientras cavaba sintió que alguien le

observaba. Se volvió y allí, mirándolo fijamente desde el jardín vecino, había un joven adolescente.

—¿Está enterrando a alguien? —preguntó el chico al tiempo que saltaba la tapia y se acercaba a Asher. Sus ropas eran nuevas pero estaban sucias, como si no se hubiera cambiado o lavado en varios días.

—Sí —contestó Asher mientras volvía al trabajo.

—Yo les conocía, ¿sabe? Yo montaba en bici con Louisa. Supongo que ya no va a necesitar más la bicicleta —el chico hizo una pausa como para pensar y continuó—: Qué pena que sea una bici de chica.

Asher continuó cavando.

—¿Le ayudo? —preguntó el chico.

Asher ya estaba todo sudoroso y acogió la oferta con gusto.

—Le ayudo a cavar por diez dólares —añadió el chico.

A Asher le repugnó por un momento aquella manera de aprovecharse de la situación. En lugar de ofrecerse a cavar la tumba por compasión o tal vez por su amistad con Louisa, contemplaba aquellas muertes como una forma de sacarse un dinero. Con todo, Asher decidió que era mejor olvidar los motivos y aprovechar la ayuda.

—Hay otra pala y unos guantes de trabajo que tal vez te queden bien en el cobertizo ese de ahí —dijo.

El chico fue a buscar la pala y los guantes mientras Asher empezaba a trabajar con un pico.

—¿Están todos muertos? —preguntó el chico mientras Asher picaba la tierra.

—Todos menos el señor Hawthorne.

—No le conozco muy bien. Le recuerdo un poco de cuando era pequeño, pero luego le secuestraron los árabes. No se escapó hasta hace una semana.

Asher siguió cavando sin responder, pero al rato se detuvo y miró al chico.

—Oye, ¿vas a cavar o sólo piensas sujetar esa pala?

El chico fingió agradecer el recordatorio y se puso manos a la obra.

—Mi padre dice que seguro que han sido terroristas árabes —dijo al cabo de unos minutos.

—Ya, bueno, parece que es lo que piensa casi todo el mundo —contestó Asher.

—Sí, he oído en las noticias que sólo han muerto unos pocos miles de árabes.

—No estás al día. Por lo que sé, las cifras hablan de muchos más: medio millón en Arabia Saudí y en Irak, doscientos mil en Jordania e Irán, cien mil en Libia, tres millones en Pakistán y ocho millones en Egipto.

Aquella relación de cifras dejó al chico fuera de juego momentáneamente, pero se recuperó enseguida.

—Eso seguro que son todo mentiras para que no sepamos que fueron ellos.

Asher siguió cavando mientras el chico hablaba. A cada frase o dos el chico vaciaba una palada de tierra para no dejar de echar una mano.

En el interior de la casa, Sheryl Stanford miraba las noticias de la cadena Fox.

«En la conferencia de prensa que ha ofrecido esta mañana en Washington — informaba el corresponsal—, el secretario de Sanidad y Servicios Sociales, Spencer Collins, ha hecho una declaración informativa sobre las medidas que se están tomando para manejar la crisis y después ha contestado a las preguntas de los periodistas. A continuación ofrecemos un extracto de su intervención.»

La imagen cambió y en pantalla apareció el secretario de Sanidad leyendo una declaración escrita.

«Queremos garantizar a los ciudadanos que no va a quedar piedra sin remover en la búsqueda de la causa de esta tragedia, como tampoco a la hora de determinar si el riesgo persiste y, en caso afirmativo, qué se puede hacer para protegernos contra él. Se está estudiando todo, por pequeño o improbable que parezca. El presidente y el Congreso han autorizado la provisión de fondos de emergencia y gastaremos todo lo necesario para cumplir con éxito esta misión. Estamos trabajando las veinticuatro horas. Se están realizando todas las pruebas medioambientales imaginables: de la atmósfera, el agua potable, la tierra, de tipo químico, biológico, nuclear... Al tratarse de un caso de dimensión mundial, estamos examinando también al detalle todos los datos cósmicos recogidos antes del Desastre, como son los referentes a la actividad solar.

»Simultáneamente, los centros de Control de Enfermedades de Atlanta y el Instituto de Investigación Médica de Enfermedades Infecciosas del ejército estadounidense en Fort Detrick, Maryland, han aplicado los protocolos que se emplean en la investigación de enfermedades infecciosas naturales y agentes biológicos malignos adaptándolos a las circunstancias particulares de este suceso. En coordinación con la Secretaría de Sanidad, están entrevistando a decenas de miles de familiares de víctimas. Junto con las agencias análogas de otros países y la Organización Mundial de la Salud buscan un patrón en las actividades de las víctimas: qué lugares frecuentaban, qué comían, qué bebían, sus costumbres, si habían recibido algo por correo. Como digo, no se dejará piedra sin remover. Del mismo modo se está investigando si existe un patrón de comportamiento en los supervivientes, por si hubiera algo que hubiese actuado contra el agente. Se trata de una tarea inmensa y hemos llamado a colaborar con nosotros a miles de investigadores de universidades e instituciones privadas de todo el país.

»También pedimos a las personas que perdieron familiares o amigos muy próximos en la tragedia que colaboren con nosotros visitando nuestra página web y rellenando un exhaustivo cuestionario con preguntas sobre las personas fallecidas y sobre ellos mismos; de esta manera podremos contrastar datos sobre los supervivientes. En este sentido, Internet nos está permitiendo recoger datos de

Estados Unidos y de todas las partes del mundo. Dada la naturaleza del suceso, calculamos que serán miles lo que participen en este esfuerzo, y confiamos en que el análisis de todos estos datos nos proporcionará información de gran utilidad. De hecho, el éxito o el fracaso de la investigación dependen de la participación ciudadana.

»Los Institutos Nacionales de Salud están examinando el ADN de un gran número de víctimas y de supervivientes en busca de algún marcador genético que distinga a los dos grupos. Previo aviso por correo electrónico, se requiere a los hospitales locales y profesionales sanitarios que recojan muestras de ADN de las víctimas y familiares supervivientes próximos. Una vez más, éste es un campo en el que la participación ciudadana es vital si queremos que la investigación sea un éxito.

»Los Centros de Control de Enfermedades se están encargando de coordinar el tratamiento de datos recogidos en las autopsias. Hasta la fecha, contamos con los datos obtenidos en las autopsias de más de mil víctimas y la llegada de informes es incesante. Los encargados de llevar a cabo estos procedimientos son médicos forenses y patólogos de todo el mundo. Contamos ya con algunos datos sobre las autopsias practicadas una hora después del Desastre por forenses previsores que supieron reconocer la importancia que tendrían sus exámenes a la hora de determinar la causa de esta tragedia.»

Una vez finalizada la declaración, el secretario Collins comenzó a contestar las preguntas de los periodistas. Las dos primeras apuntaban a obtener del secretario, para tranquilidad de los telespectadores, una declaración que garantizase que el Desastre no se iba a repetir. A pesar de su aparente optimismo, no pudo ofrecer garantía alguna. La pregunta del tercer periodista era mucho más concreta, pero no por ello fue la respuesta más útil o tranquilizadora: «A partir del resultado de las autopsias, ¿qué puede decirnos sobre la causa de las muertes?».

El secretario Collins se ajustó las gafas. Sabía que con su respuesta sólo conseguiría que le plantearan más preguntas, y para aquéllas no tenía respuesta: «Normalmente —empezó calculando cada palabra—, sea cual sea la causa de la muerte, lo habitual es que durante la autopsia se obtengan indicios de la forma en que ha actuado el agente causal. Por ejemplo, puede inducir un fallo en el funcionamiento correcto de órganos vitales como el corazón, los pulmones, el hígado, riñones, cerebro, la sangre, etc. Pues bien, sea lo que sea con lo que estamos tratando —dijo—, parece que es totalmente asintomático o para ser más exactos, tiene un único síntoma, la muerte. Los signos que habitualmente se identifican en las autopsias de personas que han sufrido el proceso natural de la muerte no aparecen en estas víctimas. Las pruebas apuntan a que la muerte ocurrió de forma extremadamente repentina y con un fallo casi instantáneo y global de todo el organismo. Ello ha hecho imposible determinar, hasta el momento, cómo actuó el agente o cuál fue la razón de que las víctimas fallecieran».

La declaración provocó el ya esperado torbellino de preguntas, pero Collins

consiguió salir airoso sin proporcionar más información de la que ya había facilitado.

Una periodista se encargó finalmente de cambiar el rumbo de las preguntas: «Parece ser que en Estados Unidos el número de muertes en las zonas rurales es proporcionalmente mayor al de las ciudades, cuando lo lógico sería esperar todo lo contrario. ¿Hay alguna razón que lo explique?».

«Estamos al tanto de esta anomalía —contestó el secretario—, y es un factor que se ha tenido en cuenta en la investigación. Existe toda una serie de agentes bacteriológicos que pueden permanecer en estado latente durante años en la tierra, y cabe la posibilidad de que el mayor porcentaje de muertes rurales sea un indicio de que el contacto con la tierra tiene algo que ver. Estamos investigando esta posibilidad. Por otro lado, se trata de una hipótesis que de ninguna forma explicaría la muerte de los dos astronautas que se encontraban a bordo de la estación espacial.

»Pero permítanme que les señale la existencia de otros patrones anómalos que empiezan a surgir, algunos de los cuales resultan contradictorios al compararlos entre regiones o entre países. Debo insistir en que este análisis se basa en estadísticas muy preliminares de muertes, pero se ve claramente que el índice de muertes ha sido bastante irregular. Esperamos que el acopio de información nos proporcione algunas pistas, pero de momento seguimos en la fase de recopilación de datos.»

«¿Qué otros patrones anómalos se han detectado?», preguntó la periodista al hilo de las declaraciones.

«Bueno, en Estados Unidos, por ejemplo, se estima que ha muerto entre el quince y el veinte por ciento de la población. Por otra parte, hay algunos países europeos que sólo han perdido a una o dos personas por cada mil habitantes. Como resultado, el impacto logístico del Desastre en estos países ha sido prácticamente insignificante y sus Gobiernos casi han dado ya por concluido el recuento de víctimas. Uno de los mayores de entre estos últimos es Grecia, que ha perdido aproximadamente diez mil habitantes de una población total que supera los diez millones. En este grupo figuran también Albania, Mónaco, Andorra, Luxemburgo, Macedonia y Malta. Otros países europeos con una tasa de mortalidad del uno por ciento o incluso menos incluyen a Francia, Austria y Bélgica.

»Otro ejemplo —continuó el secretario— es la India, que según las estimaciones ha perdido hasta veinticinco millones o aproximadamente el dos por ciento de su población. No es una proporción elevada, pero lo que sorprende de los datos de la India es que casi el noventa por ciento de las víctimas vivían en la costa sudoeste, a orillas del mar Árabe.»

«¿Qué se sabe de la tasa de mortalidad en los países árabes?», preguntó otro periodista.

«Como saben, no siempre es fácil conseguir información precisa de algunos países islámicos. A ello se suma, en la mayoría de casos, el hecho de que su capacidad de reunir datos no es tan avanzada o exacta como en el mundo occidental. No obstante, si nos basamos en la información recogida sobre estos países, los datos

son seguramente los más sorprendentes de los obtenidos hasta el momento.»

El secretario hizo una breve pausa y continuó con una aclaración para evitar que se interpretaran mal sus palabras: «No estoy diciendo que sea sorprendente desde el punto de vista médico, sino más bien porque cuestionan seriamente las teorías que defienden que el Desastre fue obra de terroristas árabes. Al parecer, hay varios países islámicos que han perdido un porcentaje de población más elevado que los países europeos que acabo de enumerar. Entre ellos, Arabia Saudí, Omán, Irak, Jordania y muy especialmente Egipto, que puede haber perdido hasta el diez por ciento de la población. Indonesia, un país no árabe pero sí mayoritariamente islámico, también ha sufrido importantes pérdidas. Con excepción de Egipto, estos porcentajes siguen siendo bajos si se comparan con los de muchos otros países pero, personalmente, me cuesta creer que un grupo de terroristas islámicos invente un arma y luego mate a un porcentaje más elevado de su propia población que de la de muchos países de la Unión Europea. También explica por qué el índice de mortalidad en Israel no ha sido más elevado».

La grabación de la conferencia de prensa concluyó aquí y en el televisor volvió a aparecer un primer plano del corresponsal.

«Como acaban de escuchar, el secretario de Sanidad y Servicios Sociales afirma que hay pruebas de que algunos países árabes pueden haber sido golpeados con mayor dureza por el Desastre que algunos países de Europa occidental. No obstante, siguen produciéndose ataques contra musulmanes por parte de grupos organizados decididos a tomarse la justicia por su mano. Sobre estos ataques nos ofrece más información nuestro enviado especial Greg Culp.»

En la pantalla apareció ahora la imagen de un periodista situado junto a los restos humeantes de un edificio incendiado, entre los que se leía todavía en una marquesina semidestruida «Academia Islámica Gilbert de Arizona». «A lo largo y ancho del mundo no islámico —arrancó el periodista—, los musulmanes temen por su vida y con razón. Han visto quemar sus hogares, saquear sus negocios, los suyos han sido golpeados sin piedad, algunos incluso han sido asesinados por turbas encolerizadas. Hay escuelas islámicas como ésta que ven detrás de mí que han sido destruidas por vecinos de la localidad. Por fortuna la escuela estaba vacía y no ha habido que lamentar heridos. Las escuelas islámicas de Estados Unidos cerraron al día siguiente del Desastre, después de que tres hombres entraran en una escuela de Cincinnati y mataran a tiros a dieciséis estudiantes y cuatro profesores.

»A pesar de la llamada del presidente a la calma y de su promesa de que el FBI y la ley perseguirán a quienes participen en este tipo de actos, lo cierto es que hasta el momento ni la policía ni el resto de autoridades han sido capaces de contener, y aun menos detener, esta violencia. El problema se ha visto agravado por la costumbre que desde los ataques terroristas del 11-S han adquirido los ciudadanos de armarse, a menudo con armas de fuego no registradas y adquiridas ilegalmente.» La información continuó entonces con un reportaje especial sobre la venta ilegal de armas de fuego.

\* \* \*

Cuando ya llevaban cavado casi un metro y medio, Hank Asher decidió que era suficiente; los acostumbrados dos metros eran demasiado para él. Cuando ya le tendía el billete de diez dólares, echó un vistazo al chico y luego se miró a sí mismo, con el billete todavía en la mano. El reparto de suciedad y sudor no dejaba lugar a duda de que el chico había hecho menos de lo que le tocaba. Hank comprobó el contenido de su billetero otra vez y, por principios, decidió pagarle ocho dólares en vez de diez.

—¡Eh! ¿Qué pasa con mis otros dos pavos?

—Ocho dólares son más de lo que mereces por lo poco que has hecho.

—¡Qué timo! Se lo voy a decir a mi padre y me los vas a tener que pagar. — Dicho esto, el chico lanzó la pala al suelo y se marchó dando puntapiés.

Asher se quedó allí descansando un momento. De repente se acordó de que todavía tenía que sacar los cuerpos y rellenar el hoyo.

—¡Seré idiota! —exclamó, percatándose de que se había desecho del chico demasiado pronto.

\* \* \*

En el interior de la casa, Sheryl Stanford intentaba a ratos que Decker le hablase, pero no había indicios de que éste la oyese. Seguía allí, sentado, con la mirada perdida. Sheryl había encontrado algo de comida en la cocina que Decker había masticado y tragado cuando ella se la introdujo en la boca, aunque siempre con la mirada perdida. Mientras le alimentaba escuchaba las noticias de fondo. Ahora preocupaban de forma alarmante los brotes de enfermedades que podrían darse a causa de los cuerpos en descomposición. De todo el mundo llegaban noticias de los miles de suicidios que empezaban a sumarse a las víctimas. Casi todos los suicidios se cometían en los hogares de las víctimas, pero otros sucedían en lugares públicos; había quien saltaba de lo alto de un edificio o desde un puente; quien se lanzaba con el coche por un acantilado y cosas por el estilo. Los menos decidían asesinar a otros antes de volver el arma contra sí.

A muchos les había salido la vena patriota. La gente acudía en masa a los templos religiosos en busca de respuestas, pero el Desastre no había respetado a nadie y la muerte de un elevado número de religiosos había dejado un gran vacío. Las bolsas y mercados de divisas de Estados Unidos permanecían cerrados y los analistas predecían un caos financiero mundial y una grave depresión económica. Las compañías de seguros buscaban algún resquicio legal al que aferrarse para no tener que pagar los seguros de las víctimas del Desastre. Si no daban con él, los expertos afirmaban que todas las compañías de seguros de vida de Estados Unidos tendrían que declararse en bancarrota, y los analistas coincidían en que las acciones de las



aseguradoras no iban a resistir ni una hora en el mercado si las bolsas abrían antes de que el Congreso y el presidente tomaran cartas en el asunto. Los que estaban en contra de este tipo de intervencionismo del gobierno y otros críticos argumentaban que las de seguros no eran las únicas compañías en peligro. Todas habían sufrido y era imposible predecir lo que ocurriría cuando reabrieran las bolsas. El gobierno no podía salvar a todas y cada una de ellas.

\* \* \*

Una vez concluido el enterramiento, Asher entró en la casa y se dejó caer en un sillón del salón frente a Decker.

—¿Ha dicho algo? —preguntó.

—Ni una palabra. Sólo mira al vacío —contestó Sheryl mientras bajaba el volumen del televisor—. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Necesita que alguien se ocupe de él, pero los hospitales están abarrotados. Supongo que no querrás llevártelo a casa.

Sheryl miró primero a Decker y luego de nuevo a Asher. Era evidente que la idea la espantaba y que no se atrevía a dar un «no» a su jefe. Asher percibió cómo se debatía por dar con la respuesta, pero dejó que Sheryl siguiera sufriendo. Él sabía que aquella era una petición muy poco corriente, pero los tiempos que corrían también lo eran.

Justo en ese momento llamaron a la puerta.

—Ya voy yo —dijo Sheryl poniéndose en pie de un brinco e intentando evadir así la pregunta de su jefe. Asher estaba demasiado cansado para discutir.

Un momento después estaba de vuelta.

—Es un muchacho —dijo—. Dice que quiere ver al señor Hawthorne.

—¡Dile a ese vago que se vaya, que no va a sacarme ni un centavo más! Bueno, no, ¡espera! Ya se lo digo yo personalmente.

Con las energías renovadas debido al enfado, Asher se levantó con esfuerzo del sillón y se dirigió hacia la puerta de entrada.

—Mira, no pienso... —Asher se detuvo a mitad de la frase al ver que aquél no era el chico del patio trasero—. Oh, perdona, muchacho. Pensaba que eras otra persona. Mira, el señor Hawthorne ahora mismo no se encuentra bien. ¿Puedes volver más tarde? —preguntó intentando deshacerse del chico.

—Lo siento, pero es necesario que hable con el señor Hawthorne —insistió el chico.

—Ya te lo he dicho, muchacho, el señor Hawthorne no se encuentra bien. Vuelve mañana.

El chico no se movió.

—Está bien —dijo Asher—, a lo mejor puedo ayudarte. ¿De qué es de lo que tienes que hablar con el señor Hawthorne?

Desde el salón les llegó la voz de Sheryl Stanford dirigiéndose a Asher.

—¡Eh! ¡Ha movido un poco los ojos!

Asher se acercó hasta su amigo y le miró, pero no detectó ningún signo de que estuviera consciente.

—Señor Hawthorne, soy yo, Christopher Goodman.

Asher se volvió y descubrió que el chico le había seguido hasta el salón.

—Señor Hawthorne, por favor, dígalos a estas personas que me conoce. He viajado desde muy lejos y no tengo otro sitio adonde ir. El tío Harry y la tía Martha han muerto en un accidente de avión. No tengo más familia. El tío Harry me dijo que recurriera a usted si alguna vez les pasaba algo. Pero usted no contestaba al teléfono.

Asher, que conocía a Harry Goodman de los artículos de Decker, empezó a atar cabos:

—¿Tu tío es el profesor Goodman de Los Ángeles?

—Sí —contestó Christopher—. ¿Le conocía?

—Conozco su trabajo. ¿Qué haces tú en Washington?

—El tío Harry me dijo que buscara al señor Hawthorne si alguna vez les pasaba algo a él y a la tía Martha —repitió—. No tengo más familia y el señor Hawthorne era amigo de mi tío.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí desde Los Ángeles?

Christopher hizo una pausa como tratando de evitar una respuesta comprometedor.

—He venido conduciendo el coche de mi tío —admitió por fin.

—¿Has venido en coche desde Los Ángeles? —dijo Asher sorprendido—. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Catorce —dijo Christopher—. No tenía otra forma de llegar hasta aquí.

Asher sacudió la cabeza incrédulo.

—Pero ¿cómo has conseguido hacer un viaje tan largo sin que te parara la poli?

—Supongo que están demasiado ocupados con los saqueadores.

—Sí, eso será. Bueno, mira, muchacho. Siento mucho que hayas tenido que conducir hasta aquí en balde, pero el señor Hawthorne no va a poder ayudar a nadie durante un tiempo.

Christopher miró a Decker.

—Es más —continuó Asher—. Voy a tener que buscar a alguien que cuide de él.

—Pero no tengo otro sitio adonde ir. Casi todos los amigos de la tía Martha están muertos y el señor Hawthorne es, bueno... —Christopher se detuvo un momento para pensar—. ¿Puedo quedarme un tiempo aquí? Tal vez pueda echar una mano cuidando de él.

—¡Me parece una idea estupenda! —irrumpió Sheryl, que aún temía tener que encargarse de Decker por obligación—. Que se quede.

—Que se quede —repitió una voz ronca.

Asher, Sheryl y Christopher se giraron a la vez hacia la única otra persona que

había en la habitación.

—Que se quede —repitió Decker.

## LA PROMESA DEL MAESTRO

TRES SEMANAS DESPUÉS. DERWOOD, MARYLAND

La fresca humedad matinal caló lentamente los pantalones de Decker cuando se sentó en la hierba junto a la tumba de su familia. Con la mente en blanco, se quedó mirando fijamente la tierra removida, aturcido todavía por la pérdida. La primavera llegaría antes de que la hierba empezara a invadir el montículo de tierra desnuda.

Decker había encargado tres lápidas, pero le habían dicho que conseguir las personalizadas con los nombres podía tardar hasta un año y medio. Las lápidas con mensajes impersonales como «Amada esposa», «Amado esposo», «Amada hija», y sin fecha de nacimiento se podían conseguir en la mitad de tiempo por aproximadamente la mitad de precio que una lápida personalizada y con servicio de entrega incluido. Otros ofrecían entrega en cuatro semanas de lápidas de plástico reforzado con un acabado «imitación mármol». Decker había preferido esperar para conseguir una lápida auténtica.

Mujer e hijas no eran lo único que había perdido. Poco después de la llegada de Christopher, se enteró de que su madre y su hermano habían muerto también. Su tío se había encargado de enterrarlos, junto a otros, en su granja de Tennessee.

Aun así, los había en situaciones mucho peores. Los muertos sin nadie que los enterrase habían sido depositados en miles en fosas comunes. En la ciudad de Washington, los pobres habían intentado enterrar sus muertos en el Mall, el parque que se extiende desde el Capitolio hasta el monumento a Lincoln, y en otros parques de la ciudad, pero la Policía de Parques y la Guardia Nacional se habían encargado de echarlos. Como muestra de su frustración y protesta, hubo algunos que dejaron a los muertos en los bordillos junto a la basura.

Entre las víctimas se contaban numerosos personajes ilustres de uno u otro campo: políticos, líderes religiosos, jefes de Estado y varios actores y actrices. Estados Unidos había perdido a doce senadores, a más de sesenta congresistas, a tres miembros del gabinete del presidente y al vicepresidente. Todo el mundo había perdido a alguien: esposas, maridos, hijos, padres.

\* \* \*

El sol había empezado a despuntar sobre las tablas de la tapia a la derecha de Decker y cada brizna de hierba liberaba al aire de la mañana su húmedo manto de rocío. Oyó abrirse la puerta corredera de cristal pero continuó con los ojos fijos en el suelo.

Christopher Goodman se dirigió hacia Decker y se detuvo a pocos metros de él. Como no obtenía reacción alguna, decidió que tendría que ser él quien hablase primero.

—El desayuno está listo —dijo con suavidad, antes de añadir con voz radiante que había preparado el plato preferido de Decker, gofres con mucho beicon y sirope ardiendo.

Decker miró hacia arriba un instante después, sonrió agradecido y extendió la mano hacia Christopher.

—Échame una mano, anda —le dijo. Christopher nunca preguntaba a Decker sobre las horas que pasaba sentado junto a la tumba en el patio de atrás. Sólo aparentaba entenderlo y respetaba los pensamientos de Decker.

—¿Qué hay de tu familia? —preguntó Decker, como retomando una conversación jamás iniciada.

Christopher nunca vacilaba y contestó como si supiera y comprendiera con exactitud qué era lo que Decker había estado pensando.

—Como no regresaban a casa ni tampoco llamaban, decidí telefonar a la compañía aérea: me dijeron que el tío Harry y la tía Martha figuraban en la lista de pasajeros de uno de los aviones que se habían estrellado cuando el Desastre. Me dijeron que no tenían gente suficiente para atender a todas las llamadas, y menos aún para ir al lugar de cada accidente a rescatar los cuerpos y notificar a los familiares más próximos —Christopher hizo una pausa—. Pero sí me dijeron dónde se había estrellado el avión —dijo haciendo una nueva pausa—. Intenté localizar el lugar de camino hacia aquí, pero estaba muy apartado de cualquier carretera. —Christopher pareció consternado ante el recuerdo de la decisión de dejar a sus tíos allí, en el lugar del accidente.

A Decker le conmovió el dolor que estaba seguro sentía Christopher. Ya hacía tres semanas que le hacía compañía y hasta ahora no había pronunciado palabra sobre su propia desgracia. Decker pensó que tal vez era hora de empezar a pensar en los demás. Y así, sin pensárselo dos veces, le lanzó la pregunta a Christopher.

—¿Quieres que vayamos juntos a buscarlos? Podríamos llevarlos de vuelta a casa, a Los Ángeles, y enterrarlos allí, o podríamos traerlos aquí y enterrarlos en el patio de atrás junto a Elizabeth, Hope y Louisa.

Pareció que Christopher agradecía el ofrecimiento, pero respondió que no creía que fuera una buena idea.

—No, verás, es que... está demasiado lejos —contestó.

—No te preocupes, nos podemos turnar al volante —bromeó Decker sin captar en el tono del precoz adolescente que éste prefería no hablar más del tema.

—Señor Hawthorne —dijo Christopher sin rodeos—, sus cuerpos llevan en esa montaña expuestos a los elementos y a las alimañas casi un mes. No creo que...

Decker se quedó turbado ante su propia estupidez. ¿Cómo no lo había tenido en cuenta?

—Lo siento, Christopher. No había pensado en eso.

—No se preocupe, señor Hawthorne —dijo Christopher. Y le miró con un gesto de comprensión que Decker percibió como realmente sincero. Al parecer, había aceptado la cruda realidad con determinación de seguir adelante—. Vamos —le urgió—, el desayuno se enfría.

Decker empezaba a entender el temor de Harry Goodman a revelar el origen de Christopher. Durante aquellas últimas semanas había empezado, sin saberlo, a pensar en Christopher casi como en un hijo. Podía ser una reacción a la pérdida de Elizabeth, Hope y Louisa, pero aquel sentimiento se debía en buena parte al carácter genuinamente desprendido de Christopher, que lo daba todo y no pedía otra cosa a cambio que habitación y comida. Fue entonces cuando decidió por fin y para siempre que la tierra podía seguir girando sin necesidad de revelar el origen de Christopher.

\* \* \*

Tres días después, mientras pasaba la tarde ojeando los últimos números de la revista *News World* que Hank Asher le había traído para que se pusiera al día, recobrar el interés por la vida y se recuperara, Decker estaba leyendo por encima un artículo dedicado a las diferentes teorías sobre la causa del Desastre cuando topó con algo que le hizo un nudo en el estómago.

«La búsqueda de una causa —leyó— ha sido tan ambigua que los Centros de Control de Enfermedades han llegado a considerar como posibles un montón de ideas de pura ciencia ficción. Una de ellas, la llamada teoría Andrómeda por el parecido que guarda con la novela de Michael Crichton *La amenaza de Andrómeda*<sup>[32]</sup>, sugiere la posibilidad de que una bacteria o un virus común muy extendido —y por tanto ignorado por los investigadores por considerarlo inocuo— hubiese sufrido simultáneamente un cambio evolutivo transformándose en extremadamente virulento. —Decker sintió una punzada en el estómago al contemplar las posibles implicaciones de lo que estaba leyendo—. Si así fuera —seguía la hipótesis—, la razón de que no hayan continuado dándose muertes en condiciones parecidas puede deberse a algún tipo de inmunidad natural presente en la población restante o a que el virus o bacteria asesinos hayan sufrido un segundo cambio evolutivo instantáneo que de nuevo los ha convertido en inocuos.»

Decker volvió a leer: «Muy comunes y extendidos... y por tanto ignorados...». Pensó en la noche antes del Desastre. Intentó recordar lo que el profesor Goodman le había contado sobre sus experimentos con el virus del resfriado. ¿Podía ser que el virus del resfriado genéticamente alterado con el que Goodman había estado investigando dos años antes fuese el responsable del Desastre?

«Tal cambio evolutivo simultáneo en cepas distribuidas por toda la geografía del planeta —continuaba el artículo— sólo se podría conseguir mediante ingeniería genética mucho más evolucionada de la que conocemos, y descartaría prácticamente

por completo cualquier causa natural.»

Le costaba respirar. Tenía que contarle a alguien lo que sabía.

«Pero la teoría Andrómeda, al igual que otras muchas, puede descartarse por los resultados de las autopsias. La acción de un agente vírico o bacteriológico de estas características dejaría a su paso toda una serie de indicadores claros y definidos que no aparecen en ninguna de las autopsias.»

Decker resopló. Era tanta la presión y la ansiedad acumuladas en esos breves segundos que ya sentía los primeros síntomas de una terrible jaqueca. Respiró hondo e intentó relajar la mente y los músculos, concediéndose algo de tiempo para recapacitar sobre lo que acababa de leer y considerar si todavía era necesario que llamase a los Centros de Control de Enfermedades. Finalmente decidió que no sería necesario, que el artículo tenía razón. Las autopsias habrían revelado algún tipo de evidencia. Se había investigado la teoría y ésta no era demostrable. Además, el asunto sobrepasaba los límites de las fuerzas que tenía para pensar.

Decker cogió una bolsa de hielo para la jaqueca y se echó un rato. Cuando despertó regresó a su tarea de repasar los números atrasados de *News World*. Aunque no siempre se referían exclusivamente al Desastre, sí que había alguna alusión a él en todos los artículos. En el número más reciente topó con un editorial de Hank Asher.

Después de toda gran tragedia llega un momento en el que alguien afirma con toda autoridad que quienes la han vivido jamás volverán a ser los mismos. Puede que sea una afirmación catártica. Puede que marque o ayude a marcar el punto a partir del cual todos decidimos que es tiempo de pasar página, tiempo de regresar a ese quehacer nuestro que es la vida. Nunca es fácil, pero sí necesario.

No es que insinúe que hayamos de tratar de olvidar lo ocurrido, o que hayamos de olvidar a quienes tanto significaban para nosotros. Menos aún insinúo que cesemos la búsqueda de una explicación a lo que ocurrió o de una forma de evitar que se repita.

En una era en la que nos hemos acostumbrado a obtener rápida respuesta a todo, se suma al horror que nadie halle una explicación a esta tragedia. Dicen que los funerales son para los vivos, que estampan con el sello final la pérdida de los que nos son queridos. Pero ese fin no llega si el misterio de la causa permanece. Los científicos hacen todo lo que pueden por determinar la causa y evitar que vuelva a ocurrir; pero para el resto de nosotros, la gran mayoría, no queda nada por hacer salvo aguardar y tener esperanza.

El mundo no tiene más elección que seguir adelante. Un amigo psicólogo me dice que, en cierta manera, nos resultará más fácil recuperarnos de esta tragedia que de las que habitualmente llenan nuestras mortales vidas. En el Desastre, todos perdimos a alguien: un familiar, un amigo, un vecino. Como mínimo conocemos a alguien que conocía a alguno de los que murió. Es algo parecido a cuando los soldados entran en combate, que sacan fuerzas unos de otros y de no estar solos.

Mientras escribo no puedo evitar pensar en los familiares, amigos, compañeros de

trabajo perdidos. Al recordar cada rostro y evocar los momentos en los que se cruzaron nuestras vidas, compruebo que muchos de ellos me sonríen. Puede ser que fuese así como solía verlos en vida o puede que sólo sea la forma en la que he elegido recordarlos. En muchos casos, me corroe el arrepentimiento por no haber sido más bueno con ellos, por no haber llegado a conocerlos mejor, por no haberme entregado más mientras tuve la oportunidad.

Sé que muchos de los que ahora leen estas líneas lamentan lo mismo que yo. ¿Qué no daría cualquiera de nosotros por volver a pasar un día más con los que perdimos? Si sólo pudiéramos volver atrás al día antes del Desastre, cuán diferentes seríamos, de qué modo tan diferente nos comportaríamos, qué cariñosos seríamos. Pero no hay nada que podamos hacer que nos devuelva ese día. No hay nada que podamos hacer para que vuelvan a nuestras vidas los que murieron.

¿Y los niños? ¿Cómo les afectará esto en sus vidas? Muchos de los niños de la Gran Depresión recordarían siempre la reacción de sus padres a la pobreza repentina y vivieron toda la vida en un estado ficticio de inseguridad económica, ahorrando tanto que llegaron a negarse mucho de lo que querían o necesitaban. ¿Qué recordarán los niños de esta generación cuando vuelvan la vista atrás y vean cómo hemos reaccionado a esta tragedia? ¿Qué huella imborrable les marcará para siempre después de haber experimentado este suceso?

Es natural lamentarse, pero si dejamos que la aflicción gobierne nuestras vidas, ¿no nos arrepentiremos después? ¿Cuántas veces más habremos de lamentar haber perdido la oportunidad de tratar a otros con más cariño o haberles conocido mejor o habernos entregado más? No nos ahoguemos en nuestro pesar, al contrario, recordémoslo siempre para celebrar cada nuevo día, para saber valorar cada nueva amistad.

Mientras nos lamemos las heridas después de una tragedia, todos asentimos cuando oímos decir que «ninguno de nosotros volverá a ser el mismo», pero en el fondo sabemos que no es verdad. La experiencia nos dice que lo olvidamos todo con demasiada rapidez. A cada nueva ocasión nos prometemos «esta vez será diferente», pero la nuestra es una especie fuerte. Para recordar, podemos grabar palabras como «nunca olvidaremos» en piedra o en granito, pero hacerlo en el alma humana no resulta tan fácil. La del alma es una materia más maleable, que cede bajo la presión del punzón para recuperar su estado un instante después. Y aunque maldigamos esta materia por conspirar con el tiempo para robarnos lo único que de los que murieron nos queda —el dolor—, sin esa fortaleza nuestra especie se habría extinguido hace miles de años.

Pasarán unos pocos años y parecerá que en nada ha afectado a nuestras vidas el suceso que ahora llamamos el Desastre. Pero tras experimentarlo, ¿quién será capaz de saludar al nuevo día sin pensar que tal vez sea el último? ¿Quién puede volver a mirar a unos niños jugar, a una planta crecer o a unos amigos charlar y no volver la vista atrás y dar gracias a su suerte por seguir vivo para presenciarlo?



Quizá esta vez sea diferente. Quizá esta vez el golpe haya sido tan fuerte que dejará una huella perdurable. El tiempo lo dirá. Todo lo que podemos decir por ahora es que ya nunca más volveremos a ser los mismos.

Aquél no era el típico editorial corrosivo de Hank Asher que Decker estaba habituado a leer. Pasó un rato en silencio, durante el cual meditó sobre las palabras de Asher. Luego sonó el teléfono.

—Residencia del señor Hawthorne —contestó Christopher más como un sirviente que como un chico de catorce años—. Sí, un momento, enseguida se pone. —Decker se levantó y se dirigió hacia el teléfono mientras Christopher le anunciaba que era el señor Asher, que llamaba desde *News World*.

—Hank, ¿cómo estás? —preguntó Decker con afabilidad.

—Yo bien. ¿Y tú qué tal? —Asher dejó claro por su tono que esperaba una respuesta detallada.

—Pues mucho mejor, la verdad. En serio, estoy bien —dijo Decker con arrojo.

Asher captó la determinación en su voz. Estaba convencido de que a Decker le faltaba bastante para estar bien del todo, pero sabía que estaba resuelto a recuperarse y eso ya era un gran paso.

—Bien —dijo Asher—. Y ¿cómo está el chico?

—Oh, es fantástico. Me está ayudando un montón.

—Mira, ya sé que no hemos hablado sobre los planes que tienes de volver al trabajo, pero necesito que me hagas un favor. Necesito que cubras una noticia en Nueva York el lunes.

—¡El lunes! —le espetó Decker—. Pero ¿por qué no mandas a alguien de la oficina de Nueva York? Para eso están, ¿no?

—En la oficina de Nueva York están bajo mínimos desde el Desastre. Y de verdad que es un encargo diminuto. Te vendrá bien. Podrás ir y volver el mismo día. Verás, enviaría a otro, pero se trata de una entrevista a Jon Hansen y tú eres el único que puede sonsacarle lo que me interesa.

—¿El embajador británico ante la ONU? —preguntó Decker sorprendido.

—La entrevista está concertada para el lunes por la tarde y ya te he comprado el billete.

—No sé, Hank —dijo Decker reticente pero cediendo algo de terreno al hombre al que tanto debía—. De todas formas, ¿de qué se trata? ¿Cuál es la noticia?

—Se trata del informe de Hansen sobre la situación en Oriente Próximo. La ONU perdió casi dos mil hombres destinados en la zona a causa del Desastre. Han intentado cubrir el vacío con refuerzos, pero el Desastre azotó con igual intensidad a muchos de los países que proporcionan soldados a la ONU. Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Suiza, todos han sufrido graves bajas. Con la amenaza de guerra en Oriente Medio debido a las obras iniciadas por los judíos para la construcción de un templo en el antiguo emplazamiento de la cúpula de la Roca, existen serias dudas

sobre si las fuerzas de la ONU podrán mantener la paz.

—¿Cuánta gente está enterada de la situación? —preguntó Decker mientras sentía desvanecerse su resistencia.

—Se rumorea y sospecha mucho, pero nadie conoce los datos con certeza. Hansen se ha negado a hacer declaraciones a la prensa, pero he conseguido que acceda a hablar contigo. Venga, Decker. En tu vida se te ha presentado mejor ocasión para estar «en el sitio adecuado en el momento oportuno».

Decker rió hacia sus adentros, pero Asher interpretó la pausa como que hacía falta un último empujón para que aceptara el trabajo.

—Entonces, ¿qué? ¿Lo harás o no? —preguntó por fin.

—Sí, lo haré. —Decker se volvió hacia Christopher, que había seguido atentamente toda la conversación—. Pero voy a necesitar dos billetes. —Christopher comprendió y asintió entusiasmado—. Y, otra cosa, ¿podrías organizarle una visita guiada al edificio de Naciones Unidas a Christopher?

—Me parece una idea excelente —dijo Asher—. El muchacho tiene que estar desesperado después de tanta encerrona. Os reservaré mesa también en el comedor de delegados para el almuerzo. Tu cita con Hansen es el lunes a las dos de la tarde.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

—Al edificio de Naciones Unidas —contestó Decker mientras dejaba que Christopher subiera primero al taxi.

Al reunirse con él en el interior, advirtió en el rostro del chico una extraña mueca, para la que no tardó en encontrar explicación. Una vez dentro del taxi les invadió un olor especial ya familiar. No era insoportable, pero lo llenaba todo y no resultaba nada agradable. Decker pensó en bajarse y pedir otro taxi, pero era demasiado tarde. El taxista pisó el acelerador, cruzó dos carriles y puso rumbo a su destino.

Se miraron y Christopher articuló en silencio «¿puedo bajar la ventanilla?».

Decker levantó la mano con el pulgar y el índice bastante separados, indicando que ocho centímetros serían aceptables. En el exterior hacía bastante frío, pero le pareció una concesión tolerable al hedor.

A los pocos minutos, Decker bajó también una rendija su ventanilla. Se percató entonces de que el taxista los observaba por el retrovisor. «Si me dice que suba la ventanilla —pensó Decker—, le digo que pare y nos bajamos.» Sus ojos se encontraron en el espejo y el taxista se dio cuenta de que Decker le había estado mirando mientras los observaba. Rápidamente llevó la mano al espejo, como comprobando que estaba bien ajustado.

—Bueno, ¿y para qué van a la ONU? —preguntó al rato.

—Sólo de visita —contestó Decker.

—Ah, ¿sí? —dijo—. Pues no es que se vean muchos turistas por aquí

últimamente.

Decker prefirió no contestar.

Un momento después, el taxista añadió:

—Pues ya pueden tener cuidado.

—¿Por qué lo dice?

—A mí, como si me llaman paranoico, pero yo ahí no entro sin máscara de gas.

A Decker le costó no soltar algún comentario sobre la necesidad de llevar una dentro del taxi. En su lugar, dijo:

—No le entiendo.

—Bueno, me da lo mismo lo que digan. Para mí que lo del Desastre fue todo cosa de terroristas árabes. Y si no, pues los rusos, porque no me va a decir usted que toda esa gente se quedó tiesa así por las buenas. Y, bueno, no sé si habrán estado alguna vez en el edificio de la ONU, pero ahí hay extranjeros por todas las esquinas. Claro que eso pasa en todo Nueva York, pero más en la ONU.

—Y si los árabes o los rusos son los responsables del Desastre —respondió Decker—, ¿por qué iban a matar a su propia gente?

—Ya, eso es lo que dice todo el mundo, pero ¿cómo sabemos cuántos de ellos murieron? Ésos mienten más que hablan. Además, los accidentes existen.

Decker se dio cuenta de que no tenía sentido intentar razonar con aquel hombre, así que se reclinó en el asiento para disfrutar del viaje en silencio. Pero el taxista no necesitaba un interlocutor para seguir conversando.

—Y claro que quiero que cojan a esos cabrones, como el que más y no es por ser cruel ni nada, pero qué quiere, si me pregunta, yo le diría que estamos mucho mejor sin tanta gente en el mundo. Y claro, ahora en la calle ya no hay ni la mitad de clientela. Por lo menos viva. Pero para un tío emprendedor como yo, pues qué le voy a decir, no hay mal que unos machacantes no traigan. Así que me pregunté: ¿cómo puede un tipo como yo sacar algo de pasta mientras no haya clientela? Y en nada se me ocurrió la idea. Si hay pocos vivos, ¿por qué no coger a los muertos! Así que llamé a un tipo que conozco que trabaja en un vertedero en Jersey, y a los dos días ya tenía montado el negocio.

Si Decker necesitaba que le confirmaran qué era aquel olor, ahora ya lo sabía.

—Sí, una idea genial —dijo el taxista retomando su discurso—. La parienta dice que el coche apesta, así que acabo de parar en el Seven Eleven y he comprado este ambientador. —El taxista señaló el pino de cartón que colgaba balanceándose del retrovisor—. Y se acabó el problema. Claro que al principio daba bastante cosa, pero puedo sacarme hasta doscientos dólares por cabeza por recoger los cuerpos, depende del estado de descomposición en el que estén. Y claro, a la mayoría de los fiambres del Desastre ya los han recogido, pero aun así todavía me llaman dos o tres veces al día, casi siempre para cargar suicidas. Gente que lo perdió todo en el Desastre y deciden unirse a sus muertos. Pero al principio es que me forraba. He llegado a meter aquí dentro a doce fiambres al mismo tiempo.

El taxista hizo entonces una pausa que animó a Decker a albergar falsas esperanzas de que por fin fuera a callarse.

—Y luego hay otra cosa —dijo una vez recuperado el resuello—. Fijo que ahora es mucho más fácil conseguir piso por aquí. Hombre, la mayoría de los apartamentos que uno encuentra siguen apestando a muerto pero, oye, dejas que corra el aire unas horas y, nada, como en casa.

El taxista se volvió y, levantando la barbilla, señaló hacia una tienda de empeños por la que pasaban.

—Y le diré quién más está haciendo su agosto con los muertos aparte del enterrador y yo: el prestamista. ¿Ven este anillo? —dijo alzando la mano derecha—. ¿Bonito, eh? Lo conseguí tirado de barato en una casa de empeños la semana pasada. Pero me apuesto lo que sea a que pagué cuatro veces más de lo que el prestamista dio por él. Y el tipo al que él se lo compró seguro que lo consiguió gratis de algún fiambre. Hay gente a la que no le gusta llevar cosas de un muerto, pero es lo que digo, oiga, ellos ya no las van a necesitar, ¿no?

—¿Hubo mucho pillaje? —preguntó Christopher al taxista, al parecer, ajeno al deseo de Decker de que éste cerrara la boca y se limitase a hacer su trabajo.

—Oh, sí, un montón. Le diré, había saqueadores rompiendo escaparates y vaciando tiendas a diestro y siniestro. Los tenderos mataron a unos cuantos a tiros, pero al día siguiente los saqueadores también andaban pegando tiros. Pero eso sólo duró unos pocos días. Luego Hizzoner, el alcalde, declaró abierta la veda para todo el que se encontrara en la calle después del toque de queda. Hasta el momento, he oído que la poli se ha cargado a más de treinta. Bueno, ya hemos llegado —concluyó el taxista mientras detenía el coche junto al edificio de la Asamblea General de Naciones Unidas.

Decker pagó a toda prisa, para no permanecer más de lo necesario en aquel coche. El taxista les dio las gracias y volvió a advertirles que tuvieran cuidado.

—Espero que te hayas dado cuenta de que ese taxista no sabía de lo que hablaba —le dijo Decker a Christopher de camino a la entrada del edificio de la ONU.

—¿Por lo de los rusos y los árabes? —preguntó Christopher.

—Bueno, sí, por eso también. Pero no sólo por eso.

—Claro, señor Hawthorne, ya lo sé. Pero de todas formas ha sido una experiencia interesante.

Decker se rió para sus adentros.

—Serías un buen periodista —le dijo.

Decker y Christopher atravesaron el Patio Norte hasta la entrada del edificio de la Asamblea General de Naciones Unidas. Tras pasar el control de seguridad, se acercaron al mostrador de información y seguridad y allí recogieron los pases para el comedor de delegados. Ambos disfrutaron muchísimo del bufé del almuerzo. La variedad era mayor de lo que ninguno había visto jamás en una sola comida y les gustó casi todo lo que probaron.

Después de comer, mientras estaban en el vestíbulo devolviendo los pases, oyeron como alguien llamaba a Decker. Se volvieron hacia la voz y, detrás de un grupo de gente con ropas de colores, vieron a un hombre alto y rubio que les sonreía y saludaba con un gesto. Era Jon Hansen.

Decker le devolvió la sonrisa y cruzó el vestíbulo hacia él.

—Embajador —dijo Decker mientras se acercaba tendiendo la mano—. Me alegro de verle de nuevo. No hacía falta que saliera a recibirnos.

—No es molestia —contestó Hansen con una simpática sonrisa—. Aunque para ser sincero, tenía cosas que hacer en el edificio. ¿Cómo estás? Te encuentro mucho mejor que cuando nos conocimos.

—Sí, bueno, eso es fácil —bromeó Decker—. Pero sí que como bastante mejor últimamente. Christopher es todo un cocinero.

Hansen miró con curiosidad a Christopher, que les escuchaba atento.

—Embajador Hansen, le presento a Christopher Goodman —dijo Decker en respuesta a la mirada de Hansen—. Vive conmigo desde el Desastre. Su tío abuelo era el profesor Harry Goodman de la UCLA, que de no haber muerto habría recibido el Premio Nobel en medicina.

—Bueno, Christopher, es un placer conocerte —dijo Hansen dándole un apretón de mano—. He leído sobre el trabajo de investigación que realizó tu tío en el campo del cáncer. Era un científico brillante. El mundo le echará de menos. Tal vez algún día continúes tú su labor.

—El profesor Goodman y yo éramos amigos desde mis tiempos en la facultad —continuó Decker—. Yo perdí... —Decker se mordió el labio para contener sus emociones. Por un momento había pensado que iba a poder decirlo sin más, pero cuando estaba a punto de pronunciar las palabras, le empezaron a temblar los labios y a dolerle las mejillas. Decker liberó el labio y lo intentó nuevamente—. Yo perdí a mi mujer y mis dos hijas. —Pausó brevemente y respiró hondo—. Así que cuando Christopher llamó a mi puerta, le invité a que se quedara. El profesor y la señora Goodman eran toda la familia que tenía.

—Lo siento de veras —dijo Hansen. Decker asintió en agradecimiento.

—Señor embajador —empezó Christopher educadamente.

—Dime, Christopher —contestó Hansen.

—Me interesa mucho lo que se pueda estar haciendo desde la Organización Mundial de la Salud para ayudar a averiguar la causa del desastre. ¿Están más cerca de dar con una respuesta?

—Bueno, Christopher —empezó Hansen agradado por el interés del chico—, me dicen que se han descartado ya cientos de factores. Así que supongo que eso es todo un progreso. Pero todavía no saben cuál fue la causa. Con todo, tengo fe en ellos. Darán con ella muy pronto, estoy convencido.

A Christopher pareció satisfacerle la respuesta.

—Entonces —dijo Hansen dirigiéndose a Christopher—, ¿ésta es la primera vez

que vienes a la ONU?

—Sí, señor —contestó Christopher—. ¿Tiene el despacho en este edificio?

—Oh, no. Me parece que casi todo el mundo cree que los despachos de los delegados están aquí en el edificio de Naciones Unidas, pero lo cierto es que las sedes de las misiones permanentes de cada país ante las Naciones Unidas se encuentran repartidas por toda la ciudad. La sede de la misión permanente de Gran Bretaña está a unas cuatro manzanas de aquí, en la plaza Dag Hammarskjöld, en la calle Segunda, vamos.

—Christopher es un gran admirador de la ONU, así que decidí que me acompañara —explicó Decker—. Va a hacer la visita guiada de la una y media.

—Bueno, pues entonces podemos acompañar a Christopher hasta el punto desde donde sale la visita y luego ir nosotros a mi despacho.

\* \* \*

Cuando Decker y Hansen llegaron a la misión británica, en la planta veintiocho del número uno de la plaza Dag Hammarskjöld, les recibió una atractiva joven de pelo rubio de veinte y bastantes años y un metro ochenta y ocho de estatura por lo menos, sólo cinco centímetros menos que Hansen. A Decker le chocó, más que la altura, su extraordinario parecido con el embajador. Los rasgos no eran tan marcados y la piel más suave y joven, pero el parentesco era más que evidente.

—Señor embajador —dijo apresuradamente mientras Hansen y Decker entraban al vestíbulo tras dejar atrás el control de seguridad—, ha llamado el embajador Fahd. Necesita hablar urgentemente con usted. Ha dejado un número de teléfono pero me ha dicho que si no le llamaba pronto luego no iba a poder localizarle. Ahora mismo le paso la llamada —dijo mientras se dirigía rápidamente hacia su mesa y Hansen entraba en el despacho.

—Decker, pasa y toma asiento, por favor —dijo Hansen sin volverse.

El despacho de Hansen era amplio, con muebles antiguos y las paredes revestidas de madera noble. Decker se sentó en una cómoda butaca de cuero frente a la mesa de Hansen. El embajador tomó asiento y tamborileó los dedos en la mesa delante del teléfono.

—Ya suena. —La voz de la joven les llegó con su marcado acento británico desde el despacho contiguo.

Hansen cogió el auricular y esperó mientras sonaba durante casi un minuto.

—No lo cogen, Jackie —le dijo a su ayudante—. Marca otra vez.

Hansen esperó impaciente mientras Jackie escuchaba esta vez el sonido de los tonos. Pero nadie contestó.

—Déjalo —dijo Hansen—. Supongo que no hay nada que podamos hacer excepto esperar a que vuelva a llamar y desear que no pase nada mientras tanto. —Hansen devolvió entonces su atención a Decker.

—¿El embajador Fahd? —preguntó Decker antes de que Hansen pudiera empezar a hablar—. ¿No es el embajador de Arabia Saudí?

—Sí, somos viejos amigos. Antiguos compañeros, para ser más exactos. Oxford, curso del setenta y dos. Hemos colaborado en varios proyectos para Naciones Unidas.

—¿Cómo el proyecto para Oriente Próximo sobre el que su comisión está preparando un informe?

—Bueno, sí. Pero, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Pues —empezó Decker no muy seguro de porqué había Hansen interrumpido la conversación sobre el proyecto para Oriente Medio para al minuto siguiente preguntarle en qué le podía ayudar. Después de todo, ¿acaso no era de eso precisamente de lo que tenían que hablar? ¿Podía Hansen haber olvidado el objeto de la entrevista?— me gustaría hacerle algunas preguntas sobre el informe de la comisión —dijo Decker por fin.

—Pero, Decker, sabes que esa información es estrictamente confidencial —contestó Hansen sorprendido.

—Un momento —dijo Decker muy despacio, sin poder ocultar su confusión—. ¿Acaso no aceptó hablar conmigo sobre ese informe?

—¡Por supuesto que no! —Hansen estaba desconcertado, pero Decker no detectó ira en su voz. Sólo estaba sorprendido.

—¿Sobre qué exactamente le dijo mi editor que quería yo hablar con usted?

—Bueno, el señor Asher... ¿tu editor? —le preguntó Hansen esperando confirmación. Decker asintió incómodo y abochornado por el derrotero que había tomado la entrevista—. Me dijo que querías preparar un artículo sobre mí para vuestra revista.

Decker se dio un manotazo en la frente y resopló frustrado y azorado.

—Señor embajador —dijo—, me temo que nos han engañado. Hank Asher me encargó que le hiciera una entrevista sobre el informe; me dijo que usted se había negado a hablar con otros periodistas del tema pero que había accedido a hablar conmigo.

—Bueno, eso no sería del todo justo, ¿verdad?

—Lo siento, embajador —dijo Decker, y sintió como su rostro se sonrojaba—. Debí sospechar cuando me dijo que había usted accedido a hablar conmigo. Supongo que permití que se aprovechara de mi vanidad. He sido un estúpido al pensar que usted... Oh, bueno, qué más da.

La reacción del embajador Hansen a su confesión fue del todo inesperada. Se echó a reír. Y era una risa simpática.

—No entiendo —dijo Decker—. ¿Qué tiene de gracioso?

—Me encantaría conocer a ese editor tuyo. Debe de ser un excelente juez del carácter humano. Ya me gustaría tener unos cuantos como él en mi equipo.

La expresión de Decker seguía reflejando su confusión.

—Pero ¿no lo entiendes, Decker? Nos la ha jugado a los dos con el mismo truco.

A mí ni siquiera se me ocurrió cuestionarme tus motivos cuando me dijo que querías escribir un artículo sobre mí. Yo también he sido víctima de mi propia vanidad.

Decker forzó una sonrisa. No le encontraba la gracia pero tampoco quería aguarle la diversión al embajador. Además le prefería riéndose que iracundo.

—Bueno —dijo Decker pasados unos instantes—, no sé por qué no vamos a seguir adelante y preparar ese artículo. ¿No ríe mejor quien ríe el último? Usted tendrá la publicidad prometida, y Asher no me podrá echar en cara que no le he conseguido un artículo.

—Me gusta esa manera de pensar, señor Hawthorne. Podrías ser un buen político —dijo Hansen sinceramente.

Decker lo tomó como un cumplido.

\* \* \*

Christopher Goodman no se separó de la guía, que condujo al grupo de visitantes por dos de los tres salones de los Consejos; primero el del Consejo Económico y Social (ECOSOC) y después el Salón del Consejo de Seguridad. Desde allí pasaron al Salón de la Asamblea General. Cuando salían de él, Christopher se acercó al balcón del atrio para observar el vestíbulo para las visitas, que quedaba cuatro plantas más abajo. Del techo, entre dos plantas, colgaba una réplica del *Sputnik* ruso, el primer satélite artificial.

En ese momento se aproximó a la entrada posterior del Salón de la Asamblea General un grupo que seguía a un hombre de unos setenta años. Las personas del grupo batallaban educadamente por ganar posiciones, respetando cierta distancia pero acercándose lo suficiente para poder escuchar lo que decía el hombre y ser los próximos en formular la siguiente pregunta. Por su forma de vestir, era obvio que representaban a muchas culturas y nacionalidades diferentes.

—El secretario general U Thant —estaba diciendo el hombre— es para mí más que mi mentor político, lo considero también mi mentor espiritual. Fue precisamente cuando trabajaba para él como subsecretario cuando me enteré... —El hombre dejó de hablar repentinamente y se giró bruscamente para examinar el perfil del chico que había visto por el rabillo del ojo.

—¿Qué ocurre, señor subsecretario? —preguntó alguien. Pero el hombre ignoró la pregunta, tan concentrado estaba en mirar al chico.

Christopher se volvió y vio que su grupo continuaba la visita y estaba a punto de subirse a un ascensor. Con prisas por reunirse de nuevo con el grupo, Christopher no se percató del interés que había suscitado en el anciano y en algunos de los que lo rodeaban cuando se abrió paso entre ellos, pasó a escasos centímetros del anciano y se apresuró hacia el ascensor a fin de unirse al grupo antes de que se cerraran las puertas.

—¡El chico! —dijo el hombre por fin, mientras Christopher esquivaba el grupo de



hombres de negocios japoneses que se interponía entre él y el ascensor—. Es él. Sé que es él. —En un intento por salir de su estado de choque y actuar mientras tenía la oportunidad, el anciano gritó—: ¡Deténganlo! ¡Que alguien detenga a ese chico! — Pero nadie se movió más que para volverse y ver lo que ocurría. El ex subsecretario de la ONU no podía esperar a dar explicaciones o a que los otros reaccionaran. De un empujón hizo a un lado a sus asistentes y salió corriendo detrás del chico. Para un hombre de su edad, el esfuerzo fue ímprobo, pero la balanza estaba totalmente descompensada; su momento de duda le había hecho perder la oportunidad. Christopher había entrado en el ascensor y las puertas se cerraron tras él.

Un instante de indecisión, un momento de duda habían marcado la diferencia. Christopher había volado.

—¡No! ¡No es justo! —dijo el hombre sin más explicaciones, ajeno al resto del grupo que había vuelto a reunirse con él. Le miraban y luego se miraban unos a otros, confusos, buscando algún sentido a aquel extraño episodio.

—¡No! —exclamó de nuevo—. No tenía que ser así. ¡No es justo! Ni siquiera he podido hablar con él. —Ahora su voz era apenas un susurro. Ninguno de los del grupo entendía lo que acababa de ocurrir ni a lo que se refería el anciano, y no parecía que él fuera a contárselo. De repente, el anciano pareció recordar algo, y dijo —: Alice. Tengo que encontrar a Alice.

\* \* \*

Cuando hubo finalizado la visita, Christopher buscó a Decker pero en su lugar se encontró con un joven que el embajador Hansen había enviado para recogerle. Cuando llegaron al despacho de Hansen, Decker se disponía a marchar.

—Bueno, Christopher, ¿qué tal la visita? —preguntó John Hansen.

Christopher iba a contestar cuando un hombre calvo y flaco de bigote rojizo entró a toda prisa por la puerta abierta del despacho con una expresión de enorme gravedad. Todos los ojos del despacho contiguo seguían al hombre; en todos los rostros se dibujaron muecas de auténtico pavor. Por lo visto, todos lo reconocían, y aunque nadie había intentado detenerlo, era evidente que su llegada era algo que había que temer.

—Jon, lo han hecho —dijo el hombre con un marcado acento alemán—. Acabo de hablar con Fahd y me ha confirmado que Siria, Jordania, Irak y Libia han lanzado un ataque conjunto contra Israel.

—¡Maldita sea! —exclamó Hansen—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Sólo unos momentos antes de que llamara Fahd. Los sirios han atacado desde el norte, por la frontera con Israel, y a través del Líbano. Los ejércitos jordanos e iraquíes han lanzado un ataque simultáneo desde el este. Siria, Libia e Irak han coordinado ataques aéreos contra campos de aviación israelíes. Todavía no se sabe nada de los daños ni de si los aviones israelíes han tenido tiempo para despegar.

—¡Maldita sea! —repitió Hansen.

Decker y Christopher, que se habían hecho a un lado para no estorbar, no perdían detalle de la conversación pero no parecía que le importase a nadie. La noticia no tardaría en ser de dominio público.

Hansen y el otro hombre seguían hablando cuando les interrumpió la joven alta de pelo rubio.

—Padre —dijo—, el embajador Rogers está al teléfono y dice que tiene que hablar contigo de inmediato. —Su actitud era tranquila y propia de su refinada educación, pero Decker captó en su voz la preocupación que había traicionado su trato de deferencia hacia el embajador.

Decker no tenía ni idea de quién podía ser el embajador Roger, pero Hansen y el alemán se mostraron ansiosos por hablar con él.

—Hola, Frank —dijo Hansen—, soy Jon. El embajador Reichman está aquí conmigo. Tengo entendido que por ahí las cosas han tocado fondo. ¿Qué puedes contarnos sobre la situación? —Hansen hizo una pausa para escuchar, pero por su rostro supieron enseguida que no estaba preparado para la respuesta de Rogers.

—¡Tel Aviv! ¿En el casco urbano? —dijo consternado—. ¿Estás seguro que no ha sido solamente a las bases militares de la zona?

Decker aguzó el oído con renovado interés.

Hansen volvió a hacer una pausa y luego tapó el auricular y se dirigió a Reichman.

—Están bombardeando zonas civiles de Tel Aviv. Rogers dice que ya han caído decenas de bombas.

Hasta ese momento, Decker se había conformado con escuchar la conversación de los embajadores, pero ahora aquello le concernía personalmente, así que, saltándose él también todo formalismo, se acercó a los dos hombres. Hansen ni siquiera pareció enterarse de aquella violación del protocolo, y continuó escuchando al embajador Rogers al otro lado del teléfono.

—Frank, ¿estás bien? —preguntó Hansen con preocupación—. ¿Corre la embajada peligro? —La respuesta de Rogers tranquilizó a Hansen en lo que a la seguridad del personal de la embajada se refería.

—De acuerdo, Frank —dijo después de otra pausa—. Espera un momento, lo haré ahora mismo. ¡Jackie! —dijo volviéndose hacia su hija—. ¡Ponme con el embajador sirio, el embajador ruso y el embajador iraquí de inmediato, y en ese orden!

Durante esta interrupción momentánea, la mirada de Hansen vagó por la habitación hasta cruzarse con la de Decker, oportunidad que éste aprovechó para exclamar: «¡Tom Donafin sigue ingresado allí en el hospital!».

Durante una fracción de segundo, Hansen retuvo la mirada, sus ojos fijos en los de Decker. En su rostro se reflejó un sentimiento de sincera preocupación, pero no contestó. En ese momento tenía mayores y más urgentes preocupaciones y responsabilidades. De nuevo se dirigió a su interlocutor.

—Frank, voy a ejercer toda la presión de la que sea capaz desde aquí para que detengan los bombardeos sobre objetivos civiles, pero no sé si servirá de algo. Me ayudaría mucho que me proporcionases más datos sobre qué zonas de la ciudad exactamente están siendo bombardeadas y cuáles son los daños registrados. —Cogió bolígrafo y papel de la mesa y empezó a tomar notas mientras asentía a cada dato.

Decker se dio cuenta de lo trivial que era su ruego en comparación y se retiró a un lado.

—Embajador, tengo a alguien del despacho del embajador sirio al teléfono —dijo la hija de Hansen recordando esta vez el protocolo—. Le pasarán con él tan pronto coja el teléfono.

Hansen prosiguió tomando notas al teléfono mientras levantaba la mirada hacia su hija.

—Frank, me pasan al embajador Murabi por la otra línea. Hablaré primero con él y luego haré el resto de llamadas. Si no te he llamado dentro de un cuarto de hora, llámame tú.

Hansen estaba a punto de colgar cuando recordó algo y volvió a llevarse el auricular a la oreja.

—Frank —dijo en voz muy alta para evitar que el embajador Rogers colgara. Tras un breve y angustioso silencio, Hansen continuó hablando—: Frank, otra cosa. Es un favor personal. ¿Recuerdas a los dos yanquis que me traje del Líbano? Verás, uno de ellos está aquí conmigo en el despacho y me dice que el otro sigue ingresado en un hospital de Tel Aviv. —Mientras Hansen escuchaba, Decker escuchaba también—. Sí, eso es. —El embajador Hansen miró a Decker; obviamente, necesitaba más datos.

—El hospital Tel Hashomer de Tel Aviv —contestó Decker.

—Tel Hashomer —repitió Hansen—. Su nombre es Tom Donafin. ¿Cuánto tiempo más se supone que tiene que estar ingresado? —preguntó volviéndose hacia Decker.

—Tienen que estar a punto de darle el alta. Sólo tenía que estar unos días en observación después de la última operación, y esto fue la semana pasada —contestó Decker.

—Frank —dijo Hansen regresando a su interlocutor telefónico—, al parecer puede abandonar ya el hospital. Si puedes, que le hagan un chequeo, y si está bien para viajar, métele en un avión y sácalo de ahí.

Hansen colgó y reconoció la mirada de agradecimiento de Decker.

—Rogers es un buen hombre. Hará todo lo que esté en su mano. —Decker no tuvo oportunidad de contestar antes de que Hansen continuara—: Y ahora —dijo con un dedo suspendido sobre la luz parpadeante del teléfono—, me temo que he de pedirlos que salgáis. —Decker empezó a andar hacia la puerta—. Déjale tu teléfono a Jackie y te llamaremos si tenemos alguna noticia de Tom.

\* \* \*

Robert Milner, ex subsecretario de Naciones Unidas, cruzó la puerta del Lucius Trust con la energía de un hombre con la mitad de sus años.

—Debo hablar con Alice —le dijo apresuradamente a la recepcionista—. ¿Dónde está? —Y sin esperar una respuesta, sorteó la mesa de la joven y se dirigió hacia el despacho de Alice Bernley.

—Lo siento, subsecretario, la señora Bernley no está —dijo la recepcionista sin poder impedir que Milner, en su impulso, terminara de recorrer el espacio que le separaba de la puerta del despacho de Bernley.

—¿Dónde está? ¡He de hablar con ella inmediatamente! —dijo mientras hacía un brusco giro de ciento ochenta grados y volvía a la mesa de la recepcionista.

—No ha dicho adónde iba, pero debe de estar a punto de volver.

La energía de Milner se desvanecía a medida que recorría inquieto de un lado a otro la recepción de la Fundación. La recepcionista ofreció a Milner una infusión de hierbas que él aceptó pero no probó.

Pasaron veinte minutos antes de que Milner divisara al otro lado de la plaza de Naciones Unidas la pelirroja cabellera de Alice Bernley, que regresaba a la oficina. Andaba apresuradamente, nerviosa, pero no tan deprisa como hubiera querido Milner, que corrió a su encuentro. Cuando le vio dirigirse hacia ella, aceleró el paso. Casi al unísono se llamaron uno al otro.

—¡Alice!

—¡Bob!

Y luego a un tiempo: «¡Le he visto!».

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó ella casi sin aliento debido a la carrera.

—¡En el edificio de Naciones Unidas, no hace más de media hora! Me ha pasado casi rozando. ¡Si llego a alargar el brazo, podía haberle tocado! Pero corre, dime, ¿dónde lo has visto tú?

—Hace un momento, en la calle Segunda, delante del número uno de Dag Hammarskjöld. Iba con un hombre y han cogido un taxi. He intentado... —Alice Bernley dejó la frase inacabada al observar como la sonrisa de Milner colmaba su rostro con la emoción de ver cumplida una promesa. Sólo entonces fue consciente de la importancia del momento, y por un minuto se quedaron allí los dos, quietos, mirándose.

—Le hemos visto —dijo ella por fin.

—Le hemos visto —confirmó él—. Justo como prometió el maestro Djwlij Kajm.

## ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?

TEL AVIV, ISRAEL

Tom Donafin se sentó al borde de su cama en el hospital Tel Hashomer de Tel Aviv y ajustó la bandolera de la cámara nueva que Hank Asher le había regalado deseándole una pronta recuperación. Al otro lado de la ventana se representaba en el cielo un impresionante espectáculo que el resplandor del fuego en tierra convertía en un cuadro surrealista. El destello de la artillería antiaérea dibujaba finos trazos en el cielo y de cuando en cuando el luminoso fogonazo de una explosión añadía otro terrorífico brochazo de color al lienzo. Tom lo había fotografiado todo desde que empezaron las primeras ráfagas. Incluso había conseguido instantáneas del combate aéreo entre un escuadrón de MiGs 25 libios y varios F-15 Eagle israelíes.

Se acercó de nuevo a la ventana abierta y oteó el horizonte en busca de más combates. Al igual que el resto de la ciudad, el hospital había apagado todas sus luces para no atraer la atención de los pilotos enemigos, lo que casualmente resultaba idóneo para hacer fotografías nocturnas. Tom oyó que alguien llamaba a la puerta de la habitación detrás de él y se volvió de un salto.

Al girarse Tom en la oscuridad de la habitación, el visitante, de pie en el vano de la puerta, se encontró de repente con un cañón que apuntaba directamente hacia él. El hombre se lanzó al suelo instintivamente, pero mientras lo hacía cayó en la cuenta de que el siniestro cañón que en un primer instante había confundido con alguna clase de lanzagranadas en miniatura o rifle antitanques no era más que el teleobjetivo de la cámara del americano.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Tom mientras bajaba la cámara y corría a ayudar a levantarse a su inesperado visitante—. ¿Está usted bien?

—Estoy bien —murmuró azorado y con acento británico el hombre mientras se sacudía la ropa—. ¿Es usted Donafin?

—Sí, soy Tom Donafin —contestó Tom ofreciendo de nuevo su mano, esta vez como saludo—. ¿Y usted quién es?

—Soy Polucki, de la embajada británica —dijo solícito—. En nombre de los embajadores Rogers y Hansen, estoy aquí para ofrecerle la ayuda del gobierno de su majestad con el fin de acelerar su evacuación del Estado de Israel. Le ruego acepte mis disculpas por no haberle notificado mi visita con antelación. Intentamos alertarle sobre la situación, pero no funcionan las líneas telefónicas. Siguiendo las indicaciones del embajador Rogers, me he tomado la libertad de interrogar a su médico sobre su estado y si puede viajar. Me ha dicho que lo mejor para acelerar su recuperación, dadas las circunstancias, es que abandone de inmediato la zona del conflicto. Además —dijo algo menos formalmente—, van a necesitar la cama para

los heridos.

—¿Adónde exactamente tienen pensado trasladarme? —preguntó Tom.

—Tengo instrucciones de llevarle en coche hasta la embajada británica, donde dispondrán de todo lo necesario para que pueda abandonar el país en el próximo avión o barco del Reino Unido, Estados Unidos o Naciones Unidas. Si usted así lo prefiere, tengo órdenes de dejarle en la embajada de Estados Unidos, donde dispondrán de preparativos parecidos.

Hacía tiempo que ansiaba salir del hospital, así que aceptó con vehemencia la oferta del embajador Rogers. A los diez minutos salían por la puerta principal. Aquella noche no se veían en Tel Aviv otras luces que las de los edificios en llamas, cuyo fulgor se reflejaba en el cielo lleno de humo y cubría la ciudad con un manto siniestramente brillante.

—Polucki —dijo Tom mientras su joven acompañante británico conducía lentamente el Mercedes por las calles abandonadas, encendiendo las luces sólo cuando era estrictamente necesario y sólo durante unos segundos cada vez—, ¿cuál es su nombre de pila?

—Nigel, señor —contestó Polucki.

—Polucki es polaco, ¿verdad? —preguntó Tom.

—Sí, señor. Mis abuelos consiguieron huir a Gran Bretaña cuando la invasión alemana al principio de la Segunda Guerra Mundial. Formaron parte del gobierno polaco en el exilio que los británicos reconocieron oficialmente como gobierno legítimo de Polonia.

En ese momento sintieron el aire retumbar y temblar a su alrededor y un segundo después escucharon el sonido de una explosión, seguida casi inmediatamente por el agudo silbido de un avión a reacción israelí que tras ser alcanzado se precipitaba en espiral hacia el suelo. Desde el interior del coche era imposible determinar la naturaleza de aquel sonido, pero por el fragor inaudito que hizo temblar el suelo a su alrededor, era cómo si se abriesen las puertas del infierno.

El piloto ya había muerto cuando el avión se estrelló contra la fachada de un edificio de oficinas de seis plantas a tan sólo dos manzanas del lugar donde Polucki había detenido el coche de un chirriante frenazo. El pie apretaba todavía a fondo el pedal del freno y los dedos se aferraban al volante, aunque ello no impedía que le temblaran las manos.

Tom también estaba temblando, pero agarró la cámara y salió del coche de un salto para conseguir una instantánea de la devastadora escena.

—Espera aquí —le dijo a su joven acompañante. Nigel no protestó; iba a necesitar unos minutos para calmar sus nervios y recuperar las ganas de seguir conduciendo. Tom había recorrido poco más de veinticinco metros cuando volvió a oír el rugir de motores a reacción. A su izquierda, el horizonte desapareció detrás de la envergadura de un F-35 israelí que se acercaba.

El avión volaba a ras de los tejados; el motor, absorbiendo grandes bocanadas de

aire al pasar por encima de la cabeza de Tom, perseguido muy de cerca por un MiG-31 libio. El F-35, mucho más manejable, alabeó bruscamente a la derecha, pero sorprendentemente el libio le siguió. El israelí ladeó entonces a la izquierda, pero el libio le seguía de cerca. Entonces, mientras Tom recogía las imágenes del duelo en su cámara digital, el israelí cometió lo que a Tom le pareció un error fatal: empezó a ascender. Tom sabía que el F-35 no podía competir con un MiG-31 en velocidad de ascenso. El libio se acercó a su objetivo. Los dos aviones rasgaban el cielo en su vertical ascenso, cuando el MiG disparó un misil aire-aire AA-6 (Acrid).

El Acrid se aproximaba en su trayectoria mortal y Tom preparó la cámara para captar el impacto. En lo que pareció era el último segundo, el F-35 ejecutó un rizo y empezó a descender en picado. La maniobra era buena, pero llegaba un instante demasiado tarde. El misil detectó con sus sensores de calor la estela del avión y viró con él. El israelí se precipitaba hacia el suelo en una vertiginosa carrera por salvar la vida contra el pertinaz Acrid. El piloto tendría que iniciar el ascenso enseguida, y cuando lo hiciera, el misil no tardaría en alcanzarlo.

Se acercó más y más al suelo, apurando al máximo el rumbo para ganar velocidad. Unos segundos más y sería demasiado tarde para iniciar el ascenso; el F-35 se estrellaría contra el suelo, seguido del obstinado Acrid.

El piloto estaba haciendo un valeroso intento, pero sobrepasado el punto a partir del cual Tom pensó que hubiese sido necesario ascender, lo conseguido hasta entonces pareció inútil. Tom se preparó para fotografiar el impacto, mientras el piloto levantaba, por fin, el morro del avión. «Demasiado tarde», pensó Tom, pero para su sorpresa el piloto elevó el aparato en un arco cerrado, evitando los tejados por menos de cincuenta metros. El avión daba fuertes sacudidas por el esfuerzo, pero el piloto consiguió dominarlo y mantuvo el rumbo hacia arriba. El misil empezó a seguir; pero no pudo ejecutar por completo el cambio de trayectoria.

Tom rastreaba el cielo en busca del misil rezagado cuando éste apareció delante de él. Se dirigía directamente hacia ellos. El misil atravesó el techo de metal del Mercedes de Nigel y explotó con un luminoso resplandor matando a Nigel al instante y desintegrando su cuerpo en diminutas partículas que volaron en todas direcciones a gran velocidad junto con residuos de proyectiles carbonizados. En un abrir y cerrar de ojos, cientos de fragmentos de metal y cristal impactaron en el cuerpo y el rostro de Tom produciéndole heridas profundas y sangrientas. Un instante después, el capó del coche le golpeó con violencia y lo lanzó contra el suelo.

#### DERWOOD, MARYLAND

Sentado delante del ordenador en su despacho, Decker mecanografiaba el artículo sobre el embajador Hansen. Era temprano, faltaban unos minutos para las seis de la mañana. Tenía que enviar el artículo por correo electrónico a *News World* ese mismo día, pero no había prisa. La noticia era la guerra en Oriente Próximo. La entrevista-

perfil de Hansen serviría para proporcionar un interesante artículo complementario a la información sobre la guerra. Decker quería presentar a Hansen como el hombre que había estado a punto de detener la guerra. Era un punto de vista exagerado, pero lo suavizaría en el cuerpo del texto.

Decker oyó como el reloj despertador de Christopher sonaba en la que había sido la habitación de Louisa. Faltaban pocos días para que empezaran las clases y el chico quería habituarse de nuevo a los madrugones. Cuando Christopher terminó de vestirse, Decker le tenía preparado el desayuno.

—Buenos días, dormilón —dijo Decker cuando Christopher entró en la cocina—. Te he preparado tu desayuno preferido: ¡gofres con mucho beicon y sirope ardiendo!

Christopher le sonrió con perspicacia y contestó:

—Bueno, señor Hawthorne, me parece recordar que ése es su desayuno preferido. ¿Lo recuerda?

Decker se llevó la mano a la boca y soltó un grito apagado en fingida sorpresa.

—Vaya, pues ¡es verdad! —dijo continuando con el juego—. ¡No me digas que no es una genial coincidencia!

Rió con su propia broma y fue a coger el mando para encender el televisor de la cocina. Eran las seis y media y acababa de empezar el boletín de noticias. «Abrimos con la guerra en Oriente Medio —dijo el presentador—. Para contarnos lo que ocurre tenemos a nuestros corresponsales Peter Fantham en Tel Aviv y James Worschal en el Departamento de Estado. Adelante, Peter».

«Gracias, John. Hoy se celebra el sabbat en Israel, un día de fiesta, pero son muy pocos los que descansan. La noche pasada, cuando la puesta de sol marcaba el comienzo del sabbat, varios cazas sirios, libios e iraquíes penetraron en el espacio aéreo israelí en pos de docenas de blancos estratégicos. Al mismo tiempo, tropas del ejército de tierra sirio cruzaron las fronteras de Israel desde Siria y el Líbano, con apoyo de tropas del ejército de tierra jordano. Los enfrentamientos que han tenido lugar durante toda la noche se han prolongado hasta bien avanzada la mañana en diversos frentes, provocando un elevado número de bajas en ambos bandos.

»Ahora mismo me encuentro ante los restos humeantes de un MiG-25 libio de fabricación rusa, uno de los aviones más modernos del arsenal árabe, que fue derribado anoche por un F-15 Eagle israelí durante un combate sobre la ciudad de Tel Aviv. Pero varias fuentes informan a la CNN de que aunque han sido derribados muchos más MiGs libaneses e iraquíes que cazas israelíes en los combates de anoche, la noticia de este primer día de guerra se vivía metros más abajo, en tierra.

»La CNN ha podido saber que el grueso de las Fuerzas Aéreas israelíes no ha llegado a despegar. Según una de nuestras fuentes, docenas de cazas y bombarderos israelíes fueron destruidos en tierra y tuvieron que ser retirados con tractores de las pistas para que despegasen los que todavía podían. La cúpula militar israelí se ha negado a hacer declaraciones y ha ignorado nuestras solicitudes para entrar con las cámaras en alguna de sus bases, pero hay estimaciones no oficiales que hablan de la



pérdida de hasta el sesenta por ciento de la totalidad de las Fuerzas Aéreas israelíes. Si estos cálculos estuvieran en lo cierto, Israel puede muy bien estar luchando no ya por su supervivencia, sino por su existencia misma.»

La imagen pasó ahora a otro reportero. Éste se encontraba de pie en medio de un espacioso vestíbulo con las banderas de varios países detrás de él. El pie de imagen lo identificó como James Worschal y al lugar, como el Departamento de Estado de Estados Unidos. «Ésta es la cuarta vez que Israel entra en guerra con sus vecinos árabes —comenzó el periodista—. En ocasiones anteriores, siempre ha salido vencedor a pesar de estar en minoría. Pero parece que esta vez la suerte ha caído del lado de sus vecinos árabes.

»Israel ha dependido en el pasado de cuatro ventajas estratégicas elementales: capacidad superior de información, soldados y oficiales mejor entrenados y más motivados, una fuerza aérea excepcional y desconfianza y falta de organización entre los mandos árabes aliados. Pero esta mañana, tres de esas cuatro ventajas estratégicas parecen haber sufrido severos daños o haberse perdido de forma definitiva.

»El ataque no sólo ha logrado destruir buena parte del material de las Fuerzas Aéreas israelíes, como nos cuenta Peter Fantham desde Tel Aviv; su éxito es una demostración de que la eterna falta de cooperación entre los países árabes parece haber llegado a su fin. La CNN ha recabado la opinión de varios expertos militares, y todos coinciden en afirmar que el ataque conjunto de anoche fue casi impecable. La coordinación entre sirios, libaneses, iraquíes y jordanos ha sido toda una exhibición de ofensiva militar moderna sincronizada. Las naciones árabes implicadas pueden, al menos en parte, agradecerse a Estados Unidos. Fuentes militares estadounidenses están de acuerdo al afirmar que la experiencia obtenida por Siria durante su colaboración con Estados Unidos en la Operación Tormenta del Desierto y otras operaciones posteriores ha sido determinante para el éxito de este ataque.

»Y por último, John, está el factor sorpresa, la clave del éxito del ataque de anoche. Los árabes lanzaron una gran ofensiva a tres flancos de forma totalmente inesperada. El servicio secreto israelí, el Mosad, pasa por ser el mejor del mundo, pero anoche parece que se quedaron dormidos. Adelante, John.»

Ahora apareció en la televisión una pantalla partida con el estudio del telediario de Atlanta a un lado, y en el otro el reportero en el Departamento de Estado. «Jim, ¿qué hay de la iniciativa de defensa estratégica israelí de la que tanto hemos oído hablar? ¿No es ése un factor determinante?»

«No, John. Aunque Israel, como bien dices, cuenta supuestamente con una capacidad de defensa estratégica muy desarrollada —hay quienes aseguran que es más avanzada que la iniciativa estadounidense—, este programa tan espiado no se considera un factor a tener en cuenta en este conflicto. La razón es que los árabes se han servido en todo momento de fuerzas de ataque convencionales y la defensa estratégica israelí —como indica su nombre— ha sido concebida para defender al país de un ataque *estratégico* con misiles que van desde los SCUDS a los ICBM. La

defensa estratégica o escudo antimisiles es inútil cuando se trata de detener a pequeños aviones de vuelo rasante y ejércitos de tierra.»

«¿Qué pronósticos dan ahí en el Estado de Defensa? —dijo el presentador—. ¿Se ha discutido la posibilidad de una intervención directa de Estados Unidos? Y, aun cuando Estados Unidos participara, ¿hay alguna esperanza de que Israel pueda algún día recuperarse de esto?»

El reportero con conexión desde el Departamento de Estado se ajustó el auricular. «John, aquí nadie habla abiertamente sobre una intervención directa, aunque sí que es muy probable que Estados Unidos y Gran Bretaña respondan enviando ayuda en forma de material militar. En cuanto a la segunda pregunta, nadie se atreve a apostar por unos o por otros, pero sí que se respira un silencioso optimismo. A pesar del éxito de la primera ofensiva, cabe recordar que ésta no es la primera vez que Israel sufre un ataque sorpresa. La primera fue en la guerra del Yom Kippur, en la que las Fuerzas Aéreas israelíes derribaron más de doscientos MiGs sirios sin perder ni un solo avión israelí. El otro ejemplo, no menos impresionante, es el de julio de 1970, cuando en el único enfrentamiento directo que mantuvo Israel con la Unión Soviética, los israelíes derribaron seis MiGs 21 rusos y los soviéticos no alcanzaron ni a uno de los aviones enemigos. Si las fuerzas aéreas pueden doblar esa hazaña en esta guerra, es posible que todavía tengan la oportunidad de sobrevivir.»

«Gracias, Jim. Y ahora nos ofrece más detalles sobre la situación nuestro enviado especial en Jerusalén, Tom Slade.» En la pantalla apareció una imagen del monte del Templo.

«John, árabes e israelíes no han necesitado nunca una excusa para enfrentarse, pero en esta ocasión existe una razón evidente. Ésta es una guerra santa, una *jihad*, que ha unido a países árabes que hace sólo unos pocos años eran enemigos encarnizados. Resulta sorprendente que como causa común tengan un pedazo de territorio del tamaño de unos dos campos de fútbol.

»A mi espalda, como veis, continúa a pesar de la guerra la construcción del Templo judío sobre un terreno que judíos y musulmanes reclaman para sí. Durante casi mil doscientos años se elevó sobre este lugar la mezquita de Omar, el tercer santuario más sagrado del islam, pero ésta fue destruida por extremistas judíos hace tres años. Antes de la mezquita, se elevaba en el mismo lugar el Templo judío, el cual fue destruido a su vez por los romanos en el año 70.

»Los judíos ortodoxos, que desde que Israel se convirtió en Estado en 1948 trataban de reunir apoyos para reconstruir el Templo, intentaron presentar la destrucción de la mezquita como una señal divina, pero para la mayoría de los israelíes el Templo era un tema sin trascendencia.

»Desde que los palestinos volaron el Muro de las Lamentaciones y la mezquita fue destruida por los israelíes hace tres años, el lugar ha permanecido acordonado, bajo vigilancia e imperturbado tras la línea de policía israelí. Durante estos años, la política israelí ha dado un brusco giro a la derecha en respuesta a los continuados

disturbios y atentados suicidas palestinos. El año pasado, el partido Ichud de Moshe Greenberg realizó una campaña de línea muy dura en la que, entre otras cosas, se comprometían a expulsar a los palestinos sospechosos de participar en disturbios y a cumplir la promesa simbólica de reconstruir el Templo. El partido consiguió una representación insuficiente pero sólida en la Kneset. Cuando el Ichud buscó el apoyo de los partidos políticos minoritarios para formar un gobierno de coalición, éstos exigieron a cambio que la reconstrucción del Templo pasara a ser un asunto prioritario en el programa de gobierno.

»Ahora, después de tantos años de remontada de las tensiones y la violencia entre palestinos e israelíes, incluso muchos israelíes no religiosos apoyan desafiantes la reconstrucción del Templo como edificio de notable relevancia cultural e histórica. Y por irónico que parezca, la guerra continúa a nuestro alrededor mientras que en el monte del Templo las cuadrillas de obreros continúan con su trabajo.»

«Tom, ¿qué me dices de las cuadrillas? ¿No existe un elevado riesgo de que los árabes lancen un ataque para destruir lo que ya se ha construido?», preguntó el presentador.

«Pues no exactamente, John. Has de recordar que aun sin la mezquita de Omar, el monte sigue siendo el tercer lugar más sagrado para el islam. De momento se considera muy poco probable que los árabes hagan algo que pueda dañarlo. No van a bombardear las obras, pero muchos han jurado tirar el Templo abajo con sus propias manos si consiguen tomar Jerusalén.»

«Gracias, Tom —dijo el presentador, y la imagen volvió al estudio—. En Nueva York, el Consejo de Seguridad de la ONU celebra esta tarde una reunión de emergencia para decidir qué acciones tomar en respuesta a este estallido de las hostilidades. El embajador británico ante Naciones Unidas, Jon Hansen, ha sido muy claro en sus declaraciones. Hansen, que recientemente visitó Oriente Próximo a la cabeza de una delegación de la ONU, ha hecho una llamada a las Naciones Unidas para que responda con estrictas sanciones económicas, y ha sugerido que en caso de continuar los enfrentamientos es posible que solicite el despliegue de la recién botada flota naval de la ONU para el bloqueo de los puertos de las naciones combatientes.

»Todas estas declaraciones y toma de posiciones se repiten en todas las guerras, pero en esta ocasión el mundo está en duelo y espera todavía la publicación del informe oficial sobre la causa del Desastre. La realidad ha cambiado y parece que ha habido muertes suficientes para mucho tiempo.»

Decker bajó el volumen con el mando.

—Bueno, Christopher, parece que nuestro viaje a Nueva York te ha brindado la oportunidad de presenciar desde un lugar aventajado cómo se hace la historia.

Por la cara de Christopher era evidente que estaba disgustado.

—«Guerra santa» —dijo citando a uno de los reporteros—. De nuevo vuelve el hombre a utilizar las diferencias religiosas como justificación de sus ambiciones personales. La religión debería elevar al hombre, no servir de excusa para la muerte y

la destrucción.

Decker no esperaba una respuesta tan seria de su joven pupilo. Tardó un poco en cambiar de actitud y ponerse al nivel del chico; un nivel, por otra parte, muy superior al de su inocente comentario sobre observar la historia desde un mirador privilegiado. Esperó a que Christopher continuara con lo que tenía que decir, pero parecía satisfecho con guardarse su opinión para sí y volvió a concentrarse en el desayuno. Decker decidió que lo sondearía. No sabía qué esperar, pero allí, compartiendo la mesa del desayuno, estaba el clon de Jesús de Nazaret, un detalle que por increíble que pareciera era muy fácil de olvidar, y estaba hablando precisamente sobre religión. Decker quería que siguiera con el tema un poco más.

Hacía tiempo que había decidido no revelar jamás a Christopher el secreto de su origen. Pero al igual que el resto de los mortales, Decker se preguntaba sobre el sentido de la vida, sobre la vida después de la muerte, sobre cómo es. Ansiaba escuchar lo que Christopher tenía que decir sobre estos temas. Pero cuando estaba a punto de hablar, dudó. Al fin y al cabo, Christopher no tenía más que catorce años. ¿Hasta dónde podía llegar su capacidad de discernimiento en estos temas? Desde luego que no iba a ser como si estuviera hablando con Jesús; el profesor Goodman había dejado muy claro que Christopher carecía de un recuerdo de la vida pasada. Pero Decker no pudo evitar hacer su pregunta.

—Christopher —empezó—. No quiero inmiscuirme en tu forma de pensar, así que si no quieres hablar sobre ello me lo dices, pero me interesa eso que decías sobre la religión. —«Eso es», pensó. «Ni demasiado agresivo, ni demasiado discreto.» No quería decir nada que tuviese que explicar después.

Lo que Decker estaba a punto de escuchar iba a superar todas sus expectativas. Christopher no contestó de inmediato, sino que permaneció un rato en silencio, como si tomase algo muy seriamente en consideración. Decker pensó al principio que sólo buscaba una respuesta a su pregunta, pero por la expresión del chico se dio cuenta de que era algo totalmente diferente. ¿Acaso había adivinado la razón que se ocultaba tras su pregunta?

—Señor Hawthorne —empezó Christopher. Nunca hasta entonces le había visto Decker tan serio—. Hace tiempo que quiero hablar con usted sobre una cosa, pero el momento nunca parece el idóneo.

Christopher respiró hondo mientras Decker esperaba ansioso y sorprendido.

—Sé quién soy —dijo—. Sé que me clonaron a partir de las células que el tío Harry encontró en la Sábana de Turín.

—¿Qué dices? ¿Cómo lo sabes? —consiguió farfullar Decker a pesar de su asombro.

—Bueno, ya de pequeño me sentía diferente a los otros niños. Pero cuando se lo comentaba a la tía Martha, ella me decía que todos los niños se sienten así de vez en cuando y que no me tenía que preocupar. La tía Martha era una mujer maravillosa; siempre conseguía hacerme sentir bien.

»Luego, cuando crecí, unos días antes de cumplir los doce, tuve una pesadilla terrorífica en la que me crucificaban, ¡literalmente! Fue tan real. No hablé de ello a la tía Martha ni al tío Harry porque pensaba que no era más que una pesadilla. Pero en los meses que siguieron tuve el mismo sueño varias veces más. Yo había oído hablar de la crucifixión, por supuesto, pero no era algo que me asustara particularmente, desde luego no para provocar una pesadilla recurrente. Aquellos sueños eran siempre terroríficos mientras sucedían, pero cuando despertaba me parecían absurdos y no tardaba en volverme a dormir.

»Entonces, hace aproximadamente un año ocurrió algo. Yo estaba con el tío Harry en su despacho; él sentado en su mesa trabajando mientras yo hacía mis deberes en su enorme y mullido sillón. Así estábamos cuando yo me quedé dormido. Volví a tener la misma pesadilla y al parecer empecé a hablar en sueños. Cuando desperté, el tío Harry estaba sentado delante de mí y me miraba con una expresión muy rara. Había recogido casi todo lo que dije en su vieja grabadora. Me preguntó qué había soñado y yo se lo conté. Cuando me puso la cinta yo no entendí nada de aquello. Era mí voz, pero lo que hablaba no era inglés.

»El tío Harry llamó a alguien del departamento de lengua de la universidad, reprodujo la cinta al teléfono y le preguntó si podía identificar aquella lengua. El hombre dijo que era arameo antiguo mezclado con algunas palabras hebreas.

»Fue entonces cuando el tío Harry me contó lo de la Sábana y todo lo demás. El profesor del departamento de lengua había dicho que al parecer yo había pronunciado un par de cosas que se parecían mucho a las palabras que se cree dijo Jesús cuando lo crucificaron.

»Aquello daba miedo pero, a decir verdad, también resultaba genial, sobre todo después de que el tío Harry me contara su teoría sobre la posibilidad de que Jesús proviniera de otro planeta. Supongo que a todos los chavales les gusta pensar que son especiales. Me hizo prometer que no se lo diría a la tía Martha ni a nadie más; tenía miedo de lo que la gente pudiera pensar o hacer si lo supiera. Sobre todo le preocupaban los cristianos conservadores, porque seguro que creen que clonar a Jesús es un pecado. Me dijo que el único que lo sabía además de nosotros era usted. Y, claro, por entonces estaba en el Líbano.

—Pero ¿cómo puedes recordar todo eso?

—El tío Harry se preguntaba lo mismo, y tenía una teoría que lo podía explicar. Decía que cada célula del cuerpo posee los patrones del cuerpo entero —no sólo información como la raza, el sexo, el color del pelo y de los ojos, o sobre si serás alto o bajo—, sino todo lo que cada célula del cuerpo necesita saber para cumplir con su función. Es así como un óvulo fertilizado se puede reproducir para formar algo tan complejo como un ser humano. La información incluso le dice a las células de un dedo en qué dedo están y cómo se supone que han de crecer para que ese dedo encaje con el resto de dedos en la mano y sea del mismo tamaño que el dedo correspondiente de la otra mano. Decía que esa información es también la que hace

que sea posible la clonación.

»Pero el tío Harry creía que es posible que las células sean portadoras de más información aún. Me decía que para los científicos, aproximadamente el noventa y cinco por ciento del ADN es “ADN basura”, porque es repetitivo y no se ha averiguado todavía para qué sirve. Él pensaba que a lo mejor el “ADN basura” sirve para recoger los cambios que puedan producirse en otras células, de forma que todas ellas almacenan información sobre el resto, incluidas las células del cerebro. Esto, según él, podía resolver algunos interrogantes sobre la evolución y lo que él llamaba el inconsciente colectivo de las especies, pero no me lo explicó del todo.

Decker reconoció la referencia a las teorías del protegido de Freud, Carl Jung.

—Antes de morir; el tío Harry estaba experimentando con ratones blancos para ver si un ratón clonado puede recordar el camino de salida de un laberinto del que previamente se ha enseñado a salir al ratón original. Creo que nunca llegó a completar esta fase de la investigación.

»Él achacaba mi memoria parcial al trauma celular provocado por la crucifixión, la resurrección y la clonación.

—¿Recuerdas algo de después de la resurrección de Jesús? —preguntó Decker.

—No. El tío Harry me dijo que no podía tener recuerdos de eso porque a mí me había clonado a partir de una célula que quedó adherida a la Sábana a los pocos segundos de resucitar.

—¿Y recuerdas algo más de tu vida como Jesús aparte de la crucifixión?

—El tío Harry intentó despertar mi memoria leyéndome extractos de la Biblia de la tía Martha. Fue interesante, pero no me ayudó a recordar; aunque sí había algo en la Biblia que no era del todo correcto.

Aquello intrigó a Decker.

—¿El qué? ¿Qué estaba equivocado?

—Bueno, la Biblia da a entender que Jesús sabía en todo momento que lo iban a matar; que todo estaba escrito, pero no fue así. Ya sé que todo esto suena muy raro, pero en mi sueño, antes de la crucifixión, recuerdo que yo estaba ante Pilatos y que él me hacía preguntas. En todo ese rato no dejaba de pensar que de un minuto a otro vendrían los ángeles a rescatarme. Pero algo fue mal, señor Hawthorne; ¡creo que la crucifixión nunca tenía que haber ocurrido! Pasé horas clavado a aquella cruz, con clavos que me atravesaban las muñecas y los pies, intentando comprender qué era lo que había ido mal. Por eso dije: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿para qué me desamparaste?»<sup>[33]</sup>. Creo que no estaba escrito que yo muriera. ¡Creo que se suponía que Dios debía rescatarme!<sup>[34]</sup> Era evidente que se trataba de un recuerdo muy doloroso para Christopher.

—Lo siento —dijo Decker. Y apoyó la mano sobre el hombro del chico intentando reconfortarle.

En ese momento sonó el teléfono.

Decker frotó afectuoso la espalda de Christopher y fue a contestar. Era el

embajador Hansen.

—Decker, no sé cómo decirte esto y que te resulte menos duro —dijo Hansen—, así que te voy a leer directamente el despacho que me envía el embajador Rogers desde Tel Aviv.

En lo que a su petición se refiere, le informo de que hacia las cinco horas del horario oficial del Este, las veinticuatro horas en Israel, se procedió a enviar un conductor al hospital Tel Hashomer para el traslado del señor Tom Donafin a la embajada británica con la intención de acelerar su partida de Israel. Se esperaba que ambos estuvieran de regreso a las dos horas. Tres horas después, es decir, hacia aproximadamente las tres en Israel, el conductor no había regresado todavía a la embajada y no pudo contactarse con él por el teléfono móvil.

Conforme a los procedimientos habituales, se envió un equipo de búsqueda que comprobara la ruta que el conductor había comunicado seguiría en su itinerario. El equipo de búsqueda no logró encontrar ni al conductor ni al coche, pero sí pudieron confirmar que el señor Donafin había sido dado de alta en el hospital y que había abandonado el edificio acompañado del conductor de la embajada.

El equipo procedió entonces a ampliar el área de la búsqueda, incluyendo algunas rutas alternativas posibles, y hacia las siete treinta hora local localizaron los restos del coche, que pudo identificarse positivamente por el número de la matrícula.

—Decker, lo siento —concluyó Hansen—. Al parecer, el coche fue alcanzado por un misil perdido o un proyectil de artillería, que lo destrozó por completo. No hubo supervivientes.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

La fortuna de la familia Bragford se adivinaba en el lujoso revestimiento de madera de cerezo de las paredes, las gruesas alfombras y el pulidísimo y abillantado latón donde el ex subsecretario de la ONU, Robert Milner, y Alice Bernley se vieron reflejados junto a la figura del mozo que les acompañaba en el ascensor privado hasta el ático del alma motriz de la familia, David Bragford.

Robert Milner había pasado buena parte de su vida adulta entre ricos y poderosos. Parte del trabajo de un subsecretario de la ONU era financiar proyectos especiales a partir de las donaciones de ricos patronos, y Milner era muy hábil para conseguir fondos. La experiencia, además, tenía sus ventajas. Sabía lo que cuesta que un millonario suelte su dinero, por lo menos en cantidades pequeñas. Y él se había convertido en un experto en conseguirlo adulando primero y alimentando después cierto sentimiento de culpa en el interfecto por tener tanto mientras otros mueren de hambre.

A pesar de todo, Milner desconfiaba profundamente de las personas con grandes fortunas, y desde luego que había muy pocas fortunas en la tierra comparables a la de

los Bragford. Los hombres como David Bragford nada tenían que ver con el prototipo de hombre rico. No había duda de que la familia Bragford había sido muy extravagante en su apoyo económico a la ONU —es más, los Bragford habían estado detrás de buena parte de la financiación de la organización original de Naciones Unidas—, pero Milner sabía que este género de extravagancias no nacen siempre de pura generosidad. Cuando dan, casi siempre esperan obtener algo a cambio, y por la experiencia de Milner eso era sinónimo, como mínimo, de intrusismo.

Aquella era la razón por la que había aceptado algo molesto acompañar a Alice Bernley al despacho de Bragford. Bernley había dicho que estaba convencida de que hacían lo correcto y de que Bragford los ayudaría. Había consultado a su guía espiritual, el maestro tibetano Djwlij Kajm, y éste había dejado bien claro que era necesario acudir a Bragford.

Cuando finalizó el ascenso hasta el ático, les recibió a la salida del ascensor la secretaria de David Bragford, que les guió a través de dos controles de seguridad antes de llegar a una oficina gigantesca donde encontraron a David Bragford sentado cómodamente en el borde de su mesa mientras hablaba por teléfono. Junto a la mesa, sobre la gruesa moqueta blanca, descansaba un enorme perro labrador retriever negro que, a diferencia del anfitrión, pareció no darse cuenta de la llegada de los visitantes. Bragford concluyó rápidamente la conversación y se unió a sus invitados en una zona con sofás dentro de la misma oficina.

—Alice, señor subsecretario, sean bienvenidos —dijo Bragford honrando a Milner con su antiguo título—. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Un café? —Bragford pidió unos cafés a la secretaria y pasó a intercambiar con ellos las frases de costumbre sobre sus proyectos más recientes. Cuando llegó el café, dejaron a un lado las trivialidades y se lanzaron de lleno a los negocios.

—Bueno —dijo Bragford dirigiéndose directamente a Milner—, me dice Alice que necesitan mi ayuda.

—Sí —dijo Bernley, tomando la iniciativa—. Como sabe, el maestro Djwlij Kajm profetizó hace muchos años que Bob y yo viviríamos para ver al *krishnamurti* verdadero, al soberano de la Nueva Era. Ayer le vimos.

Nadie habría dicho por la expresión de su cara que, a cada palabra de Alice, Robert Milner se sentía más y más avergonzado. Se preguntaba por qué la había dejado hablar. Tenía que haberse imaginado lo que iba a ocurrir; Alice nunca había sabido controlar las emociones. Y ésta no era la forma más ortodoxa de abordar a un no iniciado. Todo era verdad, sí. Le habían visto. Pero Milner sabía demasiado bien que David Bragford no se creía ni una palabra de lo del guía espiritual de Bernley. Después de todo, Bragford no había presenciado nunca una demostración de poder del maestro Djwlij Kajm.

—Es una noticia fantástica —replicó Bernley a la introducción de Bragford—. ¿Cuándo me lo van a presentar?

A pesar de que nada así lo evidenciara, Milner estaba convencido de que Bragford



les tomaba el pelo, pero estaba tan azorado que no pudo contestar.

—Oh, bueno, ése es el problema —dijo Bernley—. No sabemos dónde está. Estaba en el edificio de Naciones Unidas, pero luego se fue con un hombre, seguramente su padre.

—¿Su padre? —preguntó Bragford—. Pero ¿cuántos años tiene este... este...? —Bragford intentaba con todas sus fuerzas no decir algo que pudiera dejar su escepticismo al descubierto, pero en ese momento no podía recordar lo que Bernley había llamado a esta persona.

Alice le ahorró el esfuerzo de terminar la frase.

—No es más que un niño —dijo—. Supongo que tendrá, no sé, ¿cuántos años dirás tú que tiene, Bob? —«Bob» estaba sin habla, pero a Alice no pareció importarle; ya había empezado a contestar a su propia pregunta—: Yo diría que catorce o quince años.

—¿Catorce o quince? —repitió Bragford.

—Sí —dijo Bernley ignorando el gesto de sorpresa y el tono escéptico de Bragford—. Lo que necesitamos es que nos ayude a averiguar quién es.

Para sorpresa de Milner, Bragford respondió al instante.

—Creo que tengo a la persona idónea para ayudarles. Un momento —dijo mientras cogía el auricular del teléfono que había sobre la mesita de delante del sofá—. Betty, ¿puede pedirle al señor Tarkington que se reúna con nosotros en mi despacho?

Casi de inmediato, la puerta se abrió y entró en el despacho un hombre alto y fornido.

—Pasa, Sam —dijo Bragford apoyando su taza en el platillo. Bernley y Milner se levantaron para saludarle. Después de las presentaciones Bragford fue directo al asunto y explicó a Tarkington lo que necesitaban, aunque sin mencionar los aspectos más pintorescos de los motivos por los que Bernley y Milner necesitaban dar con los individuos en cuestión.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Bragford.

—Eso creo, señor. Las cámaras de seguridad de la ONU captan a todas las personas que entran y salen del vestíbulo de invitados. Puedo conseguir las cintas. Si la señora Bernley y el subsecretario pueden identificar al hombre y al chico en la cinta, entonces pondré a mi gente a seguir el rastro. Si han estado en alguna zona de acceso restringido, como el edificio de la Secretaría o el comedor de delegados, la tarea será más fácil porque habrán tenido que firmar en un registro.

—Fantástico —dijo Bragford. Le satisfacían las perspectivas y confiaba plenamente en la capacidad de Tarkington.

—Fantástico —repitió Bernley—. Bueno, y una vez descubramos quiénes son, entonces es posible que tenga que ayudarnos con otra cosa.

Ya había oscurecido y las calles permanecían en silencio. El hombre, alto y con barba, se abría camino entre los cascotes desparramados por el asfalto. Avanzaba a grandes zancadas, con decisión, las suelas de cuero de sus zapatos producían un sonido suave y apagado al contacto con el suelo; nada hacía pensar en la pesada carga que llevaba al hombro. Llevaba el pelo marrón largo y rizado del tradicional aladar jasídico aplastado contra la mejilla, atrapado entre su rostro y el bulto que cargaba. Vestía ropas oscuras y había recorrido con aquella carga casi diez kilómetros de calles largas y rectas, desde el barrio financiero de la ciudad hasta un racimo de edificios de viviendas situado casi a orillas del Mediterráneo.

El hombre se detuvo por fin delante de un edificio de viviendas de diez plantas de la calle Ramat Aviz y se acercó al portal. Las puertas de cristal, que una explosión había hecho añicos la noche antes, habían sido reemplazadas por planchas de contrachapado. Golpeó con los nudillos en la madera. Al rato, la puerta se abrió una rendija y desde ella le escudriñaron un par de ojos. Pasado el reconocimiento, la puerta volvió a cerrarse y se oyó como corrían una mesa para poder abrirla del todo. Una mujer más bien sencilla, entrada en los treinta y con un pijama de quirófano manchado de sangre, invitó a su inesperado huésped a entrar.

—Bienvenido, rabí —dijo haciéndole pasar a una zona del vestíbulo transformada en clínica temporal. Aquí y allí se veía a gente acampada junto a familiares convalecientes.

—No con los demás —dijo el rabino con una voz llamativamente resonante y templada—. Debes subirlo a tu apartamento.

Fue entonces cuando ella se fijó por primera vez en el rostro del hombre que el rabino llevaba cargado al hombro. La sangre que le cubría el rostro y empapaba sus ropas no pronosticaba nada bueno; el estado que presentaba el cráneo le hizo pensar que aquello era como aceptar a un paciente muerto, y lo cierto es que más le hubiese valido estarlo a aquel hombre.

—Rabí, creo que con éste perdemos el tiempo —dijo.

—Pues encárgate de que no lo hagamos —contestó él con firmeza mientras se volvía y ponía rumbo a las escaleras—. Eres un buen médico. Confío totalmente en tu capacidad.

—Pero, rabí, está casi muerto, si no lo está ya del todo.

—No está muerto —dijo el rabino. Abrió la puerta y comenzó a subir el primer tramo de escaleras; ella le siguió de cerca. En un par de rápidos movimientos, la mujer se agachó, adelantó al rabino en su ascenso y se detuvo en las escaleras delante de él impidiéndole el paso. El rabino la miró fijamente, exigiéndole con sus ojos que se apartara.

—¡Por lo menos deje que vea si tiene pulso! —rogó.

El rabino la dejó hacer mientras cogía al hombre de la muñeca y le tomaba el pulso. La miró a los ojos y leyó en su mirada la determinación de quien se sabe en lo cierto. Para su sorpresa, el pulso era razonablemente fuerte. El rabino la esquivó y

continuó su ascenso.

—Está bien —dijo ella—, ¿y qué si está vivo? Ya ha visto cómo tiene la cabeza. Seguramente sufre lesiones cerebrales irreversibles.

—A su cerebro no le pasa nada. Es una herida de cuando era niño. —El rabino llegó a la tercera planta y abrió la puerta del descansillo.

—Está bien, está bien, a lo mejor sobrevive y todo. —Cuanto más se acercaban a su apartamento, más acuciante era su necesidad de detener al rabino y a aquel paciente tan inoportuno. La mujer sabía que la única esperanza era convencerle de que desechara su plan. Pero si insistía tendría que ceder; después de todo, él era el rabino. El problema era que no tenía noticia de que hasta ahora nadie hubiese conseguido que el rabino no se saliese con la suya.

—Pero ¿por qué tiene que quedarse en mi apartamento? ¿Es que no puede alojarse abajo con los demás?

El rabino, que para entonces ya había llegado al apartamento, se volvió para contestar mientras esperaba a que ella abriera la puerta.

—No está limpio —susurró a pesar de que no había nadie que le pudiera escuchar—. No está circuncidado —añadió a modo de aclaración—. Además, va a necesitar que te ocupes personalmente de él.

La mujer sabía que era inútil resistirse, así que cedió y abrió la puerta.

—Déjele en el segundo dormitorio —dijo. Abrió el armario de la ropa y tiró de un juego de sábanas viejas—: ¿Es un gentil? —preguntó mientras estiraba una sábana sobre la cama.

—Él cree que sí —contestó él—. Dentro de una semana o así, cuando se haya recuperado un poco, lo dispondré todo para que sea circuncidado.

—¿Quién es? —preguntó ella, ahora que empezaba a aceptar la situación.

—Su nombre es Tom Donafin. —El rabino hizo una pausa mientras la mujer vertía agua en una jofaina y empezaba a limpiarle a Tom las heridas—. Es uno de los que habla la profecía, «Él ha de traer la muerte y morir para que llegue el fin y sobrevenga el comienzo».

Atónita ante la revelación, la mujer se detuvo y se volvió para mirar al rabino.

—Es el último de la línea de Santiago, el hermano del Señor —continuó—. Es el Vengador de Sangre.

## EL COLOR DEL CABALLO

DERWOOD, MARYLAND

Era un día muy agradable de finales de otoño en Washington D.C.; la temperatura superaba los diecinueve grados y el sol lucía en un cielo completamente despejado. Era el día perfecto para saltarse el trabajo. Por otra parte, hacía tres años que Decker no pasaba por la oficina y pensó que era ya hora de hacerlo.

Cuando cogió el metro en la estación de Shady Grove, se dio cuenta de que el tren iba más vacío de lo habitual. Unas cuantas estaciones más adelante los vagones seguían sin llenarse y cayó en la cuenta de que se debía al Desastre. Washington había perdido aproximadamente un catorce por ciento de la población de su área metropolitana, casi un millón y medio de personas, pero no había sido consciente de la envergadura de la cifra hasta ver reflejado su impacto en el microcosmos del metro. Decker continuó dando vueltas al asunto incluso después de bajarse en DuPont Circle y seguir a pie hasta las oficinas de la revista News World.

En el vestíbulo la recepcionista insistió en registrar su entrada y en que esperara a que alguien le acompañara hasta la oficina. Decker era una persona muy educada, pero protegía lo suyo a ultranza. A pesar del tiempo que llevaba fuera, sentía aquél como su territorio y no tenía intención de firmar ni esperar a nadie. Por fortuna para la recepcionista, Sheryl Stanford llegó en el siguiente ascensor.

—No se preocupe —le dijo a la recepcionista—, trabaja aquí.

Aquella mañana Decker no encontró en la oficina muchos rostros familiares. En los últimos tres años, la mayoría de sus compañeros habían sido trasladados a otras delegaciones, se habían jubilado o habían cambiado de trabajo; algunos habían muerto en el Desastre.

Cuando Sheryl volvió a reunirse con Decker, éste miraba desolado a la persona que ahora ocupaba la mesa de su antiguo despacho. Peor fue cuando descubrió a un jovencuelo en el que había sido el despacho de Tom Donafin.

—Señor Hawthorne —le reclamó Sheryl evitando que éste dijera algo al joven de lo que luego pudiera arrepentirse—, el señor Asher quiere verle.

Decker le echó una última mirada de odio al que ocupaba su despacho y se dirigió hacia el de Hank Asher.

—Quiero que me devuelvan mi despacho —le ladró a Sheryl.

—Hoy no va a ser un buen día —murmuró Sheryl intentando esbozar una sonrisa.

—Quiero que me devuelvan mi despacho —repitió Decker al franquear la puerta del despacho de Asher.

—Precisamente de eso quería hablar contigo —dijo Asher—. Te vamos a dar un despacho nuevo, uno de esquina con ventanas y vistas.

A Decker se le pasó el enfado al instante y empezó a mirar codiciosamente el despacho de Asher. La descripción sólo podía corresponder a un despacho en *News World* y estaban sentados en él.

—Espera un momento —dijo Asher leyéndole el pensamiento—, no me refiero a este despacho.

—¿A cuál, entonces?

—Decker, me lo han notificado hoy mismo. Te han dado un ascenso. Vas a encargarte de la delegación de Nueva York.

Decker se quedó pensativo un segundo.

—¿Y qué pasa si no quiero el puesto en Nueva York?

—¿Y por qué santos no lo ibas a querer?

Decker pensó en su casa de Derwood, la que le había dicho a Elizabeth que sería su hogar. Pensó en la tumba de su familia en el patio trasero.

—Pues porque no me interesa.

Asher creyó entender cuál era el problema. Después de todo, había sido él quien había cavado la tumba.

—Decker, si es por lo de tu... Bueno, por lo de tu casa, pues no hay problema. Me han dicho que te ofrezca un aumento más que generoso. Puedes tener un apartamento en Nueva York sin necesidad de deshacerte de tu casa de aquí.

—¿Estás loco? —le espetó Decker—. Pero ¿sabes lo que cuesta un apartamento en Nueva York?

—Pues ya no tanto. Hay mucha menos gente en Nueva York desde lo del Desastre. Los precios están por los suelos.

Decker se encogió ligeramente al recordar lo que el taxista neoyorquino les había contado sobre los apartamentos de los fallecidos en el Desastre.

—Sí, puede que tengas razón —contestó Decker—, pero odio los apartamentos.

Asher lanzó una mirada hacia la puerta y bajó el tono.

—Mira, Decker, entre nosotros, me han dicho que te ofrezca lo que sea.

Decker miró a Hank como para asegurarse de que no bromeaba.

—¿Cómo que lo que sea? —preguntó.

—Venga, Decker, por favor.

Decker pensó un instante.

—¿Por qué? —inquirió.

—¿Por qué, qué? —contestó Asher.

—¿Por qué tanta generosidad?

—Necesitan un nuevo director para la delegación de Nueva York, y supongo que piensan que eres su hombre.

—Mira, Hank, me halagas pero tiene que haber algo más detrás de todo esto. *News World* no es precisamente una de esas empresas que vaya tirando el dinero por ahí. ¿Cómo van a ofrecerme un sueldo que me permita mantener dos casas?

—No lo sé, Decker. A mí también me extraña, pero a caballo regalado...

—Bueno, ¿y qué más te han dicho?

—Mira, Ima Jackson me ha llamado esta mañana y me ha dicho que te ascendían a director de la delegación de Nueva York. Le he preguntado cuánto se suponía que debía ofrecerte y ha dicho «lo que sea». Cuando le he preguntado que cuánto era eso, ha repetido «lo que sea». Me ha dicho que no hiciera preguntas, que la decisión venía de arriba y que me asegurara de que aceptabas el puesto. Supongo que uno de los jefazos te quiere ahí. A decir verdad, pensaba que a lo mejor tú podías explicarme a qué viene todo esto.

—Pues no tengo ni idea —dijo Decker encogiéndose de hombros.

Asher respiró hondo y sacudió la cabeza. No tenía sentido que el comité de dirección se ocupara del ascenso de uno de sus periodistas. En contadas ocasiones intervenían a esos niveles.

—¿Para cuándo necesitan una contestación? —preguntó Decker.

—Para ya.

—No sé. Ya te llamaré.

\* \* \*

Por la tarde, Decker sacó a Christopher a cenar. Quería saber cómo le habían ido estos primeros días en su nuevo colegio y tantearle sobre la posibilidad de mudarse a Nueva York. Christopher había tenido que pasar un montón de exámenes porque no habían llegado todavía sus calificaciones de California.

—¿Qué tal te han salido? —preguntó Decker.

—Yo creo que bien. Eran bastante fáciles.

Decker siempre había tenido a Christopher por un estudiante brillante y decidió indagar algo más.

—Christopher, ¿qué notas sueles sacar?

—Sobresalientes —contestó Christopher.

—Eso está muy bien —dijo Decker nada sorprendido—. ¿Te han sugerido alguna vez que deberías saltar de curso?

—Sí, señor. Los profesores me lo sugerían casi todos los años, pero la tía Martha decía que era mejor que estuviera con chicos de mi edad. Decía que no sería bueno para mi desarrollo social que me pusieran en una clase con gente mayor que yo.

—¿Y tú qué opinas?

—Supongo que tenía razón —contestó Christopher—. Me dijo que ya tendría tiempo de ir tan rápido como quisiera cuando llegara a la universidad. Entonces tendré edad para tomar mis propias decisiones.

—Tu tía Martha tuvo que ser una mujer excepcional. Qué pena no haberla conocido mejor —dijo Decker. Christopher sonrió. Siguieron comiendo en silencio y luego Decker cambió de tema—: ¿Qué te parecería que nos mudáramos a Nueva York? —preguntó sin más.

—¿A Nueva York? —dijo Christopher con inesperado entusiasmo—. ¿Estaríamos cerca de la ONU?

—Pues, bueno, no lo sé. Me han ofrecido el puesto de director de la delegación de *News World* en Nueva York. La oficina está a unos tres kilómetros de la ONU, pero no sé dónde viviríamos. Tendríamos que buscar apartamento.

Christopher no ocultaba la excitación.

—Te apasiona la ONU, ¿eh? —preguntó Decker.

—¡Sí, señor! Si nos mudamos podría conseguir trabajo como ayudante de alguno de los delegados. ¿Y sabe que tienen su propia universidad?

—No sabía que fuera a gustarte tanto la idea.

—¡Oh, sí! ¡Sería genial!

—Bueno, no te entusiasmes demasiado. Todavía no he aceptado el trabajo.

\* \* \*

Decker tenía sus dudas sobre las circunstancias que habían motivado el ascenso, pero consultó en Internet precios de apartamentos cerca de la ONU.

Una vez Christopher se hubo acostado, Decker sacó los papeles donde Elizabeth había llevado la contabilidad mientras él estaba en el Líbano a fin de calcular cuánto tendría que pedir para poder mantener la casa y disponer de un apartamento en Nueva York. Al poco de empezar a revisar las cuentas, dejó caer la cabeza y empezó a llorar. Durante su cautiverio se había preguntado en muchas ocasiones qué hacía Elizabeth en cada momento y aquellos papeles le proporcionaron parte de la respuesta. No sólo no tenían deudas a excepción de la hipoteca, sino que Elizabeth había estado adelantando letras y había engrosado su cuenta de ahorros común. Lloró no de alegría, sino del dolor que le causaba pensar en las penalidades por las que Elizabeth tenía que haber pasado mientras él estaba en el Líbano, ahorrando hasta el último penique para cuando regresara. ¿De cuántas cosas se habían privado ella y las niñas? ¿Cuántas veces habían comido de las sobras de las sobras? ¿Cuántas veces habían tenido que pasar con menos cuando los que las rodeaban tenían todo cuanto necesitaban? Por fin había regresado y ahí estaban todos los ahorros, pero no podrían compartirlos con él.

Entre la frugalidad de Elizabeth y los precios de apartamentos que encontró en Internet, Decker concluyó que no tendría que pedir tanto como había pensado a *News World*. Aun así, no podía dejar de preguntarse hasta cuánto estarían dispuestos a pagarle y qué había detrás de tan repentina e insólita generosidad. En su fuero interno se debatía entre el deseo de cerrar la boca y aceptar el trabajo y el afán de descubrir la razón última del ofrecimiento. Se preguntaba si no se trataría de algo más que de un simple regalo, como había sugerido Hank Asher, y había alguna trampa en todo aquello. Cuanto más pensaba en ello, más decidido estaba a conocer el porqué y a hacerlo antes de aceptar el trabajo.

\* \* \*

Decker entró sin llamar en el despacho de Hank Asher, cerró la puerta y entregó a Asher una hoja de papel con una cifra escrita en ella.

—¿Y esto qué es? —preguntó Asher después de echarle un vistazo.

—Eso es lo que quiero para aceptar el trabajo de Nueva York —dijo Decker impertérrito.

—Pero ¿estás loco? ¡Es el doble de lo que yo pensaba! ¡Ni por asomo te van a pagar esto!

—Es posible que tengas razón —contestó Decker—. Pero probemos.

Asher pensó que la idea era absurda, pero telefoneó de todas formas. En cuanto mencionó la suma a su jefa Ima Jackson, ésta la autorizó de inmediato. Asher tapó el auricular con la mano y miró a Decker estupefacto.

—Dice que sí —articuló en silencio.

Pero aquello no era lo que Decker tenía planeado. Él había pensado que Jackson se negaría y que una vez él se ofreciera a negociar y pudiera hablar con ella cara a cara, tendría la oportunidad de obtener unas cuantas respuestas.

—Pregúntale por qué —susurró Decker.

Hank sintió que era su orgullo lo que ahora entraba en juego. No le gustaba nada que *News World* estuviera dispuesto a pagar a Decker una cifra tan superior a lo que él estaba cobrando. Preguntó, pero Jackson se limitó a instarle a que cumpliera con sus instrucciones. Asher apretó los dientes y aceptó las órdenes como buen subalterno, pero la cosa no iba a quedar así. Pasara lo que pasara con Decker, Asher estaba decidido a pedir un aumento sustancial en el futuro próximo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó una vez hubo colgado. Estaba enfadado y no quería que la cosa fuera más lejos.

—Llámalas y dile que no estoy interesado. Dile que si tanto les intereso tendrán que decirme por qué. Dile que no estoy de humor para juegucitos y que o van a las claras o me quedo donde estoy y me devuelven mi oficina. Dile que puede localizarme en casa. Me cojo el día libre.

\* \* \*

El teléfono sonaba cuando llegó a casa. Descolgó y reconoció la voz de inmediato. Era Jackie, la hija del embajador Hansen.

—Señor Hawthorne —dijo—, le llamo de parte del embajador Hansen. El artículo que publica sobre él en la edición de *News World* de esta semana le ha dejado muy impresionado y quiere agradecerle las cosas tan buenas que sobre él ha escrito.

—Al contrario, le ruego que transmita al embajador mi gratitud. Dígale que



aprecio su amabilidad, sobre todo dadas las circunstancias en que se produjo nuestra entrevista.

—Muchas gracias, lo haré —contestó ella—. El embajador también quiere saber si estaría interesado en discutir la posibilidad de trabajar con él como jefe de prensa y redactor de discursos. El puesto acaba de quedar vacante y está convencido de que es usted la persona idónea para cubrirlo.

La oferta cogió a Decker totalmente desprevenido. ¿Llamaba la oportunidad a su puerta? ¿Volvía a encontrarse en el sitio adecuado en el momento oportuno? La situación que se había creado en *News World* le incomodaba. Sabía lo mucho que su nuevo salario enojaría a Asher si aceptaba la dirección de la delegación de Nueva York. Pero ¿era acertado renunciar a semejante cifra? Por otro lado, tenía sentido buscar otras ofertas. Entonces se acordó de la expresión de Christopher cuando hablaba sobre la ONU. Decker no era todavía consciente de que desde las muertes de Elizabeth y de las niñas, el joven se estaba convirtiendo rápidamente en su nueva familia.

—Por supuesto que estoy interesado —contestó—. Estoy abierto a la oferta.

—Bien —dijo ella—. Entonces, ¿cuándo puede venir a Nueva York para hablar sobre los detalles?

—Puedo estar allí mañana por la tarde, siempre que le venga bien al embajador Hansen.

—Perfecto. Voy a pedir que se ocupen de reservar el billete de avión y que le llamen dentro de un rato para confirmarle la hora del vuelo.

Decker colgó y se puso rápidamente a actualizar su curriculum vitae.

\* \* \*

En Nueva York, Jackie estaba sentada a la mesa de su padre con la puerta del despacho cerrada. Daría las instrucciones necesarias a su secretaria enseguida, pero ahora debía hacer una segunda llamada en privado.

—Soy Jackie Hansen —dijo al teléfono—. Pásame con el director.

—¿Diga? —escuchó al otro lado un momento después.

—Ha dicho que sí —dijo Jackie Hansen sin más—. Estará aquí mañana para la entrevista.

—¡Excelente! Lo has hecho de maravilla —dijo Alice Bernley.

\* \* \*

Alice Bernley colgó y sonrió a Robert Milner. En su rostro se podía leer que el plan había sido un éxito.

—Supongo que podemos decirle a Bragford que llame a *News World* —dijo

Milner—. De todas formas, creo que es mejor así. Será más fácil orientar el futuro del muchacho con el señor Hawthorne trabajando para el embajador Hansen, más que si hubiese aceptado el puesto en la revista.

—Eso siempre que Jackie convenza a su padre de que le ofrezca el puesto —dijo Bernley—. Y ¿cómo podemos estar seguros de que el señor Hawthorne lo aceptará?

—Cuando *News World* retire la oferta de promoción y ascenso de repente, Hawthorne no podrá tomárselo sino como un insulto a su profesionalidad. Tendrá que buscar la manera de proteger su honor, y la oferta del embajador Hansen le vendrá como anillo al dedo —contestó Milner.

## OSCURO DESPERTAR

TRES SEMANAS DESPUÉS. TEL AVIV, ISRAEL

Un pequeño radiador eléctrico arrojaba una suave corriente de aire cálido sobre el rostro de Tom Donafin cuando sus oídos empezaron a percibir los sonidos de la realidad que le rodeaba. Más dormido que despierto, Tom se debatía entre el sueño y la vigilia. Por fin decidió despertar y abrir los ojos. Al hacerlo sintió un fortísimo dolor causado por diminutas partículas de cristal que le arañaron el interior de los párpados. Los ojos se le cerraron al instante y él se retorció en la cama gimiendo de dolor.

Se quedó quieto e intentó relajar los ojos mientras trataba de hacer memoria. Lo último que recordaba era el misil que había matado a Nigel y destruido el coche. No recordaba haber quedado inconsciente ni sabía dónde se encontraba. Aguzó el oído buscando voces familiares o algún sonido reconocible, pero no oyó nada.

—¡Hola —llamó por fin.

Nadie contestó.

—¡Hola! —llamó elevando la voz.

—Veo que ha despertado —contestó una voz masculina poco amistosa.

—¿Dónde estoy? —preguntó Tom.

—Está en el apartamento de la doctora Rhoda Felsberg en Ramat Aviv, en el Tel Aviv ocupado. —El hombre hablaba muy deprisa y por el tono de su voz era evidente que Tom no era bienvenido.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Le trajo hace casi un mes el rabino de mi hermana. Le encontró en la calle.

—¿Hace un mes? —dijo Tom estupefacto—. Y ¿he estado inconsciente todo ese tiempo?

—Prácticamente, sí.

—¿Qué ha querido decir con eso de «Tel Aviv ocupado»?

—Pues eso —contestó el hombre sin más.

—Pero ¿ocupado por quién? —insistió Tom algo exasperado ante la aparente determinación del hombre a no explayarse en sus respuestas.

—Por los rusos —contestó el hombre.

Tom no sabía si tomarse aquello en serio. Empezó a preguntarse si no estaría en un psiquiátrico y si no sería aquel hombre un paciente.

—Dice que me trajo aquí el rabino de su hermana. ¿Su hermana es la doctora Felsberg de la que hablaba antes?

—Así es —contestó.

—Y ¿es ella quien ha cuidado de mí?

—Ajá.

Tom necesitaba desesperadamente saber qué pasaba y qué le había ocurrido, pero quería hablar con alguien que le ofreciera respuestas más fiables y completas.

—Bueno, pues, ¿puedo hablar con ella? —dijo desesperado.

Por un momento se hizo el silencio.

—Sí, supongo que sí.

Tom oyó como el hombre marcaba un número de teléfono.

—Oye, Rhoda —dijo el hombre—. Está despierto y quiere hablar contigo.

—¡Voy enseguida! —oyó Tom que contestaba la mujer.

Al rato llegó la doctora Rhoda Felsberg, que se acercó a Tom y empezó a examinarle.

—¿Está consciente? —preguntó algo falta de aire después de haber subido tres tramos de escaleras desde su despacho de la primera planta. Al igual que su hermano, tenía acento de Nueva Jersey.

—Hola, qué hay —dijo Tom con media sonrisa contestando a la pregunta de ella.

—Oh —dijo ella algo sorprendida—. ¿Cómo se encuentra?

—Pues bueno, tengo una jaqueca espantosa y cuando he intentado abrir los ojos ha sido como si alguien me cortara con cuchillas de afeitar.

—Vaya, pensaba que había extraído todos los cristales —dijo Rhoda Felsberg, y dejó escapar un chasquido que Tom interpretó como resultado de la evaluación negativa de su estado físico—. Cuando ha abierto los ojos, ¿podía ver?

Tom comprendió de inmediato las implicaciones de la pregunta.

—Creo que no —dijo pausadamente—. ¿Me he quedado... ciego?

—De momento no estamos seguros —contestó. Su tono no tenía ninguna carga emocional pero sí quería ser tranquilizador—. Quiero que vuelva a abrirlos lentamente para poder examinarlos. A partir de ahí, veremos qué pasa.

Tom sintió como se sentaba a su lado en la cama. Abrió los ojos con un gesto de dolor, deseando con todas sus fuerzas ver algo. Pero no veía nada. Las manos de la doctora Felsberg le sujetaban la cara mientras le examinaba. Eran fuertes pero suaves, y a pesar de todo lo que estaba ocurriendo, percibió el tenue dulzor de su perfume cuando se inclinó sobre él y se asomó a sus ojos a través de su oftalmoscopio.

—¿Puede ver la luz en mi mano?

—Puedo ver un punto de luz.

—Bueno, por lo menos tenemos algo —dijo ella—. Las pupilas parece que siguen en perfecto estado. Pero me temo que deben quedar todavía algunas virutas de cristal. —Tom sintió cómo le aplicaba unas gotas en los ojos que le aliviaron rápidamente el dolor—. Le voy a vendar los ojos para que los mantenga cerrados hasta que consiga que pueda examinarle un oftalmólogo.

—¿Volveré a ver?

—Es demasiado pronto para saberlo —contestó ella mientras le ayudaba a incorporarse en la cama para poder vendarle los ojos—. Debería alegrarse de seguir

vivo. Cuando le trajeron le retiré varias virutas de cristal de los ojos. Lo cierto es que tuvo mucha suerte. Si el cristal llega a penetrar algo más, se habría derramado el humor vítreo y habría perdido los globos oculares.

Tom no tenía ni idea de qué era el humor vítreo, pero la idea de perder los glóbulos oculares era más que alarmante y pensó que por lo menos en esto sí que había tenido suerte.

—Las córneas presentan numerosas cicatrices —continuó—. Y tiene las retinas quemadas. ¿Se produjo algún resplandor intenso cuando cayó herido?

—Sí, creo que sí —dijo Tom pensando en lo último que recordaba.

—Lo que más nos tiene que preocupar son las quemaduras de las retinas. Las córneas pueden trasplantarse, pero las lesiones de retina son imposibles de reparar. Es posible que yo misma pueda retirar los cristales que quedan, pero me quedaría mucho más tranquila si lo hace un oftalmólogo cualificado.

—Y ¿cuándo podrá ser eso?

—Bueno, a lo mejor tenemos que esperar un poco. —Por el tono de su voz aquel «poco» sonaba a mucho tiempo.

—Pero ¿por qué? Y de todas formas, ¿qué es lo que sucede? ¿Puede explicarme por qué razón estoy aquí en lugar de en un hospital? —Tom apenas conseguía controlar el pánico. Acababan de explicarle con todo lujo de detalles que posiblemente había perdido la visión para siempre.

—Por favor, señor Donafin. Somos amigos. Queremos ayudarle, pero debe ser consciente de lo mucho que ha cambiado todo desde su accidente. Israel es ahora un país ocupado. Si tiene paciencia, se lo explicaré todo. Pero primero es necesario que intente comer algo.

Tom se dio cuenta entonces de que estaba hambriento, así que no puso más objeciones.

\* \* \*

Rhoda Felsberg y su hermano Joel hablaban en voz baja en la cocina.

—Bueno, y ahora que ha despertado, ¿vas a trasladarle por fin con el resto de tus pacientes o no? —preguntó Joel Felsberg.

—No —contestó Rhoda—. No pienso hacerlo.

—Pero ¿por qué?

—Porque el rabino Cohen dijo que tenía que quedarse aquí.

—No hay razón para que insista en que cuides personalmente de este hombre.

—Es el rabino —contestó Rhoda, como si fuera razón suficiente.

—Sí, ya. Bueno, parece jasidim con esos tirabuzones y siempre vestido de negro, pero me he enterado de que los otros rabinos jasídicos no quieren saber nada de él. —Rhoda se alegró de que Joel no estuviera más al día; de estarlo, habría sabido que la situación entre Cohen y el resto de los rabinos era mucho peor de lo que imaginaba.

Pero no siempre había sido así. En el pasado, muchos pensaban en Cohen como el sucesor del Lubavitcher Rebbe, el rabino Menachem Mendel Schneerson, considerado el rabino con mayor influencia política del mundo. Ahora, sin embargo, no eran solamente los rabinos jasídicos los que no querían saber nada de él; ningún otro rabino, ni siquiera los más liberales, pronunciaba su nombre sin escupir a un lado como muestra de su repugnancia.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo te interesa a ti lo que piensan los rabinos? —preguntó Rhoda a su hermano eludiendo el tema.

—El caso es que es un bicho raro.

—Venga, come —dijo ella sin ánimos para seguir discutiendo sobre el asunto.

—¡Rhoda! —dijo Joel intentando mantener la conversación mientras ella cogía la sopera y unos cuencos y se dirigía hacia Tom.

—Venga, come —repitió con un tono más severo—. Ya hablaremos de esto más tarde —añadió. Pero ella ya había dado el tema por zanjado y no iba a dejar que volviera a surgir.

\* \* \*

Rhoda le dio una cuchara a Tom y colocó su cuenco de sopa en una bandeja delante de él. Tom descubrió que era bastante complicado comer a ciegas, y le costó tomar las primeras cucharadas. Rhoda le pasó una servilleta y cuando fue a limpiarse la boca sintió bajo los dedos las cicatrices que la explosión había dejado en su rostro. Sin pronunciar palabra, recorrió las cicatrices con las yemas de los dedos.

—¿Estoy muy mal?

—Tenía laceraciones prácticamente por toda la parte delantera del cuerpo. La mayoría de las cicatrices desaparecerán con el tiempo —contestó Rhoda—. Más adelante es posible que necesite una pequeña intervención de cirugía plástica para ocultar algunas de las cicatrices de la cara. Es cuestión de esperar y ver cómo evolucionan.

Tom se echó hacia atrás para palparse los brazos, los hombros y el pecho.

—Bueno, tampoco es que haya podido nunca presumir de guapo —dijo intentando ocultar su dolor con humor. Hizo una pausa y continuó—: Bueno, ¿y qué hay de esa explicación sobre qué hago aquí y cuándo podrá verme un oftalmólogo?

—La noche que comenzó la guerra —explicó Rhoda—, el rabino Saul Cohen le encontró debajo de un montón de escombros a unos ocho o nueve kilómetros y le trajo hasta aquí. Desde entonces ha estado inconsciente o desorientado y delirante.

Tom sacudió la cabeza.

—No recuerdo nada desde la explosión —dijo.

—Bueno, lamentablemente, la guerra no fue nada bien —continuó ella—. Israel luchó con todas sus fuerzas, pero pronto resultó evidente que los árabes tenían las de ganar. Estados Unidos y Gran Bretaña intentaron ayudar proporcionando suministros

de emergencia y alimentos. Yo creo que podían haber hecho algo más, pero muchos de sus políticos alegaron que no podían permitirse entrar en guerra, sobre todo después de la bajas sufridas a causa del Desastre tan sólo dos meses antes. Luego se supo que los rusos estaban proporcionando armamento a los árabes. Los rusos lo negaron, claro, pero el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una resolución de bloqueo de los puertos árabes.

—¡No es posible! ¿Cómo se las ingeniaron para aprobar la resolución contra el veto del delegado ruso en el Consejo de Seguridad? —preguntó Tom.

—Pues eso es lo raro. El delegado ruso no se presentó a la votación —contestó Rhoda.

—¡Es increíble! —espetó Tom—. Los rusos ya cometieron ese error en 1950 cuando boicotearon a Naciones Unidas por excluir a la China comunista. Gracias a eso el Consejo de Seguridad pudo actuar contra los aliados de Rusia en Corea. Es imposible que hayan vuelto a cometer el mismo error.

—Bueno, pues por incomprensible que parezca, lo volvieron a hacer —dijo Rhoda.

—Pues no sé qué es lo que os extraña tanto —dijo Joel sarcásticamente—. Seguro que lo tenían todo planeado de antemano.

—¿A qué se refiere? —preguntó Tom.

—Joel, deja que cuente yo lo que pasó —dijo Rhoda—. Ya nos contarás tus teorías después.

—Vale, adelante. Pero lo va a deducir él solito si tiene dos dedos de frente.

—Bueno, ¿por dónde iba? Has hecho que pierda el hilo —dijo Rhoda reprendiendo a su hermano.

—La ONU votó a favor del bloqueo —le recordó Joel.

—Eso es. Así que después de un periodo de intercambio de acusaciones, los rusos accedieron a no proporcionar más armamento a los árabes, y Naciones Unidas accedió a no imponer el bloqueo. A los pocos días pareció que las tornas se volvían del lado de Israel. Habíamos recuperado buena parte del territorio perdido y los pocos efectivos de las Fuerzas Aéreas que nos quedaban estaban aplastando a los ejércitos árabes de tierra y aire.

»Llegado este punto, el servicio secreto israelí —el Mosad— descubrió que los libios, ante la interrupción del suministro de armas convencionales por parte de Rusia, planeaban un ataque con armas químicas. Para evitarlo, las Fuerzas Aéreas israelíes lanzaron un ataque preventivo contra las instalaciones libias de armamento químico, pero los libios se anticiparon y la incursión israelí no obtuvo los resultados deseados.

»Cuando resultó evidente que Israel no tenía otra forma de detener el ataque químico, el primer ministro Greenberg envió un mensaje a los libios amenazándoles con la guerra nuclear si empleaban armas químicas contra Israel.

—¿Así que Israel admitió por fin que tiene armas nucleares? —preguntó Tom.

—El contenido exacto del mensaje nunca llegó a hacerse público, pero al parecer no daba lugar a segundas interpretaciones —contestó Joel.

—Bueno —continuó Rhoda—, el caso es que a pesar del acuerdo alcanzado con Naciones Unidas, los rusos accedieron a vender más armamento convencional a los árabes bajo el pretexto de evitar así una guerra química nuclear.

—Sí —interrumpió Joel—. La excusa perfecta para que los rusos pudieran hacer lo que tenían intención de hacer desde un principio.

Tom seguía sin adivinar a qué apuntaba Joel, pero por el momento lo dejó pasar. Rhoda continuó con su relato.

—Entonces el Mosad localizó los barcos rusos que pensaba iban a entregar el armamento a Libia, y justo antes de que entraran en aguas libias, nuestras Fuerzas Aéreas los atacaron. Hundieron cuatro barcos cargueros y un puñado de naves escolta, pero al final resultó ser una operación de distracción. Mientras casi la totalidad de la Fuerza Aérea israelí estaba ocupada en el Mediterráneo y el ejército luchaba contra los árabes en la frontera, varios comandos rusos aterrizaron al norte de Tel Aviv y tomaron una pista de aterrizaje. Debían de tenerlo todo planeado a la perfección, porque tan pronto se hicieron con el control de la pista empezaron a aterrizar soldados y material rusos.

—Un momento —dijo Tom—. ¿Está diciendo que es verdad lo que me contaba Joel de que Tel Aviv está ocupado por los rusos?

—No sólo Tel Aviv —contestó Joel—. El país entero.

—¡En menudo mundo me despierto!

—Ya ve, al parecer había rusos a los que no les gustaba cómo iban las cosas desde la caída de la Unión Soviética —dijo Joel—. Algunos todavía quieren dominar el mundo. Y claro, en Naciones Unidas dijeron que no era más que una respuesta a nuestro ataque «no provocado» sobre sus embarcaciones y que en realidad no eran más que una fuerza de paz. Dijeron que con la ocupación de Israel pretendían evitar una guerra química nuclear. Y para hacerla más legítima se trajeron unas cuantas tropas de Etiopía, de Somalia y de un puñado de países más a fin de poder demostrar que se trataba de una fuerza de paz «internacional». El problema es que ahora se niegan a abandonar el país.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Tom se despertó con el aroma del desayuno y con el sonido de la voz de Rhoda Felsberg que le llamaba.

—Señor Donafin, ¿está despierto? —Era difícil de adivinar teniendo él los ojos vendados.

—Sí —contestó Tom.

—¿Le apetece desayunar?

—Sí, por supuesto, gracias. Pero creo que primero iré al aseo.



—Le puedo traer una cuña, pero si se siente capaz, le llevaré hasta allí.

Tom ya estaba de pie, aunque sentía las piernas muy debilitadas.

—Creo que estoy preparado para hacerlo como es debido —dijo.

—Pues vamos —dijo ella cogiéndole de la mano y apoyándola en su brazo para guiarle por el apartamento.

—Ya sigo yo solo —dijo Tom cuando sus pies desnudos sintieron que acababa la alfombra y empezaba el suelo de baldosas.

—¿Encontrará el camino de vuelta a la habitación? Tengo que ver cómo va el desayuno.

—Sí, claro —dijo Tom—. Seguro que hasta puedo dar con la cocina.

Cuando terminó se dirigió a tientas hasta la cocina, donde Rhoda había puesto la mesa para dos y ya había terminado de preparar el desayuno.

—Un poquito a la izquierda —dijo al ver que Tom chocaba contra el marco de la puerta.

Tom encontró la mesa y se sentó. Rhoda advirtió un extraño gesto en su rostro.

—Verá... esto... —dijo Tom.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rhoda.

—Bueno, no estoy muy seguro —dijo él—. En el aseo he notado algo que... bueno, que no está como antes... Verá, yo, bueno... —tartamudeó Tom. Si hubiera podido ver, habría visto cómo Rhoda se sonrojaba al darse cuenta de a qué se refería—. Da lo mismo —dijo finalmente.

Rhoda se alegró de que dejara caer el tema.

—Tengo buenas noticias —dijo cambiando rápidamente de asunto—. He llamado a un amigo oftalmólogo y me ha dicho que podrá verle mañana a primera hora.

—¡Estupendo! —dijo Tom.

—Bueno, no se haga demasiadas ilusiones. Sólo ha dicho que podía examinarle e intentar extraer lo que quede de cristal, no ha dicho que le pueda operar.

—Oh. Bueno, tal vez pueda por lo menos decirme qué posibilidades tengo de recuperar la visión.

—Sí, lo mismo espero yo.

—Pero, claro —añadió Tom—, no hay necesidad de que me opere aquí, ¿verdad? Puedo regresar a Estados Unidos.

—Bueno, sí, claro que puede —titubeó Rhoda—. El aeropuerto Ben Gurion está en bastante mal estado, pero, por lo que sé, los rusos permiten la salida de algunos vuelos.

Tom notó un inesperado tono de decepción en su voz.

—Por cierto, hablando de Estados Unidos —continuó Rhoda—. ¿No hay nadie a quien tenga que llamar para hacerle saber que sigue vivo?

Era evidente que intentaba enterarse de algo sobre lo que no se atrevía a preguntar directamente. Tom fingió no darse cuenta y contestó sin rodeos.

—No tengo familia —dijo—. Mis padres, mis dos hermanos y mi hermana

fallecieron en un accidente de coche cuando tenía seis años. De ahí el extraño aspecto de mi cráneo. Fui el único que sobrevivió.

—Al parecer ha vuelto a nacer unas cuantas veces —dijo ella.

—Sí. Eso parece.

—¿Le operaron? —preguntó ella por pura curiosidad profesional.

Tom soltó una extraña risita.

—Sí. Pero esperaron un poco. Pensaron que moriría a los pocos días y que si sobrevivía sería un vegetal. Supongo que tuve suerte de que ocurriera hace tanto tiempo. Por entonces todavía no se apresuraban a desconectar la sonda de alimentación para ahorrarte camino. El caso es que cuatro días después del accidente desperté y me puse a hablarle a la enfermera. Aquello les convenció de que lo conseguiría —dijo secamente—, así que me abrieron, escarbaron un poco y me sacaron unos cuantos pedazos de cráneo roto y un poco de cerebro que supongo me sobraba. Me dejaron con una placa de acero que acostumbra hacer sonar los detectores de metales de los aeropuertos.

Rhoda sonrió incómoda.

—Pero sí que tengo un amigo al que debería llamar —continuó volviendo a la pregunta original—. Es probable que crea que he muerto.

—¿Decker?

Tom la miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Mencionó su nombre varias veces mientras deliraba.

—Oh.

—¿Alguien más? —preguntó ella.

—Bueno, aquí en Israel tenía unos amigos apellidados Rosen, pero murieron en el Desastre. —Tom estaba repasando la corta lista de personas a las que consideraba amigos. Hasta el día del Desastre había recibido todos los días en el hospital de Tel Aviv la visita de Joshua e Ilana Rosen. Su hijo Scott había sobrevivido al Desastre, pero Tom no le incluía entre sus amistades más estrechas—. Lo cierto es que tendría que llamar a *News World* —dijo—. Trabajo para ellos. Pero, a decir verdad, prefiero no llamarles hasta que me haya examinado el oftalmólogo. Soy fotógrafo, o eso era. Me parece que no hay mucha demanda de fotógrafos ciegos.

—No, supongo que no.

—¿Y qué hay de usted?

—¿Cómo?

—Su familia.

—Oh, claro. Bueno, pues tengo a mi hermano Joel, a quien conocí ayer. Su mujer y su hijo murieron en el Desastre. Ella me caía muy bien, y el niño era encantador. Antes solíamos ir juntos a los servicios religiosos. Fue así como conocí al rabino Cohen. Joel es analista de sistemas informáticos y trabaja para el gobierno israelí en algo de defensa estratégica, pero no está autorizado a dar detalles. Eso fue

antes de que los rusos le relevaran del puesto, claro. Me siento mal por él; lo ha perdido casi todo en los dos últimos meses. Mis padres y mi hermana pequeña viven en Estados Unidos.

Tom asintió y dejó pasar un momento de cortesía antes de preguntar a Rhoda si sabía qué hora sería en Washington.

—Las doce de la noche más o menos —contestó tras hacer un rápido cálculo mental.

—Perfecto, Decker seguro que está en casa. ¿Puedo utilizar el teléfono?

—Por supuesto —dijo ella—. He de advertirle que poner una conferencia no es tarea fácil. La verdad es que no tiene ni pies ni cabeza. Después de la ocupación, intenté telefonar a mis padres un montón de veces para decirles que estaba bien. Debí de marcar el número cien veces antes de que me diera la señal de llamada. Y en cuanto lo conseguí fue todo sobre ruedas, y sonaba como si estuvieran en la habitación de al lado. Pero no es sólo por la ocupación. Durante la guerra se produjeron muchos destrozos.

Rhoda marcó el número que le dio Tom y le pasó el teléfono.

—El botón del medio de abajo del todo vuelve a marcar el número —dijo—. Si no le da señal, puede intentarlo cuantas veces quiera.

—Me da señal —dijo Tom sorprendido.

—Eso no volverá a pasar ni en un millón de años —dijo Rhoda impresionada por el golpe de suerte de Tom.

Tom aguardó mientras el teléfono seguía sonando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rhoda un minuto después.

—No contestan.

—Bueno, no se dé por vencido tan pronto. A lo mejor no vuelve a conseguir señal de llamada en mucho tiempo.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Decker ya había ocupado su lugar en la mesa de reuniones cuando entraron el embajador Hansen y otros miembros de su gabinete personal para celebrar una reunión extraordinaria. Decker todavía sentía la emoción del puesto recién estrenado.

—Decker —dijo Hansen antes de tomar asiento—, necesito uno de tus mejores discursos para esta ocasión.

—Tendré el borrador listo para la una, señor —contestó Decker—. He buscado en el archivo informático discursos que pronuncié en el pasado sobre la estructura del Consejo de Seguridad, y he encontrado uno en el que sugería cambiar su composición a partir de criterios regionales. Por supuesto que no nos interesa desviarnos del asunto principal, pero, si le parece, creo que podré introducirlo como tema secundario.

—Sí, me parece bien. Es un tema candente desde hace años entre los países que no pertenecen al Consejo. Peter —dijo Hansen volviéndose hacia su asesor legal—,

¿cuál es tu pronóstico?

—Bueno, en atención a todos los aquí reunidos, permítame que insista en que esta medida no podrá ser aprobada jamás, aunque sólo sea porque viola la Carta de Naciones Unidas. Ésta no prevé en ninguno de sus puntos la exclusión de uno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. No obstante y siguiendo la línea que sugería Decker, se puede proponer la completa reorganización del Consejo. Otra opción a considerar sería la de intentar algo en la línea de lo que ya se hizo en 1971 cuando la República de China fue excluida de Naciones Unidas después de que la Asamblea General reconociera a la República Popular de China como la representante legítima del pueblo chino.

—No nos dejemos llevar, Peter —dijo Hansen—. Recuerda que sólo se trata de un golpe de efecto. En realidad no nos interesa que se apruebe la medida. Jack —dijo dirigiéndose ahora a su asesor parlamentario—, ¿qué hay del sondeo sobre el apoyo de los demás miembros? ¿Podemos contar con que la propuesta llegue por lo menos a la cámara?

Jack Redmond, natural de Luisiana, era el único estadounidense del equipo de Hansen aparte de Decker. Desde el momento en que accedió al puesto de embajador, Hansen había querido incluir en su equipo a un experto en política norteamericana, y este cajún<sup>[35]</sup> sin pelos en la lengua había resultado ser el hombre idóneo.

—La propuesta tiene muchas posibilidades de llegar a la cámara, pero no garantizo que consiga el apoyo necesario —contestó Jack.

—Perfecto. Creo que podemos darnos por satisfechos si mi discurso obtiene el debido seguimiento.

—Embajador —interrumpió Decker—, creo que esta táctica podría ser errónea desde el punto de vista mediático. Si no conseguimos que alguien secunde la moción, corremos el riesgo de que la prensa haga hincapié en la inutilidad de ésta e ignore su carácter simbólico.

—Bien pensado —dijo Hansen después de recapacitar un instante—. Creo que tienes razón. En última instancia podemos recurrir al apoyo de alguno de los países árabes. Después de todo, tampoco ellos están muy contentos últimamente con la política rusa. Jack, consigue ese apoyo. Muy bien, ¿alguna otra sugerencia u objeción antes de ponernos manos a la obra?

Todos siguieron en silencio.

—Jackie, ¿algo que añadir? —preguntó Hansen a su hija.

—La reunión con el embajador ruso Kruszkegin está cerrada para mañana a las doce en el comedor de delegados.

—De acuerdo —dijo Hansen—, entonces está todo listo. Mañana a las tres de la tarde, con tiempo de sobra para salir en los telediarios de la noche de América y en los de la mañana de Asia y Europa, presentaré una moción para que, en respuesta a la invasión y ocupación de Israel, la Asamblea General de Naciones Unidas proceda a la exclusión permanente de Rusia del Consejo de Seguridad. Ahora sólo me queda

almorzar con el embajador Kruszkegin y convencerle de que no se trata de algo personal.

TEL AVIV, ISRAEL

—¿Hay muchos rusos en las calles? —preguntó Tom mientras Rhoda conducía el coche hacia la consulta del oftalmólogo.

—Demasiados —contestó Rhoda. Aunque añadió a continuación—: La verdad es que no hay tantos como cabría esperar. Patrullan las calles, pero el grueso del contingente está acampado en áreas despobladas de las montañas. Al parecer, intentan reducir al mínimo el resentimiento de la población. Creo que son conscientes de que llenar las calles de soldados sólo acarrearía más violencia de uno y otro bando. Es más, tener un montón de tanques circulando por las ciudades no es lo más adecuado para quien se ha autoproclamado fuerza de paz. Supongo que es la mejor estrategia posible para los rusos. Atan corto a los soldados en las zonas despobladas y mantienen una presencia mínima de fuerzas en las ciudades.

—Una táctica del tipo «puño de hierro en guante de seda» —añadió Tom—. ¿Ocurre lo mismo en las otras ciudades?

—Sí, que yo sepa. En Jerusalén han detenido las obras del Templo para apaciguar a los árabes. Pero quieren complacer a todos, así que para tener contentos a los judíos no han destruido lo ya levantado.

—¿Hay algún tipo de resistencia organizada? —preguntó Tom.

—Nos llegan noticias de la existencia de pequeñas guerrillas en las montañas, pero no creo que estén bien organizados. En las ciudades la gente es menos violenta, pero no por ello son menos resistentes.

—¿Y qué hay del objetivo de los rusos? Joel cree que todo esto estaba planeado desde el principio. ¿Sabe alguien qué quieren hacer los rusos con Israel? ¿Ha habido alguna declaración pública de intenciones?

—Dicen que abandonarán el país tan pronto desaparezca la amenaza de una guerra química nuclear en la región. Pero Joel dice que ya se han hecho con el control de las armas nucleares de Israel. Si tuvieran la intención de desmantelarlas, ya habrían empezado a hacerlo. Por otro lado, si deciden retirarse, entonces quedaremos a merced de los árabes. Los rusos han confiscado y embargado todos los suministros y equipo militar y también han desarmado a buena parte de la población. La situación es calamitosa, pero si los rusos se retiraran en este momento nos tendríamos que defender con picos y palas.

»No es que sea una visión muy optimista, pero me parece que en el mejor de los casos todo seguirá como hasta ahora durante bastante tiempo. Si las cosas van mal, los rusos darán por finalizada la ocupación y dejarán que los árabes nos borren del mapa. La estrategia es muy buena, la verdad, pues les proporciona la excusa perfecta para permanecer aquí indefinidamente.

—Me pregunto cuándo saldrá el próximo avión a Estados Unidos —bromeó Tom. Pero Rhoda no se rió.

\* \* \*

Al llegar a la consulta del oftalmólogo, Tom tomó a Rhoda del brazo y ésta le guió hasta la entrada. En el interior la recepcionista la saludó como a una vieja amiga.

—Así que éste es el paciente especial del que nos hablabas. ¿Cómo está?

—Bueno, pues precisamente para averiguarlo es para lo que hemos venido. ¿Tardará mucho el doctor Weinstat en recibirnos? —preguntó Rhoda echando un vistazo a la abarrotada sala de espera.

—El doctor Weinstat me ha dado instrucciones de daros prioridad, ya que es posible que el paciente todavía tenga cuerpos extraños en los ojos. Está acabando con un paciente, así que os recibirá enseguida.

Tom permaneció cogido del brazo de Rhoda mientras se sentaban a esperar. Las sillas estaban colocadas muy próximas unas de otras y era natural que siguieran tocándose. Tom tardó un instante en darse cuenta de que no había soltado el brazo de ella. En un primer momento pensó en retirar la mano, pero no parecía que a Rhoda le molestara. A través del suave tejido de la blusa, la calidez de su piel parecía penetrar la fría oscuridad que le rodeaba.

Permanecieron allí sentados en silencio. Tom no había pasado por alto el comentario de la recepcionista sobre que él era un paciente «especial». Tampoco quería darle más importancia de la necesaria, pero le entraron ganas de preguntar a Rhoda sobre ello. «No», pensó. Si hablaba ahora rompería el encanto del momento, ella se vería forzada a retirar el brazo por decoro, y él no tendría más remedio que soltarlo. Lo mejor era dejar las cosas como estaban.

Entonces ella habló inesperadamente.

—El doctor Weinstat es un buen médico.

—Bien —contestó Tom como un tonto.

No eran más que palabras vacías. Al parecer, ella también era consciente del silencio. Lo que importaba era que estuvieran manteniendo una conversación, por anodina que fuera, y que ella no daba señales de querer que él retirase la mano de su brazo.

\* \* \*

Cuando pasaron a la consulta, el oftalmólogo sólo tuvo que echar un vistazo a cada ojo para establecer su diagnóstico.

—Lo siento, señor Donafin. Las córneas están severamente dañadas. Las cicatrices de las heridas producidas por las virutas de cristal y las quemaduras de la

córnea han formado una película casi opaca sobre el noventa por ciento del cristalino, y el otro diez por ciento no está mucho mejor. Lo cierto es que me sorprende que en su estado siga percibiendo algo de luz. Lo lógico sería proceder al trasplante de las córneas, pero dada la gravedad de las quemaduras de las retinas, creo que en su caso la operación no haría sino alargar el sufrimiento, pues no hay perspectivas de que con ella vaya a mejorar la visión.

Fue así de rápido. De rápido y tajante. Un puñado de palabras era todo lo que el médico había necesitado para decretar con severa franqueza clínica que se había quedado ciego para siempre.

—Recuéstese, voy a echarle unas gotas de fluoresceína en los ojos para localizar las virutas de cristal que siguen molestándole —dijo el doctor. Cuando hubo terminado, le aplicó una crema antibiótica y volvió a vendarle los ojos para evitar que pudiera mover los párpados—. Déjese el vendaje y vuelva mañana para ver cómo evoluciona. Doctora Felsberg —continuó dirigiéndose a Rhoda—, ¿puede traer mañana al señor Donafin?

Rhoda asintió y luego respondió afirmativamente a viva voz en atención a Tom.

—Hable con Betty a la salida para concertar la cita a la hora que le convenga.

—Gracias.

—Oh, y pídale algunos folletos informativos sobre cómo aprender a vivir con ceguera.

Tom sabía que era práctica habitual entre los médicos mantener conversaciones como si sus pacientes no estuvieran delante, pero en ese momento aquello no cambiaba nada. Sumido en la oscuridad que ahora sabía sería su hogar permanente, sentía que hablaban acerca de él y no a él directamente. Era como si al quedarse ciego hubiese dejado de ser una persona real. Aquello no era más que el principio. Había conocido a personas ciegas y sabía cómo la ceguera les obligaba a esperar a que los demás se dirigieran a ellos. Incluso en salas llenas de gente había visto a ciegos esperar en silencio hasta que alguien se acercaba a hablar con ellos. Aunque la víspera había bromeado sobre ello, la certeza del fin de su profesión como fotógrafo cayó sobre él como un duro mazazo.

Tom permaneció en silencio mientras Rhoda ocupaba su asiento en el coche.

—¿Cómo estás? —preguntó con condescendencia apoyando su mano sobre la de él.

—No muy bien —contestó él—. Y lo peor es que creo que todavía no soy consciente de lo que esto supone. No hago más que pensar en que cuando me quiten los vendajes volveré a ver.

—Bueno —empezó ella acariciándole la mano para confortarle. Pero, obviamente, no podía pensar en qué más decir.

Tom giró la mano para coger la de ella; ahora necesitaba todo el apoyo que pudiese conseguir.

—No sé qué hacer ahora —dijo—. No puedo trabajar. Tengo algunos ahorros y

tres años de sueldo de *News World* en el banco. Con eso aguantaré un tiempo, pero luego ¿qué? —Le apetecía soltar alguna frase hecha del tipo «estaría mejor muerto», pero el calor de la mano de Rhoda le decía que no era cierto.

—Tom, sé que ahora mismo te sientes enojado y traicionado, pero hay cosas en la vida que debemos aceptar sin más, porque aunque no lo hagamos van a seguir igual. —A Tom le pareció que hablaba por experiencia propia.

Permanecieron unos minutos en silencio cogidos de la mano.

—Tom —dijo Rhoda por fin—, hay alguien a quien quiero que conozcas.

Tom creyó adivinar a quién se refería.

—¿Tu rabino? —preguntó.

—Te va a gustar —dijo ella confirmando la pregunta de Tom—. Me pidió que le visitáramos cuando estuvieras en pie.

—Sí, bueno, supongo que va siendo hora de que le agradezca que me rescatara y me trajera hasta ti.

Aunque reacio, Tom dejó libre la mano de Rhoda para que pudiera conducir.



## AZADONES EN ESPADAS

DOS MESES DESPUÉS. TEL AVIV, ISRAEL

Scott Rosen esperaba a su amigo Joel Felsberg a la mesa de un pequeño café, tomando un tazón de sopa. Joel no tardó en llegar. Se quitó el abrigo y tomó asiento sin mediar palabra.

—Pareces disgustado —dijo Scott en un tono que a Joel le sonó bastante irritado.

—Odio a esos rusos arrogantes; siempre parándote en la calle para pedir la documentación. —Joel exageraba; la mayoría de la gente pasaba días sin que les dieran el alto—. No se van a ir jamás, lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé —contestó Scott con una resignación poco habitual en él mientras sorbía su sopa—. Pero no todo está tan negro —añadió con una alegría igual de rara en él—. He oído que la resistencia interceptó un camión de suministro, robó la carga y luego lo lanzó por control remoto contra un campamento ruso. Al parecer mató a cerca de mil rusos.

Joel pidió su almuerzo antes de contestar.

—He oído esa historia veinte veces en las últimas tres semanas y cada versión suena más increíble.

—¿No te lo crees?

—Sí, lo creo. Pero me quedo con la primera versión; que la resistencia interceptó un camión y lo lanzó contra un campamento ruso, donde se estrelló contra una torre de agua y poco más.

—Bueno, por lo menos hay una resistencia.

—Sí, y están sin armas y completamente desorganizados. ¡Si Ben Gurion llega a emplear sus tácticas todavía seríamos un protectorado británico! Lo pintes como lo pintes, Scott —continuó Joel después de remover el café—, ¡seguimos bajo ocupación! ¡A quién le importa cuántas torres de agua derribemos o cuántos camiones de suministro interceptamos! ¡Éramos un Estado libre e independiente y ahora no lo somos!

—Entonces, ¿qué cambios crees que debería introducir la resistencia en su táctica? —preguntó Scott, como si la opinión de Joel fuera a servir de algo.

—No lo sé. —Joel sacudió la cabeza con resignación—. Supongo que ninguno. Ése es el problema; no hay nada que podamos hacer. Ni siquiera aunque echáramos a los rusos, porque tan pronto abandonaran el país nos atacarían los árabes y entonces no tendríamos nada con que hacerles frente.

—Sí, pero...

—¡Déjalo, Scott! ¿Para esto me has hecho venir hasta aquí? ¿¡Para que me revuelque en mi ira y mi frustración!?

Joel y Scott eran fervientes defensores de su país y cuando se trataba de Israel era muy fácil llevarlos al límite de sus sentimientos. En esta ocasión, no obstante, sólo a Joel había llegado a hervirle la sangre. Scott hablaba con una calma desacostumbrada, pero Joel no lo advirtió. Tampoco se fijó en que nadie había entrado ni salido del café después de su entrada, ni en que el dueño había colgado el cartel de «Cerrado». A Joel también le pasaron desapercibidos los dos hombres que montaban guardia a la puerta del café.

Entonces Scott pareció animarse repentinamente.

—¡Hay que echar a los rusos de Israel! ¡Tenemos que machacarlos para que no vuelvan a poner el pie aquí jamás! —exclamó.

—Palabras. Palabras —respondió Joel—. ¿Tú te crees que la resistencia lo va a conseguir con sus ridículos ataques a las vías de suministro rusas? ¿Y cómo sugieres que lidieemos con los árabes cuando se vayan los rusos, si es que se van?

Scott miraba fijamente su tazón de sopa.

—Ah, si hubiésemos empleado nuestras armas nucleares contra los rusos en lugar de enseñar las cartas para amenazar a los libios...

—¡Eres un iluso, Rosen! Cuando nos enteramos de que nos invadían, ya había rusos por todas partes. La única forma de haberles atacado con armas nucleares habría sido bombardeando nuestro propio territorio —dijo Joel, cada vez más enojado.

Scott Rosen no permitió que la ira de su amigo le distrajera. Tenía una misión que cumplir y todo estaba saliendo como planeado.

—Sí, supongo que tienes razón. —Scott parecía resignado, pero continuó—: Es una pena que ya no podamos hacernos con el control sobre nuestro armamento nuclear. Los rusos están todos concentrados en las montañas y podríamos eliminar al noventa por ciento con sólo unos cuantos misiles bien emplazados. Del otro diez por ciento de las ciudades se podría encargar la resistencia.

—De verdad que eres un iluso —dijo Joel—. ¿Y qué me dices de Moscú? ¿Crees que iban a quedarse ahí sentados sin responder al ataque? ¿Por qué razón no iban a pagarnos con la misma moneda atacando nuestras ciudades?

Aquella era la pregunta que Scott estaba esperando. Su semblante adquirió de repente una expresión mucho más seria. La gravedad de lo que estaba a punto de decir era evidente, incluso para Joel.

—Por nuestro escudo antimisiles —susurró por fin.

Joel fijó su fría mirada en Scott, estudiando su semblante. Abrió la boca dos veces para hablar y llamarle una vez más, pero las dos veces se echó atrás. Scott parecía hablar en serio y cuando se trataba de la defensa estratégica había que escucharle. Junto con su difunto padre, Joshua Rosen, Scott sabía más que nadie sobre el proyecto de defensa estratégica israelí. Finalmente Joel se decidió a hablar.

—Hablas de un imposible. Aun cuando un plan semejante pudiera llevarse a cabo, no veo cómo iba nuestra débil y desorganizada resistencia a hacerse con el

mando del Centro de Operaciones de Defensa Estratégica.

—No hace falta ni acercarse a las instalaciones —dijo Scott seguro de sí mismo.

De repente Joel cayó en la cuenta de que estaban en un lugar público. Mientras discutían no le había importado quién les pudiese oír. No era inusual ver a dos israelíes quejándose de la ocupación rusa. Todo Israel lo hacía. Es más, lo raro habría sido que hablaran de otra cosa. Pero habían cruzado la línea; ahora hacían algo más que quejarse. De haberles estado escuchando la persona equivocada, ésta podría haber tomado la conversación por una conspiración. Echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie les escuchaba.

Scott no le interrumpió para decirle que no había de que preocuparse; cada una de las siete personas que en ese momento se encontraban en el café habían sido escogidas para la ocasión.

—¿Estás hablando de un centro de control remoto? —preguntó Joel por fin en un susurro.

Scott asintió con la mirada.

Joel había oído hablar de la existencia de un centro de control remoto, un centro de ensayos desde el que podía regularse el funcionamiento del Centro de Operaciones de Defensa Estratégica (CODE), pero siempre lo había descartado como producto de la especulación. Si era cierto que había un Centro de Ensayos (CE), entonces los puertos de comunicaciones necesarios para su operatividad habrían dejado al descubierto su existencia. Cabía la posibilidad de que dichos dispositivos hubiesen sido desconectados intencionadamente para no revelar su existencia, pero Joel había trabajado en el CODE durante más de cinco años y se había encargado de ejecutar numerosos escenarios de configuración en su sistema informático. Si el CE existía de verdad, tendría que haber aparecido en alguno de los procesos de simulación.

Joel estaba muy familiarizado con el funcionamiento de un CE. Años atrás, antes de abandonar Estados Unidos, había trabajado de técnico analista de software en Ford Aerospace, compañía asociada al Mando de la Defensa Aérea de América del Norte (NORAD). Recordaba los largos paseos por los fríos túneles de la montaña Cheyenne para testar actualizaciones de software. Había estado en la montaña aquel 9 de noviembre de 1979, cuando durante unos terribles minutos todo pareció indicar que la Unión Soviética había lanzado un ataque nuclear a gran escala contra Estados Unidos. El Mando Aéreo Estratégico de Estados Unidos (SAC) había hecho despegar a sus bombarderos y situado sus misiles nucleares en nivel de alerta, a la espera de órdenes del presidente. Al final resultó ser una falsa alarma provocada por un programa de simulación cargado inadvertidamente en el sistema informático del NORAD. Como resultado de este accidente, el Congreso de Estados Unidos autorizó de inmediato la construcción del Centro de Control Remoto del NORAD en pleno casco urbano de Colorado Springs.

Antes del establecimiento del CE de Colorado Springs, el protocolo habitual de procedimiento para testar actualizaciones de software había requerido desconectar de

la red principal del NORAD los sistemas de backup de detección crítica de misiles mientras se ejecutaban las pruebas. Cuanto menos, se trataba de un protocolo muy arriesgado. ¿Y si hubiese habido un fallo en el sistema primario? Para sacar el sistema de backup del modo de prueba e introducirlo de nuevo en la red se habrían necesitado quince minutos, y para entonces habría sido demasiado tarde. El CE ofrecía las mejores garantías de seguridad. Además, a Joel le venía mucho mejor acceder en plena noche al centro de Colorado Springs que a la montaña Cheyenne. En el CE se había creado un duplicado exacto de todos los sistemas informáticos del centro de la montaña Cheyenne, y era allí donde se testaban todos los nuevos programas de software. Una vez probado el software, se procedía al cifrado y suma de verificación de los módulos —empleados para autentificar y garantizar la seguridad del sistema—, que a continuación se cargaban electrónicamente en el centro de operaciones del NORAD. Otra ventaja del CE era que en el caso poco probable de que se cayeran los sistemas del NORAD, el CE podía asumir sus competencias al instante. Disponía de todo lo necesario: ordenadores, comunicaciones y equipo de cifrado. Lo único que hacía falta era cargar los códigos de cifrado correctos.

Cuando empezó a trabajar en el Centro de Operaciones de Defensa Estratégica de Israel, Joel había intentado infructuosamente durante dos años convencer a sus superiores de la necesidad de desarrollar un sistema parecido en Israel. Incluso había llegado a contemplar la posibilidad de dimitir a modo de protesta por la negativa de éstos a tan siquiera estudiar la sugerencia, pero su mujer le convenció de que fuera paciente y esperara a que sus jefes fueran más receptivos. Lo más grave de todo era que el jefe del CODE, el doctor Arnold Brown, había sido precisamente uno de los responsables del desarrollo del CE para el NORAD. Joel nunca había entendido por qué Brown se negaba a dotar a Israel de las mismas capacidades.

Al principio Joel pensó que Scott Rosen no hacía más que dar crédito a rumores como los de la interceptación del camión de suministro. Pero sabía que Scott tenía acceso a información restringida de la que él podía no tener noticia. Y por su expresión parecía que hablaba en serio.

—Scott —dijo Joel inclinándose sobre la mesa—, ¿qué es esto? ¿Un juego? ¿Me tomas el pelo? —La mirada de Scott contestó a su pregunta—. Pero, Scott, yo he trabajado más de cinco años en el CODE. He ejecutado escenarios de configuración en la red informática de las instalaciones más de un millar de veces. Si de verdad hay un Centro de Ensayos, ¿cómo es posible que no apareciera en las simulaciones?

—Estaba ahí. Sus funciones se disfrazaron para ocultar su verdadera finalidad, pero estaba ahí.

La expresión de Joel era un gran interrogante.

—SF-14 —contestó Scott.

No había forma de comprobar si Scott decía la verdad. Hasta entonces Joel había creído que la SF-14 era una estación de seguimiento por infrarrojos, innecesaria y sin

capacidad operativa, para el control y discriminación en última instancia de misiles balísticos de entrada. Tal vez fuera una coincidencia, o tal vez no, que la SF-14 fuera una de las dos únicas instalaciones remotas que Joel no había llegado a visitar nunca. Pensó en ello y no podía recordar que alguno de los miembros de su equipo hubiese sido asignado jamás a la comprobación de sistemas en la SF-14. Ello podía explicar la falta de interés del doctor Brown en el CE. Después de todo, ¿de qué servía hablar sobre la construcción de unas instalaciones cuando ya estaban operativas?

Si Scott Rosen hablaba con conocimiento de causa, entonces quería conocer todos los detalles. Si por otra parte no eran más que suposiciones, entonces lo mejor era acabar con el asunto de una vez por todas, y pronto.

—Está bien —espetó—, llévame hasta allí.

Para su sorpresa, Scott no salió con excusas, sino que se puso en pie, cogió el abrigo y se aprestó a salir del café con Joel a sus talones.

—¿Y qué pasa con la cuenta? —preguntó Joel.

—Invita la casa —contestó el dueño del café.

\* \* \*

Scott condujo el coche hasta el barrio financiero del este de Tel Aviv y aparcó en el garaje subterráneo de un alto edificio de oficinas de aspecto anodino que apenas parecía haber sufrido daños en la reciente guerra. Joel siguió a Scott hasta los ascensores, donde éste se detuvo para mirar a la cámara de seguridad que colgaba del techo. Una lucecita roja parpadeó al instante en la cámara y Scott presionó el botón de llamada del ascensor. Cuando la puerta del ascensor se hubo cerrado, Scott accionó el interruptor de parada de emergencia y marcó un código de siete dígitos en el teclado numérico. Aunque se encontraban en el sótano, el ascensor empezó a descender transportándoles, por lo que Joel pudo calcular, varias plantas por debajo del edificio. La puerta se abrió en una pequeña estancia de aproximadamente un metro cuadrado que ocupaban dos guardas armados. La identificación por medio de acreditación era imposible en aquellas circunstancias, así que el acceso dependía estrictamente del reconocimiento visual. Joel no tardó en percatarse de que ésta no era una tarea difícil; eran muy pocas las personas involucradas en la operación. Mientras Scott le presentaba a los guardas, que le estudiaron de arriba abajo, Joel vio que había una fotografía suya sobre la mesa junto a un panel de monitores de seguridad, uno de los cuales enfocaba a la puerta por la que habían accedido al ascensor desde el garaje.

La única otra salida de la estancia era una puerta blindada que Scott procedió a abrir marcando un número secreto en su cerradura electrónica. Ante ellos se desplegó un pequeño mar de ordenadores y de equipo militar de seguimiento, que llenaban una sala de casi ochocientos metros cuadrados. En el centro había un grupo de multiprocesadores dispuestos simétricamente, con conmutadores ATM y routers

integrados para la transmisión de datos a tiempo real en banda ancha con fibra óptica. Joel había visto esta configuración de hardware antes en el Centro de Operaciones de Defensa Estratégica de las montañas cerca de Mizpe Ramon, al sur de Israel. Aquí había mucho menos espacio, pero a primera vista parecía un duplicado exacto del núcleo informático del CODE.

Diseminadas por la habitación, había varias personas trabajando delante de terminales Sun. Algunos se demoraron lo justo para levantar la vista de sus pantallas y darles la bienvenida con una simpática sonrisa antes de volver a sus ordenadores. Joel contemplaba incrédulo la instalación cuando un hombre fornido de escasa estatura entró en la sala desde otra habitación y se acercó hasta ellos. Scott puso brusco final a la visita para saludarle.

—Buenas tardes, Coronel —dijo con formalidad—. Permítame que le presente al señor Joel Felsberg. Joel, éste es el coronel White.

—Bienvenido al equipo —dijo White—. Me alegra que se una a nosotros.

—Oh... gracias, señor —dijo Joel sorprendido por la noticia.

—Llegas en un momento crucial. Scott me ha hablado de ti y también he podido echar un vistazo a tu historial. Estoy convencido de que podemos contar contigo para que nuestros planes se hagan realidad. Scott —continuó—, presenta a Joel al resto del equipo y ponle al día de cuál será su cometido. Nosotros hablaremos más tarde. —Dicho esto, el coronel dio media vuelta y los dejó.

—Oh, sí, no es mala idea, Scott. Ponme al día de cuál va a ser mi cometido —repitió Joel para a continuación exclamar—. ¡¿Qué demonios pasa aquí abajo?!

Scott sonrió.

—Bienvenido al SF-14.

\* \* \*

Se trasladaron a la sala de reuniones de las instalaciones, donde Scott sirvió unos cafés y procedió a presentar brevemente el proyecto y explicar las capacidades secretas de cada una de las cuatro fases del sistema de defensa estratégica de Israel. Después de una hora de discurso abordó finalmente el papel que Joel habría de desempeñar en todo el plan.

—La razón de que estés aquí —explicó Scott— es que hace dos noches, el doctor Claude Remey, nuestro especialista en software, cometió la insensatez de entrometerse en una disputa doméstica de sus vecinos. Como resultado, nuestro doctor está ahora mismo inconsciente en la cama de un hospital con una puñalada a escasos centímetros del corazón. Te he traído para que te encargues de completar el proyecto en el que él estaba trabajando.

Joel conocía a Remey. Habían trabajado juntos en un par de proyectos pero nunca se habían llevado bien. Con todo, sentía lo que le había ocurrido.

—Lo que ves es una instalación de backup completamente operativa del Centro

de Operaciones de Defensa Estratégica. No se trata solamente de un Centro de Ensayo. El doctor Arnold Brown, responsable de desarrollar las instalaciones, estipuló desde el principio que el conocimiento de su existencia se limitara al menor número de personas necesario. En el caso de que Israel fuera invadido, el centro debía seguir en manos israelíes a todo coste.

»El coronel White, en realidad es teniente coronel, a quien acabas de conocer, formaba parte de una cadena de mando compuesta por oficiales de general a capitán que había de hacerse cargo de las instalaciones en caso de invasión. La finalidad de la cadena era evitar que el funcionamiento de la instalación quedara inutilizado en el caso de que la potencia invasora arrestara a todos los altos cargos. Como así fue, los superiores del coronel White fueron todos arrestados durante los primeros días de la invasión y la responsabilidad de las instalaciones recayó sobre él.

»El plan inicial para las instalaciones en el caso de que se perdiera el CODE durante una invasión incluía tres supuestos. En primer lugar y si se presentaba la ocasión, las instalaciones podrían utilizarse para atacar el flanco enemigo, cortar sus vías de suministro y debilitar las fuerzas de apoyo. El segundo supuesto tenía en cuenta la posibilidad de que la potencia invasora intentara utilizar nuestras capacidades nucleares contra nosotros, en cuyo caso se frustraría el ataque desde las instalaciones mediante la anulación de los controles del CODE. Por último, la instalación está capacitada para neutralizar armas nucleares. Si se hubiesen producido el segundo o tercer supuesto, el procedimiento a seguir era el de proceder a la destrucción de cada misil amenazado, o amenazador, mediante la activación por control remoto de pequeños explosivos en el silo, que inutilizarían el silo y la ojiva, sin detonar la cabeza nuclear, por supuesto.

»Lo que ocurrió con la invasión rusa no estaba previsto. Como te contaba en el café —por cierto, el café es uno de los diversos locales seguros de que disponemos en la ciudad—, los rusos nos han proporcionado una oportunidad del todo inesperada. Al concentrar el grueso de sus tropas lejos de las zonas pobladas —Scott hizo aquí una pausa para señalar la ubicación de las tropas rusas en un amplio mapa que colgaba de la pared—, se han puesto, literalmente, a tiro de esta instalación.

»La primera fase de nuestro plan, por lo tanto, consiste en neutralizar el CODE y lanzar seis misiles Gideon de corto alcance cargados con bombas de neutrones contra cada una de las posiciones rusas. La elección de este tipo de misil se debe a tres razones muy importantes. La más obvia es que, puesto que estaremos atacando objetivos dentro de nuestras fronteras, es absolutamente esencial limitar el área de destrucción. Enseguida volveré a este tema.

»La segunda razón es que el efecto de la radiación de la ojiva Gideon es el que menos tarda en disiparse de entre todas nuestras ojivas. Nuestras tropas podrán penetrar en la zona afectada por la explosión entre seis y ocho horas después del impacto. La Zona Cero será completamente habitable en tres semanas.

»En tercer y último lugar, si el ataque tiene éxito y nuestro escudo antimisiles

consigue contrarrestar el ataque nuclear ruso de represalia —ésa es la segunda fase del plan—, entonces tendremos que hacer frente inmediatamente a una segunda amenaza de las fuerzas convencionales árabes y rusas. Para limitar la respuesta de los árabes, lo que haremos será: en primer lugar, mantener a nuestros enemigos en el mayor grado de confusión posible inutilizando las líneas de comunicaciones, y en segundo lugar, realizar el ataque durante el Hajj.

Scott se refería a la peregrinación anual de los musulmanes a la Meca en Arabia Saudí. Los ritos del Hajj incluyen la circunvalación de la Ka'ba en la Meca y recorrer siete veces el camino entre los montes de Safa y Marwa, como hizo Hagar, la concubina de Abraham, durante su búsqueda de agua. Estos ritos pueden llevar varios días, tras los cuales los peregrinos se reúnen en grupo en la llanura de Arafa para rezar. Durante el Hajj, el Corán prohíbe a los musulmanes hacerle daño a ningún ser vivo, incluidos sus enemigos.

Scott desparramó un puñado de fotografías sobre la mesa.

—Como puedes ver, las imágenes vía satélite de los campamentos rusos revelan importantes depósitos secretos de armas, tanto de fabricación rusa como armas israelíes requisadas.

El contenido de las fotografías sorprendió a Joel. Se habían construido docenas de enormes almacenes de carácter provisional, y junto a ellos se distinguían ordenadas formaciones de tanques, helicópteros y carros blindados de transporte de tropas. Parecía un gigantesco aparcamiento.

—¿Qué es lo que pretenden? —preguntó.

—Sospechamos que los rusos hacen acopio de equipo militar para lanzar un ataque convencional contra Arabia Saudí y Egipto. Después, asumimos que irán a por los otros países ricos en petróleo de la región. La información que sobre esta sospecha hemos obtenido de los servicios secretos es limitada, pero es obvio que no necesitan ese tipo de armamento sólo para mantener Israel bajo control.

—¡Pretenden utilizar Israel como base para hacerse con los campos de petróleo árabes y con el canal de Suez! —concluyó Joel incrédulo.

—Eso parece —dijo Scott sin el menor asomo de emoción.

—Pero si nosotros tenemos esas fotografías vía satélite, es seguro que Estados Unidos las tiene también. ¿Por qué no hacen nada para detenerles?

—Ellos intentan solucionar el tema por vía diplomática. Que nosotros sepamos, no existe un plan de intervención militar. Al parecer, sus sospechas acerca de las intenciones de los rusos no siguen la misma línea que las nuestras. Como sabes —continuó Scott retomando el tema que les ocupaba—, la bomba de neutrones se desarrolló para destruir personas, no material. Mata principalmente mediante la liberación inmediata de radiación, no por calor o por la onda expansiva de la explosión, como es el caso de otras armas nucleares. Por tanto, la tercera razón para utilizar los Gideon es la de poder eliminar al personal ruso sin destruir el armamento. Antes mencionaste que aun cuando nos deshiciéramos de los rusos no tendríamos



armas para defendernos de los árabes, pues bien, será la propia reserva de armamento de los rusos la que nos proporcione las armas que necesitamos. Para reducir al máximo los daños materiales, hemos establecido el objetivo de impacto a cuatrocientos metros del perímetro de cada uno de los campamentos rusos. De la selección de objetivos se encarga Ron Samuel, que te explicará más detalladamente esa parte del proyecto cuando hayamos terminado. Con suerte, habrá terminado su trabajo de aquí a unos días y entonces podrá echarte una mano con tu parte.

»Pero volvamos a la primera razón por la que hemos escogido el Gideon. Esta ojiva tiene un radio de acción letal de tan sólo un kilómetro, al que se suma un segundo radio de acción de otros tres kilómetros. En la mayoría de los casos, esos límites nos permitirán golpear a los rusos y evitar daños colaterales entre nuestra población. No obstante, hay dos emplazamientos donde no será posible debido a la cercanía de poblados y kibutz a los objetivos. En estos casos, y en aquellos en los que haya campesinos en las cercanías, se activará un equipo de evacuación que dispondrá de ocho horas para limpiar la zona de civiles antes del ataque. Este equipo habrá de actuar al amparo de la noche, y para evitar poner a nuestros enemigos sobre aviso, la unidad de evacuación no recibirá órdenes de iniciar la operación hasta que no nos hayamos hecho con el control operativo del CODE.

»La neutralización del CODE y la transferencia de operaciones a estas instalaciones, digamos que es la parte más sencilla; para eso se creó este centro. Lo difícil es conseguir que los rusos crean que mantienen el control el tiempo suficiente para que podamos evacuar a nuestra gente y lanzar los seis Gideon. Ahí es donde entras tú. Te necesitamos para que nos des esas ocho horas. Tendrás que engañar a los ordenadores del CODE para que crean que sus sistemas siguen operativos.

»Una vez transferido el control a estas instalaciones, tardaremos unos veinte minutos en introducir las coordenadas de los nuevos objetivos en los misiles. Si los rusos se dan cuenta de lo ocurrido, su primera reacción será intentar recuperar el control y proceder de inmediato a dispersar sus tropas de las montañas. Si así sucediera, no tendremos otra elección que lanzar el ataque de forma inmediata, matando a más de mil civiles israelíes y a los miembros de los equipos de evacuación.

Joel meditó sobre todo lo que acababa de escuchar. No era fácil digerir tanta información en tan poco tiempo.

—¿Y qué me dices de los rusos que hay en las ciudades? —preguntó.

—Inmediatamente después del lanzamiento entrarán en acción varias unidades de comandos israelíes que tomarán todas las emisoras de radio y estudios de televisión que se hallan en poder de los rusos. En aquellos lugares donde la operación tenga éxito habrá otras unidades que se encargarán de destruir las antenas de esas estaciones. El éxito del ataque pasa por que el pueblo israelí se una para atacar a los rusos en las ciudades, pero también es esencial que el resto del mundo, y sobre todo los árabes, no sepan exactamente qué es lo que ocurre. Si damos muchas pistas a los

nuestros, también se las estaremos dando a los árabes, que sea o no tiempo de Hajj pueden aprovechar la oportunidad para atacar mientras seguimos desorganizados y antes de que nos hagamos con el control de los depósitos secretos de armas rusos. En lugar de retransmitir avances informativos que puedan ser interceptados por los árabes, las radios y televisiones emitirán sin cesar un mismo y único mensaje, las palabras del profeta Joel, que aparecen en el capítulo tercero, versículo diez, del libro de Joel.

Scott hizo una pausa. Al igual que su padre, él era zelota antes que científico, aunque su causa era diferente. Esperaba que su amigo hubiese al menos estudiado lo suficiente las Escrituras como para estar familiarizado con el mensaje del profeta cuyo nombre llevaba. Pero si Joel conocía el versículo, no daba muestras de ello. Scott emitió un suspiro de evidente decepción y continuó.

—Forjad espadas de vuestros azadones y lanzas de vuestras podaderas —citó.

—No es que eso de muchas pistas, ¿no crees? —preguntó Joel ignorando que la idea había sido de Scott.

Scott sintió el impulso de saltar en su defensa pero se contuvo.

—Puede ser —admitió—. Pero es la señal que hemos pasado a la resistencia. Esperemos que el resto se una cuando empiece la lucha en las calles.

Durante las dos horas siguientes, cada uno de los ocho miembros de la sala de operaciones explicó a Joel los detalles sobre la parte que cada uno desempeñaba en el proyecto.

TRES SEMANAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

El teléfono sonó tres veces antes de que el embajador Hansen se despertara para contestar.

—¿Diga? —dijo consultando la hora en el despertador. Eran poco más de las once.

—Señor embajador —dijo Decker—. Siento molestarle, pero acabo de saber que hace media hora, a las cinco treinta hora israelí, se han producido un número indeterminado de explosiones nucleares en Israel.

Hansen acabó despertándose del todo al tiempo que sus ojos se abrían de par en par.

—¿Los rusos? —preguntó.

—La información que tenemos hasta el momento es muy confusa. No está del todo claro quién es el responsable, y los rusos no han emitido ningún comunicado oficial.

—Decker, ¿existe alguna posibilidad de que se trate de un error?

—No, señor. No creo. Las detonaciones han sido detectadas por satélites estadounidenses, británicos y chinos. Para empeorar las cosas, a las explosiones les ha seguido un terremoto de gran magnitud en la falla del mar Muerto.

—Está bien, espera un momento mientras enciendo el televisor. —Pasados unos instantes, Decker pudo escuchar al otro lado del teléfono el sonido del televisor de Hansen—. Ya estoy aquí —dijo Hansen, pero él y Decker permanecieron en silencio mientras escuchaban el avance informativo que estaba siendo emitido en ese momento.

«La redacción de noticias Fox acaba de recibir la noticia de que el Comando Estratégico de Estados Unidos (STRATCOM) ha ordenado el despegue urgente de sus bombarderos. El Departamento de Estado insiste en que no es más que una medida preventiva e informa de que el STRATCOM permanecerá en el espacio aéreo estadounidense a la espera de nuevas órdenes.»

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Hansen.

—No lo sé, señor —contestó Decker expresando lo que era una obviedad.

—¿Tienes el número de teléfono del embajador ruso?

—Tengo el número del embajador Kruszkengin aquí mismo, señor —dijo Decker y procedió a dictárselo a Hansen.

—De acuerdo —dijo Hansen—. Yo llamaré a Kruszkengin. Tú llama a Jackie, a Peter y a Jack, y que se reúnan todos en la oficina cuanto antes.

\* \* \*

El teléfono sonó sólo una vez en la residencia del embajador Kruszkengin.

—Diga —contestó una voz con tono oficial.

—Al habla el embajador Jon Hansen —dijo Hansen—. Necesito hablar con el embajador Kruszkengin de inmediato sobre un asunto de extrema importancia.

—Lo siento, embajador Hansen —contestó la voz—. El embajador Kruszkengin se encuentra reunido en estos momentos y ha pedido que no se le moleste.

—Ya me pongo —oyó Hansen que decía Kruszkengin al fondo. Era obvio que la persona que había contestado al teléfono había mentido.

El embajador Kruszkengin se acercó al teléfono con su elegante pijama de seda negro y dorado y unas cálidas zapatillas italianas que protegían sus pies del frío suelo de mármol.

—Buenas noches, Jon —empezó. A John Hansen le gustaba Kruszkengin como persona y le respetaba como adversario. Kruszkengin, por su parte, tenía costumbre de referirse a Hansen como «un hombre que no alcanza a comprender que Gran Bretaña ya no es la reina y señora del mundo». Kruszkengin se había dado cuenta de que, siempre que fuera posible, con Hansen era más provechoso cooperar que no—. Jon —continuó anticipándose a la pregunta de Hansen—. Te aseguro que no sé qué está ocurriendo en Israel. Acabo de hablar con el ministro de Asuntos Exteriores en Moscú y me jura que no hemos lanzado un ataque. Creo que están tan confusos como nosotros.

A Hansen le había sorprendido que Kruszkengin se pusiera al teléfono, pero

aquella respuesta tan directa le resultó aún más inesperada. Hansen conocía al ruso lo suficiente como para saber cuándo mentía y cuándo decía la verdad. Ahora decía la verdad, o al menos eso le pareció.

—Gracias, Yuri —dijo Hansen. La claridad de la respuesta de Kruszkegin no daba pie a mucho más.

\* \* \*

Los asesores del embajador Hansen escuchaban los avances informativos ante el televisor en la misión británica mientras esperaban la llegada del embajador.

—¿Puede alguien decirme qué es lo que está pasando? —preguntó Hansen mientras entraba en la sala y entregaba su abrigo a Jackie. Eran casi las dos de la mañana en Nueva York.

—Los rusos alegan que no tienen nada que ver —empezó Jack Redmond, su asesor parlamentario—. Dicen que el ataque ha sido contra las tropas rusas concentradas en las montañas de Israel.

Aquello daba un cariz diferente a la noticia.

—¿Y cómo demonios ha podido ocurrir? —preguntó Hansen incrédulo.

Redmond sacudió la cabeza.

Durante aquel breve silencio, Hansen fijó su atención en el presentador que en ese momento ocupaba la pantalla del televisor.

«En el Departamento de Estado —estaba diciendo el presentador— se especula sobre la posibilidad de que el ataque a Israel sea el resultado de algún conflicto interno del gobierno ruso. La lucha por hacerse con el poder y el control político ha sido bastante apasionada, por llamarlo de alguna manera. Los partidarios de la línea más dura, como el ministro de Exteriores Cherov y el ministro de Defensa Khromchenkov, quieren reinstaurar el comunismo y recuperar para Rusia su papel como potencia mundial; otros, como el presidente Perelyakin, defienden una línea más moderada. La invasión rusa de Israel todavía tiene a los analistas especulando sobre quién está al mando.»

Redmond encogió sus anchos hombros cuando Hansen le miró esperando su comentario.

—Puede ser —dijo—. Pero no es que explique los grandes interrogantes de todo esto. Sabemos que las ciudades no han sido atacadas; al parecer, los misiles cayeron en zonas rurales despobladas. Este dato podría apoyar la afirmación de los rusos de que han sido sus tropas las que han sufrido el ataque, pero me cuesta imaginar una situación política tan grave como para que los rusos empiecen a lanzarse bombas entre ellos.

—Está bien, asumamos por un momento que los rusos dicen la verdad y que no son los responsables del bombardeo —dijo Hansen—. ¿Qué país con capacidad para lanzar un ataque nuclear llegaría a hacerlo?

Nadie contestó.

—Lo único que podemos hacer es esperar a que los satélites envíen los datos recogidos para identificar el origen del lanzamiento —concluyó Redmond.

—Señor embajador —dijo Decker—, independientemente de quién haya lanzado el ataque, parece que los israelíes han sabido aprovechar la confusión provocada por las explosiones y el terremoto. Nos llegan noticias de que se están produciendo enfrentamientos entre rusos e israelíes en todas las grandes ciudades, y parece ser que la resistencia israelí ha tomado todas las emisoras de radio y estudios de televisión que han sobrevivido al terremoto.

Hansen se pasó la mano por el cabello pensativo y sacudió la cabeza.

—Me pregunto si, salvo el terremoto, ¿no habrá sido todo esto obra de los israelíes!

#### TEL AVIV, ISRAEL

Bajo las calles de Tel Aviv, en lo profundo de la tierra, el ambiente era de alegría y esperanza. Habían pasado cinco horas desde el lanzamiento, y el terremoto había dejado al CE revuelto pero indemne. La primera fase del plan había sido todo un éxito. Los rusos no se habían dado cuenta de la transferencia del control del CODE al CE; la evacuación de civiles había transcurrido sin apenas dilación; los Gideon habían sido lanzados (para sorpresa de las unidades de seguridad rusas que vigilaban los silos); y se habían alcanzado todos los objetivos.

Las tropas rusas que se encontraban fuera del radio inmediatamente letal de las bombas habían buscado refugio en las montañas de los alrededores, pero la semilla de muerte implantada en ellos por la radiación había acabado consumiéndolos. Sus cadáveres, descompuestos por la rápida acción de la radiación nuclear, proporcionarían carroña para los animales salvajes y los pájaros, y los supervivientes se encargarían durante los siete meses siguientes de recoger los huesos esparcidos y darles sepultura junto a sus camaradas en un cementerio gigantesco en el valle de Hamon Gog.

El terremoto en la falla del mar Muerto, punto de encuentro de las placas tectónicas africana y arábiga, no había sino ayudado a la causa israelí sumándose a la confusión de sus enemigos. En las calles de Israel, los ciudadanos atacaban a las tropas rusas de ocupación. En las montañas cerca de Mizpe Ramon, un escuadrón israelí había atacado por sorpresa a las fuerzas de seguridad apostadas en el exterior del CODE y aguardaba ahora la rendición de los que estaban en el interior. Intentar echarlos a la fuerza sería una empresa inútil; las instalaciones, con muros y puertas de acero de un metro de espesor, eran inmunes a cualquier ataque salvo, tal vez, al impacto directo de una ojiva nuclear de varios megatones. Cuando los rusos invadieran el país cuatro meses antes, los que defendían la instalación no la habían entregado hasta recibir la orden del ministro de Defensa israelí. El CODE había sido

inutilizado por completo desde el CE y carecía ya de utilidad para los rusos, pero habría que esperar bastante a que sus ocupantes se rindieran.

Con todo, las celebraciones tendrían que esperar. La segunda fase requería toda la atención del coronel White y su equipo en el CE. Los israelíes no tardarían en poner a buen recaudo el armamento almacenado en los campamentos rusos, pero los miembros del equipo del coronel tenían ahora que hacerse cargo de inmediato de la defensa estratégica israelí para hacer frente a una posible respuesta nuclear por parte de los rusos.

Scott Rosen calculaba que el escudo antimisiles israelí podría eliminar el noventa y siete por ciento o más de los misiles que los rusos lanzaran contra ellos en un ataque a gran escala. El potencial del arsenal nuclear ruso había disminuido de forma sustancial tras la caída de la Unión Soviética, y la defensa estratégica de Israel era más que viable gracias a lo limitado del territorio a defender. Pero un ataque a gran escala siempre podía alcanzar objetivos vulnerables, como las ciudades. Sólo en caso de un ataque menor, de una respuesta limitada, podría la defensa estratégica destruir con toda probabilidad la totalidad de las ojivas lanzadas contra ellos. La hipótesis más probable era que los rusos lanzaran una respuesta dura pero limitada para reducir el riesgo de una intervención de Occidente. Sin embargo, todos esperaban que los rusos, sabedores de que Israel había recuperado el control de su escudo antimisiles, descartaran la posibilidad de lanzar un ataque nuclear sin perspectivas de éxito.

Era imposible saber con certeza cómo responderían los rusos, y los miembros del equipo del coronel White eran conscientes de que una ojiva no interceptada suponía la muerte de decenas de miles de sus compatriotas. Pero éste no era un juego de tiro al blanco; la defensa estratégica estaba totalmente automatizada. Tenía que estarlo. Para destruir el mayor número posible de misiles en aproximación era necesaria una respuesta casi simultánea al lanzamiento. No cabían operaciones manuales. Una vez puestos en alerta los ordenadores de los sistemas de Gestión Estratégica y de Mando, Control y Comunicaciones (BM/C3), la intervención humana quedaba reducida a funciones de apoyo y reparación del sistema. Había quien argumentaba que era peligroso entregar el control del sistema al propio sistema, pero tal y como Joshua Rosen y sus colegas habían alegado con éxito, era la forma que mejor garantizaba la supervivencia.

Entonces se procedió a la activación del escudo antimisiles para responder de forma inmediata a cualquier señal de lanzamiento desde Rusia, desde los países aliados o desde el mar.

## LA MANO DE DIOS

MOSCÚ, RUSIA

Mil ochocientos kilómetros al norte de Tel Aviv, el Consejo de Seguridad ruso celebraba una reunión para discutir sobre los sucesos acaecidos en Israel. Eran las doce y cinco en Moscú, las cuatro y cinco en Nueva York y las once y cinco en Israel.

A sus ochenta y seis años, el ministro de Defensa Vladimir Leon Josef Khromchenkov era el mayor de los trece hombres que se hallaban reunidos en el gabinete de guerra del Kremlin. Khromchenkov había nacido en los albores de la Revolución rusa. Su padre no había asistido al alumbramiento y ese día se encontraba luchando en Petrogrado. Durante la revolución y los años que siguieron, el padre de Khromchenkov se las había ingeniado para mantenerse siempre cerca de Lenin, de Stalin y de Trotsky, aunque nunca se acercó tanto a ninguno como para que los otros dos le consideraran una amenaza. Su hijo había heredado aquella habilidad para moverse por las traicioneras aguas de la política. Tras pasar casi cuarenta años al servicio del Ejército Soviético, Vladimir Khromchenkov había accedido al Kremlin al comienzo del gobierno Gorbachov como candidato de la facción dura contraria a las reformas del presidente y temerosa de que éste acabara por vender el país.

Boris Yeltzin y Vladimir Putin habían intentado infructuosamente debilitar su influencia política e incluso echarle del Consejo de Seguridad. Pero Khromchenkov conocía bien la maquinaria del poder y había sabido emplearla en su beneficio. Si hubiese querido podría haber accedido a la presidencia, pero prefería manipular antes que ser manipulado. Se decía de Khromchenkov que estaba convencido de que era su destino no morir hasta el restablecimiento de la Unión Soviética como potencia mundial. Y aunque atribuía el mérito a otros, era él quien había ideado la invasión de Israel como un paso clave hacia el advenimiento de su destino.

—Camaradas —empezó el ministro de Defensa Khromchenkov con aquel arcaico estilo soviético que tanto irritaba a algunos de quienes le rodeaban pero que también alegraba los corazones de otros—, nuestro servicio de información nos confirma que el ataque que esta mañana han sufrido nuestras fuerzas internacionales de paz ha sido concebido y lanzado por insurgentes israelíes. Hace un rato recuperábamos la comunicación con el general Serov, que está al frente del Centro de Operaciones de Defensa Estratégica de Mizpe Ramon. Nos informa de que, al parecer, los israelíes consiguieron hacerse con el control sobre el armamento nuclear desde una instalación remota para luego lanzar el ataque de esta mañana. En este momento, los insurgentes luchan contra las tropas que tenemos apostadas en las ciudades, y un pequeño destacamento de israelíes ha acampado en el exterior del centro de operaciones. El general Serov ha sellado las puertas blindadas para proteger a sus hombres de los

insurgentes e intenta detectar el puerto de acceso al sistema para recuperar de nuevo el control. Otra cosa —dijo Khromchenkov, como restando importancia a lo que en realidad era lo más importante—, además de controlar las instalaciones de lanzamiento, los israelíes han conseguido hacerse también con el control de su defensa estratégica.

El ministro de Exteriores Cherov advirtió la trascendencia del último comentario de Khromchenkov. El control de la defensa estratégica en manos israelíes limitaba enormemente las opciones de respuesta de Rusia.

—La estimación de daños revela que se ha tratado de un ataque con misiles Gideon cargados con bombas de neutrones de cinco megatones. El objetivo era el límite exterior del perímetro de cada una de nuestras seis instalaciones temporales. Creemos que las pérdidas humanas en los campamentos han sido masivas.

—¿Qué hay del material? —preguntó el ministro de Economía, más interesado en los depósitos de armamento que en los miles de vidas perdidas.

—Por el momento no disponemos de información sobre los daños sufridos por el armamento, pero cabe la probabilidad de que haya sobrevivido al ataque.

—¿Qué sugiere? —preguntó el presidente Perelyakin al ministro de Defensa.

—Debemos asumir —empezó Khromchenkov— que el empleo de bombas de neutrones de escasa carga tenía como objeto matar a nuestros soldados y permitir a los israelíes hacerse con nuestro armamento para defenderse contra los árabes. Aunque todavía hay esperanzas de que el general Serov recupere el control sobre el armamento nuclear y la defensa estratégica, debemos planear nuestra respuesta en caso de que los intentos del general resulten infructuosos. Por lo tanto, además de la restitución inmediata de nuestras fuerzas de paz, recomiendo preparar una respuesta nuclear y otra convencional. Primero, si recuperamos el control de la defensa estratégica, la respuesta al ataque nuclear israelí debe ser del mismo tipo. Recomiendo el lanzamiento de seis bombas de neutrones de bajo impacto sobre objetivos israelíes como respuesta al ataque no provocado contra nuestras tropas. Segundo, si no conseguimos recuperar el control de la defensa estratégica, debemos lanzar en el espacio de veinticuatro horas, antes de que Israel pueda hacerse con nuestro armamento, un ataque aéreo contra los mismos seis objetivos que establezcamos, seguidos de otros ataques contra cualquier destacamento israelí que intente hacerse con nuestro equipo. La segunda opción no es tan llamativa, pero cumplirá su función.

—Ministro Khromchenkov —dijo el ministro de Interior Stefan Ulinov—, si recuperamos el control sobre la capacidad nuclear de Israel, sugiero que el lanzamiento se ejecute desde sus propios silos.

—Excelente idea —aprobó el presidente Perelyakin.

Todos los presentes asintieron.

—En cuanto a la posibilidad de una respuesta nuclear —continuó Ulinov—, si la defensa estratégica israelí es tan efectiva como revelan los informes del servicio



secreto, entonces creo que el ministro Khromchenkov tiene toda la razón. No debemos lanzar una respuesta nuclear si no estamos seguros de que las ojivas alcanzarán sus objetivos. No podemos permitirnos ofrecer al mundo una demostración de lo que un buen escudo de misiles puede conseguir. Sería —dijo Ulinov midiendo sus palabras para mayor efecto— un error colosal que el resultado final de este incidente fuera el de animar definitivamente a Occidente a dotarse de un sistema de defensa estratégica. —Ulinov hizo una pausa para que los miembros del Consejo de Seguridad tomaran en consideración la sabiduría de sus palabras y a continuación miró al ministro de Defensa Khromchenkov para devolverle el protagonismo.

—Por último —dijo Khromchenkov—, en el caso de que fallaran nuestros intentos de recuperar el control sobre las capacidades nucleares o la defensa estratégica, tendremos que emplear importantes contingentes de fuerzas para la desactivación de los silos de misiles mediante ataques aéreos. Estoy convencido de que, desprovisto una vez más de su armamento nuclear; Israel entregará el control sobre la defensa estratégica.

—Excelente —repitió el presidente—. Señor ministro de Defensa, estimo encomiables su clarividencia y su concepción de una respuesta razonable al incidente.

\* \* \*

El ministro de Defensa Khromchenkov se rezagó terminada la reunión para quedarse a solas con el ministro de Exteriores Cherov. Khromchenkov estaba casi convencido de cuál sería la respuesta de Cherov a la pregunta que estaba a punto de hacer, pero uno no debía bajar la guardia jamás.

—Dime, camarada Cherov —dijo después de asegurarse de que nadie oiría su conversación—, ¿qué opinas de mis recomendaciones de una respuesta limitada?

—No podrían ser mejores... si tu intención era satisfacer los deseos del presidente Perelyakin, claro está. —Cherov no ocultaba nada en su tono; era obvio que no le satisfacía el plan de Khromchenkov.

—¿Tal vez esperabas una respuesta algo más... dura? ¿Tal vez una que aprovechara mejor la oportunidad?

—Eso esperaba, sí.

—El caso es que sí que he ideado una recomendación alternativa. Puede que te interese echarle un vistazo. —Khromchenkov entregó un gran sobre blanco a su camarada y salió de la habitación.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Eran las ocho de la mañana en Nueva York cuando el mundo empezó a enterarse de lo que realmente había sucedido en Israel. Las primeras informaciones apuntaban

a un bombardeo ruso accidental. Y muchos rusos lo habían creído así. Pero ahora que había quedado claro que los artífices del ataque no habían sido otros que los propios israelíes, la inquietud en Naciones Unidas se concentró rápidamente en hacer llamamientos a la tranquilidad a los rusos.

La experiencia política de Jon Hansen le había enseñado ya de joven que la diplomacia más efectiva es la que se hace en privado; la tribuna de oradores del salón de la Asamblea General estaba para dar espectáculo. Con todo, había momentos en los que la tribuna era indispensable, como ya había ocurrido con su efectista llamamiento a la reorganización del Consejo de Seguridad. En esta ocasión habría que recurrir a ambas.

La maniobra de los israelíes había sido increíblemente ingeniosa, en opinión de Hansen; era casi inconcebible que hubiesen conseguido llevarla a cabo. Y nadie podía aventurar cómo planeaban los rusos responder al ataque. Hansen conocía a fondo la política rusa y sabía que tomarían seriamente en consideración la posibilidad de lanzar algún tipo de ataque nuclear limitado como respuesta, pero tenía la esperanza de que los moderados ganaran la batalla. Lamentablemente, no iba a poder sacarle nada al embajador ruso Yuri Kruszkegin, que sabía jugar bien sus cartas.

Pero lo que Hansen no sabía es que la partida estaba en manos del pequeño grupo de personas atrincheradas bajo las calles de Tel Aviv. Eran ellos los que tenían la historia en sus manos, además del control de la capacidad nuclear israelí y de su defensa estratégica.

## MOSCÚ, RUSIA

El ministro de Defensa Vladimir Khromchenkov acababa de entrar en el aseo y se dirigía a uno de los urinarios cuando cayó en la cuenta de que alguien había entrado detrás de él. Por el rabillo del ojo reconoció al ministro de Exteriores Cherov. Khromchenkov supo al instante que aquél no era un encuentro casual; podía contar con los dedos de su mano libre el número de veces que había visto a Cherov en el ala del edificio en la que se encontraban. No obstante, era de sabios no dar nada por sentado.

—Buenas tardes —dijo Khromchenkov.

Cherov se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Has tenido oportunidad de examinar mi propuesta alternativa?

—Sí —contestó Cherov—. Ofrece interesantes posibilidades para los objetivos de nuestro país a corto y largo plazo. —El tono revelaba que estaba interesado y Khromchenkov lo sabía.

—Claro está —dijo Khromchenkov— que el plan dependería enormemente de la respuesta de los americanos. Me he atrevido a hacer algunas suposiciones, y bueno, no son más que conjeturas; no soy un experto en estas cosas. —Cherov era consciente de que con aquellas palabras Khromchenkov cumplía con la obligada deferencia a su

cargo como ministro de Exteriores y a la vez se protegía de posteriores reproches si sus suposiciones sobre el asunto resultaban no ser las acertadas—. Tal vez prefieras asesorarte mejor —sugirió Khromchenkov separándose del urinario para ir a lavarse las manos.

—No. Tu evaluación parece correcta —dijo Cherov uniéndose a él en los lavabos—. Pero, bueno, nunca lo sabremos. En este asunto va a ser imposible actuar en contra de los deseos del presidente Perelyakin. —El tono de Cherov pedía más información, si es que la había.

—Supongo que estás en lo cierto —dijo Khromchenkov, que suspiró teatralmente y añadió—: Por otra parte, estoy seguro de que si la alternativa la propone la persona acertada dentro del Consejo de Seguridad, hay otros que sin duda se pondrán de su parte.

—¿La persona acertada? —preguntó Cherov buscando en Khromchenkov la confirmación de lo que parecía sugerir.

—Sí, alguien que pudiese ofrecer la capacidad de liderazgo necesaria para ponerse a la cabeza de la Federación Rusa en caso de que al presidente le resultara... digamos que imposible apoyar el punto de vista de la mayoría.

Ahora no había duda de lo que sugería. El plan de Khromchenkov era obvio; Cherov era «la persona acertada». Era evidente que el presidente Perelyakin se opondría al plan. Hasta ahí, la cosa era sencilla. Lo difícil, por no decir imposible, a no ser que pudiera acordarse de antemano, era que la mayoría apoyara a Cherov. Perelyakin no perdonaba. Y si el plan fallaba, Cherov lo pagaría muy caro.

—¿Está garantizado el apoyo? —preguntó Cherov con cautela.

—Más que eso —dijo Khromchenkov secándose las manos—. Tres de los miembros que apoyaron a Perelyakin en el pasado me han comentado confidencialmente que no desean que semejante oportunidad pase de largo sin la respuesta que merece.

Cherov hizo un rápido cálculo mental de los apoyos. De repente se le ocurrió que, a pesar de la precisión matemática de Khromchenkov, las cosas no casaban a la perfección. ¿Por qué esos tres miembros del Consejo no habían presionado directamente a Perelyakin exigiéndole una respuesta más contundente al problema?

—Y esos tres miembros, ¿han expuesto su punto de vista ante el presidente? —preguntó Cherov.

—Sí, por supuesto.

—¿Y él se niega a escucharles?

—Escuchar, escucha, lo que ocurre es que no oye. Es un hombre extremadamente cauteloso.

—Excelente virtud —contestó Cherov.

—Sí, pero hará que deje pasar nuestro destino ante sus ojos, desechando una oportunidad que devolvería a Rusia al lugar que le corresponde como potencia mundial.

—Hablas de oportunidad, pero no habrá oportunidad a no ser que tu general Serov consiga recuperar el control sobre la defensa estratégica israelí.

—Cierto —admitió Khromchenkov—. Si no lo hace, no se presentará la recomendación alternativa y no se habrá perdido nada. Pero si lo consigue... entonces debemos estar preparados para actuar.

Cherov meditó unos instantes sobre el comentario de Khromchenkov.

—Lo pensaré —dijo finalmente.

TEL AVIV, ISRAEL

Los miembros del equipo del coronel White hacían turnos para dormir en el centro de Control de Ensayos. Habían pasado treinta horas desde que se lanzaron con éxito los misiles Gideon, y ahora tendrían que esperar días, semanas incluso, para volver a salir al exterior. Joel picaba de una bolsa de patatas fritas Tapu delante de un ordenador y Scott se acababa de recostar en un camastro para descansar. De repente ocurrió algo inesperado.

—¿Qué es esto? —susurró Joel—. Coronel White —llamó solicitando la presencia del jefe del equipo.

El coronel White se acabó de un sorbo el café y se dirigió a donde Joel estaba sentado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Joel se inclinó sobre la mesa para estudiar más de cerca el monitor del ordenador.

—Un fallo de lectura, espero. El icono del panel de defensa se ha puesto rojo.

El coronel White echó un vistazo y no le gustó lo que vio.

—Danny, ven aquí, rápido —le gritó a una de las dos mujeres del equipo.

Danielle Metzger era quien, después de White, más experiencia tenía en el CE, pero, a diferencia del coronel, su trabajo había sido siempre de carácter práctico. Conocía las instalaciones de arriba abajo.

—¡Oh, no! —exclamó. El grito despertó a los tres miembros del equipo que en ese momento dormían.

—¡Rápido! —gritó Metzger haciéndose con el control de la situación—. ¡Atención todos, tenemos un problema!

—Cuéntame qué sucede —ordenó White.

—Hemos perdido el control —contestó Danielle al tiempo que ejecutaba varios programas para verificar que las lecturas eran correctas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaron varias voces al unísono.

Danielle continuaba trabajando en su frenético intento por restablecer el control. Por fin confirmó al resto del equipo que no se trataba de un fallo de lectura.

—Coronel, no sé cómo, pero los rusos han conseguido hacerse con el control de las capacidades defensivas.

—¿Podemos recuperarlo? —preguntó aterrado ante cuál podía ser su respuesta.

—No lo sé, señor. Verá...

—Un momento —interrumpió Joel—. Todavía controlamos nuestras capacidades ofensivas. ¿Cómo es posible que hayamos perdido el control sobre unas y no sobre las otras? ¿Podría tratarse de una aberración del sistema?

Al igual que el resto, Scott Rosen estudiaba la situación intentando adivinar cuál había sido el error y cómo podía solventarse. Fue él quien contestó a la pregunta de Joel.

—No es una aberración —contestó—. No puedo explicar cómo lo han hecho, pero sí lo que han hecho. El tendido de fibra óptica a través del cual se comunican los diferentes centros de las capacidades defensiva y ofensiva atraviesa las instalaciones del CODE y del CE. Por razones de logística, el control de las comunicaciones de los silos de misiles pasan primero por estas instalaciones y de aquí van al CODE; el control de las comunicaciones de defensa pasa primero por el CODE y luego llega hasta aquí.

—¿Y qué idiota decidió hacer eso?! —exclamó Joel.

—El doctor Brown —contestó Danielle Metzger—. Pero era imposible pronosticar que llegaríamos a encontrarnos en una situación como ésta —continuó intentando defender al fallecido doctor que había sido su mentor.

Scott continuó con su explicación.

—Habrán descubierto no sé cómo que la SF-14 es una instalación camuflada y luego habrán localizado los cables de salida y entrada.

—Pero bueno, ¿podemos recuperar el control o no? —preguntó el coronel White haciendo valer su autoridad.

Hubo una larga pausa.

—No creo —contestó Scott por fin—. Me temo que hayan cortado los cables.

En plena confusión y desconcierto nadie había advertido el débil sonido de la radio que de fondo emitía sin cesar las palabras del profeta Joel. Al principio tampoco advirtieron cómo el soniquete cesaba abruptamente y era reemplazado por otra voz. No era otra que la voz, resonante y templada, del rabino Saul Cohen. Al hacerse el silencio brevemente en la sala, los oídos de Joel Felsberg registraron por fin aquella voz tan familiar. Al principio hizo caso omiso, pero luego, de repente, la reconoció.

—Es el rabino de mi hermana —anunció sorprendiendo a los otros, que estaban concentrados en hallar la forma de salir de aquel atolladero—. ¿Qué es lo que ocurre ahí arriba? ¿Por qué han cortado el mensaje? —preguntó subiendo el volumen para poder escuchar la voz más claramente.

—¿Cohen? ¡Ese traidor! —dijo Rosen, cuya profunda animadversión hacia el rabino hizo que olvidara momentáneamente la urgencia del asunto que les ocupaba. Scott conocía demasiado bien aquella imponente voz. En una ocasión en la que había pasado la noche en casa de sus padres, aquella misma voz le había despertado por la mañana junto con la de sus padres y algunos otros mientras elevaban cánticos en los que proclamaban a Yeshua como el Mesías judío. Scott había tenido que hacer

verdaderos esfuerzos por no entrar en la cocina y dar de puñetazos al rabino, es más, lo hubiera hecho si no llega a ser por su madre. Una cosa era que ciudadanos israelíes de a pie como sus padres creyeran en Yeshua, y otra muy distinta que un rabino, un rabino jasídico para ser más exactos, creyera en él. Tiempo después, poco antes de que murieran en el Desastre, los padres de Scott habían dedicado todas sus horas libres a preparar un misterioso proyecto con Cohen. Los tres habían desaparecido durante semanas en varias ocasiones, dejando atrás como única explicación una nota indicando la fecha de su regreso.

«El planeta entero ha sido testigo de lo que ha ocurrido aquí hoy —decía Cohen en la radio—. Pero tú Israel, oh, no, tú no has glorificado a Dios. En cambio, te congratulas de haber destruido a tu enemigo. Te has glorificado a ti misma y empleas en vano las palabras del profeta Joel para tu conveniencia. “Estas palabras no deben emplearse como un grito de guerra para mi pueblo”, dice el Señor. Son las palabras del hijo de Satanás, que reunirá sus ejércitos del mal para destruirte en el día del Señor que ha de venir. Pero el Señor tu Dios es un dios paciente y compasivo. Escucha pues las palabras del profeta Ezequiel para el enemigo de mi pueblo Israel:

Y entraré en juicio con él mediante la peste y la sangre; y haré llover sobre él, sobre sus escuadrones y sobre sus pueblos numerosos que le acompañan, lluvia torrencial, granizo, fuego y azufre. (...) Sobre las montañas de Israel caerás tú, así como todas tus huestes y los pueblos que te acompañan; a las aves de rapiña, a toda suerte de pájaros alados y a las fieras del campo te he entregado como pasto. Caerás sobre la superficie del campo, pues Yo he hablado (oráculo de Adonay Yahveh). (...) y conocerán que Yo soy Yahveh<sup>[36]</sup>.

»Hoy, oh, Israel, hoy serás testigo del poder y la ira de Dios. He aquí, Israel, tu verdadero grito de guerra. “¡Contemplad la mano de Dios! ¡Contemplad la mano de Dios!”».

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Decker se despertó de un salto cuando un grito de terror brotó del dormitorio de Christopher. Allí encontró al chico empapado en sudor y temblando de miedo.

—¿Qué ocurre? —gritó Decker. Su corazón latía casi a la misma velocidad que el de Christopher.

Christopher estaba sentado en la cama y parecía no saber dónde se encontraba. Miraba a su alrededor sin acabar de orientarse del todo. Pasados unos instantes, Decker pudo leer por fin en sus ojos una mirada de reconocimiento.

—Lo siento —dijo Christopher—. Ya estoy bien. Era... un sueño, nada más.

Decker había sido padre el tiempo suficiente como para saber cuando un niño

intenta hacerse el valiente. Christopher estaba visiblemente afectado y Decker no tenía intención de dejarle solo.

—¿Otra vez el sueño de la crucifixión? —preguntó Decker.

—No, no —contestó Christopher—. No era nada por el estilo.

—Bueno, pues cuéntame qué era.

Christopher parecía algo reacio, pero Decker insistió.

—No ha sido más que un sueño estúpido —dijo Christopher en tono de disculpa—. Ya he tenido este sueño antes. —Decker no movió ni un dedo—. Está bien —dijo Christopher cediendo a la insistencia de Decker—. Es un sueño muy extraño, como antiguo, pero claro y fresco a la vez. Al principio estoy en una habitación con pesados cortinajes colgando a mi alrededor. Las cortinas son preciosas y están decoradas con hilo de oro y de plata. El suelo de la habitación es de piedra y en el centro hay una vieja caja de madera, como un embalaje, apoyada sobre una mesa. No sé por qué, pero en el sueño siento la necesidad de mirar en su interior.

—¿Y qué hay en la caja? —preguntó Decker.

—No lo sé. En el sueño tengo la sensación de que dentro hay algo que necesito ver, pero al mismo tiempo sé que, haya lo que haya, es aterrador.

Decker pudo leer el terror en los ojos del muchacho y se alegró de haber insistido en que le contara el sueño. Aquello no era algo a lo que un joven de quince años debiera enfrentarse solo.

—Cuando me acerco a la caja y estoy a sólo unos pasos de ella, miro hacia abajo y veo que el suelo ha desaparecido. Entonces empiezo a caer, pero consigo agarrarme de la mesa sobre la que está apoyada la caja. —Christopher se detuvo.

—Sigue —le urgió Decker.

—Hasta ahí es hasta donde el sueño había durado siempre. Salvo esta noche.

—¿Y qué ha ocurrido esta noche? —le animó Decker.

—Bueno, normalmente me despierto entonces, pero esta vez había algo más; una voz. Era grave y resonante y decía «¡Contemplad la mano de Dios! ¡Contemplad la mano de Dios!».

Decker no tenía ni idea de lo que el sueño podía significar, pero había conseguido intrigarle.

—Y luego se oía otra voz —continuó Christopher—. Bueno, en realidad no era una voz. Era una carcajada.

—Una carcajada.

—Sí, señor. Pero no una carcajada amable. No sabría explicarlo, sólo sé que era fría, cruel y terriblemente inhumana.

## MOSCÚ, RUSIA

El teniente Yuri Dolginov recorrió a toda prisa el corredor del Kremlin que conducía hasta el despacho del ministro de Defensa. A pesar de la importancia del

mensaje, sabía que nada era tan urgente como para no tomarse el tiempo de llamar a la puerta antes de entrar.

—Señor —dijo después de recibir permiso—, hemos recuperado el control sobre la defensa estratégica israelí.

Aquella era una buena noticia, no había duda.

—Excelente —se dijo para sí Khromchenkov—. Entonces es hora de mover ficha.

Khromchenkov hizo una llamada rápida al ministro de Exteriores Cherov antes de informar sobre el cambio de situación en Israel al presidente Perelyakin, quien a su vez convocó de inmediato al Consejo de Seguridad ruso.

Escasos minutos después, el presidente Perelyakin concedía la palabra a Khromchenkov en la reunión del consejo. Ignorando por completo la confabulación que se estaba tramando, el presidente consideraba justo que fuera el ministro de Defensa quien tuviera el placer de informar al Consejo de Seguridad de la buena noticia.

Khromchenkov procedió a leer el contenido del comunicado que el general Serov había enviado desde el Centro de Operaciones de Defensa Estratégica israelí.

—Recuperado el control sobre defensa estratégica israelí. Imposible hacerlo con las capacidades de ofensiva. Recomiendo acción inmediata ante posible cambio inesperado de la situación —leyó.

Los miembros del consejo aplaudieron la victoria del general Serov. Varios de los allí presentes ya habían sido notificados sobre la situación y tuvieron que fingir sorpresa ante la buena nueva.

—Gracias —dijo el presidente Perelyakin dirigiéndose a Khromchenkov—. Y ahora sugiero que llevemos a cabo la recomendación del general y procedamos a responder de inmediato.

—Un momento —interrumpió el ministro de Exteriores Cherov.

—¿Sí? —contestó Perelyakin, que ya había abandonado su asiento. El rostro del presidente apenas mostró señales de preocupación cuando Cherov empezó a hablar. Pero endureció los músculos del abdomen, como quien se prepara para recibir un golpe.

—Creo que se nos presenta una oportunidad inmejorable para restituir a Rusia al lugar que se merece entre las grandes potencias mundiales. El ejército estadounidense intenta todavía resurgir de las cenizas. Aunque he de reconocer que la Federación Rusa pasa por una situación similar. El Desastre, así lo llaman los americanos, golpeó por igual a ambas facciones. Pero la superioridad no se mide por lo que uno tiene, sino por cómo lo utiliza en su beneficio.

Perelyakin era todo oídos para Cherov, pero su mirada estudiaba los rostros de quienes le rodeaban, y lo que veía no le gustaba ni la mitad de lo que estaba escuchando.



NUEVA YORK, NUEVA YORK

—Te agradezco que hayas accedido a acompañarme en el desayuno, Yuri —dijo Jon Hansen mientras recibía al embajador soviético.

—Buenos días, Jon —contestó Kruszkegin—. No te preocupes. Estoy a dieta —bromeó como quitando hierro a la desagradable conversación que sabía estaban a punto de iniciar.

Kruszkegin tenía los ojos rojos de mantener dos horarios diferentes. Le habían despertado muy temprano para informarle sobre el cambio de situación en Israel. Su sobrino, Yuri Dolginov, trabajaba para el ministro de Defensa y le había enviado un correo electrónico codificado desde Moscú anunciándole que Rusia había recuperado el control sobre la defensa estratégica israelí, y él había querido esperar despierto a la notificación oficial del ministro de Exteriores sobre cuáles iban a ser las medidas a adoptar. Pero el despacho no había llegado. Ésta no era la primera vez en la que dependía de su sobrino para enterarse de qué se cocía en el Kremlin. El ministro de Exteriores, del cual dependían todos los embajadores rusos en el extranjero, no acababa de estar cómodo con hombres como Kruszkegin, cuya mentalidad excesivamente internacional consideraba de escasa o nula utilidad para la Federación Rusa.

Hansen y Kruszkegin continuaron hablando de todo y de nada mientras les servían el desayuno, tras lo cual Hansen intentó sonsacar algo de información.

—Pareces preocupado —mintió. El rostro de Kruszkegin no dejaba traslucir emoción alguna, salvo tal vez que estaba disfrutando del desayuno. Hansen sólo lo había dicho para observar su reacción.

—En absoluto —contestó Kruszkegin.

Hansen cambió de táctica.

—¿Y no tendrás más datos que yo sobre lo que ocurre, verdad?

Pero Kruszkegin sonrió y siguió masticando. Hansen lo intentó unas cuantas veces más, sin resultado. Kruszkegin se limitó a seguir con su desayuno.

—Creía que estabas a dieta —dijo Hansen frustrado—. ¿Por qué has aceptado mi invitación a desayunar si no pensabas soltar palabra?

Kruszkegin posó el tenedor en la mesa.

—Porque —empezó— un día seré yo el que te invite a desayunar y haga todas las preguntas.

—Pues cuando eso ocurra —contestó Hansen—, procuraré ser tan cauto como tú.

—Estoy convencido —dijo Kruszkegin—. Y yo comunicaré a mi gobierno que nos hemos reunido y que he sido incapaz de obtener más información, igual que harás tú hoy.

Hansen dejó escapar una risita y volvió a concentrarse en su desayuno, casi intacto. Instantes después, la gravedad de la situación volvió a apoderarse de los

pensamientos de Hansen, que empezó a esparcir la comida por el plato.

—Pareces preocupado —dijo Kruszkegin, repitiendo las palabras que antes le había dirigido Hansen.

—Lo estoy —contestó Hansen—. Yuri, las cosas han cambiado. Ya no estoy seguro de lo que pueda estar pasando en Rusia. Quienes hoy ocupan allí el poder son impredecibles. Yeltzin y Gorbachov, Putin incluso, habrían sido incapaces de correr los riesgos que estos hombres han corrido. Para serte sincero, no sé qué podemos esperar de ellos.

Kruszkegin dejó de comer y, a diferencia de su comportamiento anterior, ahora resultó obvio que no pensaba en el desayuno. Hansen había tocado un nervio sensible. A decir verdad, Kruszkegin estaba tan preocupado o más que Hansen, pero sus labios permanecieron sellados.

\* \* \*

Finalizado el desayuno, Hansen y Kruszkegin se separaron para dirigirse a sus respectivas misiones. Nada más llegar a la misión de la Federación Rusa en la calle Sesenta y Siete Este, la secretaria personal de Kruszkegin le entregó un mensaje.

—Ha llegado cuando estaba en el desayuno —le informó.

Kruszkegin echó un vistazo a la nota. La firmaba su sobrino desde el Ministerio de Defensa. Su contenido era sencillo pero insólito.

«Tío Yuri»; el encabezado era del todo atípico de por sí; hasta entonces su sobrino siempre se había dirigido a él con la fórmula «querido embajador». Pero Kruszkegin no dio excesiva importancia a esta falta de formalidad, lo que de verdad le preocupó fue el mensaje que seguía. «Reza tus oraciones», decía.

Kruszkegin entró en su despacho y cerró la puerta con llave. Se sentó a su mesa, sacó un puro habano y lo encendió. Meditó sobre el breve mensaje de su sobrino y volvió a echarle un vistazo. «Reza tus oraciones.»

Era una broma. Sí, así lo había sido cuatro años antes cuando había ayudado al joven Yuri, su tocayo, a conseguir el puesto en el gabinete de Khromchenkov.

—¿Qué hago —le había preguntado su sobrino en aquella ocasión— si algún día tengo que advertirte de que hemos decidido lanzar un ataque nuclear a gran escala?

Kruszkegin recordaba su respuesta: «Sólo dime que rece mis oraciones».

MOSCÚ, RUSIA

La pesada cubierta de fabricación alemana se deslizó suavemente de la parte superior del silo, dejando vía libre al misil alojado en su interior. El funesto sonido metálico retumbó en otros ochenta y seis emplazamientos repartidos por toda la Federación Rusa seguido de la liberación de los anclajes y el rugido de los propulsores de los cohetes. Lentamente, los misiles abandonaron sus tranquilas

catacumbas, ocultos al principio por las blancas nubes de humo que se levantaron a su alrededor. Los misiles emergieron de la humareda y se abrieron camino silenciosamente hacia el cielo, ganando velocidad en su trayectoria. Sus objetivos no se limitaban al territorio de Israel. Lo cierto es que Israel había pasado a un segundo plano. El plan de Khromchenkov para devolver a Rusia su protagonismo pasaba por controlar el suministro mundial de petróleo. El lanzamiento hacía innecesario utilizar Israel como base desde la cual hacerse con el control sobre los campos petrolíferos de Egipto y de Arabia Saudí. Ahora conseguirían su objetivo con un único golpe maestro. Había que dar una lección a Israel y seis de las ojivas se dirigían hacia sus ciudades. Pero los otros cientos de cabezas nucleares, dieciséis ojivas MIRV<sup>[37]</sup> por cada misil, tenían como objetivo cada una de las grandes ciudades de los países ricos en petróleo de Oriente Próximo. En Rusia, los ejércitos estaban preparados para la invasión posterior.

Al oeste de San Petersburgo, un granjero que ordeñaba sus vacas abandonó su labor en el instante en que el suelo helado tembló y sus oídos se llenaron con el rugido de los propulsores. Sobrecogido, abandonó el granero corriendo y vio cómo un misil eclipsaba el sol en su ascenso y proyectaba su sombra sobre él y el producto de su esfuerzo.

Junto a la catedral de San Basilio de Moscú, los invitados a una boda miraban todos al cielo, siguiendo las seis finas estelas de humo que lo surcaban.

Sobre un puente en Irkutsk, un titiritero sorprendía a los niños al interrumpir repentinamente la obra de marionetas para quedarse mirando fijamente al aciago espectáculo que ofrecía el cielo.

En el transcurso de la carrera de diez kilómetros de Yekaterinburgo, los patinadores y su público enmudecían de terror ante la visión del reflejo del sol en los cascos de cuatro misiles que salían disparados hacia el firmamento.

Por toda Rusia se repetían escenas parecidas.

A los dieciocho segundos y medio del lanzamiento, tras haber recorrido aproximadamente tres kilómetros y bajo la atenta mirada de la gente de las ciudades, los pueblos y las granjas de todo el país... ocurrió lo inexplicable.

En el núcleo de cada una de las cabezas múltiples acopladas a los misiles, en un área infinitesimal, se produjo una liberación de energía de incomprensible magnitud. En menos de la centésima parte de una milésima de segundo, la temperatura de las ojivas alcanzó más de cien millones de grados Kelvin —cinco veces más elevada que la de la corteza solar—, creando una bola de fuego que se expandió a varios millones de kilómetros por hora. Todo lo que había en un radio de tres a cinco kilómetros de las explosiones se vaporizó al instante; no sólo el granjero, también las herramientas con las que había trabajado; no sólo los invitados a la boda, también la catedral de la que acababan de salir; no sólo los niños y el titiritero, también el puente sobre el que se encontraban; no sólo los patinadores y sus espectadores; también el río helado sobre el que discurría la carrera. Incluso el aire se consumió. En un radio de entre

quince y veinticinco kilómetros de las ojivas explosionadas, lo que no se había vaporizado estalló en llamas.

En su expansión, las bolas de fuego barrían la atmósfera con ondas expansivas de elevada temperatura. Las ondas secundarias que habían rebotado en el suelo se sumaron a las primeras, propagándose sobre el terreno y formando frentes Mach de increíble presión. Edificios, hogares, árboles y todo lo que no había sido destruido hasta el momento fueron arrancados de la faz de la tierra y expulsados a miles de kilómetros por hora.

El índice de muertes en los primeros quince segundos fue de más de treinta millones de personas.

Las gigantescas bolas de fuego, que habían alcanzado hasta diez kilómetros de diámetro en su expansión, se elevaron ahora hacia el firmamento, absorbiendo cuanto había a su alrededor hacia el núcleo y luego hacia arriba como gigantescas chimeneas. Cientos de miles de millones de metros cúbicos de humo y de gases tóxicos creados por los incendios y todo lo que las explosiones habían hecho estallar fueron ahora aspirados hacia el centro y elevados a ochocientos kilómetros por hora para formar multitud de gigantescos hongos de residuos que se esparcirían miles de kilómetros a la redonda en una lluvia mortal.

#### TEL AVIV, ISRAEL

El teléfono negro no era seguro, así que, cuando sonó, el almirante coronel Michael White siguió el protocolo habitual y contestó citando los cuatro últimos dígitos del número de teléfono. Al otro lado oyó la voz del primer ministro israelí, que llamaba desde su recién recuperado despacho en la Kneset.

—Enhorabuena —dijo—. Ni uno solo de los misiles ha traspasado el espacio aéreo ruso. Israel le debe la vida y la libertad.

—Gracias, primer ministro —dijo el coronel White—, pero no hemos sido nosotros. Hace horas que perdimos el control. Nuestra defensa estratégica permanece no operativa.

**SEÑOR DEL MUNDO**

DOS MESES DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

El ex subsecretario Robert Milner y el embajador de Namibia Thomas Sabudu se demoraron uno instantes para comprobar que todo estaba en orden antes de coger el ascensor. En la planta veintiocho, Jackie Hansen les recibió calurosamente a la entrada de la misión británica y les acompañó hasta el despacho de Hansen.

—Buenas tardes, Bob. Embajador Sabudu —dijo Hansen abandonando su mesa e invitándoles a sentarse en la zona de sillones de su despacho—. ¿Cómo estás, Bob? —preguntó.

—Pues nada mal para un viejo como yo —contestó Milner.

—Para ser tan viejo te conservas en forma. Te veo casi más en la ONU ahora que cuando trabajabas allí.

Milner soltó una carcajada.

—Bueno, como ahora no tengo obligación de estar allí, lo disfruto mucho más.

—¿Así que ahora trabajas en los pasillos? —preguntó Hansen.

—Oh, no —contestó Milner—. Alice Bernley me ha dejado que me instale en un despacho libre que tenía en el Lucius Trust.

Jackie entró en ese momento en el despacho con té y rosquillas. Una vez servidos, los tres hombres decidieron pasar a hablar de negocios.

—¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó Hansen, mirando alternativamente a Sabudu y Milner.

—Jon, el embajador Sabudu y yo, él en misión oficial y yo extraoficialmente, venimos en representación de algunos miembros del G77 —empezó Milner, refiriéndose al grupo de países en vías de desarrollo que en sus orígenes había estado constituido por setenta y siete países, pero que ya incluía a más de ciento cincuenta naciones.

—Venimos —dijo el embajador Sabudu— por las dos ocasiones en las que en el pasado has defendido ante la Asamblea General la necesidad de reorganizar el Consejo de Seguridad de la ONU.

—Efectivamente —reconoció Hansen—, pero supongo que sabréis que se trataba de un mero golpe de efecto para resaltar la gravedad de otro asunto. La última vez, justo después de la invasión de Israel por parte de los rusos, lo hice para que quedase muy claro que Rusia no podía empezar a invadir países y dar por sentado que Naciones Unidas no haría nada para detenerla. En ningún momento he pretendido que la moción saliera adelante. Si Rusia hubiese sido excluida del Consejo de Seguridad, estoy prácticamente convencido de que habría abandonado la ONU, y entonces habríamos perdido todas las oportunidades que nos brinda el marco de Naciones

Unidas para dar solución diplomática a los conflictos. Así que, tal y como os decía, la intención de la moción era lograr un golpe de efecto, en absoluto pretendía cambiar el Consejo de Seguridad.

—Ya, claro —dijo Sabudu.

—Jon —interrumpió Milner—, nos gustaría que volvieras a presentar la moción, esta vez en serio.

Hansen se arrellanó en su butaca.

—Embajador Hansen —empezó Sabudu.

—Por favor, llámame Jon.

—Está bien, Jon. Como sabes, las cosas han cambiado mucho desde el Desastre y desde la devastación nuclear de Rusia hace dos meses. Muchos de los que formamos el grupo de los setenta y siete creemos que ha llegado el momento de que la ONU cambie también. —En realidad, los países del Tercer Mundo esperaban aquel cambio desde el momento en que habían pasado a ser mayoría en el seno de Naciones Unidas—. Es absolutamente irracional —continuó Sabudu— que cinco naciones ejerzan el dominio que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad ejercen sobre la ONU. —La voz de Sabudu estaba cargada de determinación.

—Permíteme que te diga, Thomas —dijo Hansen tomándose la libertad de llamar a Sabudu por su nombre de pila—, que aunque mi país es uno de los cinco a los que te refieres, personalmente comparto vuestro punto de vista.

—Jon —dijo Milner—. Thomas y yo hemos tanteado a casi todos los miembros del grupo de los setenta y siete y la inmensa mayoría, ciento siete hasta el momento, se ha comprometido a apoyar la moción. Los otros treinta y dos están más de nuestro lado que de ningún otro.

Hansen arqueó las cejas, ligeramente sorprendido ante el grado de apoyo a la proposición.

—Pero ¿por qué he de ser yo quien presente la moción?

—Por tres razones —contestó Milner—. Para empezar y como ya decía Thomas, ya la has presentado antes. Segundo, cuentas con el respeto de todos los miembros, sobre todo con el de los países del Tercer Mundo. Y por último, porque creemos que es absolutamente imperativo que sea el delegado de uno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad el que la presente. Algunos con los que he hablado creen que la devastación de la Federación Rusa propiciará de rodas formas algún tipo de reestructuración en los próximos cuatro o cinco años. Y no saben si participar en mover las aguas para adelantar ese cambio. De ahí la importancia de que sea uno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad el que haga la moción. Seamos honestos, quieren que sea alguien más importante que ellos el que asuma el fracaso si la proposición no sale adelante. Si Gran Bretaña se presta a proponer la moción, creo que podemos conseguir todos o casi todos los votos de los países del Tercer Mundo que nos son favorables. Si así lo consiguiéramos, sólo necesitaríamos doce votos más para conseguir la mayoría de dos tercios necesaria

para aprobar la moción.

—No sé, Bob —interrumpió Hansen—, no tengo ni idea de cómo reaccionará mi gobierno a la propuesta. Una cosa es sugerir la moción cuando no hay probabilidades de que se apruebe, y otra muy diferente, que existan muchas posibilidades de que pase. Ni siquiera sé cuál sería el sentido de nuestro voto con respecto a la moción.

—¿Y qué opinas personalmente? —preguntó Milner.

—Como ya he dicho antes, estoy de acuerdo en que es injusto que cinco países ejerzan su dominio sobre la ONU, pero tampoco estoy seguro de que exista una fórmula más justa que a la vez nos permita alcanzar los logros que estamos consiguiendo. —Hansen pensó unos instantes y continuó—: Si diésemos con una organización más equitativa, que no estancase el sistema por falta de dirección y liderazgo, entonces, y lo digo extraoficialmente, creo que sí lo haría.

—¿Colaborarías con nosotros en la búsqueda de esa fórmula, tal vez en una organización de base regional? —preguntó Sabudu—. Y si damos con una fórmula que consideres aceptable, ¿la presentarías a tu gobierno para que la tome en consideración?

Hansen asintió con la cabeza.

—Haré lo que pueda. Pero aun con la fórmula perfecta y el apoyo de mi gobierno, es más que probable que no me permitan presentar la moción si piensan que al hacerlo molestaremos al resto de miembros permanentes. ¿Existe la posibilidad de que algún otro miembro permanente la presente?

—Creemos que no —dijo Milner.

—Entiendo.

Milner abrió su maletín y extrajo de su interior un documento.

—Para ir abriendo boca —dijo—, he traído una propuesta de reestructuración del Consejo de Seguridad basada en entidades regionales. Tal vez pueda servirnos, por lo menos, como punto de partida para el desarrollo del proyecto final.

Hansen echó un vistazo al documento y lo colocó en la mesa junto a él.

—Embajador, lo que te decía el subsecretario Milner sobre tu buenísima reputación entre los miembros del Tercer Mundo no era adulación —dijo Sabudu en un tono más formal.

—Gracias, embajador —contestó Hansen en el mismo tono.

—Jon —dijo Milner—, hay otro asunto sobre el que queríamos hablar contigo y que creo tal vez suavice el golpe que pueda suponer a tu gobierno perder su lugar permanente en el Consejo. Como sabes, a fin de garantizar la imparcialidad, el secretario general ha sido siempre elegido entre los miembros de la ONU que no tenían lazos con ninguno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Ésta ha sido durante años la manera de contrarrestar el poder de los cinco miembros permanentes del consejo de Seguridad. Pero si la organización de éste fuera reestructurada, entonces no habría razón para mantener este requisito. Ya no habría problema alguno para que el secretario general no fuera británico, estadounidense o

de cualquier otro de los antiguos miembros permanentes de Consejo.

»Jon, el secretario general ya ha anunciado su intención de retirarse al final de este periodo de sesiones. Si eres el único que presenta la moción y conseguimos los votos necesarios para que se apruebe, entonces creemos que tú eres el candidato más plausible para ocupar su lugar.

Jon Hansen respiró hondo y se recostó en el sillón.

Fuera del despacho, Jackie Hansen trabajaba en el ordenador cuando levantó la vista y se encontró a Christopher Goodman entrando por la puerta.

—¡Hola, Christopher! —dijo—. ¿Qué tal las clases?

—Bien —contestó él—. ¿Está el señor Hawthorne?

—Pues ha salido, pero no tardará mucho en volver. Si quieres, puedes esperarle en su despacho.

—No, no hace falta —dijo—. Sólo quería decirle que llegaré un poco más tarde esta noche. Voy al seminario y a la exposición que patrocina el gobierno saudí. ¿Se lo puede decir de mi parte?

—Por supuesto, Christopher —contestó Jackie—. No te pierdes ni una, ¿eh?

—No, es fantástico. Cada dos semanas o así hay un seminario o una exposición o un programa nuevos a los que asistir. Y hay exposiciones para las que se necesitan varios días.

—Te envidio —dijo ella—. Ojalá tuviera tiempo para aprovechar todos los programas educativos que ofrece la ONU.

Jackie vio que se abría la puerta del despacho del embajador y se llevó un dedo a los labios indicando que tendrían que continuar su conversación después de marcharse la visita del embajador Hansen.

Christopher cogió una revista para pasar el rato, pero antes de que pudiera empezar a echarle un vistazo, oyó que alguien le llamaba. Al levantar la vista, vio al ex subsecretario general Milner que, de pie junto al embajador Hansen, le miraba fijamente.

—Oh, hola, subsecretario Milner —contestó Christopher.

—¿Os conocéis? —preguntó Hansen a Milner.

—Sí. Hemos coincidido más de una vez en alguna exposición, pero no nos presentaron formalmente hasta hace unos días, cuando di una conferencia en el instituto de Christopher sobre mi proyecto de Agenda Mundial y los objetivos de Naciones Unidas. Me dice su profesora que no es nada mal estudiante. No me sorprendería que llegue algún día a trabajar para la ONU —concluyó Milner volviéndose hacia Hansen y Sabudu para concentrar ahora en ellos su atención—. Tan pronto como hayas tenido tiempo de examinar el documento y pensar en algunas sugerencias para mejorarlo, llámame y volveremos a reunirnos —dijo dirigiéndose a Hansen.

—Eso haré —contestó Hansen.

Los tres hombres se dieron sendos apretones de manos y Milner y Sabudu



salieron del despacho. A continuación, Hansen pidió a Jackie que convocara a sus asesores a una reunión a las cuatro y media y que les informara de que acabarían tarde.

—Bueno —dijo Jackie a Christopher cuando el embajador Hansen hubo cerrado la puerta—, parece que vas a tener todo el tiempo del mundo para visitar la exposición saudí. Le daré a Decker el recado.

—Gracias —dijo Christopher encaminándose hacia la puerta. Pero antes de alcanzarla, ésta se abrió de nuevo. Era Milner.

—Christopher, ¿estarás en la exposición saudí esta tarde? —preguntó.

—Sí, señor. Ahora mismo voy para allá.

—Perfecto, pues nos veremos allí. Han montado una magnífica sección sobre el islam que incluye magníficas maquetas de las mezquitas de la Meca y de Medina.

Seis semanas después. Tel Aviv, Israel

Tom Donafin dio unos golpecitos con el dedo sobre las cerdas del cepillo de dientes para comprobar que había aplicado suficiente pasta de dientes. Satisfecho, devolvió el tubo a su espacio asignado en la repisa junto al lavabo. Llevaba ciego seis meses y empezaba a hacerse a la situación. Por fortuna siempre había preferido llevar barba, así que no tenía que preocuparse por el afeitado. Y cuando alquiló un apartamento en la misma planta que Rhoda, ésta le había ayudado a colocar la ropa en el vestidor y los cajones para que pudiese combinar bien las prendas.

Pensó que tal vez era demasiado temprano todavía, pero tan pronto se hubo vestido, cerró la puerta con llave y recorrió el pasillo hacia el apartamento de Rhoda. Tanteando con su largo bastón blanco, alcanzó el final del pasillo, giró y contó los pasos hasta la puerta. Lo había hecho muchas veces él solo, y era casi imposible que se equivocara de puerta. Con todo, le había sugerido a Rhoda que grabaran un corazón con sus iniciales en la puerta y así él siempre sabría que llamaba al apartamento correcto. Rhoda había cambiado de idea después de pensarlo un poco.

Tom llamó a la puerta y fue recibido un instante después con un cálido beso, que devolvió con gusto.

—Llegas temprano —dijo Rhoda—. Pasa, me iba a cambiar.

—¿Me tapo los ojos? —bromeó Tom.

—No son tus ojos los que me preocupan, más bien tu imaginación. Espera aquí, enseguida vuelvo.

Tom siempre había evitado involucrarse demasiado en una relación por temor al rechazo que podía provocar su aspecto desfigurado. Curiosamente, ahora que no podía ver, aquello había dejado de ser un problema.

Tom se abrió camino hasta el sillón y se sentó. En la mesita de delante del sillón, Rhoda tenía siempre un libro para estudiantes primerizos de Braille. Al cogerlo con intención de practicar un poco, advirtió que había apoyada sobre él una hoja suelta de papel. Recorrió con las yemas de los dedos la superficie irregular del papel y descifró el mensaje. «Te quiero», decía.

Cuando Rhoda regresó de su dormitorio, Tom no le hizo comentario alguno sobre la nota.

—Lista —dijo ella.

Tom se levantó y se dirigió hacia la puerta. Rhoda le interceptó a medio camino y colocó su mano en aquel punto ya tan familiar de su brazo.

—El rabino no va a saber qué pensar cuando vea que llegamos pronto a la havdalá —dijo ella.

—No será la única sorpresa que reciba esta noche —añadió Tom, y aunque no podía ver, sabía que ella sonreía.

\* \* \*

Una vez concluida la cena en casa del rabino Cohen, los comensales se retiraron al salón. Benjamin Cohen, que junto con su padre había sido el único de la familia del rabino en sobrevivir al Desastre, apagó las luces mientras su padre rezaba y prendía las tres mechas de la alta vela trenzada azul y blanca de la havdalá. La havdalá o «separación» marca el final del sabbat y el comienzo del resto de los días de la semana, separando lo sagrado de lo secular. Acompañaban a los Cohen y a Tom y a Rhoda otros nueve invitados. La congregación de Cohen había sido mucho más numerosa al principio, pero el Desastre la había reducido en más de ciento cincuenta miembros. Ahora cabían perfectamente en el salón de Cohen. Algunos de los presentes habían empezado, como Rhoda, a atender a los servicios religiosos de Cohen tan sólo unas semanas o meses antes del Desastre. Otros se habían unido al grupo después.

Cuando creció la llama, Saul Cohen tomó la vela y la alzó ante sí. Conforme a la tradición, los que formaban el círculo se levantaron e izaron las manos ahuecadas en forma de taza hacia la luz. Aunque no podía ver la llama, Tom pudo sentir el calor de la vela e hizo lo que Rhoda le había enseñado. Para él no se trataba más que de una tradición, pero significaba mucho para Rhoda, así que lo hizo.

\* \* \*

Tal y como lo habían planeado, Tom y Rhoda esperaron a que todos se hubieran ido después de la havdalá para poder hablar con el rabino Cohen a solas.

—Y dime, Tom —dijo Cohen—, ¿qué le ha parecido a mi escéptico favorito el mensaje de esta noche?

—Bueno —dijo Tom—, comprendo lo que quería decir, pero ¿no le parece un poco radical afirmar que sólo hay un camino para entrar en el Reino de los Cielos?

—Lo sería, Tom —contestó Cohen—, si no fuera porque el camino que ofrece Dios es un camino sin restricciones, completamente libre y totalmente accesible para

todas y cada una de las personas que pueblan este planeta. Dios siempre está ahí esperando nuestra llamada. ¿Sería radical decir que sólo existe un elemento que todo el mundo debe respirar para vivir?

—Pero el aire está disponible para todos —argumentó Tom.

—Tom, también Dios lo está. La Biblia dice en el libro de los Romanos que Dios se ha dado a conocer a todo el mundo. No importa quién seas o dónde vivas o cuál sea tu experiencia religiosa anterior. Está en la mano de cada uno contestar a la llamada de Dios. Y Tom, lo más grande de todo esto es que una vez se contesta a la llamada todo resulta muy natural. Más natural incluso —dijo Cohen riéndose ante la inesperada resolución de la frase— que respirar.

El asunto merecía discutirse a fondo, pero Tom tenía otra cosa en mente. Para cambiar de tema, Tom decidió preguntar al rabino sobre algo que le intrigaba desde hacía algún tiempo.

—Rabí —dijo—, hay algo que no acabo de entender. Si ya no cree lo que los otros jasadíes creen, ¿porqué luce todavía el atuendo y los tirabuzones de los jasadíes?

Rhoda desvió la mirada avergonzada; ella jamás se habría atrevido a formular la pregunta, pero era algo que la intrigaba muy a menudo. Estaba convencida de que el rabino se daría cuenta de que ella se lo había mencionado a Tom. Después de todo, ¿cómo iba a saber Tom cómo iba vestido el rabino?

—Es mi herencia —contestó Cohen—. Ni siquiera el apóstol Pablo, a quien el Mesías encargó que llevase su palabra a los gentiles, cambió sus costumbres salvo cuando fue necesario para cumplir con su misión. Además —añadió Cohen—, estas ropas todavía pueden durar unos cuantos años más. ¿Por qué iba a comprar otras nuevas?

Cohen sonrió, pero Tom, que pensaba que Cohen hablaba en serio, tuvo que morderse el labio para no soltar una carcajada.

—Pero bueno, ¿qué es lo que puedo hacer por vosotros? —preguntó Cohen figurándose que Tom y Rhoda no estaban allí para preguntarle por su ropero.

—Bueno —dijo Tom aliviado ante la oportunidad que le brindaban para abordar el tema que le interesaba—. A Rhoda y a mí nos gustaría que oficiara nuestra boda.

Cohen no respondió.

—¿Ocurre algo, rabí? —preguntó Rhoda.

Cohen vaciló.

—Disculpadme. Rhoda, ¿podría hablar contigo a solas un momento?

Cohen empezó a retirarse y Rhoda, a seguirle sin que Tom tuviera tiempo de oponerse. En un instante tan breve que no pudo articular palabra, ambos habían desaparecido y Tom oyó como una de las puertas de la parte interior de la casa se cerraba tras ellos.

\* \* \*

—Rhoda —dijo Cohen tan pronto estuvo a solas con ella—, ¿recuerdas lo que te dije cuando te llevé a Tom?

—¿Se refiere a la profecía? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Cómo lo iba a olvidar? Pienso en ello todos los días.

—Entonces sabes que éste no será un matrimonio fácil. Disfrutarás de unos años de paz, no sé cuántos, pero luego le perderás. La profecía es clara: «Él ha de traer la muerte y morir para que llegue el fin y sobrevenga el comienzo».

—Lo sé y lo comprendo —contestó Rhoda.

—¿Y a pesar de todo quieres llevar adelante el matrimonio? —la voz de Cohen sonaba preocupada pero no mostraba tintes de desaprobación.

—Sí, rabí. Más que nada en el mundo.

Cohen le lanzó una mirada de desaprobación por sus últimas palabras.

Rhoda advirtió la mirada y se apresuró a rectificar.

—Más que nada en el mundo, si Dios lo quiere así, por supuesto.

Cohen lo dejó pasar.

—Está bien, entonces. Pero siempre y cuando seas plenamente consciente de dónde te metes.

—Lo sé, rabí —le aseguró Rhoda.

—Bueno, luego está lo de la unión a un no creyente, pero siempre he sabido que con Tom iba a ser cuestión de tiempo. Tendremos que ocuparnos de eso inmediatamente, y solucionarlo antes de la boda.

Rhoda asintió voluntariosamente.

—Ah, por cierto —dijo Cohen como si se le acabase de ocurrir—, ¿le has contado a Tom lo de la profecía?

—No, rabí. Creí que no debía hacerlo.

Cohen asintió pensativo.

—Sí, probablemente es lo correcto. Lo mejor es que dejemos que Dios actúe a su debido tiempo y que no influyamos en Tom dándole ideas.

Cohen y Rhoda regresaron adonde Tom los esperaba.

—Bueno, Tom —empezó Cohen para ofrecerle una explicación—, Rhoda me dice que ha tomado esta decisión con los ojos completamente abiertos.

Tom conocía el valor que Rhoda concedía a la opinión de Cohen, pero no le gustaba nada que hablaran de él sin estar presente para poder defenderse, y tampoco acababa de ser de su agrado el escrutinio al que Cohen había sometido aparentemente sus planes. No obstante, decidió mantener la boca cerrada. Y pronto se alegraría de haberlo hecho.

—Y hablando de dar pasos con los ojos abiertos —dijo Cohen—, Tom, tengo un regalo de boda para ti. Bueno, la verdad es que el regalo no es mío exactamente. Me dijeron que te lo diera cuando te encontré entre los escombros. El momento de dártelo quedaba a mi elección, y supongo que éste es tan bueno como cualquier otro. —

Cohen se acercó a Tom, extendió el brazo y colocó la mano sobre sus ojos—. No por mis poderes —dijo Cohen antes de que Tom pudiera hacerse conjeturas de lo que allí ocurría—, sino en el nombre y por el poder del mesías Yeshua: abre los ojos y mira.

DOS SEMANAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

El embajador británico Jon Hansen recibió una gran ovación cuando se levantó para dirigirse a la tribuna de oradores de la Asamblea General de Naciones Unidas. Su discurso se traduciría simultáneamente al árabe, al chino, al francés, al ruso y al español, que junto con el inglés son las seis lenguas oficiales de Naciones Unidas. Hansen había tocado el tema de la reorganización del Consejo de Seguridad de la ONU en dos ocasiones anteriores, pero no había duda de que esta vez la moción iba en serio.

Durante las tres semanas anteriores, Decker había dedicado incontables horas a la preparación del discurso, elaboración de borradores y condensar, ampliar, añadir, borrar, pulir y consultar con los lingüistas cada palabra en inglés, a fin de que su traducción tuviera el mismo impacto. Lo que Hansen estaba a punto de proponer entrañaba la completa reestructuración de Naciones Unidas y sus palabras tenían que ser claras y precisas.

El contenido de la intervención de Hansen no iba a ser una sorpresa. La prensa ya se había desplegado para cubrir el discurso y las intervenciones posteriores. La mayoría de dos tercios necesaria para sacar adelante la moción no estaba del todo garantizada; había demasiados países que se negaban a comprometer su voto por adelantado.

A diferencia de las dos ocasiones anteriores, cuando nadie se había tomado en serio la moción de Hansen, esta vez los recientes acontecimientos en Rusia hacían posible que la propuesta llegara a ser aprobada. Tras el holocausto nuclear, la Federación Rusa no era más que un espectro de sí misma. Incluso su entidad como país era puesta en peligro cada día por los supervivientes que, en cada región federada, surgían de entre los escombros y declaraban la suya una república independiente; como ya ocurrió con la caída de la URSS décadas atrás. Aquéllos eran los afortunados; en otras zonas de Rusia no había supervivientes suficientes para preocuparse siquiera de la política.

Poco tenía que ver este mundo con el del 24 de octubre de 1945, fecha de constitución de Naciones Unidas. La Segunda Guerra Mundial acababa de llegar a su fin y las cinco grandes potencias vencedoras —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Unión Soviética y China— se convirtieron en miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas con poder de veto. Desde entonces, Gran Bretaña había sido despojada de sus colonias y, aunque influyente, su grandeza había quedado reducida al nombre. Ahora pensaba cambiar su poder en el Consejo de Seguridad por el control temporal de la Secretaría General bajo el mandato de Hansen

y la oportunidad de dirigir la reorganización de Naciones Unidas. «Mejor comerciar hoy con lo que bien pueden quitarnos mañana», había dicho Hansen ante el Parlamento británico. Gran Bretaña sabía que la evolución de Naciones Unidas era imparable, y dirigir aquella evolución era una responsabilidad para la que se sentía excepcionalmente cualificado.

Francia, país indisciplinado que nunca había llegado a convertirse en verdadera potencia económica tras la Segunda Guerra Mundial, había apostado por el neoaislacionismo y renunciado voluntariamente a su posición como líder mundial. Pero no por ello iba a entregar tan fácilmente su parcela de poder. E incluso una vez hubo empezado Hansen a pronunciar su discurso, Francia persistía en su intento de convencer a otros miembros de que votaran en contra de la propuesta.

China era un caso aparte. Era uno de los países más pobres, pero conservaba su condición de potencia mundial aunque sólo fuera por su capacidad militar y su enorme población. China era la única de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad que tenía asegurada su presencia en el nuevo Consejo debido a su tamaño, pero aun así votaría en contra de la moción para no ver su poder reducido a la mitad en el nuevo consejo de diez miembros. Su enorme territorio no iba a proporcionarle un peso mayor en la Asamblea General. Dos años antes el grupo de los cinco había hecho una serie de concesiones y renunciado al poder de vetar enmiendas a la Carta de Naciones Unidas. China tendría ahora un único voto, como el más diminuto de los países.

La Federación Rusa, a pesar de las protestas que pudiera formular, había perdido la legitimidad de ser miembro permanente del Consejo de Seguridad y también el poder de veto sobre las decisiones de éste.

Solamente Estados Unidos podía reclamar el derecho a ser miembro permanente debido a su condición de potencia mundial. Pero en sentido estricto, la propuesta podía ser interpretada como un paso más hacia el «Nuevo Orden Mundial» que propuso por vez primera el antiguo presidente de Estados Unidos George H. Bush, y al parecer contaba con el apoyo, si no de la mayoría, sí por lo menos de una vasta minoría de ciudadanos americanos y de la mayoría del Congreso. Estados Unidos no iba a interponerse en la reorganización de Naciones Unidas, si era eso lo que deseaban sus miembros.

La propuesta de Hansen proyectaba eliminar el carácter permanente del grupo de los cinco y en su lugar dotar de una estructura completamente nueva al Consejo de Seguridad, que pasaría a estar compuesto por representantes de cada una de las diez grandes regiones del mundo. Aunque faltaba por discutir los detalles con todas las naciones miembro, se esperaba que estas regiones fueran Norteamérica, Suramérica, Europa e Islandia, África oriental, África occidental, Oriente Próximo, el subcontinente indio, Norte de Asia, China y las naciones asiáticas de la cuenca del Pacífico, desde Japón y Corea al sudeste asiático, Indonesia y Nueva Guinea, y Australia y Nueva Zelanda. Cada región tendría un miembro con derecho a voto y un

miembro temporal en el Consejo de Seguridad.

Hansen ocupó su lugar ante la gran asamblea de naciones dispuesto a pronunciar el discurso más importante de su vida; la adrenalina le corría por las venas. Día y noche, había empleado las últimas semanas para reunirse con unos y con otros buscando apoyo a la moción. Había llegado la hora del espectáculo, pero sabía que inmediatamente después de finalizado, se reanudarían de nuevo los contactos y las presiones. Hansen se aproximó con un paso a la tribuna e inició el discurso.

«Queridos delegados y compatriotas del mundo, me presento hoy ante vosotros como embajador de un imperio ya desposeído de sus colonias. Y no lo digo con pesar, sino con orgullo. Orgulloso de que el tiempo nos ha hecho grandes para reconocer el derecho de un pueblo soberano a fijar su propio camino en la historia del planeta. Orgulloso de que mi amada Gran Bretaña, a pesar del precio que tendrá que pagar por la aprobación, haya dado prioridad a la justicia sobre el poder y autorizado la presentación y el apoyo de esta moción.

»Desde la fundación de esta augusta organización, cinco países, Gran Bretaña entre ellos, han ejercido su dominio sobre el resto de las naciones del mundo. Hoy, la historia de las naciones emprende un nuevo camino.

»Un nuevo camino, que no un destino, pues no hay parada final.

»Un nuevo camino, que no una encrucijada, pues en verdad no hay otro camino posible para los hombres justos.

»Un nuevo camino, que no un desvío, pues el camino por el que andábamos nos ha llevado tan lejos como podía.

»Un nuevo camino, que no un callejón sin salida, pues no hay vuelta atrás.

»Una gran tragedia nos ha empujado de golpe hasta el final del camino, pero aun no habiendo ocurrido así, habríamos llegado a este punto de la historia de todas formas. Desde los primeros días de existencia de Naciones Unidas, ha sido siempre el sueño de muchos que un día todas las naciones convivieran como iguales en esta institución. Estamos demasiado cerca de cumplir ese sueño como para negarnos a seguir avanzando y hacerlo realidad.

»Es tiempo de que los pueblos del mundo rompan las ataduras que nos ligan al pasado. Los días del imperio llegaron a su fin, y también han de finalizar los días de subordinación a aquellos nacidos del poder. La justicia no reside en el gobierno de quienes se consideran mejores que nosotros, sino en la voluntad común de nuestros iguales. La grandeza de una nación no deriva de la superioridad de su armamento, sino de su disposición a permitir y a colaborar en la grandeza de otros.»

Decker escuchaba atentamente, anticipándose a las pausas y deseando que a cada línea estallara la ovación esperada. Aunque la traducción a otros idiomas retrasaba de manera desconcertante los aplausos en Naciones Unidas, Decker no quedó decepcionado. Era evidente que la moción iba a tener éxito.

\* \* \*

Como tantas veces ocurre en la historia, la balanza de la votación se inclinó finalmente de un lado debido a un irónico golpe del destino. Cuando la fundación de Naciones Unidas, la Unión Soviética había insistido en que se garantizara el ingreso de dos de sus Estados, Bielorrusia y Ucrania, con todos los mismos derechos que una nación soberana. Por aquel entonces fue la forma que había tenido la URSS de conseguir dos votos más en la Asamblea General. En esta ocasión, la Ucrania independiente emitió el voto decisivo para la expropiación del asiento de Rusia en el Consejo de Seguridad. La moción fue aprobada.

#### UNA SEMANA DESPUÉS

La votación a favor de la reorganización del Consejo de Seguridad no marcó el final del esfuerzo, sino el comienzo de una nueva fase. Ahora que la moción había salido adelante, representantes de prensa de todos los rincones del mundo no dejaban de llamar y pedir información sobre el hombre que con toda probabilidad iba a convertirse en el nuevo secretario general. Decker consiguió personal de refuerzo para que se encargara de la parte más rutinaria del trabajo, pero le costaba delegar. Estaba repasando por tercera vez la nota de prensa, cuando se dio cuenta de que era incapaz de concentrarse en lo que leía. Estaba demasiado cansado. Cerró los ojos, se reclinó en la silla y pensó en los días del *Knoxville Express*. Hacía mucho tiempo que no trabajaba tanto.

Sin que él lo notara, Jackie Hansen había entrado en el despacho y se encontraba de pie justo detrás de él. Al verle allí sentado con los ojos cerrados, Jackie se inclinó ligeramente hacia delante y apoyó sus dedos, largos y finos, sobre sus hombros. Decker dio un respingo, pero al abrir los ojos y ver la sonrisa de Jackie, se relajó para disfrutar del masaje que ella había empezado a aplicarle sobre sus músculos agarrotados y cansados.

—¡Qué gusto! —dijo agradecido—. Creo que con veinte minutos será suficiente. —Era un chiste muy viejo, pero Jackie se rió de todas formas.

—Tienes la espalda completamente agarrotada —dijo Jackie condescendiente—. Debes de estar agotado.

Decker empezó a asentir con la cabeza, pero pensó que con ello interrumpiría el masaje y en su lugar soltó un pequeño gruñido a modo de afirmación.

—Mi padre valora mucho todo lo que estás haciendo. Me ha dicho que trabajas tan duro que a veces no está muy seguro de quién de los dos intenta salir elegido.

Decker agradecía el cumplido. Le gustaba saber que se reconocía su trabajo. Levantó el rostro con una sonrisa hacia Jackie y volvió a cerrar los ojos para concentrarse en el relajante contacto de sus manos. De repente se detuvo.

—¿Sabes lo que tendrías que hacer para relajarte de verdad? —preguntó.

—¿El qué? —contestó Decker.



—Verás. Yo lo que hago cuando estoy muy tensa es meditar. —Jackie reanudó el masaje de hombros—: Aunque te parezca que siempre estoy muy relajada, yo solía ser un manojo de nervios. Cuando empecé a trabajar aquí estaba obsesionada con hacerlo todo a la perfección. No quería que nadie pensara que la única razón por la que había conseguido el puesto era porque mi padre era el embajador. —Jackie encontró un nudo muscular y empezó a frotar en círculos para deshacerlo—: Fue por entonces cuando conocí a Lorraine, de la misión francesa. Me invitó a asistir a una clase de meditación en el Lucius Trust. —Jackie paró de nuevo y echó un vistazo al reloj—: ¡Oh! Vaya —dijo con sorpresa—, hablando del Lucius Trust, son las ocho menos cinco. Tendré que darme prisa si no quiero llegar tarde. Con tanto trabajo llevo tres semanas sin ir, y no me gustaría perderme lo de esta tarde.

—¿Perderte el qué? —preguntó Decker.

—La clase de meditación —contestó Jackie—. Nos reunimos en el Lucius Trust todos los miércoles. Esta noche la directora del Trust, Alice Bernley, va a enseñar a los nuevos miembros a acceder a la conciencia interior, fuente de la creatividad. Es como una guía interior.

—Ah —dijo Decker sin tratar de disimular que no tenía ni idea de lo que hablaba Jackie.

—Vente.

—Uf... No sé, Jackie. No es que me vaya mucho esto de la Nueva Era. Supongo que estoy chapado a la antigua.

—Oh, venga, vamos —insistió ella tomándole de la mano y dándole un tirón—. De verdad que estoy convencida de que lo disfrutarás. Cuando salgas de allí esta noche, estarás más relajado de lo que lo has estado en semanas. A mí me ayuda a alcanzar un nivel superior de pensamiento. Me libera los procesos creativos mentales.

Decker suspiró.

—Bueno, la verdad es que no me vendría nada mal un poco de esa medicina, pero tendremos que llegar un poco tarde. Me niego a correr.

\* \* \*

Cuando llegaron, la clase ya había comenzado. Jackie se abrió paso silenciosamente entre las cerca de ciento cincuenta personas allí reunidas y tiró de Decker hasta dos butacas libres. La gente escuchaba atentamente al orador en silencio y con los ojos cerrados, algunos con las piernas cruzadas. Parecían completamente abstraídos de cuanto les rodeaba. A pesar de la débil iluminación, Decker reconoció a casi dos docenas de los allí presentes como delegados de la ONU. La oradora era Alice Bernley, una mujer atractiva bien entrada en los cuarenta con una larga melena pelirroja.

—Sólo tienes que sentarte, cerrar los ojos y escuchar —le susurró Jackie.

Era fácil relajarse en las hondas y cómodas butacas. Decker empezó a escuchar a

la oradora al tiempo que intentaba dilucidar qué era lo que se suponía que debía hacer. «En la oscuridad que se despliega ante vosotros —estaba diciendo Bernley—, aparece un diminuto punto de luz. Según camináis hacia la luz, la distancia se hace más pequeña, y la luz crece en intensidad y calidez.» Decker oyó entonces un suave zumbido, apenas audible, casi como el ronroneo de un gato, que procedía de los que le rodeaban. Cerró los ojos y para su sorpresa también pudo ver una luz. Estaba muy lejos, pero la veía con claridad. Se quedó maravillado ante la visión, y en su mente sí que parecía que la luz se acercara cada vez más, o tal vez fuera él quien se acercaba a ella. Estaba convencido de que no se trataba más que de una imagen mental forjada por la mujer, pero le sorprendía haberse sugestionado tan fácilmente. «Será por la falta de sueño», pensó brevemente. La delicada voz de la mujer parecía acariciar sus oídos. «Acercaos a la luz», continuó diciendo la mujer, y Decker lo hizo. «Pronto descubriréis que os ha conducido hasta un hermoso lugar, un jardín.» En su mente, Decker siguió sus palabras y pronto pudo verlo.

Bernley se explayó un rato describiendo cada detalle del jardín. Todo era tan claro, resultaba tan real y estaba tan minuciosamente descrito que cuando Decker rememoraba la experiencia tiempo después y pensaba en el resto de los presentes en la sala, lo que más le sobrecogía —aunque, evidentemente, no acababa de creérselo— era que tantas personas pudieran estar compartiendo la misma visión con tanta claridad y al mismo tiempo encontrarse absolutamente solas cada una en su jardín particular. Al recordar el lugar, le parecía tan real que esperaba encontrar a otros de la sala con él.

«Ahora veréis que desde el otro lado del rutilante estanque de agua se acerca alguien.» Decker miró pero no vio a nadie. «Puede tratarse de una persona —continuó Bernley—, pero muchos veréis un animal, tal vez un pájaro o un conejo, o a lo mejor un caballo o incluso un unicornio. La forma que adopte carece de importancia. No os asustéis, ni siquiera si se trata de un león. No os hará daño. Está ahí para ayudaros, para guiaros cuando tengáis preguntas.»

Decker seguía sin ver a nada ni a nadie. «Cuando se haya aproximado lo suficiente, habladle, preguntadle cualquier cosa que queráis saber y os contestará. Podéis empezar preguntándole cómo se llama. Como algunos de vosotros ya sabéis, mi guía espiritual es un maestro tibetano que se hace llamar Djwlij Kajm. Algunos descubriréis que vuestro guía espiritual es algo tímido. Puede que tengáis que desinhibirle no hablando, sino escuchando. Así que escuchad. Escuchad atentamente.» Decker escuchó. Se acercó al estanque intentando escuchar. Bernley permanecía en silencio para que aquellos con espíritus tímidos pudieran escuchar con atención. Pero él seguía sin ver ni oír nada.

No es que no hubiera nada allí. Si hubieran hablado algo más alto, seguro que les habría podido oír.

«¿Por qué nadie se le acerca?», susurró una de las voces.

«El Maestro así lo prohíbe —contestó otra voz—. Tiene planes especiales para

éste.»

\* \* \*

Bernley se mantuvo en silencio otros ocho o diez minutos. Decker permaneció un rato intentando escuchar o ver el guía del que hablaba Bernley, pero cuando ésta volvió a hablar, abrió los ojos y se dio cuenta de que se había quedado dormido. «Ahora despedíos de vuestro nuevo amigo, pero dadle las gracias y hacedle saber que volveréis pronto.»

Decker observó al resto del grupo mientras Bernley les guiaba de regreso desde esta expedición por la mente. Unos momentos después abrían sus ojos y miraban a su alrededor. Todos sonreían. Algunos abrazaban a quienes estaban sentados junto a ellos. Unos pocos sollozaban abiertamente. Decker miró a Jackie Hansen, que parecía estar en una nube. En un rincón de la sala alguien empezó a aplaudir y pronto la sala entera era una gran ovación.

—Gracias, gracias —dijo Bernley cordialmente—, pero tendríais que aplaudiros a vosotros mismos por tener el valor de abrir la mente a lo desconocido. A partir de ahora, cuando necesitéis consejo sobre algo que no sepáis cómo manejar, sólo tenéis que cerrar los ojos y abrir la mente. Buscad a vuestro guía siempre que podáis y planteadle las preguntas a las que no halláis respuesta. Lo que estaréis haciendo es permitir que la naturaleza creativa latente en todos y cada uno de nosotros haga lo que más desea hacer, que no es otra cosa que proporcionar soluciones visionarias a los problemas vitales de cada uno.

Algunos de los ayudantes de Bernley sirvieron entonces un refrigerio, mientras los presentes formaban pequeños grupos y charlaban animadamente sobre la experiencia recién vivida. Decker agradeció cortésmente la invitación a Jackie, le dijo que le había parecido una experiencia interesante, y se excusó diciendo que tenía que regresar de inmediato a la oficina. A ella pareció sorprenderle que él se fuera, pero no intentó detenerle.

\* \* \*

Tan pronto hubo salido Decker, Alice Bernley llamó a Jackie, quien rápidamente se abrió paso por la sala hasta ella. Sin pronunciar palabra, Bernley la tomó del brazo y la condujo hasta un tranquilo rincón donde nadie pudiera oírlas.

—¿Era ese Decker Hawthorne? —preguntó Bernley con un tono algo preocupado.

—Sí —contestó Jackie—. Le he invitado a que presenciara una sesión, ¿he hecho algo mal?

—No. Está bien. Es culpa mía, debía haberte avisado. El tibetano ha dejado muy

claro que Decker Hawthorne no debe formar parte del Trust. El Maestro tiene otros planes para el señor Hawthorne.

#### DOS DÍAS DESPUÉS

Jon Hansen fue conducido hasta el despacho de Aviel Hartzog en la misión israelí de Nueva York. El embajador estaba sentado a su mesa hablando por teléfono, pero no miró ni hizo gesto alguno de saludo cuando Hansen entró en la sala. Era un desaire, no cabía duda. Mientras esperaba, Hansen no pudo evitar oír la conversación de Hartzog y comprobar que discutía sobre un tema trivial. Ello agravaba el desaire. Era inexcusable hacer esperar a un embajador para discutir de un asunto sin importancia con algún burócrata. Y lo que era peor es que Hartzog sabía que Hansen no era un delegado más, sino con toda probabilidad el futuro secretario general.

El embajador israelí colgó por fin unos tres minutos después y se unió a Hansen. No le ofreció sus excusas y se dirigió directamente a Hansen por su nombre de pila, a pesar de que no habían sido presentados formalmente, puesto que el embajador israelí acababa de ser asignado a Naciones Unidas. «Menudo impertinente», pensó Hansen.

—Bueno, Jon, entonces, ¿qué viene a ofrecernos?

Hansen se contuvo como buen caballero inglés.

—Sensatez, embajador. Sensatez.

—¿Viene a decirme que es sensato que Israel se arroje a los leones? —ironizó Hartzog.

—No. He venido...

El embajador Hartzog interrumpió a Hansen antes de que éste siquiera pudiera empezar.

—Embajador Hansen —dijo ahora más formal—, mi gobierno considera que la decisión adoptada por la Asamblea General de reorganizar el Consejo de Seguridad a partir de criterios regionales es un noble gesto, que lamentablemente no podemos secundar. ¿Acaso no se le ha pasado por la cabeza que al reestructurar el Consejo de Seguridad y colocar a Israel en el mismo grupo que el resto de naciones de Oriente Próximo, nos coloca en una situación en la que estaríamos constantemente a merced de nuestros vecinos árabes? Por si no lo sabe, Israel tiene una población de cinco millones de judíos. Estamos rodeados por veintitrés naciones árabes, con una población total de doscientos cincuenta millones de habitantes. Ya me dirá si existe alguna probabilidad de que Israel cuente con un representante en el Consejo de Seguridad que nos sea favorable. —Hartzog hizo una pausa y añadió—: ¡Pero si la mayor parte del mundo árabe ni siquiera reconoce que Israel exista!

—Pero abandonar Naciones Unidas no es la solución, embajador —dijo Hansen consiguiendo por fin decir algo.

—A no ser que pueda darnos algunas garantías... tal vez incrementando el número de miembros del Consejo de Seguridad a once y concediendo ese asiento a

Israel... —Hartzog hizo una pausa esperando la reacción de Hansen. Sabía que Hansen no aceptaría jamás esa propuesta, pero tal y como él lo veía, Hartzog no tenía nada que perder.

—Sabe que no podemos hacer eso —contestó Hansen—. Acabaríamos con toda la reestructuración. Es imposible hacer semejante excepción con Israel y no sentar un precedente para otros que deseen hacer lo mismo. —Hansen no lo mencionó, pero tampoco quería que se sentara otro precedente, el de la salida de una nación de la ONU. Era algo que no había ocurrido jamás.

—Me parece entonces que no tenemos otra elección —concluyó Hartzog.

—Embajador, si Israel abandona Naciones Unidas, estará doblegándose a los países que teme. Nada les gustaría más que ver a Israel fuera de la ONU.

—Lamentablemente, tiene toda la razón. Pero tampoco podemos quedarnos.

\* \* \*

La conversación no fue a mejor y Hansen se fue sin haber ganado ni una pulgada de terreno. A su llegada al despacho le esperaba Decker Hawthorne.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Decker.

—No muy bien —contestó Hansen restando importancia al asunto—. Israel está muy impertinente desde lo que ocurrió en la Federación Rusa.

—Pero si han reconocido que su defensa estratégica no tuvo nada que ver con la detonación prematura de los misiles soviéticos, ¿a qué viene tanta arrogancia? —Decker quería emplear también el término «impertinencia», pero pensó que no podría pronunciar esa palabra sin que sonara a broma.

—La versión oficial de la Kneset es que la destrucción de los misiles rusos fue un milagro divino.

—¿No pensará que el embajador israelí se cree eso, verdad? —preguntó Decker.

—El caso es que una gran parte del pueblo israelí está convencida de que lo que ocurrió fue literalmente obra de Dios, ya anunciada por su profeta Ezequiel hace miles de años<sup>[38]</sup>. —Hansen sacudió la cabeza y suspiró—: Con todo, no puedo culparles por su respuesta a la reestructuración. No es que les ofrezca muchas garantías de futuro.

## REVELACIÓN

SIETE AÑOS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

Decker sacudió la lluvia del paraguas, se desabrochó el impermeable y pasó junto al guarda de la ONU de camino a los ascensores principales.

—Buenos días, señor Hawthorne —le saludó el guarda—. Y ¡feliz cumpleaños!

Decker se demoró el tiempo suficiente para sonreír y asentir.

—Gracias, Charlie —respondió.

«¿Cómo se puede acordar?», se preguntó Decker mientras entraba en el ascensor y pulsaba el botón de la planta treinta y ocho. Una vez en la planta superior del edificio de la Secretaría de Naciones Unidas, se dirigió a su despacho, tres puertas más allá del despacho del secretario general Jon Hansen. Desde su despacho se dominaban el East River y el barrio de Queens, pero hoy apenas podía distinguirlos entre la fuerte lluvia que golpeaba contra la ventana.

Decker repasó los avisos que tenía sobre la mesa para decidir con qué empezar la mañana. En la aseada pila de papeles desorganizados había dos fotografías. La suya con Elizabeth, Hope y Louisa había sido tomada en el breve periodo entre su huida del Líbano y el Desastre; la segunda era de hacía dos años y en ella salía Christopher el día de su graduación del máster sobre Paz en Costa Rica que había hecho en la Universidad de Naciones Unidas.

Aparte de cumplir cincuenta y ocho años, el día en la ONU se presentaba como de costumbre, lo que era de agradecer. Como jefe de relaciones públicas del secretario general Jon Hansen, Decker había participado personalmente en los preparativos y la ejecución a escala mundial de la celebración del día de Naciones Unidas tres días antes, y agradecía la vuelta a la normalidad. La celebración de la fundación de Naciones Unidas había sido todo un éxito, con fiestas en casi doscientos de los doscientos treinta y cinco países miembros. El secretario general Hansen había querido dar una gran relevancia a la ocasión. Las celebraciones debían ser mejores y mayores cada año para que la ONU y sus programas gozaran de mayor respaldo y aceptación populares. En algunos países, la celebración del Día de Naciones Unidas había llegado a desbancar incluso al Día de la Fiesta Nacional. Y había un puñado de países que hubiesen estado dispuestos a pasar sin la fiesta nacional si no fuera porque ello suponía dejar a los funcionarios sin un día de fiesta.

Desde un punto de vista relativo, el mundo estaba en paz, y Decker intentaba de momento recuperarse del enorme esfuerzo que había supuesto coordinar las celebraciones en más de una docena de franjas horarias diferentes.

Veinte minutos más tarde, Decker le hizo saber por fin a su secretaria Mary Polk que había llegado.

—Señor Hawthorne —dijo Mary sorprendida—, pero si no le he visto llegar, ¿ha olvidado la reunión de esta mañana con el secretario general?

—¿Qué reunión? —preguntó Decker.

—En la agenda tiene programada para esta mañana una reunión con el secretario general. Tendría que haber empezado hace quince minutos. Jackie ya ha llamado dos veces preguntando por usted.

—¡Oh, no! ¿Y por qué no ha comprobado si estaba en mi despacho? —Decker no esperó a que respondiera—: Llame a Jackie y dígame que voy para allá. —El despacho del secretario general estaba a unos veintisiete metros de allí, así que Decker traspasó la puerta segundos después de que Mary hubiese hablado con Jackie por teléfono.

—Te esperan en la sala de juntas —dijo Jackie mientras Decker alteraba su ruta hacia la sala aneja y abría la puerta.

—¡Sorpresa! —gritaron de repente al unísono unas tres docenas de personas.

En el centro del grupo estaban el secretario general y la señora Hansen. Los dos parecían disfrutar mucho con el gesto de sorpresa de Decker. Lo lógico hubiese sido soltar una carcajada, pero Decker no pudo sino emitir un gemido de dolor y sacudir la cabeza con incredulidad. Luego consiguió que en su rostro se dibujase una sonrisa de agradecimiento. A su espalda, Mary Polk entró en la sala para unirse a la fiesta.

—Ya hablaremos luego —dijo Decker a su secretaria tan pronto la hubo visto.

—Ella no tiene culpa de nada —interrumpió Hansen—. Se ha limitado a cumplir mis órdenes.

—Pero bueno, ¿es que no sabíais que las fiestas sorpresa de cumpleaños se dan por la tarde? —preguntó Decker.

—Si hubiésemos esperado tanto, ya no habría sido una sorpresa —dijo Jackie con una carcajada.

Sobre la mesa, a modo de tarta, había una apretada pila de varias docenas de bollitos, con aproximadamente la mitad de las velas que le tocaba soplar.

—Estáis locos —dijo Decker.

—¿Cómo dices? —preguntó Hansen con fingida ofensa.

—Están ustedes locos, *señor*.

—Eso está mejor —bromeó Hansen.

Pero todavía había una última sorpresa para Decker. En un rincón de la sala le esperaba un invitado que hasta entonces había permanecido oculto tras el resto.

—¡Christopher! —dijo Decker—. Pero ¿qué demonios haces aquí?

—No creerías que iba a perderme tu cumpleaños, ¿no? —contestó Christopher, que ya había cumplido los veintidós.

—Pero se supone que tendrías que estar haciendo un crucero alrededor del mundo.

—Decidí hacer la mitad ahora y la mitad más adelante —dijo Christopher—. Así que me cogí un vuelo de vuelta.

—Bueno, ¿va a soplar las velas o no? —preguntó Mary Polk.

Decker sopló las velas y todos se lanzaron a degustar los bollos y el café. Como ocurría en casi todas las fiestas de la oficina, unos pocos se quedaban lo necesario para hacer acto de presencia, y otros lo suficiente para repetir y llevarse un par de bollos de vuelta al despacho. El resto se quedaba contando chistes o formaba pequeños grupos para hablar de trabajo. Decker se colocó cerca de la puerta para poder agradecer a todos su presencia. Christopher circulaba entre los asesores, participando con algún chiste y, cuando se le pedía, ofreciendo su opinión sobre el tema de conversación que en ese momento ocupaba al grupo que visitaba. Decker observaba complacido lo bien que Christopher había caído entre sus colegas, y la facilidad con que éste se manejaba entre aquella gente.

A la fiesta se habían acercado tres miembros del Consejo de Seguridad, el embajador Lee Yun-Mai de China, el embajador Friedreich Heineman de Alemania, en representación de Europa, y Yuri Kruszkegin, antiguo embajador de la Federación Rusa y ahora embajador de la república independiente de Khakassia, en representación del Norte de Asia. Se habían agrupado a un lado de la sala y discutían una reciente votación sobre las fronteras comerciales. Christopher parecía sentirse tan a gusto con ellos como lo había estado antes con el personal administrativo.

Cuando la sala empezó por fin a vaciarse, el secretario general Hansen se acercó a hablar con Decker.

—Decker, quiero agradecerte una vez más la impresionante labor que has hecho este año para las celebraciones del Día de Naciones Unidas —dijo Hansen mientras le daba una palmadita en la espalda.

—Gracias por el reconocimiento, señor.

—Creo que te mereces un buen descanso, así que le he dicho a Jackie que te apunte los siguientes cuatro o cinco días de vacaciones. Estoy convencido de que tu gente podrá mantener el mundo funcionando en tu ausencia.

Aunque inesperada, la oferta era tan de agradecer como la fiesta de cumpleaños.

—Le tomo la palabra, señor —dijo Decker complacido—. Me gustaría dedicarle algo de tiempo a Christopher.

—Es toda una joya lo que tienes —dijo Hansen levantando la taza de café en dirección a Christopher.

—Lo sé, señor —dijo Decker con orgullo paternal.

—Otro que piensa lo mismo es Bob Milner. Me envió una carta, muy favorable, por cierto, recomendando a Christopher para ocupar un puesto en el ECOSOC —dijo Hansen refiriéndose al Consejo Económico y Social de Naciones Unidas.

—Sí, señor. El ex subsecretario está apoyando mucho a Christopher en su carrera. Incluso viajó a Costa Rica el mes pasado para asistir a la ceremonia de graduación del programa de doctorado de la Universidad de Naciones Unidas. —Decker había hecho el comentario más que nada para presumir de Christopher. Disfrutaba contando a todo el que le preguntaba que Christopher se había graduado con el número uno de su clase, sacándose a la vez el doctorado en Ciencias Políticas y un segundo máster en



Gestión Agrícola Mundial. En aquel momento tendría que haber estado disfrutando de unas merecidas vacaciones haciendo un crucero alrededor del mundo antes de ocupar el puesto para el que Milner le había recomendado en el ECOSOC.

—Bueno, con amigos como Bob Milner llegará lejos —dijo Hansen.

—¿Ha sabido algo del subsecretario últimamente, señor? —preguntó Decker—. Me contaban el otro día que no se encuentra del todo bien.

—Jackie me ha contado que ingresó en el hospital hace tres noches debido a un problema de corazón y que todavía sigue en observación.

—He estado tan ocupado que ni siquiera me había enterado —dijo Decker sorprendido y preocupado a la vez.

—Bueno, ya sabes, tiene ochenta y dos años —dijo Hansen.

—Tampoco es tan mayor —dijo Decker pensando en el año que acababa de sumar a su propia edad.

Hansen se echó a reír.

—Creo que Christopher está mejor informado que yo sobre el estado del subsecretario Milner. Tengo entendido que le ha visitado esta mañana en el hospital antes de venir a la fiesta.

—Oh, ya veo —dijo Decker algo sorprendido, pero comprendiendo por fin por qué Christopher había acortado tan de repente su viaje.

\* \* \*

Al disolverse la fiesta, Decker regresó al despacho para dejar todo bien atado y despejar la agenda. Eran casi las doce del mediodía cuando estuvo listo para irse.

—¿Dónde te apetece comer? —dijo Christopher—. Invito yo.

—En ese caso, hay un puesto de perritos calientes abajo —bromeó Decker recogiendo unos cuantos papeles y embutiéndolos en la cartera.

—Creo que puedo permitirme algo un poco mejor —contestó Christopher.

Al final se decidieron por el Palm Too, un bonito restaurante de precios razonables situado en la Segunda Avenida, cerca de Naciones Unidas.

—Bueno —empezó Decker una vez se hubo ido el camarero con la comanda—, ¿preparado para llevar a la práctica todos tus estudios en el ECOSOC?

—Listo y ansioso por empezar —contestó Christopher—. Se supone que no he de incorporarme hasta dentro de dos semanas, pero podría dedicar algo de tiempo a consultar los archivos y ponerme al día.

Decker habría elogiado este entusiasmo de haberse tratado de otra persona, pero había aprendido a esperar cosas así de Christopher.

—La semana pasada hablé con Louis Colleta —dijo refiriéndose al presidente del ECOSOC—. Me preguntó por ti y me dijo que le entusiasmaba la idea de que te incorporases a su equipo. Hasta tres veces me dijo lo mucho que le satisfacía poder contratar a alguien de tu valía. Si le llamas y le dices que estás disponible, estoy

seguro de que te pedirá que empieces ya.

—Me alegra oír eso. Igual de contento estoy yo de haber conseguido el empleo.

—Presentarte a ese puesto ha sido una sabia decisión. Uno de los principales objetivos del programa de centralización que quiere llevar a cabo el secretario general Hansen en su mandato es, precisamente, impulsar el papel que desempeña el ECOSOC. —Decker golpeó con un dedo en la mesa para dar mayor efecto a sus palabras—: El creciente papel de la ONU va a elevar el protagonismo del ECOSOC al corazón mismo de la política internacional.

—Cuando uno piensa en el desarrollo propiciado por el secretario general Hansen en los últimos siete años y en el espíritu de cooperación que inspira tanto entre los miembros del Consejo de Seguridad como entre otros países miembros, cuesta imaginar cómo podríamos sobrevivir sin él si algún día se retirase —dijo Christopher.

—Bueno, por eso no creo que tengas que preocuparte. No es de los que dejan escapar la oportunidad de trabajar para mejorar el mundo. Además, entre tú y yo, creo que le divierte demasiado como para retirarse. —Christopher sonrió—: Pero tienes razón, no sé qué haríamos sin él. Mucho de lo que ha conseguido se lo debe a su popularidad. Peter Fantham le llama en un artículo del *Times* el «George Washington de las Naciones Unidas» y estoy totalmente de acuerdo con él.

Decker hizo una pausa y dio un bocado al sándwich.

—Hacemos encuestas con regularidad en las que sondeamos la opinión del público sobre políticas ya en marcha o que podrían aplicarse en el futuro, y también realizamos sondeos de popularidad sobre las distintas agencias y altos funcionarios de la ONU. La del secretario Hansen no deja de subir en las diez regiones. El mes pasado alcanzó un índice de popularidad del setenta y ocho por ciento en todo el mundo. Por supuesto que siempre hay que contar con los que se oponen a todo lo que hagan Hansen o la ONU, pero no son más que un puñado de fanáticos religiosos. Creen que es el Anticristo o algo parecido, y que el gobierno mundial es maligno por naturaleza.

—Sí, ya, pero bueno, de éstos habrá siempre —contestó Christopher—. Pero ¡un setenta y ocho por ciento de popularidad! ¡Es increíble!

—Y que lo digas —continuó Decker—. Por desgracia, el punto débil del mandato de Hansen es que depende demasiado del propio Hansen. —Decker miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba y luego, por precaución, se inclinó sobre la mesa para acercarse a Christopher y susurró—: Hay miembros del Consejo de Seguridad que se tirarían al cuello del otro si no hubiera nadie para contenerlos. —El dato era bien conocido por todo el mundo, pero la afirmación en boca de un hombre con la posición de Decker en la ONU hubiese resultado bastante embarazosa—: Pero Hansen ha sabido aprovechar su encanto y su destreza personales para unir al Consejo, ayudando a los miembros a superar las diferencias y poniéndolos a trabajar como un todo para el bien común. Cuanto más le observo, más convencido estoy de que nació para vivir este momento de la historia. Siento

escalofríos sólo de pensar lo que serían las reuniones del Consejo de Seguridad sin él.

»Ya sabes con cuánta frecuencia me ha sorprendido la capacidad que tiene el hombre de adaptarse a cada situación. Supongo que es la razón de que nuestra especie haya sobrevivido durante tanto tiempo. Sin embargo, adolecemos de esa obsesión casi enfermiza en creer que las cosas no van a cambiar jamás. Puede que sea porque somos optimistas por naturaleza. Nos hemos acostumbrado a vivir en un mundo en paz, pero no hay nada que garantice que las cosas permanecerán así para siempre. Roma cayó y también puede hacerlo algún día la ONU. Mi temor es que no duremos tanto como Roma. Mientras Jon Hansen lleve las riendas, el mundo seguirá en paz, de eso estoy convencido. Lamentablemente, no hay una estructura para la sucesión. La Carta de Naciones Unidas establece el método de elección de un nuevo secretario general, pero ¿cómo se encuentra un líder de la talla de Hansen?

Decker y Christopher permanecieron en silencio durante un rato. Ambos sabían que no había más que añadir al asunto y que para cambiar de tema lo mejor era no decir nada y dar unos bocados al almuerzo.

—Bueno —dijo Decker por fin—, la última vez que hablamos por teléfono me dijiste que tenías algo que contarme. Algo relacionado con tus sueños.

—Ah, sí. Son unas clases a las que me apunté durante los dos últimos trimestres. Me las recomendó el subsecretario Milner.

Decker, que hasta ahora había hablado más que comido, aprovechó que era Christopher quien hablaba para empezar a dar cuenta del almuerzo.

—La primera clase era sobre el pensamiento de la Nueva Era y las religiones orientales como el budismo, el taoísmo y el sintoísmo. El subsecretario Milner era uno de los encargados de preparar el contenido de las clases.

—Creía que Milner era católico —dijo Decker.

—Lo es. Ésa es una de las cosas más interesantes de las religiones orientales, no exigen exclusividad. Puedes ser católico, protestante, judío, musulmán, hindú o de cualquier otra religión, no importa. Creen que hay muchos caminos para llegar a Dios y que es un error sugerir que sólo existe un camino hacia él. El subsecretario Milner contó que el primero que le habló en detalle de las religiones orientales fue el secretario general U-Thant. Bueno, el caso es que la otra clase trataba de temas como los estados de conciencia alterados, la canalización y la proyección astral.

—Sí, sé que todo eso está muy de moda. Hay muchos adeptos al movimiento Nueva Era en Naciones Unidas. No es que quiera criticar, pero la verdad es que me suena todo bastante estrambótico.

—Ya —contestó Christopher—, lo mismo pensaba yo al principio. Las clases no es que profundizaran mucho, pero aprendí un montón. Aunque hay cosas que todavía me parecen un poco absurdas, creo que es posible que tengan razón en algunas otras. Leí un poco acerca del movimiento Nueva Era hace ocho o nueve años, cuando me enteré de cuál era mi origen. ¿Recuerdas que cuando le hablé al tío Harry sobre el sueño de la crucifixión me hizo leer algunos extractos de la Biblia para ver si con eso

refrescaba la memoria?

—Sí, claro —contestó Decker.

—Pues bueno, no me limité a leer lo que el tío Harry me dijo. Me leí la Biblia entera, desde el Génesis al Apocalipsis. Luego sentí un gran interés por saber lo que decían otras religiones. Así que me leí el Corán, el *Libro de Mormon*, *Dianética*, *Ciencia y Salud con clave a las Escrituras*, y como una docena más de libros religiosos. Después de haberme criado junto al tío Harry creo que me sorprendió descubrir que mucho de lo que decían aquellos libros tenía más que sentido. Había libros que hablaban de cosas como el karma y la reencarnación, la meditación y las proyecciones astrales.

—¿Proyecciones astrales? —preguntó Decker—. Ya las has mencionado antes, ¿qué son exactamente?

—Verás, como casi todo en las religiones orientales, resulta muy sencillo si te paras a pensar en ello. Casi todas las religiones hablan de que el hombre está compuesto de cuerpo y espíritu. La proyección astral es un proceso que se emplea durante la meditación y que supuestamente permite al sujeto viajar en forma de energía espiritual a otros lugares mientras el cuerpo permanece en el mismo lugar.

—Ah, sí. Ya he oído hablar de eso; Jackie me contó algo sobre ello hará unos meses. Pero eso no son más que tonterías —dijo Decker, dispuesto a dar por zanjado el tema.

—A lo mejor no —dijo Christopher. Su expresión decía que allí no quedaba la cosa.

—¿Lo has intentado? —preguntó Decker, consciente de que Christopher no era de los que se creen algo tan absurdo sin haberlo sometido antes a su escrutinio.

—Sí —contestó Christopher—. La primera vez, hace ocho años.

La revelación cogió a Decker totalmente de sorpresa.

—No me lo habías contado nunca.

—Bueno, como dices, sonaba bastante absurdo, sobre todo antes de apuntarme a esas clases.

—Y ¿adónde viajaste en tu proyección astral? —preguntó Decker incrédulo.

—Al Líbano —contestó Christopher.

Decker posó los cubiertos y se quedó mirando fijamente a Christopher, dudando si hablaba en serio. Pero al parecer sí lo hacía. Por fin se decidió a romper el silencio.

—Christopher la noche antes del Desastre estuvieron en casa tus tíos Martha y Harry. Martha le contó a Elizabeth que antes de mi huida tú ya sabías que volvería pronto a casa. ¿Recuerdas habérselo contado?

—Sí, señor.

—¿Cómo lo sabías?

—Yo estuve en el Líbano contigo. Fui yo quien te desató.

Decker tragó saliva.

Tras una pausa, Christopher continuó.

—Como decía, además de la Biblia me leí una docena más de otros libros religiosos, incluidos algunos que trataban sobre las proyecciones astrales. Como me pareció un tema interesante, leí todo lo que encontré sobre el asunto. Y luego lo intenté. Para mi sorpresa, era muy fácil. Al principio sólo viajé a sitios que conocía, luego empecé a aventurarme más lejos. Intenté llegar hasta ti en varias ocasiones, pero incluso después de encontrarte, no me veías. Fue entonces cuando intenté aparecerme en uno de tus sueños. ¿Recuerdas el sueño?

Decker consiguió por fin articular palabra.

—Sí. Pero hasta ahora siempre había pensado que no había sido más que eso, un sueño. Nunca se lo he contado a nadie, sólo a Tom Donafin, justo después de escapar, y a Elizabeth. Por lo que decía tu tía Martha, pensé que a lo mejor habías tenido una premonición o algo parecido sobre nuestra huida, pero jamás imaginé algo así. ¿Por qué no me lo habías contado?

Una expresión de alivio iluminó el rostro de Christopher.

—Pues lo cierto es que ni siquiera yo estaba seguro de lo que había ocurrido hasta ahora. Se parecía tanto a un sueño que había llegado a pensar que no había sido más que fruto de mi imaginación. ¿Por qué no me lo mencionaste tú a mí?

Decker se encogió de hombros.

—Era demasiado inverosímil.

Decker y Christopher se quedaron mirando el uno al otro durante un momento.

—Es mucho lo que te debo, entonces —dijo Decker.

—No tanto como yo a ti por haberme acogido cuando no tenía otro lugar adonde ir.

—Si no llega a ser por ti, es más que probable que hubiese muerto en el Líbano.

—Nos debemos mucho el uno al otro. Tú has sido como un padre para mí.

—Y tú un hijo para mí. —A Decker empezaba a temblarle la voz, así que respiró hondo y dio un sorbo a su bebida antes de retomar el tema que les ocupaba—: Y ¿qué?, ¿has practicado alguna proyección astral más?

—No. Posiblemente le saqué más partido del debido, pero tenía también algo de extraño y de aterrador. Cada vez que hacía un viaje tenía la sensación de que algo más estaba sucediendo que escapaba a mi percepción.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, era como si... —Christopher se debatía por encontrar las palabras adecuadas—. Te pondré un ejemplo. Imagina que paseas por una tranquila pradera. A tu alrededor, hasta donde alcanza la vista, todo está totalmente en calma. Y sin embargo, sin verlo ni oírlo, sabes que en algún lugar justo fuera de tu campo de visión, tal vez al otro lado de la siguiente loma, tiene lugar una tremenda batalla. Es la mejor forma que tengo de explicarlo, aunque había una diferencia. No sé cómo, pero en todo momento supe que yo era el objeto de la batalla, y cada vez que realizaba un viaje astral, aun cuando no pudiese verla ni oírla, tenía la sensación de que la batalla estaba más cerca y se había recrudecido. Era como si alguien o algo

intentara alcanzarme, atraparme, y alguien o algo intentara evitarlo. El viaje al Líbano fue el último, no lo he vuelto a intentar desde entonces.

»Sin dar detalles —continuó Christopher—, le pregunté a mi profesora de la universidad si tenía noticia de algún caso en el que la persona que había realizado el viaje astral hubiese tenido miedo u otros sentimientos negativos, pero me dijo que en todos los casos conocidos la experiencia había sido siempre positiva. —Christopher se encogió de hombros mientras Decker sacudía la cabeza sin saber qué sacar de todo aquello.

—Pero deja que te cuente qué más cosas he descubierto en estos cursos —dijo Christopher—. Creo que he podido juntar algunas piezas más de mi pasado. En una de las clases nos enseñaron a practicar un tipo de meditación que te sume en un estado de ensoñación al tiempo que permaneces totalmente consciente, lo que permite controlar y registrar todos los detalles del sueño. Puesto que la mayoría de los recuerdos que tengo de mi vida como Jesús los he soñado, intenté servirme de este tipo de meditación para obtener más información.

—¿Y qué has descubierto?

—Recuerdo como de niño trabajaba en la carpintería de mi padre y lo duro que era, y recuerdo haber jugado con los otros niños. Una cosa muy curiosa es que he tenido varios sueños en los que aparecían indios.

Decker tardó un poco en reaccionar.

—¿Indios?! —exclamó—. Pero ¿cómo? ¿Indios como Toro Sentado, Cochise y Jerónimo?

—¡No, no! Indios de verdad, de los de Oriente. Indios de la India.

—¡Ah! —dijo Decker riéndose del malentendido—. Pero bueno, tampoco es que eso aclare demasiado las cosas. La Biblia no habla en ningún momento de que Jesús viajara a la India, ¿no?

—No, la Biblia no, pero hay otros textos de los que se puede inferir que sí que lo hizo. En Montana, la Iglesia Universal y Triunfante enseña que Jesús estudió con un gurú indio. A decir verdad, a veces me cuesta discernir entre los recuerdos basados en hechos reales y aquellos que son meros productos de mi imaginación. Lo que recuerdo, o parece que recuerdo, son escenas de la vida cotidiana en una aldea india y de un indio en particular que debió de ser mi profesor o líder espiritual. En el sueño soy muy joven y estoy sentado en una alfombrilla escuchando sus palabras, aunque no he conseguido dar sentido a lo que me dice.

—Y ¿no hay nada más que recuerdes, sobre todo de los sucesos que narra la Biblia, que ocurriera de manera diferente a como en ella se describe?

—No, la mayoría de los recuerdos son experiencias personales —contestó Christopher apesadumbrado.

—¿Hasta dónde alcanzan tus recuerdos? —preguntó Decker—. ¿Recuerdas algo de... Dios? —Decker pronunció la pregunta con cautela y reverencia.

—Lo siento, pero no —contestó Christopher—. Ojalá lo hiciese. Por lo general

puedo recordar los sueños mientras medito, y hay varios en los que sí que creo que hay una presencia divina, pero cada vez que despierto e intento recordar, no lo consigo. Sé que son sueños muy raros, en los que siento a la vez respeto y mucho temor.

—Y en tu sueño —insistió Decker—, ¿tenías la sensación de estar en el cielo? —Hablar del cielo recordó a Decker las insólitas circunstancias a las que debían la conversación y una vez más miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie les oía.

—No lo sé —contestó Christopher—. Desde luego que no tenía nada que ver con el cielo del que hablaba la tía Martha. Supongo que podría tratarse del planeta del que el tío Harry pensaba que yo procedía. He intentado recordar una y otra vez, pero no consigo evocar de ese mundo más que sombras. Es como contener agua hirviendo en las manos. A lo mejor empiezo a recordar algo que por un momento resulta real y sólido, pero en el instante mismo en que intento hacerme con el recuerdo desaparece. Sí que recuerdo ver algunas luces, cuerpos fosforescentes, a veces con forma humana, a veces sin forma alguna. —La expresión de Decker pedía más—: Ángeles, tal vez —añadió Christopher con una risita incómoda—. Y luego hay otra cosa más, una voz. No recuerdo lo que decía; sólo recuerdo la voz, su sonido. Algo en ella me resultó extrañamente familiar, pero no sabría explicar por qué o en qué manera. Lo que más me intriga es que creo que ya he oído esa voz antes, hace poco, en los últimos años.

Los ojos de Decker se abrieron de par en par.

—¿Y recuerdas...? —La expresión de sorpresa en el rostro de Christopher hizo que se detuviera en seco—: ¿Qué pasa?

—¡Ya sé dónde había escuchado esa voz! —Christopher se quedó callado, como analizando mentalmente la nueva información.

—¿Dónde? —le urgió Decker.

—¿Recuerdas el sueño de la caja de madera que tuve la noche en que los misiles estallaron sobre Rusia? —Decker asintió—. En el sueño escuchaba una voz que decía «¡contemplad la mano de Dios!», seguida de una carcajada fría e inhumana. Ésa era la parte más aterradora del sueño.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues eso es lo que hacía que la voz que escuchaba durante la meditación me sonase familiar y extraña al mismo tiempo. La voz y la carcajada son una. Pertenecen a la misma persona o ser o lo que sea. Estoy seguro.

Decker aguardó mientras Christopher recapacitaba en silencio.

—Lo siento —dijo por fin—, es todo lo que recuerdo.

—Y ¿tienes idea de lo que puede significar? —preguntó Decker.

Christopher frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

Decker esperó un poco por si a Christopher se le ocurría algo más, pero no.

—Bueno —concluyó Decker con una sonrisa—, no hay duda de que contigo la vida resulta de lo más interesante. —Iba a llevarse un bocado a la boca cuando de repente le asaltó una idea—: Esto, Christopher —empezó sin saber muy bien qué

forma dar a su pregunta—, esas clases y esa meditación, ¿te han dado alguna pista sobre por qué estás aquí? ¿Si estás aquí por algún motivo en concreto o algo así, o si tienes una misión?

Decker hablaba completamente en serio, pero por primera vez en el transcurso de aquella conversación Christopher soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Decker sorprendido ante aquella reacción.

—En el fondo siempre he esperado que fueses tú el que un día respondiera a esa pregunta —contestó Christopher. Decker le miró desconcertado—. Después de todo, lo de la clonación no fue idea mía.

Tampoco lo había sido de Decker, pero en ausencia del profesor Goodman, Decker sintió de repente sobre sí el peso de una responsabilidad que nunca había considerado como propia.

Christopher se encargó de romper aquella pausa breve y difícil.

—Sólo intento acomodarme a una situación de lo más extraña —dijo—. También podría preguntarte si conoces la razón por la que estás aquí. Ninguno hemos elegido estarlo. Estamos aquí, eso es todo. —Christopher volvió a hacer una pausa—. He ahí la gran diferencia entre yo y el original. Al parecer, él sí que tuvo elección a la hora de venir a este planeta. Yo no. Y esa falta de elección es la que, después de todo, me hace más humano. —El tono de Christopher revelaba un cierto anhelo, el anhelo sincero a ser igual que los demás.

—No soy del todo humano, lo sé —continuó—. Nunca estoy enfermo y mis lesiones se curan rápidamente. Pero siento lo mismo que los demás. Puedo herir a otros como los demás. Sangro como los demás. Y también puedo morir. —Christopher hizo una pausa—. O eso creo. —Hizo otra pausa. Decker no quiso interrumpir—. Si fuese a morir, no estoy seguro de lo que ocurriría. ¿Resucitaría como Jesús? No lo sé. ¿Qué fue lo que resucitó a Jesús? ¿Acaso era algo propio de su naturaleza? ¿De mi naturaleza? ¿O acaso se debió a la intervención de Dios? No lo sé.

Decker había sido testigo de la humanidad de Christopher incontables veces. En su dolor por la pérdida de sus tíos adoptivos, en la compasión que mostrara hacia él tras la muerte de Elizabeth, Hope y Louisa, en su ansia por dedicar su vida y su profesión a ayudar a los menos afortunados, y en el interés que había mostrado por el bienestar de su amigo y mentor, el subsecretario Milner. Y ahora estaba esta nueva muestra de humanidad, una que Decker no había visto jamás en Christopher y que no era otra que la de sentirse perdido y solo en una vida y en un mundo no elegidos por él.

—No creo que esté aquí por una razón en particular —concluyó Christopher—, excepto tal vez para dar lo mejor de mí mismo, como todos los demás.

Christopher se acordó entonces de Milner, casi como si el pensamiento de Decker le hubiese lanzado en aquella dirección.

—Estoy muy preocupado por él —dijo.



Decker supo al instante de quién hablaba Christopher. Hubiese preferido seguir hablando sobre los sueños y los recuerdos del muchacho, pero era un tema al que siempre podían volver. Ahora Christopher volvía a exhibir la humanidad sobre la que Decker había estado meditando. No había duda de que estaba más preocupado por la salud de Milner que por su propia situación.

—Cuando fui a verle al hospital me recibió pletórico —continuó Christopher—, pero creo que está mucho peor de lo que simula. Pregunté a los médicos, pero me dijeron que tenían prohibido referirse al caso, salvo para decir que la operación había ido bien.

—Es la política habitual —dijo Decker—, eso no debería preocuparte. Lo mismo les pido yo a los médicos del secretario general Hansen. No hacen comentarios a la prensa ni a nadie sin mi consentimiento.

—Ya lo sé —dijo Christopher algo molesto—. Es que tengo una extraña sensación. Nunca le había visto así. Sé que se hace mayor, pero siempre ha sido muy fuerte. Sencillamente, no esperaba encontrármelo tan pálido y falto de aliento. Ojalá hubieses estado allí conmigo.

—Mira, si con ello te quedas más tranquilo, podemos pasarnos por el hospital de camino a casa. —Decker se dio cuenta de que estaba dando demasiado por sentado y preguntó—: ¿Vas a dormir en el apartamento?

—Sí, si te viene bien, claro está.

—Por supuesto que me viene bien. Tu habitación está tal como la dejaste.

\* \* \*

Decker y Christopher se dirigieron directamente a la habitación de Milner nada más llegar al hospital. Cuando subían en el ascensor, una expresión de extremada turbación nubló el rostro de Christopher.

—¿Qué ocurre? —preguntó Decker.

Christopher sacudió la cabeza como intentando despertar de un hechizo que le hubiese aturrido momentáneamente.

—Es esa sensación otra vez; esa de la que te hablaba antes en la que siento como si se estuviese librando una batalla muy cerca de mí. Puede que sea por haberte hablado de ella, pero de repente he vuelto a sentir lo mismo. —La conversación concluyó de golpe cuando el ascensor se detuvo en la planta a la que se dirigían y las puertas se abrieron para revelar una escena del todo insólita. Por el pasillo una riada de gente, en su mayoría ancianos, aunque también algún que otro joven, avanzaba tan deprisa como les permitían sus piernas o sus sillas de ruedas, que en el caso de algunos no era ni mucho menos rápido. No huían. Más bien parecían dirigirse a un lugar en concreto.

—¿Le has visto? —le preguntaba una enfermera a otra en el control de enfermería mientras un tropel de gente pasaba ante ellas a pie, sobre ruedas o a la carrera.

—Sólo una pizca —contestó la otra—. Hay un montón de gente que se ha agolpado a la puerta para verle.

Decker y Christopher avanzaron por el corredor entre la riada de gente y no pudieron evitar que les contagiase el entusiasmo.

—Me pregunto qué estará pasando —dijo Christopher.

—Es como si alguien estuviese regalando dinero y la gente quisiera llegar antes de que se acabe —sugirió Decker.

Cuando giraron por el siguiente pasillo descubrieron que el alboroto se concentraba en una habitación situada al final del corredor. Delante de la puerta se agolpaban unas cuarenta personas, la mayoría con uniforme de hospital, celadores, enfermeras, todos intentaban asomarse a la puerta.

—Es la habitación del subsecretario Milner —dijo Christopher. Aceleraron el paso e intentaron avanzar entre el gentío, pero no tardaron en ser engullidos por la riada. Nada más incorporarse, una corpulenta enfermera que guiaba a cuatro ancianos hacia la riada los empujó y Decker y Christopher se vieron arrastrados por la marea de gente. Podrían haberse plantado y el resto habría intentado rodearlos, pero optaron por refugiarse en una habitación vacía mientras la masa pasaba de largo como una estampida de ganado.

—¿Qué pasa? —preguntó Decker incrédulo. Pero el único que le oyó fue Christopher, que estaba tan extrañado como él.

—¿Le habrá pasado algo al subsecretario Milner? —preguntó Christopher.

—¡Qué va! —contestó Decker despreocupadamente—. ¿No has visto a esa gente? No tenían pinta de ir a un funeral. Es más, por la expresión de sus caras, yo me inclinaría a pensar que Milner ha tenido un bebé.

Christopher sonrió. Al poco pasaron los últimos rezagados, seguidos de cerca por la enfermera corpulenta y sus ayudantes. Desde donde estaban no tenían más que salvar el guarda de la puerta, una tarea sencilla para alguien de la experiencia y con las credenciales de Decker. Al abrirse la puerta de Milner vieron a dos médicos muy próximos a la cama, sobre la que se inclinaban como si estuviesen examinando al paciente. Cuando se acercaron, comprobaron que la cama estaba vacía y que los médicos consultaban la historia clínica.

—¿Dónde está el subsecretario Milner? —preguntó Christopher ansioso.

Los médicos les ignoraron durante un instante; luego uno de ellos llamó al guarda y le pidió que acompañara a los intrusos fuera de la habitación.

—Déjelo —dijo el segundo médico al reconocer a Christopher del día antes.

—¿Dónde está el subsecretario Milner? —insistió Christopher.

—Está en el aseo —dijo el segundo médico.

—¿A qué viene tanto alboroto? ¿Se encuentra bien? —preguntó Christopher algo más tranquilo.

—Compruébalo tú mismo —dijo una voz a su izquierda. Allí, en el vano de la puerta del aseo, estaba el ex subsecretario Milner ataviado con su pijama de hospital.

Por su aspecto nadie hubiese dicho que necesitase estar ingresado. Tenía los ojos cristalinos y brillantes, la tez había recuperado su color sonrojado y se sostenía alto y erguido, con los hombros y el pecho anchos y robustos.

Decker agitó la cabeza para comprobar que veía bien. Christopher se limitaba a mirar.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Milner orgulloso.

—Bueno, pues... tiene un aspecto estupendo —contestó Christopher—. ¿Qué ha pasado?

Milner volvió la mirada hacia los médicos, pero pareció que en lugar de una respuesta quisiera regocijarse con la turbación de éstos al no hallar una explicación.

—No estamos seguros —reconoció uno de los médicos—. Parece estar perfectamente sano. No es que sea un jovencito, pero cualquiera diría que tiene veinte años menos que cuando ingresó.

—No están seguros —dijo Milner repitiendo con regocijo el comentario del médico—. Es más, no tienen ni la más remota idea.

—Tiene razón —confesó uno de ellos.

—¿Por qué no se van a sus despachos a seguir estudiando esas tablas mientras yo charlo tranquilamente con estos amigos? —dijo Milner guiando a sus médicos hacia la puerta.

Los médicos no se resistieron pero aconsejaron a Milner que no hiciera esfuerzos innecesarios.

—Claro que no —contestó Milner nada convincentemente.

En cuanto hubieron salido, Milner comprobó que tenía bien atados los lazos del pijama del hospital, se echó en el suelo y empezó a hacer flexiones.

—Cuéntalas, Christopher —dijo al empezar. Aunque algo reacio, Christopher las contó de todas formas y Milner, que no estaba dispuesto a que la hazaña se quedara sin contabilizar, empezó a contarlas también. Cuando llevaba veintitrés, Christopher le insistió en que cesara, y así lo hizo después de dos flexiones más.

Decker estaba demasiado ocupado riéndose de la insólita escena como para hablar, pero Christopher volvió a preguntar.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Cómo que qué ha ocurrido? —contestó Milner—. ¿No lo ves? Estoy sano y me siento con ganas de comerme el mundo.

—Pero ¿cómo ha ocurrido? —insistió Christopher.

—¿No lo ves? —repitió Milner con toda tranquilidad a pesar de la presión de Christopher—. Todo empezó desde que me transfundieron la sangre que donaste.

Decker se quedó por un momento sin habla no sólo por el efecto que había producido la sangre de Christopher, sino por el tono prosaico de la contestación de Milner. ¿Acaso sabía lo de Christopher? Y si así era, ¿cómo era posible? Se quedó pensativo contemplando la posibilidad de indagar más en la cuestión y arriesgarse a que el secreto de Christopher quedara al descubierto.

—¿Cómo dice? —preguntó, incapaz de controlar su curiosidad.

—Señor Hawthorne —dijo Milner en tono formal—, sé lo de Christopher desde la primera vez que le vi. Y también conozco algunos detalles de su futuro, pero no puedo revelarlos, ni siquiera a él. No puedo decir que supiera que esto iba a ocurrir —dijo refiriéndose a su milagrosa recuperación—, ¡pero tampoco es que me sorprenda lo más mínimo!

## EL PRÍNCIPE DE ROMA

OCHO AÑOS DESPUÉS. SUR DE FRANCFORT, ALEMANIA

El tren de Heidelberg a Francfort atravesaba veloz y silencioso la noche estival alemana. A unos cientos de metros a la izquierda, las estribaciones de los montes Odenwald se elevaban desde la llanura del valle del Rin para formar la pared occidental del que milenios atrás había sido un vasto mar. Cada ocho o diez kilómetros se elevaban en la cresta de las montañas castillos en diferente estado de conservación, unos en ruinas, otros todavía habitados. Al pie de las montañas, los bonitos pueblos y aldeas de la Bergstrasse aparecían salpicados aquí y allá por los casi inevitables campanarios y las cúpulas de bulbo de las iglesias oficiales católicas y luteranas. Más allá, al oeste, pero visibles desde el tren, los campanarios de la aldea de Biblis Lorsch aparecían eclipsados por las siete gigantescas torres de refrigeración de la central nuclear más grande de Alemania.

Inmediatamente detrás de la potente locomotora eléctrica que tiraba del descolorido tren amarillo y azul iban los tres vagones particulares reservados para el secretario general de Naciones Unidas, su comitiva y, cómo no, los representantes de la prensa. Dos horas antes, el secretario general Jon Hansen había pronunciado ante un grupo de destacados líderes de la economía mundial reunidos en el castillo de Heidelberg, un discurso sobre los beneficios de la reciente decisión de Naciones Unidas de romper con las últimas barreras comerciales entre Estados. El oyente accidental no habría calificado el discurso como impactante, pero Hansen predicaba a los ya convencidos, a un público internacional que hacía tiempo luchaba por la eliminación de las barreras comerciales. La paz mundial alcanzada bajo el mandato de Hansen le había venido muy bien al capitalismo y a los capitalistas.

Entre los ricos y poderosos allí presentes estaba el millonario David Bragford, quien a su vez había sido el encargado de presentar ante la asamblea al secretario general. Existía la opinión generalizada de que Bragford había sido, cinco años antes, el responsable de propulsar la eliminación de buena parte de las barreras comerciales establecidas por la Unión Europea. Que intentara erradicarlas totalmente no era más que cuestión de tiempo.

Éste era el cuarto año del tercer mandato consecutivo de Jon Hansen como secretario general, posición que había ganado relevancia desde que jurara el cargo por primera vez. Ahora que el poder de Hansen y del reestructurado Consejo de Seguridad iba en aumento, la velocidad de consolidación de ambos crecía proporcionalmente. Años atrás, políticos y comentaristas de actualidad habían discutido sobre la posibilidad de que llegase a existir un gobierno único mundial en el futuro. Pero ese momento había pasado y ahora se discutía sobre cuáles eran las

mejores formas de administrar ese gobierno. No obstante, quedaban importantes obstáculos por superar antes de su consecución definitiva. Ninguna de las voces más influyentes había sugerido la completa disolución de las naciones independientes, al menos no públicamente, pero el camino pasaba inevitablemente por ello.

No es que la humanidad hubiese amanecido un día en un mundo en el que los intereses nacionales habían dejado de importar y el poder pasado a residir en una dictadura global con sede en Nueva York. Al contrario, la centralización de la gestión de los asuntos internacionales en Naciones Unidas, bajo el auspicio de Hansen y del Consejo de Seguridad, había permitido avanzar a pasos agigantados al hacer posible que surgiesen entre las naciones un compromiso y una cooperación impensables hacía tan solo unas décadas. La estructura regional del Consejo de Seguridad y el liderazgo de equidad de Jon Hansen habían equilibrado el trato que recibían todas las naciones y habían logrado traer una paz generalizada acompañada de prosperidad en prácticamente el mundo entero. Tal y como Hansen acostumbraba a señalar, ahora que los asuntos internacionales se gestionaban en el ámbito internacional, los Gobiernos de los países podían concentrarse en sus intereses domésticos.

Sobra decir que había excepciones a esta prosperidad generalizada, pues ningún gobierno, por bueno que sea, puede preservar a la nación de los desastres naturales. Una de estas excepciones era el subcontinente indio, y en particular el norte de India y Pakistán, donde la hambruna empeoraba por momentos debido a la sequía combinada con una plaga de roya que amenazaba la cosecha de trigo.

Jon Hansen y Decker Hawthorne discutían en el reservado del tren del secretario general acerca del inminente debate sobre el estado del mundo que se celebraba todos los años.

—He recibido los borradores de los informes anuales de todos los miembros del Consejo de Seguridad y los de cada una de las agencias de la Secretaría, a excepción del de la Organización para la Agricultura y la Alimentación —informó Decker a Hansen—. Aquí tiene la quinta versión de su discurso. Toda la información está actualizada salvo los datos de la FAO. —Decker entregó a Hansen un documento de ochenta y cuatro páginas, que el secretario procedió a ojear, revisando por encima el contenido.

—Como ve —continuó Decker—, ya están casi listas las secciones relativas al hambre en el mundo y a la producción agrícola, de manera que sólo tendremos que rellenar las cifras exactas una vez dispongamos del informe de la FAO. Luego daremos un poco de color al texto con algunas pinceladas personales referentes a su próximo viaje a Pakistán.

—¿Has tocado cada uno de los ocho puntos que te detallé sobre la distribución de los recursos agrícolas? —preguntó Hansen.

—Sí, señor. Esa parte empieza en la página dieciséis.

Hansen fue pasando hojas hasta llegar a la página indicada y empezó a leer. Aunque no es posible legislar contra el hambre, Hansen creía que era deber de

Naciones Unidas hacer todo lo que estuviera en su mano para minimizar el sufrimiento mediante el envío masivo de alimentos a los países afectados. Pero alguien tenía que pagar esos alimentos y ése era el problema que Hansen pretendía abordar con sus ocho puntos sobre la distribución de los recursos agrícolas.

—Sí, me parece bien —dijo Hansen después de leer por encima el texto—. ¿Viajarás a Roma desde Francfort? —le preguntó a Decker.

—Sí. Jack Redmond y yo hemos quedado en reunimos con Christopher en la sede de la FAO en Roma para definir del todo la previsión y recomendación definitiva de cuotas agrícolas de cada región para su distribución a los países pobres. Nos reuniremos con usted el miércoles en Pakistán.

—Muy bien. La aportación de Jack es esencial —dijo Hansen refiriéndose a su asesor político—. Dentro de un mes presentaré la medida ante la Asamblea General y necesitamos adoptar una postura firme y aceptable en lo que a la distribución de cuotas se refiere. —Decker asintió conforme—. Nos va a costar implementar este proyecto —dijo Hansen—. Los que tienen en abundancia no están dispuestos a dar nada. El problema con el Nuevo Orden Mundial es que quien lo forma es el viejo pueblo de siempre —dijo Hansen repitiendo una de sus frases preferidas—. Nos vendría muy bien si tú, Jack y Christopher podéis endulzar un poco el proyecto.

—Creo que Jack y Christopher tienen unas cuantas ideas que podrían ser de ayuda —dijo Decker. Siempre intentaba velar al máximo sus comentarios sobre Christopher. El orgullo que sentía era más que evidente, pero nadie podía poner en duda que el rápido ascenso de Christopher dentro del seno de la Secretaría de la ONU era más que merecido. Los logros que había cosechado los últimos tres años como director general de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), con sede en Roma, le habían convertido en el aparente sucesor de Louis Colleta, el director ejecutivo del Consejo Económico y Social (ECOSOC) en Nueva York, quien había anunciado que se retiraría en primavera. No era de extrañar que hubiese sido el propio Christopher, como director general de la FAO, el encargado de desarrollar buena parte del proyecto de ocho puntos de Hansen.

Hasta la reorganización del Consejo de Seguridad, el ECOSOC había sido la agencia desde la que se habían coordinado más de la mitad de las docenas de organismos de la ONU, entre ellas la FAO. Tras la reestructuración, todos los organismos de Naciones Unidas habían sido reagrupados de forma más o menos lógica y pasado a depender de una de las diez agencias que ahora presidía cada uno de los miembros temporales del Consejo de Seguridad.

El ECOSOC había dejado de tener a su cargo el elevado número de organismos que tuviera cuando era uno de los cinco órganos principales de Naciones Unidas, pero seguía siendo una agencia de gran relevancia. Y aunque cada miembro temporal del Consejo de Seguridad fuera el presidente y la cabeza visible de una de las diez agencias, las actuaciones eran responsabilidad directa del director ejecutivo de la agencia, un cargo que solía ocupar un funcionario especializado.

Ascender al puesto de director ejecutivo del ECOSOC no sólo significaba acceder a un ámbito de mayor responsabilidad, también ofrecía a Christopher otra ventaja en comparación con su puesto actual como director general de la FAO. El nuevo cargo le colocaría física y políticamente más cerca de las riendas del poder.

—Calculo que podré informarle sobre nuestras recomendaciones en el vuelo de regreso de Pakistán —dijo Decker.

—No, necesito que te quedes en Pakistán con Christopher cuando yo regrese a Nueva York. Tendrá que ser Jack quien me ponga al día en el avión —dijo Hansen.

Aquello no era lo que Decker tenía pensado; Jack Redmond era un buen asesor, pero hubiese querido ser él quien informara al secretario.

—Sí, señor —contestó resignado.

—Bien, bien —dijo Hansen prestando de nuevo atención al borrador—. ¿Qué me dices del embajador Faure? —preguntó sin apartar la vista del documento.

—No creo que podamos contar con su apoyo para el plan de distribución agrícola, si es a lo que se refiere.

—Ese hombre acabará sacándome de mis casillas —comentó Hansen secamente mientras daba un trago a su copa de cerveza alemana—. Haga lo que haga, él siempre está ahí para llevarme la contraria.

Decker conocía sobradamente los sentimientos que el embajador francés inspiraba en Hansen. Albert Faure era su espina clavada y la situación iba a peor. Aproximadamente un año antes, Faure había conseguido ser elegido miembro temporal de Europa en el Consejo de Seguridad, un cargo que apenas daba poder en el seno del Consejo<sup>[39]</sup>. El único poder real de los miembros temporales, y rara vez se recurría a él, era su derecho a dirigirse en cualquier momento al Consejo de Seguridad en nombre de la agencia a la que representaban, si las circunstancias así lo justificaban, incluso aunque ello significara interrumpir otros procedimientos. La agencia de Faure era la Organización Mundial de la Paz<sup>[40]</sup>. En el pasado había sido un cargo de prestigio y gran influencia, pero después de cinco años de paz mundial parecía haber dejado de ser suficiente para un hombre de la ambición de Faure. Para desgracia de Hansen, la situación proporcionaba a Faure tiempo libre suficiente para perseguir otros objetivos, entre ellos poner a otros miembros en contra de Hansen. Hasta el momento, Faure no había logrado reunir un grupo fuerte de oposición a Hansen en el Consejo de Seguridad ni en la Asamblea General, pero podía convertirse en una seria amenaza si conseguía que las naciones agropecuarias formaran una coalición contraria a las medidas de distribución agrícola.

—Tiene que haber otra manera de hacer frente a este individuo en lugar de ignorar sus tejemanejes, como hemos venido haciendo hasta ahora —dijo Hansen.

—Se puede intentar convencer al presidente francés para que lo reemplace por alguien más afín. Es una táctica que ya funcionó hace unos años con el embajador de México —sugirió Decker.

—Sí, y con el embajador de Mali —añadió Hansen.



—¿Ah, sí? No sabía que hubiésemos tenido algo que ver con aquello.

—Bueno, en esa ocasión le encargué a Jack Redmond que se ocupara del asunto por mí.

Decker tomó nota de aquello por lo que pudiera valerle en el futuro.

—El problema —continuó Hansen— es que Faure es un hombre muy popular en su país y no va a resultar fácil destituirle por las buenas.

—¿Y qué hay del embajador Heineman? —preguntó Decker refiriéndose al embajador alemán que ocupaba una plaza permanente en el Consejo de Seguridad en representación de Europa y que era leal a Hansen. Como primer representante de Europa, Heineman poseía una influencia importante en las naciones de su región, incluida Francia.

—Creo que el embajador Heineman conoce de sobra lo que pienso de Faure, pero puedo aprovechar el viaje a Pakistán de este fin de semana para discutir el asunto personalmente con él. —Heineman era, como representante de una de las principales regiones productoras de alimentos, uno de los tres miembros del Consejo de Seguridad que iban a acompañar a Hansen en su visita a Pakistán.

—Jack podría proporcionar al embajador Heineman una razón de peso que haga a Faure cambiar de idea —sugirió Decker.

—Buscar un punto débil y ejercer algo de presión, ¿es a eso a lo que te refieres?

—Sí, señor. Y no conozco a nadie mejor que Jack para buscar esos puntos débiles.

Al secretario general Hansen le gustó la idea.

—Coméntaselo a Jack cuando os veáis en Roma.

## ROMA, ITALIA

A la mañana siguiente, Decker aterrizó procedente de Francfort en el aeropuerto Leonardo da Vinci de Fiumicino, justo al sudoeste de Roma. Le habían advertido de los muchos carteristas y ladrones de equipaje que había en Roma y sus alrededores, así que asió con fuerza el maletín y la bolsa de viaje mientras buscaba entre el mar de rostros algún rasgo familiar; Christopher había quedado en ir a recogerle. Como jefe de relaciones públicas de la ONU, Decker tenía acceso a la pequeña flota de jets privados de la organización, pero prefería volar en aviones comerciales siempre que podía.

—Mucho más seguro —explicaba a quienes preguntaban.

Detrás de un grupo de hombres italianos de negocios, vio asomarse una mano que le saludaba y enseguida apareció Christopher, que se apresuró hacia él.

—Bienvenido a Roma —dijo Christopher dándole un abrazo—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, bien.

—¿Tienes el equipaje?

—Esto es todo lo que traigo —contestó Decker levantando el maletín y una

enorme bolsa de viaje.

—Perfecto. Entonces podemos empezar con la visita a Roma. ¿No habías estado aquí antes, verdad?

—No. Lo más cerca que he estado de aquí fue cuando viajé a Turín y Milán con el equipo de investigación de la Sábana.

—Bueno, pues creo que te va a encantar.

—Estoy seguro.

Mientras se abrían paso entre el gentío hacia la salida, Decker advirtió como varias personas señalaban en su dirección, y al detenerse en la acera para esperar a la limusina varios coches estuvieron a punto de colisionar cuando una joven muy atractiva frenó en seco para mirarlos. Christopher hizo caso omiso de la mirada escrutadora de la mujer, pero Decker no pudo evitar hacer un comentario.

—Me parece que esa joven creía conocerte —le dijo a Christopher mientras subían a la limusina.

—¿Empezamos por el Coliseo? —preguntó Christopher ignorando el comentario de Decker—. Me temo que todos los museos salvo el del Vaticano cierran los lunes, pero hay tanto que ver que tendremos de sobra para el día entero.

—*Roma, non basta una vita!* —contestó Decker en italiano queriendo decir que una vida no es suficiente para conocer Roma.

—No sabía que hablaras italiano —apuntó Christopher.

—Es todo lo que sé —confesó Decker—. Me lo acaba de enseñar la azafata. — Christopher sonrió, y Decker contestando a su primera pregunta añadió—: Como quieras. Tú eres el guía. Pero hay un sitio que sí que quiero visitar y que tal vez no esté dentro del itinerario turístico habitual.

—¿Cuál? —preguntó Christopher.

—El arco de Tito.

—Sí, por supuesto. Está en el Foro, cerca del Coliseo. Podemos empezar por ahí si quieres.

—Fantástico —dijo Decker—. Ya verás, me parece que te va a interesar más de lo que crees.

\* \* \*

El arco triunfal de Tito se elevaba imponente ante el Coliseo, sin apenas huellas de los veinte siglos transcurridos desde que fuera erigido en conmemoración de la victoria de Tito sobre Jerusalén. Decker recorrió con la mirada los relieves esculpidos en el arco y enseguida encontró lo que buscaba.

—Aquí está —dijo.

Christopher se asomó sobre el hombro de Decker para observar el relieve. La escena representaba a los soldados llevándose el botín de guerra de la conquistada Jerusalén.

—Muy bien. Y ahora, ¿me vas a contar qué es todo esto?

—Claro —contestó Decker—. No sé si te he hablado alguna vez de Joshua Rosen. —Por su expresión, Christopher no parecía que reconociera el nombre—. Bueno, es un hombre, un científico para ser más exactos, que conocí hace muchos años. Nos presentaron en la expedición de Turín. —Christopher aguzó los oídos—. Tiempo después se trasladó a Israel y escribí un artículo sobre él. El caso es que cuando Tom Donafin y yo estábamos en Israel, justo antes de que nos secuestraran, Joshua Rosen nos acompañó en una visita por algunos de los lugares sagrados de Jerusalén, el Muro de las Lamentaciones entre ellos. Así es como llamaban al muro oeste del antiguo Templo judío antes de que los palestinos lo hicieran volar por los aires y los judíos construyeran el nuevo Templo. —Christopher asintió con la cabeza, indicando que estaba familiarizado con la historia reciente del Templo judío—. Bueno, pues mientras estábamos allí, Joshua nos habló del Arca de la Alianza y nos contó su teoría sobre lo que ocurrió con ella. Ya te contaré algún día esa historia. Pero lo que me importa es lo que nos contó sobre el arco de Tito y este relieve en particular. Tito fue el comandante del ejército romano que saqueó y destruyó Jerusalén en el 70.

—Sí, lo sé. Profeticé lo que ocurrió antes de la crucifixión —interrumpió Christopher.

—¡Nunca me has contado que recordaras eso!

—No te hagas ilusiones —contestó Christopher—. No lo recuerdo. Lo leí en la Biblia.

—Oh, vaya —dijo Decker—. Bueno, no importa. Como ves, el relieve está esculpido con muchísimo detalle. A pesar de su antigüedad, se distinguen claramente los objetos que están siendo sacados de Jerusalén. —Christopher miró más de cerca.

—Sí, ya lo veo. Está muy bien conservado.

Christopher parecía no entender del todo lo que Decker intentaba señalar.

—Pero ¿no te das cuenta? —dijo Decker—. El Arca de la Alianza no aparece entre los tesoros del relieve.

—¿Y qué? Lo siento, Decker, no lo cojo.

Decker cayó de repente en la cuenta de que había omitido demasiada información.

—Perdóname. Supongo que debería explicarte unas cuantas cosas, pero la razón de su interés tiene que ver con la Sábana de Turín. Joshua Rosen tenía una teoría fascinante sobre el Arca de la Alianza que explicaría por qué la prueba del carbono 14 reveló que la Sábana sólo tenía unos mil años de antigüedad. —Decker procedió a contarle a Christopher la historia del Arca, tal y como Joshua Rosen se la había contado a Tom Donafin y a él.

—¿Entonces piensas que la Sábana permaneció dentro del Arca todos esos años? —preguntó Christopher cuando Decker hubo concluido su historia.

—No estoy seguro, pero respondería a algunos de los interrogantes sobre la

Sábana. Y sobre ti —añadió Decker.

Mientras hablaban contemplando los relieves del arco, no se percataron de los dos niños que se les habían aproximado por la espalda.

—*Scusi, Signor Goodman, potremo avere la sua firma?* —preguntó el mayor de los dos.

Decker no entendía qué querían los chicos, y se sorprendió cuando Christopher sacó una pluma del bolsillo de su chaqueta y estampó su firma en unos trocitos de papel que le tendían los niños.

—¿Autógrafos? —preguntó divertido.

Christopher asintió en respuesta a su pregunta. Habló un momento con los niños en un italiano perfecto, exhibiendo una amplia sonrisa, y estrechó sus manos como si de importantes dignatarios se tratara antes de despedirse de ellos. Los niños se alejaron unos pasos mostrándose sus autógrafos, y a continuación echaron a correr hacia una mujer que Decker intuyó sería la madre, agitando los papeles en el aire como trofeos y gritando «*Il Principe di Roma!*».

Decker se quedó mirando por un momento a Christopher, que parecía algo azorado por el suceso.

—Así que era eso lo que pasaba en el aeropuerto, eres una celebridad local.

Christopher se encogió de hombros.

—No te avergüences. Me parece fenomenal. Debes de estar haciendo una magnífica labor.

—No es por nada que haya hecho yo; lo que pasa es que he ganado mucho crédito gracias a algunos de los programas de Naciones Unidas que hemos ejecutado. Los proyectos populares hacen popular a la administración.

A la mañana siguiente, Decker y Christopher llegaron temprano al despacho de Christopher en el edificio de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. La hora de llegada de Jack Redmond dependía del estado del tráfico matutino. La sede central de la FAO estaba alojada en un inmenso complejo de edificios que ocupaba más de cuatro manzanas y que se elevaba imponente sobre la arquitectura circundante. La FAO, en Viale delle Terme di Caracalla, empleaba a más de veinticinco mil funcionarios y tenía un presupuesto bienal de dos mil quinientos millones de dólares.

A su llegada al despacho les recibió una atractiva joven italiana.

—*Buon giorno, Signor Goodman* —saludó.

—Buenos días, Maria —contestó Christopher en inglés—. Te presento a mi buen amigo el señor Decker Hawthorne, jefe de Relaciones Públicas de Naciones Unidas. Decker, te presento a Maria Sabetini.

—Señor Hawthorne es un placer conocerle. El señor Goodman habla de usted a todas horas.

—El placer es mío —contestó Decker—. ¿Es usted familia del presidente Sabetini? —preguntó al reconocer el apellido del presidente italiano.

—María es la hija menor del presidente —contestó Christopher.

—Oh, vaya... Bueno, entonces el placer es aún mayor. —Decker intentó no parecer demasiado sorprendido, pero había hecho el comentario por decir algo y la respuesta le había cogido desprevenido.

—El señor Redmond llegará más tarde —dijo Christopher a María—. Cuando lo haga hazle pasar, por favor.

Cuando Christopher hubo cerrado la puerta del despacho, Decker le espetó:

—¿Tu secretaria es la hija del presidente de Italia?

Christopher sacudió la cabeza como restándole importancia.

—No es secretaria. Es auxiliar administrativo —dijo—. Ella quería trabajar y yo necesitaba cubrir ese puesto.

—Sí, ya, ¿pero con la hija del presidente?

—Fue idea del subsecretario Milner. —La expresión de Decker pedía una explicación—. El subsecretario Milner estuvo aquí en viaje de negocios poco después de mi nombramiento como director general de la FAO. El presidente y él son viejos amigos. Yo le comenté casualmente que necesitaba un auxiliar administrativo.

—No creo que esto haya empeorado precisamente tu relación con el gobierno italiano —dijo Decker.

—No, mantenemos una relación muy cordial.

El despacho de Christopher era amplio y lujoso. De las paredes colgaban fotografías enmarcadas en las que Christopher aparecía retratado junto a distintos miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; con numerosos altos funcionarios del gobierno italiano, incluido el primer ministro, el embajador italiano en Naciones Unidas y el presidente de Italia; y con líderes de la Iglesia católica de Roma, entre ellos tres cardenales. Destacaban sobre las demás dos fotografías colgadas una junto a otra. La primera era de Christopher con el secretario general Jon Hansen; en la segunda aparecía Christopher junto a Robert Milner y el Papa.

—Compruebo que has estado muy ocupado —comentó Decker mientras contemplaba las fotografías.

—Si quieres que te diga la verdad, ha sido casi todo obra del subsecretario Milner. Desde que me nombraron director general ha pasado por aquí entre cuatro y cinco veces al año —dijo Christopher. Milner ya había cumplido los noventa, pero parecía no haber envejecido un solo día desde que recibió la transfusión de sangre de Christopher ocho años antes. Es más, parecía rejuvenecido—. No sabía que el subsecretario Milner tuviese tantos negocios en Italia.

—Hmm, tampoco yo —contestó Decker. Estaba convencido de que los frecuentes viajes de Milner no obedecían a una coincidencia. Era obvio que estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para que Christopher ganara posiciones entre los más poderosos de Italia. No es que Decker tuviese nada que objetar, al contrario, pero aun así había algo de misterioso en todo aquello. Decker no tuvo tiempo de pensar mucho más en ello. Mientras continuaba mirando las fotos, le llamó la atención el rostro

familiar de un hombre muy distinguido con el que Christopher posaba ante el Coliseo.

—¿Cuándo estuvo aquí David Bragford? —preguntó.

—Oh, ésa es del verano pasado. Vino a Roma con el subsecretario Milner para asistir a una asamblea internacional de banqueros. —En ese instante María anunció la llegada de Jack Redmond.

—¡Ave, Príncipe de Roma! —exclamó Redmond mientras entraba y escenificaba ante Christopher una exagerada reverencia.

Decker no tenía ni idea de a qué podía obedecer aquel saludo y se lo tomó a broma. Pero enseguida detectó en la mirada de Christopher una ligera irritación que indicaba que había un motivo detrás.

—Está bien, me doy por vencido —dijo Decker—. ¿Se puede saber qué pasa? ¿A qué viene eso del Príncipe de Roma?

—¿No has visto el último número de *Epoca*? —le preguntó Jack. Se refería al equivalente italiano de las revistas *Time* o *Newsweek*.

—No —contestó Decker mirando de uno a otro a la espera de una explicación.

—Toma —dijo Jack mientras abría el maletín y le entregaba una copia de la revista italiana. Ocupaba la portada una foto muy favorecedora de Christopher y un pie de foto en tipo grueso donde se podía leer «Christopher Goodman, II Trentenne, Principe di Roma».

Decker examinó la foto unos instantes y a continuación pidió que le tradujeran el titular. Christopher se limitó a permanecer en silencio, con una expresión algo azorada, mientras Jack contestaba.

—Dice así, «Christopher Goodman, el Treintañero, Príncipe de Roma».

Decker estaba que no cabía en sí de orgullo. Aunque no sabía ni una palabra de italiano, se puso rápidamente a pasar páginas en busca del artículo que acompañaba a la portada.

—¿Me vais a contar de qué va todo esto? —preguntó impaciente.

—Parece que nuestro pequeño Christopher se ha hecho todo un nombre por estas tierras —dijo Jack con el marcado acento sureño al que recurría siempre que le tomaba el pelo a algún amigo.

—No significa nada —protestó Christopher—. Es la mejor forma que ha encontrado el editor para insultar al *priministro della repubblica*. El primer ministro —añadió a modo de traducción—. Hace meses que se declararon la guerra. Al parecer la redacción de *Epoca* pensó que sería todo un golpe de efecto elevar mi perfil al tiempo que destruían el del *priministro*. En el artículo a continuación del mío le llaman necio, inútil e ineficaz.

Decker hojeó la revista hasta el artículo dedicado al primer ministro y se encontró con una fotografía muy desfavorecedora del hombre. Tanto que se llegó a preguntar si no habrían retocado la foto para que ofreciera tan mal aspecto.

—Me parece que el príncipe protesta demasiado —dijo Jack sonriente,

tergiversando intencionadamente el verso de Hamlet<sup>[41]</sup>.

—Sólo digo que todo esto me parece un poco estúpido. Nada más ver el artículo llamé al primer ministro y le aclaré que nadie me había dicho que el artículo fuera a utilizarse de esa manera. Por fortuna, hemos tenido la oportunidad de establecer una relación muy amistosa durante los últimos años, y se lo tomó muy bien. Así que, por favor, ¿podemos ponernos ya a trabajar?

—Está bien, está bien —dijo Jack todavía bromeando—. Me comportaré.

—Espera un momento —interrumpió Decker—. Quiero una copia de la revista y una traducción al inglés.

—De verdad que cuesta ser modesto con vosotros —protestó Christopher.

—Escucha —dijo Jack Redmond asumiendo el rol de asesor político—, deberías estar orgulloso de ese artículo. Es rarísimo que un funcionario de Naciones Unidas obtenga ese tipo de reconocimiento de parte de la prensa, aparte de Hansen. Lo que quiero decir es que después de todo, y no pretendo menospreciar tu trabajo, no eres más que un burócrata. Y por lo general, eso significa trabajar en la sombra sin que nadie jamás se fije en ti, a excepción posiblemente de otros burócratas. Por lo que he visto en esa revista, has hecho un trabajo excelente no sólo como burócrata, sino como representante de Naciones Unidas ante el pueblo italiano. Si sigues jugando tus cartas así de bien, no habrá quien te pare.

Christopher aceptó el cumplido condescendiente. Decker estaba demasiado ocupado sonriendo como para añadir nada más.

—Oh, hablando del pueblo italiano —continuó Jack—, el artículo menciona que eres ciudadano italiano. ¿De quién fue la idea?

Decker estaba seguro de conocer la respuesta.

—Del subsecretario Milner —contestó Christopher—. Es una idea que me sugirió al principio de entrar en la FAO, pensando en que caería muy bien entre el pueblo italiano. Los requisitos necesarios para pedir la nacionalidad se habían ido liberalizando paulatinamente durante los diez años anteriores, de manera que para solicitarla sólo necesitaba haber residido en el país noventa días. Soy ciudadano italiano desde hace casi cinco años, pero se trata de algo meramente simbólico.

Jack Redmond asintió con aprobación.

—Ya te lo decía, no habrá quien te pare.

—Y ahora, por favor, ¿nos ponemos a trabajar de una vez por todas? —rogó Christopher.

—No tan deprisa. Hay otra cosa en el artículo que estoy convencido le va a interesar a Decker. —Christopher se sentó, juntó las manos y miró hacia el techo. Era inútil intentar detener a Jack cuando estaba en racha—. Según el artículo, tú y la hija del presidente italiano mantenéis una relación seria y se rumorea que podrías estar pensando en casaros.

—¿Cómo? —dijo Decker sorprendido—. ¿Tú y María?

—¡No! —se apresuró en contestar Christopher—. Hablan de su hija mayor, Tina.

—Un momento —interrumpió Jack—, ¿quién es María?

—¡Nadie! —le espetó Christopher antes de que Decker pudiera contestar y ofreciera a Jack algo más de material con el que especular—. Mira, no son más que especulaciones. Tina y yo sólo somos amigos. Yo necesitaba una acompañante con la que acudir a varios actos políticos, así que fuimos juntos. Eso es todo.

\* \* \*

Les llevó bastante tiempo, pero el tema derivó por fin en las cuotas agrícolas. La reunión se prolongó hasta avanzada la noche y hubo que continuar con ella durante el vuelo a Pakistán, donde se reunieron con el secretario general Hansen y su comitiva.



**MEDIANTE UN ESPEJO, CONFUSAMENTE**

SAHIWAI, PAKISTÁN

Una oscura figura se desplazaba velozmente por el lecho seco del río, inspeccionando cada hondonada en busca de agua. Si no la encontraba pronto, le sobrevendría la muerte igual que al resto. Más adelante, un árbol, aún verde a pesar de la aridez circundante, arrojaba su sombra sobre el destino final de su búsqueda, una pequeña poza de agua. Allí estaba, lo sabía. Podía olerla. Corrió hasta ella, llevó la cabeza al agua y bebió hasta saciar su sed. Se quedaría allí hasta que se le acabase el agua o el hambre le forzara a seguir adelante. Cabía la posibilidad de que la poza atrajera a algún animalillo con el que alimentarse, pero no podía aguardar a que la comida acudiera a él. Tendría que explorar la zona a fondo y esperar lo mejor.

Apenas había amanecido y el sol ya castigaba la árida llanura cuando emergió del lecho del río y oteó cautelosamente los alrededores a través del seco matorral. Unos treinta metros más adelante yacía inmóvil en el suelo una masa informe. Una semana sin alimento y varios días sin agua tenían que haberle anestesiado los sentidos, de otro modo se habría percatado de su presencia mucho antes, tan cerca estaba de él. Se demoró sólo un instante para comprobar que no había peligro; estaba demasiado hambriento para ser cauteloso. Al acercarse a la figura, advirtió enseguida que estaba muerta. Cerca yacían otras dos más pequeñas.

De pronto oyó en la distancia un rugido parecido al que producen los cascos de una gran manada de animales en estampida. Aunque era muy lejano, parecía avanzar en su dirección. Su temor se agudizó al advertir que el sonido se acercaba a una velocidad mayor de la que jamás podría haber imaginado. Rauda, prendió la presa de una pierna e intentó infructuosamente arrastrarla hacia el lecho del río; no le alcanzaban las fuerzas para la tarea. Con una determinación irracional nacida de aquella hambre insoportable decidió resistir junto a su presa. El sonido no tardó en alcanzarle y entonces supo que no provenía de manada alguna, sino de un único y gigantesco pájaro diferente a todos los que había visto hasta entonces.

\* \* \*

En el aire, el helicóptero del secretario general se aproximaba lentamente al campamento de acogida, mientras sus tripulantes contemplaban de cerca el estado del paraje circundante. Los efectos de la sequía eran devastadores. Habían sobrevolado el lecho del río durante treinta kilómetros y allí no habían divisado más que un puñado de charcas diminutas. Justo debajo de ellos, a unos tres kilómetros del campamento,

divisaron cerca de una de las pozas a un famélico perro salvaje que les contemplaba. A sus pies vieron el cadáver de una joven que había muerto de hambre o de sed antes de alcanzar el campamento. Muy cerca yacían los cuerpos inertes de sus dos hijos pequeños.

La cruda evidencia que obtenía ahora de primera mano la comitiva del secretario general del hambre y de la sequía en Pakistán era parecida a la devastación que había asolado el norte de la India, donde la plaga de roya había diezariado la cosecha anual. En el sur de la India, las tormentas tropicales del monzón habían anegado de agua marina zonas ya inundadas, formando balsas de agua salobre. La tierra había absorbido aquella sal y ahora resultaba prácticamente imposible de cultivar. Pero las inundaciones eran un desastre al que la India estaba acostumbrada, y lo único que podía hacer la población era intentar cultivar lo que fuera y esperar a que las lluvias del monzón disolvieran la sal de la tierra en los años venideros.

El helicóptero aterrizó en un campo abierto junto al campamento y lanzó contra quienes allí aguardaban una gigantesca nube de polvo. El responsable del campamento, el doctor Fred Bloomer, al que acompañaban unas veinte personas entre cámaras y reporteros, esperó a que las aspas se detuvieran antes de acercarse a dar la bienvenida al secretario general y su comitiva. Christopher, el único a bordo que conocía al doctor Bloomer, se encargó de las presentaciones.

—Estoy ansioso por poner manos a la obra —dijo Hansen mientras le daba un apretón de mano a Bloomer.

—Me temo que la situación es peor de lo que imagina, secretario general —dijo el doctor Bloomer—. En los últimos cuatro días han llegado al campamento casi mil personas más. Y, para ser sinceros, no estamos preparados para acoger a tanta gente. Hemos tenido que reducir drásticamente el racionamiento.

Para alimentar a los acogidos en el campamento, les explicó, la cocina estaba funcionando a pleno rendimiento en un único turno de catorce horas durante las horas de sol. Por la noche, un pequeño grupo de guardia se ocupaba de atender a los recién llegados; y es que aquí una hora podía significar la diferencia entre sobrevivir o morir. El principal objetivo del doctor Bloomer era proporcionar a cada acogido dos comidas al día.

La razón oficial de la visita era la de recopilar datos, pero lo que Hansen pretendía en realidad era reunir apoyos para su plan de distribución de recursos agrícolas. Cada uno de los que le acompañaban en el viaje había sido invitado por razones muy concretas. El embajador Khalid Haider de Pakistán estaba allí porque aquél era su país. El embajador indio había sido invitado porque su país sufría problemas similares y porque existían serias posibilidades de que se produjera una migración en masa de refugiados de Pakistán a la India.

Los miembros de Norteamérica y de Europa habían recibido la invitación a unirse a la comitiva porque de acuerdo con el plan de Hansen, eran sus regiones las que tendrían que realizar el mayor esfuerzo de distribución de alimentos. El embajador

Howell de Canadá, representante de Norteamérica en el Consejo de Seguridad, arrastraba una enfermedad desde hacía meses y era muy posible que renunciara al cargo en un futuro próximo. En su lugar viajaba el embajador Walter Bishop, representante temporal de Estados Unidos, que esperaba reemplazar al embajador canadiense como miembro permanente. Consciente de ello, Hansen quería aprovechar la oportunidad para conocer más a fondo al estadounidense y ganar su apoyo al plan. Al embajador Heineman de Alemania, representante de Europa en el Consejo de Seguridad, no había que convencerle sobre la necesidad de la redistribución de alimentos, pero sí que había que hacerlo a la población de su región. Por recomendación de Decker, Hansen había invitado a Heineman para asegurarse de que la prensa europea cubría el viaje. Era la manera más efectiva de hacer llegar al pueblo europeo la urgencia y la magnitud de la necesidad.

La comitiva inició la inspección con una visita al campamento y a lo que quedaba de las aldeas circundantes. Por la tarde, Christopher informó a los embajadores sobre los resultados de un estudio que la Organización para la Agricultura y la Alimentación había realizado sobre proyecciones para los años futuros. Luego, para hacerse la foto, los miembros de la comitiva habían trabajado en la cocina sirviendo la cena. La comitiva pasó la noche en el campamento en casi las mismas condiciones que los refugiados.

El secretario general y los embajadores tenían planeado viajar en helicóptero a la mañana siguiente de regreso a Lahore, en Pakistán, cerca de la frontera con la India, mientras Decker y Christopher permanecían en el campamento para representar a Hansen ante una segunda comitiva de Naciones Unidas que se esperaba llegara a última hora de la tarde.

#### TEL AVIV, ISRAEL

El rabino Saul Cohen concluyó sus oraciones matutinas y se puso de pie para atender a la llamada a la puerta de su despacho. Benjamin Cohen, su hijo de diecisiete años y único familiar superviviente desde que el Desastre se llevara a su mujer y a sus otros cuatro hijos mayores, le esperaba afuera, moviéndose nervioso de un lado a otro. Sabía que no debía molestar a su padre durante las oraciones si no era por un buen motivo, y no le entusiasmaba enfrentar su idea de lo que era un buen motivo con la de su padre. Pero menos le entusiasmaba la posibilidad de llegar a irritar al hombre que aguardaba en la sala de estar.

El hombre —porque no podía llamársele *invitado*— había llegado sin previo aviso. Benjamin le había abierto la puerta para hacerle pasar pero enseguida había reculado, sabedor de que algo en aquella visita se salía de lo normal, por no decir que el hombre en sí se salía de lo normal. Al cerrar la puerta tras de sí, el hombre pareció llenar la sala de estar con su sola presencia. A Benjamin le faltó tiempo para huir de la habitación en busca de su padre y se encontraba a mitad de camino cuando se dio

cuenta de que no le había pedido al visitante su nombre. Le gustase o no, tendría que regresar y preguntarle.

Al asomarse por la ranura de la puerta, la mirada de Benjamin se cruzó con la del hombre. Hubiese querido apartar la vista, pero vio algo que le hizo retener la mirada. Ahora entendía qué era lo que tanto le había desconcertado en él. A Benjamin le habían enseñado a detectar la sabiduría de un hombre en su rostro. Sabía que la sapiencia se gana con los años, pero lo que leía en aquellos ojos era del todo anormal para un hombre de su edad. Aquella sabiduría habría resultado anormal en un hombre de cualquier edad.

Le preguntó su nombre y la respuesta no pudo más que aumentar su turbación, pero no creyó conveniente sondearle más.

Saul Cohen acostumbraba dedicar al menos una hora a las oraciones matinales, pero por alguna razón aquella mañana había decidido concluir las media hora antes. Cuando escuchó la llamada a la puerta del despacho en el instante en que lo hacía, lo interpretó como una confirmación. No sabía qué era lo que Benjamin venía a decirle, pero estaba seguro de que se trataba de algo importante porque, de no ser así, el muchacho no le habría interrumpido. Cohen abrió la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó sin signos de consternación, al contrario de lo que se esperaba Benjamin.

—Ha venido un hombre a verte, padre.

Cohen aguardó a que le ofreciera más información, pero Benjamin había enmudecido.

—¿Y bien? ¿De quién se trata? —preguntó Cohen por fin.

—No me lo ha dicho —dijo Benjamin con un hilo de voz.

—Pero, bueno, ¿se lo has preguntado?

—Sí, Padre.

—¿Y qué te ha dicho?

Benjamin no estaba seguro de cómo iba a sonar aquello. A él le había sonado muy impresionante en labios del hombre de la sala de estar, pero Benjamin pensó que al decirlo él la cosa sonaría algo estúpida. Aun así tenía que decir algo, su padre aguardaba.

—Me ha dicho que te dijera que él es «aquel que ha oído la voz de los siete truenos».

Cohen no respondió, pero la expresión de su rostro revelaba que sabía de quién hablaba. Por fin consiguió asentir con la cabeza y Benjamin regresó a la sala de estar en busca del hombre.

Saul Cohen cerró la puerta y empezó a ordenar su mesa mecánicamente. Escasos segundos después, oyó unos pasos que se aproximaban por el pasillo y observó como el pomo de la puerta empezaba a girar. De repente era como si se hubiese olvidado de cómo respirar. Benjamin abrió la puerta, y Cohen, recordando las normas básicas de educación, consiguió salir de detrás de la mesa y acercarse a saludar al hombre. Si

aquel hombre era de verdad quien decía ser, Cohen no deseaba ni mucho menos insultarle con una falta de etiqueta. El hombre permaneció un instante allí de pie mirando a Cohen, en el vano de la puerta, como saboreando el momento, hasta que finalmente decidió entrar.

Cohen no sabía cómo era posible que aquel hombre fuera quien decía ser, pero en su vocación había aprendido que nada es imposible. Cohen había sabido desde el Desastre que algún día llegaría un profeta. Pero ¿cómo podía ser este hombre quien decía ser? Aquello casi superaba lo que Cohen podía aceptar.

—Hola, rabí —dijo el hombre cordialmente tendiéndole la mano. No era de ninguna manera el hombre que Cohen esperaba. No parecía tener sesenta años y un día. Más desconcertante aún era la manera en que iba vestido, con un moderno traje gris oscuro y corbata roja. Por ridículo que pareciera, Cohen se había imaginado a un hombre en sandalias y con una larga túnica atada a la cintura con una cuerda. Aun así, y a pesar de su aspecto y de que era imposible que fuera quien decía ser, había algo en aquel hombre que hizo que Cohen creyera que era exactamente quien decía ser.

—Soy aquel a quien has estado esperando —dijo el hombre con la mano aún tendida hacia él—. Pero créeme, yo llevo esperándote a ti mucho más tiempo del que tú has estado esperándome a mí. —Cohen permaneció en silencio sin saber qué decir—: Y tú eres Saul Cohen —continuó el hombre—, de la casa de Yonadab, hijo de Rekab, sobre quien profetizó Jeremías<sup>[42]</sup>.

Cohen se quedó boquiabierto.

—Ese secreto no ha salido de mi familia en mil doscientos años —dijo.

—Es la única explicación a que no desaparecieras en el... um... el «Desastre» —le explicó el hombre—. Y cuando hayas completado tu tarea, tu hijo ocupará tu lugar al servicio del Señor, tal y como se prometió a través de Jeremías.

Cohen se quedó pensativo.

—Pero sentémonos —sugirió el hombre—. Tenemos mucho de qué hablar. —Cohen obedeció en silencio—: Como señala nuestro encuentro, se acerca el día en que haya de terminar esta era. —Sin dar tiempo a que Cohen pudiera recapacitar sobre el alcance de la afirmación, el hombre continuó—: Te observo desde hace unos años y ahora estoy seguro de que eres el otro testigo. El hecho de que me reconozcas lo confirma.

—¿Acaso no estabas seguro? —preguntó Cohen.

—Nadie me habló de quién sería el otro. Ahora veo que he sido guiado hasta ti, pero confirmarlo quedaba en manos de la capacidad de percepción y la sabiduría que Dios me ha dado. Nunca se me ha revelado nada sobre este asunto en particular.

El descubrimiento cogió a Cohen desprevenido.

—Pero... no entiendo. ¿Cómo podías no saberlo?

—Bueno, como ya escribió el apóstol Pablo, «pues ahora vemos mediante un espejo, confusamente; entonces, cara a cara. Ahora conozco de manera incompleta,

entonces conoceré del todo, tal como soy conocido del todo»<sup>[43]</sup>. Te puedo asegurar que mientras tú y yo permanezcamos en este lado de la vida, eso nunca cambiará; ni siquiera si hubieras de vivir hasta cumplir los doscientos años.

—Rabí —dijo Cohen, sin saber de qué otra forma dirigirse a este hombre cuya espiritualidad consideraba cientos de veces superior a la suya.

—Por favor —le interrumpió el hombre—, llámame Juan.

El juego se estaba alargando demasiado. Cohen tenía que asegurarse de que entendía lo que estaba ocurriendo.

—¿Eres Juan?

El hombre asintió.

—¿Yochanan bar Zebedee? —dijo Cohen refiriéndose al nombre hebreo.

—Lo soy —contestó.

—¿El apóstol del Señor? ¿Estuviste allí, al pie de la cruz?<sup>[44]</sup>

—Lo estuve —contestó Juan. Por su expresión era evidente que todavía sentía el dolor que le había producido aquel suceso acaecido casi dos mil años atrás.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso has vuelto de entre los muertos?

El hombre sonrió.

—En muchas maneras así lo habría preferido. Pero, no, he permanecido aquí, vivo en este mundo en decadencia, aguardando la llegada de este momento durante doscientos años.

Cohen no repitió la pregunta, pero en sus ojos todavía se podía leer el interrogante «¿cómo?».

—¿Acaso no recuerdas lo que nuestro Señor le dijo a Pedro sobre mí a orillas del mar de Tiberíades?

Cohen conocía aquellas palabras pero nunca había pensado que tuvieran un significado literal. Después de la resurrección, Jesús le contó al apóstol Pedro cómo él, Pedro, iba a morir. Pedro le preguntó entonces qué le pasaría a Juan. «Si quiero que éste se quede mientras vuelvo, ¿a ti qué?», le contestó Jesús<sup>[45]</sup>.

—Pero también escribiste que lo que decía Jesús no significaba que no fueras a morir *jamás*, solamente que a lo mejor no morías hasta después de su venida<sup>[46]</sup>. — Tan pronto hubo pronunciado estas palabras, Cohen supo que no necesitaba una respuesta; tanto él como Juan conocían perfectamente lo que el destino les tenía reservado, y aquel destino coincidía perfectamente con las palabras de Jesús.

—El Señor nos dijo a mi hermano Santiago y a mí que, al igual que él, moriríamos como mártires<sup>[47]</sup>. Santiago fue el primero de los apóstoles en morir<sup>[48]</sup>... y será el último. Supongo que, por lo menos de esta manera, el ruego de mi madre a Jesús está garantizado: Santiago y yo sí que nos sentaremos a la derecha y a la izquierda del Señor en su Reino<sup>[49]</sup>.

Cohen seguía esforzándose por entender.

—En el Apocalipsis —continuó el hombre—, dije que un ángel me entregó un cuadernillo y me ordenó que lo devorara. Escribí: «Cogí el cuadernillo de la mano del

ángel, y lo devoré, y en mi boca fue dulce como miel, pero cuando lo comí, mi vientre se llenó de amargor. Y me dijeron: “Tienes que volver a profetizar sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”»<sup>[50]</sup>.

Cohen asintió conforme.

—Las palabras del cuadernillo eran dulces —explicó Juan—, porque en ese momento supe que viviría aún más que Matusalén<sup>[51]</sup>. Pero el cuadernillo se hizo amargo en mi vientre cuando comprendí que tendría que esperar más que ningún otro hombre para volver a ver al Señor. Entonces me hicieron saber por qué mi vida había de continuar: he permanecido en esta tierra para realizar una nueva profecía, esta vez contigo, sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

Cohen frunció el ceño y se sumió en un estado de introspección. Creía pero, de nuevo, era casi demasiado lo que debía creer.

—Supongo que no cabía esperar otra cosa —dijo finalmente— si sobreviviste a que te sumergieran en aceite hirviendo<sup>[52]</sup>. Y explica las profecías de Yeshua en lo concerniente al final de la era, cuando le dijo a sus discípulos «Os digo la verdad: hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte sin ver antes el reino de Dios, venido [ya] con poder». <sup>12</sup> Si eres Juan, entonces es cierto que esa generación no ha desaparecido. Y aun así, ¿qué hay de Policarpo? —preguntó Cohen refiriéndose al obispo de Esmirna de finales del siglo I y comienzos del siglo II, quien, según su discípulo Ireneo, dijo que Juan había muerto bajo el reinado del emperador romano Trajano<sup>[53]</sup>.

—¿No has leído a Harnack? —contestó el hombre refiriéndose al teólogo alemán que sugirió que Policarpo en sus escritos no se refería a Juan el apóstol sino a otro hombre, un alto cargo de la Iglesia, también llamado Juan<sup>[54]</sup>.

A Cohen se le ocurrió que aquello podía explicar también un misterio de la Biblia que siempre le había intrigado de manera especial.

—Y ¿es ésa la razón de los supuestos añadidos posteriores al texto original de tu Evangelio? —preguntó en busca de una confirmación.

El hombre asintió.

—Lamento la confusión que ello ha causado. De vez en cuando le contaba a alguien alguna cosa que Jesús había dicho o hecho y que yo no había incluido en el Evangelio y entonces me urgían a que lo incluyera. En ningún momento pensé que añadir algunos pocos datos que me había dejado fuera en las versiones anteriores causaría tanta confusión con el tiempo.

»Saul, comprendo la razón de tus preguntas, y aun así sé que al mismo tiempo el Espíritu Santo te da testimonio de que yo soy quien digo ser.

—Pero ¿dónde has estado? —preguntó Cohen—. ¿Cómo puedes haber ocultado tu identidad?

—Es más fácil de lo que jamás podrías imaginar —contestó Juan—. Pero he de admitir que en algunas ocasiones no lo conseguí del todo. Hubo un periodo de unos

pocos cientos de años durante los cuales fuera adonde fuera, de China a la India y a Etiopía, me persiguieron las leyendas.

Una idea le asaltó entonces a Cohen.

—¿Preste Juan? —preguntó refiriéndose al misterioso personaje que mencionan docenas de leyendas y un puñado de fuentes más fiables como Marco Polo, en un periodo de tiempo de varios cientos de años y que lo sitúan en lugares muy apartados unos de otros<sup>[55]</sup>.

Juan asintió.

—Lo que no me explico del todo es cómo han podido llegar a relacionarme con las leyendas del rey Arturo. Supongo que tiene que ver con la especulación de que el Santo Grial estaba en mi posesión. Desde entonces he sido mucho más cuidadoso a la hora de ocultar mi identidad. Para no levantar sospechas he tenido que moverme mucho, nunca permanecer en el mismo lugar más de diez o quince años. Y siempre he intentado trabajar al servicio del Señor en puestos que no llamaran la atención. He sido párroco en un centenar de pequeñas iglesias en todos los rincones del mundo. Pero ¿acaso resulta tan extraordinario que haya podido pasar desapercibido en un mundo poblado por cientos de millones de personas? Después de todo, el propio Dios se hizo hombre y vivió en la tierra sin que nadie se apercibiera de él, hasta que a los treinta años llegó el momento de comenzar su ministerio. Ahora me llega a mí ese momento, y a ti también, amigo mío.

#### SAHIWAI, PAKISTÁN

Decker trataba de mantener una sonrisa alentadora mientras avanzaba entre los grupitos de gente que, sentados en troncos o acuclillados en el suelo, daban cuenta de sus raciones. Acababan de marcar las seis y se estaba sirviendo la segunda comida del día —a la que apenas podía denominarse cena—. Hacía casi dos horas que había abandonado el campamento, con cuatro horas de retraso, el helicóptero del secretario general Hansen junto con el resto del contingente de Naciones Unidas. Decker y Christopher se habían quedado para recibir a la segunda comitiva de embajadores que iba a inspeccionar las condiciones en el campamento. Christopher se había retirado a su tienda a echarse un rato poco después de despedirse de Hansen.

—Christopher, despierta; es la hora de la cena —le llamó Decker al aproximarse al pequeño conjunto de tiendas gris verdoso habilitado para el equipo—. Vamos, Christopher, arriba —dijo levantando ligeramente el tono de voz, pero sin recibir respuesta—. Christopher, ¿estás ahí?

Decker asomó la cabeza por la abertura de la tienda y aparró la mosquitera. En el interior, Christopher estaba sentado inmóvil en el suelo. Tenía el rostro y el cuerpo empapados de sudor y su expresión era de extremo dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Decker, aunque resultaba obvio que no lo estaba.

—Algo va mal —dijo Christopher por fin.



—¿Te encuentras mal? —preguntó Decker. Pero tan pronto lo dijo cayó en la cuenta de que Christopher nunca había estado enfermo; probablemente era incapaz de estarlo.

—Algo terrible está ocurriendo —contestó Christopher.

Decker se agachó para entrar en la tienda y cerró la abertura tras él.

—¿El qué? ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Muerte y vida —contestó Christopher muy despacio, como si cada palabra hubiese abierto en su interior una dolorosa herida en el trayecto de los pulmones a los labios.

—¿La vida y la muerte de quién? —preguntó Decker en el orden en que tradicionalmente se pronuncian esas palabras.

—La muerte de quien quería escapar de las garras de la muerte; la vida de quien quiso aceptar la liberación de la muerte.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Decker, que intentaba priorizar y dejó la segunda afirmación, menos urgente y más enigmática, para después.

—Jon Hansen —contestó Christopher.

Decker no llegaría nunca a formular su segunda pregunta.

## CUANDO LOS LÍDERES CAEN

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Pasaron tres días antes de que los equipos de búsqueda dieran con el helicóptero del secretario general, setenta y cinco kilómetros fuera de ruta y arrugado como una bola de papel seda en medio de una arboleda al sudoeste de la población paquistaní de Gujránwalä. No había supervivientes. Era la segunda vez que un secretario general de Naciones Unidas perdía la vida en un accidente aéreo; el primero había sido Dag Hammarskjöld, en 1961, cuyo avión se estrelló en la región de Rodesia del Norte, en Zambia, pereciendo todos sus tripulantes. A pesar de la tragedia, aquel primer accidente no había tenido el impacto que la muerte de Jon Hansen y los tres miembros del Consejo de Seguridad tuvo en el mundo. En 1961, el secretario general y la propia Organización de Naciones Unidas ejercían una muy escasa, por no decir que nula, influencia en la vida de la mayoría de la población mundial. Ahora era como si el mundo girase en torno a Naciones Unidas, y en su centro estaba el secretario general.

Desde el asesinato del presidente estadounidense John F. Kennedy o la muerte de la princesa Diana de Inglaterra no se había vuelto a producir en el ámbito internacional un impacto emocional tan generalizado. En Naciones Unidas, la Asamblea General suspendió durante dos semanas el funcionamiento de la cámara en honor al hombre que durante casi quince años la había liderado en el que era ya uno de sus periodos más sobresalientes de la historia conocida.

Los miembros del gabinete de Jon Hansen se afanaban por superar el golpe al tiempo que intentaban proseguir con sus obligaciones. Muy pocos intentaban reprimir las lágrimas cuando hablaban de él. Y no era raro verlos en pequeños grupos, todos muy juntos, llorando abiertamente mientras le recordaban.

Decker Hawthorne lamentaba como el que más la pérdida de su jefe y amigo, pero él no tenía tiempo para dolerse con sus compañeros. En este momento el mundo entero le estaba esperando. Como director de relaciones públicas, no podía más que dejar a un lado su tristeza y dedicarse a coordinar el funeral y los numerosos actos conmemorativos. Su gente estaba inundada con las llamadas de condolencia y de la prensa. Miles de personas telefoneaban pidiendo fotografías de Hansen. Cientos de dignatarios querían que se los incluyese en las ceremonias en honor al secretario; todos deseaban que Decker les atendiese al teléfono personalmente y en muchos casos así lo hacía. Mantenerse ocupado era probablemente lo mejor que Decker podía hacer en ese momento y lo sabía.

Pero el ansia de poder no sabe de duelos, y fue en este tiempo de dolor cuando Decker percibió las primeras señales de las detestables maniobras que se cocían para

reemplazar a Hansen. Los miembros del Consejo de Seguridad, hasta entonces unidos, le fueron llamando uno a uno, solicitando de él un trato especial en lo referente al funeral o a las ceremonias que lo rodeaban. El embajador Howell de Canadá quería ser el último en decir unas palabras de elogio al difunto en el funeral, el embajador de Chad quería ocupar el centro de la tribuna desde la que se iban a pronunciar los discursos y el embajador de Venezuela quería acompañar a la viuda. La petición que más le encolerizó fue la del embajador francés Albert Faure, quien a pesar de no haber pronunciado jamás una palabra amable sobre Hansen mientras éste estaba vivo, ahora quería ser uno de quienes portaran el ataúd del secretario general. Y lo que era aún peor, insistía en ocupar el primer puesto a la derecha de la comitiva. Aunque no explicara el porqué, Decker conocía de sobra la razón: en esa posición, Faure esperaba aparecer más que ningún otro ante las cámaras de televisión.

Más agradable fue tener que enviar una limusina al aeropuerto Kennedy para recoger a Christopher, aunque no pudo prescindir de nadie para que fueran a recibirle. Christopher, como otros cientos de diplomáticos y cientos de miles de dolientes más, viajaba a Nueva York para asistir al funeral, llenando aún más las calles ya de por sí abarrotadas de la ciudad. En los dieciséis años transcurridos desde el Desastre y la devastación de la Federación Rusa, la población mundial se había multiplicado rápidamente. Aunque la suma total era todavía mil millones menor que antes del Desastre y de la guerra, nadie lo habría dicho por el aspecto que en estos días ofrecía Nueva York.

Tras una larga reunión, Decker salió de su despacho y llamó a una de sus secretarias para cerciorarse de que había salido ya la limusina para recoger a Christopher.

—No, señor —contestó la secretaria, para añadir al instante—: Alice Bernley llamó mientras estaba usted en la reunión, para decirnos que ella y el ex subsecretario general Milner se encargarían de ir a recibir al director general Goodman.

\* \* \*

En el aeropuerto Kennedy, Robert Milner y Alice Bernley esperaban impacientes el vuelo de Christopher. Al llegar, el joven se mostró muy complacido cuando vio que su mentor le esperaba a la salida, y ambos se fundieron en un abrazo cálido y prolongado.

—¿Cómo está, subsecretario? —preguntó.

—Estupendamente, Christopher —contestó Milner.

—Y, señora Bernley, qué agradable volver a verla.

—¿Cómo estás? Ha pasado casi un año desde que nos vimos la última vez, en Roma —dijo Bernley.

—Sí, ha sido un año muy ajetreado. Pero ¿qué hacen aquí? No esperaba una comitiva de bienvenida.

—Bueno —contestó Bernley—, cuando nos hemos enterado de que llegabas, nos ha parecido que merecías que te recibiera algo más que un conductor.

Christopher sonrió.

—Me alegra tanto verles. Les agradezco las molestias.

—Además —añadió Milner apuntando a una nueva razón de su presencia en el aeropuerto—, tenemos que discutir unas cuantas cosas antes de que llegues a la sede de Naciones Unidas.

Christopher le miró con curiosidad.

—Lo hablaremos en el coche, a solas.

Una vez acomodados en el interior del coche, Alice Bernley pulsó el botón del elevavinas para cerrar el cristal tintado que les separaba del conductor. Asegurada así su privacidad, Milner no perdió tiempo en abordar el asunto.

—Christopher, en la guerra y en la política ocurre desdichadamente que quienes más lamentan la pérdida de un gran líder son precisamente quienes más vigilantes han de estar ante el acecho de aquellos que pretenden servirse de la adversidad de los primeros en su provecho. Así ocurre en este momento de duelo.

—¿Tan pronto ha empezado? —preguntó Christopher.

—Sí —dijo Milner—. Nunca en la historia universal ha habido más luchas de poder que en este momento. El primer punto de la agenda de Naciones Unidas será la elección por parte de Europa y de la India de los embajadores que hayan de reemplazar a quienes fallecieron con Hansen en el accidente. En la India se disputan el puesto dos contendientes de peso, el representante temporal actual, Rajiv Advani, y el primer ministro indio, Nikhil Gandhi. Gandhi, que como sabrás es medio italiano y se educó en Estados Unidos, es el candidato más razonable y el de mejor trato para trabajar. Pero si gana, que es lo más probable, Advani tiene intención de regresar a la India para presentar su candidatura a primer ministro. No sé si estás muy familiarizado con la política india, pero todas las encuestas señalan que sin Nikhil Gandhi a la cabeza, la coalición del Partido del Congreso perderá el apoyo para gobernar. Es más, el partido Bharatiya Janata podría conseguir un número suficiente de los quinientos cuarenta y cinco escaños del parlamento indio para formar gobierno con un puñado de partidos minoritarios. El Bharatiya Janata es un partido nacionalista hindú de corte fundamentalista, entre cuyos fines se encuentra revocar todos los derechos de la minoría musulmana.

»Así que aunque acogeríamos con gusto la elección de Nikhil Gandhi como miembro del Consejo de Seguridad, si ello es a cambio de que Rajiv Advani consiga el cargo de primer ministro, el precio nos parece demasiado elevado. Con él al mando se agravarán las hostilidades entre hindúes y musulmanes, por no hablar de las tensiones fronterizas con Pakistán.

»En cuanto a Europa, los candidatos con más probabilidades son el embajador español Velázquez y, cómo no, el embajador francés Albert Faure. Personalmente, estoy convencido de que Faure aspira a mucho más.

—¿A secretario general? —preguntó Christopher. Era pura retórica; sólo había un cargo con mayor poder que el de miembro permanente del Consejo de Seguridad.

—Tú lo has dicho —contestó Milner.

—Pues es un buen salto, siendo como es miembro temporal del Consejo de Seguridad —dijo Christopher—. Dudo mucho que piense que el Consejo de Seguridad vaya a elegir por segunda vez consecutiva a un europeo como secretario general.

—Yo no digo que tenga probabilidades de ganar, sólo digo que es lo que pretende... junto con media docena de personas más, si he de ser sincero.

Alice Bernley había permanecido en silencio, pero le pareció que la conversación estaba tomando un derrotero no deseado.

Milner continuó.

—Antes de la elección del nuevo secretario general, se celebrará la votación para elegir al nuevo representante temporal de Norteamérica. Y si se elige a uno de los dos miembros temporales de la India o de Europa como miembros permanentes, entonces habrá otra votación para elegir a sus sustitutos.

»Christopher —continuó Milner, con creciente seriedad—, el embajador Faure me ha pedido que apoye su candidatura para reemplazar al difunto embajador Heineman como representante permanente de Europa en el Consejo de Seguridad.

—Y usted se ha negado, claro.

—Le he dicho que le apoyaré.

—¿Qué? Pero ¿por qué? —espetó Christopher—. ¿Acaso no es a Faure a quien se refería cuando hablaba hace un momento sobre la necesidad de defendernos contra el acecho de quienes menos lamentaban la pérdida del secretario general Hansen?

—Sí, lo es. Pero la cosa no es tan sencilla. Mal que nos pese, el embajador Faure va a conseguir reemplazar al embajador Heineman en el Consejo de Seguridad; no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

—Pero ¿por qué?

—Por dos razones. Para empezar, y como te decía antes, el único candidato capaz de conseguir votos suficientes es el embajador español Velázquez. No hay otro que cuente con un apoyo similar. Y, seamos sinceros, creo que Velázquez hace el ridículo presentándose como contendiente a Faure. Su pasado es tan oscuro que es casi un milagro que no haya salido ninguno de sus secretos a la luz. En cuanto la gente de Faure comience a revolver en su pasado, empezarán a aparecer asuntos embarazosos. Si son listos esperarán al último minuto y luego obligarán a Velázquez a retirar su candidatura a cambio de no hacer pública la información. Para entonces ya no habrá nadie en situación de sustituirle. La segunda razón es que, como sabes, Alice posee ciertas cualidades que le permiten predecir el futuro a través de su guía espiritual, el maestro Djwlij Kajm.

Alice Bernley interpretó esto como una invitación a intervenir.

—Tengo la absoluta certeza de que el embajador Faure será elegido representante

permanente de Europa ante el Consejo de Seguridad. Sin embargo, no hemos de interpretarlo como una derrota, sino como un obstáculo temporal.

—Y debemos poner al mal tiempo buena cara y encontrar la forma de aprovechar la situación en nuestro beneficio —añadió Milner—. Puesto que sabemos que Faure será elegido con o sin nuestro apoyo, lo mejor es que le ofrezca mi respaldo a cambio de algo. Y ahí es donde entras tú, Christopher.

Christopher parecía algo inseguro ante la situación, pero sabía reponerse con rapidez.

—Si hay algo que yo pueda hacer...

—Bien —dijo Milner—, sabía que podríamos contar contigo. Ahora, en lugar de ir directamente a Naciones Unidas, irás antes que nada a la misión italiana.

—Como ciudadano italiano enviado a la ONU, es algo que haría de todas formas como cortesía al embajador Niccoli.

—Muy bien. Cuando llegues a la misión italiana te informarán de que hace tres horas el embajador Niccoli renunció al cargo de embajador italiano ante Naciones Unidas a fin de optar a otro puesto.

—¿Cómo? ¿Qué otro puesto? —interrumpió Christopher.

—Un cargo muy bien pagado como director del Banco de Roma. Entidad de la que, nada casualmente, David Bragford posee el veintidós por ciento de las acciones. Pero como estaba diciendo —continuó Milner—, en la misión italiana te harán entrega de un paquete sellado y recibirás la orden de llamar de inmediato al presidente de Italia por su línea de teléfono segura. Cuando contactes con el presidente Sabetini, te pedirá que abras el paquete. En su interior encontrarás una serie de documentos a presentar en la Comisión de Verificación de Poderes de la ONU con tu nombramiento como nuevo embajador italiano ante Naciones Unidas.

Christopher miró estupefacto a Milner y luego a Bernley. Bernley sonrió, pero por un momento ninguno articuló palabra. Por fin, Christopher alzó las manos indicándoles que pararan.

—Un momento —dijo—. ¿Puede repetir la última parte?

—Has oído bien, Christopher. Te van a nombrar nuevo embajador italiano ante Naciones Unidas, si así lo deseas, claro está.

—¿Pero se han vuelto todos locos? Soy ciudadano italiano desde hace tan sólo cinco años.

—Y durante buena parte de ese tiempo —contestó Milner—, me he dedicado en cuerpo y alma a preparaos a ti y al pueblo italiano para este momento. Es la razón de que te animara a pedir la ciudadanía italiana desde un principio.

—Pero ¿cómo lo sabía?

—No conocíamos los detalles —contestó Bernley—. Es obvio que si hubiésemos sabido que el secretario general Hansen iba a morir, habríamos intentado evitarlo. Yo no elijo lo que sé y lo que no sobre el futuro.

—No hacía falta la clarividencia de Alice —añadió Milner—, para saber que

Hansen dejaría el cargo algún día. Y que cuando eso ocurriera tendríamos que estar preparados para salvaguardar los avances que él había conseguido.

—Lo siento —dijo Christopher—, pero sigo sin entenderlo. ¿Por qué iba el presidente Sabetini a nombrarme a mí nuevo embajador? Es más, ¿por qué iba a estar de acuerdo el primer ministro con dicho nombramiento?

—Por varias razones —dijo Milner—. No hay duda de que les gustas y de que confían en ti. Están seguros de que te preocupas por Italia y por el pueblo italiano. En cuanto al presidente, me atrevo a adivinar que espera que te conviertas algún día en su yerno.

—¿En su yerno?! Pero ¿por qué tanta insistencia con ese asunto? Tina y yo somos amigos, nada más —dijo Christopher con énfasis.

—No te alteres, Christopher. Me limito a enumerar razones. Pero, sin lugar a dudas, la razón principal para que el presidente te nombre embajador y el primer ministro acepte la decisión es que Italia quiere tener un representante en el Consejo de Seguridad.

—Un momento —dijo Christopher—. Me parece que me he perdido algo. ¿Cómo iba mi nombramiento a proporcionar a Italia un representante en el Consejo de Seguridad?

—Ésa es la razón por la que he aceptado respaldar la candidatura del embajador Faure como representante permanente de Europa —contestó Milner—. En este momento cuenta con el apoyo de trece países europeos. En lo que a mí respecta, seré el responsable de proporcionarle los cinco votos adicionales que necesita para ser elegido miembro permanente. A cambio de esos cinco votos, el embajador Faure respaldará al candidato que yo presente para sustituirle como miembro temporal. Tú, Christopher, serás mi candidato. Y eso le dará a Italia voz en el Consejo de Seguridad.

Christopher respiró hondo y sacudió atónito la cabeza.

—Pero ¿cómo puede prometer el voto de cinco países?

—Bueno, uno de esos votos será de Italia; para ser más exactos, será el tuyo —contestó Milner.

—¿Y los otros cuatro?

—Christopher, Alice y yo tenemos bastante influencia entre los miembros de la ONU. A mí, personalmente, son muchos los que me deben favores. En cuanto a Alice, bueno, digamos que hay mucha gente en Naciones Unidas que valora enormemente sus opiniones.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio, pero al llegar ante el número dos de la plaza de Naciones Unidas, donde se encuentra situada la misión italiana, enfrente de la sede de la ONU, el ex subsecretario Milner quiso tranquilizar a Christopher.

—Christopher, no sé cómo te sientes en este instante, pero no quiero que se te pase por la cabeza ni por un momento que hemos comprado el cargo. Son poquísimos

los países donde todavía puede comprarse y venderse el cargo de embajador. Todo lo contrario, tú has sido presentado al presidente italiano como el mejor candidato para el cargo y para Italia.

—Gracias, subsecretario. Me alegro de que así sea. Es sólo que todo esto me parece un sueño o una broma pesada.

Milner conocía a Christopher lo suficiente para saber que no necesitaba contestarle, pero Alice Bernley sí lo hizo.

—No es una broma, Christopher.

Al salir del coche, Christopher se acordó de algo.

—Se supone que tenía que encontrarme con Decker en su despacho.

—Yo le llamaré para decirle que te vas a retrasar un poco —se ofreció Milner.

—Sí, claro, gracias, se lo agradezco. Pero no es eso lo que me preocupa. Me pregunto cómo le voy a explicar el porqué de mi tardanza.



## SIMPLE ARITMÉTICA

TRES SEMANAS DESPUÉS. NUEVA YORK, NUEVA YORK

La embajadora Lee Yun-Mai de China abrió la sesión del pleno del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y dio la bienvenida a los nuevos miembros permanentes y temporales en nombre del Consejo. El cargo de presidente del Consejo de Seguridad rotaba mensualmente entre sus diez miembros principales y aunque era un puesto que carecía de atractivo, en ausencia de un secretario general, constituía el único punto de referencia para la prensa. La embajadora Lee era uno de los miembros más experimentados del Consejo. Había cumplido los setenta y, con más de treinta años de servicio diplomático a sus espaldas, podía presumir de haber trabajado para Naciones Unidas durante todo el mandato de Hansen, salvo durante un periodo de tres años. Deseaba, como el que más, reducir al máximo la espectacularidad del evento que se aproximaba, pero era prácticamente imposible que la elección del primer sucesor de Jon Hansen como secretario general se desarrollara sin ciertas dosis de dramatismo. La sesión se retransmitía en directo en buena parte del mundo, y se esperaba una audiencia total de quinientos millones de oyentes y espectadores. Dadas las circunstancias, era poco realista esperar que los miembros no recurrieran a la grandilocuencia y la ostentación.

El embajador italiano Christopher Goodman ocupaba silencioso su lugar en la mesa de media luna asignada al representante temporal de Europa ante el Consejo de Seguridad. Poco podía hacer sino observar; como miembro temporal no tenía poder para nominar, apoyar ni tampoco votar al nuevo secretario general. Los miembros como él podían participar en casi todos los debates abiertos, pero en el caso de la elección del secretario general no iba a haber debate, sólo nominaciones, apoyos y votos.

A falta de distracción, eran muchos los asuntos urgentes que tenía en mente. Los cálculos del ex subsecretario Milner sobre la India habían sido acertados; Nikhil Gandhi, el ex primer ministro indio había conseguido el cargo de representante permanente de la India y, tal y como se esperaba, Rajiv Advani intentaba ahora reemplazarle como primer ministro. Más acuciante aún era la hambruna en Pakistán y el norte de la India. La muerte de Hansen había paralizado casi por completo las tareas de ayuda. El sustituto de Christopher a la cabeza de la FAO, y el director ejecutivo del ECOSOC, Louis Colleta, hacían lo imposible con los recursos a su alcance, pero el asunto estaba en suspenso, a la espera de que fuera debatido en el Consejo de Seguridad. Aunque consiguiera entrar por fin en el pleno para su votación, sin el empuje de Hansen había pocas esperanzas de que las regiones productoras de alimentos aportaran la ayuda suficiente.

Poco podía hacer Christopher desde su posición. Como representante temporal de Europa, había sustituido a Faure en el cargo de presidente de la Organización Mundial para la Paz (OMP). Por su experiencia, habría sido más idóneo para ocupar el cargo del representante temporal encargado del ECOSOC, pero hacía dos años que lo ostentaba el embajador australiano. En la situación mundial del momento, el ECOSOC ofrecía mayor proyección pública, y el representante de Australia no estaba dispuesto a renunciar a su parcela de protagonismo.

Los campamentos de refugiados de Pakistán estaban cada vez más abarrotados, y quienes podían intentaban cruzar la frontera de la India. Muchos eran interceptados y repatriados a Pakistán por el grupo de Observadores Militares de las Naciones Unidas en la India y Pakistán (UNMOGIP), encargado de supervisar la frontera entre ambos países desde 1949. Pero con dos mil quinientos setenta y cinco kilómetros de frontera, la mitad de ellos transitables (la otra mitad se extendía a lo largo del desierto de Thar), el número de refugiados que conseguía entrar en la India superaba con creces la capacidad de contención de las fuerzas de la ONU.

El gobierno indio, tras lamentar la situación de los refugiados, había respondido a los intentos de entrada con el envío de tropas para proteger sus fronteras de la «invasión». La India también tenía que hacer frente a una hambruna y no deseaba más comensales en su exigua mesa. El ejército indio había hecho un esfuerzo de moderación hasta el momento, limitándose a escoltar a los refugiados de vuelta al otro lado de la frontera con serias advertencias. Se habían producido unos cuantos incidentes con disparos y golpes, pero eran los menos. Quedaba por ver si esta política de contención se mantendría bajo el mandato de Rajiv Advani. A pesar de los esfuerzos para detener la migración, el UNMOGIP calculaba que cientos de refugiados conseguían pasar la frontera a diario. Y era imposible calcular el tiempo que aguantaría el gobierno indio sin recurrir a una seria intervención militar.

Los refugiados que conseguían entrar en la India no tardaban en constatar la futilidad de sus esfuerzos. Aunque la escasez de alimentos no era tan grave como en Pakistán, era imposible comprarlos y casi imposible mendigar o robar. Ni siquiera con dinero; los comerciantes hindúes preferían vender lo poco que tenían a sus compatriotas, salvo cuando la oferta de una prima sustanciosa les convencía de lo contrario. A los problemas de los refugiados se sumaban las diferencias culturales y religiosas entre paquistaníes, en su mayoría musulmanes, e indios, predominantemente hindúes.

Desde el ECOSOC Christopher podría posiblemente haber echado una mano. Como presidente de la OMP, su labor consistía en evitar que los refugiados atravesaran en masa la frontera y minimizar así la necesidad de una intervención militar india.

La frontera entre Pakistán y la India era algo más que un punto de encuentro entre dos países y dos culturas diferentes. Demarcaba también el límite entre las regiones de India y Oriente Próximo establecidas por la ONU y separaba a musulmanes e

hindúes. Tercero en discordia era China, que comparte frontera con la India y Pakistán. Incluso con el alivio de las tensiones bajo el mandato de Hansen, el gobierno indio había apoyado de forma encubierta durante décadas a los seguidores budistas tibetanos del Dalai Lama, defensores de la independencia del Tibet. Mientras tanto, China había mantenido una relación de extrema proximidad con Pakistán.

Si ello no era suficiente para que Christopher se abstrajera de cuanto ocurría en el Consejo de Seguridad, había aún otro asunto que requería su atención. Su predecesor en la OMP, Albert Faure, había dejado mucho trabajo pendiente. Una de las tareas inacabadas era la firma de un tratado entre Naciones Unidas e Israel para ampliar la validez de varios acuerdos diplomáticos ya prescritos, asegurar el intercambio y la entrega segura de valijas diplomáticas y proporcionar inmunidad diplomática a los funcionarios de visita en el país. El tratado carecía de contenido militar, pero después de haber estado dos años y medio pasando de agencia en agencia porque nadie conseguía convencer a los israelíes de la conveniencia de que lo firmaran, alguien había decidido darle traslado a la OMP, dado que una de sus disposiciones más controvertidas era un acuerdo mutuo de no agresión.

Como fuere, el tratado estaba ahora sobre el tejado de Christopher y el éxito de la negociación con los israelíes constituía la primera prueba de fuego en la que el nuevo embajador habría de demostrar sus supuestas cualidades. Resultaba irónico que se necesitara semejante tratado, pero Israel —convertida en nación como resultado de una votación en la Asamblea General de la ONU— había renunciado a su condición de miembro debido a la reorganización del Consejo de Seguridad y era ya el único país del mundo que se negaba a pertenecer al organismo.

En lo que afectaba a los israelíes, los antiguos acuerdos con la ONU podían permanecer como estaban. No veían razón alguna para renegociar y eran reacios a abrirse a nuevas exigencias. La retirada israelí de la ONU había sido interpretada en un primer momento por sus vecinos árabes como una oportunidad para aislar a Israel del resto del mundo. Habían intentado interrumpir por completo y de forma inmediata todas las transacciones comerciales con Israel, pero era una tentativa condenada al fracaso desde el principio. En última instancia, la Asamblea General había aprobado una resolución y declaración de principios no vinculantes por las que se prohibía la venta de armas de alta tecnología a Israel, pero la resolución había tenido justamente el efecto contrario al deseado por los adversarios de Israel. Durante los siete primeros años posteriores a las guerras que Israel había mantenido con los Estados árabes y la Federación Rusa después, su arsenal defensivo lo componían principalmente los enormes depósitos de armas dejados atrás por los rusos. La mayor parte del armamento ruso era inferior a aquel del que Israel había dispuesto antes de la guerra, pero varias modificaciones lo habían hecho servible de nuevo. Desde entonces, mientras el presupuesto militar de casi todos los países sufría importantes recortes, Israel había incrementado de forma constante su gasto de defensa. Como resultado, y a pesar de las protestas de sus vecinos musulmanes, éstos carecían de una capacidad

real para atacar a Israel en el futuro próximo, e Israel podía permitirse ser algo autocomplaciente.

Albert Faure, que no había derrochado esfuerzos en el ejercicio de sus responsabilidades como presidente de la OMP, ni siquiera había intentado que Israel firmara el nuevo tratado. Todo parecía indicar que, al igual que en este caso, había descuidado o gestionado mal otro buen número de obligaciones. Lo que sí había hecho bien era cubrir determinados cargos de la administración de la OMP con amigos suyos.

Cumplidas las formalidades, la embajadora Lee dio paso a las nominaciones a secretario general. Uno de los legados menos democráticos previos a la reorganización del Consejo de Seguridad era el proceso de elección del secretario general, que requería la aprobación unánime del Consejo de Seguridad y el apoyo posterior de la totalidad de los votos de los miembros de la Asamblea General<sup>[56]</sup>. Bajo la presidencia del secretario general Hansen, este procedimiento no había salido a debate; durante los cinco años de su primer mandato, demostró una absoluta imparcialidad con todas las regiones, la suya incluida. Al término de cada uno de los dos primeros mandatos, Hansen había vuelto a ser nominado por el Consejo de Seguridad y aprobado por la Asamblea General. Y la mayoría daba por sentado que repetiría al final del tercer mandato. Su muerte había obligado al Consejo de Seguridad a hacer frente al espinoso problema de dar con un candidato que satisficiera a los diez miembros permanentes. La desaprobación por parte de cualquiera de ellos vetaría la nominación. El resultado final era que todos sabían antes de empezar que en esta sesión no se iba a llegar a un consenso sobre la selección de un candidato.

La presidencia dio primero la palabra al embajador Yuri Kruszkegin, de la República de Khakasia, representante del Norte de Asia. Tras la devastación de la Federación Rusa, Kruszkegin había abandonado su cargo en la ONU para contribuir a formar el nuevo gobierno de su provincia natal, Khakasia, pero había regresado al organismo cinco años después. Su elección como representante del Norte de Asia en el Consejo de Seguridad había recibido el apoyo unánime de los miembros de esta región. Kruszkegin se puso en pie y nominó al embajador Tanaka de Japón, representante de la región Cuenca del Pacífico. Japón había participado activamente con todo su apoyo en la reconstrucción de los países del Norte de Asia tras la guerra con Israel. Incluso antes de que Naciones Unidas votara a favor de la desaparición de las fronteras comerciales, Japón había eliminado muchas de las trabas que impedían el libre comercio entre su país y las naciones del Norte de Asia. Esta política había sido crucial para la reconstrucción de la región y Kruszkegin saldaba así la deuda contraída. Su nominación fue secundada por el embajador francés Albert Faure, representante de Europa. Las razones de su apoyo al candidato japonés no estaban nada claras, pero la mayoría de los observadores opinaba que Faure buscaba algo a cambio.

La presidencia abrió el turno para la presentación de nuevos candidatos y pasó a dar la palabra al embajador de Ecuador, representante de Suramérica, quien nominó a Jackson Clark, embajador de Estados Unidos. La nominación fue secundada por el embajador indio Nikhil Gandhi, de formación americana. Aunque esta nominación entraba dentro de las apuestas de casi todos los observadores, nadie adivinaba cómo iba a resultar. Clark había renunciado recientemente a la presidencia de Estados Unidos a fin de reemplazar a Walter Bishop, fallecido junto a Hansen en el accidente. Sus razones eran más que evidentes; quería ser secretario general. Se esperaba que el representante permanente de Norteamérica, el canadiense Howell, que a pesar de su enfermedad postergaba su dimisión, fuera quien otorgara un tercer voto a la candidatura de su vecino del sur.

Para la tercera ronda de presentación de nominaciones, la presidencia dio la palabra al embajador Ngordon, del Chad, representante de África occidental, que nombró al embajador Fahd, de Arabia Saudí, como su candidato. Dicha candidatura fue apoyada a continuación por el embajador de Tanzania, representante de África Oriental. Esta coalición entre las dos regiones africanas respondía claramente a razones de proximidad y creencias religiosas comunes.

El voto no podía estar más dividido. Puesto que ningún miembro podía hacer efectiva su candidatura sin el apoyo de dos regiones como mínimo, y ninguna región podía nominar ni apoyar a nadie de su propia región, tres era el número máximo posible de nominaciones. Sólo China se abstuvo; el resto de miembros hizo efectivo su voto. Quienquiera que fuere el finalmente elegido, necesitaría la aprobación de las diez regiones, unanimidad que, por lo pronto, no parecía fuera a alcanzarse de manera inminente. De momento habría que seguir trabajando.

#### JERUSALÉN, ISRAEL

Scott Rosen estaba sumido en sus pensamientos cuando cruzó el abarrotado patio exterior que rodeaba el edificio recientemente reconstruido del Templo judío. Como en el pasado, este espacio de planta prácticamente cuadrangular, llamado Patio de los Gentiles, constituía la zona más próxima a los espacios sagrados del Templo a la que los no judíos tenían autorizado acercarse. Y no había lugar donde ello fuera más evidente que en la columnata porticada que rodeaba el perímetro del patio. Allí, en una maraña de puestos y tenderetes destartalados, los cambistas del Templo regateaban con los fieles el tipo de cambio para convertir diferentes divisas al nuevo shekel, la única moneda aceptada para las ofrendas del Templo. Muy cerca, los mercaderes vendían pichones, palomas, corderos, carneros y toros para los sacrificios.

Scott hizo caso omiso a la cacofonía. No podía evitar pensar en la conversación que había mantenido la víspera. El día no podía haber empezado mejor. El tiempo era muy agradable y apenas había tráfico. La reunión que tanto había querido evitar y

para la que no estaba preparado se pospuso indefinidamente. El tiempo extra lo había dedicado a un asunto de gran importancia e interés y en dos horas había logrado dar con la solución a un serio problema que hasta ahora todos habían pensado irresoluble. Con el correo de la mañana había llegado un cheque atrasado por el alquiler de la casa que había pertenecido a sus padres. Sol, el propietario del colmado *kósher* que frecuentaba, había añadido una cucharada extra de atún a su sándwich y le había servido el pepinillo más grande que Scott había visto jamás.

Y entonces el día empezó a agriarse.

Sol se acercó a hablar con él mientras comía y Scott le invitó a sentarse. Todo había empezado de manera muy inocente. Hablaron de política y de la subida de los precios; de religión y de los últimos cotilleos del barrio del Templo, nada de lo que no hubiesen discutido antes y sobre lo que casi siempre estaban de acuerdo. Entonces Sol le comentó que había estado leyendo en su Biblia el noveno capítulo del libro de Daniel.

«¡La profecía al final del capítulo dice que el Mesías debía llegar antes de la destrucción del segundo Templo! —dijo Sol—. ¡Eso ocurrió en el 70 E. C.<sup>[57]</sup>, así que tiene que haber llegado ya!»

«¡Eso es absurdo, Sol! —le corrigió él con tono cortante—. Si el Mesías hubiese llegado, lo habríamos sabido, seguro.»

Pero Sol no se dio por vencido.

«De acuerdo con la profecía de Daniel, el Mesías debía llegar cuatrocientos ochenta y tres años después de decretarse la reconstrucción de Jerusalén, cuando la ciudad fue destruida por los babilonios. Si nos basamos en el capítulo séptimo de Esdras<sup>[58]</sup>, podemos fechar ese decreto en el 457 a. C. E.<sup>[59]</sup> Y si tenemos en cuenta que no hubo un año cero, ¡significa que el Mesías vino el año 27 E. C.!» Sol sacó entonces una calculadora para demostrar a Scott sus cálculos, pero él le detuvo.

«Sol, lo que haces es muy grave. Lo prohíbe el Talmud.»

«¿Cómo?», le preguntó Sol sorprendido.

«Calcular la llegada del Mesías a partir del noveno capítulo de Daniel está prohibido», contestó él, tajante.

«Pero...»

«En el Talmud, el rabino Jochanan maldice a todo aquel que calcule la llegada del Mesías a partir de las profecías de Daniel», le aclaró él<sup>[60]</sup>.

Sol recapacitó un momento, y él, que había dado por zanjado el tema, le dio otro bocado al sándwich. Aprovechando que tenía la boca llena, Sol retomó la conversación.

«Pero no puede ser —dijo para mortificación de Scott, a quien empezaba a amargarle la comida—, ¿por qué no iba a querer el Talmud que supiéramos cuándo iba a venir el Mesías según Daniel?»

Scott tragó con esfuerzo.

«Sol, las profecías no son fáciles de interpretar. No se puede sacar una

calculadora sin más y deducir con ella el significado de una profecía.»

«¿Por qué no? Eso es lo que hizo Daniel para interpretar el anuncio del profeta Jeremías. Así aparece también en el capítulo noveno del libro de Daniel, el mismo en el que hace la profecía sobre la venida del Mesías. Es evidente que Daniel no tenía una calculadora, pero todo se reduce a simple aritmética.»

«Mira, Sol, estás hablando de cosas que no entiendes.»

Pero Sol no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

«Pero ¿no lo ves, Scott? Si el Mesías vino en el 27 E. C., no le reconocimos. ¿No lo entiendes? ¡El 27 E. C.! ¡Sólo hay una persona que encaja con la descripción!»

«¡Ya está bien, Sol! No sé en qué estarás pensando, pero te equivocas, y no quiero oír hablar más de ello. Si temes a *HaShem*, ya puedes ir mañana al Templo a implorar su perdón con una ofrenda.»

Scott, por siempre devoto, empleó la voz ortodoxa para Dios, *HaShem*, que significa «el nombre», en lugar de *Yahweh* o *Dios*, para evitar pronunciar una blasfemia.

Sol no volvió a pronunciar palabra, pero era evidente que no sentía haber cometido falta alguna como para hacer una ofrenda en el Templo. Scott cogió lo que quedaba de sándwich y el pepinillo y se fue. «Sol no sabe de lo que habla —pensó—. Si hace algo parecido con sus otros clientes, perderá el negocio.»

\* \* \*

Al bajar la ancha escalinata que descendía desde el exterior del Templo a la calle, una voz que le llamaba distrajo a Scott de sus pensamientos. Al dirigir la mirada hacia el lugar de donde provenía, divisó un grupo numeroso de turistas, reconocibles por sus cámaras de fotos y kipás de papel, así que supuso que era a otro Scott al que llamaban.

«Scott», llamó de nuevo la voz, pero esta vez localizó al emisor acercándose a él a grandes zancadas.

—Joel —dijo él, saludando a su amigo y colega profesional de tantos años. Joel Felsberg había formado parte del equipo de Scott quince años atrás, durante la invasión rusa—. ¿Qué te trae al Templo?

A diferencia de Scott Rosen, Joel Felsberg nunca había dedicado demasiado tiempo a la religión. Y sólo acudía al Templo para acompañar a parientes o amigos venidos desde Estados Unidos de visita.

—Scott —le llamó de nuevo Joel, casi sin respiración e ignorando su pregunta—. ¡Le he encontrado! Es decir, él me ha encontrado.

—Tranquilízate, Joel —dijo Scott—. ¿A quién has encontrado? ¿De qué hablas?

Joel, de constitución normal y algo por debajo del metro setenta de estatura, se acercó al enorme Scott Rosen y susurró:

—Al Mesías.

Scott Rosen miró rápidamente a su alrededor para comprobar si alguien más escuchaba, agarró a Joel del brazo y echó a andar precipitadamente cuesta abajo, atravesando otro grupo de turistas que ascendía el monte del Templo.

—¡Calla! —le advirtió a Joel mientras tiraba de él.

Una vez en el aparcamiento, unos ciento cincuenta metros más adelante, Scott se detuvo junto a su furgoneta y antes de hablar se cercioró de que nadie les escuchaba.

—¡¿Te has vuelto loco?! ¡No bromees con estas cosas, y menos en la escalinata del Templo! Puede que tú no te tomes en serio ni tu religión ni tu herencia, pero otros sí lo hacemos. Si llega a oírte alguien...

—Te equivocas, Scott. No bromeo. He visto al Mesías. Le he visto —interrumpió Joel.

—¡Calla, Joel! No has visto a nadie, así que ¡cierra la boca!

—Pero...

—¡Cierra la boca! —repitió Scott agarrando esta vez a Joel de la camisa y alzando su puño delante del rostro de su amigo. Joel enmudeció, pero la mirada de Scott seguía llena de ira. Scott bajó el puño y aflojó la mano con la que le agarraba—. Pero ¿os habéis vuelto todos locos? ¡Primero Sol y ahora tú!

—Pero... —dijo Joel de nuevo. Esta vez, Scott le agarró de la camisa con las dos manos, lo elevó hasta que estuvo de puntillas y lo atrajo hacia sí, para poder mirarle directamente a los ojos.

—Si vuelves a decir una sola palabra —le dijo entre dientes—, te juro por el Templo de *HaShem* que te... —Scott se contuvo. Jurar por el Templo era algo muy serio, casi tanto como jurar en nombre de Dios; no había juramento más grave o vinculante, y por lo tanto, no era algo que debiera hacerse con ira o precipitación. Scott abrió los puños y empujó a Joel, que se tambaleó hacia atrás y chocó contra el lateral del coche—. Anda, vete y no vuelvas hasta que no estés en tus cabales.

Joel se recompuso y miró a Scott a los ojos con una sinceridad que ni siquiera Scott podía poner en duda.

—Le he visto, de verdad —insistió.

No había nada que hacer. Scott se sentía incapaz de pegar a su viejo amigo. Era demasiado lo que habían pasado juntos. Quince años atrás habían luchado por Israel uno al lado del otro desde aquel bunker del subsuelo de Tel Aviv. Habían sido héroes juntos. A Scott no le quedaba más remedio que formular la pregunta más obvia.

—¡¿Dónde?! ¿Dónde le has visto? —le interpeló, resignándose por fin a mantener aquella conversación.

—En un sueño.

Por un instante, Scott se le quedó mirando, atónito. Joel sabía desde el primer momento lo endeble que iba a sonar su respuesta, pero era la única que podía dar, y en su fuero interno sabía también que era lo que Dios quería que dijera.

—Y viene a establecer su reino —añadió Joel por fin.

De pronto, la ira de Scott se transformó en preocupación. Había sido un error



comportarse con tanta brutalidad. Era obvio que Joel deliraba. Scott también soñaba de vez en cuando cosas que parecían reales incluso una vez despierto. Al parecer, Joel no diferenciaba sueño de realidad.

—Joel —dijo condescendiente—. No ha sido más que un sueño.

—Pero fue algo más.

—Lo sé, Joel —dijo Scott en su tono más consolador—. Debió de parecerte muy real, pero no fue más que un sueño.

—No, Scott. ¿No te das cuenta? Todos estos años he estado equivocado. Y tú también.

La conversación estaba tomando un rumbo inesperado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Scott.

—Todo este tiempo hemos estado equivocados. Mi hermana Rhoda y su rabino tenían razón. ¿No lo ves, Scott? ¡Yeshua sí que es el Mesías! —Y para asegurarse de que Scott captaba el pleno significado de sus palabras, empleó la otra versión del nombre—: ¡Jesús es el Mesías!

Fue la gota que colmó el vaso. La mirada de Scott Rosen se nubló de rabia. Poco le importaba que Joel delirase o no, el asunto había llegado demasiado lejos. Agarró a su amigo por los hombros y lo zarandeó.

—Tú y ese rabino traidor, vosotros, *meshummadim* —dijo empleando la voz *traidores* en hebreo, antes de arrojar a Joel violentamente contra el suelo. La muñeca izquierda y el pulgar de Joel chasquearon al intentar parar la caída.

—¡No te conozco! —gritó Scott—. ¡Nunca te he conocido! ¡Para mí estás muerto! ¡Jamás has existido! ¡No vuelvas a dirigirme la palabra, si lo haces, te mataré!

Scott subió a la furgoneta, arrancó y se alejó, dejando a Joel solo con sus heridas.

## OFRENDA

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Alice Bernley y Robert Milner paseaban tranquilamente junto al imponente muro cubierto de hiedra del Raoul Wallenberg Walk y nadie hubiera adivinado por su lento caminar la excitación que sentían al comentar los sucesos de las últimas semanas.

—Siento que las piezas van encajando —dijo Alice—. Creo que, aunque no estuviera aquí, lo sentiría igual. Lo sabría —dijo transcurridos unos instantes—, aunque estuviera en la luna, lo sabría.

Milner sonrió. Ni por un momento habría dudado de su intuición. También él se sentía del mismo modo.

—He recibido llamadas de teléfono, cartas, correos electrónicos y faxes de todos los rincones del mundo. La gente percibe que estamos a un paso de la Nueva Era —continuó Bernley.

—Sí, pero también me preocupa. Me temo que hay a quienes les gustaría acelerar su advenimiento. No lo podemos permitir.

—¿No habrá nadie que sepa lo de Christopher? —preguntó ella. Su voz denotaba honda preocupación.

—No. Por lo menos, que yo sepa. Si nuestros amigos del Consejo de Seguridad lo supieran, intentarían nombrarle secretario general al instante —Milner hablaba ahora hipotéticamente, pero Bernley se tomó sus palabras muy en serio.

—No podemos permitir que eso ocurra —dijo.

—No, por supuesto que no. No ha llegado el momento. No, no creo que nadie sepa lo de Christopher. No todavía. Pero muchos, obviamente, están al corriente de que tú y yo sabemos algo.

—Sí —dijo Bernley recuperando su entusiasmo—. He recibido llamadas de personas y grupos de gente de los que jamás había oído hablar. Todos desean saber qué es lo que deben hacer.

—¿Y qué les dices?

—Que se organicen, que incorporen nuevos adeptos, que extiendan la palabra de que la llegada de la Nueva Era está cerca. Y que sean pacientes.

—Buen consejo.

En el paseo, algo más adelante, se había detenido un hombre alto y delgado de pelo cano, con traje de corte europeo. Le flanqueaban otros dos de constitución corpulenta, que fácilmente le doblaban en peso. Los ojos de los dos hombretones se ocultaban detrás de sendas gafas de sol, pero el hombre delgado miraba hacia ellos directamente. De no haber estado tan ensimismados en su conversación, Milner y Bernley se habrían percatado de su presencia mucho antes. Entre los tres casi

bloqueaban la totalidad de la acera. Su aspecto no era amenazante, pero exhibían un aire muy resuelto.

—¿Subsecretario Milner? —preguntó el hombre delgado.

—Sí.

—¿Señora Alice Bernley?

—Sí.

—Tengo una carta para ustedes —dijo el hombre al tiempo que entregaba un sobre a Bernley. Sólo había pronunciado un puñado de palabras, pero Milner, que había viajado por medio mundo, reconoció de inmediato aquel acento. Cualquiera habría detectado la cadencia francesa, pero había mucho más. Era más áspero, más gutural que el auténtico acento francés. Tenía mucho de alemán también. Resultaba evidente que aquel hombre era natural de Alsacia-Lorena, la región francesa que entre 1870 y 1945 cambió de manos cinco veces entre franceses y alemanes. Aunque no estaba seguro, Milner pensó que sólo podía haber un asunto que trajera a este hombre de Alsacia-Lorena al parque en el que estaban.

Bernley abrió el sobre y comenzó a leer la carta que extrajo de su interior.

—¡Bob, mira! —dijo levantando la carta para facilitarle la lectura mientras ella continuaba leyendo.

Milner leyó. Era lo que sospechaba, pero resultaba trascendental no mostrarse demasiado ansioso. Las primeras impresiones pueden ser fatales.

—Por favor, traslade al remitente nuestro agradecimiento —dijo Milner tan pronto se hubo asegurado del contenido de la carta, aunque sin acabar de leerla del todo. Sabía que Alice se excitaba con facilidad y quería ser el primero en hablar.

—¿Aceptan el paquete? —preguntó el hombre delgado.

—Sí —contestó Milner con serenidad.

—Sí, por supuesto que lo haremos —dijo Bernley en un tono mucho más animado—. Será un auténtico placer... —Por el rabillo del ojo captó la turbación de Milner y dejó caer la frase. Había reconocido de inmediato la mirada que éste ponía siempre que ella se sobreexcitaba. No es que él no compartiera su emoción, pero había ocasiones en las que no era prudente exhibirla.

—¿Dónde desean que se haga la entrega?

Milner pensó con rapidez y contestó ofreciendo la dirección más obvia.

—En el Lucius Trust, en la plaza de Naciones Un... —Milner se detuvo en seco. Era absurdo que cruzara el Atlántico para luego enviarlo de regreso hasta su destino final—. No —dijo—. Envíen la entrega a la embajada de Italia en Tel Aviv.

—Necesitaremos que nos ayuden con los trámites de la aduana —dijo el hombre.

—Por supuesto —contestó Milner.

—La entrega se realizará aproximadamente dentro de una semana, si les parece conveniente.

—Sí, me parece bien —dijo Milner.

El hombre metió la mano en su bolsillo y extrajo un llavero de anilla con cuatro

llaves.

—Van a necesitarlas —dijo sin más explicación—. Señora Bernley. Subsecretario Milner. —Asintió en señal de despedida, y sin más palabra, los tres hombres dieron media vuelta y se fueron. Milner examinó entonces la carta con más detenimiento.

«Consideramos que determinado objeto, en nuestro poder desde hace años, podría resultarles útil en la empresa que les ocupa. Si así lo desean, estaremos muy complacidos en entregarles dicho objeto para que lo empleen a su discreción.»

La carta pasaba a ofrecer a continuación los pormenores de la entrega del objeto y recalca las precauciones a tomar en su transporte y manejo, que el remitente daba por hecho conocerían ellos ya.

Bernley estaba en lo cierto, las piezas iban encajando.

—Sabía que se pondrían en contacto con nosotros —dijo Milner—. Era cuestión de tiempo.

#### TIVIARIUS, ISRAEL

—Y bien, ¿de qué es de lo que querías que habláramos? —preguntó el rabino Eleazar Ben David a Scott Rosen mientras tomaba asiento en su butaca preferida. La luz en el despacho del rabino era algo tenue para el gusto de Scott; una de las bombillas estaba apagada y la única ventana de la habitación por la que podría haber entrado algo de luz natural permanecía oculta detrás de una librería abarrotada, que se extendía por el resto de las paredes. Aquélla era una biblioteca impresionante, con algunos de los libros en cada una de las tres lenguas que el rabino hablaba con soltura.

—Me preocupa Joel —empezó Scott.

—¿Joel Felsberg? —le interrumpió el rabino Ben David.

—Sí —le confirmó Scott.

—No veo a Joel desde la última vez que fuimos los tres juntos a escuchar a la Sinfónica de Jerusalén. ¿Cómo está? ¿Le ocurre algo?

—Por eso estoy aquí. Ayer vino al Templo a buscarme. Llegó corriendo y agitando los brazos —exageró Scott— y gritaba: «¡Le he encontrado! ¡Le he encontrado!». Le pedí que se tranquilizara y luego le pregunté a qué se refería, y entonces me dijo que había visto al Mesías.

Al escuchar esto, el rabino levantó una ceja, pero su reacción transmitía más introspección que alarma. La expresión del rabino dio a Scott la impresión de que éste no le había estado escuchando.

—¿Rabí? —le dijo buscando la confirmación de que éste le escuchaba.

—¿El Mesías? —preguntó pasado un instante.

—Sí.

—Y ¿te dijo dónde lo había visto?

—En un sueño, pero está convencido de que fue algo más que eso. Supongo que

cree que tuvo una visión o algo así.

—Hmm... —murmuró el rabino con el mismo aire pensativo. Permaneció en silencio unos segundos y luego preguntó—: ¿Podemos estar seguros de que no fue así?

—Sí. Absolutamente.

—¿Por qué? —preguntó el rabino.

Scott frunció el ceño, molesto por tener que contestar.

—Sólo decirlo me incomoda —dijo. El rabino Ben David esperaba—. Al parecer, lo que vio en el sueño le ha convencido de que Jesús o «Yeshua», así le llamó, es el Mesías.

El rabino levantó esta vez las dos cejas y sacó hacia afuera el labio inferior. Estaba visiblemente sorprendido, pero no mostraba señas de disgusto. Scott había esperado una reacción más enérgica, por lo menos más rápida. El rabino parecía totalmente abstraído. Otro le habría preguntado en qué pensaba, pero no era el caso de Scott. Él nunca había mostrado interés hacia los demás, no abiertamente. Prefería una habitación llena de ordenadores que una llena de gente. Su sola presencia en el despacho del rabino, para expresar su preocupación por Joel Felsberg, era prueba de la profunda amistad que les unía.

—Bueno, entonces, ¿qué hago? —preguntó Scott gesticulando con las manos en un intento por atraer de nuevo la atención del rabino hacia el asunto que les ocupaba.

—¿Qué haces con qué?

—Con Joel —dijo Scott sin dejar de mover las manos, esta vez a causa de su frustración.

—No creo que haya nada que puedas hacer. Si sólo ha sido un sueño, lo superará. Ten paciencia.

—¿Qué quiere decir con eso de si sólo ha sido un sueño? —preguntó incrédulo.

El rabino se echó hacia adelante en su butaca.

—Bueno, es curioso que haya tenido ese sueño justo ahora. —Scott seguía demasiado sorprendido para caer en la cuenta de que el rabino ya no parecía sumido en sus pensamientos—. Recientemente he topado con un interesante pasaje en mis estudios. Permíteme que te lo lea. —El rabino cogió de la mesita que había junto a su butaca las gafas de cerca y un libro, abrió este último por una página marcada y leyó:

*¿Quién hubiera creído lo oído por nosotros (dicen los pueblos)?,*

*¿a quién ha sido revelado el brazo del Señor?*

*Pues crecía (Israel en la diáspora) delante de Él como una planta tierna, y como una raíz en tierra seca; no tenía forma ni hermosura, para que le mirásemos, ni tenía buen parecer, para que nos complaciésemos de él.*

*Despreciado y desechado de los hombres; varón de dolores, y que sabe de padecimientos, y como uno de quien se aparta la vista, despreciado fue, y no hicimos aprecio de él.*

*Ciertamente él ha llevado nuestros padecimientos, y con nuestros dolores él*

*se cargó; mas nosotros le reputamos como herido, castigado de Dios y afligido.*

*Pero fue traspasado por causa de nuestras transgresiones, quebrantado por causa de nuestras iniquidades; el castigo que caía sobre él nos traía la paz, y en sus llagas veíamos nuestra curación.*

*Nosotros todos, como ovejas, nos hemos extraviado; nos hemos apartado cada cual por su propio camino; y el Señor carga sobre Él la iniquidad de todos nosotros*<sup>[61]</sup>.

—Rabí —le interrumpió Scott—, ¿por qué me lee esto?

—Tú escucha —le contestó el rabino. Scott no entendía por qué un rabino habría de leer lo que obviamente correspondía a un pasaje del Nuevo Testamento cristiano, pero le tenía demasiado respeto como para expresar su reparo. El rabino continuó:

*Era oprimido, pero él mismo se humillaba y no abría su boca como cordero que era conducido al matadero; y como es muda la oveja delante de los que la esquilan, así él no abría su boca.*

*Fue apartado del poder y del derecho; y en cuanto a los de su generación (dice cada pueblo): «¿Quién pensaba que fue cortado de la tierra de los vivientes y que la desgracia lo alcanzó por la transgresión de los pueblos?».*

*Y pusieron su sepulcro con los inicuos y los malhechores en su muerte, aunque no hizo violencia, ni hubo engaño en su boca.*

*Mas el Señor quiso quebrantarlo con enfermedades (para ver), si hiciere su vida ofrenda por el pecado, entonces verá linaje y prolongará sus días, y el placer del Señor prosperará en su mano.*

*Verá el fruto del trabajo de su alma, y quedará satisfecho con su ciencia. Mi justo siervo (el pueblo de Israel) justificará a muchos; pues que él mismo cargará con las iniquidades de ellos.*

*Por tanto Yo le daré porción con los grandes, y con los poderosos repartirá los despojos; por cuanto derramó su alma hasta la muerte, y con los transgresores fue contado; y él mismo llevó el pecado de muchos, y por los transgresores oraba*<sup>[62]</sup>.

Scott no estaba seguro de si el rabino había terminado, pero no deseaba escuchar más.

—¿Por qué me ha leído esto? —preguntó.

—¿Qué opinas? —le interrogó el rabino a su vez, ignorando la pregunta de Scott por el momento.

—Creo que los escritores cristianos hacen mal en imitar el estilo de los profetas judíos.

El rabino esbozó una amplia sonrisa. No era exactamente la respuesta que esperaba oír pero le servía de todas formas.

—Y ¿por qué asumes que estas Escrituras son cristianas?

Scott seguía sin adivinar las intenciones del rabino, pero aquel método de enseñanza basado en preguntas y respuestas le recordó a los días en que asistía a la escuela hebrea. «Será su método para llegar a alguna conclusión final sobre el delirio de Joel», pensó.

—Bueno —contestó Scott como si estuviese en clase—, por dos razones. La primera es que quien escribe es obvio que se refiere a Jesús, con todo eso que dice sobre que fue traspasado por nuestras transgresiones y quebrantado por nuestras iniquidades. Ésa es una creencia cristiana, que Jesús se sacrificó para el perdón de los pecados de la humanidad. Es evidente que se trata de uno de los pasajes de las Escrituras cristianas en los que se intenta convencer al lector de que Jesús fue el Mesías.

—¿Es eso lo que dice? —preguntó el rabino antes de que Scott pudiera continuar con la segunda razón.

—Por supuesto. Es evidente. No puede ser otra cosa.

—¿Y la segunda razón?

—La segunda —dijo Scott— es que nunca antes había escuchado ni leído este pasaje. Si perteneciera a los libros de los profetas, lo habría escuchado leer en la sinagoga.

El rabino Ben David se inclinó hacia adelante y entregó el libro todavía abierto a Scott. Luego se arrellanó en la butaca, cruzó las manos sobre el vientre y resopló con fuerza a través de su espesa barba gris. Scott dio enseguida con el pasaje; estaba claramente marcado. Entonces miró el encabezamiento de la página, y allí pudo leer «Isaías».

De repente su mirada se turbó de ira.

—¿Es que no tenían suficiente con añadir sus escrituras al final de nuestra Biblia con su llamado «Nuevo» Testamento —rugió—, para dedicarse ahora a insertar sus mentiras en el texto mismo del Tanaj? ¿Dónde ha comprado esto, rabino? ¡Debemos detenerles antes de que engañen a más gente!

—Como ves —dijo el rabino pasando las hojas hasta la del título—, la traducción es fiel al texto masorético y está publicada por The Jewish Publication Society of America<sup>[63]</sup>. Lo que te he leído también está en tu Biblia, Scott. Puedes comprobarlo en casa.

—No puede ser. La mía me la dio mi abuelo. Los cristianos no pueden haber...

—Scott, son las palabras del profeta Isaías.

Los ojos de Scott se abrieron de par en par, atónitos.

—Pero ¿por qué no las conocía de antes?

—Porque este pasaje nunca se lee en la sinagoga. No aparece en ninguna antología rabínica de lecturas para ser leídas en la sinagoga el día del sabbat. Siempre se obvia.

—Y ¿a quién puede estar refiriéndose el profeta?

La mirada escudriñadora del rabino instó a Scott a contestar su propia pregunta.

—Pero no puede ser. El profeta estará hablando en sentido alegórico.

—Tal vez. En la escuela rabínica, cuando era joven y me creía todo lo que me contaban, estudiamos este pasaje brevemente y nos enseñaron que Isaías se refería alegóricamente a Israel. Pero ¿si el masculino singular «él» de la profecía simboliza a Israel, entonces quiénes son «nosotros»? Está claro que se habla de dos entes distintos. Y si «él» es Israel, entonces de quiénes son los pecados, las iniquidades, que hemos cargado sobre nosotros? ¿Quién vio su curación en nuestras llagas?

»Fue cortado de la tierra de los vivientes y la desgracia lo alcanzó por la transgresión de los pueblos —continuó el rabino, recitando un versículo de texto que acababa de leer—. ¿No es acaso Israel el pueblo de Dios? Y si lo es, y “él” fue cortado de la tierra de los vivientes por nuestra transgresión, entonces ¿quién es “él”? —El rabino Ben David frunció el ceño y concluyó—: Esto nos lleva de nuevo al principio, ¿a quién se refiere el profeta?

—Pero ¿qué hay de lo de que murió por enfermedades? Se supone que Jesús fue crucificado —dijo Scott.

—En realidad —contestó el rabino— la elección de esa palabra se debe a una traducción muy selectiva. Lo puedes ver aquí mismo —dijo apuntando a la nota del editor que aparecía al pie de la página<sup>[64]</sup> de la que acababa de leer—, el significado original en hebreo no está claro. «Enfermedades» es una posibilidad entre muchas. Pero aparte de eso, el mensaje del profeta es cristalino.

Scott no contestó.

El rabino suspiró.

—He ahí el porqué de mi ensimismamiento —dijo—, y el porqué de que encuentre tan curioso el sueño de Joel o por lo menos el momento en que se ha producido. Verás, el caso es que fue un sueño lo que me llevó recientemente a leer ese extracto de Isaías. No es que fuera tan revelador como el descrito por Joel. Ni siquiera estoy seguro de haber estado dormido. Pero oí una voz que me llamaba y me decía que leyera el capítulo 53 de Isaías. Su lectura me sorprendió tanto como a ti. No entendía cómo podía haber ignorado durante tanto tiempo lo que tú acabas de decir que resulta tan obvio; tan asombrosa similitud no puede atribuirse sencillamente a una alegoría. Si existe una profecía que se haya cumplido con mayor exactitud, ésta... —El rabino se retrajo de continuar la frase—: Bueno —siguió—, esto me crea un dilema. Como has dicho, resulta evidente a quién parece referirse el profeta, y con todo soy incapaz de admitirlo. Pero —dijo haciendo una pausa— tampoco puedo negarlo.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

El Consejo de Seguridad abrió la sesión a fin de evaluar los avances logrados para alcanzar un acuerdo definitivo sobre la elección del nuevo secretario general. Todavía quedaba mucho camino por recorrer, pero se habían dado algunos pasos para su



consecución. El primer cambio notable era la retirada de la candidatura del embajador de Arabia Saudí. Enseguida había quedado patente que determinados representantes regionales, el de la India por ejemplo, no iban a votar jamás a un musulmán como secretario general y puesto que la elección tenía que ser unánime, el embajador saudí se había retirado voluntariamente. Al hacerlo, dejó claro que quienquiera que fuera el elegido final, éste debería pagar un precio por el espíritu de compromiso y cooperación que con este gesto mostraba la región musulmana. Los representantes de África oriental y África occidental que habían secundado su candidatura fueron entonces abordados por los embajadores americano y japonés para que apoyaran sus candidaturas, pero ambos se mostraban reticentes a ponerse del lado de ninguno de los dos.

Tras horas de deliberaciones nocturnas entre los partidarios del embajador japonés Tanaka y los africanos, el embajador francés Albert Faure, cada vez más asentado en el papel de mediador imparcial, preguntó al representante de África occidental a qué candidato podría ofrecer su voto. Los representantes africanos se encerraron a tratar el asunto en privado y una hora después contestaron que apoyarían al representante del Norte de Asia, el embajador Yuri Kruszkegin. Faure pasó la información y a la mañana siguiente Tanaka se retiraba y ofrecía su voto a Kruszkegin.

Mientras tanto, el saudí, representante de Oriente Próximo, había no obstante decidido apoyar al embajador Clark de Estados Unidos. Así, cuando la votación fue de nuevo aplazada en el Consejo de Seguridad, lo hacía con cinco votos a favor de Kruszkegin, cuatro a favor del americano Clark y una abstención de China. En consecuencia, la elección quedaba postergada siete días más.

#### DIEZ DÍAS DESPUÉS. JERUSALÉN, ISRAEL

La larga limusina negra del embajador italiano en Israel, Paulo D'Agostino, dejó atrás las barreras de seguridad y se detuvo delante de la entrada principal de la Kneset israelí. Acompañaban a D'Agostino Christopher Goodman, Robert Milner y la invitada de Milner, Alice Bernley. Un camión blindado del cuerpo de seguridad de la embajada seguía de cerca a la limusina cargado con un enorme embalaje de madera que recientemente había llegado a la embajada procedente del departamento francés de Alsacia-Lorena.

Dentro del edificio de la Kneset, acababan de hacer su entrada en el despacho del primer ministro el sumo sacerdote de Israel Chaim Levin y dos levitas, que intercambiaban cortesías con el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores mientras aguardaban la llegada de sus invitados.

—Le agradezco encarecidamente que haya venido, rabí —le dijo el primer ministro al sumo sacerdote.

—Siempre es un placer servir a Israel —contestó el sacerdote, natural de Nueva

York—. Pero, dígame, ¿todavía no le han dicho por qué era tan importante que atendiera a esta reunión? Y ¿por qué, con tantos días como hay, tenía que ser precisamente hoy?

—No, rabí. La reunión tiene como propósito brindar al nuevo embajador italiano ante Naciones Unidas la oportunidad de presentar sus argumentos para renegociar nuestro tratado con la ONU; asunto que en nada le concierne ni a usted ni tampoco a mí, realmente. El tratado anterior ha vencido y, aunque he de reconocer que tiene sus fallos, soy reacio a aceptar cualquier tipo de nueva negociación. Lo cierto es que habría declinado el ofrecimiento de mantener esta reunión desde el principio si no es porque me fue propuesta por el ex subsecretario general Milner, un hombre de cierta influencia y bien relacionado con el mundo de la banca en Estados Unidos. En cuanto a la razón de que le hayan invitado a usted y el porqué de la fecha, lo ignoro. Sólo me dijo que traían algo que le iba a interesar.

\* \* \*

La reunión no tardó en dar comienzo y Christopher procedió a dirigirse a los presentes. Alice Bernley era la única mujer en la sala. Resultó algo complicado justificar su presencia en una reunión de Estado oficial, pero no había forma de que Bernley aceptara perderse este momento. Christopher fue breve y directo; no había ningún argumento a favor de la renegociación del tratado que no hubiese sido presentado con anterioridad. Pero éste no era, en realidad, el asunto por el que habían convocado la reunión. Con todo, Christopher estimaba necesario explicar con absoluta claridad el propósito del tratado y las razones por las que la ONU consideraba precisa la firma de uno nuevo y no la ampliación del antiguo. El acuerdo que proponían tendría una validez de siete años y haría posible que ambas partes, por mutuo acuerdo, ampliaran sus efectos durante tres periodos adicionales de siete años cada uno. El tratado no tenía nada de especial; se trataba del típico conjunto de disposiciones entre Estados. El único punto de relativo interés consistía en una provisión por la que se establecía un acuerdo mutuo de no agresión. Pero incluso éste aparecía incluido como mera formalidad diplomática. Israel no tenía ninguna intención de atacar a nadie. Después de haber pasado tantos años bajo una amenaza de guerra constante y todavía con serios problemas de terrorismo, el país se había establecido militarmente como una nación a la que ninguno de sus vecinos contemplaría como objetivo de ataque.

Christopher concluyó su exposición sumarial en poco menos de quince minutos. Se ofreció a contestar cualquier pregunta de los asistentes, pero nadie formuló ninguna. El primer ministro parecía querer dejar atrás el tema lo antes posible.

—Embajador Goodman —dijo el primer ministro tan pronto quedó claro que no había preguntas—. Hay quienes alaban la candidez de mis palabras y quienes me critican por mi excesiva franqueza. Sea como fuere, es mi manera de ser, y espero no

ofenderle ahora. Lo que dice, aunque elocuente y bien razonado, ya lo hemos oído antes. Y lo que faltaba antes sigue faltando ahora, que es como decir que a una manzana siempre le van a faltar las cualidades que harían de ella una naranja. Usted nos ofrece una manzana y nos garantiza que nos gustará tanto como una naranja. Nosotros, por otro lado, estamos contentos con la naranja que tenemos. No buscamos garantías de que nos levantaremos de la mesa de negociación satisfechos con los acuerdos incluidos en el nuevo tratado; nos satisface el antiguo. No hay razón de peso alguna que nos anime a cambiar de posición.

—Le agradezco su opinión —contestó Christopher— y la sinceridad de su respuesta. Espero que también sepa usted apreciar que le hable con franqueza. — Christopher hablaba con rapidez, evitando ofrecer la oportunidad de ser interrumpido. Estaba a punto de revelar el verdadero propósito de la reunión—. Lo que nos divide en este asunto no es la necesidad de una ampliación formal de los acuerdos del viejo tratado. Estoy convencido de que ambos somos conscientes de la importancia que tiene la formalización de acuerdos para la salvaguardia de las partes afectadas. Tampoco existen discrepancias relativas a cada una de las disposiciones. Inmunidad diplomática, libre circulación de valijas diplomáticas y acuerdos mutuos de no agresión, son temas poco controvertidos. Lo que nos divide, señor primer ministro, es la confianza.

»Los antiguos —continuó Christopher— resolvían estos estancamientos diplomáticos con el intercambio de presentes. Yo nunca me atrevería a contemplar la posibilidad de comprar su aprobación de semejante manera, pero sé de este precedente y por ello acudo con unos regalos.

Christopher, que ya se había puesto en pie, se dirigió hacia la entrada de la sala y abrió la enorme puerta de doble hoja, con una ceremonia que estaba seguro le sería excusada cuando los presentes conocieran la naturaleza de lo que traía.

Afuera, en el corredor, cuatro guardias de seguridad italianos desarmados custodiaban una caja de madera del tamaño de un pequeño refrigerador, que se elevaba casi un metro sobre el suelo y descansaba sobre una robusta mesa metálica con ruedas. Christopher hizo una señal al encargado de la comitiva, y los cuatro hombres introdujeron rodando la mesa y su carga en el interior de la sala, para luego abandonar la habitación cerrando las puertas tras de sí.

La caja, de cedro y una obra de arte en sí, tenía más de urna de exposición que de embalaje. Los cuatro costados presentaban en la parte inferior sendas bisagras que posibilitaban abrir los lados para dejar al descubierto el contenido. Arriba, en el centro de cada costado, había una cerradura que mantenía sellada cada una de las cuatro hojas. Christopher extrajo del bolsillo un manojito de cuatro llaves.

—No pido nada a cambio —dijo—, porque yo también salgo ganando con la entrega de este presente. Lo que gano es esperanza. La esperanza de que aumente el grado de confianza entre nosotros y que, con ella, logremos todo aquello que por necesidad deben alcanzar los Gobiernos para proceder de acuerdo con el imperio de

la ley.

El llamamiento de Christopher podía interpretarse de dos maneras; como elocuente súplica para implorar algo a lo que ninguna persona razonable se podía negar o como pura palabrería. Como fuere, le brindaba a Christopher una ocasión para exponer sus intenciones. Si todo lo dicho hasta ese momento en efecto era pura palabrería, cierto era que no pedía nada a cambio por este obsequio. Y si sus últimas palabras también se tomaban por pura labia, daba lo mismo; lo que estaban a punto de ver era de tanta importancia para el pueblo de Israel que no había concesión posible que el primer ministro pudiera hacer en el nuevo tratado comparable a lo que ganaban con esto.

Llaves en mano, Christopher fue abriendo rápidamente cada una de las cuatro cerraduras, respetando el orden indicado en la carta que les había sido entregada a Alice Bernley y Robert Milner. Cuando hubo abierto la última, dio un paso atrás y todos pudieron contemplar cuán especial era aquella caja. Tres segundos después de extraer la llave de la cuarta cerradura, ocho pistones se deslizaron simultáneamente en el interior de sus cilindros hidráulicos y permitieron que los cuatro costados de la caja se abrieran lentamente. La cubierta descansaba sobre la estructura a la que los cuatro lados habían permanecido sellados. A excepción de Christopher, de pie, todos los presentes estaban sentados y tuvieron que esperar a que los laterales estuviesen medio abiertos para atisbar el interior. Al hacerlo, abrieron los ojos de par en par y se pusieron todos en pie. Por un instante nadie pronunció palabra, sino que siguieron allí plantados, contemplando maravillados la caja. Entonces se oyó un sonido, casi un chillido, al fondo de la sala. El más joven de los dos levitas que asistían al sumo sacerdote alzó las manos a modo de escudo y salió corriendo de la sala gritando algo en hebreo.

La reacción del levita sacó al primer ministro de su aturdimiento. Por un momento había llegado a creer que era auténtica. Ahora sabía que no era así.

—Bonita reproducción, señor embajador —le dijo a Christopher, y volvió a tomar asiento. Habló en un tono muy elevado, dirigiendo su voz hacia su ministro de Asuntos Exteriores y el sumo sacerdote en un intento por traerles de vuelta a la realidad—. Estoy convencido de que alguno de nuestros museos la acogerá con sumo agrado. Esto ha debido de salir carísimo.

Las palabras del primer ministro surtieron el efecto deseado. El ministro de Asuntos Exteriores, el sumo sacerdote y el segundo levita, por último, cayeron en la cuenta de que aquello sólo podía ser una reproducción. No había posibilidad alguna de que aquella fuera la auténtica Arca de la Alianza. No podía ser. No se tenía noticia del Arca desde hacía miles de años. Con todo, no dejaba de ser una singular e impresionante reproducción. El trabajo y esmero que se habían dedicado a aquella obra eran admirables.

—Le aseguro, primer ministro, que ésta es el Arca de la Alianza. —Quien hablaba ahora era Alice Bernley. Su tono era seguro, sus palabras, tajantes. Era la

primera vez que hablaba desde que habían sido presentados. Sabía que su presencia en la reunión era inapropiada; ella no representaba a ningún gobierno, no era más que un observador, pero ahora ya no desentonaba. No esperó una contestación. En realidad, le importaba bien poco lo que el primer ministro pudiera pensar. Sólo le interesaba contemplar el Arca y se acercó para verla mejor.

—Alice dice la verdad, primer ministro —dijo Milner.

El primer ministro soltó una carcajada.

—Señor Milner, no dudo de su sinceridad y aprecio las molestias que haya podido tomarse para procurarnos este presente pero, sencillamente, es imposible que se trate de la auténtica Arca de la Alianza.

Christopher consideró que era tiempo de intervenir en la conversación.

—Primer ministro, soy consciente de la relevancia de este día en la historia de su nación. Es Tisha Beab, Día de Ayuno, el día en que se conmemora la destrucción de los dos templos. No es casualidad que haya elegido este día para celebrar nuestra reunión. Lo hice así para ofrecer a su pueblo una señal y un símbolo de esperanza para el futuro; una muestra de que hoy, de entre todos los días, existe una esperanza para toda la humanidad si cooperamos y trabajamos juntos. Lo que ve aquí, primer ministro —concluyó Christopher señalando el Arca con la palma abierta—, es el Arca de la Alianza. *No* es una reproducción. *No* es una imitación. ¡Es auténtica!

—¡Señor embajador! —exclamó el primer ministro elevando la voz—, ¿nos toma por necios?

—Podemos demostrar su autenticidad —contestó Christopher enfáticamente, pero sin alzar la voz.

—¿Cómo? —exigió el primer ministro.

—Por el contenido del Arca.

El primer ministro se quedó callado de golpe. La sugerencia le había sorprendido. Por supuesto. Podían mirar dentro. La comprobación no podía ser más sencilla. Tanto, es más, que tal vez había algo de verdad después de todo en lo que afirmaba el embajador italiano.

—De acuerdo —dijo—. Echemos un vistazo al interior. —Tan pronto lo hubo dicho, se percató de que no era lo más apropiado si se trataba del Arca auténtica.

—Oh, no, primer ministro —dijo Christopher—. No me refería a eso exactamente. El Arca debe manejarse con mucha cautela. No sería sensato que la abriera cualquiera. Según las Escrituras, son muchos los que han muerto por manipular el Arca de forma indebida<sup>[65]</sup>.

—Bueno, entonces, ¿cómo veremos lo que hay en el interior? —preguntó.

—Yo sugiero que sólo el sumo sacerdote la abra.

El primer ministro miró al sumo sacerdote, que asintió, indicando que, por lo menos en ese aspecto, Christopher tenía razón.

—Algunos problemas sí que plantea —empezó el sumo sacerdote en respuesta al rostro interrogante del primer ministro. Se aproximó al primer ministro, a Christopher

y a Milner, dejando que Bernley examinara, inadvertida, el Arca. A ella le daba lo mismo, no tenía el más mínimo interés en lo que se hablaba—. Si en verdad se trata del Arca —continuó el sumo sacerdote— entonces sólo debería abrirse en el Templo. Pero si no lo es, entonces sería una aberración colocarla en el sanctasanctórum para abrirla, aún más sin estar seguros de qué es lo que contiene. Se podría, tal vez, meter en el Templo pero no en...

De pronto un grito breve y espeluznante llenó la sala. A sus espaldas, el cuerpo exánime de Alice Bernley se desplomó encogido y la cabeza golpeó contra la alfombra con un sonido apagado.

—¡Alice! —gritó Milner abalanzándose sobre ella.

—¿Qué ha sido? —exclamó el primer ministro.

Según 1 Samuel 6, 19, porque las gentes de Betsemes habían curioseado el Arca de Yahveh, setenta de entre ellos murieron (la mayoría de manuscritos hebreos y la Septuaginta hablan de cincuenta mil setenta muertos). Para otro ejemplo, véase 2 Samuel 6, 6.

El asistente del sumo sacerdote, que había visto lo ocurrido, parecía sumido en estado de choque.

—Ella... ella ha tocado el Arca —contestó.

El embajador italiano en Israel, Paulo D'Agostino, que había permanecido en silencio hasta ahora, corrió hasta la puerta y pidió a gritos que alguien llamara a un médico.

Tras comprobar que no había pulso, el desesperado Robert Milner empezó a aplicarle maniobras de resucitación cardiorrespiratoria. A los pocos segundos llegó el médico oficial asignado a la Kneset, quien emprendió de inmediato los procedimientos de emergencia al tiempo que Bernley era tendida en una camilla, para su traslado en ambulancia al hospital más cercano. Veinte minutos después era declarada muerta oficialmente.

Mientras el cuerpo era sacado de la sala, con Robert Milner detrás desecho en sollozos, el sumo sacerdote Chaim Levin pronunció una cita de la Biblia: «Entonces se encendió la ira de Yahveh contra Uzzá e hirióle por haber extendido su mano sobre el Arca»<sup>[66]</sup>.

El primer ministro paseó su mirada del sumo sacerdote al Arca y luego al resto de los presentes. El levita hojeaba nervioso su Sidur, el libro tradicional de oraciones que contiene plegarias para casi todas las ocasiones imaginables. Pero no encontraba nada para este momento preciso. Christopher se aproximó al Arca y cerró cuidadosamente los laterales de la caja de madera para evitar que otros sufrieran el mismo final que Bernley.

Finalmente, el primer ministro se decidió a hablar.

—El sumo sacerdote examinará su arca, señor Goodman. Y si, en efecto, se trata del Arca del Señor, tendrá su tratado y la gratitud del pueblo de Israel.

## LOS ELEGIDOS

Durante la cena en el apartamento de Decker, Christopher le puso al corriente de su viaje a Israel y de las circunstancias de la muerte de Alice Bernley. Robert Milner se había quedado en Israel para encargarse del cuerpo de Alice. Christopher explicó a Decker que, aunque quedaban por limar algunos flecos, esperaba que el tratado con Israel se firmara a mediados de septiembre y fuese efectivo a partir de finales del mismo mes, coincidiendo con Rosh Hashaná, el Año Nuevo judío. Luego, Decker ofreció a Christopher un detallado resumen de los esfuerzos realizados hasta el momento para la elección del nuevo secretario general. Los dos candidatos, Kruszkegin, del Norte de Asia, y Clark, de Norteamérica, habían intentado sin éxito reunir más apoyos a su favor.

Era un proceso curioso de contemplar, por cuanto quienquiera que fuera finalmente el elegido necesitaría de la aprobación del resto de miembros, y ninguno de los dos quería arriesgarse a pisar al otro en su escalada a la cima. Pasaron dos sin que se apreciase cambio alguno entre los miembros del Consejo de Seguridad. Entonces, la embajadora Lee de China, que hasta el momento se había abstenido, decidió que no podía apoyar a ninguno de los dos candidatos a pesar de su amistad personal con Kruszkegin. En un rápido movimiento, los miembros que, para empezar, habían nominado al representante de la Cuenca del Pacífico y luego se habían decantado a favor de Kruszkegin para ganar los votos de África oriental y África occidental volvieron a cambiar su intención de voto.

El nuevo candidato era el francés Albert Faure. Faure contaba con los votos de quienes antes habían apoyado a Kruszkegin, y con el de China, que consideraba al europeo el candidato menos censurable. Ante el dilema de tener que elegir entre el americano y el europeo, la India, que hasta el momento había favorecido al estadounidense Jackson Clark, decidió abstenerse. Así las cosas, la balanza parecía decantarse a favor de Faure, con seis votos a favor y tres en contra.

Decker esperó al final de la cena para referirse a Faure. No había necesidad de arruinarle la comida a Christopher.

Justo entonces sonó el teléfono. Cuando descolgó, Decker pudo escuchar una voz familiar. Era Jackie Hansen, que llamaba desde el despacho de Christopher en la ONU. Tras la muerte de su padre, Christopher la había contratado como jefa de su secretaría. Llamaba porque había surgido una inesperada petición para concertar una cita a primera hora del día siguiente. Christopher solía llegar a la oficina hacia las siete y media, pero tenía pensado entrar un poco más tarde la mañana siguiente para recuperar algo de sueño. Las circunstancias de la cita le obligaron a desechar sus planes. Dos de los máximos altos cargos de la Organización Mundial de la Paz, el

teniente general Robert McCoid, comandante en jefe del grupo de Observadores Militares de las Naciones Unidas en India y Pakistán (UNMOGIP), y el general de división Alexander Duggan, destinado recientemente al cuartel general militar de la OMP en Bruselas, acababan de llegar a Nueva York sin previo aviso y solicitaban reunirse con Christopher lo antes posible. La petición era del todo insólita y por esa misma razón Christopher accedió rápidamente a recibirlos en su oficina a las siete menos cuarto del día siguiente.

\* \* \*

Tal y como habían deseado, los dos hombres pasaron totalmente desapercibidos cuando acudieron esa mañana a reunirse con Christopher. Jackie Hansen había madrugado para ofrecer una falsa impresión de actividad en la oficina a hora tan temprana; el resto de personal no llegaría hasta una hora después y no le pareció correcto que los generales se encontraran con una oficina vacía. Christopher y Jackie esperaban en la recepción cuando llegó la visita.

Los generales son, por norma, gente muy seria, pero estos parecían especialmente circunspectos. Ambos hubiesen preferido ir directamente al grano, pero los asuntos de esta magnitud debían abordarse con mucha cautela.

#### EN KEREM, ISRAEL

Scott Rosen cenaba a solas, sentado a la mesa de su cocina. En la calle, según caía la noche, oyó como una vecina llamaba a sus hijos, que jugaban. Por un momento pensó en su infancia y en las veces que había jugado con los niños de su barrio. Su abuelo, que vivía con ellos, solía salir para intercambiar unos lanzamientos de pelota con él; otras veces paseaban juntos por un parque cercano y hablaban sobre lo que le enseñaban a Scott en la escuela hebrea o sobre el tiempo. En ocasiones, le hablaba de la abuela. Él no había llegado a conocerla y podía pasar horas escuchando a su abuelo contar cosas sobre ella.

El vapor del caldo de pollo, receta de su madre, se elevó hasta él y le sacó de su ensoñación, pero al echar un vistazo a su alrededor, cayó en la cuenta de que no se encontraba donde creía. Aquélla era la casa de sus padres, la que tenían en Estados Unidos cuando era niño. Ante él, la mesa estaba dispuesta para cinco. Cerca del sitio de su padre descansaba una gran fuente de latón con unas ramas de perejil, un montoncito de pasta de rábano picante, otro montoncito algo más cuantioso del potaje de manzana llamado *jaroset*, una pierna de cordero y un huevo duro asado. Junto a él había otra bandeja con una pila de *matzá*. La mesa estaba obviamente dispuesta para Pésaj, la Pascua judía. Cuatro de los cinco platos eran para Scott, sus padres y su abuelo. El quinto, siguiendo la tradición, se reservaba al profeta Elías, por si éste decidía descender del firmamento y honrarles con su presencia.



Scott sacudió la cabeza y como no surtiera efecto sobre aquella visión, lo intentó restregándose los ojos.

—Scott, ven y ayuda a tu madre —oyó que le llamaba una voz femenina desde la cocina. Era su madre, Ilana Rosen. Al oír su voz sintió como si los recuerdos de su vida adulta se tornaran en un sueño. Intentó recordar lo que había estado pensando, pero su memoria se esfumaba a toda velocidad. Sólo podía retener un puñado de pequeños detalles deslavazados. Recordó que en el sueño sobre su futuro moría su abuelo y que él viajaba a Israel, que sus padres se trasladaban a Israel y que él acudía a las autoridades para contarles que ellos... Pero no recordaba qué pasaba luego... sí que sus padres fallecían... que había una guerra con Rusia... que... Scott desechó aquellos pensamientos como vestigios triviales de quien sueña despierto y se apresuró a echar una mano a su madre en la cocina.

—Tú padre y el abuelo no tardarán en llegar —dijo su madre al entrar él en la cocina—. Tenemos que darnos prisa con los preparativos para Pésaj. —Afuera empezaba a ponerse el sol, marcando el comienzo del sabbat de Pascua. Ilana Rosen intentaba descorchar una botella de vino tinto—: Anda, toma —dijo pasándosela a Scott—, a ver si puedes tú. —Scott asió la botella con firmeza y tiró con decisión. El corcho, ya flojo, salió entero—. ¡Fantástico! —exclamó Ilana con un aplauso—. Ahora llévalo a la mesa, pero ten cuidado de no derramar nada al servir los vasos.

Scott vertió el vino en los vasos de sus padres y el de su abuelo, llenó el suyo hasta la mitad, y luego, con mucho tiento, llenó la copa de Elías. Ésta era una copa de vino muy especial tallada en cristal de plomo, algo que siempre le había extrañado porque el cristal era completamente transparente y él no veía plomo por ninguna parte. Con todo, era una copa muy especial que sólo se sacaba para Pascua. Por un instante, a Scott le pareció recordar haber roto la copa al sacarla del armario cuando tenía quince años. Pero era una tontería, él sólo tenía once.

A su espalda oyó abrirse la puerta de la entrada y al girarse vio a su padre y su abuelo. Scott dejó lo que estaba haciendo, corrió hasta su abuelo y le abrazó con todas sus fuerzas. Pensó cuán maravilloso era volver a abrazar a su abuelo, y al hacerlo recordó parte de su ensoñación. Su abuelo había muerto. Aquel pensamiento hizo que sintiera un escalofrío. Pero no era más que un sueño. Y aún le embargó un enorme placer al sentirse estrechado entre sus brazos una vez más.

Poco después empezaron con la cena de Pascua o *séder*, respetando cada uno de los pasos que marca el *Hagadá*, que sirve como una especie de libro guía para la Pascua y que incluye descripciones, recitaciones y la letra de las canciones que se entonan a lo largo de la cena. Primero iba el *brejat baner* o encendido de velas. Luego el *quidush*, la primera copa, que es la copa de la bendición; el *urjatz*, que es el primero de los dos lavados rituales de manos; y el *carpas*, cuando se come el peregil después de sumergirlo en agua salada, símbolo de las lágrimas derramadas por el pueblo de Israel durante su esclavitud en Egipto y del agua salada del mar Rojo. A continuación iba el *yajutz*, que es cuando el padre toma la *matzá* del medio (de la pila

de tres) envuelta en un lienzo blanco llamado *ejad* (que significa «unidad» o «uno»), lo parte en dos, devuelve una mitad al *ejad* y envuelve la segunda mitad en otra servilleta blanca. Más tarde, como indica la *Hagadá*, el padre oculta la segunda mitad de la *matzá*, llamada *aficomén* (que en griego significa «he llegado») en algún lugar de la mesa. El miembro más joven de la familia debe entonces buscarlo. Cuando lo encuentra, devuelve el *aficomén* a su padre, que lo redime a cambio de un presente o dinero. Ésta había sido siempre la parte del *séder* que más gustaba a Scott. Pero eso venía mucho más adelante en la cena.

Tras partir la *matzá* por la mitad se recitaba el *Maguid*, la historia de Moisés y la Pascua, y luego venían las Ma-nishtaná o cuatro preguntas. Como miembro más joven de la familia, Scott recitaba en su mejor hebreo cuatro preguntas sobre la Pascua, que le eran contestadas una a una por su padre. Luego se recitaban las diez plagas caídas sobre los egipcios. Esta parte siempre le había divertido a Scott, porque la *Hagadá* establece que, al pronunciar cada una de las plagas, los comensales deben introducir un dedo en su vino y echar una gota en el plato.

Todo se desarrollaba como los demás años hasta que la familia empezó a entonar una de las canciones tradicionales de Pascua llamada *dayenu*, que significa «hubiera sido suficiente». Se trata de un canto alegre en hebreo, que enumera algunas de las cosas que Dios hizo por el pueblo de Israel. A cada verso sigue el coro, que consiste en repetir la palabra *dayenu*. La traducción de la letra diría algo así como:

*Si sólo nos hubiese rescatado de Egipto, y no hubiese castigado a los egipcios,  
Dayenu (hubiera sido suficiente)  
Si sólo hubiese castigado a los egipcios, y no hubiese destruido sus dioses,  
Dayenu  
Si sólo hubiese destruido sus dioses, y no hubiese castigado con la muerte a todos sus primogénitos,  
Dayenu*

Y así continúa la canción, afirmando en cada estrofa que si Dios sólo hubiese hecho lo que menciona el verso anterior y no las cosas que se añaden después, quienes cantan, que representan a todo el pueblo de Israel, habrían estado satisfechos.

Al llegar al último verso, que habla del Templo, el abuelo de Scott dejó de cantar de repente y gritó:

—¡No!

Scott le miró confuso.

—No es verdad —dijo su abuelo—. ¡Dayenu es mentira! No hacemos sino engañarnos.

—¡No hacemos sino engañarnos! —sancionaron los padres de Scott.

Esto no aparecía en la *Hagadá*. Tenía que haber un error. Y entonces, sin mediar un solo sonido, apareció de repente otro comensal en la mesa. El hombre se inclinó sobre la mesa desde enfrente de Scott y cogió el *aficomén*, todavía sin esconder, de donde descansaba junto al plato del padre de Scott. Ocupaba el sitio reservado para el profeta Elías. Scott le reconoció de inmediato, era el rabino Saul Cohen. Pero aquello no tenía sentido alguno. Scott no conocía a nadie llamado Saul Cohen, salvo... salvo, tal vez, de aquel sueño tan extraño. ¿Cómo era posible que estuviera allí, en su casa, sentado en el lugar reservado a Elías bebiendo de la copa del profeta; la copa especial que sus padres reservaban para el *séder* y de la que nadie podía beber?

—No nos engañemos más —dijo Cohen.

\* \* \*

Era casi medianoche cuando Scott descubrió que de nuevo era un adulto y estaba en su casa de los suburbios de Jerusalén. Hacía horas que su sopa se había quedado fría y la única luz en la habitación era la de un reloj digital y la que se colaba desde una farola de la calle. Estaba agotado. Por un momento permaneció allí sentado. La creencia de que los sucesos de las últimas horas en el hogar de su infancia habían sido un sueño se disipó rápidamente. Junto a él, sobre la mesa, ocupando el lugar que había estado reservado a Elías en su sueño o visión, allí donde había visto a Cohen, reposaba una copa de vino casi vacía. Era la copa de Elías, la que él había roto en mil pedazos al sacarla del armario a los quince años. Aun en la penumbra reinante la reconoció. Scott se arrellanó en la silla y advirtió que el plato que antes descansaba bajo el cuenco de sopa yacía ahora boca abajo delante de él. Había algo debajo. Lo levantó y descubrió el *aficomén*, oculto allí para que él lo encontrara y se redimiera.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

La secretaria del embajador francés Albert Faure acompañó a Christopher al interior del despacho donde le esperaban Faure y su jefe de gabinete.

—Buenos días, embajador —saludó Faure a Christopher—. Por favor, adelante.

—Gracias, embajador —repuso Christopher—. Le agradezco que me reciba así tan de improviso. Sé lo ocupado que debe de estar.

—Bueno, decía que se trata de algo urgente.

—Lo es.

—¿Conoce a mi jefe de gabinete, el señor Poupardin?

—Sí, ya nos han presentado —contestó Christopher tendiendo la mano.

—Bueno, a lo que vamos. Su mensaje decía que tenía algo que ver con la Organización Mundial de la Paz.

—Sí, señor. Como bien sabe, la situación en Pakistán ha alcanzado el nivel crítico. La ayuda humanitaria enviada voluntariamente no es suficiente. Y mucho de

lo que se envía no está llegando a los más necesitados. Cada día mueren de hambre cientos de personas, y son miles las amenazadas con seguir la misma suerte. El cólera se está cobrando miles de vidas más. Si Naciones Unidas no responde de inmediato con el envío de alimentos y medicinas suficientes y el personal necesario para distribuirlos, podríamos estar hablando de la muerte de millones de personas.

Mientras hablaba, Faure y Poupardin intercambiaron miradas de extrañeza. El gesto de sorpresa no se había borrado del rostro de Faure cuando empezó a hablar.

—Permítame asegurarle, embajador, que la situación en la región me preocupa tanto como a usted. Es más, hace sólo dos semanas que me reuní con el nuevo embajador de Pakistán, para tratar del tema junto con el embajador Gandhi. Deseo de todo corazón que se haga más y pronto, pero —continuó Faure frunciendo aún más el entrecejo por su extrañeza— ¿no tendrían que ocuparse de esto el ECOSOC y la Organización para la Agricultura y la Alimentación? Pensaba que quería hablarme de la OMP.

—La responsable de proporcionar alimentos a la región es, sin duda alguna, la FAO —repuso Christopher—, pero los disturbios resultantes de la escasez de alimentos son asunto de la OMP. —Faure dejó que Christopher continuara sin responder—: Como ex presidente de la OMP, doy por hecho que estará al corriente de los problemas que ha sufrido el servicio de suministro de la OMP durante los dos últimos años. Se han perdido armamento y equipamiento por valor de treinta y seis millones de dólares a causa de robos sufridos en los arsenales; catorce millones y dos vidas en el secuestro de diferentes remesas; y otros ciento cuarenta y un millones en equipamiento sin justificar.

Faure y Poupardiruse miraron atónitos. Faure no tenía ni idea de que las pérdidas fueran tan cuantiosas. No quería que se descubriese el escaso seguimiento que había hecho de este asunto durante su presidencia, pero se vio obligado a preguntar.

—Sólo a modo de aclaración —empezó—, ¿qué porcentaje de esas pérdidas se produjo bajo mi mandato, y cuántas se han denunciado durante las tres semanas y media que lleva usted en el cargo?

—Le hablo del total de pérdidas contabilizadas seis semanas *antes* de que yo fuera nombrado presidente de la OMP.

—Oh —repuso Faure—. No sabía que fueran tan elevadas. Consciente de que era mejor admitir su ignorancia que reconocer su negligencia, lo dejó estar así. La expresión de Christopher no dejó traslucir sorpresa ni ira ante la confesión de Faure.

—¿Y qué tiene que ver la situación en Pakistán con este asunto? —preguntó Faure, que deseaba dejar atrás el tema de su negligencia lo antes posible.

—En el transcurso de las últimas veinticuatro horas me han sido presentadas pruebas a mi parecer incontrovertibles de que el director de la OMP, el general Brooks, es el responsable directo de al menos el noventa y cinco por ciento del armamento y el equipo desaparecidos.

Faure y su jefe de gabinete volvieron a intercambiar miradas. Empezaba a parecer

que tenían algún medio de comunicación no verbal y que ninguno de los dos iba a hablar sin medir antes al otro.

—Pero ¿por qué razón iba el general Brooks a robar su propio armamento? —preguntó el jefe de gabinete de Faure.

Christopher ignoró la ingenuidad de la pregunta.

—Todo indica que lo ha estado vendiendo a grupos insurgentes, en algunos casos por sumas en efectivo y en otros a cambio de droga, que era a su vez vendida por dinero.

—Se trata de una acusación muy grave —dijo Poupardin, sin intercambiar esta vez miradas con Faure—. Doy por hecho que tendrá pruebas que lo evidencien.

—No lanzaría semejantes acusaciones si no estuviera seguro de poderlas demostrar.

Faure y Poupardin meditaron la respuesta durante unos instantes, sin pronunciar palabra.

—Bueno —dijo Faure por fin—, he de suponer que abrirá una investigación sobre el asunto.

—Sí. El tiempo es primordial, pero no creo que sea posible llevar a cabo una investigación completa y exhaustiva mientras el general Brooks siga al mando. Ésa es la razón de que esté aquí. Mi intención es pedir autorización al Consejo de Seguridad para suspender de inmediato al general, poner al teniente general McCoid temporalmente al mando y asumir personalmente autoridad plena sobre la agencia hasta que el asunto esté resuelto. Sin embargo, como reciente sucesor suyo que soy en la presidencia de la OMP, he considerado que la cortesía profesional requería que antes de hacerlo le informara de mis intenciones y de las razones de éstas.

Faure pensó con rapidez. Su expresión dejaba traslucir que había algo en los planes de Christopher que no casaba del todo con los suyos.

—Bien. Se lo agradezco —dijo Faure—. Es más, creo que es muy importante que haya acudido a mí antes de hacer nada. —De pronto, Faure cambió su tono a otro mucho más cordial—. Me temo que éste sea el peor de los momentos para que presente el caso ante el Consejo de Seguridad.

—No creo que obviarlo sea una opción —repuso Christopher—. La situación en la frontera indopakistaní requiere una intervención inmediata.

—Comprendo su preocupación, pero... Está bien, permítame que le ponga al día sobre un par de asuntos. —Faure se incorporó, rodeó la mesa y continuó hablando con su tono más conciliador—: Como sabe, el proceso de selección del nuevo secretario general lleva en marcha ya varias semanas. Y estoy convencido de que no le coge de nuevas que en este momento preciso la elección está entre el embajador Clark de Estados Unidos y yo. En la última votación recibí el apoyo de seis regiones; tres votaron al embajador Clark y la India se abstuvo. La siguiente ronda de votaciones está programada para el lunes, eso es dentro de cuatro días. Nadie lo sabe todavía, pero el embajador Fahd se ha comprometido a apoyar mi candidatura en la

siguiente votación y estamos a punto de alcanzar un acuerdo con la India. Esto dejará al embajador Clark con tan sólo dos votos, los de Norteamérica y Suramérica. Y ante esa mayoría, Clark no tendrá más remedio que ceder.

»Bien, usted es un hombre razonable —continuó Faure—. Si resulta estar en lo cierto en lo que atañe al general Brooks y su empleo de los recursos de la OMP, sabrá, como es obvio, que yo no he tenido nada que ver con el asunto. Pero es posible que no todo el mundo lo vea de ese modo.

La falta de Faure era, como mínimo, de omisión; había desatendido casi por completo sus responsabilidades como presidente de la OMP y nombrado a dedo a Brooks cuando se había jubilado el anterior general al mando. Brooks y Faure eran viejos aliados.

—Es probable que intenten cargarme a mí con la culpa de Brooks —dijo Faure—. Si el asunto sale ahora a la luz, es más que posible que el americano lo aproveche para arruinar mi candidatura a secretario general. —Christopher le iba a interrumpir, pero Faure levantó la mano para detenerle—. Ahora bien —continuó Faure—, sé que es urgente llegar al fondo de la cuestión, pero seguro que puede llevar a cabo su investigación sin necesidad de plantear el asunto ante el Consejo de Seguridad de forma inminente.

—Embajador —respondió Christopher—, todo lo que signifique desviarse de la vía directa conlleva una pérdida de tiempo que no nos podemos permitir. Aun cuando el Consejo de Seguridad apruebe de inmediato mi petición, serán necesarias entre seis y ocho semanas para realizar los cambios de personal y garantizar que el equipamiento y los suministros adecuados lleguen a nuestras tropas en la frontera indopakistaní.

—Comprenderá que por nada del mundo quiero detenerle en la toma de medidas que considera justas y necesarias —contestó Faure—. No es mi estilo. Y, además, en el caso de que fuera elegido como único candidato a secretario general y de que dicha candidatura fuera aprobada por la Asamblea General, bueno, nunca se sabe, pero es muy posible que fuera usted quien me sustituyera en el cargo de miembro permanente ante el Consejo de Seguridad. —Faure quería recalcar este punto, sólo por si Christopher no había caído en la posibilidad—. Nada más lejos de mi intención que ensombrecer nuestras relaciones en el futuro. Pero —Faure hizo una pausa— es tanto lo que hay en juego, tanto para nuestros intereses como para los del mundo entero, que yo le sugeriría que estudie todas las opciones posibles antes de cometer una imprudencia.

La respuesta de Christopher fue tajante, pero su tono no dejaba traslucir enfado alguno.

—Ya he explorado todas las opciones posibles.

—¿Y opina que éste es el único modo de hacerlo?

—Sí.

A Faure le costaba cada vez más disimular su frustración.

—¿Puede por lo menos esperar cuatro días? —urgió.

—No, no creo que pueda.

Faure miró a su jefe de gabinete y negó con la cabeza.

—Creo que está de acuerdo con el embajador americano —interpoló Poupardin—. Puede que ahora sea ciudadano italiano, pero nació en América. —Poupardin se dirigió entonces directamente a Christopher—: ¿Por qué si no habría de mostrarse tan inflexible?

—¡Gerard! —dijo Faure con severidad, intentando meter en cintura a su jefe de gabinete.

—Le ruego que me disculpe, embajador —farfulló Poupardin con un gesto de pesar muy bien ensayado.

—Sí, espero que sepa perdonar a Gerard por tan desatinada salida —dijo Faure—. Pero ha de reconocer que en Europa muchos lo interpretarán de la misma manera.

Faure desesperaba. Poupardin había lanzado la acusación intencionadamente para que Faure pudiera llamarle la atención y formular a continuación la misma acusación sin riesgo de ser irreverente, puesto que el tema ya había salido a colación. Era una jugada efectiva, y no era la primera vez que se valían de ella.

—Considere lo siguiente —dijo Faure—. De aquí a una semana yo podría ser secretario general y usted, el nuevo representante permanente de Europa. El comportamiento del general Brooks es del todo reprochable, si efectivamente queda demostrado que es culpable de cuanto usted le acusa, pero su suspensión del cargo apenas tendrá impacto en el problema de forma inmediata. Usted mismo ha reconocido que tardará entre seis y ocho semanas en hacer efectivos los cambios necesarios. Y, seamos realistas, aun con todos esos cambios, es muy limitado el efecto que tendrá en la entrega de alimentos a los necesitados, que es, después de todo, lo que en el fondo deseamos todos. Ahora bien, si retrasa su intervención hasta que se haya realizado la votación, tiene mi palabra de que usaré toda la influencia y el poder del cargo de secretario general para acelerar los cambios que estima necesarios en la OMP y garantizar la adecuada distribución de alimentos, para que lleguen a quienes los necesitan.

Christopher meditó sobre la oferta de Faure. Tenía su mérito. Finalmente cedió.

—¡Excelente! —dijo Faure.

—*Pero* —añadió Christopher— a cambio quiero que me prometa que, sea cual sea el resultado final de la votación del lunes, me ayudará a que mi propuesta sea aprobada por el Consejo de Seguridad.

—Cuenta con ello —prometió Faure.

Poupardin volvió a excusarse por su comentario y Christopher abandonó el despacho minutos después.

\* \* \*

—Ese hombre puede ser peligroso —dijo Poupardin tan pronto Christopher se hubo ido—. ¿Qué habría hecho si se niega a retrasar su petición?

—Gerard, está escrito en las estrellas que yo haya de ser secretario general. Habría hecho lo que fuera necesario.

Poupardin sonrió, rodeó la butaca de Faure y empezó a masajearle los hombros.

—Parece que el apoyo de Robert Milner para mi elección en el Consejo de Seguridad va a salir más caro de lo que anticipamos en un primer momento —dijo Faure—. Habrá que vigilar de cerca a ese joven.

—¿Teléfono al general Brooks? —preguntó Poupardin.

Faure aspiró hondo y contuvo la respiración mientras pensaba.

—Sí, supongo que es lo correcto —dijo con un resoplido—. Dile que ya puede ir empezando a ordenar sus asuntos, y rápido, si quiere conservar el puesto. Pero no te demores demasiado con Brooks; tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos. Hay que sacarle un compromiso al embajador Gandhi e intentar debilitar el apoyo de Suramérica al embajador Clark. Debemos asumir que nuestro amigo el señor Goodman no esperará si al final hay que celebrar otra votación más.

\* \* \*

La situación en la frontera indopakistaní no mejoró en los cuatro días siguientes; los cargamentos de ayuda eran escasos y su distribución muy lenta, y el número de refugiados que intentaba cruzar la frontera continuaba aumentando. A fin de contener la riada, el gobierno indio había multiplicado por seis su presencia militar en la frontera. Llegaban noticias de abusos, torturas y ejecuciones sumarias de refugiados que cruzaban a la India. En respuesta al progresivo reforzamiento de tropas indias, el gobierno de Pakistán había incrementado a su vez el número de efectivos a lo largo de la frontera.

En Nueva York había llegado el día en que el Consejo de Seguridad intentaría de nuevo elegir al nuevo secretario general. También llegaba a su término el plazo que Christopher había prometido esperar para pedir el traspaso urgente de autoridad sobre la Organización Mundial de la Paz. En un rincón de la antesala del salón de plenos del Consejo de Seguridad, antes de la reunión, Christopher Goodman discutía con el embajador Gandhi sobre la situación en Pakistán. El día anterior, por la tarde, había mantenido un encuentro con el embajador paquistaní y el embajador saudí Fahd, representante de Oriente Próximo en el Consejo de Seguridad.

En el interior del salón de plenos, Albert Faure y Gerard Poupardin repasaban los preparativos de última hora. Desde el comienzo, cuatro días habían parecido más que suficientes para hacerse con el voto de la India. Pero el embajador Gandhi había postergado su decisión de apoyar a Faure hasta el final, para conseguir que se le garantizase la concesión de diversas prerrogativas.

—Ojalá pudiera estar más tranquilo con el voto de Gandhi —comentó Poupardin



—. No sé si podemos fiarnos de él.

—Oh, no te preocupes por el indio —repuso Faure con serenidad—. Él sabe que nunca conseguirá de ningún otro las prerrogativas que yo le he prometido.

—Al entrar he visto que estaba afuera hablando con el embajador Goodman.

—¿Has podido oír sobre qué discutían?

—No, no quería resultar tan descarado.

—Bueno, seguro que no tiene la menor importancia.

—Probablemente, pero anoche también vieron a Goodman con el embajador Fahd.

Un destello de inquietud nubló la mirada de Faure.

—¿Por qué no he sido informado de esto antes? —preguntó.

—Me acabo de enterar.

La expresión de Faure denotaba ensimismamiento más que preocupación.

—¿Por qué no sales e intentas enterarte de qué están hablando? Si es necesario, te acercas y te unes a la conversación. Si notas que tu presencia les incomoda o ves que cambian de tema, vuelve enseguida y házmelo saber.

Poupardin se levantó para salir, pero demasiado tarde; en ese momento el embajador y Christopher entraban en la sala para ocupar sus respectivos lugares para la reunión. La embajadora Lee Yun-Mai de China abrió la sesión y unos momentos después daba paso al primer punto del orden del día, la elección del nuevo secretario general. Como era de esperar, los nominados eran el embajador de Estados Unidos Jackson Clark y el embajador de Francia Albert Faure. La votación se realizó, como era costumbre, a mano alzada. La embajadora Lee sometió primero a votación la candidatura del embajador Clark. Al instante, el embajador canadiense, representante de la región norteamericana, y el embajador ecuatoriano, representante de Suramérica, levantaron la mano. Todo se desenvolvía como Faure tenía planeado; casi podía saborear la victoria tan largamente esperada. Entonces, muy lentamente, y evitando que sus ojos se toparan con la atónita mirada de Faure, el saudí levantó la suya. Por el rabillo del ojo, Faure dirigió su atención a su jefe de gabinete, Gerard Poupardin. Incluso desde el otro extremo de la sala, la palabra que formularon sus labios quedó tan clara como un grito.

—Goodman —dijo conteniendo la respiración.

Faure murmuró un epíteto.

A la izquierda de Faure, la puerta de entrada al salón de plenos del Consejo de Seguridad se abrió de par en par y una mujer alta y rubia rondando los cuarenta se precipitó al interior. Impertérrita, la embajadora Lee apuntó el resultado de la votación, tres regiones apoyaban al embajador de Estados Unidos. Sin pausa, procedió a someter a votación la candidatura del embajador francés. Lo que Faure vio entonces no hizo más que acentuar su desánimo. Incluyendo la suya, sólo se levantaron en la sala cinco manos, los embajadores Kruszkegin, del Norte de Asia, y Lee, de China, habían decidido abstenerse. A diferencia del embajador Fahd,

Kruszkegin miró directamente a Faure mientras Lee hacía el recuento. Poseído por la ira, Faure se volvió para mirar a Christopher, pero Christopher no estaba allí.

La mirada de Faure recorrió rápidamente la sala en busca de Christopher, pero sin éxito. Sus ojos se tornaron de nuevo hacia Poupardin, interrogándole sobre el paradero de Christopher. Poupardin señaló con el dedo. En un rincón de la amplia sala, Christopher hablaba con Jackie Hansen, que había entrado en plena votación con un mensaje urgente. La ira de Faure le pasó inadvertida o por lo menos no la reconoció como tal, tan concentrado estaba en escuchar a Jackie y en leer a toda velocidad el contenido del mensaje. Sin separar la mirada del papel, Christopher dirigió sus pasos con decisión hacia la embajadora Lee.

Al contrario de lo que Faure había deducido, la verdadera razón del cambio en la intención de voto era que los embajadores Fahd, Kruszkegin y Lee se habían enterado de las prerrogativas que Faure había prometido al embajador indio para conseguir su voto. A ninguno le interesaba tener un secretario general atrapado por el tipo de compromisos que Faure había contraído. Como resultado, Lee y Kruszkegin habían decidido abstenerse; Fahd, sin embargo, prefería devolver la confianza al americano, a quien había votado anteriormente. Faure nunca llegaría a enterarse de lo sucedido. Y lo que estaba a punto de acontecer no iba sino a convencerle del todo de que Christopher estaba detrás de cuanto acababa de ocurrir.

Christopher terminó de leer la nota y cruzó la sala directamente hasta la embajadora Lee. Tras entregarle el despacho, le susurró algo al oído y ella comenzó a leer. Mientras lo hacía, Christopher regresó a su lugar, donde permaneció de pie a la espera de que la presidencia le diera la palabra formalmente. Todos los ojos se concentraron en ella mientras leía. Cuando hubo concluido, dio un golpe con el mazo y declaró que no se había alcanzado un consenso; la elección del nuevo secretario general se posponía dos semanas más. A continuación dirigió su mirada a Christopher y habló de nuevo.

—La presidencia otorga la palabra al embajador de Italia.

—Señora presidenta —empezó Christopher dirigiéndose a la embajadora Lee—, como acaba de leer en el despacho del que le he hecho entrega, en el transcurso de la última hora un contingente de aproximadamente veintisiete mil soldados indios de infantería ha cruzado la frontera con Pakistán respondiendo, al parecer, a la continua afluencia masiva de refugiados paquistaníes que cruzan la frontera en busca de alimento. Todo apunta a que se dirigen hacia los tres campos de acogida de Naciones Unidas. En respuesta a la incursión, las fuerzas de la ONU al mando del teniente general Robert McCoid han atacado al ejército indio.

La sala entró en erupción. Los miembros de la prensa intentaron mejorar su posición para obtener primeros planos de Christopher mientras hablaba; varios miembros del personal abandonaron la sala apresuradamente. El embajador de Arabia Saudí, representante de Oriente Próximo, y el embajador de la India pidieron la palabra a la presidencia. Pero la embajadora Lee se negó a otorgársela y Christopher

continuó su discurso.

—Por el momento, carecemos de información sobre bajas, pero las tropas indias desplazadas en la zona superan seis veces en número a las fuerzas de la ONU. El general McCoid ha ordenado el traslado de refuerzos al lugar, pero no se espera su llegada hasta dentro de varias horas y advierte que este movimiento de tropas debilitará la presencia de la ONU en otros puntos de la frontera.

Christopher completó su informe ante el Consejo de Seguridad y a continuación, en ejercicio de su derecho como miembro temporal, procedió a realizar su petición de retirar al general Brooks de su cargo y asumir con urgencia la autoridad sobre la OMP. Probablemente no hubiese cambiado las cosas haber realizado la petición cuatro días antes. Pero los últimos acontecimientos iban a complicar y dificultar aún más la solución de los problemas.

#### CERCA DE CAFARNAÚN, ISRAEL

Sin saber por qué, Scott Rosen tenía la certeza de encontrarse en el lugar que debía. Estaba sentado en una verde colina de la orilla norte del mar de Galilea, cerca de Cafarnaún, y aguardaba, aunque no estaba muy seguro el qué. Llevaba allí casi una hora sentado esperando, y el sol empezaba a ocultarse. A su alrededor, el terreno formaba un anfiteatro natural con unas propiedades acústicas que hacían posible que una persona situada en la ladera pudiera oír claramente a alguien emplazado al pie de la colina. Según los guías turísticos locales, aquél era el lugar donde Jesús había transmitido sus enseñanzas a sus seguidores.

Cuando llegó, había turistas paseando por las laderas. Pero la caída de la tarde le había dejado prácticamente a solas durante unos instantes. Ahora, hacía quince minutos que un flujo constante de personas, todas ellas hombres, había empezado a poblar la ladera. Pero no se trataba de turistas; no había cámaras, ni prismáticos, ni guías charlatanes. Es más, aunque eran ya cientos, miles, los allí reunidos, nadie pronunciaba palabra. Cada uno daba con el que creía era un buen sitio y se sentaba.

En pocos minutos, el goteo se convirtió en marea; ahora eran miles los que llegaban a cada minuto. Y aún no se oía ni una palabra. Scott reconoció a varios de entre ellos. Primero al rabino Eleazar Ben David, con el que días antes había conversado sobre Joel. Luego vio a Joel, con la mano y la muñeca enyesadas como resultado de su último encuentro. Joel escrutó la multitud de hombres que poblaba la colina en busca de Scott y esbozó una amplia sonrisa cuando lo encontró. Scott le devolvió una sonrisa vehemente, y Joel se sentó cerca. Ninguno pronunció palabra.

Una hora después superaban los cien mil, y seguían sin decir palabra. Pronto dejó de llegar gente, y cierto ajeteo al pie de la colina atrajo la atención de la muchedumbre. Dos hombres se pusieron en pie y uno empezó a hablar. Su voz era grave, resonante y templada. Scott estaba demasiado lejos para verle con claridad, pero todos podían oírle. Scott reconoció la voz al instante. Era Saul Cohen.

Junto a Cohen, el otro hombre guardó silencio mientras contemplaba la muchedumbre y recordaba un verano crucial en el que él, su hermano y su padre habían pescado en esas mismas aguas dos mil años atrás.

## VIEJO ENEMIGO, VIEJO AMIGO

DIECISÉIS MESES DESPUÉS. EN ALGÚN LUGAR DEL NORTE DE ISRAEL

La tierra frígida y sedienta se agrietaba bajo el peso del anciano en su firme y decidido caminar hacia el oeste. Ni el aspecto demacrado ni la piel reseca por el viento dejaban traslucir su verdadera edad, que eran treinta años más de lo que pudiera haberse pensado. Al coronar la cumbre de una pequeña colina, pudo ver, todavía a unos kilómetros de distancia, la silueta del templo Bahai, que, con su cúpula dorada, se elevaba sobre la ciudad escalonada de Haifa, meta final de su viaje. Después de catorce días en el desierto de Galilea anhelaba unos pocos días de comidas regulares, el contacto con otras personas y un baño más que necesario. La mochila que llevaba a la espalda, casi vacía, había estado repleta de frutos secos cuando partió. Las cantimploras, ya secas, habían añadido bastante peso a su carga inicial, dos semanas atrás.

Lo habitual era que, tras una breve estancia en el templo, emprendiera de nuevo la marcha y pasara otra semana o dos en el desierto, pero en esta ocasión había otros asuntos que requerían su atención. Hacía más de un año, desde la cremación de su amiga íntima y confidente Alice Bernley, que Robert Milner, ex subsecretario general de Naciones Unidas, llevaba la vida de un monje, pasando periodos de hasta tres semanas en los desiertos de Israel antes de regresar de nuevo a la civilización del templo Bahai. Su único acompañante en estos viajes era el maestro tibetano Djwlij Kajm, antiguo guía espiritual de Alice Bernley. Durante la ceremonia de incineración de Bernley, Djwlij Kajm se le había manifestado y hablado con la voz de su amiga. Hasta entonces, Milner sólo había tenido noticias del tibetano a través de Alice, que era su canal de comunicación con el mundo físico. Ahora Milner le conocía más íntimamente. El maestro Djwlij Kajm había pasado los últimos dieciséis meses enseñando y preparando a Milner para la tarea que debía desempeñar. En el último viaje, Milner había por fin completado su aprendizaje espiritual y recibido en su cuerpo un espíritu guía que se había unido al suyo, para formar uno solo.

La misión que en esta ocasión impulsaba a Robert Milner a abandonar el desierto le llevaría en un puñado de días hasta la ciudad de Jerusalén, donde aguardaría la llegada de Christopher Goodman y Decker Hawthorne.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

—¡Ya cometimos un error y lo sería aún más tolerar que la situación continúe como hasta ahora, no nos lo podemos permitir! —proclamó el embajador francés Albert Faure estrellando su puño contra la mesa. Cerca, el jefe de gabinete de Faure,

Gerard Poupardin, examinaba en silencio la reacción de los otros miembros del Consejo de Seguridad. A su parecer, el discurso estaba saliendo a pedir de boca.

»Han pasado casi dieciséis meses desde que este consejo votó a favor de conceder atribuciones de urgencia al embajador de Italia con el fin de que pudiera dirigir personalmente las operaciones de la Organización Mundial de la Paz. Entonces, el embajador nos aseguró tener pruebas más que evidentes para corroborar las acusaciones de corrupción que vertió contra el general al mando de la OMP. No cabe duda de que la decisión tomada entonces por este consejo estuvo motivada en parte por la incursión del ejército indio en Pakistán y también por una preocupación compartida hacia la difícil situación de los refugiados paquistaníes. Aun así, hoy, dieciséis meses después, todavía no nos han sido presentadas pruebas concretas de complicidad ni de culpabilidad, ni siquiera de mala gestión por parte del general Brooks. Es cierto que la pérdida de material ha disminuido de forma más que considerable, pero todo apunta a que se ha debido única y exclusivamente al establecimiento de nuevas medidas de seguridad, que el propio general Brooks estaba en vías de hacer efectivas cuando el embajador Goodman se presentó ante este consejo exigiendo atribuciones de urgencia para suspender administrativamente al general Brooks y luego hacerse personalmente con el control de la OMP, a pesar de su escasa experiencia.

»¿Podía el embajador italiano haber escogido para realizar sus acusaciones peor hora que el momento mismo en que se había iniciado la incursión en Pakistán? ¿Acusaciones, cuyos únicos resultados fueron los de minar la estructura de mando, ridiculizar, y debilitar el *esprit de corps* de nuestras fuerzas, en un momento en el que el liderazgo y el consejo del general Brooks eran críticamente necesarios?

»Y así, lo que empezó como la incursión de unos millares de soldados se ha convertido en la que debe considerarse como una guerra en toda regla entre dos regiones pacíficas que amenaza las fronteras de una tercera, China. Y, resulta irónico, pero a pesar de haberse atenuado la sequía que precipitó esta guerra, la lucha continúa y con ella la hambruna, porque los recursos y la energía se destinan a la guerra y no a sembrar cosechas.

El alegato se prolongó otros veinticinco minutos. Faure no se dejó nada en el tintero. Pretendía imputar a Christopher cuanta responsabilidad sobre la guerra le fuera posible. Todas sus acusaciones radicaban en la incapacidad de Christopher de ofrecer pruebas concluyentes que demostraran que el general Brooks era el responsable de la pérdida de equipamiento y suministros sufrida por la OMP. En el transcurso de los cuatro días que Faure había conseguido regatear a Christopher, Brooks había hecho un excelente trabajo ocultando su rastro bajo pilas de documentos triturados. En cuanto a las acusaciones vertidas por Faure haciendo a Christopher responsable de las continuas hostilidades en la región, la historia demostraba que se trataba de una conclusión dudosa. Desde que Pakistán se había establecido en 1947 a partir de una región del norte de la India, cuatro guerras habían

enfrentado a ambos países y otra docena o más habían estado a punto de estallar. Que una guerra, una vez iniciada, continuara y se expandiera era tan natural como la quema de un matorral seco, que una vez en llamas, se extiende hasta haber consumido cuanto tiene a su alrededor. Y si la amenaza se cernía sobre China, se lo tenía más que merecido, porque sus comerciantes de armas habían tardado bien poco en aceptar el dinero contante y sonante del gobierno paquistaní. Ni siquiera la imputación de que Christopher se hubiese hecho con el control absoluto de la OMP era del todo cierta. A pesar de haber supervisado regularmente las acciones de la OMP, Christopher había situado desde el principio al frente de las operaciones al teniente general Robert McCoid.

Con todo, Faure estaba logrando exponer su parecer de forma muy convincente. Había preparado su discurso concienzudamente. Las semanas anteriores, el general Brooks y sus incondicionales se habían dedicado a ejercer toda la presión posible sobre los miembros del Consejo de Seguridad y otros cargos relevantes de la ONU. Era evidente que Faure pretendía algo más que forzar una votación a favor de la restitución del general Brooks, también quería humillar a Christopher, de forma que tuviera que abandonar su cargo como representante temporal de Europa ante el Consejo de Seguridad. Un plan cuyo éxito residía fundamentalmente en que quienes habían elevado a Christopher hasta su posición actual carecían ya de voz; Alice Bernley había muerto y Robert Milner parecía haberse esfumado desde el funeral. Sin embargo, la destitución de Christopher era sólo una parte del gran plan de Faure.

En los meses inmediatamente posteriores al intento fallido de Faure de ser nombrado secretario general, se presentaron todos los candidatos imaginables, pero ninguno consiguió reunir el apoyo unánime del Consejo de Seguridad. Faure se había encargado de que fuera así. Al alejarse las perspectivas de alcanzar un consenso, la frecuencia de los intentos disminuyó, y el cargo rotativo de presidente del Consejo de Seguridad había pasado a convertirse en sustituto de secretario general. La intención de Faure era que ello continuara así hasta que él pudiera presentarse de nuevo al cargo. Pero tendría que ser pronto, y Faure lo sabía. Si todo seguía igual durante mucho más tiempo, cabía la posibilidad de que el Consejo de Seguridad decidiese hacer de ésta una solución permanente. De cara a la presentación de su candidatura, Faure hacía cuantos favores podía, intentando aparentar la máxima equidad y diplomacia posibles. Salvo, claro está, con quienes se cruzaban en su camino. Y Christopher era uno de ellos.

Lo de Nikhil Gandhi era algo diferente. No era inflexible, pero por lo que Faure había podido comprobar, era un hombre que se vendía caro. Acceder a sus exigencias significaba ganarse la enemistad del resto. Faure hubiese preferido la elección del principal contrincante de Gandhi, Rajiv Advani, como miembro permanente del Consejo de Seguridad. Advani y el francés habían mantenido buenas relaciones mientras fueron miembros temporales. El indio era ahora primer ministro de la India, pero Faure estaba convencido de que preferiría ocupar el cargo de representante

permanente de la India... si algo desafortunado le ocurriera a Nikhil Gandhi.

Kruszkegin y Lee eran más problemáticos. Ambos habían trabajado durante muchos años bajo el mandato del secretario general Jon Hansen, y ambos habían desarrollado una profunda desconfianza hacia Faure en el último año. Lee y Kruszkegin se reunían con frecuencia y habían llegado a la conclusión de que Faure no debía llegar jamás a ocupar la Secretaría General. Si era paciente, Faure podía aguardar a que Lee se jubilara tarde o temprano. Kruszkegin, sin embargo, podía permanecer en el cargo cinco o seis años más. Y Faure no tenía tanta paciencia.

\* \* \*

El resultado de la votación fue una derrota humillante para Christopher. Se había defendido bien desde la tribuna, pero sólo Lee, Kruszkegin y Ruiz, de Suramérica, votaron finalmente a favor de que conservara las atribuciones de urgencia sobre la OMR. Christopher conservaría su cargo como presidente y cabeza titular de la organización, pero el general Brooks recuperaba el cargo de comandante de las fuerzas.

Decker Hawthorne, que había visto la votación por circuito cerrado desde su despacho del edificio de la Secretaría de la ONU, cruzó la calle apresuradamente hasta la oficina de Christopher en la misión italiana para estar allí cuando éste cuando llegara. Como esperaba, Christopher estaba enfadado y frustrado a la vez, dos emociones que exhibía muy de vez en cuando.

—¿Lo has visto? —preguntó Christopher asqueado al ver entrar a Decker.

—Lo he visto —contestó Decker. Intentó templar el tono de enfado para mostrarse lo más confortador posible.

—¡Y lo peor es que es culpa mía!

—No te castigues —dijo Decker consolador—. Faure lleva en esto mucho más tiempo que tú.

Eso no pareció consolar demasiado a Christopher.

—Pero ¿cómo pude ser tan estúpido de contarle a Faure que iba a investigar al general Brooks? ¡Es de locos!

Christopher daba zancadas de un lugar para otro.

—Puede que no fuera lo más inteligente, pero estoy convencido de que querías hacer lo correcto. Y te limitaste a otorgarle el beneficio de la duda —dijo Decker.

—¡Y mucho más que eso! —dijo Christopher con enfado—. Le concedí cuatro días. No me extraña que no haya podido probar nada, el general Brooks tuvo cuatro días enteros para destruir las pruebas. He hecho el más absoluto de los ridículos. — Christopher agitó pensativo la cabeza—. No es de extrañar que Gandhi y Fahd hayan votado en mi contra, pero ¿qué hay de Tanaka y Howell? —dijo refiriéndose a los embajadores de Japón y Canadá respectivamente—. ¿Están ciegos o qué? ¿Acaso no se dan cuenta de lo que Faure está tramando? ¡Sería capaz de echar el mundo abajo si



supiera que al final iba a poder alzarse sobre los escombros y ungir se rey!

»¿Sabes qué? Nunca entendí que Faure votara a favor de la nominación del embajador Tanaka al principio, del proceso de elección del secretario general. Tampoco que, luego, cuando África occidental rechazó a Tanaka, Faure apoyara a Kruszekin como su candidato. Resultaba muy raro que Faure promoviera a otro antes que a sí mismo. Pensé que tal vez estaba equivocado; Kruszekin hubiese sido un magnífico secretario general. Así que cuando todo cambió y Faure salió nominado, al principio me preocupó pero luego casi llegué a hacerme a la idea. Bueno, he tardado mucho en darme cuenta, pero estoy convencido de que la única razón de que Faure apoyara la candidatura del japonés y luego la de Kruszekin no fue otra que consolidar la base de su propia nominación. No creo que tuviese intención alguna de ayudar a Kruszekin o a Tanaka. Todo formaba parte de su plan para ser elegido secretario general.

La mirada de Christopher ardía de ira. Se detuvo y miró por la ventana. Una lluvia helada se precipitaba sobre los sucios restos de nieve caída tres días antes.

—Tengo que apartarme de todo esto durante un tiempo —dijo Christopher.

—¿Por qué no te coges unos días y los pasas en la casa de Maryland? Es más, si no te importa, me encantaría acompañarte.

Hacía casi seis meses que Decker no visitaba su casa de Derwood. Y quería asegurarse de que la agencia a la que había confiado su mantenimiento estaba cuidando bien de la casa y, sobre todo, de la tumba de Elizabeth, Hope y Louisa.

—Gracias, Decker, pero me gustaría alejarme de la ONU lo máximo posible. Me iría a Roma, pero si lo hago, tendré a un montón de periodistas preguntándome sobre esta votación incluso antes de tomar tierra. Y, seamos francos, preferiría no tener que vérmelas con el presidente Sabetini justo ahora.

Decker pensó en ofrecer otra sugerencia, pero decidió que lo mejor era permanecer callado y dejar que Christopher pensara con tranquilidad. Christopher seguía mirando por la ventana. Decker nunca le había visto tan disgustado. Tenía que haber algo más.

—Christopher —preguntó Decker pasados unos instantes—, ¿hay algo que no me estés contando?

Christopher se volvió hacia Decker, con su rostro marcado por la angustia. Era como si Decker hubiese detectado algo que Christopher no quería admitir y a la vez no pudiese negar por más tiempo.

—Tengo la extraña sensación —empezó Christopher molesto y sacudió de nuevo la cabeza como si no estuviese seguro de lo que aquella sensación podía significar— de que algo terrible está a punto de ocurrir, de que éste no es más que el principio, de que Faure y Brooks van a ser los responsables de una tragedia terrible. Y me veo incapaz de intentar evitarla. —Christopher hizo una pausa, pero Decker no tenía nada que decir—. ¿Acaso es un error que quiera irme? —continuó Christopher—. ¿Que quiera poner tierra de por medio durante un tiempo?

—No, claro que no —repuso Decker en tono tranquilizador—. Todos necesitamos alejarnos de vez en cuando para poder pensar.

—Quizás sea que estoy mal acostumbrado. En realidad, nunca he tenido que hacer frente a un problema que no pudiese manejar. Por primera vez en mi vida no sé qué hacer.

Decker abrió la boca para decir «bienvenido a la raza humana», pero decidió que era mejor callarse.

—Sé que esto te va a sonar de lo más extraño —dijo Christopher por fin—, pero no sé por qué siento la necesidad de ir a Israel.

—¿A Israel? —repitió Decker sorprendido.

Christopher se encogió de hombros.

—Es sólo que tengo la sensación de que tal vez allí encuentre algunas respuestas.

## LA RAZÓN DE TODO

TEL AVIV, ISRAEL

El frío y seco aire de la mañana en Tel Aviv absorbió rápidamente el húmedo vaho de su respiración, cuando Decker y Christopher salieron de la terminal del aeropuerto David Ben Gurion para llamar a un taxi. Decker, que sólo pensaba en conseguir un vehículo, no se percató de los dos policías uniformados que, a la carrera, salieron del edificio detrás de ellos; tampoco se fijó en el joven que, a su derecha, charlaba con una pareja mayor. Pero de repente el grupo no pudo sino llamar su atención. Al divisar a la policía, el joven echó a correr por la acera, pasando a toda velocidad entre el taxi que acababa de detenerse en la calzada y el lugar donde esperaban Decker y Christopher. Fue en ese momento cuando Decker vio las extrañas marcas encarnadas que el joven lucía en la frente. Por un momento pensó que el chico sangraba, pero al observarlas más de cerca se dio cuenta de que se trataba de varios caracteres hebreos, al parecer pintados a mano.

No hubo tiempo de pensar en ello, porque el taxista palestino había salido presto del vehículo y en un abrir y cerrar de ojos recogió el equipaje y lo metió rápidamente en el maletero. Ni siquiera pareció que se fijara en la policía ni en su prisionero, que forcejeaba.

—Me pregunto qué habrá pasado —dijo Decker sin dejar de observar la escena por la ventanilla mientras él y Christopher entraban en el taxi.

—Oh, ¿se refiere al hombre que estaba deteniendo la policía? —preguntó voluntarioso el conductor, arrancando el vehículo.

—Eh... sí —repuso Decker algo sorprendido. En realidad estaba pensando en alto y no esperaba una respuesta—. ¿Ha visto usted lo que pasaba? —preguntó—. Sólo estaba hablando con una pareja delante de la terminal.

—Sí —dijo el taxista—. Era un KDP. —Las siglas no le decían nada a Decker—. Es a lo que se dedican, a hablar con la gente. El problema es lo que le dicen a la gente. Son muy raros. Saben cosas de la gente; cosas que nadie quiere que se sepan.

Aquél parecía un hombre en sus cabales, pero a Decker le costaba creer lo que decía.

—Creo que son videntes —continuó el taxista mientras se incorporaba a la autopista—. No se les permite merodear por el aeropuerto o por las zonas turísticas, es malo para el negocio. Pero eso no les detiene.

—Dice usted que era un KDP. ¿Qué significa? —preguntó Decker.

—Bueno, eso es en inglés. En hebreo las letras son *Koof Dalet Pay*. Es más breve referirse a ellos con las siglas que en hebreo, así que la mayoría de la gente les llama KDP a secas. ¿Se ha fijado en lo que llevaba escrito en la frente?

—Sí, en eso estaba pensando. ¿Qué es lo que ponía?

—No me he fijado bien, pero era la transcripción en hebreo de Yahweh o Yeshua. Yahweh es el nombre que los judíos dan a Dios, y Yeshua es Jesús en hebreo. Todos los miembros del KDP llevan pintada una u otra.

—Entonces, ¿qué son? ¿Cristianos o judíos? —preguntó Decker.

—Ellos dicen que son las dos cosas —repuso el taxista—. Los otros judíos no los reconocen como tales, pero muchos KDP eran judíos muy respetados. Algunos eran rabinos incluso, y he oído que uno de ellos era asistente del sumo sacerdote de Israel.

—¿Y esas letras? Parecían escritas con sangre fresca.

—Bueno, ellos dicen que es sangre de los corderos que sacrifican en el Templo judío. Pero sea lo que sea, no se va. Es como un tatuaje. Yo creo que es algún tipo de tinte indeleble.

—¿Me está diciendo que el gobierno israelí ha marcado a los miembros del KDP para seguirles el rastro? —preguntó Decker.

—¡No! ¡Qué va! Los judíos no pueden pronunciar la palabra «Dios», y menos escribir su nombre. Odian al KDP porque llevan escrito su nombre en la frente. Y lo peor es que los judíos dicen que puesto que la otra mitad del KDP lleva el nombre de Yeshua escrito en la frente, es como si estuvieran equiparando a Jesús con Dios. Intentaron que el gobierno deportara a todos los KDP, pero no hay país que quiera acogerlos.

—Entonces, ¿son los propios KDP los que se marcan la frente?

—Sí. Bueno, ellos dicen que es obra de los ángeles.

Decker dejó escapar un «hum».

—Para mí, que es bastante estúpido ponerte algo así en la frente. A la policía le cuesta mucho menos reconocerlos.

—¿Qué hará la policía con el que han detenido en el aeropuerto? —preguntó Decker.

—Oh, seguramente le retendrán durante unos días y luego le dejarán libre. No es que puedan hacer mucho más. Son demasiados. Si los arrestaran a todos, se quedarían sin sitio en las cárceles para nosotros, los palestinos —añadió con sarcasmo.

—¿Cuántos son, los KDP?

—Dicen que hay exactamente ciento cuarenta y cuatro mil, pero no creo que nadie se haya parado a contarlos.

—¿Ciento cuarenta y cuatro mil? —repitió Decker con un grito apagado.

—Fue todo muy misterioso. Pasó hace un año, más o menos. Nadie había oído hablar jamás del KDP y, de repente, de un día para otro, los había por todas partes.

—Es increíble.

—Así es como recibieron el nombre.

—Sobre eso precisamente quería preguntarle.

Para entonces, Decker se había echado hacia adelante y asomaba la cabeza por encima del respaldo del asiento delantero para facilitar la conversación.

—Bueno, el hebreo utiliza los mismos caracteres para las letras que para los números —explicó el conductor—. Por ejemplo, la letra *tav* es a la vez el número nueve. De forma que pueden sumarse los números de las letras de una palabra. Pongamos que suma usted las letras de la palabra hebrea para «pan», bueno, pues el total da setenta y ocho. Algunos judíos ortodoxos emplean este método para tomar decisiones, casi de la misma forma que la gente del resto del planeta emplea los signos astrológicos y del horóscopo. Por ejemplo, algunos rabinos dicen que para memorizar algo, uno debe repetirlo ciento una veces, porque cuando restas el valor de la palabra hebrea «recordar» al valor de la palabra hebrea «olvidar», el total da ciento uno. Pero yo creo que estas reglas se las han ido inventando por el camino, porque muchas veces no funcionan. Bueno, el caso es que hay veces en que un número también puede ser una palabra. Como, eh... —El taxista se paró a pensar en un ejemplo—. Ya está —dijo pasado un momento—, los caracteres empleados para escribir el número catorce se corresponden con la ortografía de la palabra hebrea «mano». Hay que tener en cuenta que el hebreo no tiene vocales como el inglés, así que tendrá que recurrir un poco a la imaginación. Total, que los caracteres empleados para escribir el número ciento cuarenta y cuatro mil, también forman las palabras *Koum Damah Patar*, KDP en abreviatura.

—Y ¿cuál es su significado? —preguntó Decker.

—¡Bah! Una tontería. Literalmente, significa «levanta, derrama lágrimas y sé libre» —repuso el taxista—. Supongo que no es más que una manera fácil de referirse a ellos. La verdad es que pueden ser gente encantadora siempre que no intentan echarte el sermón o hablarte de todo lo que has hecho que no te gustaría que ellos supieran y sobre lo que tal vez ni siquiera te gusta pensar a ti.

—¿Ha hablado alguna vez con uno de ellos? —preguntó Decker.

—Oh, sí. Aquí en Israel seguro que nos ha pasado a todos por lo menos una vez. A mí me pasó un día que estaba reparando un pinchazo. El día antes me había quemado la mano y la llevaba vendada, así que me estaba costando lo suyo. De repente se me acercó un tipo y, sin preguntar, se puso a ayudarme. Cuando me volví me di cuenta de que era un KDP. Me sorprendió, pero él siguió a lo suyo.

—¿Le ayudó a cambiar la rueda?

—Sí. Como le decía, es gente muy rara. A veces empiezan haciéndote un favor y nunca piden nada a cambio. Cuando terminamos, me contó, así sin más, cómo me había quemado la mano y dijo que si me había pasado era para que él pudiera ayudarme y yo pudiera escuchar lo que él tenía que contarme. No sé cómo supo lo de mi mano, pero luego empezó a contarme más cosas.

—¿Como qué? —preguntó Decker.

—Bueno, cosas personales. Ya se lo he dicho, cosas de las que la gente prefiere no hablar.

—Oh —dijo Decker, que no pretendía ser indiscreto—. Me dice que *a veces* empiezan por hacerle a uno un favor. ¿Y las demás?

—Bueno, la mujer de mi vecino decidió seguir a un KDP por ahí, para intentar enterarse de qué es lo que le contaba a otra gente. Pero él se volvió, la llamó por su nombre y le dijo que era una cotilla y una mentirosa y que había robado dinero a su jefe. Y siguió y siguió. Ella echó a correr, pero él la persiguió. Cuanto más se alejaba, más fuerte chillaba él y más era la gente que le oía. Fue como si leyera una lista de todo lo malo que había hecho en su vida. Al final ella le rogó que parase y él le dijo que debía arrepentirse de sus pecados y seguir a Yeshua, y que si lo hacía, Dios le perdonaría todo.

Decker sacudió atónito la cabeza.

—Hay otra cosa curiosa sobre esta gente —añadió el taxista al rato—. Afirman que uno de sus líderes es el apóstol cristiano Juan.

Decker estaba a punto de pedir al taxista que se explicara cuando Christopher, que hasta entonces había permanecido en silencio y distraído, dio un respingo, como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué? —preguntó al taxista. Su voz estaba cargada de sorpresa y temor.

—Ya ve, ¿una locura, eh?

La frente de Christopher pareció arrugarse de dolor. Sus ojos se movían de un lado a otro, pero lentamente, como si en su mente se reprodujera una y otra vez una escena muy desagradable.

—Christopher, ¿te encuentras bien? —susurró Decker.

Christopher no contestó. Los siguientes minutos transcurrieron en silencio, pero Decker podía percibir que en la mente de Christopher se libraba una batalla. Al rato, Christopher pareció resignarse muy lentamente a lo que fuera que le estaba ocurriendo. Y por fin habló.

—Perdona que no te haya contestado —le dijo a Decker—. Acabo de recordar algo.

Decker no dijo nada, aunque era obvio que quería saber más. Pero aquél no era el lugar más adecuado para preguntar, tendría que esperar a estar en el hotel.

Media hora más tarde, el taxista detenía el coche a la entrada del Ramada Renaissance Hotel. La elección había sido de Decker. Era el mismo hotel en el que se habían alojado, veinte años atrás, él y Tom Donafin. Trató incluso de reservar las mismas habitaciones, pero estaban ocupadas. Al bajar del coche, los pensamientos de Decker se dividieron entre sus recuerdos y el deseo de saber qué era lo que Christopher había recordado en el taxi. El dolor en la mirada de Christopher se había disipado. Ahora se mostraba sumido en sus pensamientos.

\* \* \*

Unos treinta y cinco metros más allá, dos hombres los observaban desde la acera de enfrente.

—Ahí están —dijo el más menudo.

—Los veo —contestó el de la marca.

—Pues acabemos con lo que hemos venido a hacer.

El de la marca vaciló.

—Tal vez deberíamos esperar a que se separen.

—¿No habrás cambiado de idea, verdad, Scott? —dijo el menudo.

—No... Bueno... No sé; tal vez sí, Joel. Hasta ahora todo parecía tener mucho sentido, pero una vez aquí —Scott Rosen negó con la cabeza—, no sé, de repente no estoy tan seguro de hacerlo.

\* \* \*

Decker dio una propina al mozo que había subido las maletas hasta sus habitaciones, contiguas, y cerró la puerta. Christopher y él podían, por fin, hablar tranquilamente.

—¿Qué has recordado en el taxi? —preguntó. No quería perder ni un segundo más.

Christopher parecía que se afanaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Es algo sobre la crucifixión. Algo... —Christopher hizo una pausa y volvió a empezar—. Por alguna razón, lo que el taxista ha dicho del apóstol Juan me ha recordado... No sé, tal vez lo haya estado reprimiendo. Tal vez no quiera recordar.

—¿El qué? —azuzó Decker.

—La Biblia dice que fue Judas quien traicionó a Jesús. —Christopher sacudió la cabeza—. Siempre se le ha acusado a él, pero no fue Judas el que me traicionó<sup>[67]</sup>. Participó, pero le engañaron. El que le indujo a traicionarme fue Juan. Lo recuerdo con toda claridad —continuó Christopher—, pero sigo sin comprender por qué lo hizo. Juan era uno de mis mejores amigos. Y aun así me traicionó. Hizo que Judas se encargara del trabajo sucio y luego le culpó de todo. Pero fue Juan el que lo planeó. No sé cómo, pero convenció a Judas de que me entregara al *sanedrín* —el consejo supremo de los judíos—, para cumplir así con una profecía del Antiguo Testamento. Le dije que, cumplida ésta, yo invocaría los ejércitos de Dios para derrotar a las legiones romanas que ocupaban Israel y que instauraría un reino judío que sería como el paraíso terrenal.

»Lo recuerdo como si fuera ayer. Cuando estaba en la cruz, de entre todos los discípulos, Juan fue el único que se acercó hasta allí<sup>[68]</sup>. Yo sabía lo que había hecho. Al verle, pensé que había venido a pedir mi perdón. Le llamé para que se acercara y poder hablar con él. Le dije que sabía lo que había hecho. Para mi sorpresa, lo admitió abiertamente, pero sin remordimiento; fue casi como si presumiera de ello. Pero ante todos los demás, dejó que la culpa cayera sobre Judas. Y el pobre Judas, superado por tan inmerecida culpa, se ahorcó<sup>[69]</sup>.

»Intenté razonar con Juan. Le dije que, sólo con pedirlo, sería perdonado. Yo le

perdonaría y estaba seguro de que los demás también lo harían. Pero se negó. Se fanfarroneó de que Judas sería conocido siempre como el que traicionó al Mesías, y entonces se rió y dijo que a él se le recordaría como “Juan, el Amado”.

»Le dije que a pesar de su falta de arrepentimiento le perdonaba por lo que me había hecho, pero que no podía perdonar lo que le había hecho a Judas.

—Pero eso fue hace dos mil años —objetó Decker—. ¿Cómo iba Juan a estar vivo aún?

—No lo sé —contestó Christopher—. Pero sé que es él. Lo siento.

Decker se dio cuenta de que no tenía más remedio que confiar en que Christopher sabía de lo que hablaba, por increíble que sonara.

—¿Crees que sabe de tu existencia? —preguntó Decker.

—No lo creo.

—Tal vez haya sido un error venir a Israel. Si Juan cuenta de verdad con ciento cuarenta y cuatro mil seguidores, puede que éste no sea un lugar seguro para ti.

—No creo que haya de que preocuparse, Decker. Es imposible que sepa de mí. Sólo desearía poder entender por qué me traicionó.

\* \* \*

Decker y Christopher decidieron echarse unas horas y salir luego, por la tarde. Decker no había visto el Templo desde que se completó y Christopher, de sobra conocido en Israel como el hombre que había devuelto el Arca, había sido invitado por el sumo sacerdote a realizar una visita personal cuando quisiera. El acceso a buena parte del Templo estaba vetado a los no judíos, por lo que no podrían visitarlo en su totalidad, pero sí que podrían ver más que la mayoría.

Al despertar, Decker miró el despertador y comprobó que había dormido más horas de la cuenta. Eran casi las tres y media. Ahora le iba a costar mucho más adaptarse al horario de Israel, pero pensó que algo de sueño extra no iba a venirle nada mal a Christopher. Se vistió en un santiamén y llamó a la puerta que separaba las dos habitaciones para despertar a Christopher pero no recibió respuesta. Llamó de nuevo y a continuación abrió la puerta. La habitación estaba vacía. En el espejo había pegado con cinta adhesiva un mensaje con la caligrafía de Christopher: «He llamado a la puerta y no contestabas, así que he pensado dejarte dormir. Me voy un rato a dar una vuelta por el casco antiguo. Necesito tiempo para pensar. No me esperes si me retraso».

Decker decidió hacer lo mismo. El casco antiguo no era tan grande y tal vez se topara con Christopher por el camino.

\* \* \*



Mientras recorría las estrechas calles y los aún más angostos callejones de la ciudad, Decker recordó los días que había pasado allí con Tom Donafin. Entonces fue Tom quien se había dedicado a hacer turismo; él se había limitado a echar un vistazo a los folletos y postales que Tom traía de regreso al hotel. Decker se había estado reservando para cuando Elizabeth y las niñas llegaran para pasar la Navidad. Pero aquello nunca ocurrió. Decker suspiró. Aun después de tantos años, no había ni un día que no pensara en ellas y todavía las echaba muchísimo de menos.

A las cinco de la tarde, cuando el sol ya había empezado a ocultarse, Decker dio con un pequeño restaurante en un callejón y cenó allí. Luego regresó al hotel. Christopher todavía no había vuelto, así que dejó abierta la puerta que separaba sus habitaciones y se puso a ver una película hasta que se quedó dormido. Cuando despertó todavía era de noche y calculó que había dormido un par de horas. Se acercó a la habitación de Christopher y comprobó que estaba como antes; la nota seguía adherida al espejo. Decker volvió a su habitación para apagar el televisor y comprobó en el despertador de la mesilla de noche que ya eran casi las seis; Christopher había pasado fuera toda la noche. Decker corrió de vuelta a la habitación de Christopher como si aquello fuera a marcar alguna diferencia. No lo hizo.

Decker llamó al móvil de Christopher y comprobó que éste no se lo había llevado tan pronto lo oyó sonar en el interior de la maleta de Christopher. Llamó a recepción, pero el encargado del turno de noche no le había visto. Llamó al restaurante del hotel, pero estaba cerrado. Llamó al bar del hotel, pero también estaba cerrado. Entonces, de mala gana, llamó a Jackie Hansen a Nueva York. La cogió a punto de acostarse; ella tampoco había tenido noticias de él. Por último, llamó a la embajada italiana en Tel Aviv. Decker se identificó ante la persona de guardia, quien dada su insistencia mandó despertar al embajador. El embajador, molesto por que le hubiesen despertado, le dijo que no sabía nada de Christopher, que ni siquiera tenía noticia de que estuviera en el país. Aprovechó entonces la oportunidad para señalarle a Decker que el protocolo exigía notificar a la embajada siempre que un embajador visitaba el país. El embajador le recomendó a continuación que llamaran a la policía, pero Decker prefería esperar un poco más por si Christopher se presentaba antes. El embajador no quiso llevarle la contraria.

Decker bajó al vestíbulo a esperar e informó al recepcionista de dónde se encontraba por si recibía alguna llamada. El tiempo pasaba muy lentamente, pero Decker sintió que debía aguardar por lo menos hasta las ocho antes de telefonar a la policía. Cada pocos minutos comprobaba la hora en su reloj, y tan pronto marcó las ocho cruzó el vestíbulo para hacer la llamada. Se había metido la mano en el bolsillo para buscar algo de dinero suelto, cuando notó una presencia junto a él. Decker levantó la mirada. Allí, a menos de medio metro, se encontró con un rostro familiar al que hacía más de un año que no veía. Estaba bastante más delgado que la última vez, pero Decker le reconoció al instante.

—¿Subsecretario Milner? —dijo Decker sorprendido de encontrárselo allí.

—Hola, Decker —contestó Milner.

—Pero ¿qué hace aquí? —preguntó Decker mientras colgaba el auricular—. ¿Ha visto a Christopher?

—Christopher está a salvo —dijo Milner evitando responder directamente a la pregunta.

—¡Gracias a Dios! ¿Dónde está? Pensaba que a lo mejor le había secuestrado el... —Decker se detuvo en seco.

Pero Milner se encargó de terminar la frase.

—¿El KDP?

Decker no contestó, pero le sorprendió que Milner adivinara lo que estaba pensando.

—No —continuó Milner—. No digo que no les encantaría hacerlo, pero no, Christopher está a salvo.

—Bueno, entonces, ¿dónde está?

Milner extendió el brazo y apoyó su mano sobre el hombro de Decker.

—Mira —dijo.

Decker sintió una energía que brotaba de la mano de Milner y de repente pudo ver la imagen de Christopher en su mente. La escena era tan clara como la del vestíbulo que le rodeaba en ese momento. Christopher estaba sentado sobre una enorme piedra junto a la entrada de una cueva. Estaba solo y en una zona montañosa, que bien podía encontrarse en el desierto.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Decker.

—Está bien, aunque ya empieza a sentir hambre —Milner retiró la mano del hombro de Decker y la visión se desvaneció al instante.

—Si sabe dónde está, lléveme hasta él.

—Eso no es posible —repuso Milner—. Debemos dejarle a solas. Ha llegado el momento de que se prepare.

—De que se prepare ¿para qué? —interrogó Decker.

—Señor Hawthorne, el mundo está a punto de entrar en una era diferente a todas las experimentadas hasta ahora. Una era tan oscura y desoladora que la devastación de la Federación Rusa y lo que hemos venido a llamar el Desastre no son nada en comparación. Lamentablemente, no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Pero si nuestra especie ha de sobrevivir y cumplir su destino, lo hará solamente bajo el liderazgo de Christopher. Sin ese liderazgo, el mundo, tal y como lo conocemos, desaparecerá. Lo he sabido desde los años inmediatamente anteriores a la primera vez que le vi, y ahora tú lo sabes también. Lo que Christopher endurece ahora le preparará para ese momento.

Decker estaba demasiado estupefacto para responder de inmediato. En el fondo siempre se había preguntado si el nacimiento de Christopher no tenía un propósito más trascendental que el de mero producto del experimento de Harry Goodman. Pasados unos instantes consiguió formular una pregunta.

—¿Y qué hay del KDP?

—No le harán daño, aunque aprovecharían cualquier oportunidad para hacerlo.

—¿Quiénes son? —preguntó Decker—. ¿Forman ellos parte de todo esto?

—Sí, así es. Como sabes, Alice Bernley dirigía el Lucius Trust cerca de la ONU. Esa ubicación no era fortuita. El Trust ha funcionado durante años como una especie de centro de distribución de información para miles de lo que llamamos grupos Nueva Era de todo el mundo. —Decker hizo ademán de hablar, pero Milner se anticipó a lo que iba a decir y continuó—: Lo de la Nueva Era es más que una moda pasajera. Es el resultado del desarrollo, de la maduración de la especie humana antes de la última y más gloriosa etapa de su evolución. La humanidad se encuentra a punto de dar un salto evolutivo que la emplazará por encima de su situación actual, tanto como lo está ahora sobre las hormigas del suelo del bosque.

»El KDP tenía que haber sido la punta de lanza —continuó Milner—. Por desgracia, en el momento mismo de su concepción fue desviado de su curso por los dos hombres que ahora lo lideran.

—¿Y uno de ellos es el apóstol Juan? —preguntó Decker.

—Sí —asintió Milner, aparentemente nada sorprendido de que Decker estuviera al tanto—. ¿Has oído hablar de esa extraña habilidad que tiene el KDP de conocer el pasado de las personas?

—Sí.

—Pues no es más que una débil demostración de lo que está por llegar. Pronto esa capacidad no será más que una luciérnaga en el rutilante sol. Poderes como ése deberían ser empleados para indagar en los corazones de los demás, hallar los reductos más necesitados de compasión y así poder ofrecerles consuelo. En su lugar, bajo el liderazgo de Juan y otro hombre llamado Saul Cohen, emplean ese don para escarbar en lo que todos preferiríamos olvidar, y con sus garras abrir salvajemente las viejas heridas y dejar a la intemperie las debilidades humanas. Y más aún, esto es la menor maldad de la que es capaz su monstruosa crueldad. Sus poderes para hacer el mal superan con creces la imaginación de una mente sana. La sequía que Israel ha sufrido los últimos dieciséis meses es obra de ellos. Y harán cosas mucho peores antes de que todo haya pasado.

—¿Y qué se puede hacer para detenerlos?

—Nosotros solos no podemos hacer nada. El destino del mundo y de la humanidad depende enteramente de aquel al que has criado como a un hijo. El final no está ni mucho menos escrito. Esperemos que esté a la altura de la tarea que le ha sido encomendada.

Ambos permanecieron en silencio durante unos instantes. A Decker le costó un poco empezar a comprender la magnitud de lo que Milner acababa de contarle.

—¿Y cuánto tiempo tendrá Christopher que permanecer ahí afuera? —preguntó Decker rompiendo por fin el silencio.

—Cuarenta días.

—¡Cuarenta días! —exclamó Decker en un tono tan alto como para que pudiera oírsele en todo el vestíbulo.

—Es la única manera —añadió Milner, y exageró su susurro para que Decker bajara de tono.

—Pero si antes no se congela o se muere de sed, ¡morirá de hambre!

—No le ocurrirá nada por el estilo, aunque es verdad que la prueba va a ser brutal e inhumana. Pero está allí por voluntad propia. Si lo desea, puede retirarse de su preparación cuando quiera.

—Entonces me quedaré aquí a esperarle —dijo Decker.

—Tú también debes hacer tu elección —dijo Milner—. Pero aquí no puedes hacer nada. Si regresas a Nueva York es posible que cuando Christopher vuelva puedas proporcionarle información esencial, que le ayudará a tomar las decisiones necesarias.

Decker supo que no tenía elección; su deber era regresar a Nueva York. Pero también sentía claramente la inquietud que le producía dejar allí a Christopher. Estaba convencido de que Milner jamás toleraría que le ocurriera nada malo; aparte de Decker, no había nadie tan próximo a Christopher, y en algunos aspectos Milner lo estaba aún más que él. No obstante, podía llegar a tratarse de un asunto de vida o muerte. Milner leyó la preocupación en los ojos de Decker y volvió a apoyar la mano sobre su hombro. De repente, una sensación de paz absoluta como nunca había sentido invadió a Decker al tiempo que su ansiedad se desvanecía por completo.

—¿Se quedará usted aquí? —preguntó Decker.

—Sí. No puedo acompañarle, pero permaneceré tan cerca de él como me sea posible.

Decker asintió para indicar que estaba de acuerdo.

—Voy a coger el próximo vuelo disponible, pero pienso estar de regreso dentro de treinta y ocho días, antes de que vuelva Christopher.

—Bien —dijo Milner—. Ahora debo irme.

Decker le dio un fuerte apretón de mano, y Milner se giró para irse, pero se detuvo antes de dar el tercer paso.

—Oh, Decker —dijo, sin volverse del todo hacia él—, sobre todo ten cuidado con el embajador Faure.

—¿Acaso tiene él algo que ver con todo esto?

—No exactamente —dijo Milner—. Pero es un hombre muy ambicioso que no se detendrá ante nada hasta conseguir ser secretario general. Las fuerzas contra las que luchamos acostumbran a valerse de hombres como él para alcanzar sus fines.

**SIN DETENERSE ANTE NADA**

NUEVA YORK, NUEVA YORK

—¿De regreso tan pronto? —preguntó Jackie Hansen cuando Decker entró en la sede de la misión italiana en Nueva York—. No os esperaba hasta dentro de una semana, como mínimo.

Decker se dirigió hacia el despacho de Christopher y, sin decir palabra, le hizo una señal a Jackie para que le siguiera.

—¿Qué ocurre? —preguntó ésta una vez hubo cerrado la puerta—. ¿Dónde está Christopher?

—Sigue en Israel —contestó Decker—. Va a quedarse allí por lo menos un mes y medio más.

Decker quería que su explicación fuera lo más sencilla posible, pero no iba a ser fácil.

—¡Un mes y medio! —exclamó Jackie—. ¡No puede hacer eso! Tiene asuntos que atender, reuniones a las que asistir, citas que respetar. —Decker levantó las manos para detener a Jackie y poder él continuar con su explicación, pero el gesto nunca la había detenido en el pasado y tampoco lo iba a hacer ahora—. Voy a darle un telefonazo y recordarle un par de cosas, por si acaso. ¿Cuál es el número de teléfono del hotel?

—No está en ningún hotel...

—De acuerdo. Entonces, ¿cuál es el número del lugar donde se hospeda?

—Jackie, está ilocalizable.

—Bueno, pues entonces le llamaré al móvil.

—¡Ya está bien, Jackie! No lleva el móvil encima. Por favor, ¿quieres escuchar un momento? —Jackie se cruzó de brazos y paró de hablar. Ahora, aunque fuera por un instante, le estaba escuchando. Decker aprovechó la oportunidad al vuelo—. Nos encontramos con Robert Milner.

Jackie dejó que su cuerpo descansara contra el borde de la mesa de Christopher.

—¿Se encuentra bien? ¿Está vivo? —preguntó. Después de dieciséis meses sin noticias suyas, no había que descartar nada.

—Está bien. No tenía mal aspecto.

La noticia del encuentro con Milner surtió el efecto que Decker esperaba. Tal vez ahora pudiera intentar explicarle a Jackie el resto sin interrupción.

—Christopher está con él —continuó. No era del todo verdad, pero facilitaba mucho las cosas.

—Bueno, pero estarán alojados en algún sitio —dijo Jackie volviendo al ataque.

—Sí, claro. Pero no tienen teléfono y no hay manera de contactar con ellos.

Aquello, evidentemente, carecía de sentido para Jackie.

—¿Te refieres a que están de acampada o algo así? —preguntó. Era lo único que se le ocurría.

—Bueno, sí. Supongo que podría llamársele así.

—Pero si es pleno invierno, ¿se van a congelar!

A Decker se le habían agotado las excusas.

—Mira, no te preocupes, no les pasará nada. Ya sabes cómo soy con Christopher; para mí es casi como un hijo, la única familia que he tenido desde el Desastre, y no le habría dejado allí si no estuviera seguro de que va a estar bien.

Al pronunciar aquellas palabras, Decker se dio cuenta de que no sólo iban dirigidas a Jackie, también intentaba convencerse a sí mismo de que había tomado la decisión correcta.

—Pero ¿por qué no ha telefoneado siquiera?

—Ya sé que suena muy raro —dijo Decker—, pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

La expresión de Jackie le confirmó lo acertado que había estado al decir que todo aquello sonaba muy extraño.

—Mira —continuó—, yo tampoco lo entiendo del todo. Milner dijo que tenía que ver con no sé qué de la Nueva Era.

—Oh —dijo Jackie no tanto como si aquello lo explicara todo, sino más bien como si de repente ya no necesitara más explicaciones—. Bueno, eh... Supongo que entonces será mejor que me ponga de inmediato a cancelar las citas de Christopher.

El repentino cambio de actitud de Jackie dejó atónito a Decker, pero se alegró de no tener que ofrecer más explicaciones sobre la ausencia de Christopher. Ahora podía concentrarse en intentar aliviar su propia ansiedad por haberle dejado en Israel, algo que en ese momento supo que no iba a ser nada fácil.

—Jackie, hay otra cosa —añadió Decker—, para la que necesitaría que me echaras una mano. Cuando Milner y Christopher hayan acabado con lo que quiera que estén haciendo en Israel, se supone que he de reunirme con ellos allí e informar a Christopher de todo lo que haya acontecido en la ONU durante su ausencia; no sólo de los asuntos concernientes a Italia o Europa, de todo. Voy a encargar a alguien de mi despacho que reúna y archive todos los comunicados de prensa que emita la Oficina de Comunicación de la ONU. Yo me encargaré personalmente de los informes, estudios, discursos, libros blancos, etc. Pero Christopher está particularmente interesado en todo lo referente a los movimientos del embajador Faure, y como sé que tú tienes amigos en prácticamente todos los despachos...

—No en el de Faure —cortó Jackie.

—¿Y a través del Lucius Trust? —sugirió Decker.

—Faure tiene prohibido a los miembros de su despacho que se relacionen con el Trust.

—¡Bromeas! Impedir la libre asociación de tus empleados va contra los derechos

humanos y el derecho del trabajo.

—Bueno, no es que lo prohíba exactamente. Se trata más bien de un sistema de contratación muy selectivo. El subsecretario Milner estudió el caso hace unos años y no parece que haya por donde cogerlo.

—Vaya —dijo Decker.

—A lo mejor alguno de mis amigos conoce a alguien del despacho de Faure —apuntó Jackie—. Trataré de enterarme.

—Perfecto —dijo Decker—. Pero ándate con pies de plomo. Podría hacernos mucho daño que Faure se enterara de algo de esto.

—Por supuesto —repuso Jackie.

\* \* \*

Dos días después Jackie Hansen dio con la persona que buscaban, un conocido del Lucius Trust que a su vez tenía un amigo que ocupaba un puesto de escasa responsabilidad en el despacho de Faure. Ello significaba que la información que pudiera proporcionar estaría limitada a lo que se decía en el despacho, a lo que aquel amigo recordara y cómo de bien lo recordara, y en definitiva a lo que estuviese dispuesto a contarle después al conocido de Jackie. Esa información pasaría finalmente a Jackie, quien debía encargarse de pasársela por escrito a Decker. Para cuando le llegara a él, los datos habrían pasado ya por cuatro personas, pero Decker sabía por su larga experiencia periodística que cualquier información, por mínima que fuera, podía ser importante.

Las primeras en llegar fueron una serie de vagas informaciones sobre la presión a la que Faure estaba sometiendo al general Brooks para que pusiera fin a la guerra lo antes posible; pero aquello tenía poco de novedoso. Sin embargo, sí que explicaba que una semana antes Brooks hubiera lanzado un ultimátum a los comerciantes de armas chinos para que interrumpieran de inmediato la venta de armamento a las naciones en guerra. La iniciativa no sentó nada bien al embajador Fahd, representante permanente de Oriente Próximo ante el Consejo de Seguridad. El armamento chino no se estaba vendiendo precisamente a las «naciones en guerra», como decía Brooks; para ser más exactos se estaba vendiendo solamente a una de ellas, Pakistán, que pertenecía a la región que Fahd representaba. El cese de la venta sólo iba a beneficiar a la India. Y Pakistán no era el único país de Oriente Próximo afectado, porque el armamento se estaba comprando con dinero procedente de la venta de petróleo.

Fahd intentó que el Consejo de Seguridad condenase el ultimátum de Brooks, pero sólo recibió el apoyo del representante de África occidental. El Consejo no deseaba interferir en las actuaciones de la Organización Mundial de la Paz. Su cometido se circunscribía al ámbito político, y no al táctico. De esta manera, se podía contar con la no intervención del Consejo de Seguridad siempre y cuando las operaciones del general Brooks respetaran las convenciones de la carta de la OMP.

China se abstuvo en la votación. La embajadora Lee creyó que un voto de condena al general Brooks podía interpretarse como el respaldo de su país a la venta. La postura oficial de China, a la vez que contraria a la venta de armas, defendía también la no intervención de su gobierno en el derecho de sus ciudadanos a comerciar libremente. La embajadora Lee, no obstante, se había apresurado a prohibir a Brooks tajantemente que cruzara la frontera de China con el fin de hacer efectivo su ultimátum. Cualquier operación destinada a interrumpir el comercio de armas desde China tendría que efectuarse en la frontera con Pakistán. Iniciativa que fue aprobada por el Consejo con nueve votos a favor y uno en contra, el de la India.

Casualmente, aquélla fue una de las últimas intervenciones de la embajadora Lee como miembro del Consejo de Seguridad. Dos días después, mientras daba su habitual paseo matinal, la embajadora era atropellada por un conductor que se dio a la fuga, y fallecía de camino al hospital. El Consejo votó entonces a favor de la suspensión de las actividades durante dos semanas, a fin de que China tuviera tiempo de elegir a un sustituto. Tras la celebración de una misa conmemorativa en el Salón de la Asamblea General, el cuerpo de la embajadora fue repatriado a China para el entierro.

#### DOS SEMANAS DESPUÉS

—Bienvenido, embajador.

—Gracias, Gerard —contestó el embajador Faure mientras colgaba el abrigo.

—¿Qué tal el viaje?

—Demasiado largo. Nos han hecho esperar más de dos horas en el aeropuerto De Gaulle antes de despegar.

Faure se sentó a la mesa de su despacho y empezó a hojear una pequeña y aseada pila de papeles.

—¿Qué noticias tenemos del general Brooks? —preguntó a su jefe de gabinete sin levantar la mirada.

—Todo parece ir de maravilla. Tal y como usted pronosticó, la prohibición de la entrada de armas chinas a Pakistán ha decantado la balanza a favor del ejército indio. El general Brooks estima que la medida tardará todavía dos semanas en surtir todo su efecto, pero yo creo que podemos contar ya con una rápida solución del conflicto y, lo que es más importante, con el apoyo de la India a su próxima candidatura a la Secretaría General. Estoy convencido de que el embajador Gandhi ya no podrá negarse a votar a su favor, dadas las circunstancias.

—Bien. ¿Y qué hay de nuestras relaciones con el embajador Fahd? ¿Alguna novedad?

—No. Pero tendrá la oportunidad de tantearle mañana mismo, he concertado un almuerzo con él. Que sepamos, no hay indicios de que el embajador le culpe a usted personalmente de las actuaciones del general Brooks. Creo que su apoyo a la moción



que presentó la embajadora Lee a favor de prohibir la entrada de las fuerzas de la ONU en territorio chino ha hecho mucho para disociarle de Brooks en la mente de la mayoría de los miembros del Consejo de Seguridad.

Faure no contestó; uno de los documentos de la pila de papeles que hojeaba había acaparado toda su atención. Poupardin reconoció el gesto y esperó en silencio a que Faure terminara de examinarlo. Pasados unos instantes, Faure reemprendió el repaso del resto de papeles que quedaban en la pila y retomó la conversación por donde la habían dejado.

—Sí —dijo con una sonrisa—. Ni planeándolo habría salido mejor.

—Unas pocas casualidades más y podría haber contado con el apoyo de China sin necesidad de...

—El azar es un aliado extremadamente imprevisible, Gerard —reprendió Faure—. Además, no podemos permitirnos el lujo de esperar a que la fortuna se ponga de nuestra parte. Ten esto presente, si no se elige a un nuevo secretario general de aquí a seis meses, es seguro que el Consejo de Seguridad prescindirá para siempre del cargo y establezca que sus responsabilidades recaigan de forma rotativa en los miembros del Consejo. Debemos construir nuestra propia fortuna.

Poupardin asintió conforme.

—¿Qué pasa con China? —preguntó Faure.

—Mañana tiene programada una cena con el nuevo embajador chino. Le he preparado un pequeño dossier. —Poupardin entregó el expediente a Faure—. No creo que encuentre nada alarmante en él. Todos nuestros informes lo describen como un hombre razonable. No espera ninguna promesa. Su criterio a la hora de elegir al nuevo secretario general depende básicamente de que el candidato se muestre receptivo para atender con objetividad lo que China tenga que decir.

—Bueno, creo que podré convencerle de que seré todo oídos —dijo Faure con una sonrisa.

—Claro está que —continuó Poupardin—, puesto que no pide nada a cambio, tampoco podemos contar con su apoyo. Pero si pudiese convencerle de que su mandato estará abierto a cualquier sugerencia, entonces creo que podemos confiar en que por lo menos no vete su candidatura.

—Excelente —dijo Faure, y apiló de nuevo los papeles en un montón sobre su mesa—. Yo diría que nos ha salido barato el cambio de embajador, entonces.

—Sí, señor.

—¿Y qué hay de Kruszkegin?

—Estamos estudiando su agenda detenidamente para dar con la oportunidad adecuada.

—No dejes de informarme de todos los detalles antes de autorizar cualquier maniobra. No podemos cometer ningún error.

—Sí, señor.

—Muy bien, pues si no hay más asuntos urgentes que tratar... —dijo Faure

abriendo su maletín—. Ten, te he conseguido unos vídeos muy interesantes mientras esperaba en París. Son de lo mejorcito.

—Tienen muy buena pinta —dijo Poupardin mientras cogía los discos que le tendía Faure y examinaba con avidez las fotografías de una de las cubiertas—. Podemos verlos juntos cuando vengas esta noche.

—Suenan muy apetecibles, Gerard, pero prometí a Suzanne y a Betty que las sacaría a cenar en cuanto regresara —dijo Faure refiriéndose a su esposa y su hija. Poupardin estaba visiblemente decepcionado—. Lo siento, Gerard —dijo, y echó un vistazo al reloj—. Pero disponemos de unos minutos ahora, si te apetece.

Poupardin sonrió y se fue a cerrar la puerta con llave.

\* \* \*

El sustituto de la embajadora Lee era mucho más joven, un hombre de poco más de cincuenta años. Su capacidad para el ejercicio de sus responsabilidades no tardaría en ser puesta a prueba. El Consejo de Seguridad reanudó sus trabajos con el amargo sabor de los primeros frutos del ultimátum del general Brooks y el consiguiente bloqueo de la frontera chino-paquistaní. Las tropas de la ONU, que se habían visto obligadas a fijar posiciones para hacer cumplir el bloqueo, no tardaron en convertirse en el blanco de francotiradores y guerrilleros paquistaníes. El gobierno paquistaní condenó oficialmente los ataques y los atribuyó a grupos independientes que nada tenían que ver con el ejército paquistaní. Aprovechó además la ocasión para elevar de nuevo sus protestas acerca de lo que consideraba la violación por parte de las fuerzas de la ONU de su carta de naturaleza y del acuerdo firmado con Pakistán para el emplazamiento de tropas en su frontera, por cuanto que el bloqueo le había sido impuesto en contra de sus intereses. El gobierno paquistaní había procedido después a justificar su pasividad ante los ataques de la guerrilla aludiendo que el contingente militar disponible se encontraba destinado en otros emplazamientos.

Pero aún agravaban más la situación las amenazas de una milicia de insurrectos que se hacía llamar Guardia Islámica Paquistaní. Todo apuntaba a que la Guardia Islámica, temerosa de que la guerra no tardaría en decantarse del lado de la India, había colocado bombas nucleares en ocho grandes ciudades indias. La probabilidad de que la Guardia hubiese adquirido armamento nuclear era remota, pero la magnitud de la amenaza no pudo más que obligar al Consejo de Seguridad a tomársela en serio. Las reivindicaciones de la Guardia eran claras. Para empezar, exigía la retirada de territorio paquistaní de todas las fuerzas indias y de la ONU, y en segundo lugar India debía, además, renunciar al control sobre la tan largamente disputada provincia de Jammu Cachemira a favor de Pakistán. El primer ministro Rajiv Advani no tenía intención alguna de ceder a estas exigencias, y por el momento se había limitado a lanzar insultos y amenazas.

## EL PODER EN ÉL; EL PODER EN TODOS NOSOTROS

### DESIERTO DE ISRAEL

Acababa de amanecer. Robert Milner guiaba a Decker Hawthorne, que al volante de un Jeep de alquiler atravesaba el puerto de montaña para reunirse con Christopher. Había cargado el coche con comida, agua embotellada y un botiquín de primeros auxilios. En su mente se alternaban la preocupación por el estado en el que iban a encontrar a Christopher y la expectación por lo que Robert Milner le había contado en el vestíbulo del Ramada Renaissance cuarenta días atrás. La desnudez del paisaje le trajo recuerdos de su estancia en el desierto dieciocho años antes, cuando él y Tom Donafin habían recorrido el Líbano en dirección a Israel antes de ser rescatados por Jon Hansen. De repente, le embargaron los sentimientos encontrados que sintió entonces cuando allí tumbado en el suelo, atrapado en la alambrada y con tres rifles apuntándole directamente a la cabeza, había reconocido de repente el emblema de la ONU en los cascos de los soldados y caído en la cuenta de que él y Tom estaban a salvo.

Las otras veces que, en el pasado, había rememorado ese momento, Decker había atribuido su suerte a que se encontraba, una vez más, en el sitio adecuado en el momento oportuno. Ahora no podía sino pensar que era mucho más que eso. De no haber ocurrido, no habría conocido a Jon Hansen y menos aún habría acabado siendo su jefe de prensa. Y de no haber trabajado para Hansen, después secretario general, Christopher no habría disfrutado de las mismas oportunidades para trabajar en la ONU, dirigir luego una de sus agencias más importantes y finalmente convertirse en embajador de la ONU ante el Consejo de Seguridad. Aquello era más que suerte.

Se le ocurrió que la cadena de acontecimientos no había empezado en aquella carretera del Líbano. Antes estaban la destrucción del Muro de las Lamentaciones, y el secuestro de Tom y él; y aún antes de eso, todo lo que había hecho posible que viajara a Turín. Estaba claro que sin aquel viaje a Italia él no habría recibido jamás, aquella fría noche de noviembre, la llamada del profesor Harry Goodman invitándole a visitarle en Los Ángeles para compartir su descubrimiento sobre la Sábana Santa.

Sin dejar de pensar en la sucesión de circunstancias que le habían llevado hasta ese momento preciso, Decker intentó dar con el eslabón más débil de la cadena, con el suceso en apariencia menos importante sin el cual nada de lo demás habría sucedido.

—Hay cosas que debemos atribuir al destino —dijo Robert Milner rompiendo el silencio. Era como si le hubiera estado leyendo el pensamiento.

—Oh... sí, supongo que sí —repuso Decker.

Pocas veces se había sentido Decker tan impaciente como los días antes de su

partida hacia Israel en busca de Christopher. Hubo momentos en los que apenas podía concentrarse en su trabajo, tan obsesionado estaba en contar los días que faltaban para el regreso de Christopher e imaginar lo que ocurriría después. Milner había hablado de una era tan oscura y desoladora que la devastación de la Federación Rusa y el Desastre no serían nada en comparación. El horror de ese pensamiento quedaba mitigado por la esperanza de que Milner también pudiera prever el futuro. De momento no había ocurrido ningún cataclismo, eso era evidente, aunque los disturbios en India y Pakistán bien podían ser el anuncio de lo que estaba por llegar. Decker supo entonces que no le quedaba más remedio que aceptar las cosas como vinieran, pero deseaba no tener que pensar una y otra vez en ello, sobre todo si, como decía Milner, aquellos sucesos eran inevitables.

En la pista, más adelante, empezó a tomar forma lo que hasta entonces no había sido más que una mancha borrosa. De haberla visto antes, Decker la habría tomado por un arbusto o por el tocón de un árbol o por un animal, pero hasta el instante en que la vio se había fundido tan bien con el fondo que parecía formar parte intrínseca del paisaje.

—Ahí está —dijo Milner.

Decker pisó con fuerza el acelerador. Mientras se acercaban, volvió a preguntarse en qué estado se iban a encontrar a Christopher. La última vez que estuvieron juntos, Christopher le había dicho que empezaba a cuestionarse si su vida no había sido un error. Ahora, cuarenta días después, se había convertido, según Milner, en el hombre que habría de conducir a la humanidad a «la última y más gloriosa etapa de su evolución».

Un instante después pudieron verle con claridad. Llevaba el abrigo y las ropas sucios y hechos jirones. Estaba flaco, pero fornido. En aquellos cuarenta días, el pelo le había crecido hasta tapanle las orejas y ahora lucía una espesa barba. Cuando Decker vio su cara, le asombró por un momento el impresionante parecido con el rostro de la Sábana. Aunque con una gran diferencia, no obstante. El semblante de la Sábana destilaba serenidad y aceptación ante la muerte. La expresión de Christopher era la de un hombre decidido a cumplir con su misión.

Milner fue el primero en bajar del Jeep. Corrió hasta Christopher y le abrazó. Las palmadas que le dio en la espalda levantaron una pequeña nube de polvo. Christopher se acercó entonces a Decker, que le tendió la mano. Éste la rechazó y en su lugar le estrechó también entre sus brazos. A pesar del mal olor que despedía, Decker prolongó el abrazo durante un buen rato.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Decker—. Estaba preocupado por ti.

—Sí, sí. Estoy bien. —Entonces se giró levemente para dirigirse a Decker y Milner, y continuó—: Ahora lo veo todo con claridad. Formaba parte del plan.

—¿De qué plan? —preguntó Decker.

—He hablado con mi padre. Quiere que concluya su tarea.

—Te refieres a... ¿Dios? ¿Has hablado con Dios?

Christopher asintió.

—Sí —dijo en voz baja—. Quiere que complete la misión que empecé hace dos mil años. Y voy a necesitar vuestra ayuda.

Decker se sentía como en la cresta de una ola gigante. De repente, su vida tenía más sentido de lo que jamás pudo imaginar. Había creído lo que Milner le contó sobre el destino de Christopher; de lo contrario, nunca habría dejado a Christopher solo en el desierto. Pero entonces todo había sido teórico. Ahora lo escuchaba de los labios del propio Christopher. Aquél era un momento de inflexión del que no había marcha atrás no sólo en las vidas de aquellos tres hombres, sino en el transcurso mismo del tiempo. Igual que la venida de Cristo había dividido el tiempo en un antes y un después, ésta se convertiría también en una línea de demarcación a partir de la cual iba a medirse todo lo demás. Éste era, sin duda, el nacimiento de una Nueva Era. Decker deseó que Elizabeth estuviera viva para compartir el momento con ella.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —consiguió decir Decker.

—Debemos regresar a Nueva York de inmediato —contestó Christopher—. Hay millones de vidas en juego.

\* \* \*

Antes de salir de Nueva York, Decker había pedido prestado un jet privado a David Bragford, a quien le contó que era para Milner. Tal y como había planeado, el jet y la tripulación esperaban, cuando Decker, Christopher y Milner llegaron al aeropuerto Ben Gurion. Decker le había traído a Christopher algo de ropa y artículos de afeitado, pero aunque aceptó con gusto la ducha del avión de Bragford y el cambio de ropa, Christopher decidió desechar la maquinilla y conservar la barba.

Mientras degustaba su primera comida en cuarenta días, Decker le resumió todo lo acontecido en la ONU. Luego, Christopher se dedicó a estudiar con suma atención el montón de documentos que Decker había traído para que él examinara.

\* \* \*

A las tres horas de vuelo, uno de los miembros de la tripulación entró en la cabina con un gesto de honda preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Decker.

—Señor —dijo—, el comandante acaba de escuchar el parte de radio. Al parecer, ha estallado la guerra nuclear en la India.

—Llegamos tarde —susurró Christopher para sí al tiempo que hundía el rostro entre las manos.

El miembro de la tripulación continuó.

—La Guardia Islámica Paquistaní ha detonado dos bombas nucleares en Nueva

Delhi. Hay millones de muertos.

Permanecieron en silencio, sobrecogidos, durante un buen rato, luego Decker se dirigió a Milner.

—Esto es de lo que hablabas en Jerusalén, ¿verdad?

—Sólo el comienzo —dijo Milner, que se inclinó hacia adelante y pulsó el mando a distancia para encender la televisión por satélite.

En la pantalla apareció, casi al instante, el hongo de la primera bomba atómica que había estallado en Nueva Delhi. Pareció que la espesa nube de escombros hacía retroceder el cielo como un inmenso rollo de pergamino viejo y resquebrajado. Dos días después de que la Guardia Paquistaní hiciera pública la colocación de artefactos nucleares, la cadena de televisión había instalado cámaras de control remoto que grababan sin cesar desde las afueras de las ciudades señaladas, por si la Guardia hacía efectivas sus amenazas. Aun a dieciséis kilómetros de distancia, la cámara empezó a vibrar violentamente cuando la colosal onda expansiva de la explosión hizo temblar la tierra. Ante la cámara, varios cientos de metros más allá, un pequeño edificio de dos plantas se vio sacudido por el temblor antes de venirse abajo. Un instante después, un brillante resplandor en la pantalla marcaba el momento de la segunda explosión.

«Esto es lo que ocurría hace aproximadamente una hora —dijo el comentarista, su voz sembrada de terror—, cuando dos explosiones atómicas, detonadas por la Guardia Islámica Paquistaní, sacudían el subcontinente indio. Se cree que la acción podría responder a la prohibición de entrada de armas en Pakistán desde China y al nuevo ultimátum lanzado por el general Brooks, comandante en jefe de las fuerzas de la ONU destacadas en la región. Fuentes próximas a la Guardia Islámica Paquistaní informan de que los líderes del movimiento estaban convencidos de la inminente localización de las bombas por parte de fuerzas especiales de la ONU, lo que habría situado a la India en una posición más que favorable para, definitivamente, invadir Pakistán.

»Escasos minutos después de las explosiones, el gobierno paquistaní condenaba el ataque de la Guardia e insistía en calificar el movimiento como un grupo insurrecto sin relación alguna con el gobierno paquistaní. Pero, para entonces, la India ya había lanzado contra Pakistán su respuesta en forma de dos misiles de cabeza nuclear. China, que al parecer ya estaba preparada para contrarrestar la respuesta de la India, ha puesto en marcha sus sistemas de interceptación, que han neutralizado con éxito los misiles indios antes de que alcanzaran su objetivo.

»Antes de este lanzamiento, China había intentado permanecer neutral durante el largo conflicto entre sus vecinos. Neutralidad que, no obstante, ha sido puesta en entredicho con frecuencia, por haber sido comerciantes chinos los principales suministradores de armamento de Pakistán.»

Mientras Christopher, Decker y Milner miraban la televisión, no dejaban de llegar nuevas informaciones. La guerra estaba desarrollándose a un ritmo frenético. En

respuesta a la intervención de China, la India había lanzado un ataque convencional contra sus estaciones de interceptación y enviado al mismo tiempo cinco misiles más contra Pakistán. Tres consiguieron ser neutralizados; dos alcanzaron sus objetivos.

Pakistán respondió entonces al ataque indio con el lanzamiento de sus propios misiles nucleares, y escasos minutos después, la Guardia Islámica Paquistaní detonaba el resto de las bombas colocadas en ciudades indias.

Durante una tregua momentánea en los ataques, la cadena dio paso a las imágenes que le llegaban vía satélite de una cámara instalada en un vehículo de exploración por control remoto y que mostraban las primeras escalofriantes escenas de los suburbios de Nueva Delhi. Todo se encontraba envuelto en llamas. Las calles estaban sembradas de escombros. En el cielo, una espesa humareda negra procedente de los incendios y la lluvia radioactiva ocultaba el sol poniente como un paño negro. Por todas partes yacían cientos de personas, muertas o agonizantes. Justo delante del vehículo, apareció de repente, despatarrado en medio de la calle, el cuerpo casi desnudo de una joven india. La ropa, salvo unos pocos jirones, se había quemado por completo. En las partes menos abrasadas de su cuerpo, donde todavía quedaba algo de piel, el estampado de flores del sari que vestía se había grabado en su carne como un tatuaje.

Sentada junto al cuerpo de la joven, aturdida, una niña de tres o cuatro años alzó la vista hacia el vehículo y empezó a gritar. Las bombas no habían sido tan compasivas con ella como con su madre; en los dos o tres días siguientes se iría apagando poco a poco hasta que la vida, finalmente, la dejara ir. La cámara se posó sobre ella durante unos instantes. Tenía la piel cubierta de ampollas abiertas.

Christopher apartó la mirada de la pantalla.

—Yo podía haberlo evitado —dijo.

Sus palabras tardaron un poco en traspasar el espanto y registrarse en la mente de Decker.

—Christopher, no había nada que pudieras hacer —contestó Decker—. Es inútil que te echés la culpa.

—Pero algo *sí* que podía haber hecho. Antes de salir de Nueva York te dije que Faure iba a hacer algo que desencadenaría una catástrofe, y que nada de lo que yo hiciese podría evitarlo. Pero no era verdad. Había una cosa que *sí* podía haber hecho. Y ahora, por culpa de mi indecisión, han muerto millones de personas y van a morir muchas más. Incluso después de la guerra seguirán muriendo a causa de la lluvia y el envenenamiento radioactivos. Y si la ONU no acude de inmediato en su ayuda, morirán muchos millones más de hambre y enfermedades.

—Pero es absurdo que te culpes por esto. Si todo es el resultado de alguna decisión de Faure, entonces la responsabilidad es suya y solamente suya.

—Oh, claro que la responsabilidad es enteramente de Faure. Fue él quien restituyó al general Brooks y lo puso de nuevo al mando, y fue él quien indicó a Brooks que lanzara los dos ultimátum. Con el primero, Faure pretendía rematar la

guerra a favor de la India. A cambio esperaba obtener el apoyo de Nikhil Gandhi a su candidatura a futuro secretario general. Con el segundo ultimátum, Faure creyó que podría doblegar a la Guardia Islámica. El general Brooks le aseguró que la Guardia no tenía colocadas bombas atómicas en la India, ¡pero Faure sabía el riesgo que estaba corriendo! Si no había bombas, el ultimátum destaparía el farol de la Guardia India. Por otra parte, si la amenaza era real, Faure sabía que la guerra desestabilizaría la India hasta tal punto que Gandhi tendría que regresar casi con toda seguridad para la reconstrucción y entonces, Rajiv Advani le sustituiría como miembro permanente en el Consejo de Seguridad. Fuere cual fuere el resultado, Faure sabía que saldría beneficiado.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Decker, incapaz de creer que Faure sacrificase tantas vidas para convertirse en secretario general.

—Lo estoy —repuso Christopher—. No digo que Faure pretendiera desencadenar una guerra nuclear. Pero con su inagotable ansia de poder, su desidia al frente de la OMP y la designación de hombres corruptos, Faure creó el ambiente propicio para una guerra. Luego, en su desesperada carrera por convertirse en secretario general, lanzó a los combatientes uno contra otro.

—Christopher tiene razón —afirmó Milner.

—Faure también es el responsable del asesinato de la embajadora Lee —añadió Christopher—. Y ahora planea el de Yuri Kruszkegin. No hay nada que no sea capaz de hacer con tal de alcanzar sus objetivos. He de detenerle ahora, antes de que haga más daño.

—¿Y por qué no se limitó a asesinar a Gandhi, en lugar de comprometer tantas vidas? —preguntó Decker, que todavía intentaba asimilar la magnitud de la maldad de Faure.

—La muerte de la embajadora Lee se atribuyó a un accidente —contestó Milner—. Y muchos considerarían la de Kruszkegin una mera coincidencia. Pero nadie atribuiría al azar la muerte de tres miembros permanentes, sobre todo si al poco tiempo Faure consigue la Secretaría General precisamente gracias a la sustitución de esos representantes. Además, el asesinato de Gandhi no iba a librarle de tener que lidiar desde la Secretaría General con los problemas de la India y Pakistán. Era mucho mejor intentar solucionar la guerra lo antes posible a favor de la India y congraciarse con Gandhi que dejar que recayeran sobre él las sospechas de tres muertes prematuras.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Decker a Christopher.

—En el tercer capítulo del Eclesiastés —repuso Christopher—, el rey Salomón escribió que todo tiene su tiempo: su hora de nacer y su hora de morir, su hora de plantar y su hora de arrancar lo plantado; su hora de curar y su hora de matar.

Decker trasladó su mirada de Christopher a Milner varias veces antes de volverse hacia la pantalla del televisor. Mientras la cámara ofrecía una vista panorámica de la devastación, en la distancia, allí donde la humareda y la nube radioactiva no habían



envuelto la tierra con su fúnebre velo, la luna se elevó sobre el horizonte, un globo rojo como la sangre en el cielo profanado.

\* \* \*

El avión tardó dos horas más en aterrizar en Nueva York. Fueron directamente a la sede de Naciones Unidas, donde el Consejo de Seguridad celebraba una reunión a puerta cerrada. En Oriente caía la noche y la guerra avanzaba imparable. Las cabezas nucleares se precipitaban sobre la tierra como frutos maduros e iluminaban el cielo como estrellas fugaces. La destrucción se extendió casi mil kilómetros por el interior de China, mientras que al sur llegaba hasta la ciudad india de Hyderabad. Al oeste y al norte de Pakistán, las gentes de Afganistán, el sudeste de Irán y el sur de Tajikistán reunían a sus familias y tras juntar todo lo que podían cargar a la espalda se batían en rápida retirada, huyendo de la guerra. En pocos días, la climatología local inundaría sus campos, ríos y arroyos con lluvia tóxica.

Pakistán era ya poco más que una tumba abierta. La India había agotado por completo su arsenal. Lo que le quedaba de ejército sobrevivía en pequeños racimos completamente aislados del mando central. La mayoría de los soldados moriría pronto a causa de la radiación. China era la única potencia combatiente que todavía conservaba el control sobre su ejército y no tenía ningún interés en continuar con la guerra.

Las pocas horas transcurridas desde su partida de Israel y la llegada a la ONU habían sido suficientes para que comenzara y finalizara la guerra. La estimación final de bajas iba a superar los cuatrocientos veinte millones. No había ganadores.

\* \* \*

Christopher abrió la puerta de la sala del Consejo de Seguridad y entró como una exhalación, seguido de cerca por Decker y Milner. Todos los presentes conocían a Decker, pero hacía un año y medio que no veían a Milner y el cambio experimentado por Christopher no se reducía al pelo y la barba; su semblante era otro muy distinto. Al reconocer a Christopher, Gerard Poupardin, que estaba sentado a cierta distancia de Faure, miró a otro asesor y lanzó una carcajada.

—Pero ¿quién se cree que es? ¿Jesucristo?

Christopher aprovechó la oportunidad que le brindaba el desconcertante silencio que se había hecho en la sala.

—Señor presidente —dijo Christopher dirigiéndose al embajador canadiense, que ocupaba el estrado asignado al presidente del Consejo de Seguridad—, aunque no es mi intención interrumpir al consejo en la urgente tarea de aliviar a los pueblos de la India, Pakistán, China y los países vecinos, ¿hay uno entre nosotros que no está en

condiciones de emitir su voto ni en el seno de una camarilla de ladrones ni mucho menos en el de tan noble organismo!

—¡Está usted fuera de orden! —exclamó Faure poniéndose en pie de un salto—. Señor presidente, el representante temporal de Europa está fuera de orden.

El embajador canadiense estiró el brazo para coger el mazo pero se quedó paralizado ante la potente mirada de Christopher.

—Señores miembros del Consejo de Seguridad —continuó Christopher.

—¡Está usted fuera de orden! —exclamó Faure por segunda vez.

Christopher miró a Faure, quien, de repente y sin explicación alguna, se derrumbó sobre su asiento y quedó en silencio.

Christopher continuó.

—Señores miembros del Consejo de Seguridad, rara vez en la historia puede imputarse la causa de una guerra a un único hombre. En esta ocasión, no es así. Aquí sentado entre ustedes se encuentra el hombre sobre quien pesa casi toda la culpa de esta guerra sin sentido. Ese hombre es el embajador francés, Albert Faure.

Faure se levantó trabajosamente.

—¡Mentira! —gritó.

Christopher enumeró las acusaciones contra Faure.

—¡Mentira! ¡Todo mentira! —gritó Faure—. Señor presidente, este ultraje ha llegado demasiado lejos. Es evidente que el embajador Goodman ha perdido la razón por completo. —Faure sintió que recuperaba las fuerzas—. Insisto en que sea reprendido y expulsado de esta cámara, y que...

Faure volvió a enmudecer, al tiempo que Christopher se giraba y le señalaba con el brazo totalmente extendido.

—Confiesa —dijo Christopher en un tono bajo y autoritario.

Faure miró a Christopher incrédulo y se echó a reír en voz alta.

—¡Confiesa! —repitió Christopher, elevando el tono esta vez.

La risa de Faure cesó de golpe. El pánico en su mirada no dejaba traslucir ni la ínfima parte del tormento que estaba sufriendo. Sin previo aviso, sintió como si su sangre se tornara en ácido al circular por las venas. Todo su cuerpo parecía arder por dentro.

—¡Confiesa! —gritó Christopher por tercera vez.

Faure miró a los ojos de Christopher y lo que allí vio no le hizo dudar ni un instante más sobre cuál era la fuente de aquel dolor tan repentino. Aterrorizado, se tambaleó y se asió a la mesa que tenía delante. Un hilo de sangre brotó de su boca y le recorrió la barbilla, al morderse la tierna carne del labio inferior; la mandíbula se le había atenazado sin control como la de quien sufre una agonía insostenible. Gerard Poupardin corrió hacia Faure, mientras los que estaban junto al embajador le ayudaban a tomar asiento.

El dolor era cada vez más intenso. No tenía escapatoria.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó de repente con una angustia terrible, al tiempo que se liberaba

de quienes le sujetaban—. ¡Es verdad! ¡Todo lo que dice es verdad! La guerra, la muerte de la embajadora Lee, el plan para asesinar a Kruszkegin, ¡todo!

Los presentes le miraban atónitos, incrédulos. Nadie comprendía lo que allí estaba ocurriendo, menos aún Gerard Poupardin. Pero todos le habían oído, Faure había confesado.

Faure esperaba librarse ahora de aquel tormento, y no estaba equivocado. Tan pronto hubo concluido su confesión cayó al suelo, muerto.

Alguien salió corriendo en busca de un médico, y durante quince minutos la sala permaneció sumida en la confusión, hasta que el cuerpo sin vida de Faure fue finalmente sacado de la sala.

—Señores —dijo una sombría voz desde un lugar cercano a donde Faure había caído muerto. Era Christopher—. Una cuarta parte de la población mundial ha muerto o corre peligro de muerte en China, la India y los confines orientales de Oriente Próximo. Es mucho lo que hay que hacer, y rápido. Por poco delicado que parezca, desaparecido el embajador Faure, y hasta que Francia pueda enviar a un nuevo embajador y las naciones europeas elijan a su nuevo representante permanente, seré yo, como representante temporal de Europa, quien asuma el cargo de representante permanente de la región. Señores, retomemos entonces nuestro trabajo.

\* \* \*

El forense dictaminó que la muerte de Albert Faure se había debido a un ataque al corazón, provocado, al parecer, por el tremendo peso de la culpa. Decker no necesitaba explicación alguna; Christopher había empezado a ejercer los desconocidos poderes que guardaba en su interior.

Sólo le restaba a Decker esperar y rezar por que aquellos poderes estuvieran a la altura de los retos a los que el mundo tendría que hacer frente, mientras Christopher conducía a los hombres hacia la última etapa de su evolución y el nacimiento de la Nueva Era de la humanidad.

## AGRADECIMIENTOS

Durante el proceso de escritura de la *Trilogía del Cristo clonado* hube de recurrir a especialistas de diversos campos de investigación para garantizar la precisión y credibilidad de la novela. Otros me proporcionaron directrices editoriales, asistencia profesional o apoyo emocional. Entre todos ellos están John Jefferson, doctor en Filosofía; Michael Haire, doctor en Filosofía; James Russell, doctor en Medicina; Robert Seevers, doctor en Filosofía; Peter Helt, doctor en Derecho; James Beadle, doctor en Filosofía; Christy Beadle, doctora en Medicina; Ken Newberger, maestría en Teología; Eugene Walter, doctor en Filosofía; Clement Walchshauser, doctor en Teología; Coronel Arthur Winn; Elizabeth Winn, doctora en Filosofía; Ian Wilson, historiador; Jeanne Gehret, maestría en Letras; Linda Alexander; Bernadine Asher; Matthew Belsky; Wally y Betty Bishop; Roy y Jeannie Blocher; Scott Brown; Dale Brubaker; Curt y Phyllis Brudos; Dave y Deb Dibert; Estelle Ducharme; Tony Fantham; Georgia O'Dell; Mike Pinkston; Capitán Paul y Debbie Quinn; Doug y Beth Ross; Doris, Fred y Bryan Seigneur; Mike Skinner; Gordy y Sue Stauffer; Doug y Susy Stites.

Mi más sincero agradecimiento al poeta Nguyen Chi Thien por su firmeza de espíritu; y al personal de la biblioteca del Congreso; a la Jewish Publication Society of America; a Zondervan Corporation; a Yale Southeast Asia Studies; y a cientos de otros más cuya obra ha servido de base a este libro.

# Notas

[1] Todas las referencias a la Biblia, salvo que se indique lo contrario, las he tomado de la versión en español de Cantera Burgos, Francisco e Iglesias González, Manuel (2000): *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos. (N. de la T.) <<

[2] B. J. Culliton: «Mystery of the Shroud of Turin Challenges 20th Century Science», *Science*, 21 de julio de 1978, n.º 201, págs. 235-239. <<

[3] Para el artículo resultante, véase K. F. Weaver: «Mystery of the Shroud», en *National Geographic*, junio de 1980, n.º 157, págs. 729-753. <<



[4] El Día del Trabajo en Estados Unidos se celebra el primer lunes de septiembre. (N. del E.) <<

[5] Paráfrasis de los comentarios de John Jackson. Para las palabras exactas, véase John H. Heller (1983): *Report on the Shroud of Turín*, Boston, Houghton Mifflin Company, pág. 76. <<

[6] Paráfrasis de los comentarios de Eric Jumper. Las palabras exactas las recoge John H. Heller, op. cit., pág. 77. <<

[7] Paráfrasis de los comentarios de Don Devan. Las palabras exactas las recoge John H. Heller; op. cit., pág. 88. <<

[8] Paráfrasis de la conversación entre John Heller y Ray Rogers. Las palabras exactas las recoge John H. Heller, op. cit., págs. 86, 87. <<

[9] John Heller: op. cit., págs. 181-188, 197-200, 215-216. <<

[10] *Ibíd.*, págs. 126, 163. <<

[11] Francis Crick (1983): *Life itself*, Nueva York, Simon and Schuster. <<



[12] Sir Fred Hoyle y Chandra Wickramasinghe (1979): *Diseases from Space*, Londres, Dent. <<

[13] Periódico sensacionalista norteamericano. (N. de ta T.) <<

[14] La UPI (United Press International) es una agencia de noticias internacional con sede central en Washington D.C. y oficinas en todo el mundo (N. de la T.) <<

[15] Flavio Josefo: *La guerra de los judíos*, VII, 1. Véase también *Midrash Rabba*, Lamentaciones 1,31, donde se recoge que el general de Vespasiano, Pangan es interrogado sobre la razón por la que no ha destruido el muro occidental del Templo y éste responde: «Así lo hice en honor a tu imperio... Cuando la gente vea el muro occidental exclamará: “¡Sed testigos del poder de Vespasiano en aquello que no destruyó!”». <<

[16] Mateo 24,2. <<

[17] 1981, Paramount. <<

[18] Esdras 1,7. <<

[19] 2 Macabeos 2,4-8. <<



[20] Jerónimo, en Ep. 5.4. (Migne PL 26, 552 C-D), citado por J. K. Elliot (1993): *The Apocryphal New Testament* (Clarendon Press, Oxford University Press). <<

[21] Mateo 26, 50-52; Marcos 14, 47; Lucas 22, 50-51; Juan 18, 10. <<

[22] Mateo 27,51. <<

[23] 1 Corintios 15, 6. <<

[24] Hebreos 9,4. <<

[25] 12/1956, Paramount. <<

[26] 1964, Disney. <<

[27] Baigent, Michael; Leigh, Richard y Lincoln, Henry (1993): *El enigma sagrado*, Barcelona, Martínez Roca. <<



[28] Véase, por ejemplo, Bahat, Dan: «Jerusalem Down Under: Tunneling Along Herod's Temple Mount Wall», en *Biblical Archaeology Review*, vol. 21, n.º 6 (noviembre/diciembre 1995), págs. 30-47. <<

[29] Daniel Pearl fue secuestrado en Karachi, Pakistán, el 23 de junio de 2002 mientras trabajaba en un reportaje. <<

[30] Voz árabe para el Líbano. <<

[31] Nguyen Chi Thien (1984): «I just keep silent when they torture me» en *Flowers from Hell* (Southeast Asia Studies, Yale University), pág. 105. Citado con permiso del autor. <<

[32] *The Andromeda Strain*, Knopf, 1969. <<

[33] Mateo 27, 46. <<

[34] Remito a los lectores a la *Nota importante del autor* que se incluye al comienzo de este libro. <<

[35] Descendiente de colonos franceses expulsados de Acadia (hoy Nueva Escocia, Canadá) en el siglo XVIII. <<



[36] Ezequiel 38, 22; 39, 4-6. <<

[37] Multiple Independently targetable Reentry Vehicle (proyectil con cabezas múltiples capaces de alcanzar diferentes objetivos). <<

[38] Ezequiel 38; 39. <<

[39] La nueva estructura no permitía a los miembros temporales introducir, secundar o votar mociones en el Consejo de Seguridad. Dichos privilegios estaban reservados a los diez miembros permanentes (uno por cada una de las diez áreas regionales mundiales). <<

[40] La Organización Mundial de la Paz se creó en el seno de la nueva estructura de Naciones Unidas a fin de consolidar la Fuerza de las Naciones Unidas de Observación de la Separación, la Fuerza Provisional de las Naciones Unidas en el Líbano, el grupo de Observadores Militares de las Naciones Unidas en India y Pakistán y el resto de fuerzas de paz terrestres, aéreas y navales de Naciones Unidas.

<<

[41] Acto III, escena 2. <<

[42] Jeremías 35, 18-19. <<

[43] 2.1 Corintios 13,12. <<



[44] Juan 19,26. <<

[45] Juan 21,232 <<

[46] Juan 21,23. <<

[47] Mateo 20,20-23. <<

[48] Hechos 12,1-2. <<

[49] Mateo 20,20-23. <<

[50] Apocalipsis 10,10-11. <<

[51] Según el Génesis 5,25-26, Matusalén vivió novecientos sesenta y nueve años. <<



[52] De ello da parte Tertuliano en su *De praescriptione haereticorum* 36. <<

[53] Adversus haereses, II, 22, 5. <<

[54] Lehrbuch der Dogmengeschichte, 1885-1889. <<

[55] Para más información sobre el preste Juan véase, por ejemplo, E. D. Ross: *Prester John and the Empire of Ethiopia*; Newton, Arthur P. (ed.) (1968): *Travel and Travellers of the Middle Ages*, Nueva York, Barnes & Noble, (publicado por primera vez en 1926), págs. 174-194; C. F. Beckingham: *The Quest for Prester John*, *Bulletin of The John Rylands University Library*, LXII (1980), págs. 290-310. <<

[56] La hegemonía que los miembros permanentes del Consejo de Seguridad (pertenecientes a las cinco grandes) exigieron cuando el establecimiento de Naciones Unidas en 1945 incluía la garantía de que el secretario general fuera aceptado por la totalidad de los cinco. Puesto que ningún candidato relacionado con cualquiera de los cinco habría sido considerado absolutamente imparcial, se acordó que el secretario general perteneciese a un país no alineado. El Consejo de Seguridad debía, por tanto, elegir un candidato aceptable para todos, que a su vez sería luego presentado ante la Asamblea General para su aprobación. <<

[57] Era Común o d. C. <<

[58] Esdras 7,6-7. <<

[59] Antes de la Era Común o a. C. <<



[60] Sanedrín, Tratado 97b, Nezikin vol. 3, donde el rabino Samuel Ben Nahman habla en nombre del rabino Jochanan. <<

[61] Isaías 53, La Biblia: los cinco libros de Moshé; Torá, los primeros profetas; Nviim Rishonim, los profetas posteriores; Nvi'im Aharani'im, Escrituras; Kthuv'im, versión castellana de León Dujovne, Manases Konstanynowski, Moisés Konstantinowsky (1998): Buenos Aires, Sigal, págs. 723-724. (N. de la T.) <<

[62] *Ibíd.* <<

[63] El texto original se refiere en todo momento a la versión de Isaías 53 de *The Prophets Nevi'im*, nueva traducción de las Sagradas Escrituras a partir del texto masorético, segunda sección, publicada por The Jewish Publication Society of America (1978), Philadelphia (págs. 477-478). (N. de la T.) <<

[64] En nuestro caso, Dujovne no incluye nota aclaratoria alguna sobre la traducción de este extracto. Sí aparece, sin embargo, en F. Cantera y M. Iglesias: op. cit., pág. 415. (N. de la T.) <<

[65] Según 1 Samuel 6, 19, porque las gentes de Betsemes habían curioseado el Arca de Yahveh, setenta de entre ellos murieron (la mayoría de manuscritos hebreos y la Septuaginta hablan de cincuenta mil setenta muertos). Para otro ejemplo, véase 2 Samuel 6, 6. <<

[66] Crónicas 13,10. <<

[67] Remito a los lectores a la *Nota importante del autor* que se incluye al comienzo de este libro. <<



[68] Juan 19,25-27. <<

[69] Mateo 27, 5. <<